

Sinopsis

Una vez asumida su condición de bruja con poderes para viajar en el tiempo, la historiadora Diana Bishop está preparada para emprender un viaje al pasado en el que poder encontrar el Ashmole 782 completo, el manuscrito secreto cuyos poderes deben comprender para evitar el fin de la pacífica convivencia entre brujas, vampiros, daimones y humanos.

Su marido, el genetista Matthew Clairmont, la acompañará en esa búsqueda, pero viajar al pasado no es tan sencillo para un vampiro, y mucho menos a un pasado que ya vivió, donde su «yo» del pasado desempeñó un relevante papel en la lucha política de la época; un «yo» que odiaba a las brujas como Diana.

Rodeados de intrigas y en una incesante carrera por encontrar Ashmole 782, Diana y Matthew se adentrarán en el Londres isabelino acompañados por los amigos del Matthew del pasado los miembros de la Escuela de la Noche y entre los que se encuentran Christopher Marlowe y sir Walter Raleigh, e incluso Shakespeare. Pero también deberán refugiarse en un castillo de la campaña francesa y pasar unos meses en la corte del emperador Rodolfo II en Praga para lograr su objetivo y proteger su secreto, mientras Diana aprende a controlar la magia con una poderosa bruja.

LA SOMBRA DE LA NOCHE



DEBORAH HARKNESS



Título original: **Shadow of Night** © Deborah Harkness, 2012 © De la traducción: 2013, Eva Carballera © De esta edición: 2013, Santillana Ediciones Generales, S. L. Avenida de los Artesanos, 628760 Tres Cantos - Madrid Teléfono 91 744 90 60 Telefax 91 744 92 24 www.sumadeletras.com ISBN ebook: 978-84-8365-510-8 Diseño de cubierta: Tal

Goretsky
Para Lacey Baldwin Smith,
consumado narrador e historiador,
que hace algún tiempo me sugirió
que me planteara escribir una novela.

«El pasado no tiene cura». ***ISABEL I, REINA DE INGLATERRA***

PRIMERA PARTE

Woodstock: el Viejo Pabellón

Capítulo 1

LLEGAMOS hechos una indecorosa maraña de bruja y vampiro. Matthew se encontraba debajo de mí, con sus largos miembros retorcidos en una inusitada e incómoda postura. Teníamos un enorme libro apretujado entre ambos y la brusquedad del aterrizaje había hecho que la pequeña figura de plata a la que me aferraba saliera rodando por el suelo.

—¿Estamos en el lugar correcto?

Tenía los ojos apretados con fuerza por si seguíamos en el almacén de lúpulo de Sarah, en el Nueva York del siglo XXI, en lugar de en el Oxfordshire del siglo XVI. Sin embargo, aquellas fragancias poco familiares me decían que no me hallaba en mi propia época, ni en mi propia casa. Olía a algo grasiento y dulce, y había un aroma ceroso que me recordaba al verano. Asimismo, pude percibir un penetrante olor a humo de leña y oír el crepitar de un fuego.

—Abre los ojos, Diana, y compruébalo por ti misma.

Noté el roce, leve como una pluma, de unos labios fríos que me acariciaban la mejilla, acompañado por una risilla sutil. Unos ojos del color del mar embravecido observaban los míos desde una cara tan pálida que solo podía pertenecer a un vampiro. Matthew me acarició el cuello con las manos, hasta llegar a los hombros.

—¿Estás bien?

Después de haber viajado tan lejos, hasta el pasado de Matthew, tenía la sensación de que mi cuerpo podría desmoronarse con una ráfaga de viento. Nunca me había sentido así después de una de nuestras breves sesiones de paseos por el tiempo en casa de mi tía.

—Me encuentro bien. ¿Y tú?

Continué centrando mi atención en Matthew, en lugar de atreverme a echar un vistazo alrededor.

—Aliviado de estar en casa.

Matthew dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre las tablas de madera del suelo, con un suave golpe que hizo que los juncos y la lavanda esparcidos sobre ellas despidieran más aroma estival. Hasta en 1590, el Viejo Pabellón le resultaba familiar.

Mis ojos se adaptaron a la tenue luz. Logré enfocar una robusta cama, una mesa pequeña, unos bancos estrechos y una única silla. Más allá de los postes tallados que sujetaban el dosel del lecho, fisgué a través de una puerta que conectaba aquellos aposentos con otra habitación. La luz que manaba de ella se reflejaba sobre la colcha y el suelo, dibujando un deforme rectángulo dorado. Las paredes de la habitación tenían los mismos paneles de madera, hermosos y sencillos, que recordaba de las pocas veces que había visitado la casa de Matthew en la actualidad, en Woodstock. Incliné la cabeza hacia atrás y observé el techo, que estaba recubierto de una gruesa capa de yeso que formaba un artesonado de cuadrados. Una ostentosa rosa Tudor roja y blanca resaltaba sobre el dorado

de cada uno de los huecos.

—Las rosas eran obligatorias cuando construyeron la casa —comentó Matthew secamente—. No las soporto. Las pintaremos todas de blanco en cuanto tengamos la más mínima oportunidad.

Las llamas doradas y azules de un candelabro se avivaron con una repentina corriente de aire, e iluminaron la esquina de un tapiz suntuosamente coloreado y las puntadas oscuras y lustrosas que perfilaban los motivos de hojas y frutas de la pálida colcha. Los tejidos modernos no tenían ese brillo.

Sonreí, súbitamente emocionada.

—Lo he conseguido de verdad. No la he liado ni nos he mandado a otro sitio, como Monticello o...

—No —dijo Matthew con una sonrisa a modo de respuesta—, lo has hecho de maravilla. Bienvenida a la Inglaterra isabelina.

Por primera vez en mi vida, estaba absolutamente encantada de ser una bruja. Como historiadora que era, estudiaba el pasado. Y, como era bruja, podía visitarlo de verdad. Habíamos viajado a 1590 para instruirme en las artes perdidas de la magia, aunque allí podía aprender muchísimas más cosas. Incliné la cabeza para celebrarlo con un beso, pero el sonido de una puerta al abrirse me lo impidió.

Matthew apretó un dedo contra mis labios. Giró la cabeza ligeramente y ensanchó las ventanas de la nariz. La tensión lo abandonó al reconocer quién estaba en la habitación de al lado, donde yo oía un vago susurro. Matthew nos levantó al libro y a mí en un limpio movimiento. Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta.

En el cuarto de al lado, un hombre de pelo castaño alborotado estaba de pie ante una mesa repleta de correspondencia. Tenía una estatura media, aspecto pulcro y un atuendo caro, hecho a medida. La canción que tarareaba no me resultaba familiar, y estaba salpicada aquí y allá de palabras pronunciadas en voz demasiado baja como para que pudiera oírlas.

El susto abandonó el rostro de Matthew antes de que sus labios se curvaran en una afectuosa sonrisa.

—¿Dónde te encuentras en realidad, mi dulce Matt?

El hombre levantó una hoja hacia la luz. De pronto, Matthew entornó los ojos y la indulgencia reemplazó al desagrado.

—¿Buscas algo, Kit? —Al oír las palabras de Matthew, el joven dejó caer el papel sobre la carta y se dio la vuelta, con la cara iluminada de alegría. Había visto antes aquel rostro, en mi ejemplar en rústica de *El judío de Malta*, de Christopher Marlowe.

—¡Matt! Pierre dijo que estabas en Chester y que era posible que no vinieras a casa. Pero yo sabía que no te perderías nuestra reunión anual.

Aunque conocía de sobra aquellas palabras, estas estaban envueltas en una extraña cadencia que hizo que tuviera que concentrarme en lo que estaba diciendo para poder entenderlas. El inglés isabelino no era tan diferente del inglés moderno como me habían enseñado, ni tan fácil de entender como me esperaba, teniendo en cuenta lo familiarizada que estaba con las obras de Shakespeare.

—¿Por qué no llevas barba? ¿Has estado enfermo?

Los ojos de Marlowe centellearon cuando se fijaron en mí, y me pellizcaron con una insistente presión que revelaba, sin lugar a dudas, que era un daimón.

Reprimí el impulso de apresurarme a acercarme a uno de los mejores dramaturgos de Inglaterra para estrecharle la mano antes de acribillarlo a preguntas. Los pocos datos que en su momento había sabido de él brotaban en mi mente ahora que lo tenía delante.

¿Alguna de sus obras se había representado en 1590? ¿Cuántos años tenía? Desde luego, era más joven que Matthew y que yo. Marlowe no podía llegar ni a los treinta. Le sonreí afectuosamente.

—¿De dónde demonios has sacado eso? —preguntó Marlowe, con una voz cargada de desdén. Miré por encima del hombro, esperando ver alguna espantosa obra de arte. No había nada más que espacio vacío.

Se refería a mí. Mi sonrisa flaqueó.

—Cuidado, Kit —dijo Matthew con el ceño fruncido.

Marlowe hizo caso omiso del reproche.

—No hay problema alguno. Llénate de ella antes de que lleguen los demás, si así ha de ser. George ya lleva aquí algún tiempo, por supuesto, alimentándose de tu comida y leyendo tus libros. Todavía no tiene mecenas y no posee ni un penique en su haber.

—George es bienvenido a disfrutar de todas mis posesiones, Kit. —Matthew siguió mirando al joven con expresión vacía mientras se llevaba nuestros dedos entrelazados a la boca—. Diana, este es mi querido amigo, Christopher Marlowe.

La presentación de Matthew le dio la oportunidad a Marlowe de analizarme más abiertamente. Me miró con atención desde los dedos de los pies hasta la coronilla. El desprecio del joven era evidente, aunque disimuló mejor sus celos. Marlowe estaba, efectivamente, enamorado de mi marido. Ya lo había sospechado en Madison, cuando mis dedos habían recorrido su dedicatoria en el ejemplar de Matthew de *Doctor Fausto*.

—Ignoraba que hubiera un lupanar en Woodstock especializado en mujeres larguiruchas. La mayoría de tus rameritas son más delicadas y seductoras, Matthew. Esta es toda una amazona. —Kit se sorbió la nariz y miró por encima del hombro los desordenados montones de cartas que cubrían la superficie de la mesa—. Según las últimas noticias del Viejo Zorro, fueron los negocios más que la lujuria lo que te llevó al norte. ¿De dónde demonios has sacado tiempo para granjear sus servicios?

—Resulta extraordinaria, Kit, la facilidad con la que derrochas afecto —replicó Matthew, arrastrando las palabras, aunque había una nota de advertencia en su voz. Marlowe, aparentemente absorto en la correspondencia, no logró identificarla y sonrió con suficiencia. Los dedos de Matthew estrecharon con fuerza los míos.

—¿Diana es su verdadero nombre o lo ha adoptado para potenciar su atractivo entre la clientela? Tal vez dejar el pecho derecho al desnudo o sujetar un arco y unas flechas dieran resultado —sugirió Marlowe, mientras cogía una hoja de papel—. Recuerda cuando Bess de Blackfriars nos pidió que la llamáramos Afrodita antes de dejarnos...

—Diana es mi esposa. —Matthew se había alejado de mí y ya no tenía la mano alrededor de la mía, sino retorcida sobre el cuello de la camisa de Marlowe.

—No. —La cara de Kit reveló su estupefacción.

—Sí. Eso significa que es la señora de esta casa, que lleva mi apellido y que se encuentra bajo mi protección. Teniendo en cuenta todo ello, y nuestra añeja amistad, por supuesto, ni una sola palabra de crítica o susurro contra su virtud saldrá de tus labios en el futuro.

Moví los dedos para volver a sentirlos. La irritación con la que Matthew me había apretado la mano había hecho que el anillo que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda se me clavara en la carne y me dejara una leve marca roja. A pesar de su ausencia de facetas, el diamante que tenía en medio reflejaba el calor de la lumbre. El anillo había sido un regalo inesperado de la madre de Matthew, Ysabeau. Hacía unas horas —¿o hacía unos siglos?, ¿o dentro de unos siglos?— Matthew había repetido las palabras de la

ancestral ceremonia nupcial y me había deslizado el diamante por los nudillos.

Con un repiqueteo de platos, dos vampiros aparecieron en la sala. Uno era un hombre esbelto de cara expresiva, piel curtida de color avellana y cabello y ojos negros. Sujetaba un cántaro de vino y un cáliz con un asa en forma de delfín, sobre cuya cola estaba en equilibrio el cuenco. La otra persona era una mujer enjuta que llevaba una fuente de pan y queso.

—Estáis en casa, milord —dijo el hombre, obviamente confundido. Extrañamente, su acento francés hacía que fuera más sencillo entenderle—. El mensajero del jueves dijo...

—He cambiado de planes, Pierre. —Matthew se volvió hacia la mujer—. Los enseres de mi esposa se han extraviado durante el viaje, Françoise, y las ropas que llevaba estaban tan sucias que las he quemado —mintió, con absoluta confianza. Aquello no pareció convencer ni a los vampiros ni a Kit.

—¿Vuestra esposa? —repitió Françoise, con un acento tan francés como el de Pierre—. Pero si es una br...

—Una sangre caliente —dijo Matthew, acabando por ella la frase mientras se apoderaba del cáliz que había en la bandeja—. Decidle a Charles que hay otra boca que alimentar. Diana no se encuentra bien últimamente y su médico le ha aconsejado tomar carne y pescado frescos. Alguien tendrá que ir al mercado, Pierre.

Pierre parpadeó.

—Sí, milord.

—Y necesitará algo que ponerse —observó Françoise, mirándome de forma evaluadora. Cuando Matthew asintió, ella desapareció y Pierre la siguió.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —Matthew levantó un rizo de color rojizo.

—Oh, no —murmuré. Alcé las manos. En lugar de mi pelo de siempre de color pajizo, que me llegaba a los hombros, mis dedos se toparon inesperadamente con unos rizos de color dorado rojizo que me llegaban a la cintura. La última vez que mis cabellos habían cobrado vida propia había sido en la universidad, cuando había hecho de Ofelia en un montaje de *Hamlet*. Tanto entonces como ahora la insólita velocidad con que habían crecido y cambiado de tono no presagiaba nada bueno. La bruja que había en mí se había despertado durante nuestro viaje al pasado. Quién sabía qué otros poderes mágicos se habrían desatado.

Los vampiros podían haber olido la adrenalina y el súbito incremento de ansiedad que acompañaron a dicha percepción, u oído la música que emitía mi sangre. Pero los daimones como Kit podían sentir el aumento de mi energía de bruja.

—Por los clavos de Cristo. —La sonrisa de Marlowe rebosaba malicia—. Has traído a casa a una bruja. ¿Qué maldad ha hecho?

—Déjalo, Kit. No es asunto tuyo. —La voz de Matthew adquirió de nuevo aquel tono de autoridad, pero sus dedos continuaron sosteniendo mi pelo con dulzura—. No te preocupes, *mon coeur*. Estoy seguro de que no es más que cansancio.

Mi sexto sentido fulguró en desacuerdo. La causa de aquella última transformación no podía ser simplemente la fatiga. Yo pertenecía a un linaje de brujas y todavía no estaba segura del verdadero alcance de los poderes que había heredado. Ni siquiera mi tía Sarah y su compañera, Emily Mather —ambas brujas—, habían sido capaces de saber a ciencia cierta cuáles eran ni cómo manejarlos. Las pruebas científicas de Matthew habían revelado que tenía marcadores genéticos que indicaban un gran potencial mágico en mi sangre, pero no había garantías de cuándo podría manifestarse dicho potencial, ni de si llegaría a hacerlo.

Antes de que me diera tiempo a preocuparme más, Françoise regresó con algo que parecía una aguja de zurcir y la boca llena de alfileres. Le acompañaba una pila de terciopelo andante, lana y lino. Las piernas ligeramente bronceadas que emergían por la parte de abajo del montón insinuaban que Pierre estaba enterrado dentro, en algún lugar.

—¿Para qué son? —pregunté recelosa, señalando los alfileres.

—Para meter a *madame* dentro de esto, por supuesto. —Françoise cogió una prenda de color marrón apagado que parecía un saco de harina de la parte superior del montón de ropa. No me parecía la mejor elección que podía hacer, aunque, con lo poco que yo sabía sobre moda isabelina, estaba a su merced.

—Vete abajo, al lugar que te corresponde, Kit —le dijo Matthew a su amigo—. Nos reuniremos contigo de inmediato. Y mantén la boca cerrada. Esta historia me corresponde contarla a mí, no a ti.

—Como quieras, Matthew. —Marlowe tiró del dobladillo de su jubón de color mora. Aquel gesto despreocupado se vio traicionado por el temblor de sus manos, e hizo una pequeña y burlona reverencia. El conciso movimiento respetaba y socavaba simultáneamente la autoridad de Matthew.

Cuando el daimón se hubo marchado, Françoise dejó el saco sobre un banco cercano y me rodeó, estudiando mi figura para determinar la línea de ataque más favorable. Con un suspiro de exasperación, empezó a vestirme. Matthew fue hacia la mesa, atraído por los montones de papeles desparramados por la superficie. Abrió un sobre rectangular pulcramente sellado con una gota de cera rosada y sus ojos revolotearon sobre la diminuta letra.

—*Dieu*. Lo había olvidado. ¡Pierre!

—¿Milord? —dijo una voz ahogada procedente de las profundidades de las telas.

—Deja eso y ponme al corriente de la última reclamación de *lady* Cromwell.

—Matthew trataba a Pierre y a Françoise con una mezcla de familiaridad y autoridad. Si aquella era la forma en que se debía tratar a los sirvientes, iba a llevarme su tiempo dominar el arte.

Ambos se pusieron a murmurar al lado del fuego, mientras a mí me cubrían, me pinchaban y me constreñían para convertirme en algo presentable. Françoise chascó la lengua al ver mi único pendiente, hecho de hilos de oro entrelazados, que pendía junto con otras joyas que habían pertenecido en su momento a Ysabeau. Junto con el ejemplar de Matthew de *Doctor Fausto* y la pequeña figurita de plata de Diana, aquel pendiente era uno de los tres objetos que nos habían ayudado a regresar a ese momento en concreto del pasado. Françoise hurgó en un arcón cercano y encontró la pareja sin esfuerzo. Una vez solucionado lo de las joyas, me puso serpenteando unas gruesas medias por encima de las rodillas y las sujetó con lazos de color escarlata.

—Creo que estoy lista —dije, deseando ir al piso de abajo y empezar nuestra visita al siglo XVI. Leer libros sobre el pasado no era lo mismo que vivirlo, como la breve interacción con Françoise y el curso acelerado sobre vestuario de la época habían demostrado.

Matthew supervisó mi aspecto.

—No está mal... por el momento.

—Está más que bien, parece modesta y pasará desapercibida —dijo Françoise—, que es exactamente el aspecto que una bruja debería tener en esta casa.

Matthew ignoró la declaración de Françoise y se volvió hacia mí.

—Antes de que bajemos, Diana, acuérdate de tener cuidado con lo que dices. Kit es

un daimón y George sabe que soy un vampiro, pero hasta las criaturas más abiertas de mente temen lo nuevo y lo desconocido.

Abajo, en el salón principal, les deseé a George y al amigo de Matthew sin un penique y sin mecenazas unas buenas tardes con aire formal y, a mi entender, adecuadamente isabelino.

—¿Esa mujer habla *inglés*? —George se quedó boquiabierto y alzó un par de anteojos que aumentaban sus ojos azules hasta tal punto que parecía una rana. Tenía la otra mano en la cadera, en una pose que había visto por última vez en un retrato en miniatura del museo Victoria and Albert.

—Ha estado viviendo en Chester —se apresuró a replicar Matthew. George parecía escéptico. Al parecer, ni los salvajes del norte de Inglaterra podían justificar los extraños patrones de mi discurso. El acento de Matthew se estaba suavizando hasta convertirse en algo que encajaba mejor con la cadencia y el timbre de la época, pero el mío continuaba siendo resueltamente moderno y estadounidense.

—Es una bruja —corrigió Kit, antes de beber un trago de vino.

—¿De verdad? —George me analizó con interés renovado. No noté ningún pellizco que indicara que aquel hombre fuera un daimón, ningún cosquilleo brujesco, ni los gélidos efectos secundarios que generaba la mirada de los vampiros. George no era más que un humano de sangre caliente normal y corriente, un humano de mediana edad con aspecto cansado, como si la vida ya lo hubiera dejado exhausto—. Pero si a ti no te gustan las brujas más que a Kit, Matthew. Siempre me has disuadido de prestar atención a dicho tema. Cuando me propuse escribir un poema sobre Hécate, me dijiste que...

—Pues esta me gusta. Tanto que me he casado con ella —lo interrumpió Matthew, al tiempo que me obsequiaba con un beso en los labios que sirviera de ayuda para convencerlo.

—¡Te has casado con ella! —Los ojos de George miraron a Kit. Se aclaró la garganta—. Así que hay dos alegrías inesperadas que celebrar: que los negocios no te han retenido, como creía Pierre, y que has vuelto a nosotros con una esposa. Mis felicitaciones. —Su tono solemne me recordó a un discurso de graduación y contuve una sonrisa. George me devolvió la sonrisa e hizo una reverencia—. Soy George Chapman, señora Roydon.

Su nombre me resultaba familiar. Rebusqué entre los desorganizados conocimientos almacenados en mi cerebro histórico. Chapman no era ningún alquimista —esa era mi especialidad de investigación y no encontraba su nombre en los espacios dedicados a ese misterioso tema—. Se trataba de otro escritor, como Marlowe, pero no recordaba ninguna de sus obras.

Cuando dejamos a un lado las presentaciones, Matthew consintió en sentarse ante el fuego unos instantes con sus invitados. Allí, los hombres hablaron de política y George hizo un esfuerzo para incluirme en la conversación preguntándome por el estado de los caminos y del tiempo. Respondí lo mínimo posible e intenté seguir los pequeños trucos gestuales y elegir las palabras correctas que me ayudaran a pasar por una isabelina. George se deleitó con mi tentativa y la recompensó con una larga disertación sobre sus últimos esfuerzos literarios. Kit, a quien no le gustaba ser relegado a un segundo plano, puso fin a la charla de George ofreciéndose a leer en voz alta algún pasaje de *Doctor Fausto*.

—Será como un ensayo entre amigos —dijo el daimón, con ojos relucientes—, antes de la posterior representación real.

—Ahora no, Kit. Ya es mucho más de medianoche, y Diana está cansada del viaje —dijo Matthew, ayudándome a ponerme en pie.

Los ojos de Kit nos siguieron mientras abandonábamos la sala. Sabía que escondíamos algo. Había estado atento a cualquier giro extraño que pudiera darse en una frase cuando yo me había aventurado a entrar en la conversación y se había quedado pensativo cuando Matthew no pudo recordar dónde estaba su propio laúd.

Matthew me había advertido antes de dejar Madison que Kit era inusualmente perceptivo, incluso para ser un daimón. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que Marlowe se imaginara qué era lo que ocultábamos. La respuesta a mi pregunta llegó horas después.

A la mañana siguiente, estuvimos hablando en las profundidades de nuestra cama caliente mientras la casa se desperezaba.

Al principio, Matthew se mostró dispuesto a responder a mis preguntas sobre Kit (que resultó ser hijo de un zapatero) y George (que no era mucho mayor que Marlowe, para mi sorpresa). Cuando cambié de tema para hablar de los asuntos prácticos de la administración de la casa y el comportamiento femenino, sin embargo, se aburrió enseguida.

—¿Qué me dices de mi ropa? —pregunté, intentando conseguir que se centrara en mis preocupaciones inmediatas.

—No creo que las mujeres casadas duerman con eso —dijo Matthew, tirando de mi camisón de lino fino. Desató el arrugado cordón del cuello y estaba a punto de plantarme un beso bajo la oreja para convencerme de su punto de vista, cuando alguien abrió de golpe las cortinas de la cama. Entrecerré los ojos para protegerme de la radiante luz del sol.

—¿Y bien? —exigió Marlowe.

Un segundo daimón, de rostro moreno, fisgaba por encima del hombro de Marlowe. Parecía un duende lleno de energía, con aquella complexión menuda y su barbilla puntiaguda, acentuada por una barba de color caoba igualmente afilada. Estaba claro que su pelo no había visto un cepillo en semanas. Me aferré a la parte delantera del camisón, muy consciente de su transparencia y de que no llevaba ropa interior.

—Has visto los dibujos de Roanoke del señor White, Kit. La bruja no se parece nada a los nativos de Virginia —replicó el daimón desconocido, contrariado. Con retraso, se percató de la presencia de Matthew, que lo estaba observando—. Oh. Buenos días, Matthew. ¿Me permitirías tomar prestado tu compás? Esta vez prometo no llevármelo al río.

Matthew bajó la frente hasta mi hombro y cerró los ojos con un gemido.

—Debe de ser del Nuevo Mundo... o de África —insistió Marlowe, negándose a llamarme por mi nombre—. No es de Chester, ni de Escocia, ni de Irlanda, ni de Gales, ni de Francia ni del Imperio. Tampoco creo que sea holandesa ni española.

—Buenos días a ti también, Tom. ¿Hay alguna razón por la que tú y Kit debáis discutir sobre el lugar de nacimiento de Diana en este preciso momento, y en mi dormitorio?

Matthew unió los lazos de mi camisón.

—Hace un día demasiado espléndido para quedarse en la cama, aunque hayas perdido el juicio con las fiebres. Kit dice que debes de haberte casado con la bruja en plena crisis febril. De no ser así, no habría manera de justificar tal temeridad. —Tom continuó parlotando como un verdadero daimón, sin molestarse en responder a la pregunta de Matthew—. Los caminos no estaban mojados y hemos llegado hace horas.

—Y el vino ya se ha acabado —protestó Marlowe.

«¿Hemos?». ¿Había más? Si el Viejo Pabellón ya parecía lleno a reventar.

—¡Fuera! *Madame* debe asearse antes de cumplimentar a su señoría. —François entró en la habitación con una palangana humeante de agua entre las manos. Pierre, como siempre, la seguía.

—¿Ha sucedido algo trascendente? —preguntó George desde el otro lado de las cortinas. Había entrado en la habitación de improviso, frustrando claramente los esfuerzos de François por ahuyentar al resto de los hombres fuera de la alcoba—. Han dejado solo a lord Northumberland en el salón principal. ¡Si fuera mi mecenas, yo no lo trataría así!

—Hal está leyendo un tratado que me ha enviado un matemático de Pisa sobre cómo construir una balanza. Está considerablemente complacido —replicó Tom enojado, sentándose en el borde de la cama.

Me di cuenta, emocionada, de que debía de estar hablando de Galileo. En 1590, Galileo era profesor de los primeros cursos de la Universidad de Pisa. Su trabajo sobre la balanza no había sido publicado... aún.

«Tom. Lord Northumberland. Alguien que se escribía con Galileo».

Mis labios se abrieron de asombro. El daimón que estaba sentado sobre el edredón acolchado debía de ser Thomas Harriot.

—François tiene razón. Fuera. Todos —dijo Matthew. Parecía tan contrariado como Tom.

—¿Qué le decimos a Hal? —preguntó Kit, deslizado una significativa mirada en mi dirección.

—Que bajaré en breve —respondió Matthew. Acto seguido, se dio la vuelta y me atrajo hacia él.

Esperé a que los amigos de Matthew abandonaran la habitación antes de darle un golpe en el pecho.

—¿Y eso por qué? —Mi marido frunció el ceño en un fingido gesto de dolor, aunque lo único que estaba dolorido allí era mi propio puño.

—¿Por no decirme quiénes eran tus *amigos*! —Me incorporé sobre el codo y bajé la vista hacia Matthew—. El gran dramaturgo Christopher Marlowe. George Chapman, poeta y erudito. El matemático y astrónomo Thomas Harriot, si no estoy equivocada. ¡Y el brujo Earl está esperando abajo!

—No recuerdo cuándo Henry se ganó ese sobrenombre, pero nadie lo llama así todavía. —Matthew parecía divertido, lo que hizo que me pusiera más furiosa.

—Solo nos falta *sir* Walter Raleigh y tendremos a la Escuela de la Noche en pleno en casa. —Matthew miró por la ventana cuando mencioné a aquel legendario grupo de radicales, filósofos y librepensadores. Thomas Harriot. Christopher Marlowe. George Chapman. Walter Raleigh. Y...

—¿Quién *eres*, Matthew? —No se me había ocurrido preguntarle antes de partir.

—Matthew Roydon —dijo inclinando la cabeza, como si nos estuviéramos presentando en aquel momento—. Amigo de los poetas.

—Los historiadores apenas saben nada de ti —dije con asombro. Matthew Roydon era el personaje más enigmático relacionado con la misteriosa Escuela de la Noche.

—No te sorprenderá, ahora que sabes quién es realmente Matthew Roydon, ¿no? —inquirió, alzando una negra ceja.

—Estoy lo suficientemente sorprendida como para que el asombro me dure toda la vida. Deberías haberme avisado antes de dejarme caer en medio de todo esto.

—¿Qué habrías hecho? Apenas tuvimos tiempo para vestarnos antes de irnos, como para llevar a cabo un proyecto de investigación. —Se sentó e hizo oscilar las piernas para

ponerlas en el suelo. Nuestro momento de privacidad había sido lamentablemente breve—. No hay razón alguna para que te preocupes. Solo son hombres normales y corrientes, Diana.

Daba igual lo que Matthew dijera, no había nada de ordinario en ellos. La Escuela de la Noche tenía puntos de vista heréticos, se burlaba de la corte corrupta de la reina Isabel y se mofaba de las pretensiones intelectuales de la Iglesia y la universidad. Los integrantes de dicho grupo «estaban locos, eran malos y resultaba peligroso conocerlos», esa sería la definición exacta. No nos habíamos unido a una acogedora reunión de amigos en la noche de Halloween. Habíamos caído en un avispero de intrigas isabelinas.

—Dejando a un lado lo temerarios que puedan ser tus amigos, no puedes pretender que me comporte de modo displicente cuando me presentas a gente que me he pasado estudiando durante toda mi edad adulta —dije—. Thomas Harriot es uno de los astrónomos más importantes de la época. Tu amigo Henry Percy es alquimista. —Pierre, familiarizado con los síntomas de una mujer a punto de estallar, le pasó apresuradamente un par de calzones a mi marido para que no estuviera con las piernas al descubierto cuando mi rabia explotara.

—Y también Walter y Tom. —Matthew ignoró la ropa que le ofrecían y se rascó la barbilla—. Y Kit también hace sus pinitos, aunque sin demasiado éxito. Intenta no preocuparte por lo que sabes sobre ellos. De todos modos, es probable que no sea verdad. Y también deberías tener cuidado con las etiquetas históricas modernas —continuó diciendo, hasta que al final cogió los calzones y se los puso—. Will fantasea con que la Escuela de la Noche sirva para despotricar sobre Kit, pero aún tendrán que pasar algunos años.

—¡Me importa un bledo lo que William Shakespeare haya hecho, esté haciendo o vaya a hacer en el futuro, a no ser que esté en este momento abajo, en el salón principal, con el conde de Northumberland! —repliqué, levantándome de la cama alta.

—Claro que Will no está abajo. —Matthew agitó la mano con desdén—. Walter no aprueba sus exigencias, y Kit cree que es un escritorzuelo y un ladrón.

—Bueno, eso es un alivio. ¿Qué piensas contarles sobre mí? Marlowe sabe que escondemos algo.

Los ojos de color gris verdoso de Matthew se encontraron con los míos.

—La verdad, supongo. —Pierre le tendió un jubón negro con un intrincado guateado y se quedó mirando fijamente a un punto por encima de mi hombro, como el modelo perfecto de un buen sirviente—. Que eres una viajera del tiempo y una bruja del Nuevo Mundo.

—La verdad —dije rotundamente. Pierre pudo oír todas y cada una de las palabras, aunque no mostró reacción alguna, y Matthew lo ignoró como si fuera invisible. Me pregunté si nos quedaríamos lo suficiente como para que yo también llegara a hacer caso omiso de su presencia.

—¿Por qué no? Tom escribirá todo lo que digas y lo comparará con sus notas sobre las lenguas algonquinas. Por lo demás, nadie prestará demasiada atención. —Matthew parecía más preocupado por su ropa que por las reacciones de sus amigos.

Françoise regresó con dos muchachas de sangre caliente que llevaban los brazos llenos de ropa limpia. Señaló mi camisón y me oculté tras uno de los pilares de la cama para desvestirme. Agradecida de que el tiempo que había pasado en vestuarios hubiera eliminado mis reparos a la hora de cambiarme delante de desconocidos, levanté la prenda sobre las caderas y la subí hasta los hombros.

—Kit sí. Ha estado buscando alguna razón para tenerme antipatía y eso le

proporcionará varias.

—Él no representará ningún problema —dijo Matthew con seguridad.

—¿Marlowe es tu amigo o tu marioneta?

Todavía me estaba peleando para sacar la cabeza de la tela cuando oí un grito ahogado de horror, un «*Mon Dieu*» apagado.

Me quedé petrificada. Françoise me había visto la espalda y la cicatriz en forma de luna en cuarto creciente que se extendía desde un extremo de la parte inferior de mi caja torácica hasta el otro, además de la estrella que descansaba entre mis omóplatos.

—Yo vestiré a *madame* —dijo Françoise fríamente a las doncellas—. Dejad la ropa y volved a vuestras tareas.

Las doncellas se retiraron con una sencilla reverencia y una mirada de abierta curiosidad. No habían visto las marcas. Cuando se fueron, todos empezamos a hablar a la vez. El «¿Quién os ha hecho eso?» horrorizado de Françoise se superpuso al «Nadie debe saberlo» de Matthew y a mi «No es más que una cicatriz», pronunciado un tanto a la defensiva.

—Alguien os ha marcado con un símbolo de la familia De Clermont —insistió Françoise, sacudiendo la cabeza—, el que suele usar milord.

—Rompimos el pacto. —Luché contra la sensación nauseabunda que me encogía el estómago cada vez que pensaba en aquella noche en la que otra bruja me había marcado por traidora—. Ese fue el castigo de la Congregación.

—Así que esa es la razón por la que ambos estáis aquí —bufó Françoise—. El pacto fue una insensatez desde el principio. Philippe de Clermont nunca debió seguir adelante con él.

—Nos ha mantenido a salvo de los humanos. —No es que fuera muy partidaria ni del pacto ni de la Congregación de nueve miembros que lo hacía cumplir, pero era innegable el éxito que había logrado a largo plazo en lo que a evitar que las criaturas de otro mundo atrajeran una atención no deseada se refería. Las ancestrales promesas hechas entre los daimones, los vampiros y las brujas prohibían que estos se inmiscuyeran en temas de política o religión humanas y condenaban las alianzas personales entre las tres especies diferentes. Las brujas solo debían relacionarse entre ellas, al igual que los vampiros y los daimones. Se suponía que ninguno de ellos podía enamorarse ni casarse con un miembro de otro grupo.

—¿A salvo? No penséis que estáis a salvo aquí, *madame*. Ninguno de nosotros lo estamos. El inglés es un pueblo supersticioso, con tendencia a ver un fantasma en cada cementerio y brujas alrededor de cualquier caldero. La Congregación es todo lo que queda entre nosotros y la destrucción final. Ha sido sensato refugiarse aquí. Venid, debéis vestiros y uniros a los demás. —Françoise me ayudó a quitarme el camisón y me tendió una toalla húmeda y un plato de una sustancia viscosa que olía a romero y naranja. Se me hizo raro que me trataran como a una niña, pero sabía que era costumbre para la gente del rango de Matthew que los lavaran, los vistieran y los alimentaran como si fueran muñecos. Pierre le tendió a Matthew una copa de algo demasiado oscuro para ser vino.

—Además de bruja, ¿es también una *fileuse de temps*? —le preguntó Françoise a Matthew en voz queda. Aquella expresión poco familiar («hilander de tiempo») convocó imágenes de los hilos de tantos colores diferentes que habíamos seguido para llegar a ese momento concreto del pasado.

—Así es. —Matthew asintió, sin dejar de mirarme mientras bebía de la copa.

—Pero si ha venido de otra época, eso significa... —empezó a decir Françoise, con

los ojos abiertos de par en par. Entonces su expresión se volvió meditabunda. Matthew debía de estar hablando y comportándose de forma diferente.

«Sospecha que este no es el mismo Matthew», pensé alarmada.

—A nosotros nos basta con saber que está bajo la protección de milord —dijo Pierre bruscamente, con un claro tono de advertencia en la voz. Luego le tendió a Matthew una daga—. Lo que significa que no tiene importancia.

—Significa que la amo y que mi amor es correspondido. —Matthew observó a la sirvienta fijamente—. No importa lo que les diga a los demás, esa es la verdad. ¿Entendido?

—Sí —replicó Pierre, aunque su tono sugería más bien lo contrario.

Matthew le dirigió una mirada inquisitiva a Françoise, que frunció los labios y asintió a regañadientes.

Luego volvió a centrarse en arreglarme y me envolvió en una gruesa toalla de lino. Françoise tenía que haber visto las restantes marcas que tenía en el cuerpo, las que me habían hecho durante el transcurso de aquel interminable día con la bruja Satu, además de mis otras cicatrices, más recientes. Françoise no hizo más preguntas, sin embargo, y en lugar de ello me obligó a sentarme en una silla al lado del fuego mientras me peinaba el cabello.

—¿Y esa afrenta se produjo después de que declararais vuestro amor por la bruja, milord? —preguntó Françoise.

—Sí.

Matthew se ciñó la hebilla de la daga a la cintura.

—Entonces no fue un *manjasang* quien la marcó —murmuró Pierre, usando la antigua denominación occitana para los vampiros: «comedor de sangre»—. Nadie osaría despertar la ira de los De Clermont.

—No, fue otra bruja. —Aunque estaba al resguardo del aire frío, aquella afirmación hizo que me estremeciera.

—Sin embargo, había dos *manjasang* presentes que permitieron que sucediera —dijo Matthew con gravedad— y pagarán por ello.

—Lo hecho, hecho está. —No tenía deseo alguno de hacer que se iniciara una disputa entre vampiros. Ya teníamos que enfrentarnos a suficientes desafíos.

—Si milord os había tomado como esposa cuando la bruja os raptó, no está todo hecho. —Los rápidos dedos de Françoise tejieron mis cabellos en unas apretadas trenzas. Me las enroscó alrededor de la cabeza y las sujetó en su lugar—. Puede que vuestro apellido sea Roydon en este país dejado de la mano de Dios donde no existe la lealtad, pero nunca olvidaremos que sois una De Clermont.

La madre de Matthew me había advertido de que los De Clermont eran una manada. En pleno siglo XXI, me irritaban las obligaciones y las restricciones que se derivaban de formar parte de ella. En 1590, sin embargo, mi magia era impredecible, mis conocimientos de brujería apenas inexistentes y mi ancestro más remoto conocido todavía no había nacido. No tenía nada en qué apoyarme, salvo en mi propio juicio y en Matthew.

—Entonces las intenciones que teníamos el uno para con el otro estaban claras. Pero ahora no quiero problemas. —Bajé la vista hacia el anillo de Ysabeau y toqué la cinta con el pulgar. Mi esperanza de poder integrarnos sin problemas en el pasado ahora me parecía tan poco probable como ingenua. Eché un vistazo alrededor—. Y esto...

—Solo estamos aquí por dos razones, Diana: encontrar un maestro para ti y localizar ese manuscrito alquímico, si podemos. —Se refería al misterioso manuscrito denominado Ashmole 782, que era lo que nos había unido al principio. En el siglo XXI,

estaba a buen recaudo enterrado entre los millones de libros de la biblioteca Bodleiana de Oxford. Cuando rellené la ficha de solicitud, no tenía ni idea de que aquella simple acción desataría un complejo conjuro que anclaba el manuscrito a las estanterías, ni que ese mismo hechizo se reactivaría en el momento en que lo devolviera. También ignoraba los muchos secretos sobre brujas, vampiros y daimones que se rumoreaba que revelarían sus páginas. Matthew había pensado que sería más inteligente tratar de localizar el Ashmole 782 en el pasado que pretender desatar el hechizo por segunda vez en el mundo moderno.

—Hasta que regresemos, este será tu hogar —añadió, intentando reconfortarme.

Los robustos muebles de la habitación me sonaban de los museos y de los catálogos de subastas, pero en el Viejo Pabellón nunca podría sentirme como en casa. Palpé el lino grueso de la toalla, tan diferente a los descoloridos juegos de felpa que Sarah y Em tenían, todos ellos desgastados y finos de tantos lavados. Oí el tono cantarín de unas voces en otra habitación que se mecían a un ritmo que ninguna persona moderna, ya fuera historiadora o no, se habría esperado. Pero el pasado era nuestra única opción. Los otros vampiros lo habían dejado claro durante los últimos días que habíamos pasado en Madison, en los que no habían dejado de perseguirnos y habían estado a punto de matar a Matthew. Para que el resto de nuestro plan funcionara, pasar por una auténtica mujer isabelina tenía que ser mi principal prioridad.

—«¡Espléndido es el Nuevo Mundo!». —Era una flagrante transgresión histórica citar *La tempestad* de Shakespeare dos décadas antes de que esta fuera escrita, pero había sido una mañana dura.

—«Nuevo para vos» —respondió Matthew—. ¿Lista para enfrentarte al problema, entonces?

—Por supuesto. Vamos a vestirnos. —Eché hacia atrás los hombros y me levanté de la silla—. ¿Cómo se saluda a un conde?

Capítulo 2

MI preocupación por el protocolo apropiado era innecesaria. Los títulos y los tratamientos no eran importantes cuando el conde en cuestión era un amable gigante llamado Henry Percy.

Françoise, a quien sí le importaba el decoro, chasqueaba la lengua y protestaba mientras acababa de vestirme con ropa rescatada: las enaguas de alguien, un corsé acolchado para confinar mi atlética figura en una silueta más femenina, un blusón que olía a lavanda y a cedro con un cuello alto lleno de volantes, una falda negra de terciopelo en forma de campana y la mejor chaqueta de Pierre, la única prenda de vestir confeccionada que se aproximaba ligeramente a mi talla. Si bien, por mucho que lo intentó, no logró abrochar esa última prenda sobre mis pechos. Contuve el aliento, metí el estómago para dentro y esperé un milagro mientras ella apretaba los lazos del corsé, pero nada carente de intervención divina iba a hacer que tuviera una figura propia de una sílfide.

Le hice a Françoise una serie de preguntas durante el complicado proceso. Los retratos de aquel período me habían hecho esperar una pesada jaula de pájaros llamada miriñaque que me levantaría las sayas en las caderas, pero Françoise me explicó que era para ocasiones más formales. En su lugar, me ató un paño relleno con forma de rosquilla alrededor del talle, bajo las faldas. Lo único positivo que podía decir de aquello era que mantenía las capas de tela alejadas de las piernas, permitiéndome andar sin demasiada dificultad; eso suponiendo que el mobiliario no se interpusiera en mi camino y que pudiera llegar a mi destino avanzando en línea recta. Pero también esperarían de mí que hiciera una reverencia. Françoise me enseñó rápidamente a hacerla mientras me explicaba cómo funcionaba lo de los diferentes títulos de Henry Percy, al que llamaban lord Northumberland aunque se apellidara Percy y fuera conde.

Pero no tuve oportunidad de poner en práctica ninguno de mis recién adquiridos conocimientos. En cuanto Matthew y yo entramos en el salón principal, un joven desgarrado con ropas de viaje de cuero marrón claro llenas de barro se levantó de un salto para saludarnos. Su dilatado rostro lucía una mirada inquisitiva que le elevaba las gruesas cejas de color ceniza hacia una frente con un pronunciado pico de viuda.

—Hal. —Matthew sonrió con la indulgente familiaridad de un hermano mayor. Pero el conde ignoró a su viejo amigo y fue hacia mí.

—S-s-señora Roydon. —El tono de voz profundo y grave del conde estaba carente de matices y en él apenas había rastro de inflexión o acento alguno. Antes de bajar, Matthew me había explicado que Henry era un poco sordo y que tartamudeaba desde que era niño. Sin embargo, era un experto lector de labios. Al fin una persona con la que poder hablar sin sentirme cohibida.

—Veo que Kit ha vuelto a robarme el protagonismo —dijo Matthew, con una sonrisa apesadumbrada—. Esperaba contártelo yo mismo.

—¿Qué importa eso para quien comparte tan feliz noticia? —Lord Northumberland hizo una reverencia—. Gracias por vuestra hospitalidad, señora, y disculpad que os felicite en este estado. Es muy amable de vuestra parte que sufráis a los amigos de vuestro esposo tan rápido. Deberíamos habernos marchado de inmediato en cuanto supimos que habíais llegado. La posada sería más que apropiada.

—Sois más que bien recibido aquí, señor. —Aquel era el momento de hacer la

reverencia, pero aquellas pesadas sayas negras no eran fáciles de manejar y llevaba el corsé tan apretado que no me podía doblar por la cintura. Puse las piernas en una posición reverencial apropiada, pero me tambaleé al doblar las rodillas. Una mano enorme de dedos romos se extendió con rapidez para sostenerme.

—Llamadme Henry, señora. Todo el mundo me llama Hal, por lo que mi nombre de pila se considera bastante formal. —Como muchas personas duras de oído, el conde hablaba en un tono de voz deliberadamente suave. Me soltó y centró su atención en Matthew—. ¿Por qué no llevas barba, Matt? ¿Has estado enfermo?

—Solo he tenido un poco de fiebre, nada más. El matrimonio me ha curado. ¿Dónde está el resto? —Matthew miró en derredor en busca de Kit, George y Tom.

El salón principal del Viejo Pabellón tenía un aspecto muy diferente a la luz del día. Solo lo había visto por la noche, pero por la mañana resultó que los gruesos paneles eran en realidad contraventanas. Estaban todas abiertas y le conferían a la habitación un aspecto espacioso y aireado, a pesar de la monstruosa chimenea de la pared del fondo, decorada con trozos y pedazos de tallas de piedra medievales, sin duda rescatadas por Matthew de los escombros de la abadía que una vez se irguió allí: el inquietante rostro de un santo, un escudo de armas, un lóbulo gótico...

—¿Diana? —La voz divertida de Matthew interrumpió mi examen de la habitación y su contenido—. Hal dice que los demás están en la sala, leyendo y jugando a las cartas. A él no le parecía correcto unirse a ellos antes de que la señora de la casa lo invitara a quedarse.

—El conde debe quedarse, desde luego, y podemos unirnos a tus amigos de inmediato. —Me rugía el estómago.

—O podríamos conseguirte algo de comer —propuso mi marido, con los ojos brillantes. Ahora que había conocido a Henry Percy sin contratiempos, Matthew estaba empezando a relajarse—. ¿Alguien te ha ofrecido algo de comer, Hal?

—Pierre y Françoise han estado igual de atentos que siempre —nos tranquilizó—. Por supuesto, si la señora Roydon se uniera a mí... —La voz del conde se fue apagando y su estómago gorjeó con el mío. Aquel hombre era alto como una jirafa. Debía de necesitar cantidades ingentes de comida para mantener su cuerpo con energía.

—Yo también aprecio los desayunos copiosos, señor —dije riendo.

—Henry —me corrigió el conde amablemente, con una sonrisa que resaltaba el hoyuelo que tenía en la barbilla.

—Entonces debéis llamarme Diana. No puedo llamar al conde de Northumberland por su nombre de pila si continúa dirigiéndose a mí como señora Roydon. —Françoise había insistido en la necesidad de honrar el alto rango del conde.

—Muy bien, Diana —dijo Henry, extendiendo el brazo.

Me guio a través de un pasillo lleno de corrientes de aire hasta una acogedora habitación de techos bajos. Era cómoda y cautivadora, con una sola hilera de ventanas que daban al sur. A pesar de tener un tamaño relativamente pequeño, habían embutido tres mesas en la sala con sus correspondientes taburetes y bancos. Un débil zumbido de actividad, salpicado con el repiqueteo de ollas y sartenes, reveló que estábamos cerca de las cocinas. Alguien había arrancado una página del calendario de la pared y había un mapa sobre la mesa principal, con una esquina sujeta con un candelabro y otra por un plato llano de peltre lleno de fruta. La imagen parecía un bodegón holandés, con sus detalles hogareños. Me paré en seco, mareada por el olor.

—Los membrillos. —Extendí los dedos para tocarlos. Tenían exactamente el mismo

aspecto que me imaginaba en Madison cuando Matthew describía el Viejo Pabellón.

Henry parecía desconcertado por mi reacción ante un plato de fruta normal y corriente, pero era demasiado educado como para comentarlo. Nos acomodamos alrededor de la mesa y un sirviente añadió pan recién hecho junto con una fuente de uvas y un cuenco de manzanas a la naturaleza muerta que teníamos ante nuestros ojos. Resultaba reconfortante ver unos platos tan familiares. Henry se sirvió y yo seguí su ejemplo, tomando nota escrupulosamente de los alimentos que seleccionaba y de las cantidades que consumía. Siempre eran las pequeñas diferencias las que delataban a los forasteros, y yo quería parecer lo más normal posible. Mientras llenábamos nuestros platos, Matthew se sirvió una copa de vino.

Durante la comida, Henry se comportó con exquisita cortesía. En ningún momento me preguntó nada personal ni se entrometió en los asuntos de Matthew. En su lugar, nos hizo reír con las anécdotas de sus perros, de sus propiedades y de su estricta madre, todo ello sin dejar de suministrar pan tostado que sacaba del fuego. Estaba empezando a hablar de mudarse de casa en Londres cuando se oyó un estrépito en el patio. El conde, que estaba de espaldas a la puerta, no se percató.

—¡Es una mujer imposible! Todos me lo advertisteis, pero me parecía increíble que alguien pudiera ser tan ingrato. Después de todas las riquezas que he vertido en sus arcas, lo mínimo que podría hacer sería... Oh. —Los anchos hombros de nuestro nuevo invitado llenaron el umbral de la puerta, uno de ellos envuelto en un abrigo tan oscuro como el cabello que se encaracolaba alrededor de su espléndido sombrero de plumas—. Matthew; ¿te encuentras mal?

Henry se volvió, sorprendido.

—Buenos días, Walter. ¿Cómo es que no estás en la corte?

Intenté tragar un bocado de tostada. El recién llegado era casi con total certeza el miembro que faltaba de la Escuela de la Noche de Matthew, *sir* Walter Raleigh.

—He sido expulsado del paraíso por anhelar una posición, Hal. ¿Y esta quién es? —Unos penetrantes ojos azules se posaron en mí, y unos dientes brillaron entre la oscura barba—. Henry Percy, pícaro diablillo. Kit me contó que estabas decidido a llevarte a la cama a la bella Arabella. Si hubiera sabido que tus gustos habían cambiado para inclinarte por un ejemplar más maduro que una chica de quince años, hace tiempo que te habría uncido a alguna lozana viuda.

¿Madura? ¿Viuda? Si acababa de cumplir treinta y tres.

—Sus encantos te han inducido a quedarte en casa este domingo, en lugar de ir a misa. Debemos agradecerle a la dama que haya logrado que dejaras de arrodillarte y pasaras a subirte a un caballo, que es donde debes estar —continuó Raleigh, con un acento tan pastoso como la nata de Devonshire.

El conde de Northumberland dejó el tenedor de tostar sobre el hogar y contempló a su amigo. Sacudió la cabeza y reanudó su tarea.

—Sal de aquí, vuelve a entrar y pregunta a Matt qué novedades tiene. Y aflígete cuando lo hagas.

—No. —Walter se quedó mirando a Matthew, boquiabierto—. ¿Es tuya?

—El anillo lo demuestra. —Matthew le dio una patada a un taburete que había bajo la mesa con una larga pierna, enfundada en una bota—. Siéntate, Walter, y bebe un poco de cerveza.

—Juraste no casarte nunca —dijo Walter, claramente confundido.

—Fue necesaria un poco de persuasión.

—Supongo. —La mirada evaluadora de Walter Raleigh se posó en mí una vez más—. Es una pena que se eche a perder con una criatura de sangre fría. Yo no habría dudado un instante.

—Diana conoce mi naturaleza y no le importa mi «frialdad», como tú lo llamas. Además, fue a ella a quien hubo que persuadir. Fue amor a primera vista —dijo Matthew.

Walter resopló a modo de respuesta.

—No seas tan cínico, viejo amigo. Cupido todavía podría atraparte. —Los ojos grises de Matthew se iluminaron con una malicia fruto del conocimiento de ciertos datos del futuro de Raleigh.

—Cupido tendrá que esperar para dirigir sus flechas hacia mí. En la actualidad estoy dedicado en cuerpo y alma a esquivar los avances hostiles de la reina y el almirante.

—Walter tiró el sombrero sobre una mesa cercana, donde se deslizó sobre la brillante superficie de un tablero de *backgammon*, echando a perder la partida en curso. Gruñó y se sentó al lado de Henry—. Todo el mundo quiere parte de mi pellejo, al parecer, pero nadie me dará ni un ápice de preferencia mientras el tema de las colonias penda sobre mi cabeza. La idea de la celebración del aniversario de este año fue mía, aunque esa mujer haya puesto a Cumberland a cargo de las ceremonias —aseguró, y su genio volvió a encenderse.

—¿Todavía no hay noticias de Roanoke? —preguntó Henry amablemente, al tiempo que le tendía a Walter una copa de densa cerveza tostada. Se me encogió el estómago cuando Raleigh mencionó la aventura fatal en el Nuevo Mundo. Era la primera vez que alguien preguntaba en voz alta sobre el resultado de un suceso futuro, pero no sería la última.

—White regresó a Plymouth la semana pasada, el mal tiempo le hizo volver a casa. Tuvo que abandonar la búsqueda de su hija y su nieta. —Walter bebió un largo trago de cerveza y se quedó mirando al infinito—. Dios sabe qué habrá sido de todos ellos.

—Llegada la primavera, volverás y los encontrarás. —Henry parecía estar seguro de ello, pero Matthew y yo sabíamos que los colonos perdidos de Roanoke nunca más serían hallados y que Raleigh no volvería a poner un pie en Carolina del Norte.

—Ruego a Dios que tengas razón, Hal. Pero basta ya de hablar de mis problemas. ¿De qué parte del país es vuestra familia, señora Roydon?

—De Cambridge —dije en voz baja, respondiendo de la forma más breve y veraz posible. Me refería a la ciudad de Massachusetts, no a la de Inglaterra, pero si empezaba a inventarme cosas a aquellas alturas, mis historias nunca encajarían.

—Así que sois hija de un erudito. ¿O tal vez vuestro padre era teólogo? Matt estaría encantado de tener a alguien con quien hablar de cuestiones de fe. A excepción de Hal, todos sus amigos están desahuciados en lo que se refiere a la doctrina. —Walter le dio un trago a la cerveza y esperó.

—El padre de Diana falleció cuando ella era muy joven —comentó Matthew, tomándome de la mano.

—Mis condolencias, Diana. La pérdida de un p-p-padre es una terrible desdicha —murmuró Henry.

—¿Y vuestro primer marido os dejó hijos e hijas que os sirvan de consuelo? —preguntó Walter, con un deje de compasión en la voz.

Aquí y ahora una mujer de mi edad ya habría estado casada y tendría una prole de tres o cuatro hijos. Negué con la cabeza.

—No.

Walter frunció el ceño, pero antes de que pudiera profundizar más en el tema, llegó

Kit con George y Tom a la zaga.

—Por fin. Haz que entre en razón, Walter. Matthew no puede seguir haciendo de Odiseo con su Circe. —Kit cogió el cáliz que Henry tenía delante—. Buenos días, Hal.

—¿Hacer entrar en razón a quién? —preguntó Walter, irritado.

—A Matt, desde luego. Esa mujer es una bruja. Y hay algo en ella que no acaba de encajar. —Kit entornó los ojos—. Oculta algo.

—Una bruja —repitió Walter lentamente.

Una sirvienta con una brazada de leña se detuvo en seco en el umbral de la puerta.

—Eso he dicho —confirmó Kit, asintiendo—. Tom y yo hemos reconocido las señales de inmediato.

La doncella descargó los troncos en el cesto que la estaba esperando y se marchó apresuradamente.

—Para hacer obras de teatro, Kit, tienes un lamentable sentido del tiempo y el espacio. —Los ojos azules de Walter se volvieron hacia Matthew—. ¿Vamos a otro sitio a hablar del asunto, o esto es simplemente otra de las inútiles fantasías de Kit? Si se trata de lo último, me gustaría quedarme al calor de la lumbre y acabar la cerveza. —Los dos hombres se miraron el uno al otro. Al ver que la expresión de Matthew no flaqueaba, Walter maldijo entre dientes. Entonces llegó Pierre, entrando en escena en el momento justo.

—El fuego está encendido en la sala, señor —le dijo el vampiro a Matthew—, y hay vino y comida dispuestos para vuestros invitados. Nadie os molestará.

Aquella sala no era ni tan acogedora como la habitación donde habíamos desayunado ni tan imponente como el salón principal. La abundancia de butacas talladas, ricos tapices y pinturas con recargados marcos sugería que su principal función era entretener a los huéspedes más importantes de la casa. Una espléndida representación de san Jerónimo y su león pintada por Holbein estaba colgada al lado del hogar. No me resultaba familiar, a diferencia del retrato de Holbein que había al lado de un Enrique VIII con ojos de cerdo que sujetaba un libro y un par de anteojos, mientras miraba pensativo al espectador con una mesa llena de objetos preciosos delante de él. La hija de Enrique, la primera y actual reina Isabel, lo observaba con prepotencia desde el otro lado de la sala. Su tensa confrontación no ayudó a calmar los ánimos mientras tomábamos asiento. Matthew se apoyó al lado del fuego con los brazos cruzados sobre el pecho, con un aspecto tan formidable como el de los Tudor que cubrían las paredes.

—¿Todavía piensas contarles la verdad? —le susurré.

—Suele ser más fácil así, señora —dijo Raleigh bruscamente—, eso sin señalar que es lo más apropiado entre amigos.

—Estás perdiendo la compostura, Walter —le advirtió Matthew, empezando a enfadarse.

—¡Perdiendo la compostura! ¿Y eso lo dice alguien que se ha amancebado con una bruja? —Walter no tenía problema alguno en ponerse al nivel de Matthew en cuanto a irritación se refería. Además, había un toque de auténtico miedo en su voz.

—Es mi esposa —replicó Matthew. Kit puso los ojos en blanco y se sirvió una nueva copa de vino de un cántaro de plata. Mis sueños de sentarme a su lado junto a un acogedor fuego para hablar de magia y literatura se esfumaron por completo bajo la estridente luz de aquella mañana de noviembre. Llevaba en 1590 menos de veinticuatro horas y ya estaba hasta las narices de Christopher Marlowe.

Tras la respuesta de Matthew, la sala se quedó en silencio mientras él y Walter se

miraban fijamente el uno al otro. Con Kit, Matthew había sido indulgente aunque lo había exasperado un poco. George y Tom pusieron a prueba su paciencia y Henry sacó a relucir su afecto fraternal. Pero Raleigh era el igual de Matthew —en inteligencia, poder, tal vez incluso en crueldad—, lo que significaba que la de Walter era la única opinión que contaba. Tenían un cauto respeto el uno por el otro, como si fueran dos lobos determinando quién tenía la fuerza para liderar la manada.

—Conque así es —dijo Walter lentamente, doblegándose a la autoridad de Matthew.

—Sí. —Matthew puso los pies más horizontales sobre el hogar.

—Guardas demasiados secretos y tienes demasiados enemigos para tomar una esposa. Y, aun así, lo has hecho de todos modos. —Walter parecía asombrado—. Otros hombres te han acusado de confiar demasiado en tu propia perspicacia, pero yo nunca estuve de acuerdo con ellos hasta ahora. Muy bien, Matthew. Ya que eres tan astuto, dínos qué hemos de decir cuando nos pregunten.

La copa de Kit dio un golpe en la mesa y el vino tinto le salpicó la mano.

—No puedes esperar que nosotros...

—Silencio. —Walter le dirigió una mirada furiosa a Marlowe—. Teniendo en cuenta las mentiras que hemos contado en tu nombre, me sorprende que oses poner objeciones. Continúa, Matthew.

—Gracias, Walter. Sois los únicos cinco hombres del reino que podéis escuchar mi historia sin considerarme un loco. —Matthew se pasó las manos por el pelo—. ¿Recordáis la última vez que hablamos de las ideas de Giordano Bruno sobre el número infinito de mundos, ilimitados por el tiempo o por el espacio?

Los hombres intercambiaron miradas.

—No tengo la certeza de que entendamos lo que quieres decir —empezó a decir Henry, con tacto.

—Diana es del Nuevo Mundo. —Matthew hizo una pausa, lo que le dio la oportunidad a Marlowe de mirar triunfante alrededor de la sala—. Del Nuevo Mundo del futuro.

En el silencio subsiguiente, todos los ojos se giraron en mi dirección.

—Dijo que era de Cambridge —dijo Walter sin entender nada.

—No de este Cambridge. Mi Cambridge está en Massachusetts —dije, con la voz quebrada por el estrés y la falta de uso. Me aclaré la garganta—. Volverá a existir una colonia al norte de Roanoke dentro de otros cuarenta años.

Se produjo un estruendo de exclamaciones y me llovieron preguntas de todas direcciones. Harriot extendió un brazo y, dubitativo, me tocó el hombro. Cuando su dedo se topó con carne sólida, lo retiró maravillado.

—He oído hablar de criaturas que pueden dirigir el tiempo a su antojo. Este es un día maravilloso, ¿no es así, Kit? ¿Alguna vez pensaste que llegarías a conocer a una hilandera de tiempo? Hemos de ser cautos cuando estemos cerca de ella, desde luego, o podríamos enredarnos en su red y perder el rumbo. —La expresión de Harriot era nostálgica, como si el hecho de quedarse atrapado en otro mundo le resultara divertido.

—¿Y qué os trae por aquí, señora Roydon? —La profunda voz de Walter interrumpió la charla.

—El padre de Diana era un erudito —dijo Matthew, respondiendo por mí. Se oyeron murmullos de interés, acallados por Walter al levantar una mano—. Y su madre también. Ambos eran brujos y murieron en misteriosas circunstancias.

—Entonces eso es algo que tenemos en común, D-D-Diana —dijo Henry, con un escalofrío. Antes de que pudiera preguntarle al conde a qué se refería, Walter le hizo un gesto con la mano a Matthew para que continuara.

—Como consecuencia, su educación como bruja fue... pasada por alto —continuó Matthew.

—Es fácil dar caza a una bruja así —dijo Tom, frunciendo el ceño—. ¿Por qué en ese Nuevo Mundo futuro no se ha cuidado más de una criatura así?

—Mi magia, y mi larga tradición familiar con ella, no significaba nada para mí. Vosotros tenéis que entender lo que implica querer ir más allá de las restricciones de nacimiento. —Miré a Kit, el hijo del zapatero, esperando que al menos asintiera, si no se compadecía, pero giró la cara.

—La ignorancia es un pecado imperdonable —dijo Kit, mientras toqueteaba un trozo de seda roja que sobresalía de una de las docenas de rajas dentadas que se recortaban en su jubón negro.

—También lo es la deslealtad —agregó Walter—. Continúa, Matthew.

—Tal vez Diana no haya sido entrenada en el arte de la brujería, pero dista mucho de ser una ignorante. Ella también es una erudita —dijo Matthew, orgulloso—. Siente pasión por la alquimia.

—Las damas alquimistas no son más que filósofas de cocina —dijo Kit con desprecio—, están más interesadas en mejorar su cutis que en comprender los secretos de la naturaleza.

—Yo estudio alquimia en la biblioteca, no en la cocina —le espeté, olvidándome de modular el tono de voz y el acento. Kit abrió los ojos de par en par—. Y doy clases a los estudiantes sobre la materia en la universidad.

—¿Van a permitir que las *mujeres* impartan clases en la universidad? —preguntó George, fascinado y repugnado al mismo tiempo.

—Y también matricularse —murmuró Matthew, mientras se tiraba de la punta de la nariz como disculpándose—. Diana fue a Oxford.

—Eso debe de haber servido para mejorar la asistencia a las lecciones —comentó Walter secamente—. Si admitieran mujeres en Oriol, puede que incluso yo hubiera cursado otra carrera. ¿Y las damas eruditas son perseguidas en esa futura colonia de algún lugar al norte del Roanoke? —Era razonable que hubiera extraído esa conclusión, por la historia que Matthew había contado hasta entonces.

—No, todas no. Pero Diana encontró un libro perdido en la universidad. —Los miembros de la Escuela de la Noche se lanzaron hacia delante en sus asientos. Los libros perdidos eran mucho más interesantes para aquel grupo que las brujas ignorantes y las damas eruditas—. Contiene información secreta sobre el mundo de las criaturas.

—¿El *Libro de los misterios*, que se supone que habla de nuestra creación? —Kit parecía asombrado—. Nunca antes te habían interesado dichas fábulas, Matthew. De hecho, las rechazabas y las considerabas supersticiones.

—Pues ahora creo en ellas, Kit. El descubrimiento de Diana hizo que los enemigos llamaran a su puerta.

—Y tú estabas con ella. Así que los enemigos abrieron el pestillo y entraron. —Walter sacudió la cabeza.

—¿Por qué el interés de Matthew ha traído consecuencias tan funestas? —preguntó George. Sus dedos buscaron la cinta negra de seda que sujetaba sus anteojos a los cordones de su jubón, elegantemente ablusado sobre la barriga, mientras el relleno crujía como un

saco de avena cada vez que se movía. George se llevó la montura redondeada a la cara y me analizó como si fuera un interesante objeto de estudio nuevo.

—Porque las brujas y los *wearhs* tienen prohibido casarse —dijo Kit de inmediato. Yo nunca había oído la palabra *weahr*, con aquella uve doble sibilante al principio y aquel sonido gutural al final.

—Como los daimones y los *wearhs*. —Walter le puso una mano de advertencia en el hombro a Kit.

—¿De verdad? —George parpadeó mirando a Matthew y luego a mí—. ¿La reina prohíbe ese tipo de uniones?

—Se trata de un antiguo pacto entre criaturas que nadie osa desobedecer. —Tom parecía asustado—. A aquellos que lo hacen, la Congregación les pide cuentas y los castiga.

Solo los vampiros tan viejos como Matthew podían recordar la época anterior al pacto que establecía cómo debían comportarse las criaturas entre ellas e interactuar con los humanos que las rodeaban. «No confraternizar con especies de otro mundo» era la regla más importante, y la Congregación supervisaba los límites. Nuestros talentos —la creatividad, la fuerza, la energía sobrenatural— resultaban imposibles de ignorar en grupos mixtos. Era como si el poder de una bruja realzara la energía creativa de cualquier daimón cercano, y el genio de un daimón hiciera que la belleza de un vampiro fuera más llamativa. En cuanto a las relaciones con los humanos, se suponía que teníamos que pasar desapercibidos y mantenernos al margen de la política y la religión.

Justo esa mañana Matthew había insistido en que había demasiados problemas más que afectaban a la Congregación en el siglo XVI —la guerra religiosa, la quema de herejes y la famosa sed de lo extraño y lo curioso últimamente alimentada por la tecnología de la prensa escrita— como para que sus miembros se preocuparan por algo tan trivial como una bruja y un vampiro que se habían enamorado. Dados los desconcertantes y peligrosos sucesos que habían tenido lugar desde que había conocido a Matthew a finales de septiembre, aquello me parecía difícil de creer.

—¿Qué es eso de la Congregación? —preguntó George con interés—. ¿Se trata de una nueva secta religiosa?

Walter ignoró la pregunta de su amigo y le dirigió a Matthew una penetrante mirada. Luego se volvió hacia mí.

—¿Y todavía tenéis ese libro?

—Nadie lo tiene. Ha vuelto a la biblioteca. Las brujas esperan que lo recupere para ellas.

—Entonces os persiguen por dos razones. Hay quien quiere alejaros del *wearh*, y hay quien os ve como un medio necesario para lograr lo que desea. —Walter se pellizcó la punta de la nariz y miró a Matthew con hastío—. Eres un auténtico imán para los problemas, amigo mío. Y esto no podía haber sucedido en un momento más inoportuno. Faltan menos de tres semanas para la celebración del aniversario de la reina. Te esperan en la corte.

—¿La celebración de la reina me importa un bledo! No estamos seguros con una hilandera de tiempo entre nosotros. La bruja podría rectificar nuestro futuro y traernos mala fortuna, incluso acelerar nuestra muerte. —Kit se levantó disparado de la silla para ponerse ante Matthew—. Por lo más sagrado, ¿cómo has podido hacer esto?

—Parece que el ateísmo del que tanto te jactas te ha fallado, Kit —dijo Matthew sin alterarse—. Después de todo, ¿temes tener que responder por tus pecados?

—Tal vez no crea en una deidad caritativa y todopoderosa como tú, Matthew, pero

hay más cosas en este mundo que las descritas en tus libros de filosofía. Y a esta mujer, a esta bruja, no le podemos permitir que se inmiscuya en nuestros asuntos. ¡Puede que a ti te haya encandilado, pero yo no tengo intención alguna de poner mi futuro en sus manos!
—replicó Kit.

—Un momento. —Una mirada de sorpresa cada vez mayor recorrió el rostro de George—. ¿Has venido a nosotros desde Chester, Matthew, o...?

—No. No debes responder, Matt —dijo Tom con repentina lucidez—. Jano ha venido a nosotros con algún propósito y no debemos interferir.

—Habla con sensatez, Tom... Si puedes —dijo Kit con maldad.

—Con una cara, Matthew y Diana miran hacia el pasado. Con la otra, observan el futuro —dijo Tom, sin preocuparle la interrupción de Kit.

—Pero si Matt no... —La voz de George se fue apagando, hasta enmudecer.

—Tom tiene razón —dijo Walter, con brusquedad—. Matthew es nuestro amigo y nos ha pedido ayuda. Además, si la memoria no me falla, es la primera vez que lo hace. Eso es todo lo que debemos saber.

—Pide demasiado —replicó Kit.

—¿Demasiado? Es poco y tardío, en mi opinión. Matthew pagó uno de mis barcos, salvó las posesiones de Henry y hace tiempo que mantiene a George y a Tom para que se dediquen a sus libros y a sus sueños. En cuanto a ti —Walter miró a Marlowe de la cabeza a los pies—, todo lo que tienes, desde tus ideas hasta la última copa de vino, pasando por el sombrero que llevas en la cabeza, se lo debes a la gentileza de Matthew Roydon. Proporcionarle un puerto seguro a su esposa durante la presente tempestad es una nimiedad, en comparación.

—Gracias, Walter. —Matthew parecía aliviado, pero la sonrisa que me dedicó era vacilante. Triunfar sobre sus amigos, en particular sobre Walter, había sido más difícil de lo que esperaba.

—Tendremos que idear una historia para explicar cómo ha llegado aquí tu mujer —dijo Walter, pensativo—. Algo que no llame la atención de los extraños sobre ella.

—Diana también necesita un maestro —añadió Matthew.

—Deberían enseñarle modales, desde luego —refunfuñó Kit.

—No, su profesora debe ser otra bruja —lo corrigió Matthew.

Walter emitió un débil sonido de regocijo.

—Dudo que haya una bruja en treinta kilómetros a la redonda de Woodstock. No contigo viviendo aquí.

—¿Y qué hay de ese libro, señora Roydon? —George sacó de repente un palito gris afilado, envuelto en un cordel, de un bolsillo oculto en los bulbosos contornos de sus calzones cortos. Lamió la punta del lápiz y lo sostuvo en alto, expectante—. ¿Podéis describirme su tamaño y contenido? Lo buscaré en Oxford.

—El libro puede esperar —dije—. Antes necesito una vestimenta adecuada. No puedo salir de casa con la chaqueta de Pierre y la falda que la hermana de Matthew llevó al funeral de Jane Seymour.

—¿Salir de casa? —se mofó Kit—. Qué disparate.

—Kit tiene razón —dijo George, excusándose. Hizo una anotación en su libro—. Por vuestro acento resulta evidente que sois ajena a Inglaterra. Me complacería daros lecciones de dicción, señora Roydon.

La idea de George Chapman haciendo de Henry Higgins con la Eliza Doolittle que había en mí fue suficiente para hacerme mirar con anhelo hacia la puerta.

—Ni siquiera debería permitírsele hablar, Matt. Debes obligarla a guardar silencio —insistió Kit.

—Lo que necesitamos es una mujer, alguien que aconseje a Diana. ¿Por qué ninguno de vosotros tenéis una hija, esposa o amante? —reivindicó Matthew. Se hizo un profundo silencio.

—¿Walter? —preguntó Kit con aire de superioridad, haciendo que el resto de los hombres prorrumpieran en carcajadas e iluminaran el pesado ambiente, como si una tormenta de verano hubiera estallado en la sala. Hasta Matthew se unió.

Pierre entró cuando las risas se desvanecían, pateando ramitos de romero y lavanda que había diseminados entre los juncos del suelo para impedir que las pisadas húmedas se esparcieran por la casa. En aquel preciso instante, las campanas empezaron a tañer para dar las doce. Como me había sucedido al ver los membrillos, la combinación de sonidos y aromas me llevó directamente de vuelta a Madison.

El pasado, el presente y el futuro se encontraron. En lugar de desenvolverse lentamente y con fluidez, hubo un momento de calma como si el tiempo se hubiera detenido. Contuve el aliento.

—¿Diana? —dijo Matthew, agarrándome por los hombros.

Algo azul y ámbar, un entramado de luz y color, captó mi atención. Estaba tensamente entretejido en la esquina de la sala, donde no podía haber más que telas de araña y polvo. Fascinada, intenté ir hacia allí.

—¿Se encuentra indispuesta? —preguntó Henry, al tiempo que su mirada enfocaba sobre el hombro de Matthew.

El tañido de las campanas cesó y el aroma de la lavanda se desvaneció. El azul y el ámbar parpadearon en gris y blanco antes de desaparecer.

—Lo siento. Me pareció ver algo en la esquina. Debe de haber sido una ilusión óptica por la luz —dije, presionando la mano contra la mejilla.

—Puede que se deba al desfase temporal, *mon coeur* —murmuró Matthew—. Te prometí un paseo por el parque. ¿Quieres acompañarme al exterior para que te dé un poco el aire?

Tal vez se tratara de los efectos secundarios de viajar en el tiempo y era posible que el aire fresco me ayudara. Pero acabábamos de llegar y Matthew hacía que no veía a aquellos hombres más de cuatro siglos.

—Debes quedarte con tus amigos —dije con firmeza, aunque mis ojos vagaron hacia las ventanas.

—Cuando regresemos seguirán aquí, bebiéndose mi vino. —dijo Matthew con una sonrisa. Se volvió hacia Walter—. Voy a mostrarle a Diana su casa y a asegurarme de que no se pierda en los jardines.

—Tendremos que continuar con la conversación —le advirtió Walter—. Hay asuntos que discutir.

Matthew asintió y me agarró por la cintura.

—Pueden esperar.

Dejamos a la Escuela de la Noche en la cálida sala y nos dirigimos afuera. Tom ya había perdido el interés por los problemas entre vampiros y brujas y estaba absorto en su lectura. A George se le veía igualmente consumido por sus propios pensamientos y escribiendo afanosamente en un cuaderno. La mirada de Kit era atenta, la de Walter, cautelosa, y los ojos de Henry rebosaban compasión. Los tres hombres parecían una bandada de cuervos perversos con aquellas ropas oscuras y aquellos rostros vigilantes. Me

recordaron a lo que pronto diría Shakespeare sobre ese grupo extraordinario.

—¿Cómo empezaba? —murmuré en voz baja—. ¿«Lo negro es atributo del infierno»?

Matthew parecía nostálgico.

—«Lo negro es atributo del infierno, el color de las mazmorras y la escuela de la noche».

—«El color de la amistad» habría sido más preciso —dije. Había visto cómo manejaba Matthew a los profesores adjuntos en la Bodleiana, pero su influencia sobre las preferencias de Walter Raleigh y Kit Marlowe seguía resultándome inesperada—. ¿Hay algo que no estuvieran dispuestos a hacer por ti, Matthew?

—Dios quiera que nunca lo descubramos —dijo sombríamente.

Capítulo 3

EL lunes por la mañana me encerré en el despacho de Matthew, que estaba situado entre los aposentos de Pierre y una habitación más pequeña que se usaba para los asuntos de la propiedad, desde la que se veían la casa del guarda y la carretera de Woodstock.

La mayoría de los chicos —ahora que los conocía mejor, me parecía un término colectivo mucho más apropiado que el grandilocuente «Escuela de la Noche»— estaban reclusos en lo que Matthew denominaba la «sala de desayuno», bebiendo cerveza y vino y aplicando su desbordante imaginación a mi historia personal. Walter me aseguró que, cuando la hubieran completado, explicaría mi repentina aparición en Woodstock a los residentes curiosos y mitigaría las preguntas sobre mi acento y mis hábitos extraños.

Lo que habían tramado hasta el momento era en exceso melodramático. No era de extrañar, dado que nuestros dos escritores residentes, Kit y George, eran los que proponían los elementos clave de la trama. Entre los personajes se incluían unos padres franceses muertos, unos nobles avariciosos que habían explotado a una huérfana indefensa (yo) y unos ancianos lascivos decididos a despojarme de mi virtud. La historia tomaba un rumbo épico con mis pruebas espirituales y la conversión del catolicismo al calvinismo. Estas derivaron en un exilio voluntario en las costas protestantes de Inglaterra, en años de miserable pobreza y en el rescate fortuito de Matthew y su instantánea estima. George (que realmente tenía un poco de complejo de maestro rural) prometió instruirme en los detalles cuando le hubieran dado las últimas pinceladas a la historia.

Estaba disfrutando de un poco de calma, un bien poco frecuente en una casa isabelina de aquel tamaño llena de gente. Como un niño conflictivo, Kit elegía invariablemente el peor momento para entregar el correo, anunciar la cena o pedirle ayuda a Matthew con algún problema. Y, lógicamente, Matthew estaba deseando estar con unos amigos a los que no esperaba volver a ver jamás.

En ese momento se encontraba con Walter y yo estaba dedicando mi atención a un pequeño libro, mientras esperaba a que volviera. Había dejado su mesa, al lado de la ventana, llena de bolsas de plumas afiladas y tarritos de cristal llenos de tinta. Había otras herramientas esparcidas alrededor: una barra de cera para sellar la correspondencia, un fino cuchillo para abrir cartas, una vela, un salero de plata... Ese último no estaba lleno de sal, sino de arena, como habían revelado mis huevos arenosos de esa mañana.

En mi mesa había un salero similar para fijar la tinta a la hoja y evitar que se emborronara, un único frasco de tinta negra y los restos de tres plumas. En ese momento estaba destrozando una cuarta en un esfuerzo por llegar a dominar las complicadas volutas de la escritura isabelina. Hacer una lista de tareas debería haber sido coser y cantar. Como historiadora, me había pasado años leyendo caligrafías antiguas y sabía exactamente el aspecto que tenían que tener las letras, qué palabras eran la más comunes y la cambiante ortografía que debía utilizar en una época en la que escaseaban los diccionarios y las reglas gramaticales.

Resultó que lo más complicado no era saber qué hacer, sino hacerlo. Después de haber trabajado durante años para llegar a ser una experta, volvía a ser una estudiante. Solo que, esta vez, mi objetivo no era entender el pasado, sino vivir en él. Por el momento había sido una experiencia humillante, y lo único que había conseguido había sido emborronar la primera página del libro de bolsillo en blanco que Matthew me había regalado esa mañana.

«Es el equivalente isabelino a un portátil», me había explicado, tendiéndome el fino tomo. «Eres una mujer de letras y necesitas dónde meterlas».

Abrí una rendija de la apretada cubierta, lo que liberó el olor a nuevo del papel. Las mujeres más virtuosas de la época usaban aquellos librillos para sus oraciones.

Diana

Había un denso borrón en el lugar donde había presionado al principio de la de y, cuando llegué a la última a, la pluma se había quedado sin tinta. Aun así, había conseguido un ejemplo perfectamente digno de la letra itálica de la época. Mi mano se movía mucho más despacio que la de Matthew cuando escribía cartas, con aquella serpenteante escritura de ministro. Su letra era como la de los abogados, los doctores y otros profesionales, pero, para mí, por el momento, se me hacía demasiado difícil.

Bishop

Eso quedó aún mejor. Pero mi sonrisa se esfumó rápidamente y me puse manos a la obra con mi otro apellido: ahora estaba casada. Mojé la pluma en la tinta.

De Clermont

Diana de Clermont. Sonaba a condesa, no a historiadora. Una gota de tinta húmeda se cayó sobre la hoja que tenía debajo. Ahogué un impropio dedicado a la mancha negra. Por suerte, no había emborronado mi nombre. Aunque lo cierto era que aquel tampoco lo era. Esparcí la gota sobre el «De Clermont». Todavía se podía leer..., pero a duras penas. Afiancé la mano y dibujé con parsimonia las letras correctas.

Roydon

Ese era ahora mi nombre. Diana Roydon, esposa del más oscuro personaje relacionado con la misteriosa Escuela de la Noche. Examiné la hoja con mirada crítica. Mi caligrafía era un desastre. No se parecía en nada a la letra pulcra y redondeada del químico Robert Boyle ni a la de su brillante hermana, Katherine. Esperaba que la escritura de las mujeres en la década de 1590 fuera mucho más desastrosa que en la de 1690. Unos cuantos golpes de pluma más y una floritura final y habría acabado.

Compendio

Se oyeron voces masculinas en el exterior. Dejé la pluma, fruncí el ceño y fui hacia la ventana.

Matthew y Walter estaban debajo. Los paneles de vidrio ahogaban sus palabras, pero el tema de conversación era obviamente desagradable, a juzgar por la expresión atormentada de Matthew y la línea encrespada de las cejas de Raleigh. Cuando Matthew hizo un gesto displicente y dio media vuelta para alejarse caminando, Walter lo detuvo con mano firme.

Algo le preocupaba a Matthew desde que había recibido el primer lote de correo esa mañana. El silencio se había cernido sobre él y había cogido el zurrón sin abrirlo. Aunque había explicado que las cartas tenían que ver con asuntos ordinarios relacionados con la propiedad, con certeza allí había algo más que demandas de impuestos y facturas pendientes de cobro.

Apreté la cálida palma de la mano contra el frío panel, como si solo fuera el cristal lo que se interponía entre Matthew y yo. El juego de temperaturas me recordó el contraste

entre una bruja de sangre caliente y un vampiro de sangre fría. Regresé a mi asiento y cogí la pluma.

—Has decidido dejar tu huella en el siglo XVI, después de todo. —De pronto, Matthew estaba a mi lado. El movimiento de la comisura de sus labios indicaba regocijo, pero no disfrazaba por completo su tensión.

—Todavía no estoy segura de que crear un recuerdo permanente de mi estancia aquí sea una buena idea —confesé—. Algún futuro estudioso podría darse cuenta de que hay algo raro en ello. —«De la misma manera que Kit había sabido que había algo en mí que no encajaba».

—No te preocupes. El libro no saldrá de la casa. —Matthew cogió el montón de correo.

—No puedes estar seguro de ello —repliqué.

—Dejemos que la historia se ocupe de sí misma, Diana —dijo resueltamente, como si la cuestión quedara zanjada. Pero yo no podía dejar de pensar en el futuro, ni de preocuparme por los efectos que nuestra presencia en el pasado podría causar sobre él.

—Sigo sin creer que debemos dejar que Kit se quede con esa pieza de ajedrez. —El recuerdo de Marlowe blandiendo triunfante la diminuta figura de Diana me atormentaba. Hacía las veces de reina blanca en el valioso juego de ajedrez de plata de Matthew y había sido uno de los objetos que yo había usado para hacernos llegar al lugar correcto del pasado. Dos jóvenes daimones desconocidos, Sophie Norman y su marido Nathaniel Wilson, la habían entregado inesperadamente en casa de mis tías, en Madison, justo cuando estábamos decidiendo que viajaríamos en el tiempo.

—Kit la ganó limpiamente anoche, como se suponía que debía hacer. Al menos esta vez pude ver cómo lo logró. Me distrajo con la torre. —Matthew garabateó una nota con envidiable velocidad antes de doblar las hojas en un pulcro paquete. Dejó caer una gota fundida de bermellón en los extremos de la carta antes de presionar el anillo de sello sobre ella. La superficie dorada del anillo lucía el sencillo glifo del planeta Júpiter, en lugar del elaborado emblema que Satu había marcado con fuego en mi piel. La cera crujió al enfriarse—. De alguna manera, la cuestión es que mi reina blanca pasó de Kit a una familia de brujas de Carolina del Norte. Tenemos que confiar en que eso volverá a suceder, con o sin nuestra ayuda.

—Antes Kit no me conocía. Y no le caigo bien.

—Razón de más para no preocuparse. Mientras le duela contemplar su parecido con Diana, no será capaz de separarse de ella. Christopher Marlowe es un masoquista de primera. —Matthew cogió otra carta y la abrió con el cuchillo.

Inspeccioné el resto de objetos que había sobre mi mesa y cogí un montoncito de monedas. En mis estudios de posgrado, el conocimiento práctico del dinero en la época isabelina había brillado por su ausencia. Así como la administración del hogar, el orden correcto de colocación de las prendas de ropa interior, las formas de dirigirse a los sirvientes o cómo hacer una medicina para el dolor de cabeza de Tom. Las discusiones con Françoise sobre mi guardarropa ponían de manifiesto mi ignorancia sobre los nombres comunes de los colores ordinarios. El «verde caca de ganso» me sonaba, pero el peculiar tono del marrón entrecano conocido como «pelo de rata», en absoluto. Las experiencias que había vivido hasta entonces habían logrado que quisiera estrangular al primer historiador sobre los Tudor que encontrara al volver, por grave incumplimiento del deber.

Pero la necesidad imperiosa de familiarizarme con los detalles de la vida diaria hizo que pronto olvidara mi irritación. Examiné las monedas que tenía en la palma de la mano,

buscando un penique de plata. Era la piedra angular sobre la que se erigían mis precarios conocimientos. La moneda no era mayor que mi pulgar, fina como una oblea, y tenía el mismo perfil de la reina Isabel que la mayoría de las otras. Organicé el resto según su valor relativo y empecé a enumerarlas por orden en la siguiente página en blanco de mi libro.

—Gracias, Pierre —murmuró Matthew sin apenas levantar la vista, cuando su sirviente se llevó con rapidez las cartas y depositó más correspondencia aún sobre la superficie de la mesa.

Escribíamos guardando un amigable silencio. En cuanto acabé con la lista de monedas, intenté recordar lo que Charles, el lacónico cocinero de la casa, me había enseñado sobre la elaboración del vino con especias. ¿O era sobre el ponche?

Vino con especias para dolores de cabeza

Satisfecha con la línea relativamente recta del texto, tres diminutas manchas y la temblorosa uve, continué.

Poner el agua a hervir. Batir dos yemas de huevo. Añadir vino blanco y batir un poco más. Cuando el agua hierva, dejarla enfriar antes de añadir el vino y los huevos. Remover hasta que vuelva a hervir y añadir azafrán y miel.

La mezcla resultante era repugnante —exageradamente amarilla y con la consistencia del requesón grumoso derretido—, pero Tom se lo había tragado sin rechistar. Más tarde, cuando le pregunté a Charles la proporción adecuada de miel y vino, se había llevado las manos a la cabeza con disgusto por mi ignorancia y se había ido indignado, sin mediar palabra.

Vivir en el pasado siempre había sido mi deseo secreto, pero era mucho más difícil de lo que jamás había imaginado. Suspiré.

—Vas a necesitar algo más que ese libro para sentirte como en casa aquí. —Los ojos de Matthew no abandonaron la correspondencia—. También deberías tener una habitación propia. ¿Por qué no te quedas con esta? Tiene la suficiente luz como para servir de biblioteca. O podrías convertirla en un laboratorio de alquimia... Aunque puede que quieras un sitio más privado, si tienes pensado transformar el plomo en oro. Hay un cuarto al lado de la cocina que podría servir.

—Puede que la cocina no sea lo ideal. Charles no tiene buena opinión de mí —respondí.

—No tiene buena opinión de nadie. Ni tampoco Françoise. Salvo de Charles, por supuesto, al que venera como a un santo incomprendido a pesar de su afición a la bebida.

Unas sólidas pisadas retumbaron en el pasillo. La recriminadora Françoise apareció en el umbral.

—Hay unos hombres que preguntan por la señora Roydon —anunció, haciéndose a un lado para dejar a la vista a un septuagenario de cabello gris con manos callosas y a un hombre mucho más joven que cambiaba el peso de un pie al otro. Ninguno de aquellos hombres era una criatura.

—Somers —Matthew frunció el ceño—. ¿Y ese joven es Joseph Bidwell?

—Sí, señor Roydon. —El joven se quitó el sombrero de la cabeza.

—La señora Roydon os permitirá tomarle las medidas ahora —dijo Françoise.

—¿Las medidas? —La mirada que Matthew nos dirigió a Françoise y a mí exigía una respuesta... urgente.

—Zapatos. Guantes. Para el guardarropa de *madame* —dijo Françoise. A diferencia

de las enaguas, los zapatos no eran prácticamente talla única.

—Le pedí a Françoise que los hiciera llamar —expliqué, con la esperanza de que Matthew se pusiera de mi lado. Los ojos de Somers se abrieron de par en par al oír mi extraño acento, antes de que su rostro regresara a una expresión de deferencia neutra.

—El viaje de mi esposa ha sido inusitadamente difícil —dijo Matthew con suavidad, acudiendo a mi lado— y sus enseres se extraviaron. Lamentablemente, Bidwell, no tenemos zapatos para que copiéis. —Posó una mano de advertencia en mi hombro, con la esperanza de silenciar cualquier otro comentario.

—¿Me permitís, señora Roydon? —preguntó Bidwell, inclinándose hasta que sus dedos pendieron sobre los cordones que me sujetaban al pie un par de zapatos que no me quedaban bien. Aquel calzado prestado demostraba que no era quien pretendía ser.

—Por favor —replicó Matthew antes de que yo pudiera responder. Françoise me miró con empatía. Sabía lo que era que Matthew Roydon te hiciera callar.

El joven se sobresaltó al entrar en contacto con un pie cálido de pulso rítmico. Obviamente, esperaba una extremidad más fría, menos viva.

—A lo tuyo —dijo Matthew con aspereza.

—Señor. Mi señor. Señor Roydon. —El joven dejó escapar los títulos que tenía más a mano, salvo «su majestad» y «príncipe de las tinieblas». Aunque esos últimos iban implícitos.

—¿Dónde está tu padre, muchacho? —La voz de Matthew se suavizó.

—Está indispuerto, lleva en la cama cuatro días, señor Roydon. —Bildwell sacó un pedazo de fieltro de una bolsa que llevaba atada alrededor de la cintura y puso mis pies sobre él, mientras trazaba el contorno con una barrita de carbón. Hizo algunas anotaciones en el fieltro, acabó con rapidez y me soltó el pie. Bidwell sacó un curioso libro hecho de retales cuadrados de cuero de colores sujetos entre sí con correas de cuero y me lo ofreció.

—¿Qué colores son los más populares, señor Bidwell? —pregunté, mientras hojeaba las muestras de piel. Necesitaba consejo, no un test de opciones múltiples.

—Las mujeres que van a la corte suelen llevar blanco estampado en oro o plata.

—No vamos a ir a la corte —aseguró Matthew de inmediato.

—Entonces el negro y el bonito pardo rojizo. —Bildwell levantó un parche de piel de color caramelo para su aprobación. Matthew la dio antes de que yo pudiera decir una palabra.

Entonces le llegó el turno al anciano. Él también se sorprendió cuando me tomó la mano y notó las callosidades que tenía en la palma. Las damas bien educadas que se casaban con hombres como Matthew no remaban en barcos. Somers se fijó en el bulto de mi dedo corazón. Las damas tampoco tenían bultos por sujetar las plumas con demasiada fuerza. Me deslizó en la mano derecha un guante suave como la mantequilla que era demasiado grande. Una aguja enhebrada con un tosco hilo estaba sujeta en el dobladillo.

—¿Tiene tu padre todo lo que necesita, Bidwell? —preguntó Matthew al zapatero.

—Sí, gracias, señor Roydon —respondió Bidwell con una inclinación de cabeza.

—Charles le enviará natillas y venado. —Los ojos grises de Matthew observaron la delgada complexión del joven—. Y también un poco de vino.

—El señor Bidwell os agradecerá vuestra bondad —dijo Somers, mientras con los dedos atravesaba la piel con el hilo para que el guante se ajustara a la perfección.

—¿Hay alguien más convaleciente? —preguntó Matthew.

—La hija de Rafe Meadows estuvo enferma con unas fiebres terribles. Temíamos por el viejo Edward, pero solo tiene un poco de calentura —replicó Somers lacónicamente.

—Confío en que la hija de Meadows se haya recuperado.

—No. —Somers partió el hilo—. La enterraron hace tres días, que Dios la tenga en su gloria.

—Amén —dijeron todos los de la sala. Françoise levantó las cejas y señaló bruscamente con la cabeza en dirección a Somers. Yo me uní con retraso.

Cuando concluyeron sus asuntos y prometieron que tendrían listos los zapatos y los guantes a lo largo de la semana, ambos hombres hicieron sendas reverencias y se retiraron. Françoise dio media vuelta con intención de seguirlos, pero Matthew la detuvo.

—No más visitas para Diana. —La seriedad de su tono de voz no dejaba lugar a dudas—. Ve a ver si Edward Camberwell tiene a alguien que lo cuide y suficiente comida y bebida.

Françoise hizo una reverencia de aquiescencia y se retiró con otra mirada compasiva.

—Me temo que los hombres del pueblo saben que no soy de aquí. —Me pasé una mano temblorosa por la frente—. Mis vocales son un problema. Y mis frases van hacia abajo cuando deberían ir hacia arriba. ¿Y cuándo se supone que hay que decir «amén»? Alguien tiene que enseñarme a rezar, Matthew. Tengo que empezar por algún sitio, y...

—Tranquilízate —dijo este, deslizando las manos alrededor de mi cintura encorsetada. Aun a través de varias capas de ropa, su tacto era tranquilizador—. Esto no es la defensa de una tesis de Oxford ni estás haciendo tu presentación en los escenarios. Atiborrarte de información y ensayar un papel no va a ayudar. Deberías haberme preguntado antes de hacer venir a Bidwell y Somers.

—¿Cómo puedes fingir ser alguien nuevo, otra persona, una y otra vez? —Me asombraba. Matthew había hecho aquello en innumerables ocasiones a lo largo de los siglos, fingiendo morir solo para volver a emerger hablando un idioma distinto en un país diferente donde lo conocían por otro nombre.

—El primer truco es dejar de fingir. —Mi confusión debió de hacerse evidente, así que continuó—. Recuerda lo que te dije en Oxford. No puedes vivir una mentira, ya sea disfrazarte de humana cuando en realidad eres una bruja o intentar pasar por isabelina cuando vienes del siglo XXI. En este momento, esta es tu vida. Intenta no pensar en ella como un papel.

—Pero mi acento, la forma en que camino... —Hasta yo me había dado cuenta de lo largos que eran mis pasos en relación a los de las otras mujeres de la casa, pero la descarada mofa de Kit sobre mi manera masculina de andar lo había dejado claro.

—Te amoldarás. Mientras tanto, la gente hablará. Pero no importa la opinión de nadie de Woodstock. Pronto se acostumbrarán a ti y las habladurías cesarán.

Lo miré, dubitativa.

—No sabes mucho de habladurías, ¿verdad?

—Lo suficiente como para comprender que no eres más que la curiosidad de la semana. —Le echó un vistazo a mis libros y se fijó en las gotas y en la indecisa caligrafía—. Aprietas demasiado la pluma. Por eso se te rompe la punta constantemente y la tinta no fluye. Y también te tomas demasiado en serio tu nueva vida.

—Nunca creí que sería tan difícil.

—Tú aprendes rápido y, mientras permanezcas en la seguridad del Viejo Pabellón, estarás entre amigos. Pero no más visitas por el momento. Ahora dime, ¿qué has estado escribiendo?

—Mi nombre, básicamente.

Matthew pasó unas cuantas páginas del libro, examinando lo que había manuscrito. Levantó una ceja.

—¿También estás preparando el examen de economía y gastronomía? ¿Por qué no escribes mejor sobre lo que sucede y sobre la casa?

—Porque tengo que saber cómo arreglármelas en el siglo XVI. Por supuesto, un diario también podría ser útil. —Consideré la posibilidad. Desde luego, me ayudaría a resolver lo del sentido del tiempo, que tenía todavía hecho un lío—. No debería usar el nombre completo. La gente en 1590 usaba las iniciales para ahorrar papel y tinta. Y nadie reflexionaba sobre pensamientos o emociones. Registraban el tiempo y las fases de la luna.

—Tienes el récord de las mejores notas en inglés del siglo XVI —dijo Matthew, sonriendo.

—¿Las mujeres escriben las mismas cosas que los hombres?

Mi marido me sujetó la barbilla entre los dedos.

—Eres imposible. Deja de preocuparte por lo que hace el resto de las mujeres. Sé tú misma, eres extraordinaria. —Asentí y me besó antes de regresar a su mesa.

Sujetando la pluma lo más holgadamente posible, empecé una página nueva. Decidí usar símbolos astrológicos para los días de la semana y registrar el tiempo, además de hacer unas cuantas anotaciones crípticas sobre la vida en el Viejo Pabellón. De esa manera, nadie que las leyera en un futuro encontraría nada de extraordinario en ellas. O eso esperaba.

31 de octubre de 1590, lluvia, escampando Este día me presentaron al buen amigo de mi marido, CM.

1 de noviembre de 1590, frío y seco En las primeras horas de la mañana conocí a GC. Tras la salida del sol, llegaron TH, HP y WR, todos ellos amigos de mi esposo. Hubo luna llena.

Algunos futuros estudiosos podrían sospechar que esas iniciales hacían referencia a la Escuela de la Noche, sobre todo teniendo en cuenta la presencia del apellido Roydon en la primera página, pero no había manera de demostrarlo. Además, en esos tiempos pocos eruditos estaban interesados en aquel grupo de intelectuales. Educados al mejor estilo renacentista, los miembros de la Escuela de la Noche eran capaces de pasar del lenguaje antiguo al moderno con alarmante velocidad. Todos ellos conocían a la perfección a Aristóteles. Y cuando Kit, Walter y Matthew empezaban a hablar de política, su dominio de la historia y la geografía hacía casi imposible para cualquier otra persona seguirlos. De vez en cuando, George y Tom conseguían colar una opinión, pero el tartamudeo y la ligera sordera de Henry hacían que fuera imposible su plena participación en las intrincadas discusiones. Se pasaba la mayor parte del tiempo observando al resto con una tímida deferencia que resultaba entrañable, dado que el conde tenía más alto rango que ninguna otra persona de la sala. Si no fueran tantos, yo también podría haber participado.

En cuanto a Matthew, atrás habían quedado las meditaciones melancólicas sobre los resultados de sus pruebas y la preocupación por el futuro de las especies. Yo me había enamorado de ese Matthew, pero me había sorprendido a mí misma volviendo a hacerlo de esa versión del siglo XVI, embelesada por cada una de sus carcajadas y por todas las veloces réplicas que hacía cuando las batallas que libraban giraban en torno a puntos clave de filosofía. Matthew hacía bromas a la hora de la cena y tarareaba canciones por los pasillos. Se peleaba con los perros al lado de la chimenea de la habitación, dos enormes mastines peludos llamados Anaximandro y Pericles. En el Oxford moderno o en Francia, Matthew siempre parecía estar un poco triste. Pero allí en Woodstock era feliz, incluso

cuando lo sorprendía mirando a sus amigos como si no pudiera creer que fueran reales.

—¿Eras consciente de cuánto los echabas de menos? —le pregunté, incapaz de evitar interrumpir su trabajo.

—Los vampiros no podemos obsesionarnos con las personas que dejamos atrás —replicó—. Nos volveríamos locos. He tenido más cosas para recordarlos de las que suele ser habitual: sus palabras, sus retratos. Sin embargo, me había olvidado de los pequeños detalles: de una expresión peculiar o del sonido de sus risas.

—Mi padre guardaba caramelos en el bolsillo —susurré—. No me acordaba de ellos hasta La Pierre. —Cuando cerraba los ojos, todavía era capaz de oler aquellos pequeños caramelos y oír el frufrú del celofán contra el suave paño de sus camisas.

—Y ahora no renunciarías a ese recuerdo ni para deshacerte del dolor —dijo Matthew con dulzura.

Levantó otra carta y arañó la hoja con la pluma. El tenso aspecto de concentración regresó a su cara, junto con una pequeña arruga sobre el puente de la nariz. Imité el ángulo en que sujetaba la pluma, el tiempo que pasaba hasta que la mojaba en la tinta. Era cierto que resultaba más fácil escribir cuando no sujetabas la pluma con demasiada fuerza. Posé la pluma sobre el papel y me dispuse a continuar escribiendo.

Ese día era la festividad de difuntos, el día en que tradicionalmente se recordaba a los muertos. Toda la gente de la casa hablaba de la gruesa capa de escarcha que había helado las hojas del jardín. Al día siguiente haría aún más frío, había prometido Pierre.

2 de noviembre de 1590, escarcha Medidas para zapatos y guantes. Françoise cosiendo.

Françoise me estaba haciendo una capa para mantener a raya el frío, y un conjunto de ropa para el clima invernal que se aproximaba. Se había pasado en los desvanes toda la mañana, rebuscando entre el guardarropa abandonado de Louisa de Clermont. Los vestidos de la hermana de Matthew estaban sesenta años pasados de moda, con sus escotes cuadrados y las mangas en forma de campana, pero Françoise los estaba alterando para que encajaran mejor en lo que Walter y George insistían en que era el estilo actual, además de con mi porte menos escultural. En concreto, no le complacía en absoluto romper las costuras de un traje de color negro y plata particularmente espléndido, pero Matthew había insistido. Con la Escuela de la Noche como residentes, necesitaba ropa formal además de conjuntos más prácticos.

—Pero *lady* Louisa se casó con ese vestido, señor —protestó Françoise.

—Sí, con un tipo de ochenta y cinco años sin ningún vástago vivo, con problemas de corazón y numerosas propiedades rentables. Creo que esa cosa ha amortizado más del doble de lo que la familia invirtió en él —respondió Matthew—. Servirá para Diana hasta que le puedas hacer algo mejor.

En mi libro no podía hacer referencia a esa conversación, desde luego. Sin embargo, había elegido las palabras cuidadosamente para que no significaran nada para nadie más, aun cuando para mí conjuraran vívidas imágenes de personas en particular, sonidos y conversaciones. Si este libro sobrevivía, cualquier futuro lector encontraría estériles y áridos aquellos detalles insignificantes de mi vida. Los historiadores estudiaban detenidamente los documentos como aquel con la esperanza vana de descubrir la vida rica y compleja oculta tras las simples líneas de texto.

Matthew maldijo entre dientes. No era la única en aquella casa que escondía algo.

Mi esposo ha recibido muchas cartas hoy y me ha regalado este libro para que guarde mis recuerdos.

Mientras levantaba la pluma para rellenarla de tinta, Henry y Tom entraron en la sala buscando a Matthew. Mi tercer ojo se abrió de par en par, sorprendiéndome con su repentina atención. Desde que habíamos llegado, el resto de mis incipientes poderes —de bruja de fuego, de bruja de agua y de bruja de viento— habían estado extrañamente ausentes. Con la inesperada percepción adicional que me proporcionaba mi tercer ojo de bruja, podía distinguir no solo la intensidad blanca y roja de la atmósfera que rodeaba a Matthew, sino también la luz plateada de Tom y el resplandor apenas perceptible negro y verde de Henry, todos ellos tan personales como una huella dactilar.

Volví a pensar en los jirones de color azul y ámbar que había visto en aquella esquina del Viejo Pabellón y me pregunté qué podría significar la desaparición de ciertos poderes y la aparición de otros. Además, estaba el episodio de aquella mañana...

Algo en la esquina me había llamado la atención, otro brillo ambarino salpicado de matices azulados. Se escuchó un eco, algo tan leve que, más que oírse, se sentía. Cuando volví la cabeza para ver de dónde procedía, la sensación se desvaneció. En mi ángulo de visión periférica latían unos filamentos, como si el tiempo me estuviera haciendo señales para que regresara a casa.

Desde la primera vez que había viajado en el tiempo en Madison, cuando me había desplazado solo unos cuantos minutos, para mí el tiempo se había convertido en una sustancia hecha de hilos de luz y color. Con la concentración suficiente, era capaz de centrarme en una única hebra y seguirla hasta su fuente. Ahora, después de haber viajado unos cuantos siglos, sabía que aquella aparente simplicidad ocultaba los nudos de posibilidades que vinculaban un número inimaginable de pasados con un millón de presentes y un incalculable número indeterminado de futuros. Isaac Newton creía que el tiempo era una fuerza esencial de la naturaleza que no podía ser controlada. Después de lo que me había costado regresar a 1590, estaba dispuesta a darle la razón.

—¿Diana? ¿Te encuentras bien? —La insistente voz de Matthew interrumpió mis ensoñaciones. Sus amigos me observaban, preocupados.

—Estoy bien —dije automáticamente.

—No lo estás. —Dejó caer la pluma sobre la mesa—. Tu olor ha cambiado. Y creo que tu magia también podría estar haciéndolo. Kit tiene razón. Debemos encontrarte una bruja cuanto antes.

—Es demasiado pronto para traer una bruja —protesté—. Es importante que tenga aspecto y hable como si fuera de aquí.

—Cualquier otra bruja se dará cuenta de que eres una viajera del tiempo —dijo Matthew con indiferencia—. Lo tendrá en cuenta. ¿O es que hay algo más?

Negué con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

Matthew no había necesitado ver el tiempo desenvolviéndose en la esquina para intuir que algo no encajaba. Si él mismo sospechaba que sucedía algo más con mi magia de lo que estaba dispuesta a revelar, no habría manera de ocultar mis secretos a cualquier bruja que pronto pudiera visitarme.

Capítulo 4

LA Escuela de la Noche había ayudado con entusiasmo a Matthew a encontrar a la criatura. Sus sugerencias revelaban un desprecio colectivo por las mujeres, las brujas y cualquiera que careciera de educación universitaria. Henry creía que Londres podría proporcionar el terreno más fértil para la búsqueda, pero Walter le aseguró que sería imposible ocultarme de los vecinos supersticiosos en la atestada ciudad. George se preguntaba si podrían persuadir a los estudiosos de Oxford para que les prestaran sus habilidades, dado que ellos al menos tenían credenciales intelectuales. Tom y Matthew hicieron una cruel crítica de las fortalezas y debilidades de los filósofos naturales residentes y esa idea fue también descartada. A Kit no le parecía inteligente confiar en ninguna mujer para la tarea e hizo una lista de caballeros de la zona que podrían ser capaces de crear un régimen de adiestramiento para mí. Entre ellos se encontraba el párroco de Santa María, que avistaba señales apocalípticas en los cielos, un terrateniente del vecindario de nombre Smythson, que hacía sus pinitos como alquimista y había estado buscando a una bruja o a un daimón que lo ayudara, y un estudiante del Christ Church College que pagaba las facturas atrasadas de los libros haciendo horóscopos.

Matthew vetó todas aquellas sugerencias y llamó a la viuda Beaton, curandera y partera de Woodstock. Era pobre y mujer —precisamente el tipo de criatura que la Escuela de la Noche menospreciaba—, pero Matthew insistió en que eso aseguraría aún más su cooperación. Además, la viuda Beaton era la única criatura en kilómetros a la redonda que, al parecer, poseía dotes mágicas. El vampiro admitió que el resto había huido hacía tiempo porque no querían vivir cerca de un *wearh*.

—Puede que recurrir a la viuda Beaton no sea una buena idea —dije más tarde, cuando nos estábamos preparando para irnos a la cama.

—Ya lo has dicho —replicó Matthew, con impaciencia mal disimulada—. Pero si la viuda Beaton no nos puede ayudar, podrá recomendarnos a alguien que sí pueda.

—El final del siglo XVI no es una buena época para ir por ahí preguntando abiertamente por una bruja, Matthew. —No había podido más que insinuar la posibilidad de las cazas de brujas cuando estábamos con la Escuela de la Noche, pero Matthew sabía los horrores que estaban por venir. Una vez más, le restó importancia a mi preocupación.

—Los juicios de brujas de Chelmsford ya no son más que recuerdos, y pasarán otros veinte años antes de que las cazas de Lancashire comiencen. No te habría traído aquí si estuviera a punto de iniciarse una caza de brujas en Inglaterra. —Matthew rebuscó entre unas cuantas cartas que Pierre le había dejado sobre la mesa.

—Con un razonamiento así, menos mal que eres científico y no historiador —dije sin rodeos—. Chelmsford y Lancashire eran manifestaciones extremas de inquietudes mucho más extendidas.

—¿Crees que una historiadora puede comprender el contexto del momento presente mejor que los hombres que lo están viviendo? —Matthew alzó una ceja en un gesto de abierto escepticismo.

—Sí —dije, indignada—. Solemos hacerlo.

—Eso no es lo que dijiste esta mañana cuando no conseguías imaginar por qué no había tenedores en casa —comentó. Era verdad que los había buscado por todas partes durante veinte minutos antes de que Pierre se entrometiera amablemente para comunicarme

que los cubiertos todavía no eran comunes en Inglaterra.

—¿No serás una de esas personas que creen que lo único que hacen los historiadores es memorizar fechas y aprender datos crípticos? Mi trabajo es entender *por qué* las cosas han sucedido en el pasado. Cuando algo sucede justo delante de tus narices, es difícil ver las razones, pero la retrospectiva facilita una perspectiva más clara.

—Entonces ya puedes relajarte, porque yo tengo experiencia y retrospectiva —dijo Matthew—. Entiendo tus reservas, Diana, pero llamar a la viuda Beaton es la decisión correcta. —*Caso cerrado*, su tono lo dejó bien claro.

—En la década de los noventa, en el siglo XVI, hay escasez de comida y la gente está preocupada por el futuro —dije, enumerando los temas con los dedos—. Eso significa que la gente está buscando chivos expiatorios para hacerlos responsables de los malos tiempos. Las curanderas y las parteras ya temen ser acusadas de brujería, aunque tus amigos varones no estén al tanto de ello.

—Soy el hombre más poderoso de Woodstock —dijo Matthew, agarrándome por los hombros—. Nadie te acusará de nada.

Me sorprendió su arrogancia.

—Soy una extraña, y la viuda Beaton no me debe nada. Si atraigo a los ojos curiosos, planteo una seria amenaza para su seguridad —repliqué—. Como poco, necesito pasar por una mujer isabelina de clase alta antes de que le pidamos ayuda. Dame unas cuantas semanas más.

—Esto no puede esperar, Diana —dijo bruscamente.

—No te estoy pidiendo que seas paciente para permitirme aprender a bordar paños y hacer mermelada. Hay buenas razones para ello. —Lo miré con amargura—. Llama a esa curandera. Pero no te sorprendas si sale mal.

—Confía en mí. —Matthew bajó los labios hacia los míos. Sus ojos echaban humo y el instinto de perseguir a su presa y someterla era intenso. No solo el del marido del siglo XVI que quería prevalecer sobre su esposa, sino el del vampiro que quería capturar a la bruja.

—Tus argumentos no me entusiasman lo más mínimo —dije, girando la cabeza. Estaba claro que a Matthew sí, sin embargo. Me alejé unos centímetros de él.

—Yo no estoy discutiendo —dijo Matthew con dulzura, acercando la boca a mi oreja—. Tú sí. Y si crees que sería capaz de ponerte un dedo encima enfadado, esposa mía, estás muy equivocada. —Después de clavarme al poste de la cama con ojos gélidos, dio media vuelta y recogió los calzones—. Voy abajo. Todavía habrá alguien despierto que me pueda hacer compañía. —Fue hacia la puerta con paso airado. Cuando llegó hasta ella, se detuvo—. Y si de verdad quieres comportarte como una mujer isabelina, deja de cuestionarme —dijo con aspereza, antes de retirarse.

Al día siguiente, un vampiro, dos daimones y tres humanos examinaron mi aspecto en silencio sobre las anchas tablas del suelo. Las campanas de la iglesia de Santa María dieron la hora y un débil eco de su música permaneció durante mucho después de que el repique hubiera terminado. El aire olía a membrillos, romero y lavanda. Yo estaba sentada sobre una incómoda silla de madera en un claustrofóbico despliegue de blusones, enaguas, mangas, sayas y un corsé fuertemente ceñido. Mi vida del siglo XXI, volcada en mi carrera, se iba desvaneciendo con cada costosa respiración. Miré afuera, a la opaca luz del día, donde la fría lluvia goteaba sobre los paneles de vidrio en las ventanas de vidrio

emplomado.

—*Elle est ici* —anunció Pierre, mirando brevemente hacia mí—. La bruja está aquí para ver a *madame*.

—Por fin —dijo Matthew. Las severas líneas de su jubón lo hacían parecer aún más ancho de hombros, mientras que las bellotas y las hojas de roble cosidas con puntadas negras alrededor de los extremos del cuello blanco acentuaban la palidez de su piel. Ladeó la negra cabeza para obtener una nueva perspectiva y ver si lograba pasar por una respetable esposa isabelina—. ¿Y bien? —inquirió—. ¿Lo conseguirá?

George bajó los anteojos.

—Sí. Ese vestido rojizo le sienta mucho mejor que el último y le realza el cabello.

—La señora Roydon da el perfil, George, eso es cierto. Pero no podemos justificar su inusual forma de hablar diciendo que viene del c-c-campo —dijo Henry con su inexpresiva voz de bajo. Avanzó para poner los pliegues de mi falda brocada en su sitio—. Y la altura. Eso no hay forma de disfrazarlo. Es incluso más alta que la reina.

—¿Estás seguro de que no podemos hacerla pasar por francesa, Walt, o por holandesa? —Tom se llevó una naranja tachonada de clavos a la nariz con los dedos manchados de tinta—. Puede que la señora Roydon logre sobrevivir en Londres, después de todo. Los daimones no dejarán de reconocerla, por supuesto, pero puede que para los hombres normales y corrientes pase desapercibida.

Walter resopló divertido y se levantó de un taburete bajo.

—La señora Roydon tiene unas formas elegantes, además de ser inusualmente alta. Los hombres normales de edades comprendidas entre trece y dieciséis hallarán sobradas razones para estudiarla. No, Tom, está mejor aquí, con la viuda Beaton.

—¿No podría conocer a la viuda Beaton más tarde, en el pueblo, sola? —Sugerí, con la esperanza de que uno de ellos entrara en razón y persuadiera a Matthew para que me permitiera hacer aquello a mi manera.

—¡No! —Gritaron seis voces masculinas horrorizadas.

Françoise apareció con dos retales de lino y encaje almidonados, con el pecho hinchado como el de una gallina indignada enfrentándose a un pugnaz gallo. Estaba tan irritada por las interferencias constantes de Matthew como yo.

—Diana no va a ir a la corte. Esa gorguera es innecesaria —dijo Matthew con gesto impaciente—. Además, el problema es el pelo.

—Vos no tenéis ni idea de lo que es necesario —replicó Françoise. Aunque ella era una vampira y yo una bruja, inesperadamente compartíamos opinión en lo que a la idiotez de los hombres se refería—. ¿Cuál preferirá *madame* De Clermont? —Extendió un nido plisado de tela de gasa y algo en forma de media luna que parecían copos de nieve unidos entre sí por puntadas invisibles.

Los copos de nieve parecían más confortables. Los señalé.

Mientras Françoise fijaba el cuello al borde del corpiño, Matthew se acercó para volver a intentar arreglarme el pelo para que tuviera un aspecto más presentable. Françoise le apartó la mano de un manotazo.

—No toquéis.

—Tocaré a mi esposa cuando me plazca. Y deja de llamar a Diana *madame* De Clermont —rugió Matthew, mientras me ponía las manos sobre los hombros—. Me da la sensación de que mi madre va a entrar por la puerta.

Separó los extremos del cuello, aflojando el cordón de terciopelo negro que ocultaba los alfileres de Françoise.

—*Madame* es una mujer casada. Debería llevar el pecho cubierto. Ya hay suficientes habladurías sobre la nueva señora —protestó Françoise.

—¿Habladurías? ¿Qué tipo de habladurías? —pregunté con el ceño fruncido.

—Como ayer no fuisteis a la iglesia, se comenta que podéis estar encinta o aquejada de viruela. Ese cura hereje cree que sois católica. Otros dicen que sois española.

—¿Española?

—*Oui, madame*. Alguien os oyó en los establos ayer por la tarde.

—¡Si estaba practicando francés!

Era bastante buena imitadora y pensé que imitando el regio acento de Ysabeau podría aportar credibilidad a mi elaborada tapadera.

—El hijo del mozo de cuadra no lo reconoció como tal. —El tono de Françoise sugería que la confusión del chico estaba justificada. Me analizó satisfactoriamente—. Sí, parecéis una mujer respetable.

—*Fallaces sunt rerum species* —dijo Kit con un punto de acidez que hizo que Matthew volviera a fruncir el ceño—. Las apariencias pueden ser engañosas. No engañará a nadie con su actuación.

—Es demasiado temprano para Séneca.

Walter le dirigió a Marlowe una mirada de advertencia.

—Nunca es demasiado temprano para el estoicismo —replicó Kit con severidad—. Deberíais agradecerme que no sea Homero. Últimamente no hemos oído más que torpes paráfrasis de la *Ilíada*. Deja el griego para alguien que lo entienda, George. Alguien como Matt.

—¡Mi traducción de la obra de Homero todavía no está acabada! —replicó George, enfurecido.

Su respuesta desató un aluvión de citas en latín por parte de Walter. Una de ellas hizo reír a Matthew, que dijo algo en un idioma que sospeché que era griego. Olvidándose por completo de la bruja que esperaba abajo, los hombres se entregaron con entusiasmo a su pasatiempo favorito: ver cuál de ellos era el mejor. Volví a arrellanarme en la silla.

—Cuando están así, de buen humor, son maravillosos —susurró Henry—. Son las mentes más agudas del reino, señora Roydon.

En aquel momento Raleigh y Marlowe se gritaban el uno al otro por los méritos —o la falta de los mismos— de las políticas de Su Majestad en cuestiones de colonización y exploración.

—Mejor sería tomar puñados de oro y arrojarlos al Támesis que dárselos a un aventurero como tú, Walter —dijo Kit riendo entre dientes.

—¡Aventurero! Pues tú no puedes ni poner un pie fuera de tu propia puerta a la luz del día por temor a tus acreedores. —La voz de Raleigh temblaba—. ¿Cómo puedes llegar a ser tan necio, Kit?

Matthew había estado siguiendo las pullas con creciente regocijo.

—¿Con quién tienes problemas ahora? —le preguntó a Marlowe, mientras alcanzaba el vino—. ¿Y cuánto nos va a costar librarte de ellos?

—Con mi sastre. —Kit hizo un gesto con la mano sobre su caro traje—. Con el tipógrafo de *Tamburlaine*. —Dudó para dar prioridad a las sumas más destacadas—. Con Hopkins, ese bastardo que se hace llamar mi casero. Pero yo tengo esto. —Kit levantó la figurita de Diana que le había ganado a Matthew jugando al ajedrez el domingo por la noche. Todavía ansiosa por haber perdido de vista la pieza, me incliné unos centímetros hacia delante.

—No es posible que estés tan en la ruina como para tener que empeñar esa baratija por unos peniques. —Los ojos de Matthew me miraron y, con un imperceptible movimiento de la mano, me hizo volver a arrellanarme—. Yo me ocuparé.

Marlowe se puso en pie de un salto, sonriendo, al tiempo que guardaba la diosa de plata.

—Siempre se puede contar contigo, Matt. Te la devolveré, por supuesto.

—Por supuesto —murmuraron Matthew, Walter y George con incredulidad.

—Pero guárdate el dinero suficiente para comprarte una barba. —Kit se acarició la suya con satisfacción—. Tienes un aspecto horrible.

¿Comprarse una barba? Era imposible que lo hubiera entendido correctamente.

Marlowe debía de estar usando alguna jerga de nuevo, aunque Matthew le había pedido que dejara de hacerlo por mí.

—Hay un barbero en Oxford que es brujo. El pelo de vuestro marido crece con lentitud, como sucede con todos los de su especie, y está afeitado al ras. —Como continuaba perdida, Kit continuó con una paciencia exagerada—. Matt llamará la atención con ese aspecto. Necesita una barba. Al parecer vos no sois lo suficientemente bruja para facilitarle una, así que tendremos que encontrar a otra persona que lo haga.

Mis ojos se volvieron hacia la jarra vacía que estaba sobre la mesa de olmo. Françoise la había llenado de trozos de plantas del jardín —racimos de acebo, ramas de níspero con sus frutos marrones que recordaban al escaramujo, y unas cuantas rosas— para darle un poco de color y olor a la sala. Hacía unas cuantas horas, había rodeado con los dedos las ramas para situar las rosas y los nísperos en la parte delantera del jarrón, mientras no dejaba de fantasear con el jardín. Me complació el resultado durante unos quince segundos, hasta que las flores y los frutos empalidecieron ante mis ojos. La desecación se extendió desde las yemas de mis dedos en todas direcciones y me cosquillearon las manos por el exceso de información de las plantas: la evocación de la luz del sol, la mitigante sensación de la lluvia, la fuerza de las raíces por haber resistido el ímpetu del viento, el sabor del suelo...

Matthew tenía razón. Ahora que estábamos en 1590, mi magia estaba cambiando. Atrás quedaban las erupciones de fuego mágico, de agua mágica y de viento mágico que había experimentado después de conocer a Matthew. En lugar de ello, veía los brillantes hilos de tiempo y las coloridas auras que rodeaban a las criaturas vivientes. Un ciervo blanco me observaba desde las sombras, bajo los robles, siempre que paseaba por los jardines. Y ahora hacía que las cosas se marchitaran.

—La viuda Beaton está esperando —nos recordó Walter, mientras acompañaba a Tom a la puerta.

—¿Y si puede oír mis pensamientos? —pregunté preocupada, mientras bajábamos las anchas escaleras de roble.

—Me preocupa más lo que podáis decir de viva voz. No hagáis nada que pueda despertar su envidia o su animosidad —me aconsejó Walter, siguiendo al resto de la Escuela de la Noche—. Si todo lo demás falla, mentid. Matthew y yo lo hacemos constantemente.

—Una bruja no le puede mentir a otra.

—Esto no va a acabar bien —murmuró Kit con pesimismo—. Debería haber apostado dinero.

—Basta. —Matthew giró en redondo y cogió a Kit por el cuello del jubón. El par de mastines ingleses olisquearon los tobillos de Kit y gruñeron. Eran devotos de Matthew... y

a ninguno de ellos le gustaba demasiado Kit.

—Solo he dicho... —alegó Kit, mientras se retorció intentando zafarse. Matthew no le dio opción a que acabara y lo levantó contra la pared.

—Lo que has dicho no importa, y lo que querías decir estaba lo suficientemente claro. —Matthew lo agarró con más fuerza.

—Bájalo. —Walter tenía una mano sobre el hombro de Marlowe y la otra sobre el de Matthew. El vampiro ignoró a Raleigh y levantó a su amigo unos cuantos centímetros más. Con su plumaje rojo y negro, Kit parecía un pájaro exótico que hubiera acabado de algún modo atrapado en los pliegues de los paneles de madera tallados. Matthew lo mantuvo allí un momento más para que quedara claro su punto de vista y luego lo dejó caer.

—Vamos, Diana. Todo va a salir bien. —Matthew todavía parecía estar seguro de ello, pero unos agoreros pinchazos en los pulgares me alertaban de que Kit podía tener razón.

—Por los clavos de Cristo —murmuró Walter incrédulo, mientras nos adentrábamos en el salón—. ¿Es esa la viuda Beaton?

Al fondo de la habitación, de pie entre las sombras, había una bruja arquetípica: diminuta, encorvada y anciana. A medida que nos acercábamos, los detalles del descolorido vestido negro que llevaba, de su grasiento cabello blanco y de su curtida piel se hicieron más evidentes. Tenía un ojo lechoso por una catarata y el otro parecía una avellana jaspeada. El globo ocular de la catarata tenía una preocupante tendencia a girar en la cuenca, como si su visión pudiera mejorar con una perspectiva diferente. Justo cuando creía que no podía ir peor, vi la verruga que tenía en el puente de la nariz.

La viuda Beaton deslizó una mirada en mi dirección y se hundió de mala gana en una reverencia. El hormigueo apenas perceptible de mi piel sugería que, de hecho, era una bruja. Sin previo aviso, mi tercer ojo se abrió de par en par, buscando más información. A diferencia de la mayor parte del resto de criaturas, sin embargo, la viuda Beaton no desprendía ninguna luz en absoluto. Era completamente gris. Era desalentador ver a una bruja intentando con tanto empeño ser invisible. ¿Yo sería así de pálida antes de tocar el Ashmole 782? Mi tercer ojo se cerró de nuevo.

—Gracias por venir a vernos, viuda Beaton. —El tono de Matthew insinuaba que debería estar contenta porque él le hubiera permitido entrar en su casa.

—Señor Roydon.

Las palabras de la bruja eran ásperas como las hojas caídas que se arremolinaban allá fuera, sobre la grava. Me miró con el ojo bueno.

—Ayuda a la viuda Beaton a sentarse, George.

Chapman saltó hacia delante a la orden de Matthew, mientras el resto de nosotros permanecíamos a una distancia de seguridad. La bruja gruñó cuando sus miembros reumáticos se acomodaron en la silla. Matthew esperó educadamente mientras lo hacía, antes de continuar.

—Vayamos directos al grano. Esta mujer —dijo, señalándome— está bajo mi protección y últimamente ha tenido dificultades.

Matthew no mencionó lo del matrimonio.

—Estáis rodeado de amigos influyentes y sirvientes leales, señor Roydon. De poco puede servir esta pobre mujer a un caballero como vos. —La viuda Beaton trató de disimular el tono de reproche de sus palabras tras una falsa cortesía, pero mi marido tenía un oído excelente. Sus ojos se entornaron.

—No juguéis conmigo —dijo bruscamente—. No me deseéis como enemigo, viuda Beaton. Esta mujer muestra signos de ser una bruja y necesita vuestra ayuda.

—¿Una bruja? —dudó la viuda Beaton con educación—. ¿Era su madre bruja? ¿O su padre brujo?

—Ambos murieron cuando todavía era una niña. No estamos seguros de los poderes que poseían —admitió Matthew, diciendo una de aquellas verdades a medias típicas de los vampiros. Luego le lanzó una bolsita llena de monedas sobre el regazo—. Os estaría muy agradecido si pudierais examinarla.

—Muy bien. —La viuda Beaton extendió los nudosos dedos hacia mi cara. Cuando nuestras pieles se tocaron, nos transmitimos una inconfundible oleada de energía. La anciana se sobresaltó.

—¿Y bien? —inquirió Matthew.

La viuda Beaton dejó caer las manos sobre el regazo. Se aferró a la bolsa de dinero y, por un momento, pareció como si fuera a volver a tirársela a él. Luego recobró la compostura.

—Lo que me imaginaba. Esta mujer no es una bruja, señor Roydon.

Su voz era plana, aunque un poco más aguda de lo normal. Una oleada de desdén me subió desde el estómago y me llenó la boca de amargor.

—Si eso es lo que creéis, no tenéis tanto poder como la gente de Woodstock imagina —repliqué.

La viuda Beaton se levantó, indignada.

—Soy una curandera respetada, con conocimientos de hierbas que protegen a los hombres y a las mujeres de las enfermedades. El señor Roydon conoce mis habilidades.

—Esas son las artes de una bruja. Pero nuestra gente posee también otros talentos —dije con cautela. Los dedos de Matthew me apretaban dolorosamente la mano, incitándome a que me callara.

—No sé nada de tales talentos —respondió con premura. La anciana era tan obstinada como mi tía Sarah y compartía su desdén por las brujas como yo, que podían valerse de los elementos sin ningún tipo de meticuloso estudio de la tradición de las artes de la brujería. Sarah conocía el uso de todo tipo de hierbas y plantas y recordaba a la perfección cientos de conjuros, pero ser bruja era algo más. La viuda Beaton lo sabía, aunque no lo admitiera.

—Sin duda hay alguna manera de determinar la envergadura de los poderes de esta mujer, además del simple sentido del tacto. Alguien con vuestras habilidades debe de saber cuál es —dijo Matthew con un tono de leve mofa que era una clara provocación. La viuda Beaton dudó, mientras sopesaba la bolsa que tenía en la mano. Al final su peso la convenció para aceptar el reto. Deslizó el pago en un bolsillo que tenía oculto bajo las sayas.

—Hay pruebas para determinar si alguien es una bruja. Algunas consisten en recitar una plegaria. Si una criatura trastabilla o duda aunque sea por un instante, querrá decir que el diablo anda cerca —declaró, adoptando un tono de misterio.

—El diablo no se ha mudado a Woodstock, viuda Beaton —dijo Tom. Parecía un padre intentando convencer a su hijo de que no había un monstruo debajo de la cama.

—El diablo está en todas partes, señor. Quien no lo cree así, cae presa de sus tretas.

—Eso no son más que fábulas humanas para asustar a los supersticiosos y a la gente sin carácter —dijo Tom con displicencia.

—Ahora no, Tom —susurró Walter.

—También hay otras señales —dijo George, deseoso, como siempre, de compartir sus conocimientos—. El demonio marca a las brujas con cicatrices y manchas para que se sepa que le pertenecen.

—Así es, señor —dijo la viuda Beaton—. y los hombres inteligentes saben buscarlas.

La sangre abandonó mi cabeza repentinamente, haciéndome sentir mareada. Si alguien lo hiciera, encontraría esas marcas en mi cuerpo.

—Debe de haber otros métodos —dijo Henry, alarmado.

—Los hay, mi señor. —El ojo lechoso de la viuda Beaton barrió la habitación. Señaló la mesa llena de instrumentos científicos y montones de libros—. Venid conmigo allí.

La mano de la viuda Beaton se deslizó en el mismo hueco de las sayas que le había proporcionado un escondrijo para las monedas, y sacó una maltrecha campana de latón. La dejó sobre la mesa.

—Traed una vela, si sois tan amable.

Henry le hizo el favor de inmediato y los hombres se reunieron alrededor, intrigados.

—Hay quien dice que el verdadero poder de una bruja procede del hecho de ser una criatura que está entre la vida y la muerte, entre la luz y la oscuridad. En las encrucijadas del mundo, es capaz de deshacer el trabajo de la naturaleza y de desenmarañar los lazos que unen el orden de las cosas. —La viuda Beaton cogió uno de los libros y lo situó entre la vela del pesado candelabro de plata y la campana de latón. Entonces, bajó la voz—. Antiguamente, cuando los vecinos descubrían a una bruja, la echaban de la iglesia tocando una campana para indicar que estaba muerta. —La viuda Beaton levantó la campanilla y la hizo sonar con un giro de muñeca. Entonces la soltó y esta permaneció suspendida sobre la mesa, todavía tañendo. Tom y Kit se inclinaron hacia delante, George dio un respingo y Henry se santiguó. A la viuda Beaton parecieron complacerle aquellas reacciones y se centró en la traducción al inglés de un clásico griego, los *Elementos*, de Euclides, que estaba sobre la mesa junto con varios artilugios matemáticos de la amplia colección de Matthew.

—Entonces el sacerdote cogía un libro sagrado, la Biblia, y la cerraba para demostrar que a la bruja se le negaba el acceso a Dios. —Los *Elementos* se cerraron de golpe. George y Tom se sobresaltaron. Los miembros de la Escuela de la Noche eran inesperadamente susceptibles, para ser hombres que se consideraban inmunes a la superstición.

—Finalmente, el cura apagaba una vela, lo que representaba que la bruja no tenía alma. —Los dedos de la viuda Beaton se acercaron a la llama y pellizcaron la mecha. La luz se fue y una fina columna de humo gris se alzó en el aire.

Los hombres estaban fascinados. Hasta Matthew parecía agitado. El único sonido de la habitación era el crepitar del fuego y el constante tañido metálico de la campana.

—Una verdadera bruja puede volver a encender el fuego, abrir las páginas del libro y hacer que la campana deje de tañer. Es una criatura maravillosa a ojos de Dios. —La viuda Beaton hizo una pausa para darle un efecto dramático, y su ojo lechoso giró en mi dirección—. ¿Podéis llevar a cabo tales actos, niña?

Cuando las brujas modernas cumplían trece años, eran presentadas al aquelarre local mediante una ceremonia inquietantemente semejante a las pruebas de la viuda Beaton. Las campanas de altar de las brujas tañen para dar la bienvenida a la joven bruja a la

comunidad, aunque aquellas suelen ser de plata maciza pulida y pasan de generación en generación. En lugar de una Biblia o un libro de matemáticas, se lleva el libro de hechizos de la familia de la joven bruja para aportar el peso de la historia al acto. La última vez que Sarah había permitido que el libro de conjuros Bishop saliera de casa había sido en mi décimo tercer cumpleaños. En cuanto a la vela, su situación y propósito eran los mismos. Esa era la razón por la que las jóvenes brujas practicaban el encendido y apagado de velas desde una edad muy temprana.

Mi presentación oficial al aquelarre de Madison había sido un desastre, y con todos mis parientes de testigos. Dos décadas después seguía teniendo la extraña pesadilla de la vela que no encendía, el libro que se negaba a abrirse y la campana que tañía con cualquier otra bruja, menos conmigo.

—No estoy segura —confesé, dubitativa.

—Inténtalo —me animó Matthew, con tono confiado—. Hace unos días encendiste unas velas.

Era cierto. Finalmente había sido capaz de iluminar las lámparas de calabaza que bordeaban el camino de acceso a la casa Bishop en Halloween. Sin embargo, no había tenido espectadores que presenciaran los primeros intentos fallidos. Hoy, los ojos de Kit y de Tom se clavaban en mí, expectantes. Apenas sentía el roce de la mirada de la viuda Beaton, pero era demasiado consciente de la atención familiar y fría de Matthew. La sangre se me heló en las venas a modo de respuesta, como si se negara a generar el fuego necesario para aquel embrujo. Esperando lo mejor, me concentré en la mecha de la vela y susurré el conjuro.

No sucedió nada.

—Tranquila —murmuró Matthew—. ¿Y el libro? ¿Por qué no empiezas por ahí?

Aparte de que hacer las cosas en el orden correcto era importante en la brujería, no sabía por dónde empezar con los *Elementos*, de Euclides. ¿Se suponía que debía centrarme en el aire atrapado entre las fibras del papel o convocar una brisa que levantara la cubierta? Era imposible pensar con claridad con aquel incesante tañido.

—¿Podrías detener la campana? —imploré, mientras mi ansiedad aumentaba.

La viuda Beaton chascó los dedos y la campanilla de latón cayó sobre la mesa. Hizo un sonido metálico final que dejó vibrando sus bordes deformes, antes de quedarse en silencio.

—Es como yo os decía, señor Roydon —dijo la viuda Beaton con una nota de triunfo—. Fuera cual fuese la magia que creéis haber presenciado, no era más que una ilusión. Esta mujer no tiene poderes. El pueblo no tiene nada que temer.

—Puede que esté intentando atraparte, Matthew —se entrometió Kit—. No me extrañaría, viniendo de ella. Las mujeres son criaturas arteras.

Otras brujas habían proclamado lo mismo que la viuda Beaton, y con similar satisfacción. Sentí la repentina e intensa necesidad de demostrar que estaba equivocada y de borrar la mirada de «Ya lo sabía yo» de la cara de Kit.

—No sé encender una vela. Y nadie ha podido explicarme cómo abrir un libro o hacer que deje de sonar una campana. Pero, si no tengo poderes, ¿cómo explicáis esto?

—Había un cuenco de fruta en las inmediaciones. Más membrillos recién cogidos en el jardín brillaban dorados bajo aquella lóbrega luz. Elegí uno y lo sujeté en la palma de la mano, donde todos pudieran verlo.

Sentí un cosquilleo en la piel de la mano mientras me concentraba en la fruta que anidaba en ella. Veía su pulposa carne con tanta claridad como la áspera piel del membrillo,

como si la fruta fuera de cristal. Cerré los ojos mientras mi ojo de bruja se abría y empezaba a buscar información. La conciencia se arrastró desde el centro de mi frente, me bajó por el brazo y me atravesó las yemas de los dedos. Se extendió como las ramas de un árbol y sus fibras serpentearon dentro del membrillo.

Uno a uno, me hice con los secretos de la fruta. Tenía un gusano en el corazón, abriéndose camino a mordiscos a través de la tierna carne. Me llamó la atención el poder que había encerrado allí y la lengua me hormigueó cálida, con sabor a luz del sol. La piel que tenía entre las cejas revoloteó de placer mientras me bebía la luz del sol invisible. «Cuánto poder», pensé. «Vida. Muerte». El público se desvaneció hasta ser insignificante. Lo único que importaba ya eran las posibilidades ilimitadas del conocimiento que descansaba en mi mano.

El sol respondió a alguna invitación silenciosa y dejó el membrillo, viajando hasta mis dedos. Instintivamente, intenté resistirme a la luz del sol que se acercaba y hacer que permaneciera en el sitio al que pertenecía —la fruta—, pero el membrillo se volvió marrón, se secó y se hundió en sí mismo.

La viuda Beaton dio un respingo que interrumpió mi concentración. Sorprendida, dejé caer la malograda fruta al suelo, que se espachurró contra la madera pulida. Cuando alcé la vista, Henry se estaba santiguando de nuevo, obviamente sorprendido, a juzgar por la fuerza de su mirada y los movimientos lentos y automáticos de su mano. Tom y Walter, por su parte, estaban concentrados en mis dedos, donde unos minúsculos hilos de luz solar estaban haciendo una fútil tentativa para recuperar la conexión rota con el membrillo. Matthew sujetó mis manos chisporroteantes entre las suyas, ocultando los signos de mi poder indisciplinado. Mis manos continuaban echando chispas e intenté retirarlas para no quemarlo. Él negó con la cabeza, sin mover las manos, y me miró a los ojos como para decirme que era lo suficientemente fuerte como para absorber cualquier tipo de magia que pudiera cruzarse en su camino. Al cabo de un momento de duda, mi cuerpo se relajó sobre el suyo.

—Ya está. Se acabó —dijo enfáticamente.

—Puedo *saborear* la luz del sol, Matthew. —Mi voz era aguda por el pánico—. Puedo *ver* el tiempo, esperando en las esquinas.

—Esa mujer ha hechizado a un *wearh*. Es obra del diablo —susurró la viuda Beaton. Estaba retrocediendo con cuidado, con los dedos en forma de horquilla para rechazar el peligro.

—No hay demonio en Woodstock —repitió Tom con firmeza.

—Tenéis libros llenos de extraños signos y de encantamientos mágicos —dijo la viuda Beaton, señalando los *Elementos*, de Euclides. Pensé que era una gran suerte que no hubiera oído casualmente a Kit leyendo en alto fragmentos de *Doctor Fausto*.

—Eso son matemáticas, no magia —protestó Tom.

—Llamadlo como queráis, pero he presenciado la verdad. Sois como ellos y me habéis hecho llamar para involucrarme en vuestros oscuros planes.

—¿Como quienes? —preguntó Matthew bruscamente.

—Como los eruditos de la universidad. Ahuyentaron a dos brujas de Duns Tew con sus preguntas. Querían nuestros conocimientos, pero condenaron a las mujeres que los compartieron. Y un aquelarre estaba empezando a formarse en Faringdon, pero las brujas se desperdigaron cuando empezaron a llamar la atención de hombres como vos. —Un aquelarre implicaba seguridad, protección, comunidad. Sin un aquelarre, una bruja era mucho más vulnerable a los celos y al temor de sus vecinos.

—Nadie está intentando echaros de Woodstock. —Solo pretendía tranquilizarla, pero un solo paso hacia ella hizo que se echara más hacia atrás.

—El demonio está en esta casa. Todo el pueblo lo sabe. Ayer el señor Danforth dio un sermón a la congregación sobre los peligros de permitir que echara raíces.

—Estoy sola, soy una bruja como vos, sin una familia que me ayude —dije, intentando ganarme su compasión—. Apiadaos de mí antes de que alguien más descubra lo que soy.

—No sois como yo, y no quiero problemas. No me compadeceré cuando el pueblo aülle, sediento de sangre. Yo no tengo ningún *wearh* que me proteja y ningún señor o caballero de la corte dará un paso adelante para defender mi honor.

—Matthew, el señor Roydon, nunca permitiría que os pasara nada malo.

Alcé la mano para prometerlo.

La viuda Beaton era una incrédula.

—No se puede confiar en los *wearhs*. ¿Qué haría el pueblo si descubriera lo que Matthew Roydon es en realidad?

—Ese asunto es entre vos y nosotros, viuda Beaton —le advertí.

—¿De dónde sois, niña, que creéis que una bruja protegerá a otra? Es un mundo peligroso. Ninguna de nosotras está ya a salvo. —La anciana miró a Matthew con odio—. Las brujas están muriendo a miles y los cobardes de la Congregación no hacen nada. ¿Por qué es así, *wearh*?

—Ya basta —dijo Matthew fríamente—. Françoise, por favor, muéstrale a la viuda Beaton la salida.

—Me iré y con sumo gusto. —La anciana se irguió tanto como sus huesos retorcidos le permitieron—. Pero no olvidéis mis palabras, Matthew Roydon. Toda criatura en un día de viaje a la redonda sospecha que sois una bestia nauseabunda que se alimenta de sangre. Cuando descubran que estáis dando refugio a una bruja con estos oscuros poderes, Dios no se apiadará de aquellos que se han vuelto en su contra.

—Adiós, viuda Beaton. —Matthew le dio la espalda a la bruja, pero la viuda Beaton estaba decidida a tener la última palabra.

—Cuidaos, hermana —gritó la viuda Beaton mientras se retiraba—. Brilláis demasiado para los tiempos que corren.

Todos los ojos de la habitación estaban posados sobre mí. Me moví, incómoda por tanta atención.

—Explicaos —dijo Walter en tono cortante.

—Diana no te debe ninguna explicación —le espetó Matthew.

Walter levantó la mano en un gesto mudo de tregua.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Matthew en un tono más mesurado. Al parecer, a él si le debía una.

—Exactamente lo que había augurado: hemos espantado a la viuda Beaton. Ahora hará todo lo posible para distanciarse de mí.

—Debería haber sido más dócil. Le he hecho a esa mujer innumerables favores —susurró Matthew.

—¿Por qué no le dijiste cuál era mi relación contigo? —pregunté con voz queda.

—Probablemente por la misma razón por la que tú no me contaste lo que podías hacer con la fruta normal y corriente del jardín —replicó, agarrándome por el codo. Matthew se volvió hacia sus amigos—. Tengo que hablar con mi esposa. A solas. —Me condujo hacia fuera.

—¡Así que ahora vuelvo a ser tu esposa! —exclamé, mientras desembarazaba el codo de su mano.

—Nunca has dejado de ser mi esposa. Pero no todo el mundo tiene por qué conocer los detalles de nuestra vida privada. Ahora dime, ¿qué ha pasado ahí dentro? —inquirió, de pie al lado de una de las esferas de boj pulcramente podadas del jardín.

—Antes tenías razón: mi magia está cambiando. —Aparté la mirada—. Algo similar les sucedió hace un rato a las flores de nuestro dormitorio. Me puse a colocarlas y saboreé el suelo y el aire que las había hecho crecer. Las flores se secaron cuando las toqué. Intenté hacer que la luz del sol regresara a la fruta. Pero no me obedeció.

—El comportamiento de la viuda Beaton debería haber desencadenado o bien el viento mágico porque te sentías atrapada, o bien el fuego mágico porque estabas en peligro. Puede que el viaje en el tiempo haya dañado tu magia —sugirió Matthew, frunciendo el ceño.

Me mordí el labio.

—Nunca debí perder los estribos y enseñarle lo que podía hacer.

—Ella sabía que eras poderosa. El olor de su miedo llenaba la habitación. —Su mirada era seria—. Tal vez era demasiado pronto para ponerte delante de una extraña.

Pero ya era demasiado tarde.

La Escuela de la Noche apareció en las ventanas, con sus pálidos rostros presionando los cristales como estrellas de una constelación sin nombre.

—La humedad le arruinará el vestido, Matthew, y es el único decente que tiene —lo reprendió George, mientras sacaba la cabeza por la ventana de bisagras. La cara pequeña y delicada de Tom miraba a hurtadillas al lado del hombro de George.

—¡Me he divertido enormemente! —gritó Kit, abriendo otra ventana con tanta fuerza que los cristales traquetearon—. Esa arpía es la bruja perfecta. Incluiré a la viuda Beaton en una de mis obras. Quién habría imaginado que podría hacer eso con una vieja campana.

—Tu pasado con las brujas no ha sido olvidado, Matthew —dijo Walter, con los pies crujiendo sobre la grava mientras él y Henry se unían a nosotros fuera—. Se irá de la lengua. Las mujeres como la viuda Beaton siempre lo hacen.

—Si habla en contra de ti, Matt, ¿hay alguna razón para preocuparse? —preguntó Henry con dulzura.

—Somos criaturas, Hal, en un mundo humano. Siempre hay razones para preocuparse —dijo Matthew en tono grave.

Capítulo 5

LA Escuela de la Noche podría discutir sobre filosofía, pero en un punto estaban de acuerdo: aún tenían que encontrar a una bruja. Matthew envió a George y a Kit a investigar a Oxford, además de a preguntar por nuestro misterioso manuscrito de alquimia.

Después de cenar el jueves por la noche, ocupamos nuestros lugares alrededor de la lumbre en el salón principal. Henry y Tom leían y discutían sobre astronomía o matemáticas. Walter y Kit jugaban a los dados en una larga mesa, intercambiando ideas sobre sus últimos proyectos literarios. Yo leía en voz alta el ejemplar de Walter de *La reina hada* para practicar el acento mientras lo disfrutaba no en mayor medida que la mayoría de los romances isabelinos.

—El principio es demasiado abrupto, Kit. Asustarás tanto al público que abandonarán el teatro antes de la segunda escena —aseguró Walter—. Le hacen falta más aventuras. —Llevaban horas diseccionando *Doctor Fausto*. Gracias a la viuda Beaton, tenía un nuevo comienzo.

—Tú no eres mi Fausto, Walt, a pesar de tus pretensiones intelectuales —dijo Kit con dureza—. Mira qué hizo tu intromisión con la historia de Edmund. *La reina hada* era una historia realmente amena sobre el rey Arturo. Ahora es una calamitosa mezcolanza de Malory y Virgilio, es interminable, y Gloriana..., por favor. La reina es casi tan vieja como la viuda Beaton e igual de cascarrabias. Me sorprendería que Edmund lo terminara, contigo diciéndole todo el tiempo qué hacer. Si quieres ser inmortalizado en los anales de la historia, habla con Will. Siempre está falto de ideas.

—¿Te parece bien, Matthew? —preguntó George. Nos estaba poniendo al corriente sobre la búsqueda del manuscrito que un día sería conocido como Ashmole 782.

—Disculpa, George. ¿Decías algo? —Un destello de culpabilidad brilló en los distraídos ojos grises de Matthew. Yo conocía los síntomas que indicaban que se estaban acometiendo varias tareas mentales simultáneamente. Me los había encontrado durante innumerables reuniones de la facultad. Probablemente, sus pensamientos estaban divididos entre las conversaciones de la sala, el análisis en curso sobre qué había ido mal con la viuda Beaton y los contenidos de los sobres de correo que continuaban llegando.

—A ninguno de los librereros le suena que una singular obra alquímica esté circulando por la ciudad. Le pregunté a un amigo de Christ Church y él tampoco sabía nada. ¿Sigo preguntando por él?

Matthew abrió la boca para responder, pero se oyó un golpe en el vestíbulo delantero cuando la pesada puerta principal se abrió de golpe. Mi marido se puso en pie al instante. Walter y Henry se levantaron de un salto y buscaron a tientas sus dagas, que habían empezado a llevar consigo mañana, tarde y noche.

—¿Matthew? —retumbó una voz desconocida con un timbre que, instintivamente, hizo que se me pusiera de punta el vello de los brazos. Era demasiado clara y musical para ser humana—. ¿Estás aquí, amigo?

—Claro que está aquí —replicó otra persona, con una voz que tenía la cadencia cantarina propia de un nativo de Gales—. Usa la nariz. ¿Quién más huele como una tienda de ultramarinos el día que las especias frescas llegan desde los puertos?

Instantes después, dos voluminosas figuras arrebujadas en toscas capas marrones aparecieron en el otro extremo de la habitación, donde Kit y George seguían sentados con

los dados y los libros. En mi época, los equipos profesionales de fútbol americano habrían fichado a los recién llegados. Tenían unos brazos superdesarrollados con prominentes tendones, las muñecas gruesas, las piernas fuertemente musculadas y los hombros robustos. Mientras los hombres se acercaban, la luz de las velas iluminó sus brillantes ojos y bailó en las puntas desenvainadas de sus armas. Uno era un gigante rubio un par de centímetros más alto que Matthew, y el otro, un pelirrojo que era como mínimo quince centímetros más bajo y con una pronunciada bizquera en el ojo izquierdo. Ninguno de ellos podía tener más de treinta años. El rubio se sintió aliviado, aunque lo disimuló de inmediato. El pelirrojo estaba furioso y le daba igual quién se percatara de ello.

—Ahí estás. Nos has dado un susto de muerte, desapareciendo sin decir nada —dijo el rubio con suavidad, mientras se detenía y envainaba su larga y excesivamente afilada espada.

Walter y Henry también bajaron las armas, al reconocer a los hombres.

—Gallowglass. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Matthew al guerrero rubio, con un tono de recelosa confusión.

—Te estábamos buscando, por supuesto. Hancock y yo estuvimos contigo el sábado. —Los gélidos ojos azules de Gallowglass se entrecerraron al no recibir una respuesta. Parecía un vikingo al borde de una orgía homicida—. En Chester.

—Chester. —Matthew adoptó una expresión de horror emergente—. ¡Chester!

—Sí. Chester —repitió Hancock, el pelirrojo. Luego, frunciendo el ceño, se quitó los empapados guanteletes de piel de los brazos y los tiró al suelo, cerca de la chimenea—. Al ver que no te reunías con nosotros el domingo, como habíamos planeado, comenzamos a investigar. El posadero nos dijo que te habías ido, lo que nos sorprendió un poco, y no solo porque no hubieras pagado la cuenta.

—Dijo que estabas al lado del fuego bebiendo vino y que, de pronto, habías desaparecido —le informó Gallowglass—. La doncella, la bajita de pelo negro que no te quitaba ojo de encima, causó un buen revuelo. Insistía en que se te habían llevado los fantasmas.

Cerré los ojos, entendiendo súbitamente lo que había sucedido. El Matthew Roydon que había estado en el Chester del siglo XVI se había desvanecido porque había sido sustituido por el Matthew que había viajado hasta allí desde la época moderna. Cuando nos marcháramos, el Matthew del siglo XVI, presumiblemente, reaparecería. El tiempo no permitiría que ambos Matthews estuvieran en el mismo sitio en el mismo momento. Ya habíamos alterado la historia sin pretenderlo.

—Era la noche de Todos los Santos, así que su historia tenía cierto sentido —concedió Hancock, centrando la atención en su capa. Sacudió el agua de los pliegues de esta y la colgó sobre una silla cercana, llenando el aire invernal de un aroma a hierba primaveral.

—¿Quiénes son esos hombres, Matthew? —Me acerqué más para tener una vista mejor del par. Él se volvió y posó las manos sobre la parte superior de mis brazos para que me quedara donde estaba.

—Son unos amigos —dijo Matthew, pero el evidente esfuerzo que estaba haciendo para reagruparnos me hizo preguntarme si estaría diciendo la verdad.

—Vaya, vaya. Ella no es ningún fantasma.

Hancock atisbó por encima del hombro de Matthew y mi piel se convirtió en hielo.

Por supuesto, Hancock y Gallowglass eran vampiros. ¿Qué otras criaturas podían ser tan grandes y tener un aspecto tan sangriento?

—Ni es de Chester —añadió Gallowglass, pensativo—. ¿Siempre tiene un *glaem* tan brillante alrededor?

Tal vez aquella palabra no me resultara familiar, pero su significado estaba clarísimo. Estaba brillando de nuevo. Me sucedía a veces cuando estaba enfadada o concentrada en algún problema. Era otra manifestación conocida del poder de una bruja y los vampiros podían detectar el pálido brillo con su aguda visión de otro mundo. Sentí que llamaba la atención y retrocedí para ocultarme en la sombra de Matthew.

—Eso no os va a ayudar, señora. Nuestros oídos son tan agudos como nuestros ojos. Vuestra sangre de bruja está trinando como un pájaro. —Hancock alzó las tupidas cejas rojas mientras miraba agriamente a su compañero—. Los problemas siempre viajan acompañados de mujeres.

—Porque los problemas no son tontos. Si pudiera elegir, preferiría viajar con una mujer que contigo. —El guerrero rubio se dirigió a Matthew—. Ha sido un largo día, Hancock tiene el trasero dolorido y está muerto de hambre. Como no le digas por qué hay una bruja en tu casa, y rápido, yo no pondría la mano en el fuego por su seguridad.

—Tiene que tener que ver con Berwick —declaró Hancock—. Malditas brujas. Siempre causando problemas.

—¿Berwick?

El corazón me dio un vuelco al reconocer el nombre. Uno de los juicios de brujas más conocidos de las islas Británicas estaba relacionado con él. Rebusqué en mi memoria las fechas. Sin duda habría tenido lugar mucho antes o mucho después de 1590, o Matthew no habría elegido ese momento para nuestro viaje en el tiempo. Pero las palabras que Hancock pronunció a continuación me borraron cualquier pensamiento de carácter cronológico o histórico de la mente.

—O eso, o con algún asunto nuevo de la Congregación que Matthew querrá que solucionemos por él.

—¿La Congregación? —Marlowe entornó los ojos y miró a Matthew evaluándolo—. ¿Es eso cierto? ¿Eres uno de sus misteriosos miembros?

—¡Por supuesto que es cierto! ¿Cómo crees que te ha salvado de la soga, joven Marlowe? —Hancock inspeccionó la sala—. ¿Hay algo más para beber, aparte de vino? Odio esa petulancia francesa tuya, De Clermont. ¿Qué tiene de malo la cerveza?

—Ahora no, Davy —le susurró Gallowglass a su amigo, aunque seguía mirando fijamente a Matthew.

Yo también lo miraba fijamente, mientras me invadía un espantoso sentido de la claridad.

—Dime que no lo eres —murmuré—. Dime que no me lo has ocultado.

—No puedo decirte eso —respondió Matthew rotundamente—. Te prometí que habría secretos, pero no mentiras, ¿recuerdas?

Se me revolvió el estómago. En 1590, Matthew era miembro de la Congregación y la Congregación era nuestra enemiga.

—¿Y Berwick? Me dijiste que no había peligro de que me atraparan en una caza de brujas.

—Nada de lo de Berwick nos afectará aquí —me aseguró Matthew.

—¿Qué ha sucedido en Berwick? —preguntó Walter, preocupado.

—Antes de salir de Chester, llegaron noticias de Escocia sobre una enorme reunión de brujas que tendría lugar en un pueblo al este de Edimburgo la noche de Todos los Santos —dijo Hancock—. Se volvió a hablar de la tormenta que las brujas danesas generaron el

pasado verano y de los chorros de agua salada que predijeron la llegada de una criatura con poderes aterradores.

—Las autoridades acorralaron a decenas de esas pobres curanderas —continuó Gallowglass, mirando fijamente a Matthew con aquellos ojos de color azul hielo—. La partera del pueblo de Keith, la viuda Sampson, está a la espera de ser interrogada por el rey en las mazmorras del palacio de Holyrod. Quién sabe cuántas se le unirán allí antes de que haya terminado este asunto.

—Torturada por el rey, querrás decir —susurró Hancock—. Dicen que la han encerrado con una brida para brujas para que no pueda lanzar más hechizos contra Su Majestad, y que la han encadenado a la pared sin comida ni bebida.

Me senté bruscamente.

—¿Entonces esta es una de las acusadas? —le preguntó Gallowglass a Matthew—. Y, a poder ser, me gustaría hacer el mismo trato que la bruja: secretos sí, pero nada de mentiras.

Se produjo un largo silencio antes de que Matthew respondiera.

—Diana es mi esposa, Gallowglass.

—¿Nos abandonaste en Chester por una *mujer*? —Hancock estaba horrorizado—. ¡Pero teníamos trabajo que hacer!

—Tienes una habilidad infalible para agarrar el cayado por el extremo equivocado, Davy. —Los ojos de Gallowglass se posaron en mí—. ¿Tu *esposa*? —dijo con cuidado—. Entonces no es más que un acuerdo legal para satisfacer la curiosidad de los humanos y justificar su presencia aquí mientras la Congregación decide su futuro, ¿no?

—No es solo mi esposa —admitió Matthew—. También es mi pareja. —Un vampiro se apareaba de por vida cuando se veía impulsado a hacerlo por una combinación instintiva de afecto, afinidad, lujuria y química. Solo la muerte podría romper el vínculo resultante. Los vampiros podían casarse varias veces, pero la mayoría se apareaba una sola vez.

Gallowglass blasfemó, aunque el regocijo de su amigo prácticamente ahogó el sonido de la imprecación.

—Y Su Santidad proclamando que la edad de los milagros había pasado —graznó Hancock—. Matthew de Clermont por fin se ha apareado. Pero no con una ordinaria y plácida humana, ni con una hembra *wearh* debidamente instruida que sabe cuál es su sitio. Nuestro Matthew no. Para una vez que decide sentar la cabeza con una mujer, tiene que ser una bruja. Parece que tenemos más cosas de las que preocuparnos que de la buena gente de Woodstock.

—¿Qué ha pasado en Woodstock? —le pregunté a Matthew, frunciendo el ceño.

—Nada —dijo Matthew alegremente. Pero fue el rubio descomunal quien atrajo mi atención.

—Una vieja bruja empezó a delirar el día del mercado. Y te echa la culpa a ti.

—Gallowglass me analizó de la cabeza a los pies, como si intentara imaginar cómo alguien tan poco atractivo podía haber causado tantos problemas.

—La viuda Beaton —dije sin aliento.

La aparición de Françoise y Charles impidió que la conversación continuara. Françoise traía un fragante pan de jengibre y vino especiado para los sangre caliente. Kit (que nunca era reacio a degustar los contenidos de la bodega de Matthew) y George (que estaba un poco pálido tras las revelaciones de aquella noche) se sirvieron. Ambos parecían miembros del público esperando a que empezara el siguiente acto.

Charles, cuya tarea era sustentar a los vampiros, traía una delicada jarra con asas de plata y tres altos matraces de cristal. El líquido rojo que había dentro era más oscuro y opaco que cualquier vino. Hancock se interpuso en el camino de Charles cuando este se disponía a servir al señor de la casa.

—Yo tengo más necesidad de beber que Matthew —dijo, cogiendo uno de los matraces mientras Charles se quedaba boquiabierto por la afrenta. Hancock olfateó el contenido de la jarra y la cogió también—. Hace tres días que no tomo sangre fresca. Tienes un gusto peculiar en lo que a mujeres se refiere, De Clermont, pero nadie puede criticar tu hospitalidad.

Matthew le indicó a Charles que fuera hacia Gallowglass, que también bebió, sediento. Cuando Gallowglass acabó el último trago, se limpió la boca con la mano.

—¿Y bien? —inquirió—. Eres parco en palabras, lo sé, pero no estaría de más algún tipo de explicación de cómo has podido meterte en esto.

—Sería mejor hablarlo en privado —dijo Walter, mirando a George y a los dos daimones.

—¿Por qué, Raleigh? —La voz de Hancock adquirió un tono beligerante—. De Clermont tiene mucho a lo que responder. Al igual que la bruja. Y será mejor que revele dichas respuestas. Hemos adelantado a un sacerdote por el camino. Iba con dos caballeros de aspecto próspero. Por lo que oí, la pareja de De Clermont tendrá tres días...

—Al menos cinco —corrigió Gallowglass.

—Tal vez cinco —dijo Hancock, inclinando la cabeza en la dirección de su compañero—, antes de que se la lleven para ser juzgada, dos días para pensar qué decir a los magistrados y menos de media hora para inventar una mentira convincente para el buen padre. Así que sería mejor que empezaras por contarnos la verdad.

Matthew acaparaba toda la atención, pero permaneció mudo.

—El reloj pronto marcará los cuartos —le recordó Hancock al cabo de un rato.

Yo misma me hice cargo de la situación.

—Matthew me protegió de mi propia gente.

—Diana —gruñó Matthew.

—¿*Matthew* entrometiéndose en asuntos de brujas? —Gallowglass abrió ligeramente los ojos.

Asentí.

—Cuando el peligro hubo pasado, nos apareamos.

—¿Y todo eso sucedió entre la tarde y el anochecer del sábado? —Gallowglass sacudió la cabeza—. Vais a tener que hacerlo mejor, tiíta.

—¿Tiíta? —Me volví hacia Matthew, impresionada. Primero Berwick, luego la Congregación y ahora aquello—. ¿Este... guerrero vikingo es tu sobrino? Déjame adivinar. ¡Es el hijo de Baldwin! —Gallowglass era casi tan exageradamente musculoso como el hermano pelirrojo de Matthew... e igual de insistente. Conocía a otros De Clermont: Godfrey, Louisa y Hugh (quien solo era objeto de breves y crípticas menciones). Gallowglass podía ser de cualquiera de ellos... o de cualquier otro miembro del intrincado árbol genealógico de Matthew.

—¿Baldwin? —Gallowglass se estremeció con delicadeza—. Incluso antes de convertirme en *wearh*, me cuidaba mucho de que aquel monstruo no se me acercara al cuello. Hugh de Clermont era mi padre. Para vuestra información, mi gente era Úlfhédnar, no guerreros vikingos. Y tengo una parte nórdica..., la parte amable, a decir verdad. El resto de mi sangre es escocesa, por vía de Irlanda.

—Los escoceses tienen muy mal genio —añadió Hancock.

Gallowglass acusó recibo del comentario de su compañero con un suave tirón de orejas. Un anillo de oro brilló bajo la claridad, grabado con el perfil de un ataúd. Había un hombre saliendo de él y un lema alrededor del borde.

—Sois caballeros.

Busqué un anillo similar en el dedo de Hancock. Allí estaba, en el pulgar. Sitio extraño. Finalmente, la prueba de que Matthew también estaba involucrado en los asuntos de la Orden de San Lázaro.

—Bueeeeno —dijo Gallowglass, arrastrando las palabras, y hablando de repente como el escocés que afirmaba ser—. Siempre ha habido controversia con eso. La verdad es que no somos de los de radiante armadura, ¿verdad, Davy?

—No. Pero los De Clermont tienen los bolsillos llenos. Tal cantidad de dinero es difícil de rechazar —observó Hancock—, sobre todo cuando te prometen una larga vida para disfrutarlo.

—También son fieros guerreros. —Gallowglass se frotó de nuevo el puente de la nariz. Era plano, como si se le hubiera roto y no se le hubiera curado como es debido.

—Oh, sí. Los muy bastardos me mataron antes de salvarme. Y, ya que estaban, me curaron el ojo malo —dijo Hancock alegremente, señalando el párpado lisiado.

—Entonces sois leales a los De Clermont —afirmé, mientras me invadía un súbito alivio. Prefería tener a Gallowglass y a Hancock de aliados que de enemigos, dado el desastre que se avecinaba.

—No siempre —respondió Gallowglass misteriosamente.

—No a Baldwin. Es un ser despreciable y taimado. Y, cuando Matthew se comporta como un necio, tampoco le hacemos caso a él. —Hancock se sorbió la nariz y señaló el pan de jengibre, que yacía olvidado sobre la mesa—. ¿Va a comerse alguien eso o podemos tirarlo al fuego? Entre el olor de Matthew y la comida de Charles, me estoy poniendo enfermo.

—Dado que se aproximan visitas, sería mejor que invirtiéramos el tiempo en idear un plan de acción en lugar de hablar de historia familiar —dijo Walter, impaciente.

—*Jesu*, no hay tiempo para hacer un plan —dijo Hancock alegremente—. Matthew y su señoría podrían rezar una plegaria, en vez de ello. Son hombres de Dios. Puede que Él esté escuchando.

—Tal vez la bruja podría escaparse volando —murmuró Gallowglass. Levantó ambas manos en un mudo gesto de rendición cuando Matthew lo miró.

—Si no puede. —Todos los ojos se volvieron hacia Marlowe—. Ni siquiera sabe hacer un conjuro para darle una barba a Matthew.

—¿Te has unido a una bruja en contra de la opinión de la Congregación y *no vale para nada*? —Era imposible saber si Gallowglass estaba más indignado que receloso—. Una esposa que puede crear una tormenta o castigar a tu enemigo con una terrible afección cutánea tiene ciertas ventajas, lo reconozco. Pero ¿de qué sirve una bruja que ni siquiera puede hacer de barbero de su esposo?

—Solo Matthew podría casarse con una bruja de sabe Dios dónde sin conocimiento alguno de brujería —le murmuró Hancock a Walter.

—¡Silencio todos! —Matthew explotó—. No puedo pensar con toda esta cháchara sin sentido. No es culpa de Diana que la viuda Beaton sea una vieja loca y entrometida, ni que sea incapaz de hacer magia cuando lo desee. Mi esposa fue hechizada. Punto final. Y, si alguna persona más de esta sala me cuestiona o critica a Diana, le arrancaré el corazón y

se lo haré comer mientras todavía late.

—Ese es nuestro amo y señor —dijo Hancock con una reverencia socarrona—. Por un minuto temí que fueras *tú* el que estuviera embrujado. Sin embargo, aguarda un momento. Si está hechizada, ¿qué le sucede? ¿Es peligrosa? ¿Está loca? ¿Ambas cosas?

Turbada por el influjo de los sobrinos, por los clérigos nerviosos y por los problemas que se estaban gestando en Woodstock, extendí la mano hacia atrás para buscar la silla. Con los movimientos restringidos debido a las ropas, con las que no estaba familiarizada, perdí el equilibrio y empecé a desplomarme.

Una mano ruda salió disparada, me agarró por el codo y me ayudó a sentarme con sorprendente dulzura.

—No pasa nada, tía. —Gallowglass emitió un suave sonido de comprensión—. No tengo muy claro qué es lo que va mal en vuestra cabeza, pero Matthew cuidará de vos. Tiene debilidad de corazón por las almas perdidas, bendito sea.

—Estoy mareada, no trastornada —repliqué.

Gallowglass aproximó la boca a mi oído con una mirada pétrea.

—Vuestra forma de hablar es lo suficientemente disparatada como para pasar por locura, y dudo que al sacerdote le importe, de una u otra manera. Dado que no sois de Chester ni de ningún otro lugar donde yo haya estado, y es un número considerable de sitios, tía, tal vez queráis cuidar vuestros modales a menos que queráis veros encerrada en la cripta de la iglesia.

Unos largos dedos agarraron el hombro de Gallowglass y lo retiraron.

—Si has acabado de intentar asustar a mi esposa, un ejercicio vano, te lo aseguro, podrías hablarme de los hombres a los que habéis adelantado —dijo Matthew con frialdad—. ¿Iban armados?

—No.

Tras dedicarme una larga y curiosa mirada, Gallowglass se volvió hacia su tío.

—¿Y quiénes eran los que acompañaban al pastor?

—¿Cómo demonios vamos a saberlo, Matthew? Los tres eran de sangre caliente y ninguno de ellos tenía nada de especial. Uno era gordo y con el pelo gris y el otro de tamaño medio y se quejaba del tiempo —dijo Gallowglass con impaciencia.

—Bidwell —dijeron Matthew y Walter al mismo tiempo.

—Y el que va con él seguramente será Iffley —señaló Walter—. Los dos están siempre quejándose: del estado de las carreteras, del ruido de la posada, de la calidad de la cerveza...

—¿Quién es Iffley? —me pregunté en voz alta.

—Un hombre que se jacta de ser el mejor guantero de toda Inglaterra. Somers trabaja para él —replicó Walter.

—El señor Iffley es el que le hace los guantes a la reina —reconoció George.

—Le hizo un único par de guanteletes de caza hace dos décadas. Eso difícilmente puede ser suficiente para hacer de Iffley el hombre más importante en cincuenta kilómetros a la redonda, por mucho que pueda codiciar tal honor. —Matthew resopló con desdén—. Por separado, ninguno de ellos es demasiado brillante. Juntos son rematadamente tontos. Si eso es lo mejor que puede hacer el pueblo, podemos regresar a nuestra lectura.

—¿Eso es todo? —preguntó Walter con voz crispada—. ¿Nos sentamos y esperamos a que vengan?

—Sí. Pero no perderé de vista a Diana. Y tú tampoco, Gallowglass —le advirtió Matthew.

—No tienes que recordarme mis deberes familiares, tío. Me aseguraré de que tu belicosa esposa llegue a tu cama esta noche.

—¿Belicosa yo? Mi marido es miembro de la Congregación. Una pandilla de hombres viene a caballo para acusarme de hacerle daño a una anciana cascarrabias. Estoy en un lugar extraño y sigo perdiéndome cuando voy al dormitorio. Todavía no tengo zapatos. ¡Y estoy viviendo en una residencia de estudiantes llena de adolescentes que no se callan nunca! —Estaba que echaba chispas—. Pero no es necesario que os preocupéis por mí. ¡Puedo cuidar de mí misma!

—¿Cuidar de vos misma? —Gallowglass se rio de mí y sacudió la cabeza—. No, no podéis. Y, cuando la batalla haya acabado, tendremos que ver ese acento vuestro. No he entendido la mitad de lo que acabáis de decir.

—Debe de ser irlandesa —dijo Hancock, mirándome—. Eso explicaría el hechizo y el trastorno del habla. Allí están todos locos.

—No es irlandesa —dijo Gallowglass—. Loca o no, habría entendido su acento si ese fuera el caso.

—¡Silencio! —bramó Matthew.

—Los hombres del pueblo están en la cancela —anunció Pierre en el subsiguiente silencio.

—Ve a buscarlos —le ordenó Matthew. Luego se centró en mí—. Deja que yo hable. No respondas a sus preguntas a menos que yo te lo diga y hasta que lo haga. Bien —continuó con brío—, no podemos permitirnos que nada... inusual suceda esta noche, como cuando la viuda Beaton estuvo aquí. ¿Sigues mareada? ¿Quieres tumbarte?

—Es curiosidad. Simple curiosidad —dije, con las manos entrelazadas—. No te preocupes por mi magia ni por mi salud. Preocúpate por el número de horas que te va a llevar responder a mis preguntas cuando se haya marchado el pastor. Y, como intentes esquivarlas con la excusa de que «esa historia no me corresponde contarla a mí», te aplasto.

—Veo que estás perfectamente. —La boca de Matthew tembló con un tic. Luego me dio un beso en la frente—. Te quiero, *ma lionne*.

—Podrías reservar tus demostraciones de amor para más tarde y darle a la tía la oportunidad de serenarse —sugirió Gallowglass.

—¿Por qué todo el mundo siente la necesidad de decirme cómo vivir mi propia vida? —le espetó Matthew. Estaban empezando a aparecer grietas en su compostura.

—No sabría decirlo —respondió Gallowglass con serenidad—. Pero ella me recuerda un poco a la abuelita. Aconsejamos a Philippe mañana, tarde y noche sobre la mejor forma de controlarla. Aunque no es que nos haga caso.

Los hombres se distribuyeron por la sala. Las posiciones que tomaron, aparentemente casuales, creaban un embudo humano —más ancho en la entrada de la habitación y más estrecho al lado del hogar, donde Matthew y yo estábamos sentados—. Como George y Kit serían los primeros en saludar al hombre de Dios y a sus acompañantes, Walter se llevó rápidamente los dados y el manuscrito de *Doctor Fausto*, sustituyéndolos por una copia de las *Historias*, de Herodoto. Aunque no era una Biblia, Raleigh nos aseguró que aportaría la gravedad pertinente a la situación. Kit seguía protestando por la injusticia del cambio cuando se oyeron pasos y voces.

Pierre condujo a los tres hombres al interior de la sala. Uno de ellos se parecía tanto al joven larguirucho que me había tomado las medidas para los zapatos que supe de inmediato que se trataba de Joseph Bidwell. Dio un respingo al oír el ruido de la puerta cerrándose tras él y miró inquieto hacia atrás. Cuando sus ojos vidriosos volvieron a mirar

hacia delante y vio el tamaño de la concurrencia que lo esperaba, se sobresaltó una vez más. Walter, que ocupaba una posición de importancia estratégica en el centro de la sala con Hancock y Henry, ignoró al nervioso zapatero y dirigió una mirada de desdén a un hombre vestido con un desaliñado hábito religioso.

—¿Qué os trae por aquí en una noche como esta, señor Danforth? —inquirió Raleigh.

—*Sir* Walter —dijo Danforth haciendo una reverencia, mientras se quitaba el gorro que llevaba en la cabeza y lo retorció entre los dedos. Entonces localizó al conde de Northumberland—. ¡Mi señor! No sabía que todavía estuvierais entre nosotros.

—¿Necesitáis algo? —preguntó Matthew amablemente. Permanecía sentado, con las piernas estiradas en un gesto de aparente relajación.

—Ah, señor Roydon. —Danforth hizo otra reverencia, esa dirigida a nosotros. Me miró con curiosidad antes de que el miedo se apoderara de él y volviera a centrarse en el sombrero—. No os hemos visto en la iglesia ni en el pueblo. Bidwell pensó que podríais sentirnos indispuerto.

Bidwell cambió el peso sobre los pies. Las botas de cuero que llevaba crujieron y se quejaron y los pulmones del hombre se unieron al coro con unos resuellos y una tos perruna. Una ajada gorguera le constreñía la tráquea, y se agitaba cada vez que intentaba tomar aliento. Aquel lino plisado era con diferencia lo peor que se podía llevar, y una grasienta mancha marrón cerca de la barbilla revelaba que había tomado salsa de carne en la cena.

—Sí, caí enfermo en Chester, pero, gracias a Dios y a los cuidados de mi esposa, ya se me ha pasado. —Matthew extendió el brazo y me agarró la mano con devoción marital—. Mi médico pensó que sería mejor despojarme del vello para librarme de la fiebre, pero fue la insistencia de Diana con los baños fríos lo que causó el impacto más importante.

—¿Vuestra esposa? —dijo Danforth débilmente—. La viuda Beaton no me contó...

—No comparto mi vida privada con mujeres ignorantes —dijo Matthew con severidad.

Bidwell estornudó. Matthew lo examinó, primero con preocupación y luego con una mirada cuidadosamente estudiada de incipiente comprensión. Estaba aprendiendo muchísimas de cosas de mi marido esa noche, entre ellas el hecho de que podía ser un actor sorprendentemente bueno.

—Oh, aunque, por supuesto, estáis aquí para pedirle a Diana que cure a Bidwell. —Matthew hizo un sonido de pesar—. Demasiadas habladurías frívolas. ¿Ya se ha extendido la noticia de las habilidades de mi mujer?

En aquella época, los conocimientos sobre medicina se acercaban peligrosamente a la tradición de las brujas. ¿Estaba Matthew intentando meterme en líos?

Bidwell trató de responder, pero lo único que le salió fue un gorjeo y un movimiento negativo de cabeza.

—Si no estáis aquí por cuestiones médicas, entonces debéis de haber venido para entregar los zapatos de Diana. —Matthew me miró con cariño, y luego miró al pastor—. Como sin duda habréis oído, las pertenencias de mi esposa se perdieron durante nuestro viaje, señor Danforth. —La atención de Matthew volvió a centrarse en el zapatero y en su voz se percibió la sombra de un reproche—. Sé que sois un hombre ocupado, Bidwell, pero espero que, al menos, hayáis acabado los zuecos. Diana está decidida a ir a la iglesia esta semana, y el camino a la sacristía suele estar inundado. Lo cierto es que alguien debería

ocuparse de ello.

El pecho de Iffley estaba henchido de indignación desde que Matthew había empezado a hablar. Finalmente, el hombre no pudo soportarlo más.

—¡Bidwell ha traído los zapatos por los que le habéis pagado, pero no estamos aquí para beneficiarnos de los servicios de vuestra esposa ni para tratar de nimiedades como zuecos y charcos! —Iffley enroscó la capa alrededor de la cadera en un gesto pensado para expresar dignidad, pero la lana empapada no hizo más que realzar su parecido con una rata ahogada, con aquella nariz puntiaguda y aquellos ojos pequeños y brillantes—. Decídselo a ella, señor Danforth.

El reverendo Danforth tenía aspecto de preferir asarse en el infierno antes que irrumpir en casa de Matthew Roydon y enfrentarse a su esposa.

—Adelante. Decídselo —insistió Iffley.

—Se han hecho acusaciones... —Hasta ahí llegó Danforth antes de que Walter, Henry y Hancock cerraran filas.

—Si estáis aquí para hacer acusaciones, señor, podéis dirigir las a mí o a su señoría —dijo Walter secamente.

—O a mí —intervino George—. Soy muy versado en leyes.

—Ah..., eh..., sí..., bueno... —El clérigo se quedó en silencio.

—La viuda Beaton ha caído enferma. Y también el joven Bidwell —dijo Iffley, decidido a seguir adelante a pesar de la mala pasada que le habían jugado los nervios a Danforth.

—Sin duda, se trata de las mismas fiebres que me aquejaron a mí y ahora al padre del chico —aseguró mi esposo con suavidad. Sus dedos estrecharon los míos. A mis espaldas, Gallowglass maldijo entre dientes—. ¿De qué, exactamente, acusáis a mi esposa, Iffley?

—La viuda Beaton se negó a colaborar con ella en algún asunto diabólico. La señora Roydon juró que padecería dolores en sus articulaciones y su cabeza.

—Mi hijo ha perdido el oído —se lamentó Bidwell, con la voz espesa por la aflicción y las flemas—. Tiene un fuerte tintineo en los oídos, como el tañido de una campana. La viuda Beaton dice que ha sido hechizado.

—No —susurré. La sangre abandonó mi cabeza de repente, en un alarmante reflujó. Las manos de Gallowglass se posaron sobre mis hombros de inmediato, manteniéndome erguida.

La palabra «hechizado» me había hecho caer en un abismo familiar. Mi mayor temor siempre había sido que los humanos descubrieran que era descendiente de Bridget Bishop. Entonces empezarían las miradas curiosas y las sospechas. La única respuesta posible era huir. Intenté liberar mis dedos de la mano de Matthew, pero debía estar hecho de piedra, a juzgar por el resultado, y Gallowglass todavía me sujetaba los hombros.

—Hace mucho que la viuda Beaton sufre de reumatismo y el hijo de Bidwell tiene accesos recurrentes de su afección de garganta pútrida. Eso suele causar dolor y sordera. Dichas enfermedades ya existían antes de que mi esposa llegara a Woodstock. —Matthew hizo un gesto lento y displicente con la mano que tenía libre—. La anciana está celosa de las habilidades de Diana y el joven Joseph se quedó impresionado por su belleza y tiene envidia de que me haya casado. No se trata de acusaciones, sino de simples invenciones.

—Como hombre de Dios, señor Roydon, es mi responsabilidad tomarlas en serio. He estado leyendo.

El señor Danforth rebuscó entre sus negros ropajes y sacó un fajo de papeles hechos

jirones. No eran más que unas cuantas docenas de hojas toscamente cosidas entre sí con un grueso cordón. El tiempo y el exceso de uso habían ablandado las fibras del papel, haciendo que se deshilaran las esquinas y que las páginas se volvieran grises. Yo estaba demasiado lejos como para distinguir la página del título. Sin embargo, los tres vampiros lo vieron. Al igual que George, que empalideció.

—Es una parte del *Malleus Maleficarum*. No sabía que su latín fuera lo suficientemente bueno como para comprender una obra tan difícil, señor Danforth —dijo Matthew. Era el manual de caza de brujas más reputado que jamás se hubiera escrito y su título infundía terror en el corazón de cualquier bruja.

El pastor pareció ofenderse.

—He ido a la universidad, señor Roydon.

—Me reconforta oír eso. Ese libro no debería estar en manos de personas necias o supersticiosas.

—¿Lo conocéis? —preguntó Danforth.

—Yo también he ido a la universidad —respondió Matthew con suavidad.

—Entonces entendéis por qué debo interrogar a esa mujer.

Danforth intentó abrirse paso por la sala, pero un grave gruñido de Hancock le hizo detenerse.

—Mi esposa no tiene problemas en el oído. No necesitáis acercaros más.

—¿Os dije que la señora Roydon tenía poderes antinaturales! —dijo Iffley triunfante.

Danforth cogió el libro.

—¿Quién os ha enseñado esas cosas, señora Roydon? —gritó en el resonante espacio de la sala—. ¿De quién aprendisteis vuestra brujería?

Así era como empezaba la locura: con preguntas diseñadas para atrapar al acusado y obligarlo a condenar a otras criaturas. Una a una, las brujas caían en la red de mentiras y eran destruidas. Miles de personas como yo habían sido torturadas y asesinadas gracias a tales tácticas. Las negativas me borbotearon en la garganta.

—No.

Aquella única palabra de advertencia de Matthew fue pronunciada como un gélido susurro.

—En Woodstock están sucediendo cosas extrañas. Un venado blanco se cruzó en el camino de la viuda Beaton —continuó Danforth—. Se detuvo en la carretera y se quedó mirándola hasta que a ella se le enfrió la carne. Anoche un lobo gris fue visto delante de su casa. Sus ojos brillaban en la oscuridad, refulgían más que las lámparas que estaban colgadas fuera para ayudar a los viajeros a encontrar refugio en la tormenta. ¿Cuál de esas criaturas es vuestro espíritu familiar? ¿Quién os lo concedió? —Esa vez, Matthew no tuvo que pedirme que guardara silencio. Las preguntas del sacerdote seguían un patrón muy conocido que yo había estudiado en el posgrado.

—La bruja debe responder a vuestras preguntas, señor Danforth —insistió Iffley, tirándole de la manga a su compañero—. No puede permitirse tal insolencia procedente de una criatura de las tinieblas en una comunidad pía.

—Mi esposa no habla con nadie sin mi consentimiento —dijo Matthew—. Y cuidado con a quién llamáis bruja, Iffley.

Cuanto más lo desafiaban los aldeanos, más le costaba a Matthew contenerse.

Los ojos del ministro viajaron de mí a Matthew y volvieron de nuevo. Sofoqué un gemido.

—Su pacto con el diablo hace que le resulte imposible decir la verdad —dijo Bidwell.

—Silencio, señor Bidwell —lo reprendió Danforth—. ¿Qué deseáis decir, hija mía? ¿Quién os presentó al diablo? ¿Fue otra mujer?

—O un hombre —dijo Iffley entre dientes—. La señora Roydon no es la única hija de las tinieblas que se encuentra aquí. Hay libros y artilugios extraños y se celebran reuniones nocturnas para invocar a los espíritus.

Harriot suspiró y le lanzó el libro a Danforth.

—Matemáticas, señor, no magia. La viuda Beaton señaló un texto de geometría.

—No os corresponde a vos determinar dónde está el diablo aquí —le espetó Iffley.

—Si es al diablo a quien buscáis, hacedlo en casa de la viuda Beaton.

Aunque había hecho lo que había podido para mantener la calma, Matthew estaba perdiendo rápidamente los estribos.

—¿La acusáis de brujería, entonces? —preguntó a Danforth secamente.

—No, Matthew. Así no —susurré, apretándole la mano para atraer su atención.

Matthew se volvió hacia mí. Su rostro parecía inhumano, tenía las pupilas vidriosas y enormes. Negué con la cabeza y él respiró hondo, intentando calmar tanto la furia por la invasión de su hogar como su fiero instinto por protegerme.

—Haced oídos sordos a sus palabras, señor Danforth. Roydon también podría ser un instrumento del diablo —le advirtió Iffley.

Matthew se enfrentó a la delegación.

—Si tenéis razones para acusar a mi mujer de algún delito, conseguid un magistrado y hacedlo. Si no, fuera de aquí. Y antes de que volváis, Danforth, considerad si ponerlos al nivel de Iffley y Bidwell es una forma inteligente de proceder.

El clérigo tragó saliva.

—Ya lo habéis oído —ladró Hancock—. ¡Fuera!

—Se hará justicia, señor Roydon... Justicia divina —proclamó Danforth, mientras retrocedía para abandonar la sala.

—Solo si mi versión no resuelve el problema antes, Danforth —prometió Walter.

Pierre y Charles se materializaron saliendo de entre las sombras y abrieron las puertas de par en par para conducir a los asombrados sangre caliente fuera de la habitación. En el exterior, soplaban un fuerte viento. La ferocidad de la tormenta que los estaba esperando no haría más que confirmar sus sospechas acerca de mis poderes sobrenaturales.

«¡Fuera, fuera, fuera!», gritaba una persistente voz en mi cabeza. El pánico me inundó el organismo de adrenalina. Una vez más, no me quedaba otra que rezar. Gallowglass y Hancock se volvieron hacia mí, intrigados por el olor del miedo que exudaban mis poros.

—Quedaos donde estáis —advirtió Matthew a los vampiros. Se agachó delante de mí—. El instinto de Diana le está diciendo que huya. Se pondrá bien en un momento.

—Esto no va a acabar nunca. Hemos venido en busca de ayuda, pero incluso aquí me persiguen.

Me mordí el labio.

—No hay nada que temer. Danforth e Iffley se lo pensarán dos veces antes de ocasionar más problemas —aseguró Matthew con firmeza, estrechando mis manos entrelazadas entre las suyas—. Nadie me quiere como enemigo: ni otras criaturas ni los humanos.

—Entiendo por qué las criaturas pueden temerte. Eres miembro de la Congregación

y tienes el poder de destruirlos. No me extraña que la viuda Beaton viniera aquí cuando se lo ordenaste. Pero eso no explica esa reacción de los humanos hacia ti. Danforth e Iffley deben de sospechar que eres un... *wearh*. —Me detuve justo a tiempo de que la palabra «vampiro» se me escapara.

—Oh, no son un peligro para él —dijo Hancock con desdén—. Esos hombres no son nadie. Por desgracia, son capaces de ponerlo en conocimiento de humanos que *sí* tienen influencia en este asunto.

—Ignóralo —me dijo Matthew.

—¿De qué humanos hablas? —susurré.

Gallowglass dio un respingo.

—Por lo más sagrado, Matthew. Te he visto hacer cosas terribles, pero ¿cómo puedes ocultarle *eso* también a tu esposa?

Matthew desvió la mirada hacia el fuego. Cuando sus ojos por fin se toparon con los míos, rebosaban pesar.

—¿Matthew? —inquirí. El nudo que se me había estado formando en el estómago desde la llegada de la primera saca de correos se tensó más.

—No es que crean que soy un vampiro. Es que saben que soy un espía.

Capítulo 6

UN espía? —repetí aturdida.

—Preferimos que nos llamen agentes secretos —dijo Kit con aspereza.

—Cállate, Marlowe —gruñó Hancock—, o te cerraré yo la boca.

—Déjalo, Hancock. Nadie te toma en serio cuando escupes de esa manera —le espetó Marlowe, mientras su barbilla sobresalía en la sala—. Y, como no uses un lenguaje civilizado conmigo, pronto llegarán a su fin todos esos reyes galeses y soldados que están en la palestra. Os convertiré a todos en traidores y sirvientes de baja estofa.

—¿Qué es un vampiro? —preguntó George, cogiendo el bloc de notas con una mano y un pedazo de pan de jengibre con la otra. Como siempre, nadie le estaba prestando demasiada atención.

—¿Entonces eres una especie de James Bond de la época isabelina? Pero... —Miré a Marlowe, horrorizada. Moriría asesinado en una pelea con arma blanca en Deptford antes de llegar a los treinta, y el crimen estaría relacionado con su vida como espía.

—¿El sombrerero de Londres que está cerca de San Dunstan y hace unas alas tan perfectas? ¿Ese James Bond? —preguntó George, riendo—. ¿Por qué demonios ibais a creer que Matthew es un sombrerero, señora Roydon?

—No, George, no es ese James Bond. —Matthew continuó agachado delante de mí, observando mis reacciones—. Sería mejor que no supieras nada de esto.

—Y una mierda. —Ni sabía ni me importaba si aquello era un juramento apropiado para la época isabelina—. Me merezco la verdad.

—Tal vez, señora Roydon, pero, si de verdad lo amáis, no tiene sentido insistir —dijo Marlowe—. Matthew ya no puede distinguir entre lo que es verdad y lo que no lo es. Por eso resulta inestimable para Su Majestad.

—Estamos aquí para buscarte un maestro —insistió Matthew, con los ojos fijos en mí—. El hecho de que sea a la vez miembro de la Congregación y agente de la reina evitará que te hagan daño. Nada sucede en el país sin que yo esté al tanto de ello.

—Para ser alguien que dice saberlo todo, no te has dado ni cuenta de que llevo días sospechando que algo pasa en esta casa. Hay demasiado correo. Y Walter y tú habéis estado discutiendo.

—Ves lo que yo quiero que veas. Nada más.

Aunque la tendencia de Matthew hacia la impetuosidad había aumentado exponencialmente desde que llegamos al Viejo Pabellón, me quedé boquiabierta por el tono que había usado.

—¿Cómo te atreves? —dije lentamente. Matthew sabía que me había pasado la vida rodeada de secretos. Había pagado un elevado precio por ello, además. Me levanté.

—Siéntate —dijo irritado—. Por favor.

Me cogió de la mano.

El mejor amigo de Matthew, Hamish Osborne, me había advertido de que aquí no sería el mismo. ¿Cómo iba a serlo, cuando el mundo era un lugar tan distinto? Se suponía que las mujeres debían aceptar sin rechistar lo que los hombres ordenaban. Rodeado de sus amigos, era demasiado fácil para Matthew recaer en antiguos comportamientos y formas de pensar.

—Solo si me respondes. Quiero saber el nombre de la persona a la que informas y

cómo te involucraste en ese asunto. —Levanté la vista hacia su sobrino y sus amigos, preocupada por si eran secretos de Estado.

—Ya saben lo de Kit y lo mío —dijo Matthew, siguiendo mi mirada. Intentó encontrar las palabras adecuadas—. Todo empezó con Francis Walsingham.

»Yo había abandonado Inglaterra bien entrado el reinado de Enrique. Pasé un tiempo en Constantinopla, estuve en Chipre, vagué por España, luché en Lepanto... Hasta monté una imprenta en Amberes —explicó Matthew—. Es el camino habitual de un *wearh*. Buscamos la tragedia, una oportunidad para colarnos en la vida de otros. Pero nada me satisfacía, así que volví a casa. Francia estaba al borde de la guerra religiosa y civil. Cuando has vivido tanto como yo, reconoces las señales. Un profesor hugonote se llevó encantado mi dinero y se fue a Ginebra, donde sus hijas podían criarse a salvo. Suplantó la identidad de un primo que había muerto hacía mucho tiempo, se mudó a su casa de París y volvió a empezar como Matthew de la Forêt.

—¿Matthew de los Bosques?

Alcé las cejas por la ironía.

—Era el apellido del profesor —dijo con sarcasmo—. París era peligroso y Walsingham, como embajador inglés, era un imán para todos los rebeldes desencantados del país. A finales del verano de 1572, toda la rabia que había estado fermentando en Francia entró en ebullición. Ayudé a Walsingham a sobrevivir, a él y a los protestantes ingleses que este protegía.

—La masacre del día de San Bartolomé.

Me estremecí, pensando en la sangrienta boda entre una princesa católica francesa y su marido protestante.

—Más tarde me convertí en agente de la reina, cuando volvió a enviar a Walsingham a París. Tenía la función de hacer de intermediario en el matrimonio de Su Majestad con uno de los príncipes de Valois. —Matthew resopló—. Estaba claro que la reina no tenía verdadero interés en el enlace. Fue durante esa visita cuando conocí la red de agentes secretos de Walsingham.

Mi marido me miró a los ojos un breve instante y luego apartó la mirada. Todavía me ocultaba algo. Repasé la historia, detecté los flecos que no encajaban y los seguí hasta llegar a una única e inexorable conclusión: Matthew era francés, católico y no era posible que hubiera estado alineado políticamente con Isabel Tudor en 1572... ni en 1590. Si trabajaba para la Corona inglesa, era por algún propósito mayor. Pero la Congregación había hecho voto de permanecer al margen de la política de los humanos.

Philippe de Clermont y los Caballeros de San Lázaro, no.

—Trabajas para tu padre. Y no solo eres un vampiro, sino un católico en un país protestante. —El hecho de que Matthew trabajara para los Caballeros de San Lázaro, no solo para Isabel, aumentaba considerablemente el peligro. No solo las brujas eran ejecutadas y perseguidas en la Inglaterra isabelina, también lo eran los traidores, las criaturas con poderes inusuales y la gente de religiones diferentes—. La Congregación no resulta de ayuda si te involucras en política humana. ¿Cómo es posible que tu propia familia te haya pedido algo tan arriesgado?

Hancock sonrió.

—Por eso hay siempre un De Clermont en la Congregación... Para asegurarse de que los ideales nobles no se interpongan en el camino de los buenos negocios.

—Esta no es la primera vez que trabajo para Philippe, ni será la última. A ti se te da bien descubrir secretos. Yo soy bueno guardándolos —dijo Matthew, simple y llanamente.

«Científico. Vampiro. Guerrero. Espía». Otra pieza de Matthew encajó en su lugar y con ella entendí mejor su arraigado hábito de no compartir nunca nada —importante o trivial— a menos que se viera obligado a hacerlo.

—¡No me importa la experiencia que tengas! Tu seguridad depende de Walsingham..., y lo estás engañando.

Sus palabras solo consiguieron que me enfadara aún más.

—Walsingham está muerto. Ahora informo a William Cecil.

—El hombre más astuto que hay sobre la faz de la tierra —dijo Gallowglass en voz queda—. Aparte de Philippe, por supuesto.

—¿Y Kit? ¿Trabaja para Cecil o para ti?

—No le cuentes nada, Matthew —dijo Kit—. No podemos confiar en la bruja.

—¿Por qué, taimado personajillo? —preguntó Hancock en voz baja—. Has sido tú el que ha provocado a los aldeanos.

Las mejillas de Kit se encendieron, convirtiéndose en sendas declaraciones de culpabilidad.

—Por Dios, Kit. ¿Qué has hecho? —preguntó Matthew, atónito.

—Nada —dijo Marlowe con aspereza.

—Has estado contando cuentos chinos de nuevo. —Hancock meneó el dedo en un gesto de reproche—. Te advertí que no lo aguantaríamos, señor Marlowe.

—Woodstock ya bullía de noticias sobre la esposa de Matthew —alegó Kit—.

Estaba claro que los rumores iban a hacer caer a la Congregación sobre nosotros. ¿Cómo iba a saber que la Congregación ya estaba aquí?

—Con certeza ahora me permitirás matarlo, De Clermont. Hace siglos que deseo hacerlo —dijo Hancock, haciendo crujir los nudillos.

—No. No puedes matarlo. —Matthew se pasó una mano sobre el rostro cansado—. Harían demasiadas preguntas y no tengo paciencia para inventarme respuestas convincentes en estos momentos. No son más que habladurías de la aldea. Lo solucionaré.

—Esas habladurías llegan en un mal momento —informó Gallowglass tranquilamente—. No solo por lo de Berwick. Sabes lo preocupada que estaba la gente por las brujas en Chester. Cuando nos fuimos al norte de Escocia, la situación era aún peor.

—Si este asunto se extiende hacia el sur de Inglaterra, ella será nuestra sentencia de muerte —auguró Marlowe, señalándome.

—Este contratiempo permanecerá confinado en Escocia —replicó Matthew—. Y se acabaron las visitas a la aldea, Kit.

—Ella llegó en la noche de Todos los Santos, justo cuando se predijo que llegaría una temible bruja. ¿No te das cuenta? Tu nueva esposa conjuró las tormentas contra el rey Jacobo y ahora ha centrado su atención en Inglaterra. Hay que informar a Cecil. Representa un peligro para la reina.

—Cállate, Kit —le advirtió Henry, tirándole del brazo.

—No puedes silenciarme. Contárselo a la reina es mi deber. Hubo un tiempo en que habrías estado de acuerdo conmigo, Henry. ¡Pero desde que llegó la bruja, todo ha cambiado! Ha encantado toda la casa. —La mirada de Kit era de desesperación—. Tú la consientes como a una hermana. George está medio enamorado. Tom alaba su ingenio y Walter le levantaría las sayas y la pondría contra una pared si no temiera a Matt. Llévala de vuelta a donde pertenece. Antes éramos felices.

—Matthew no era feliz. —Tom había sido atraído hacia nuestro extremo de la sala por la energía furiosa de Marlowe.

—Decís que lo amáis. —Kit se volvió hacia mí, con rostro suplicante—. ¿Sabéis de verdad lo que es? ¿Lo habéis visto alimentarse, habéis sentido su hambre cuando un sangre caliente anda cerca? ¿Podéis aceptar a Matthew sin reservas, tanto la negrura como la luz de su alma, como yo lo hago? Vos tenéis vuestra magia como consuelo, pero yo no estoy del todo vivo sin él. Todos los poemas huyen de mi mente cuando él no está y solo Matthew es capaz de ver lo poco bueno que hay en mí. Dejádmelo a mí. Por favor.

—No puedo —me limité a decir.

Kit se pasó la manga por la boca como si aquel gesto pudiera borrar cualquier rastro de mí.

—Cuando el resto de la Congregación descubra vuestro afecto por él...

—Si mi afecto por él es algo prohibido, el vuestro también —interrumpí. Marlowe se estremeció—. Pero ninguno de nosotros elegimos a quién amamos.

—Iffley y sus amigos no serán los últimos en acusaros de brujería —dijo Kit en tono triunfante—. Recordad bien lo que os digo, señora Roydon. Los daimones a menudo pueden ver el futuro tan claramente como las brujas.

La mano de Matthew avanzó hasta mi cintura. El tacto frío y familiar de sus dedos iba de un lado a otro de mi caja torácica, siguiendo el curvado sendero que me marcaba como posesión de un vampiro. Para Matthew era un poderoso recordatorio de que en el pasado no había conseguido protegerme. Kit emitió un horrible sonido de angustia medio contenido por la intimidad del gesto.

—Si eres tan clarividente, deberías haber anticipado lo que significaría para mí tu traición —dijo Matthew, poniéndose en pie poco a poco—. Fuera de mi vista, Kit, o que Dios me ayude si queda algo de ti que enterrar.

—¿La elegirías a ella antes que a mí? —Kit parecía estupefacto.

—Sin dudarlo. Fuera —repitió Matthew.

La salida de Kit de la sala fue comedida, pero, una vez en el corredor, su paso se aceleró. Sus pies resonaron en las escaleras de madera, cada vez más rápidos, mientras subía a su habitación.

—Tendremos que vigilarlo. —La mirada astuta de Gallowglass dejó de centrarse en la marcha de Kit para regresar a Hancock—. Ya no se puede confiar en él.

—Nunca se pudo confiar en Marlowe —susurró Hancock.

Pierre se deslizó por la puerta abierta con aire acongojado, con otra carta en la mano.

—Ahora no, Pierre —gruñó Matthew mientras se sentaba y cogía el vino. Sus hombros se combaron contra el respaldo de la silla—. Simplemente, en este día ya no queda sitio para otra crisis..., ya sea de la reina, del país o de los católicos. Sea lo que fuere, puede esperar hasta mañana.

—Pero..., milord —tartamudeó Pierre, tendiéndole la carta. Matthew observó la firme letra que marchaba a través de la parte delantera.

—Por Cristo y todos sus santos. —Matthew levantó los dedos para tocar el papel y se quedó helado. Su garganta se movió como si estuviera haciendo un esfuerzo para controlarse. Algo rojo y brillante apareció en el extremo de uno de sus ojos, se deslizó por su mejilla y se cayó sobre los pliegues de la gola. La lágrima de sangre de un vampiro.

—¿Qué sucede, Matthew? —Miré por encima de su hombro, preguntándome qué le habría causado tanto pesar.

—Ah, el día aún no ha acabado —dijo Hancock inquieto, mientras retrocedía—. Hay un asuntillo que requiere tu atención: tu padre cree que estás muerto.

En mi época, era el padre de Matthew, Philippe, el que había muerto: terrible, trágica e irrevocablemente. Pero aquello era 1590, lo que significaba que estaba vivo. Desde que llegamos, me había preocupado encontrarme casualmente con Ysabeau o con la ayudante de laboratorio de Matthew, Miriam, y las repercusiones que dicho encuentro podría tener en el futuro. Pero no se me había pasado por la cabeza ni una sola vez cómo podría afectarle a Matthew el hecho de ver a Philippe.

El pasado, el presente y el futuro colisionaron. Si hubiera mirado en las esquinas, probablemente habría visto el tiempo revolviéndose a modo de protesta por el encontronazo. Pero, en lugar de ello, mis ojos miraban fijamente a Matthew y la lágrima de sangre atrapada en el tejido blanco como la nieve que le rodeaba el cuello.

Gallowglass continuó la historia con brusquedad.

—Con las noticias de Escocia y tu súbita desaparición, temíamos que te hubieras ido al norte con la reina y estuvieras atrapado en aquel caos. Te buscamos durante dos días. Y como no encontramos ni rastro de ti... Qué demonios, Matthew, no tuvimos más opción que decirle a Philippe que habías desaparecido. Era eso o dar la voz de alarma en la Congregación.

—Hay más, milord. —Pierre le dio la vuelta a la carta. El sello era como los otros que yo asociaba con los Caballeros de San Lázaro, salvo porque la cera que habían usado en esa ocasión dibujaba una llamativa espiral negra y roja y habían puesto una antigua moneda de plata en la superficie, con los bordes gastados y finos, en lugar de la habitual impresión del sello de la orden. En la moneda había una cruz y una luna creciente estampadas, dos de los símbolos familiares de los De Clermont.

—¿Qué le dijisteis? —Matthew estaba transfigurado por la pálida luna de plata que flotaba en su mar negro rojizo.

—Nuestras palabras tienen poca trascendencia ahora que eso ha llegado. Deberás estar en suelo francés la próxima semana. De lo contrario, Philippe partirá hacia Inglaterra —murmuró Hancock.

—Mi padre no puede venir aquí, Hancock. Es imposible.

—Por supuesto que es imposible. La reina pediría su cabeza después de todo lo que ha hecho para agitar la olla de la política inglesa. Debes ir con él. Siempre y cuando viajes noche y día, tendrás tiempo más que suficiente —le aseguró Hancock.

—No puedo. —Matthew miraba fijamente la carta sin abrir.

—Philippe tendrá caballos esperando. Estarás de regreso en breve —susurró Gallowglass, poniendo la mano sobre el hombro de su tío. Matthew levantó la vista, con una mirada repentinamente feroz.

—No se trata de la distancia. Es... —Matthew se detuvo con brusquedad.

—Es el esposo de tu madre, amigo. No cabe duda de que puedes confiar en Philippe. A menos que le hayas estado mintiendo también a él. —Hancock entornó los ojos.

—Kit tiene razón. Nadie puede confiar en mí. —Matthew se puso en pie de un salto—. Mi vida no es más que una sarta de mentiras.

—Este no es ni el momento ni el lugar para desvaríos filosóficos, Matthew. ¡Hasta el día de hoy Philippe se pregunta si ha perdido otro hijo! —exclamó Gallowglass—. Deja a la muchacha con nosotros, súbete al caballo y haz lo que tu padre te ordena. Si no, te noquearé y Hancock te llevará allí.

—Debes de estar muy seguro de ti mismo, Gallowglass, para darme órdenes —dijo Matthew, con un tono un tanto amenazador. Apoyó las manos en la repisa de la chimenea y se quedó mirando el fuego.

—Estoy seguro de mi abuelo. Ysabeau hizo de ti un *wearh*, pero es la sangre de Philippe la que corría por las venas de mi padre. —Las palabras de Gallowglass hirieron a Matthew. Este levantó la cabeza con rapidez cuando el golpe aterrizó y su habitual impassividad fue sustituida por una emoción pura y dura.

—George, Tom, id arriba y ocupaos de Kit —murmuró Walter, señalando a aquellos de sus amigos que estaban en la puerta. Raleigh inclinó la cabeza hacia Pierre y el sirviente de Matthew se unió a la tentativa de hacerles abandonar la sala. Una petición de más vino y comida resonó en el vestíbulo. Una vez que ambos estuvieron al cuidado de Françoise, Pierre regresó, cerró la puerta con fuerza y se situó ante ella. Tan solo con Walter, Henry, Hancock y yo allí como testigos de la conversación —junto con el silencioso Pierre—, Gallowglass continuó intentándolo con Matthew.

—Debes ir a Sept-Tours. Él no descansará hasta que reclame tu cuerpo para enterrarlo o aparezcas ante él, vivo. Philippe no confía en Isabel ni en la Congregación. —Esa vez las palabras de Gallowglass pretendían reconfortarlo, pero el aire ausente de Matthew continuó.

Gallowglass emitió un sonido de exasperación.

—Engaña a los demás y a ti mismo, si debes hacerlo. Discute las alternativas durante toda la noche, si así lo deseas. Pero la tía tiene razón: no son más que mierdas. —Gallowglass bajó el tono de voz—. Tu Diana tiene un olor extraño. Y tú hueles más viejo que la semana pasada. Sé el secreto que guardáis. Y él también lo sabrá.

Gallowglass había deducido que yo era una viajera del tiempo. Un vistazo a Hancock me reveló que él también lo había hecho.

—¡Basta! —ladró Walter.

Gallowglass y Hancock se callaron de inmediato. La razón titiló en el dedo meñique de Walter: un sello con los trazos de San Lázaro y su ataúd.

—Así que vos también sois un caballero —exclamé, asombrada.

—Sí —dijo Walter lacónicamente.

—Y vuestro rango es superior al de Hancock. ¿Qué me decís de Gallowglass? —Había demasiadas capas superpuestas de lealtad y fidelidad en aquella sala. Estaba desesperada por organizarlas en una estructura navegable.

—Mi rango es superior al de cualquiera que se encuentre en esta sala, señora, a excepción de vuestro esposo —advirtió Raleigh—. Y eso os incluye a vos.

—Vos no tenéis autoridad sobre mí —le espeté—. ¿Cuál es exactamente vuestro papel en lo que a la familia De Clermont se refiere, Walter?

Sobre mi cabeza, los ojos airados de Raleigh se toparon con los de Matthew.

—¿Es siempre así?

—Habitualmente —dijo Matthew con sequedad—. Lleva su tiempo acostumbrarse, pero me gusta bastante. Y puede que a ti también llegue a complacerte, a su debido tiempo.

—Yo ya tengo una mujer exigente en mi vida. No necesito otra —bufó Walter—. Para vuestra información, soy el líder de la hermandad en Inglaterra, señora Roydon. A Matthew le resulta imposible, dado su puesto en la Congregación. Los otros miembros de la familia estaban ocupados por diversos motivos o rechazaron el cargo. —Walter miró a Gallowglass.

—Así que sois uno de los ocho señores provinciales de la orden y dependéis directamente de Philippe —dije, pensativa—. Me sorprende que no seáis el noveno caballero. —El noveno caballero era una figura misteriosa de la orden y su identidad, una incógnita para todos, salvo para los miembros de más alto rango.

Raleigh juró con tal vehemencia que Pierre dio un respingo.

—¿Le ocultas que eres espía y miembro de la Congregación a tu esposa, pero le confías la cuestión más privada de la hermandad?

—Ella me preguntó —se limitó a responder Matthew—. Pero creo que esta noche ya hemos hablado suficiente de la Orden de San Lázaro.

—Tu esposa no se sentirá satisfecha dejándolo ahí. Seguirá dándole vueltas como un perro a un hueso —aseguró Raleigh, antes de cruzar los brazos sobre el pecho y fruncir el ceño—. Muy bien. Para vuestra información, Henry es el noveno caballero. Su falta de voluntad por abrazar la fe protestante lo hace vulnerable a acusaciones de traición aquí en Inglaterra, y en Europa es un objetivo fácil para cualquier desavenido que deseara ver a Su Majestad perder el trono. Philippe le ofreció el puesto para protegerlo de aquellos que podrían abusar de su naturaleza confiada.

—¿Henry, un rebelde? —Miré al amable gigante, asombrada.

—No soy ningún rebelde —dijo Henry con mesura—. Pero la protección de Philippe de Clermont me ha salvado la vida en más de una ocasión.

—El conde de Northumberland es un hombre poderoso, Diana —dijo Matthew con voz queda—, lo que lo convierte en un valioso peón en manos de un jugador sin escrúpulos. Gallowglass tosió.

—¿Podríamos dejar de hablar de la hermandad y retomar asuntos más urgentes? La Congregación recurrirá a Matthew para calmar la situación en Berwick. La reina querrá que la fomite más aún, ya que mientras los escoceses estén preocupados por las brujas, no podrán planear ningún tipo de diablura en Inglaterra. A la nueva esposa de Matthew la han acusado de brujería en su propia casa. Y el padre de este lo reclama en Francia.

—Dios santo —dijo Matthew, pellizcándose el puente de la nariz—. Qué lío tan enmarañado.

—¿Cómo propones que lo desenredemos? —preguntó Walter—. Dices que Philippe no puede venir aquí, Gallowglass, pero temo que Matthew tampoco debería ir allí.

—Nadie dijo nunca que tener tres patronos (y una esposa) fuera fácil —declaró Hancock agriamente.

—Entonces, ¿qué demonios piensas hacer, Matthew? —preguntó Gallowglass.

—Si no le entrego yo mismo en mano a Philippe la moneda incrustada en el sello de la carta, y pronto, vendrá a buscarme —dijo Matthew con voz apagada—. Se trata de una demostración de lealtad. A mi padre le encantan las pruebas.

—Tu padre no duda de ti. Este malentendido se aclarará en cuanto os veáis —aseguró Henry. Al ver que Matthew no respondía, Henry continuó hablando para llenar el silencio—. Siempre me estás diciendo que tengo que tener un plan, que, si no, me veré arrastrado por los designios de otros hombres. Dinos qué hay que hacer y nos encargaremos de ello.

Sin mediar palabra, Matthew sopesó todas las posibilidades y fue descartando una tras otra. A cualquier otro hombre le habría llevado días tamizar los posibles movimientos y contramovimientos. A Matthew le llevó apenas unos minutos. En su cara se apreciaban escasas señales de aquella lucha interna, pero el racimo de músculos de sus hombros y la forma distraída en que se pasaba la mano por el pelo no revelaban lo mismo.

—Iré —dijo finalmente—. Diana se quedará aquí, con Gallowglass y Hancock. Walter tendrá que dar largas a la reina con alguna excusa. Y yo me ocuparé de la Congregación.

—Diana no puede quedarse en Woodstock —le dijo Gallowglass con firmeza—. No

después de que Kit haya estado trabajando en la aldea, esparciendo sus mentiras y cuestionándola. Sin tu presencia, ni la reina ni la Congregación tendrán incentivo alguno para mantener a tu esposa alejada del magistrado.

—Podemos ir a Londres, Matthew —propuse—. Juntos. Es una ciudad grande. Habrá demasiadas brujas como para que nadie se fije en mí, brujas que no temen un poder como el mío, y mensajeros que lleven la noticia a Francia de que estás sano y salvo. No tienes por qué ir. —«No tienes por qué volver a ver a tu padre».

—¡A Londres! —se burló Hancock—. No duraríais allí ni tres días, *madame*. Gallowglass y yo os llevaremos a Gales. Iremos a Abergavenny.

—No. —La mancha carmesí que Matthew tenía en el cuello atrajo mi mirada—. Si Matthew va a ir a Francia, yo iré con él.

—De ninguna manera. No pienso arrastrarte a una guerra.

—La guerra se ha calmado con la llegada del invierno —dijo Walter—. Puede que llevar a Diana a Sept-Tours sea lo mejor. Pocos son lo suficientemente valientes como para vérselas contigo, Matthew. Y absolutamente nadie osará enfrentarse a tu padre.

—Puedes elegir —le dije ferozmente. Los amigos y la familia de Matthew no iban a usarme para obligarlo a ir a Francia.

—Sí. Y te elijo a ti. —Me acarició el labio con el pulgar. El corazón me dio un vuelco. Iba a ir a Sept-Tours.

—No lo hagas —le imploré. No me atreví a decir nada más por temor a traicionar el hecho de que en nuestra época Philippe estaba muerto, y que sería una tortura para Matthew volver a verlo con vida.

—Philippe me dijo un día que el apareamiento era cosa del destino. Que, cuando te encontrara, no me quedaría más remedio que aceptar la voluntad del destino. Pero no es así como funciona en absoluto. En todo momento, durante el resto de mi vida, te elegiré a ti: por encima de mi padre, por encima de mis propios intereses, incluso por encima de la familia De Clermont. —Los labios de Matthew presionaron los míos, silenciando mis protestas. No cabía duda de la convicción que había en aquel beso.

—Está decidido, entonces —dijo Gallowglass con suavidad.

Los ojos de Matthew me sostuvieron la mirada y asintió.

—Sí. Diana y yo iremos a casa. Juntos.

—Hay trabajo que hacer, tenemos que arreglar algunos asuntos —dijo Walter—. Déjanoslo a nosotros. Tu esposa parece exhausta y el viaje va a ser agotador. Ambos deberíais descansar.

Ninguno de los dos hizo ademán de irse a la cama, una vez que los hombres abandonaron la sala.

—Nuestra estancia en 1590 no está resultando en absoluto como esperaba —admitió Matthew—. Se suponía que iba a ser sencillo.

—¿Cómo iba a ser sencillo, con la Congregación, los juicios de Berwick, el servicio de inteligencia isabelino y los Caballeros de San Lázaro peleándose por acaparar tu atención?

—Ser miembro de la Congregación y espía debería ayudar..., no ser un obstáculo —opinó Matthew, mirando por la ventana—. Creía que llegaríamos al Viejo Pabellón, nos beneficiaríamos de los servicios de la viuda Beaton, encontraríamos el manuscrito en Oxford y regresaríamos en unas cuantas semanas.

Me mordí el labio para evitar poner de relieve las imperfecciones de su estrategia, dado que Walter, Henry y Gallowglass ya lo habían hecho en repetidas ocasiones esa tarde,

pero mi expresión me delató.

—Qué imprudencia por mi parte —dijo mi marido, con un suspiro—. Además, afianzar tu credibilidad no es el único problema, ni evitar las trampas obvias como los juicios por brujería y las guerras. Yo también me siento abrumado. La envergadura de lo que hice por Isabel y la Congregación (y las contramanoobras que llevé a cabo en nombre de mi padre) está clara, pero todos los detalles se han desvanecido. Recuerdo la fecha, pero no el día de la semana. Eso significa que no estoy seguro de qué mensajero tiene que llegar ni de cuándo se llevará a cabo la próxima entrega. Habría jurado que había partido con Gallowglass y Hancock mucho antes de Halloween.

—La clave está en los detalles —murmuré. Froté el rastro tiznado de sangre seca que marcaba el paso de la lágrima. Le había dejado unas manchitas cerca del rabillo del ojo y un fino reguero mejilla abajo—. Debí haberme imaginado que tu padre podría entrar en contacto contigo.

—Era cuestión de tiempo que la carta llegara. Cada vez que Pierre trae el correo, me armo de valor por si acaso. Pero hoy el mensajero ya había llegado y se había ido. Su misiva me cogió por sorpresa, eso es todo —explicó—. Había olvidado lo fuerte que había sido en su momento. Cuando se lo arrebatamos a los nazis en 1944, tenía el cuerpo tan maltrecho que ni siquiera la sangre de vampiro pudo recomponerlo. Philippe ni siquiera podía coger un lápiz. Adoraba escribir, pero lo único que era capaz de hacer eran unos garabatos ilegibles.

Sabía que Philippe había sido capturado y había estado cautivo durante la II Guerra Mundial, pero muy pocos detalles de lo que había sufrido en manos de los nazis, que habían querido averiguar cuánto dolor podía soportar un vampiro.

—Puede que la diosa quisiera que regresáramos a 1590 por algo más que por mi propio beneficio. Volver a ver a Philippe puede reabrir tus viejas heridas... y curarlas.

—No sin antes hacerlas empeorar. —Matthew hundió la cabeza.

—Pero al final podría hacer que mejoraran. —Le acaricié el cabello sobre aquel cráneo fuerte y testarudo—. Todavía no has abierto la carta de tu padre.

—Ya sé lo que dice.

—Puede que debieras abrirla de todas formas.

Por fin, Matthew deslizó el dedo bajo el sello y lo rompió. La moneda se despegó de la cera y cayó en la palma de su mano. Cuando desplegó el grueso papel, este liberó un aroma a laurel y romero.

—¿Está en griego? —pregunté, mientras observaba por encima de su hombro una única línea de texto sobre una serpenteante reproducción de la letra *phi*.

—Sí. —Matthew siguió la línea de las letras, haciendo el primer intento de contacto con su padre—. Me ordena que vaya a casa. Inmediatamente.

—¿Podrás soportar volverlo a ver?

—No. Sí. —Matthew arrugó la hoja con los dedos y la metió dentro del puño—. No lo sé.

Le quité el papel y volví a alisarlo para que recuperara la forma rectangular. La moneda brillaba en la palma de la mano de Matthew. Era una lasca de metal demasiado pequeña para haber causado tantos problemas.

—No te enfrentarás a él solo.

Estar a su lado cuando viera a su difunto padre no era mucho, pero era todo lo que podía hacer para aliviar su dolor.

—Todos estamos solos con Philippe. Algunos creen que mi padre puede ver la

mismísima alma de las personas —susurró Matthew—. Me preocupa llevarte allí. Podría predecir la reacción de Ysabeau: frialdad y rabia seguidas de aquiescencia. Pero, en lo que se refiere a Philippe, no tengo ni idea. Nadie entiende la manera en que funciona la mente de Philippe, la información que posee, las trampas que ha tendido. Si yo soy hermético, mi padre es inescrutable. Ni siquiera la Congregación sabe lo que trama, y Dios sabe que pasan suficiente tiempo intentando imaginárselo.

—Todo irá bien —dije para reconfortarlo. Philippe tendría que aceptarme en la familia. Al igual que la madre y el hermano de Matthew, no tenía elección.

—No creas que puedes vencerlo —me advirtió Matthew—. Puede que seas como mi madre, como ha dicho Gallowglass, pero incluso ella cae en sus redes de vez en cuando.

—¿Y actualmente sigues siendo miembro de la Congregación? ¿Por eso sabías que Knox y Domenico eran miembros? —El brujo Peter Knox me había estado acosando desde el momento en que pedí el Ashmole 782 en la Bodleiana. En cuanto a Domenico Michele, era un vampiro con antiguos rencores en lo que a los De Clermont se refería. Había estado presente en La Pierre antes de que otro miembro más de la Congregación me torturara.

—No —dijo Matthew secamente, dando media vuelta.

—¿Entonces lo que dijo Hancock de que los De Clermont siempre habían sido miembros de la Congregación ya no es verdad?

Contuve el aliento. «Di que no», le imploré en silencio, «aunque sea mentira».

—Sigue siendo verdad —dijo sin alterar la voz, echando por tierra mis esperanzas.

—¿Entonces quién...? —Mi voz se apagó—. ¿Ysabeau? ¿Baldwin? ¡Desde luego, Marcus no! —No podía creer que la madre de Matthew, su hermano o su hijo pudieran estar involucrados sin que a ninguno de ellos se le escapara.

—Hay criaturas en mi árbol genealógico a las que no conoces, Diana. En cualquier caso, no se me permite divulgar la identidad de quienes se sientan a la mesa de la Congregación.

—¿Alguna de las reglas que nos condicionan a los demás son aplicables a tu familia? —me pregunté—. Estáis metidos en política, he visto los libros de cuentas que lo demuestran. ¿Acaso esperas que, cuando regresemos al presente, ese misterioso miembro de la familia nos proteja de alguna manera de la ira de la Congregación?

—No lo sé —dijo Matthew con firmeza—. No estoy seguro de nada. Ya no.

Los planes de partida tomaron forma rápidamente. Walter y Gallowglass discutían sobre la mejor ruta, mientras Matthew ponía en orden sus asuntos.

Hancock fue enviado a Londres con Henry y un paquete de correspondencia envuelto en piel. Como lord del reino, el conde era requerido en la corte para las celebraciones del aniversario de la reina el 17 de noviembre. A George y a Tom los mandaron a Oxford con una sustancial suma de dinero y un Marlowe deshonorado. Hancock les advirtió de las nefastas consecuencias que tendría que el daimón causara algún problema más. Tal vez Matthew estuviera lejos, pero Hancock estaría a una espada de distancia y no dudaría en atacar si estaba justificado. Además, Matthew le enseñó a George exactamente qué preguntas sobre manuscritos alquímicos podía hacerles a los eruditos de Oxford.

Mis asuntos eran mucho más fáciles de solucionar. Tenía pocos enseres personales que empaquetar: los pendientes de Ysabeau, los zapatos nuevos y unas cuantas prendas de ropa. Françoise centró toda su atención en hacerme un vestido resistente de color canela

para el viaje. Su cuello alto y ribeteado en piel estaba diseñado para que se ajustara bien e impidiera el paso del viento y la lluvia. Las sedosas pieles de zorro que Françoise cosió a los bordes de mi capa tenían el mismo propósito, al igual que las bandas de piel que insertó en los remates bordados de mis guantes nuevos.

Lo último que hice en el Viejo Pabellón fue llevar el libro que Matthew me había regalado a la biblioteca. Sería fácil perder un objeto así de camino a Sept-Tours y quería que el diario estuviera tan a salvo de ojos curiosos como fuera posible. Me agaché apresuradamente y cogí unas ramitas de romero y lavanda. Luego fui a la mesa de Matthew y usé una pluma y un tintero para escribir una última entrada.

5 de noviembre de 1590, lluvia fría Noticias de casa. Nos preparamos para un viaje.

Tras soplar suavemente sobre las palabras para secar la tinta, deslicé el romero y la lavanda en la hendidura entre las páginas. Mi tía usaba romero para hacer hechizos relacionados con la memoria y lavanda para aportar una nota de prudencia a los encantamientos amorosos: una combinación que encajaba con las presentes circunstancias.

—Deséanos suerte, tía Sarah —susurré mientras deslizaba el pequeño tomo en el fondo de la estantería, con la esperanza de que continuara estando allí si regresaba.

Capítulo 7

RIMA Jaén odiaba el mes de noviembre. Las horas del día menguaban, claudicando unos instantes antes en la batalla contra las sombras cada nueva jornada. Además, era una época horrible para estar en Sevilla, con toda la ciudad haciendo los preparativos para las fiestas navideñas y la lluvia a la vuelta de la esquina. Los ya de por sí caprichosos hábitos de los residentes de la ciudad empeoraban por momentos.

Rima llevaba pegada a la mesa semanas. Su jefe había decidido vaciar los trasteros del ático. El invierno anterior la lluvia se había colado a través de las antiguas y agrietadas tejas del tejado de la decrepita casa y la previsión para los próximos meses era incluso peor. Como no había dinero para solucionar el problema, el personal de mantenimiento estaba transportando las mohosas cajas de cartón escaleras abajo para asegurarse de que nada de valor se estropeará en futuras tormentas. Se habían deshecho de todo lo demás con discreción, para que ningún donante potencial pudiera descubrir lo que había sucedido.

Rima pensaba que era un trabajo sucio y fraudulento, pero había que hacerlo. La biblioteca era un pequeño archivo especializado con escasos recursos. El meollo de las colecciones provenía de una importante familia andaluza cuyos miembros podían rastrear sus orígenes hasta la Reconquista, cuando los cristianos les habían arrebatado la Península a los guerreros musulmanes que la habían reclamado en el siglo VIII. Pocos eruditos tenían motivos para asomarse a la extraña colección de libros y objetos que los Gonçalve habían recopilado a lo largo de los años. La mayoría de los investigadores estaban calle abajo, en el Archivo General de Indias, discutiendo sobre Colón. Sus compañeros sevillanos querían que en sus bibliotecas estuvieran las últimas novelas de misterio, no los manuales de instrucciones hechos trizas del siglo XVIII y las revistas de moda femenina del XIX.

Rima cogió el pequeño tomo que yacía en la esquina de la mesa e hizo oscilar un par de gafas de vivos colores para bajarlas de lo alto de la cabeza, donde estaban sujetando su pelo negro. Había encontrado el libro hacía una semana, cuando uno de los empleados de mantenimiento había dejado caer una caja de madera delante de ella con un gruñido de desagrado. Lo había añadido a la colección como Manuscrito Gonçalve 4890, junto con la descripción: «Libro inglés común, anónimo, finales del siglo XVI». Como la mayoría de los breviarios, estaba casi todo en blanco. Rima había visto un ejemplar español propiedad de un heredero de los Gonçalve, al que habían enviado a la Universidad de Sevilla en 1628. Este había sido cosido con delicadeza, rayado y paginado con ornamentados números enredados en espirales de tinta multicolor. No había ni una sola palabra escrita en él. Incluso en el pasado, la gente no siempre cumplía con sus propósitos.

Los breviarios como aquel eran depósitos de pasajes bíblicos, fragmentos de poemas, lemas y dichos de autores clásicos. Solían incluir garabatos y listas de la compra, además de letras para canciones subidas de tono y explicaciones de acontecimientos extraños e importantes. Y aquel no era diferente, según creía Rima. Por desgracia, alguien le había arrancado la primera página, que seguramente en su día había albergado el nombre del propietario. Sin ella no había prácticamente ninguna oportunidad de identificar al dueño ni a ninguna de las otras personas de las que solo se mencionaban las iniciales. Los historiadores estaban mucho menos interesados en ese tipo de pruebas sin nombre y sin rostro, del mismo modo que su anonimato en cierto modo hacía menos importante a la persona que había detrás de él.

En las páginas que quedaban había una tabla en la que se enumeraban todas las monedas inglesas usadas en el siglo XVI y su valor relativo. En una página del final se veía un listado de ropa garabateado apresuradamente: una capa, dos pares de zapatos, un vestido ribeteado en piel, seis blusones, cuatro enaguas y un par de guantes. Había unas cuantas entradas con fecha que no tenían ningún sentido y un remedio para el dolor de cabeza: un ponche hecho con leche y vino. Rima sonrió y se preguntó si funcionaría con sus migrañas.

Debería haber devuelto el librito a las salas cerradas con llave del tercer piso, donde se almacenaban los manuscritos, pero había algo en él que le hacía querer tenerlo cerca. Estaba claro que lo había escrito una mujer. La redonda caligrafía era cautivadoramente temblorosa e insegura, y las palabras serpenteaban arriba y abajo sobre las páginas generosamente espolvoreadas con manchas de tinta. Ningún hombre culto del siglo XVI escribía así, a menos que estuviera enfermo o fuera un anciano. Y a la autora de aquel libro no le pasaba ninguna de aquellas dos cosas. Había una singular vitalidad en las entradas que desentonaba curiosamente con la vacilante caligrafía.

Le había enseñado el manuscrito a Javier López, el encantador aunque en absoluto cualificado empleado contratado por el último de los Gonçalve para transformar la casa familiar y los efectos personales en biblioteca y museo. Su enorme despacho de la planta baja estaba revestido de caoba y en él se encontraban los únicos radiadores que funcionaban en el edificio. Durante la breve entrevista, había descartado su sugerencia de que el libro merecía ser estudiado con más detalle. También le prohibió tomar fotografías para compartir imágenes del ejemplar con algunos compañeros de Reino Unido. En cuanto a lo que ella pensaba acerca de que la dueña del libro había sido una mujer, el director había murmurado algo sobre las feministas y la había echado del despacho con un gesto de la mano.

Así que el libro seguía en su mesa. En Sevilla, un libro así siempre era superfluo e intrascendente. Nadie iba a España en busca de breviaros. Iban a la Biblioteca Británica o a la Biblioteca Folger Shakespeare de Estados Unidos.

Aunque estaba aquel hombre tan raro que se pasaba por allí de vez en cuando para examinar las colecciones. Era francés y su mirada taxativa hacía que Rima se sintiera incómoda. Herbert Cantal. O puede que fuera Gerbert Cantal. No lo recordaba. Le había dado una tarjeta en la última visita y la había animado a ponerse en contacto con él si aparecía algo interesante. Cuando Rima le preguntó qué era exactamente lo que le interesaría, el hombre le dijo que todo. No era la más útil de las respuestas.

Pero había aparecido *algo* interesante. Por desgracia, la tarjeta de visita del hombre no, aunque había limpiado la mesa para intentar buscarla. Tendría que esperar a que volviera a aparecer para compartir con él aquel librito. Puede que estuviera más interesado en él que su jefe.

Rima empezó a pasar las páginas. Había una ramita de lavanda y unas cuantas hojas de romero desmenuzadas prensadas entre dos de las páginas. No las había visto antes y las extrajo con cuidado de la hendidura de la doblez. Por un instante, de la descolorida flor emanó un vestigio aromático que forjó una conexión entre sí misma y una persona que había vivido hacía cientos de años. Rima sonrió con nostalgia, pensando en aquella mujer a la que nunca conocería.

—Más basura —dijo Daniel, el encargado de mantenimiento del edificio. Había regresado y tenía el gastado mono gris mugriento de transportar cajas desde el ático. Bajó algunas cajas más de la carretilla hecha polvo al suelo. A pesar del clima frío que hacía, el sudor le perlaba la frente y se lo limpió con la manga, dejando un rastro de polvo negro—.

¿Un café?

Era la tercera vez aquella semana que la invitaba a salir. Rima sabía que la encontraba atractiva. A algunos hombres les seducía la ascendencia bereber de su madre, lo cual no era de extrañar, ya que esta le había sido conferida en forma de suaves curvas, piel cálida y ojos almendrados. Daniel llevaba años murmurando comentarios salaces, rozándole la espalda cuando iba a la sala de correos y comiéndose con los ojos sus pechos. El hecho de que fuera 12 centímetros más bajo que ella y le doblara la edad no parecía disuadirlo.

—*Estoy muy ocupada*¹ —respondió Rima.

El gruñido de Daniel denotó un profundo escepticismo. Este volvió la vista hacia las cajas cuando se iba. En la de arriba del todo había un manguito de piel en estado de descomposición y un carrizo disecado posado sobre un trozo de cedro. Luego sacudió la cabeza, sorprendido por que prefiriera pasar el rato con animales muertos que con él.

—*Gracias*² —musitó Rima mientras él se iba. Acto seguido, cerró el libro con cuidado y lo devolvió a su lugar sobre la mesa.

Mientras transfería los contenidos de la caja a una mesa cercana, los ojos de Rima se alejaron para volver a posarse en el librito de sencilla cubierta de cuero. Dentro de cuatrocientos años, ¿la única prueba de su existencia sería una página de su agenda, una lista de la compra y un trozo de papel con la receta de los alfajores de su abuela, todo ello metido en un fichero con la etiqueta «Anónimo, intrascendente» y almacenado en un archivo que nadie visitaba?

Aquellos oscuros pensamientos estaban abocados a ser desafortunados. Rima se estremeció y tocó el amuleto en forma de mano de la hija del Profeta, Fátima. Lo llevaba colgado alrededor del cuello con un cordón de cuero y había pasado de generación en generación por todas las mujeres de la familia desde tiempos inmemoriales.

—*Khamsa fi ainek* —susurró, con la esperanza de que sus palabras ahuyentaran a cualquier espíritu demoniaco que hubiera podido invocar sin darse cuenta.

SEGUNDA PARTE

Sept-Tours y el pueblo de Saint-Lucien

Capítulo 8

EN el lugar de siempre? —preguntó Gallowglass en voz queda, mientras dejaba los remos e izaba la solitaria vela. Aunque debían de faltar como mínimo cuatro horas para la salida del sol, otra embarcación era visible en la oscuridad. Distinguí el perfil sombrío de una vela y de un farol que pendía oscilante de un mástil en la popa de un velero vecino.

—Walter me dijo que íbamos a ir a Saint-Malo —dije al tiempo que giraba la cabeza, consternada. Raleigh nos había acompañado desde el Viejo Pabellón hasta Portsmouth y había tripulado el barco que nos había llevado a Guernsey. Lo habíamos dejado de pie en la cubierta cerca del pueblo de Saint-Pierre-Port. No podía ir más allá; no después de que hubieran puesto precio a su cabeza en la Europa católica.

—Recuerdo a la perfección adónde me dijo Raleigh que fuera, tía, pero él es un pirata. Y es inglés. Y no está aquí. Es una pregunta para Matthew.

—*Immensi tremor oceani* —susurró Matthew contemplando la mar embravecida. Mientras observaba las negras aguas, su expresión recordaba la de la talla de un mascarón de proa. Por otra parte, la respuesta a la pregunta de su sobrino había sido extraña: «El temblor del inmenso océano». Me pregunté si habría entendido mal aquellas palabras en latín.

—La marea estará a nuestro favor. Además, queda más cerca a caballo Fougères que Saint-Malo. —Gallowglass continuó como si lo que había dicho Matthew fuera coherente—. Ella no tendrá más frío en el agua que en tierra con este tiempo y todavía le queda por delante una buena cabalgada.

—Y tú nos abandonarás. —No era una pregunta, sino una declaración de intenciones. Los párpados de Matthew cayeron. Él asintió—. Muy bien.

Gallowglass acortó la vela y el bote pasó de ir rumbo al sur a dirigirse más hacia el este. Matthew se sentó en la cubierta, con la espalda contra la estructura curvada del casco, y me atrajo al círculo de sus brazos para envolverme con su capa.

Dormir en serio era imposible, pero dormité contra el pecho de Matthew. Hasta entonces había sido un viaje extenuante, con caballos llevados al límite y barcos requisados. La temperatura era gélida y una fina capa de escarcha se había formado en la pelusa de nuestra lana inglesa. Gallowglass y Pierre charlaban sin cesar en algún dialecto francés, pero Matthew permanecía en silencio. Respondía a sus preguntas, pero mantenía sus propios pensamientos ocultos tras una inquietante máscara de serenidad.

El tiempo cambió y una nieve brumosa empezó a caer al alba. La barba de Gallowglass se volvió blanca y lo transformó en una fiel copia de Santa Claus. Pierre ajustó las velas siguiendo sus órdenes y un paisaje de grises y blancos reveló la costa de Francia. No más de treinta minutos después, la marea empezó a correr hacia la costa. El bote se alzaba sobre las olas y, a través de la bruma, la torre de un campanario perforaba las nubes. Este se hallaba sorprendentemente cerca y la base de la estructura estaba ensombrecida

debido al clima. Di un respingo.

—Sujetaos —dijo Gallowglass mientras Pierre arriaba la vela.

El barco se lanzó hacia la niebla. La llamada de las gaviotas y el sonido del agua al chocar contra las rocas revelaban que nos estábamos acercando a la costa, pero el barco no disminuyó la velocidad. Gallowglass hundió un remo en la marea alta, lo que nos hizo girar bruscamente. Alguien dio un grito de advertencia o de bienvenida.

—*Il est le chevalier De Clermont!* —gritó Pierre a modo de respuesta, haciendo bocina con las manos alrededor de la boca. Sus palabras se toparon con el silencio antes de que se oyeran unas pisadas apresuradas en el aire frío.

—¡Gallowglass! —Íbamos directos hacia un muro. Busqué desesperadamente un remo para evitar el desastre en la medida de lo posible. Apenas mis dedos se cerraron sobre él, Matthew me lo arrebató de las manos.

—Lleva siglos arribando a este puerto, y su gente más todavía —dijo Matthew con calma, sujetando el remo suavemente entre las manos. Contra todo pronóstico, la inclinación del bote cambió de nuevo bruscamente hacia la izquierda y el costado del casco se situó paralelo a los bloques de áspero granito. Allá en lo alto aparecieron cuatro hombres con ganchos y cuerdas para sujetar la barca y mantenerla firme. El nivel del agua seguía subiendo a una velocidad alarmante, elevando la embarcación hasta que estuvimos al nivel de una pequeña casa de piedra. Un tramo de escaleras apareció ante nuestros ojos. Pierre saltó al rellano, hablando con rapidez en voz baja y señalando el bote. Dos soldados armados se nos unieron unos instantes, antes de salir corriendo hacia las escaleras.

—Hemos arribado a Mont Saint-Michel, *madame*. —Pierre me tendió la mano. Yo la tomé y me bajé de la barca—. Aquí descansaréis mientras milord habla con el abad.

Mi conocimiento de la isla se limitaba a las historias que me contaban unos amigos que navegaban cada verano alrededor de la isla de Wight: que con la marea baja estaba rodeada de arenas movedizas y con la marea alta, por unas corrientes tan peligrosas que los barcos se precipitaban contra las rocas. Volví la vista hacia nuestra diminuta embarcación y me estremecí. Era un milagro que siguiéramos vivos.

Mientras intentaba coger mis pertenencias, Matthew observaba a su sobrino, que permanecía inmóvil en la popa.

—Sería más seguro para Diana que nos acompañaras.

—Cuando tus amigos no la meten en líos, tu esposa parece capaz de cuidar de sí misma.

Gallowglass levantó la vista hacia mí con una sonrisa.

—Philippe preguntará por ti.

—Dile... —Gallowglass se interrumpió y miró hacia el horizonte. Los ojos azules del vampiro rebosaban nostalgia—. Dile que todavía no he logrado olvidar.

—Por su bien, debes intentar perdonar —dijo Matthew discretamente.

—Nunca lo perdonaré —dijo Gallowglass con frialdad— y Philippe nunca me lo pediría. Mi padre murió a manos de los franceses y ni una sola criatura se alzó en contra del rey. Hasta que haya hecho las paces con el pasado, no pondré un pie en Francia.

—Hugh se ha ido, que Dios guarde su alma. Tu abuelo todavía está entre nosotros. No desperdicies tu tiempo con él. —Matthew levantó el pie del bote. Sin una palabra de despedida, se volvió y me agarró del codo, guiándome hacia un grupo de árboles desaliñados de yermas ramas. Al sentir el frío peso de la mirada de Gallowglass, me giré y miré fijamente al galés. Este alzó la mano en un silencioso gesto de despedida.

Matthew se acercó a las escaleras en silencio. Yo no veía adónde llevaban y pronto

perdí la cuenta del número de escalones. Sin embargo, me concentré en mantener el equilibrio sobre los peldaños erosionados y resbaladizos. Del dobladillo de la falda me caían esquirlas de hielo y el viento silbaba dentro de mi amplia capucha. Una puerta robusta, ornamentada con pesados listones de hierro oxidados y picados por el agua salada, se abrieron ante nosotros.

Más escalones. Apreté los labios, me subí las sayas y seguí adelante.

Más soldados. A medida que nos acercábamos, se pegaban a las paredes para dejarnos sitio para pasar. Los dedos de Matthew se tensaron durante una décima de segundo sobre mi codo, pero por el resto los hombres podrían haber sido espectros, a juzgar por la atención que les prestaba.

Entramos en una habitación con un bosque de columnas que sujetaban el techo abovedado. Grandes chimeneas tachonaban las paredes y despedían un calor que era una bendición. Suspiré aliviada y sacudí la capa, lanzando agua y hielo en todas direcciones. Una amable tos atrajo mi atención hacia un hombre que estaba de pie ante uno de los fuegos. Llevaba puestas las vestiduras rojas propias de un cardenal y parecía no tener ni treinta años, una edad terriblemente temprana para alguien que había llegado tan alto en la jerarquía de la iglesia católica.

—Ah, *chevalier* De Clermont. ¿O últimamente os llamamos de otra forma? Habéis estado mucho tiempo alejado de Francia. Tal vez hayáis tomado el nombre de Walsingham junto con su rango, ahora que se ha ido al infierno, el lugar al que pertenece. —El inglés del cardenal era impecable, aunque tenía un fuerte acento—. Os estuvimos buscando durante tres días, cumpliendo las órdenes del *seigneur*. Nadie mencionó a ninguna mujer.

Matthew me soltó el brazo para poder avanzar. Hizo una genuflexión doblando suavemente la rodilla y besó el anillo de la mano extendida del hombre.

—*Éminence*. Creía que estabais en Roma, eligiendo a nuestro nuevo papa. Imaginad el placer que me causa encontraros aquí.

Pero Matthew no parecía complacido. Me pregunté, inquieta, en qué nos habíamos metido por ir a Mont Saint-Michel y no a Saint-Malo como Walter había planeado.

—Francia me necesita más que el cónclave, en estos momentos. Los recientes asesinatos de reyes y reinas no agradan a Dios. —En los ojos del cardenal brilló una advertencia—. Isabel lo descubrirá muy pronto, en cuanto se reúna con Él.

—No son los asuntos de Inglaterra los que me han traído aquí, cardenal Joyeuse. Esta es mi esposa, Diana. —Matthew sostenía la fina moneda de plata de su padre entre los dedos índice y corazón—. Regreso a casa.

—Eso me han dicho. Vuestro padre ha enviado esto para aseguraros una travesía tranquila. —Joyeuse le lanzó a Matthew un objeto brillante, que él atrapó con habilidad—. Philippe de Clermont olvida quién es y se comporta como si fuera el rey de Francia.

—Mi padre no precisa reinar, pues para él es el filo de la espada el que hace y deshace reyes —dijo Matthew suavemente, antes de deslizar el pesado anillo de oro sobre el nudillo enguantado del dedo corazón. Tenía una piedra roja tallada. Estaba segura de que el dibujo grabado en el anillo era igual que el de la marca que yo tenía en la espalda—. Vuestros señores saben que, de no ser por mi padre, la católica sería una causa perdida en Francia. De otro modo, no estaríais aquí.

—Tal vez fuera mejor para todos aquellos implicados que el *seigneur* fuera realmente rey, dado el actual ocupante protestante del trono. Pero ese es un tema para discutir en privado —dijo el cardenal Joyeuse, cansinamente. Acto seguido, señaló a un sirviente que esperaba de pie entre las sombras, al lado de la puerta—. Lleva a la esposa del

chevalier a sus aposentos. Debemos dejaros, *madame*. Vuestro marido ha estado demasiado tiempo entre herejes. Una prolongada estancia de rodillas sobre la fría piedra le recordará quién es realmente.

Mi rostro debió de reflejar la consternación que me producía que me dejaran sola en un sitio así.

—Pierre se quedará contigo —me aseguró Matthew antes de inclinarse y poner sus labios sobre los míos—. Zarparemos en cuanto cambie la marea.

Y esa fue la última vez que vislumbré a Matthew Clairmont, el científico. El hombre que se dirigió con paso decidido hacia la puerta ya no era un profesor universitario de Oxford, sino un príncipe del Renacimiento. Se apreciaba en su porte, en la postura de sus hombros, en su aura rebosante de fuerza y en la frialdad de su mirada. Hamish tenía razón al advertirme de que Matthew no sería el mismo hombre aquí. Bajo la tersa superficie de Matthew, una profunda metamorfosis estaba teniendo lugar.

Allá en lo alto, en algún lugar, las campanas doblaron para dar la hora.

«Científico. Vampiro. Guerrero. Espía». Las campanas hicieron una pausa antes del tañido final.

«Príncipe».

Me pregunté qué más revelaría aquel viaje sobre ese complejo hombre con el que me había casado.

—No hagamos esperar a Dios, cardenal Joyeuse —dijo Matthew secamente. Joyeuse lo siguió, como si Mont Saint-Michel perteneciera a la familia De Clermont y no a la Iglesia.

A mi lado, Pierre dejó escapar un discreto suspiro.

—*Milord est lui-même* —musitó, aliviado.

«Milord vuelve a ser él mismo». Pero ¿seguiría siendo mío?

Puede que Matthew fuera un príncipe, pero no cabía duda de quién era el rey.

A cada golpe que los cascos de nuestros caballos daban sobre los helados caminos, el poder y la influencia del padre de Matthew iba en aumento. A medida que nos aproximábamos a Philippe de Clermont, su hijo se volvía más distante e imperioso, una combinación que me sacaba de mis casillas y que generó varias discusiones acaloradas. Matthew siempre se disculpaba por aquel comportamiento despótico una vez que su mal humor se aplacaba y, consciente del estrés al que estaba sometido mientras se acercaba el momento de la reunión con su padre, yo lo perdonaba.

Tras enfrentarnos a los bancos de arena que rodeaban Mont Saint-Michel con la marea baja y adentrarnos tierra adentro, los aliados de los De Clermont nos dieron la bienvenida a la ciudad de Fougères y nos alojaron en una confortable y hermosa torre encima de las murallas, con vistas a la campiña francesa. Dos días después, unos lacayos con antorchas se reunieron con nosotros en el camino, a las afueras de la ciudad de Baugé. Llevaban una insignia que me resultaba familiar en las libreas: la insignia de Philippe, compuesta por una cruz y una media luna. Había visto aquel símbolo antes, rebuscando en el cajón de la mesa de Matthew en Sept-Tours.

—¿Qué es este sitio? —pregunté cuando los lacayos nos llevaron a un palacete desierto. Era sorprendentemente cálida para tratarse de una residencia vacía, y el delicioso aroma de la comida cocinada flotaba por los reverberantes pasillos.

—Es la casa de un viejo amigo. —Matthew me quitó los zapatos de los pies

helados. Me presionó con los pulgares las gélidas plantas y la sangre empezó a regresar a mis extremidades. Gemí. Pierre me puso una taza de vino caliente especiado en las manos—. Este era el pabellón de caza favorito de René. Estaba rebosante de vida cuando vivía aquí, con artistas y eruditos en todas las salas. Ahora lo administra mi padre. Con las constantes guerras, no ha habido oportunidad de prestarle la atención que precisa el palacete.

Mientras estábamos todavía en el Viejo Pabellón, Matthew y Walter me habían instruido en las luchas que estaban teniendo lugar entre los protestantes y los católicos franceses para controlar la Corona... y el país. Desde nuestras ventanas de Fougères había visto distantes columnas de humo que señalaban el último campamento del ejército protestante, además de las casas e iglesias en ruinas que salpicaban nuestra ruta. Era impresionante por el alcance de la devastación.

Debido al conflicto, el trasfondo histórico que había construido meticulosamente había tenido que cambiar. Se suponía que en Inglaterra yo era una mujer protestante de ascendencia francesa que había huido de su país natal para salvar la vida y practicar su fe. Allí era fundamental que fuera una sufrida católica inglesa. De alguna manera, Matthew consiguió recordar todas las mentiras y verdades a medias necesarias para mantener las múltiples identidades que habíamos asumido, por no hablar de los detalles históricos de todos los lugares que atravesábamos.

—Ahora estamos en la provincia de Anjou. —La voz profunda de Matthew me llevó de vuelta a la realidad—. La gente a la que conozcas sospechará que eres una espía protestante porque hablas inglés, les contemos la historia que les contemos. En esta parte de Francia se niegan a reconocer el ascenso al trono del rey y preferirían un gobernante católico.

—Como Philippe —murmuré. El cardenal Joyeuse no era el único que se beneficiaba de la influencia de Philippe. Los sacerdotes católicos de mejillas hundidas y ojos atormentados no habían dejado de hablar con nosotros por el camino, de compartir noticias y de enviar su agradecimiento al padre de Matthew por su ayuda. Ninguno se había ido con las manos vacías.

—No le importan las sutilezas de la fe cristiana. En otras partes del país, mi padre apoya a los protestantes.

—Ese es un punto de vista extraordinariamente ecuménico.

—Lo único que le interesa es salvar a Francia de sí misma. El pasado agosto, nuestro nuevo rey, Enrique de Navarra, intentó obligar a la ciudad de París a acatar su postura religiosa y política. Los parisinos prefirieron morir de hambre antes que doblegarse a un rey protestante. —Matthew se pasó los dedos por el pelo en señal de consternación—. Miles de ellos murieron y ahora mi padre no confía en que los humanos sean capaces de salir de esta.

Philippe tampoco era dado a dejar que su hijo se hiciera cargo de sus propios asuntos. Pierre nos despertó antes del amanecer para anunciar que los nuevos caballos estaban ensillados y listos. Le habían comunicado que nos esperarían en un pueblo situado a más de ciento sesenta kilómetros... dentro de dos días.

—Es imposible. ¡No podemos viajar tan rápido! —Yo estaba en forma físicamente, pero por mucha cantidad de ejercicio moderno que hiciera, nada era comparable a recorrer más de ochenta kilómetros al día cabalgando por campo abierto en noviembre.

—No podemos hacer gran cosa —dijo Matthew en tono grave—. Si nos retrasamos, solo conseguiremos que envíe a más hombres para hacer que nos apresuremos. Mejor hacer

lo que nos pide. —Al día siguiente, cuando estaba a punto de llorar de cansancio, Matthew me subió a su silla sin preguntar y cabalgó hasta que los caballos no pudieron más. Yo estaba demasiado cansada para protestar.

Llegamos a los muros de piedra y a las casas de madera de Saint-Benoît como estaba programado, exactamente como Philippe había ordenado. Llegados a aquel punto, estábamos tan cerca de Sept-Tours que ni a Pierre ni a Matthew les preocupaba demasiado el decoro, así que cabalgué montada a horcajadas. A pesar de mantenernos fieles a su horario, Philippe continuaba aumentando el número de criados de la familia que nos acompañaban, como si temiera que cambiáramos de opinión y regresáramos a Inglaterra. Algunos nos pisaban los talones en los caminos. Otros nos abrían paso, asegurándose de que tuviéramos comida, caballos y sitio para alojarnos en bulliciosas posadas, casas aisladas y monasterios rodeados de barricadas. Mientras escalábamos las rocosas colinas que habían formado los volcanes extintos de Auvernia, vimos varias siluetas de hombres a caballo en los imponentes picos. Cuando nos localizaban, daban media vuelta y se alejaban para regresar a Sept-Tours e informar de nuestros progresos.

Dos días más tarde, mientras se ponía el sol, Matthew, Pierre y yo nos detuvimos en una de aquellas escarpadas cimas desde la que se intuía el palacete de la familia De Clermont entre remolinos de nieve. Las líneas rectas de la torre del homenaje que estaba en el centro me resultaban familiares, pero de no ser por eso no habría reconocido el lugar. Los muros concéntricos estaban intactos, al igual que seis de las torres redondeadas, cada una de ellas coronada por tejados cónicos que habían envejecido hasta adquirir un tono verde botella. El humo salía de chimeneas ocultas tras las almenas de las torres, cuyas siluetas como de cremallera hacían pensar en un gigante enloquecido armado con unas tijeras dentadas que hubiera recortado todos los muros. Había un jardín cubierto de nieve dentro del recinto, además de algunos arriates más allá.

En la era moderna, aquella fortaleza había caído en el olvido. Pero en ese momento, rodeada por una guerra religiosa y civil, sus aptitudes defensivas resultaban incluso más obvias. Una imponente garita se erguía vigilante entre Sept-Tours y la aldea. En el interior, la gente corría de aquí para allá, mucha de ella armada. Atisbé entre copo y copo de nieve bajo la luz mortecina y vi unas estructuras de madera que salpicaban el patio cerrado. Las luces de sus ventanitas dibujaban cubos de tonos cálidos en una extensión de piedra gris y en un suelo cubierto de nieve que, de no ser por ellas, estaría intacto.

Mi yegua dejó escapar una cálida y húmeda exhalación. Era el mejor caballo que había montado desde el primer día de viaje. La montura actual de Matthew era grande, del color de la tinta, y mezquina. De hecho, intentaba morder a cualquiera que se le acercaba, salvo a la criatura que llevaba a lomos. Ambos animales procedían de los establos de los De Clermont y recorrían el camino de vuelta a casa sin necesidad de recibir indicaciones, deseosos de llegar a sus baldes de avena y a un establo caliente.

—*Dieu*. Este es el último lugar del mundo en el que imaginaría encontrarme.

—Matthew parpadeó lentamente, como si esperara que el palacete desapareciera ante sus ojos.

Extendí la mano y la posé sobre su antebrazo.

—Incluso ahora tienes elección. Podemos dar la vuelta. —Pierre me miró con pesar y Matthew me dedicó una sonrisa compungida.

—No conoces a mi padre. —Volvió a mirar hacia el castillo.

Las antorchas brillaban a nuestro paso cuando finalmente entramos en Sept-Tours. Las pesadas puertas de madera y hierro estaban abiertas para nosotros y un equipo de

cuatro hombres se puso de pie en silencio mientras pasábamos. Los portones se cerraron de golpe a nuestras espaldas y dos hombres echaron un largo tronco que estaba oculto dentro del muro para salvaguardar la entrada. Los seis días que había pasado cabalgando por Francia me habían enseñado que aquellas eran unas precauciones inteligentes. La gente desconfiaba de los extraños, ya que temía la llegada de una nueva horda de soldados que estuvieran merodeando por allí, de un nuevo infierno en forma de derramamiento de sangre y violencia, del siguiente señor al que rendir pleitesía.

Un verdadero ejército —tanto de humanos como de vampiros— nos aguardaba en el interior. Media docena de ellos se hicieron cargo de los caballos. Pierre les tendió un pequeño paquete de correspondencia, mientras que otros le hacían preguntas en voz baja al tiempo que me dirigían miradas furtivas. Ninguno se acercó ni me ofreció ayuda. Permanecí sentada a lomos del caballo, temblando de cansancio y frío, y escruté la multitud en busca de Philippe. Sin duda él le ordenaría a alguien que me ayudara a bajar.

Matthew se dio cuenta del aprieto en que me encontraba y saltó del caballo con una gracia y una agilidad envidiables. En varias zancadas estuvo a mi lado, me retiró un pie insensible de los estribos y lo rotó ligeramente para hacer que recobrara la movilidad. Se lo agradecí, ya que no quería que mi primera actuación en Sept-Tours tuviera nada que ver con una caída sobre la nieve pisoteada y sucia del patio.

—¿Cuál de esos hombres es tu padre? —Le susurré mientras cruzaba bajo el cuello del caballo para cogerme el otro pie.

—Ninguno. Está dentro, al parecer indiferente al hecho de vernos tras insistir en que cabalgáramos como si los canes del infierno nos persiguieran. Tú también deberías estar dentro. —Matthew se puso a dar órdenes en un francés cortante, dispersando a los boquiabiertos sirvientes en todas direcciones hasta que solo quedó un vampiro de pie en la base de una escalera de caracol de madera que subía hasta la puerta del palacete. Experimenté la sensación del choque entre el pasado y el presente al recordar una imagen de mí misma trepando por un tramo de escalones de piedra aún sin construir para ver a Ysabeau por primera vez.

—Alain. —La cara de Matthew se suavizó de alivio.

—Bienvenido a casa. —El vampiro hablaba inglés. Mientras se aproximaba con una leve cojera al andar, los detalles de su aspecto se hicieron patentes: el cabello canoso, las arrugas alrededor de sus bondadosos ojos, su enjuta constitución.

—Gracias, Alain. Esta es mi esposa, Diana.

—*Madame De Clermont*. —Alain hizo una reverencia, manteniendo una distancia prudente y respetuosa.

—Es un placer conocerte, Alain. —Aunque no nos conocíamos, su nombre ya me inspiraba una lealtad y una fidelidad inquebrantables. Había sido a Alain a quien Matthew había llamado en plena noche, cuando quería asegurarse de que habría comida esperándome en Sept-Tours en el siglo XXI.

—Vuestro padre os espera —dijo Alain, haciéndose a un lado para dejarnos pasar.

—Haz que nos envíen comida a mis aposentos, algo sencillo. Diana está cansada y hambrienta. —Matthew le tendió a Alain los guantes—. Lo veré en un momento.

—Os está esperando a ambos. —El rostro de Alain adoptó una expresión prudentemente neutral—. Tened mucho cuidado con las escaleras, *madame*. Los peldaños están helados.

—¿Ah, sí? —Matthew levantó la vista hacia la torre cuadrada, mientras se le tensaba la boca.

Con la mano de Matthew sujetándome con firmeza el codo, no tuve problema alguna para recorrer las escaleras. Pero las piernas me temblaban tanto después del ascenso que mis pies tropezaron con el extremo de una losa desigual de la entrada. Aquel resbalón fue suficiente para hacer que Matthew perdiera los estribos.

—Philippe no está siendo razonable —espetó Matthew mientras me rodeaba la cintura—. Lleva días viajando.

—Ha dado órdenes de lo más explícitas, señor. —La rígida formalidad de Alain era una advertencia.

—No pasa nada, Matthew. —Me quité la capucha de la cabeza para inspeccionar el enorme vestíbulo que había más allá. La colección de armaduras y picas que había visto en el siglo XXI había desaparecido. En su lugar, se encontraba una pantalla de madera tallada que ayudaba a desviar las corrientes de aire cuando se abría la puerta. También había desaparecido la falsa decoración medieval, la mesa redonda, el cuenco de porcelana. En vez de eso, se veían tapices que ondeaban ligeramente sobre las paredes de piedra mientras el aire cálido del hogar se mezclaba con el aire más frío de fuera. Dos largas mesas flanqueadas por bancos bajos, entre las que volaban hombres y mujeres poniendo platos y copas para la cena, llenaban el espacio sobrante. Había sitio para reunir a docenas de criaturas. La galería de los trovadores que había allí arriba del todo ya no estaba vacía, sino atestada de músicos que preparaban sus instrumentos.

—Increíble.

Respiré entre mis labios entumecidos. Unos dedos fríos me cogieron la barbilla y la giraron.

—Estás azul —dijo Matthew.

—Os traeré un brasero para los pies y vino caliente —prometió Alain—. Y avivaremos la lumbre.

Entonces apareció un humano de sangre caliente y me quitó la capa mojada. Matthew se giró de repente hacia lo que yo sabía que era la sala de desayunar. Escuché, pero no oí nada.

Alain sacudió la cabeza, excusándose.

—No está de buen humor.

—Es evidente que no. —Matthew bajó la vista—. Philippe nos está llamando a gritos. ¿Estás segura, Diana? Si no quieres verlo esta noche, yo haré frente a su cólera.

Pero Matthew no iba a estar solo la primera vez que viera a su padre en más de seis décadas. Él había estado a mi lado cuando me había enfrentado a mis fantasmas, y yo haría lo mismo por él. Luego me iría a la cama, donde pensaba quedarme hasta Navidad.

—Vamos —dije resueltamente, levantando las faldas.

Sept-Tours era demasiado antiguo como para tener instalaciones modernas como pasillos, así que serpenteamos a través de una puerta en forma de arco que había a la derecha de la chimenea y entramos en la esquina de una habitación que, en su día, sería el gran salón de Ysabeau. Ahora no estaba saturada de muebles elegantes, sino decorada con la misma austeridad que cualquier otro sitio que hubiera visto durante el viaje. Los pesados muebles de roble estaban hechos a prueba de pillaje y podían soportar los potenciales efectos negativos de una batalla, como demostraba el profundo tajo que atravesaba en diagonal la superficie de un arcón.

Desde allí, Alain nos llevó a la habitación donde Ysabeau y yo un día desayunaríamos entre cálidas paredes de terracota en una mesa con vajilla de porcelana y una pesada cubertería de plata. En su estado presente, con solo una mesa y una silla, estaba

a años luz de aquel lugar. La superficie de la mesa se hallaba cubierta de papeles y otros utensilios de secretario. No me dio tiempo a ver nada más antes de trepar por una desgastada escalera de piedra hacia una parte del palacete que no conocía.

Las escaleras acababan de repente en un amplio rellano. Una larga galería se abría a la izquierda y albergaba una extraña colección de artilugios, relojes, armas, retratos y muebles. Una maltrecha corona de oro estaba informalmente colocada sobre la cabeza de mármol de algún dios antiguo. Un abultado rubí sangre de pichón del tamaño de un huevo me hizo un guiño malévolamente desde el centro de la corona.

—Por aquí —dijo Alain, haciéndonos entrar en la siguiente recámara. Allí vimos otra escalera que subía en lugar de bajar. Había unos cuantos bancos incómodos a los lados de una puerta cerrada. Alain esperó paciente y silenciosamente una reacción a nuestra presencia. Cuando esta llegó, una única palabra en latín resonó a través de la gruesa madera: «*Introite*».

Matthew dio un respingo al oír aquel sonido. Alain lo miró con preocupación y empujó la puerta. Esta se abrió en silencio sobre unas sólidas bisagras bien engrasadas.

En el extremo opuesto había un hombre de brillantes cabellos en una silla, dándonos la espalda. Incluso sentado, resultaba evidente que era bastante alto y que tenía los hombros anchos como los de un atleta. Una pluma arañaba un papel, lo que proporcionaba una nota de tiple constante que armonizaba con los chasquidos intermitentes de la madera que ardía en el hogar y las ráfagas de viento que aullaban en el exterior.

Otra nota, en ese caso grave, interrumpió la música del lugar.

—*Sedete*.

Ahora me tocó a mí dar un respingo. Sin ninguna puerta que amortiguara su impacto, la voz de Philippe resonó hasta que me zumbaron los oídos. Aquel hombre estaba acostumbrado a que le obedecieran a la primera y sin rechistar. Mis pies se movieron hacia las dos sillas que nos esperaban para sentarme como él había ordenado. Di tres pasos antes de darme cuenta de que Matthew seguía en el umbral. Regresé a su lado y lo cogí de la mano. Matthew bajó la mirada desconcertado y se liberó de sus recuerdos.

Al cabo de unos instantes, habíamos cruzado la habitación. Me acomodé en una silla con el vino prometido y un calentador de pies de metal perforado para apoyar las piernas. Alain se retiró con una mirada compasiva y un gesto de asentimiento. Luego esperamos. Para mí era difícil, pero para Matthew era imposible. Su tensión aumentó casi hasta vibrar de emoción contenida.

Cuando su padre acusó recibo de nuestra presencia, mi ansiedad y mi mal humor estaban peligrosamente a flor de piel. Había bajado la vista hacia las manos y ya me estaba preguntando si serían lo suficientemente fuertes para estrangularlo cuando dos puntos ferozmente glaciales florecieron en mi cabeza inclinada. Levanté la barbilla y me encontré mirando a los ojos leonados de un dios griego.

La primera vez que había visto a Matthew, mi reacción instintiva había sido echar a correr. Pero, con todo lo grande que era y lo melancólico que estaba aquella noche de septiembre en la biblioteca Bodleiana, no tenía ni la mitad de aspecto de haber llegado de ultratumba. Y no porque Philippe de Clermont fuera un monstruo. Al contrario. Era, simplemente, la criatura más cautivadora que había visto jamás, ya fuera sobrenatural, preternatural, daimónica o humana.

Nadie podía mirar a Philippe de Clermont y pensar que era de carne y hueso. Los rasgos del vampiro eran demasiado perfectos e inquietantemente simétricos. Unas cejas rectas y oscuras se asentaban sobre unos ojos de color pardo pálido, de un dorado

cambiante, con motas verdes. La exposición al sol y a los elementos le había adornado el cabello castaño con refulgentes mechones dorados, plateados y bronceados. La boca de Philippe era suave y sensual, aunque esa noche la rabia endurecía y tensaba sus labios.

Apretando los míos propios para evitar quedarme con la boca abierta, respondí a aquella mirada evaluadora. Entonces sus ojos se movieron lenta y deliberadamente hacia Matthew.

—Explícate.

Aunque las palabras de Philippe eran tranquilas, no ocultaban su furia. Había más de un vampiro enfadado en la habitación, sin embargo. Ahora que se le había pasado el impacto de ver a Philippe, Matthew intentó tomar la delantera.

—Me has hecho llamar a Sept-Tours. Aquí estoy, sano y salvo, a pesar de las alarmantes noticias de tu nieto.

Matthew lanzó la moneda de plata sobre la mesa de roble de su padre. Esta aterrizó de canto y giró sobre un eje invisible antes de caer y quedarse plana.

—Sin duda, habría sido mejor para tu esposa quedarse en casa en esta época del año.

Al igual que Alain, Philippe hablaba un inglés tan fluido como el de un nativo.

—Diana es mi pareja, padre. Difícilmente iba a dejarla en Inglaterra con Henry y Walter simplemente porque existía la posibilidad de que nevara.

—Retírate, Matthew —gruñó Philippe. El sonido resultó tan leonino como el resto de su persona. La familia De Clermont era una reserva animal extraordinaria. Cuando Matthew estaba presente, siempre me recordaba a los lobos. Ysabeau, a los halcones. Gallowglass, a un oso. Y Philippe se parecía a otro depredador mortal.

—Gallowglass y Walter me han dicho que la bruja precisa de mi protección. —El león cogió una carta. Hizo tamborilear uno de sus filos sobre la mesa y se quedó mirando a Matthew—. Creía que proteger a las criaturas más débiles era tu trabajo, ahora que representas a esta familia en la Congregación.

—Diana no es débil... y necesita más protección que la que la Congregación le puede proporcionar, teniendo en cuenta que está casada conmigo. ¿Se la concederás?

La voz de Matthew adquirió un tono desafiante, al igual que la actitud de su porte.

—Primero tengo que oír su versión —dijo Philippe. Me miró y alzó las cejas.

—Nos conocimos por casualidad. Yo sabía que ella era una bruja, pero el vínculo que nos unía era innegable —dijo Matthew—. Su propia gente se ha puesto en su contra...

Una mano que podría confundirse con una zarpa se alzó en un gesto que le ordenaba que permaneciera en silencio. Philippe volvió a centrar su atención en su hijo.

—Matthaios. —La forma que tenía Philippe de arrastrar las palabras, como si estuviera cansado, tuvo la eficacia de un látigo a cámara lenta e hizo que su hijo se callara al instante—. ¿Debo entender que eres *tú* quien necesita mi protección?

—Por supuesto que no —replicó Matthew, indignado.

—Entonces cállate y deja hablar a la bruja.

Decidida a darle al padre de Matthew lo que quería para poder retirarnos de su desconcertante presencia lo más rápidamente posible, valoré la mejor forma de narrar nuestras recientes aventuras. Recordar todos los detalles llevaría demasiado tiempo y las probabilidades de que Matthew estallara entre tanto eran notables. Respiré hondo y comencé.

—Mi nombre es Diana Bishop y mis padres eran ambos poderosos brujos. Otros brujos los asesinaron mientras estaban de viaje, cuando yo era una niña. Antes de morir, me

hechizaron. Mi madre era vidente y sabía lo que estaba por venir.

Philippe entornó los ojos con recelo. Comprendía su prudencia. A mí todavía me resultaba difícil entender por qué dos personas que me querían habían roto el código ético de los brujos para poner a su única hija unos grilletes mágicos.

—Cuando fui creciendo, me convertí en la oveja negra de la familia: una bruja que no podía encender una vela o pronunciar un conjuro como era debido. Les di la espalda a las Bishop y me fui a la universidad. —Tras aquella revelación, Matthew empezó a moverse incómodo en la silla—. Estudié la historia de la alquimia.

—Diana estudia el *arte* de la alquimia —corrigió Matthew, dedicándome una mirada de advertencia. Pero sus enrevesadas verdades a medias no satisfarían a su padre.

—Soy una viajera del tiempo. —La expresión se quedó colgada en el aire entre los tres—. Vos lo llamáis *fileuse de temps*.

—Oh, sé perfectamente lo que sois —dijo Philippe en el mismo tono cansino. Una fugaz mirada de sorpresa atravesó el rostro de Matthew—. He vivido mucho tiempo, *madame*, y conozco a muchas criaturas. Vos no pertenecéis a esta época, ni al pasado, así que debéis de ser del futuro. Y Matthaios ha regresado con vos, dado que no es el mismo hombre que era hace ocho meses. El Matthew que yo conozco jamás le habría prestado atención a una bruja. —El vampiro respiró hondo—. Mi nieto me advirtió que los dos oláis muy raro.

—Philippe, permíteme explicar... —Pero Matthew no estaba predestinado a acabar las frases esa noche.

—Por muy molestos que resulten muchos aspectos de la presente situación, me alegra ver que podemos esperar una actitud sensata en relación al rasurado en los años venideros. —Philippe se rascó con indolencia la barba y el bigote, pulcramente recortados—. Después de todo, las barbas son símbolo de piojos, no de sabiduría.

—Me han dicho que Matthew parece un enfermo. —Exhalé un suspiro de agotamiento—. Pero no conozco ningún conjuro para solucionarlo.

Philippe desestimó mis palabras.

—Es verdaderamente sencillo hacerse con una barba. Me estabais hablando de vuestro interés por la alquimia.

—Sí. Encontré un libro..., uno que muchos otros estaban buscando. Conocí a Matthew cuando vino a robármelo, pero no pudo porque ya no estaba en mis manos. Entonces todas las criaturas que había en kilómetros a la redonda empezaron a seguirme. ¡Tuve que dejar de trabajar!

Un sonido que podría ser de risa contenida hizo que uno de los músculos de la barbilla de Philippe empezara a temblar. Descubrí que era difícil discernir si los leones estaban disfrutando de un buen rato o a punto de saltar.

—Creemos que se trata del libro de los orígenes —dijo Matthew con cara de orgullo, aunque mi encontronazo con el manuscrito había sido completamente accidental—. Fue al encuentro de Diana. Cuando el resto de criaturas se percataron de lo que había encontrado, yo ya estaba enamorado.

—Así que transcurrió algún tiempo. —Philippe unió los dedos en forma de tienda de campaña delante de la barbilla, con los codos apoyados en el borde de la mesa. Estaba sentado en un sencillo taburete de cuatro patas, aunque había una espléndida monstruosidad similar a un trono vacío a su lado.

—No —dije tras hacer algunos cálculos—, solo dos semanas. Matthew no admitió sus sentimientos hasta mucho después, sin embargo. Hasta que estuvimos en Sept-Tours.

Pero aquí tampoco estábamos a salvo. Una noche abandoné el lecho de Matthew y salí afuera. Una bruja me raptó en los jardines.

Philippe dejó de mirarme y se centró en Matthew.

—¿Había una bruja dentro de los muros de Sept-Tours?

—Sí —dijo Matthew lacónicamente.

—Bajo ellos —corregí educadamente, captando una vez más la atención de su padre—. No creo que ninguna bruja pusiera el pie jamás aquí, si es que eso es importante. Bueno, aparte de los míos, por supuesto.

—Por supuesto —respondió Philippe con una inclinación de cabeza—. Continúa.

—Me llevó a La Pierre. Domenico estaba allí. Y también Gerbert. —La mirada de Philippe desveló que ni el castillo ni los dos vampiros que me esperaban dentro le eran ajenos.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —murmuró Philippe.

—Fue la Congregación la que ordenó mi secuestro, y una bruja llamada Satu intentó despojarme de mi magia. Al no conseguirlo, Satu me arrojó a las mazmorras.

La mano de Matthew vagó por la parte baja de mi espalda, como siempre hacía cuando se mencionaba aquella noche. Philippe vio el movimiento, pero no dijo nada.

—Cuando escapé, no podía quedarme en Sept-Tours y poner a Ysabeau en peligro.

La magia brotaba de mí a borbotones y tenía poderes que no podía controlar. Matthew y yo nos fuimos a casa, a casa de mis tías. —Hice una pausa, mientras buscaba la forma de explicarle dónde estaba aquella casa—. ¿Conocéis las leyendas que cuentan las gentes de Gallowglass, sobre las tierras que se encuentran más allá del océano, hacia el oeste?

—Philippe asintió—. Ahí es donde viven mis tías. Más o menos.

—¿Y esas tías son las dos brujas?

—Sí. Entonces apareció un *manjasang* que quería matar a Matthew, una de las criaturas de Gerbert, y casi lo consiguió. No había ningún sitio adonde ir en el que estuviéramos fuera del alcance de la Congregación, salvo el pasado. —Hice una pausa, sorprendida por la maligna mirada que Philippe le dirigió a Matthew—. Pero aquí tampoco hemos encontrado refugio. La gente de Woodstock sabe que soy una bruja y los juicios de Escocia podrían afectar a nuestras vidas en Oxfordshire. Así que estamos huyendo de nuevo. —Revisé la historia a grandes rasgos, para asegurarme de no haberme dejado nada importante—. Ese es mi relato.

—Tenéis talento para narrar información complicada con rapidez y concisión, *madame*. Si fuerais tan amable de compartir vuestros métodos con Matthew, le prestaríais un gran servicio a la familia. Gastamos más de lo que deberíamos en papel y plumas.

—Philippe observó las yemas de sus dedos un instante y luego se puso en pie con una eficiencia vampírica que convirtió un simple movimiento en una explosión. Estaba sentado y, de repente, sus músculos se pusieron en acción de manera que su metro ochenta de pronto se cernía sobre la mesa, sorprendentemente. El vampiro centró la atención en su hijo.

—Es un juego peligroso ese al que estás jugando, Matthew. En él tienes todo que perder y muy poco que ganar. Gallowglass envió un mensaje tras tu partida. El jinete tomó una ruta diferente y llegó antes que tú. Mientras tú te tomabas tu tiempo para llegar aquí, el rey de Escocia ha detenido a más de cien brujas y las ha encarcelado en Edimburgo. Sin duda, la Congregación cree que vas de camino hacia allí para persuadir al rey Jacobo de que se olvide del asunto.

—Razón de más para que brindes a Diana tu protección —dijo Matthew con

rigidez.

—¿Por qué iba a hacerlo? —El frío semblante de Philippe lo desafió a que lo dijera.

—Porque la amo. Y porque tú me dijiste que esa era la función de la Orden de San Lázaro: proteger a los que no pueden protegerse a sí mismos.

—¡Yo protejo a otros *manjasang*, no a las brujas!

—Tal vez deberías tener una mayor amplitud de miras —dijo Matthew obstinadamente—. Los *manjasang* suelen poder cuidar de sí mismos.

—Sabes muy bien que no puedo proteger a esta mujer, Matthew. Toda Europa se está peleando por cuestiones de fe y los sangre caliente están buscando chivos expiatorios para sus actuales problemas. Inevitablemente, recurren a las criaturas que los rodean. Aun así, has traído conscientemente a esta mujer, una mujer que aseguras que es tu pareja y bruja de nacimiento, a esta locura. No. —Philippe sacudió la cabeza con vehemencia—. Tal vez tú pienses que puedes negar lo evidente, pero yo no pondré en riesgo a la familia provocando a la Congregación e ignorando los términos del pacto.

—Philippe, debes...

—No uses esa palabra conmigo. —Apuntó a Matthew con el dedo—. Pon en orden tus asuntos y regresa al sitio de donde has venido. Pídemme ayuda allí... o, mejor aún, pídesela a las tías de la bruja. No traigas tus problemas al pasado, adonde no pertenecen.

Pero no había ningún Philippe en el que Matthew pudiera apoyarse en el siglo XXI. Se había ido: estaba muerto y enterrado.

—Nunca te he pedido nada, Philippe. Hasta ahora. —El aire de la habitación cayó peligrosamente unos cuantos grados.

—Deberías haber previsto mi respuesta, Matthaïos, pero, como siempre, no te paraste a pensar. ¿Y si tu madre estuviera aquí? ¿Y si el mal tiempo no hubiera azotado Tréveris? Sabes que aborrece a las brujas. —Philippe se quedó mirando a su hijo—. Haría falta un pequeño ejército para impedir que abriera en canal a esta mujer y, en estos momentos, no me sobra ninguno.

Primero había sido Ysabeau la que había querido que me mantuviera alejada de la vida de su hijo. Baldwin no había hecho ningún esfuerzo para ocultar su desdén. Hamish, el amigo de Matthew, no se fiaba de mí y Kit me demostraba su aversión abiertamente. Ahora era el turno de Philippe. Me levanté y esperé a que el padre de Matthew me mirara. Cuando lo hizo, lo miré directamente a los ojos. Parpadeó, sorprendido.

—Matthew no pudo anticipar esto, *monsieur* De Clermont. Confió en que vos lo apoyaríais, aunque su fe estaba equivocada en este caso. —Tomé aliento para tranquilizarme—. Os estaría muy agradecida si me permitierais quedarme en Sept-Tours esta noche. Matthew lleva semanas sin dormir y es más probable que lo haga en un sitio familiar. Mañana regresaré a Inglaterra... sin Matthew, si es necesario.

Uno de mis nuevos rizos se me cayó sobre la sien izquierda. Levanté la mano para apartarlo y encontré mi muñeca en el puño de Philippe de Clermont. Cuando fui consciente de mi nueva posición, Matthew estaba al lado de su padre, con las manos sobre sus hombros.

—¿De dónde habéis sacado eso? —Philippe estaba mirando fijamente el anillo que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda. «El anillo de Ysabeau». Los ojos de Philippe se volvieron salvajes mientras buscaban los míos. Sus dedos me apretaron con más fuerza la muñeca hasta que los huesos empezaron a ceder—. Ella nunca le habría entregado mi anillo a otra, no mientras ambos estuviéramos vivos.

—Ella está viva, Philippe. —Las palabras de Matthew fueron rápidas y ásperas,

destinadas a transmitir información más que a tranquilizarlo.

—Pero si Ysabeau está viva, entonces... —La voz de Philippe se apagó. Por un momento se quedó estupefacto, antes de que la comprensión se apoderara de sus rasgos—. Así que, después de todo, no soy inmortal. Por eso no pudiste acudir a mí en el momento y el lugar en que estos problemas se iniciaron.

—No. —Matthew obligó a aquella sílaba a salir de sus labios.

—¿Y aun así has permitido que tu madre se quede, enfrentándose a tus enemigos? —La expresión de Philippe era feroz.

—Marthe está con ella. Baldwin y Alain se asegurarán de que no sufra ningún daño. —En esa ocasión, las palabras de Matthew brotaron como una corriente balsámica, pero su padre todavía me sujetaba los dedos. Se me estaban entumeciendo.

—¿E Ysabeau le dio mi anillo a una bruja? Qué extraordinario. Sin embargo, le queda bien —dijo Philippe en tono ausente, mientras me giraba la mano hacia la luz de la lumbre.

—*Maman* creyó que así sería —dijo Matthew con suavidad.

—¿Cuándo...? —Philippe tomó aire ostensiblemente y sacudió la cabeza—. No. No me lo digas. Ninguna criatura debería conocer su propia muerte.

Mi madre había vaticinado su truculento final y también el de mi padre. Helada, exhausta y atormentada por mis propios recuerdos, empecé a temblar. El padre de Matthew no pareció darse cuenta, pero su hijo sí.

—Suéltala, Philippe —le ordenó Matthew.

Philippe me miró a los ojos y suspiró contrariado. A pesar del anillo, yo no era su amada Ysabeau. Retiró la mano y yo di un paso atrás, para situarme muy lejos del alcance del largo brazo de Philippe.

—Ahora que has oído su historia, ¿le darás a Diana tu protección? —Matthew escrutó el rostro de su padre.

—¿Es eso lo que queréis, *madame*?

Asentí, mientras curvaba los dedos alrededor del brazo tallado de la silla, que estaba a mi lado.

—Entonces sí, los Caballeros de San Lázaro asegurarán su bienestar.

—Gracias, padre. —Las manos de Matthew se tensaron sobre el hombro de Philippe, antes de acudir a mi lado—. Diana está cansada. Te veremos por la mañana.

—De ninguna manera. —La voz de Philippe atravesó la habitación, resquebrajándola—. Tu bruja está bajo mi techo y mi cuidado. No compartiré cama contigo.

Matthew tomó mi mano en la suya.

—Diana está lejos de casa, Philippe. No está familiarizada con esta parte del castillo.

—No se quedará en tus aposentos, Matthew.

—¿Por qué no? —pregunté con el ceño fruncido, mirando primero a Matthew y luego a su padre.

—Porque vosotros dos no estáis apareados, da igual las hermosas mentiras que os haya contado Matthew. Y gracias a los dioses que es así. Tal vez podamos evitar el desastre, después de todo.

—¿Que no estamos apareados? —pregunté paralizada.

—Intercambiar promesas y aceptar una unión con un *manjasang* no es un acuerdo inviolable, *madame*.

—Es mi marido en todos los aspectos relevantes —dije, mientras mis mejillas enrojecían. Después de decirle a Matthew que lo amaba, él me había asegurado que estábamos apareados.

—Y tampoco estáis debidamente casados, al menos no de manera justificable si os someten a examen —continuó Philippe—. Y tendréis muchos si continuáis con esta farsa. Sin duda, Matthew siempre pasaba más tiempo en París rumiando sobre su metafísica que estudiando la ley. En este caso, hijo mío, tu instinto debería haberte dicho lo que era necesario aunque tu intelecto no lo hiciera.

—Nos prestamos juramento el uno al otro antes de partir. Matthew me dio el anillo de Ysabeau.

Habíamos hecho una especie de ceremonia durante aquellos últimos minutos en Madison. Recorrí mentalmente a toda velocidad la secuencia de acontecimientos, para encontrar la laguna legal.

—Lo que constituye un apareamiento *manjasang* es lo mismo que silencia cualquier objeción a un casamiento cuando los sacerdotes, los abogados, los enemigos y los rivales vienen con demandas: la consumación física. —Las ventanas de la nariz de Philippe brillaron—. Y todavía no estáis unidos de esa manera. Vuestros olores no solo son extraños, sino también completamente distintos, como si fuerais dos criaturas diferentes en lugar de una. Cualquier *manjasang* se daría cuenta de que no os habéis apareado del todo. Claramente Gerbert y Domenico lo supieron en cuanto Diana estuvo en su presencia. Y también Baldwin, sin duda.

—Estamos casados y apareados. Basta con que yo lo asegure, no son necesarias más pruebas. En cuanto al resto, no es asunto tuyo, Philippe —dijo Matthew, interponiéndose con firmeza entre su padre y yo.

—Vamos, Matthaios, hace tiempo que hemos dejado eso atrás. —Philippe parecía cansado—. Diana es una mujer soltera y sin padre, y no veo ningún hermano en la sala que la represente. Es por completo *asunto* mío.

—Estamos casados a ojos de Dios.

—Y, aun así, has esperado para poseerla. ¿A qué estás esperando, Matthew? ¿Una señal? Ella te desea. Puedo decirlo por la forma en que te mira. Para la mayoría de los hombres, eso es suficiente. —Los ojos de Philippe pellizcaron a su hijo y luego a mí. Al recordar la extraña desgana de Matthew en relación a ese tema, la preocupación y la duda se extendieron por mí como el veneno.

—No hace mucho que nos conocemos. Aun así, sé que estaré con ella, y solo con ella, el resto de mi vida. Es mi pareja. Ya sabes lo que dice el anillo, Philippe: «*À ma vie de coeur entier*».

—Entregar toda tu vida a una mujer no tiene sentido si no le entregas también todo tu corazón. Deberías prestar más atención a la conclusión de esa prueba de amor, no solo al comienzo.

—Ya tiene mi corazón —dijo Matthew.

—No todo. Si fuera así, todos los miembros de la Congregación estarían muertos, el pacto se rompería para siempre y tú deberías estar en el lugar al que perteneces, no en esta habitación —dijo Philippe sin rodeos—. No sé qué es lo que se considera constitutivo de matrimonio en ese futuro vuestro, pero en el presente es algo por lo que merece la pena morir.

—Derramar sangre en nombre de Diana no es la respuesta para nuestras dificultades actuales. —A pesar de siglos de experiencia con su padre, Matthew se negaba tercamente a

admitir lo que yo ya sabía: que no había manera de ganar una discusión con Philippe de Clermont.

—¿La sangre de una bruja no cuenta? —Ambos hombres se volvieron hacia mí, sorprendidos—. Tú has matado a una bruja, Matthew. Y yo he matado a un vampiro, un *manjasang*, para evitar perderte. Dado que esta noche estamos compartiendo secretos, tu padre podría saber también la verdad.

Gillian Chamberlain y Juliette Durand habían sido dos bajas en el aumento de las hostilidades causado por nuestra relación.

—¿Y os parece que hay tiempo para cortejos? Para ser un hombre que se considera estudiado, Matthew, tu estupidez es sobrecogedora —dijo Philippe, indignado. Matthew asumió el insulto de su padre sin rechistar, antes de jugar su mejor carta.

—Ysabeau aceptó a Diana como hija —dijo.

Pero Philippe no iba a ser tan fácil de convencer.

—Ni tu Dios ni tu madre han tenido éxito jamás en hacerte asumir las consecuencias de tus actos. Al parecer, eso no ha cambiado. —Philippe apoyó las manos sobre la mesa y llamó a Alain—. Dado que no se ha llevado a cabo el apareamiento, no se ha producido ningún daño irreversible. Ese tema puede solucionarse antes de que alguien lo descubra y arruine a nuestra familia. Mandaré llamar a una bruja de Lyon para que ayude a Diana a entender mejor su poder. Tú puedes buscar el libro mientras lo hago, Matthew. Luego los dos vais a ir a casa, donde os olvidaréis de esta indiscreción y seguiréis adelante con vuestras vidas por separado.

—Diana y yo vamos a mis aposentos. Juntos. O juro por Dios...

—Antes de que termines de pronunciar esa amenaza, asegúrate muy bien de que tienes suficiente fuerza para avalarla —replicó Philippe desapasionadamente—. La muchacha dormirá sola y cerca de mí.

Una corriente de aire reveló que se había abierto una puerta. Traía consigo un intenso aroma a cera y pimienta molida. Los fríos ojos de Alain se volvieron súbitamente, percatándose de la ira de Matthew y la mirada implacable de Philippe.

—Has sido derrocado, Matthaïos —le dijo Philippe a su hijo—. No sé qué has estado haciendo contigo mismo, pero te ha convertido en un blando. Ahora ven aquí. Admite la derrota, besa a tu bruja y deséale buenas noches. Alain, lleva a esta mujer a la habitación de Louisa. Ella está en Viena... o en Venecia. No consigo mantenerme al día con los constantes peregrinajes de esa muchacha. En cuanto a ti —continuó Philippe, clavando sus ojos ambarinos en su hijo—, irás al piso de abajo y me esperarás en el vestíbulo hasta que acabe de escribir a Gallowglass y a Raleigh. Ha pasado algún tiempo desde la última vez que estuviste en casa y tus amigos quieren saber si Isabel Tudor es un monstruo de dos cabezas y tres pechos, como todo el mundo dice.

Sin ánimo de renunciar a su territorio por completo, Matthew me puso los dedos bajo la barbilla, me miró profundamente a los ojos y me besó bastante más a conciencia de lo que, al parecer, su padre esperaba.

—Eso será todo, Diana —dijo Philippe con aguda displicencia cuando Matthew hubo acabado.

—Acompañadme, *madame* —dijo Alain, señalando la puerta.

Despierta y sola en la cama de otra mujer, escuché el viento ululante mientras repasaba todo lo que había sucedido. Había demasiados subterfugios que examinar, por no hablar del dolor y la sensación de traición. Sabía que Matthew me amaba. Pero debería haber sabido que otras personas podrían dudar de nuestros votos.

A medida que pasaban las horas, fui abandonando las esperanzas de dormir. Me dirigí a la ventana y me enfrenté al amanecer, intentando descubrir cómo era posible que nuestros planes se hubieran desbaratado tanto en un período de tiempo tan breve y preguntándome qué papel había desempeñado Philippe de Clermont —y los secretos de Matthew— en tal desarticulación.

Capítulo 9

CUANDO la puerta se abrió a la mañana siguiente, vi a Matthew apoyado contra la pared de piedra opuesta. A juzgar por su estado, él tampoco había dormido nada. Se puso en pie de un salto, para gran regocijo de las dos jóvenes sirvientas que no dejaban de reír a mis espaldas. No estaban acostumbradas a verlo de aquella manera, tan despeinado y desaliñado. Mi marido frunció el ceño y su rostro se ensombreció.

—Buenos días.

Avancé mientras las sayas color arándano se balanceaban. Al igual que la cama, las doncellas y prácticamente todo lo que tocaba, el atuendo pertenecía a Louisa de Clermont. El aroma a rosas y a gato de algalia que despedían las cortinas de encaje que rodeaban la cama me había resultado sofocantemente denso la noche anterior. Respiré hondo una bocanada de aire frío y limpio y busqué las notas de clavo y canela que procedían esencial e indiscutiblemente de Matthew. Parte de la fatiga abandonó mis huesos en cuanto las detecté y, reconfortada por aquel olor familiar, me arrebujé en la bata sin mangas de lana negra que las doncellas me habían puesto sobre los hombros. Me recordaba a mi túnica académica y me proporcionaba una capa extra de calor.

La expresión de Matthew se disipó mientras me atraía hacia él y me besaba con admirable dedicación a los detalles. Las doncellas continuaron emitiendo risitas tontas y haciendo lo que él se tomó como comentarios de ánimo. Una repentina ráfaga de aire alrededor de los tobillos me indicó que había llegado otro testigo. Nuestros labios se separaron.

—Eres demasiado mayor para estar zanganeando en antecámaras, Matthaios—comentó su padre, asomando la leonina cabeza desde la sala de al lado— El siglo XII no te sentaba bien y definitivamente te permitimos leer demasiada poesía. Adecéntate antes de que te vean los hombres, por favor, y lleva a Diana abajo. Huele como una colmena en pleno verano y a la gente de la casa le llevará tiempo habituarse a su aroma. No queremos ningún desafortunado derramamiento de sangre.

—Habría menos posibilidades de que eso sucediera si dejaras de interferir. Esta separación es absurda —dijo Matthew, agarrándome por el codo—. Somos marido y mujer.

—No lo sois, gracias a los dioses. Bajad y yo me uniré a vosotros en breve.
—Sacudió la cabeza con pesar y se retiró.

Matthew mantenía los labios apretados, mientras estábamos sentados el uno frente al otro en una de las largas mesas del gélido salón principal. Había poca gente en la habitación a aquella hora y los que quedaban se fueron rápidamente después de captar a la legua su expresión severa. Pusieron sobre la mesa, delante de mí, pan caliente recién salido del horno y vino con especias. No era té, pero serviría. Matthew esperó a que bebiera el primer largo trago antes de hablar.

—He ido a ver a mi padre. Nos iremos de inmediato.

Apreté los dedos con más fuerza alrededor de la taza, sin responder. Algunos pedacitos de piel de naranja flotaban en el vino, ahuecados por el tibio líquido. Los cítricos hacían que se asemejara un poco más a una bebida apropiada para el desayuno.

Matthew echó un vistazo a la sala, con cara de angustia.

—Venir aquí ha sido poco prudente.

—¿Y adónde vamos a ir entonces? Está nevando. Allá, en Woodstock, el pueblo

está deseando llevarme ante un juez por cargos de brujería. Puede que en Sept-Tours tengamos que dormir separados y aguantar a tu padre, pero tal vez él sea capaz de encontrar una bruja dispuesta a ayudarme. —Hasta entonces, las decisiones precipitadas de Matthew no habían salido bien.

—Philippe es un entrometido. En cuanto a lo de encontrar una bruja, no le tiene mucho más cariño a tu gente que *maman*. —Matthew examinó la mesa de madera llena de cicatrices y cogió un trocito de cera que había goteado y se había introducido en una de las grietas—. Mi casa de Milán estaría bien. Podríamos pasar allí la Navidad. Las brujas italianas tienen una reputación mágica considerable y son conocidas por sus asombrosos vaticinios.

—A Milán, ni pensarlo. —Philippe apareció ante nosotros con la fuerza de un huracán y se deslizó en el banco, a mi lado. Matthew moderaba cuidadosamente su velocidad y su fuerza en beneficio de mis nervios de sangre caliente. Lo mismo hacían Miriam, Marcus, Marthe e incluso Ysabeau. Pero su padre no mostró tal consideración.

—Ya he llevado a cabo el acto de devoción filial, Philippe —dijo Matthew secamente—. No hay razón alguna para demorarse y estaremos bien en Milán. Diana conoce la lengua de la Toscana.

Si se refería al italiano, era cierto que conseguía pedir *tagliatelle* en los restaurantes y libros en la biblioteca. Sin embargo, algo me decía que era poco probable que aquello fuera suficiente.

—Muy útil para ella. Es una pena que no vayáis a ir a Florencia, entonces. Pero pasará mucho tiempo antes de que vuelvas a ser bien recibido en esa ciudad, tras tus últimas correrías allí —dijo Philippe suavemente—. *Parlez-vous français, madame?*

—*Oui* —respondí con cautela, segura de que el giro multilingüe que estaba dando aquella conversación era para peor.

—Hummm. —Philippe frunció el ceño—. *Dicunt mihi vos es philologus.*

—Es una erudita —terció Matthew, irritado—. Si quieres referencias de sus credenciales, estaré encantado de proporcionártelas en privado, después del desayuno.

—*Loquerisne latine?* —me preguntó Philippe, como si su hijo no hubiera hablado—. *Milás elliniká?*

—*Mea lingua latina est mala* —respondí, mientras posaba el vino. Philippe abrió los ojos de par en par al oír mi pésima respuesta de colegiala y su expresión me llevó de vuelta directamente a los horrores del primer curso de Latín. Si me ponían un texto de alquimia delante, era capaz de leerlo, pero no estaba preparada para un debate. Seguí en la brecha con valentía, mientras esperaba haber deducido correctamente que su segunda pregunta sería para averiguar mi nivel de griego—. *Tamen mea lingua graeca est peior.*

—Entonces tampoco conversaremos en esa lengua —murmuró Philippe, afligido. Se volvió hacia Matthew, indignado—. *Den tha ekpaidéfsoun gynáikes sto méllon?*

—Las mujeres en los tiempos de Diana reciben bastante más educación de lo que juzgarías sensato, padre —respondió Matthew—. Y no solo en griego.

—¿No necesitan a Aristóteles en el futuro? Qué extraño mundo debe de ser. Me alegro de no tener que toparme con él hasta dentro de algún tiempo —declaró Philippe, antes de olfatear con recelo la jarra de vino y decidir que no le gustaba—. Diana tendrá que aprender a hablar con mayor fluidez francés y latín. Solo algunos de nuestros sirvientes hablan inglés y, de los del piso de abajo, ninguno.

Philippe lanzó una pesada anilla llena de llaves hacia el otro lado de la mesa. Abrió los dedos automáticamente para cogerla.

—De ninguna manera —dijo Matthew, extendiendo la mano para arrebatármelas—. Diana no permanecerá aquí tanto tiempo como para tener que preocuparse por las cuestiones domésticas.

—Es la mujer de mayor rango de Sept-Tours y ese es su deber. En mi opinión, deberíais empezar por la cocina —dijo Philippe, señalando la mayor de las llaves—. Esa es la de las despensas de alimentos. Las otras abren la tahona, la cervecería y las bodegas.

—¿Cuál de ellas abre la biblioteca? —pregunté, pasando el dedo por las gastadas superficies de hierro, con interés.

—En esta casa no guardamos bajo llave los libros —dijo Philippe—, solo la comida, la cerveza y el vino. Leer a Herodoto o a Aquino raras veces induce a un mal comportamiento.

—Siempre hay una primera vez —dije entre dientes—. ¿Y cómo se llama el cocinero?

—Chef.

—No, me refiero a su nombre de pila —dije, confusa.

Philippe se encogió de hombros.

—Él es quien está a cargo de todo, así que es el chef. Nunca lo he llamado de ninguna otra manera. ¿Y tú, Matthaios? —Padre e hijo intercambiaron una mirada que hizo que me preocupara por el futuro de la mesa de caballetes que los separaba.

—Creía que erais vos quien estabais a cargo de todo. Si tengo que llamar «chef» al cocinero, ¿cómo os debo llamar a vos? —Mi tono agudo distrajo temporalmente a Matthew, que estaba a punto de lanzar la mesa a un lado y poner sus largos dedos alrededor del cuello de su padre.

—Aquí todo el mundo me llama «señor» o «padre». ¿Cuál preferís? —La pregunta de Philippe era dulce y peligrosa.

—Llámalo simplemente Philippe —rugió Matthew—. Responde a muchos otros títulos, pero los que mejor le van harían que te salieran ampollas en la lengua.

Philippe sonrió a su hijo.

—Vejo que no olvidaste la combatividad cuando perdiste el sentido común. Deja la casa para tu mujer y acompáñame a dar un paseo a caballo. Estás enclenque, necesitas hacer ejercicio como es debido.

Philippe se frotó las manos, anticipando lo que se avecinaba.

—No voy a dejar a Diana —replicó Matthew, que jugueteaba nervioso con un enorme salero de plata, el ancestro del recipiente de barro para la sal que estaba sobre la cocina de mi casa de New Haven.

—¿Por qué no? —resopló Philippe—. Alain hará de niñera.

Matthew abrió la boca para responder.

—¿Padre? —dije con dulzura, entrometiéndome en la conversación—. ¿Podría hablar en privado con mi esposo antes de que se reúna con vos en los establos?

Philippe entornó los ojos. Se puso en pie e hizo una discreta reverencia en dirección a mí. Era la primera vez que el vampiro se movía a una velocidad que recordaba a la normal.

—Desde luego, *madame*. Os enviaré a Alain para que os atienda. Deleitaos con vuestra privacidad... mientras la tengáis.

Matthew se quedó allí, con los ojos fijos en mí, hasta que su padre salió de la habitación.

—¿Qué pretendes, Diana? —preguntó en voz baja al tiempo que yo me levantaba y

rodeaba lentamente la mesa.

—¿Por qué está Ysabeau en Tréveris? —pregunté.

—¿Y eso qué importa? —dijo evasivamente.

Me puse a jurar como un carretero, lo que borró con eficacia aquella expresión inocente de su cara. Había tenido mucho tiempo para pensar la noche anterior, tumbada a solas en el cuarto con olor a rosas de Louisa; tiempo más que suficiente para hacer encajar los acontecimientos de las últimas semanas y cuadrarlos con lo que sabía sobre aquel período.

—¡Importa porque no hay muchas cosas más que hacer en Tréveris en 1590 que cazar brujas! —Un sirviente atravesó a hurtadillas la sala, para ir hacia la puerta principal. Aún había dos hombres sentados al lado del hogar, así que bajé la voz—. Este no es ni el momento ni el lugar de discutir el papel actual de tu padre en la geopolítica moderna, por qué un cardenal católico te ha permitido darle órdenes en Mont Saint-Michel como si fuera tu isla privada o comentar la trágica muerte del padre de Gallowglass. Aunque algún día me lo contarás, desde luego. Y, sin duda alguna, necesitaremos más tiempo y privacidad para que me expliques los aspectos más técnicos del apareamiento entre vampiros.

Giré en redondo para alejarme de él. Matthew esperó a que estuviera lo suficientemente lejos como para pensar que era posible escapar antes de agarrarme limpiamente por el codo y darme la vuelta con una maniobra instintiva propia de un depredador.

—No, Diana. Hablaremos de nuestro matrimonio antes de que cualquiera de los dos abandone esta sala.

Matthew se volvió hacia el último grupo de sirvientes que disfrutaban de la comida de la mañana. Con una sacudida de la cabeza les hizo salir disparados.

—¿De qué matrimonio? —pregunté. Algo peligroso brilló en sus ojos y desapareció.

—¿Tú me amas, Diana? —La suave pregunta de Matthew me sorprendió.

—Sí —respondí instantáneamente—. Pero si amarte fuera lo único que importara, esto sería fácil y todavía estaríamos en Madison.

—*Es fácil.* —Matthew se levantó—. Si me amas, las palabras de mi padre no tendrán el poder de hacer que las promesas que nos hemos hecho se desvanezcan, al igual que la Congregación no ha logrado que cumpliéramos el pacto.

—Si de verdad me amaras, te entregarías a mí. En cuerpo y alma.

—No es tan sencillo —aseguró Matthew, apesadumbrado—. Desde el primer momento, te advertí que una relación con un vampiro sería complicada.

—Parece que Philippe no piensa lo mismo.

—Pues acuéstate con él. Pero si es a mí a quien quieres, esperarás.

Matthew estaba tranquilo, pero se trataba de la calma propia de un río helado: duro y suave en la superficie, pero embravecido en el fondo. Llevaba usando las palabras como armas desde que salimos del Viejo Pabellón. Se había excusado por las primeras contestaciones cortantes, pero por aquella no habría disculpa. Ahora que estaba de nuevo con su padre, la capa de barniz de civilización de Matthew era demasiado fina para algo tan moderno y humano como el arrepentimiento.

—Philippe no es mi tipo —dije con frialdad—. Sin embargo, podrías tener la deferencia de explicarme por qué debería esperarte.

—Porque el divorcio entre vampiros no existe. Solo el apareamiento y la muerte. Algunos vampiros, mi madre y Philippe entre ellos, se separan temporalmente si existen...

—hizo una pausa— desavenencias. Buscan otros amantes. Con tiempo y distancia, resuelven sus diferencias y vuelven a unirse. Pero eso no va a funcionar conmigo.

—Vale. No es que sea mi ideal de matrimonio. Pero sigo sin ver por qué eres tan reacio a consumir nuestra relación. —Matthew ya había estudiado mi cuerpo y sus reacciones con la meticulosa atención de un amante. No era yo o la idea del sexo lo que le hacía vacilar.

—Es demasiado pronto para coartar tu libertad. Una vez que me pierda dentro de ti, no habrá más amantes ni más separaciones. Tienes que estar segura de si estar casada con un vampiro es lo que realmente quieres.

—¿Tú decides elegirme una y otra vez, pero cuando yo quiero hacer lo mismo crees que no tengo las cosas claras?

—Yo he tenido oportunidades más que suficientes para saber lo que quiero. Tu debilidad por mí podría no ser más que una manera de mitigar tu temor a lo desconocido o de satisfacer tu deseo de abrazar este mundo de criaturas del que has renegado durante tanto tiempo.

—¿Debilidad? Yo te quiero. Me da igual que me des dos días o dos años. Mi decisión será la misma.

—¡La diferencia será que yo no te habré hecho lo que te hicieron tus padres! —exclamó, explotando finalmente y empujándome al pasar a mi lado—. Aparearse con un vampiro no es menos limitador que ser hechizado por brujos. Por primera vez estás viviendo como quieres y, aun así, estás dispuesta a cambiar una serie de restricciones por otras. Pero las mías no son encantamientos de cuentos de hadas y ningún hechizo acabará con ellas cuando empiecen a escocer.

—Soy tu amante, no tu prisionera.

—Y yo soy un vampiro, no un sangre caliente. El instinto de apareamiento es primitivo y difícil de controlar. Todo mi ser estará centrado en ti. Nadie merece una atención tan implacable, y mucho menos la mujer a la que amo.

—Así que puedo elegir entre vivir sin ti o que me encierres en una torre. —Sacudí la cabeza—. Quien habla es el miedo, no la razón. Temes perderme y estar con Philippe lo empeora. Alejarme de ti no va a mitigar tu dolor, pero hablar de ello sí podría ayudar.

—Ahora que vuelvo a estar con mi padre, con las heridas abiertas y sangrando, ¿no me estoy curando todo lo rápido que esperabas?

La crueldad había regresado al tono de Matthew. Me estremecí. El arrepentimiento se reflejó en sus facciones, antes de que estas se endurecieran de nuevo.

—Preferirías estar en cualquier otro sitio. Lo sé, Matthew. Pero Hancock tenía razón: yo no duraría mucho en un lugar como Londres o París, donde podríamos encontrar a alguna bruja dispuesta a ayudarme. Las otras mujeres captarían mis diferencias al instante y no serían tan condescendientes como Walter o Henry. Me entregarían a las autoridades, o a la Congregación, en cuestión de días.

La agudeza de la mirada de Matthew dio credibilidad a la advertencia de cómo sería sentirse exclusivo objeto de atención de un vampiro.

—A otra bruja no le importaría —dijo obstinadamente, mientras me soltaba los brazos y daba media vuelta—. Y puedo arreglármelas con la Congregación.

Los pocos centímetros que nos separaban a Matthew y a mí se estiraron hasta tal punto que parecía que estábamos en extremos opuestos del mundo. La soledad, mi vieja compañera, ya no parecía mi amiga.

—No podemos seguir así, Matthew. No tengo familia ni propiedades, así que

dependo totalmente de ti —continuó. Los historiadores tenían razón sobre algunos aspectos del pasado, incluidas las debilidades estructurales asociadas al hecho de ser mujer, no tener amigos ni dinero—. Necesitamos quedarnos en Sept-Tours hasta que pueda entrar en una habitación sin que todas las miradas curiosas se fijen en mí. Tengo que ser capaz de valerme por mí misma. Empezando por esto —dije, levantando las llaves del castillo.

—¿Quieres jugar a las casitas? —preguntó Matthew, incrédulo.

—No voy a jugar a las casitas. Me lo voy a tomar muy en serio. —Los labios de Matthew se curvaron al oír mis palabras, pero no fue una sonrisa de verdad—. Vete. Pasa tiempo con tu padre. Yo estaré demasiado ocupada como para echarte de menos.

Se fue hacia los establos sin un beso ni una palabra de despedida. La ausencia de su habitual consuelo me dejó con la extraña sensación de que me faltaba algo. Cuando su olor se hubo disipado, llamé suavemente a Alain, que llegó sospechosamente rápido, acompañado por Pierre. Debían de haber estado escuchando todas y cada una de las palabras de nuestra conversación.

—Mirar por la ventana no servirá para ocultar lo que piensas, Pierre. Es una de las pocas señales que delatan a tu señor y, cada vez que lo hace, sé que está tramando algo.

—¿Señales? —Pierre me miró, confundido. El juego del póquer todavía estaba por inventar.

—Una señal externa de una preocupación interior. Matthew aparta la mirada cuando está nervioso o cuando no quiere decirme algo. Y se mesa los cabellos cuando no sabe qué hacer. Esas son señales.

—Y tanto que lo hace, *madame*. —Pierre me miró, anonadado—. ¿Sabe milord que habéis usado vuestros poderes adivinatorios de bruja para ver dentro de su alma? *Madame* De Clermont está al tanto de dichas costumbres, y los hermanos y el padre de milord también. Pero vos lo frecuentáis desde hace muy poco tiempo y aun así lo conocéis a la perfección.

Alain tosió.

Pierre parecía horrorizado.

—Me he dejado llevar, *madame*. Por favor, perdonadme.

—La curiosidad es una bendición, Pierre. Y he usado la observación, no la adivinación, para conocer a mi esposo. —No había razón alguna para que las semillas de la revolución Científica no pudieran plantarse en aquel momento, en Auvernia—. Creo que estaremos más cómodos hablando de esto en la biblioteca —declaré, señalando hacia donde esperaba que fuera la dirección correcta.

La sala donde los De Clermont guardaban la mayor parte de sus libros era lo más parecido a la ventaja del factor campo que podría disfrutar en el Sept-Tours del siglo XVI. Cuando la fragancia del papel, de la piel y de la piedra me envolvió, parte de la soledad me abandonó. Aquel era un mundo que conocía.

—Tenemos mucho trabajo que hacer —dije con tranquilidad, volviéndome hacia los criados de la familia—. Pero antes me gustaría pedir algo a ambos.

—¿Una promesa, *madame*? —Alain me contempló receloso.

Asentí.

—Si pido algo que requiera la asistencia de milord o, más importante, de su padre, por favor, decídmelo y cambiaremos inmediatamente de rumbo. No necesitan preocuparse por pequeñeces. —Los hombres parecían desconfiados, pero intrigados.

—*Ôc* —dijo Alain, asintiendo.

A pesar de tan prometedor comienzo, mi primera reunión de equipo no empezó con

muy buen pie. Pierre se negó a sentarse en mi presencia y Alain solo accedió a coger una silla si yo también lo hacía. Pero quedarme de brazos cruzados no era una opción, dada la creciente marea de ansiedad que me generaban mis responsabilidades en Sept-Tours, así que los tres nos pusimos a dar vueltas y más vueltas a la biblioteca. Mientras caminábamos, señalé varios libros que deberían trasladar a la habitación de Louisa, recité una larga lista de suministros necesarios y ordené que llevaran mi atuendo de viaje a un sastre para que sirviera de patrón para un guardarropa básico. Estaba dispuesta a vestir la ropa de Louisa de Clermont durante dos días más. Después de ello, amenacé con asaltar los armarios de Pierre en busca de pantalones bombachos y calzas. Claramente, la perspectiva de tan grave falta de pudor femenino infundió pavor en sus corazones.

Pasamos la segunda y la tercera hora hablando sobre las tareas inherentes al palacete. Yo no tenía experiencia en la administración de un hogar tan complicado, pero sabía qué preguntas hacer. Alain investigó los nombres y las descripciones del trabajo de los principales empleados, me proporcionó una breve descripción de las principales personalidades del pueblo, me informó de quién se alojaba en la casa en aquellos momentos y especuló sobre quién podíamos esperar que viniera de visita en las próximas semanas.

A continuación, levantamos el campamento y bajamos a las cocinas, donde tuve el primer encuentro con Chef. Era un humano delgado como un junco y no más alto que Pierre. Al igual que Popeye, tenía toda la fuerza concentrada en los antebrazos, que eran del tamaño de jamones. La razón de ello se hizo patente cuando levantó un enorme pedazo de masa, la puso sobre una superficie enharinada y empezó a trabajarla con suavidad. Al igual que yo, Chef solo era capaz de pensar cuando estaba en movimiento.

Abajo había corrido la voz de que una invitada de sangre caliente estaba durmiendo en una habitación cercana al cabeza de familia. Por consiguiente, también se había empezado a especular sobre mi relación con milord y sobre qué tipo de criatura era yo, dados mi olor y mis hábitos alimenticios. Los oí decir *sorcière* y *masca* —los términos francés y occitano para la palabra bruja— cuando entramos en aquel infierno de actividad y calor. Chef había reunido al personal de la cocina, que era vasto y de organización bizantina. Aquello les proporcionó la oportunidad de analizarme de primera mano. Algunos eran vampiros, otros humanos. Una era daimón. Tomé nota mentalmente para asegurarme de que trataran con amabilidad a aquella joven llamada Catrine, cuya mirada me pellizcaba levemente las mejillas con abierta curiosidad, y de que cuidaran de ella hasta que sus fortalezas y debilidades fueran más claras.

Estaba decidida a hablar inglés solo si era necesario, e incluso entonces solo con Matthew, su padre, Alain o Pierre. Como resultado de ello, mi conversación con Chef y sus socios fue un cúmulo de malentendidos. Por suerte, Alain y Pierre deshicieron amablemente los embrollos cuando mi francés y su occitano de fuerte acento se mezclaban. En su día, yo había sido una mimo bastante decente. Había llegado el momento de resucitar dichos talentos y escuché atentamente las caídas y fluctuaciones del idioma local. Ya había incluido varios diccionarios de lengua en la lista de la compra para la siguiente vez que alguien fuera a la cercana ciudad de Lyon.

Me gané la simpatía de Chef cuando alabé su habilidad para hornear, elogí el orden reinante en las cocinas y le pedí que me lo hiciera saber de inmediato si necesitaba cualquier cosa para trabajar su magia culinaria. Nuestra relación se afianzó, sin embargo, cuando investigué sobre cuáles eran la comida y la bebida preferidas de Matthew. Chef se animó y empezó a agitar las manos pegajosas en el aire y a hablar a mil por hora sobre lo esquelético que estaba milord, de lo que culpaba por completo a los ingleses y a su falta de

respeto por la gastronomía.

—¿No envié a Charles para cubrir sus necesidades? —reivindicó Chef en un rápido occitano, mientras levantaba la masa y la dejaba caer. Pierre murmuró la traducción lo más rápido que pudo—. ¡Perdí a mi mejor pinche y los ingleses como si nada! Milord tiene un estómago delicado y hay que tentarlo para que coma, o empieza a consumirse.

Me disculpé en nombre de Inglaterra y le pregunté cómo entre él y yo podríamos asegurarnos de que Matthew recuperara la salud, aunque la idea de que mi esposo fuera aún más robusto me resultaba alarmante.

—Le gusta el pescado crudo, ¿no? Y el venado.

—Milord necesita sangre. Y no la tomará a menos que esté preparada de forma impecable.

Chef me llevó a la sala de caza, donde las carcasas de varias bestias colgaban sobre tubos de plata que recogían la sangre que vertía de sus cuellos amputados.

—Solo debe usarse plata, cristal o porcelana para recoger la sangre para milord, o la rechazará —informó Chef con un dedo levantado.

—¿Por qué? —pregunté.

—El resto de vasijas contaminan la sangre con malos olores y sabores. Esta es pura. Oled —me ordenó Chef, tendiéndome la taza. Me dieron arcadas al oler aquel aroma metálico y me cubrí la nariz y la boca. Alain alejó la sangre, pero yo lo detuve con una mirada.

—Continúa, por favor, Chef.

Chef me dirigió una mirada de aprobación y empezó a describir el resto de delicias que componían la dieta de Matthew. Me habló de su amor por el caldo de ternera reforzado con vino y especias y servido frío. Matthew tomaba sangre de perdiz, siempre y cuando fuera en pequeñas cantidades y nunca a primera hora del día. *Madame* De Clermont no era tan quisquillosa, dijo Chef sacudiendo con pesar la cabeza, pero su hijo no había heredado su admirable apetito.

—No —dije secamente, pensando en la cacería a la que había ido con Ysabeau.

Chef introdujo la punta del dedo dentro de la copa de plata y lo levantó, permitiendo que el color rojo brillara bajo la luz antes de meterlo en la boca y dejar que aquella fuente de vida le recorriera la lengua.

—La sangre de ciervo es su favorita, por supuesto. No es tan sabrosa como la sangre humana, pero tiene un sabor parecido.

—¿Puedo? —pregunté vacilante, extendiendo el dedo meñique hacia la copa. El venado me daba arcadas. Tal vez el sabor de la sangre de ciervo fuera diferente.

—A milord no le gustaría, *madame* De Clermont —dijo Alain, con evidente preocupación.

—Pero no está aquí —dije. Moje la puntita del dedo meñique en la copa. La sangre era densa y me la llevé a la nariz y la olí, como había hecho Chef. ¿Qué olor detectaba Matthew? ¿Qué sabores percibía?

Cuando me pasé el dedo por los labios, se me inundaron los sentidos de información: el viento en un monte escarpado, la comodidad de un lecho de hojas en un hueco entre dos árboles, la alegría de correr libre. Todo ello acompañado por una palpitación constante y atronadora. *Un pulso, un corazón.*

La percepción de la vida del ciervo se apagó demasiado rápido. Extendí el dedo con el feroz deseo de saber más, pero la mano de Alain detuvo la mía. Aunque el hambre de información me corroía, su intensidad fue disminuyendo a medida que los últimos restos de

sangre abandonaban mi boca.

—Tal vez *madame* debería regresar ya a la biblioteca —sugirió Alain, dirigiendo una mirada de advertencia a Chef.

Mientras salía de las cocinas, le dije a Chef qué debía hacer cuando Matthew y Philippe regresaran del paseo a caballo. Estábamos cruzando un largo pasillo de piedra cuando me detuve repentinamente en una puerta baja que estaba abierta. Pierre evitó por los pelos estrellarse contra mí.

—¿De quién es esta habitación? —pregunté, mientras se me cerraba la garganta con el aroma de las hierbas que pendían de las vigas.

—Pertenece a la doncella de *madame* De Clermont —explicó Alain.

—Marthe. —Respiré hondo y crucé el umbral. Había recipientes de barro colocados en pulcras hileras sobre las estanterías y el suelo estaba barrido. Había algo medicinal (¿menta?) en la acidez del aire. Me recordaba al olor que a veces despedía la vestimenta del ama de llaves. Cuando me volví, los tres bloqueaban el umbral.

—A los hombres no se les permite entrar ahí, *madame* —confesó Pierre, mirando por encima del hombro como si temiera que Marthe apareciese en cualquier momento—. Solo Marthe y *mademoiselle* Louisa pasan tiempo en la bodega. Ni *madame* De Clermont osa perturbar este lugar.

Ysabeau no aprobaba los remedios herbales de Marthe: eso lo sabía. Marthe no era bruja, pero sus pociones estaban solo a unos pasos de la tradición popular de Sarah. Recorrí la habitación con la mirada. Había más cosas que hacer en una cocina que cocinar, y más cosas que aprender del siglo XVI que la organización de hogares y mi propia magia.

—Me gustaría usar la bodega mientras esté en Sept-Tours.

Alain me miró bruscamente.

—¿Usarla?

Asentí.

—Para cuestiones alquímicas. Por favor, haz que traigan dos barriles de vino para que pueda usarlos. Que sea lo más añejo posible, pero que no se haya convertido en vinagre. Dadme un momento para hacer inventario de lo que hay aquí.

Pierre y Alain cedieron nerviosos por el inesperado desarrollo de los acontecimientos. Después de poner en una balanza mi determinación y la incertidumbre de sus compañeros, Chef se hizo cargo de la situación y empujó al resto de los hombres en dirección a las cocinas.

Mientras los gruñidos de Pierre se apagaban, me centré en mi alrededor. La mesa de madera que había ante mí estaba llena de marcas por el trabajo de cientos de cuchillos que habían separado las hojas de los tallos. Pasé un dedo por una de las muescas y me lo llevé a la nariz.

Romero. Para recordar.

«¿Recordar?». Era la voz de Peter Knox, el brujo moderno que se había burlado de mí con recuerdos de la muerte de mis padres y que quería el Ashmole 782 para sí. El pasado y el presente colisionaban una vez más y eché una mirada furtiva a la esquina que había al lado de la chimenea. Los hilos de color azul y ámbar estaban allí, tal y como esperaba. Pero también sentía algo más, la presencia de alguna otra criatura de otra época. Mis dedos perfumados con romero se extendieron para establecer contacto, pero era demasiado tarde. Fuera quien fuera, ya se había ido, y la esquina había regresado a su polvoriento estado normal.

«Recordar».

Ahora era la voz de Marthe la que resonaba en mi memoria, nombrando varias hierbas y dándome instrucciones para que cogiera un pellizco de cada una e hiciera una infusión. Servía para inhibir la concepción, aunque yo no lo sabía la primera vez que había probado aquel brebaje caliente. Los ingredientes para hacerla seguramente estaban allí, en la bodega de Marthe.

La sencilla caja de madera se encontraba en la estantería superior, a buen recaudo, fuera del alcance de la mano. Me puse de puntillas, levanté el brazo y dirigí mi deseo hacia la caja, como había hecho una vez para invocar a un libro de una de las estanterías de la Bodleiana. La caja se deslizó hacia delante solícitamente hasta que mis dedos pudieron tocar las esquinas. La atrapé y la dejé con cuidado sobre la mesa.

La tapa se levantó para dejar a la vista doce compartimentos iguales, cada uno de ellos lleno de una sustancia diferente. «Perejil. Jengibre. Matricaria. Romero. Salvia. Semillas de perifollo verde. Artemisa. Poleo. Angélica. Ruda. Tanaceto. Raíz de junípero». Marthe estaba bien equipada para ayudar a las mujeres del pueblo a poner freno a su fertilidad. Las toqué una a una, satisfecha por recordar sus nombres y aromas. Sin embargo, mi satisfacción pronto se transformó en pesar. No sabía nada más: ni cuál era la fase apropiada de la luna para recogerlas ni qué otros usos mágicos podían tener. Sarah lo habría sabido. Y cualquier otra mujer del siglo XVI también.

Me dejé de lamentaciones. Por el momento sabía lo que harían aquellas hierbas si las maceraba en agua caliente o vino. Me guardé la caja bajo el brazo y me reuní con los demás en la cocina. Alain se levantó.

—¿Habéis terminado aquí, *madame*?

—Sí, Alain. *Mercés*, Chef —dije.

De vuelta en la biblioteca, posé la caja con cuidado sobre la esquina de la mesa y cogí una hoja en blanco de papel, que atraje hacia mí. Me senté y elegí una de las plumas del plumier.

—Chef dice que el sábado entraremos en el mes de diciembre. No he querido hablar de ello en la cocina, pero ¿podría alguien explicarme cómo me he perdido la segunda mitad de noviembre? —Mojé la pluma en un tarro de tinta oscura y miré a Alain, expectante.

—Los ingleses rechazan el nuevo calendario papal —dijo el sirviente con lentitud, como si estuviera hablando con una niña—. Así que allí solo es el décimo séptimo día de noviembre, mientras que aquí, en Francia, es el vigésimo séptimo.

Había viajado en el tiempo más de cuatro siglos sin perder una sola hora y mi viaje de la Inglaterra isabelina a la Francia asolada por la guerra me había costado casi tres semanas, en lugar de diez días. Ahogué un suspiro y escribí las fechas correctas en la parte superior de la hoja. Mi pluma se detuvo.

—Eso significa que el Adviento comenzará el domingo.

—*Oui*. Todo el pueblo, y, por supuesto, milord, ayunará hasta la noche anterior al día de Navidad. La casa interrumpirá el ayuno con el *seigneur* el 17 de diciembre.

—¿Cómo ayunaba un vampiro? Mis conocimientos sobre las ceremonias de la religión cristiana no me resultaban de mucha ayuda.

—¿Qué sucede el 17? —pregunté, tomando nota también de esa fecha.

—Es la *Saturnalia*, *madame* —dijo Pierre—. La celebración dedicada al dios de la cosecha. *Sieur* Philippe todavía respeta las costumbres antiguas.

«Ancestrales», sería más exacto. La *Saturnalia* no se practicaba desde los últimos días del Imperio romano. Me pellizqué el puente de la nariz, sintiéndome abrumada.

—Empecemos por el principio, Alain. ¿Qué va a pasar exactamente en esta casa el

fin de semana?

Al cabo de treinta minutos de debate y tres hojas más de papel, me dejaron a solas con los libros, los papeles y un punzante dolor de cabeza. Un rato después oí un alboroto en el salón principal, seguido de una sonora carcajada. Una voz familiar, aunque más estruendosa y más cálida de lo que recordaba, bramó un saludo.

«Matthew».

Antes de que pudiera apartar los papeles, él ya estaba allí.

—¿Has notado mi ausencia, al final? —El rostro de Matthew tenía un toque de color. Sus dedos me soltaron un mechón de pelo mientras me agarraba el cuello y me plantaba un beso en los labios. No tenía sangre en la lengua, solo el sabor del viento y del aire libre. Matthew había montado a caballo, pero no se había alimentado—. Siento lo que pasó antes, *mon coeur* —me susurró al oído—. Perdóname por haberme portado tan mal. —El paseo a caballo le había levantado el ánimo y su actitud hacia su padre era natural y en absoluto forzada por primera vez.

—Diana —dijo Philippe, saliendo de detrás de su hijo. Luego cogió el libro más cercano, lo acercó al fuego y comenzó a pasar las páginas—. Estás leyendo *Historia de los francos*. No por primera vez, espero. Este libro sería más ameno, desde luego, si la madre de Gregory hubiera supervisado su escritura. El latín de Armentaria era de lo más admirable. Siempre era un placer recibir sus cartas.

Nunca había leído el famoso libro de Gregorio de Tours de historia francesa, pero no había razón para que Philippe lo supiera.

—Cuando él y Matthew asistían a la escuela en Tours, tu famoso Gregory era un niño de doce años. Matthew era bastante mayor que el profesor, por no hablar del resto de los alumnos, y permitía que los niños se subieran a él como si fuera un caballo en las horas de recreo. —Philippe les echó un vistazo a las páginas—. ¿Dónde está la parte del gigante? Es mi favorita.

Alain entró, portando una bandeja con dos cálices de plata. La dejó en la mesa al lado del hogar.

—*Merci*, Alain. —Señalé la bandeja—. Debéis de estar hambrientos. Chef os ha enviado aquí vuestro alimento. ¿Por qué no me contáis cómo ha ido la mañana?

—No necesito... —empezó a decir Matthew. Tanto su padre como yo emitimos sendos sonidos de exasperación. Philippe me hizo un gesto de deferencia inclinando amablemente la cabeza.

—Claro que sí —dije—. Es sangre de perdiz, a estas horas ya deberías tolerarla. Aun así, espero que mañana vayas a cazar y también el sábado. Si pretendes ayunar durante las próximas cuatro semanas, tienes que alimentarte mientras puedas. —Le di las gracias a Alain, que hizo una reverencia, miró de reojo a su señor y se fue apresuradamente—. La vuestra es sangre de venado, Philippe. La han extraído esta mañana.

—¿Qué sabes tú de sangre de perdiz y de ayuno?

Los dedos de Matthew se enredaron suavemente en el rizo que tenía suelto. Levanté la vista y miré los ojos de color gris verdoso de mi marido.

—Más de lo que sabía ayer. —Hice que me soltara el pelo antes de tenderle el cáliz.

—Me iré con la comida a otra parte —interrumpió Philippe— y os dejaré con vuestra discusión.

—No ha lugar a discusión. Matthew debe cuidarse. ¿Adónde habéis ido de paseo? —Cogí la copa de sangre de venado y se la tendí a Philippe.

La atención de Philippe fue del cáliz de plata al rostro de su hijo y de vuelta a mí.

Me dedicó una sonrisa resplandeciente, pero no cabía duda de su mirada evaluadora. Cogió el cáliz que le ofrecía y lo levantó, brindándonoslo.

—Gracias, Diana —dijo, con voz realmente amistosa.

Pero aquellos ojos antinaturales que no se perdían nada seguían mirándome mientras Matthew describía la mañana. Sentí una sensación como de deshielo primaveral cuando la atención de Philippe pasó a centrarse en su hijo. No podía resistirme a mirar en su dirección para ver si era posible adivinar lo que estaba pensando. Nuestras miradas se cruzaron, o más bien chocaron. La advertencia era inequívoca.

Philippe de Clermont estaba tramando algo.

—¿Qué te han parecido las cocinas? —preguntó Matthew, desviando la conversación hacia mí.

—Fascinantes —dije, mientras clavaba la mirada en los astutos ojos de Philippe, con aire desafiante—. Absolutamente fascinantes.

Capítulo 10

PHILIPPE podía ser fascinante, pero también era exasperante e inescrutable, tal y como Matthew había prometido.

Mi esposo y yo estábamos en el gran salón a la mañana siguiente cuando mi suegro pareció materializarse salido de la nada. No me sorprendía que los humanos creyeran que los vampiros podían transformarse en murciélagos. Levanté un cilindro de pan tostado de la yema dorada de los huevos pasados por agua.

—Buenos días, Philippe.

—Diana. —Philippe asintió—. Vamos, Matthew. Debes alimentarte. Ya que no piensas hacerlo delante de tu esposa, nos iremos de caza.

Matthew dudó, me miró nervioso y apartó la vista.

—Tal vez mañana.

Philippe murmuró algo entre dientes y sacudió la cabeza.

—Debes satisfacer tus propias necesidades, Matthaios. Un *manjasang* famélico y exhausto no es el compañero de viaje ideal para nadie, y menos aún para una bruja de sangre caliente.

Dos hombres entraron en el salón, sacudiéndose la nieve de las botas. El frío aire invernal esquivó la pantalla de madera y atravesó el encaje tallado. Matthew miró con nostalgia hacia la puerta. Seguir venados por el paisaje helado no solo alimentaría su cuerpo, también le aclararía la mente. Y si lo sucedido el día anterior servía de referencia, al volver estaría de mucho mejor humor.

—No te preocupes por mí. Tengo muchas cosas que hacer —dije, estrechándole la mano para darle un reconfortante apretón.

Después del desayuno, Chef y yo decidimos el menú de la fiesta previa al Adviento del sábado. Cuando acabamos, comenté mis necesidades de vestuario con el sastre de la aldea y la costurera. Teniendo en cuenta mis conocimientos de francés, temía haber encargado una carpa de circo. Al final de la mañana estaba desesperada por un poco de aire fresco, y persuadí a Alain para que me hiciera una visita guiada a los talleres del patio. Casi todo lo que los residentes del palacete necesitaban, desde velas a agua potable, se podía encontrar allí. Traté de recordar todos los detalles de cómo el herrero fundía los metales, consciente de que aquellos conocimientos serían de utilidad cuando regresara a mi vida real como historiadora.

A excepción de la hora que pasé en la forja, hasta entonces el día había sido el típico de una mujer noble de la época. Con la sensación de que había hecho grandes progresos en mi objetivo de encajar, me pasé varias horas placenteras leyendo y practicando caligrafía. Cuando oí que los músicos se preparaban para la última fiesta antes del ayuno de un mes de duración, les pedí que me dieran una clase de baile. Más tarde, me regalé una aventura en la bodega y pronto estuve felizmente ocupada con una magnífica cacerola doble para cocer al baño María, un alambique de cobre y un pequeño barril de vino añejo. Dos jóvenes muchachos que había tomado prestados de la cocina mantenían encendidas las brasas del hogar con un par de fuelles de piel que soplaban suavemente cada vez que Thomas y Étienne los apretaban para hacerlos entrar en acción.

Estar en el pasado me proporcionaba una oportunidad perfecta para practicar lo que solo sabía en teoría. Después de rebuscar entre el equipo de Marthe, tracé un plan para

hacer espíritu de vino, una sustancia básica utilizada en los procedimientos alquímicos. Sin embargo, no tardé mucho en estar lanzando improperios.

—Esto nunca se condensará como es debido —dije contrariada, mientras observaba el vapor que se escapaba del alambique. Los chicos de la cocina, que no hablaban inglés, emitieron sonidos de comprensión mientras consultaba un libro que había sacado de la biblioteca de los De Clermont. Había todo tipo de ejemplares interesantes en las estanterías. Alguno de ellos explicaría cómo reparar un alambique.

—*Madame?* —Alain me llamó discretamente desde el umbral.

—¿Sí? —Me volví y me limpié las manos en los arrugados pliegues del delantal de lino.

Alain le echó un vistazo a la habitación, horrorizado. Mi bata oscura sin mangas estaba colgada sobre el respaldo de una silla cercana, las pesadas mangas de terciopelo estaban puestas sobre el borde de una olla de cobre y el corpiño pendía del techo, de un oportuno gancho. Aunque iba relativamente ligera de ropa para los estándares del siglo XVI, todavía llevaba puesto un corsé, un delantal de lino de cuello alto y manga larga, varias enaguas y una voluminosa falda: muchísima más ropa de la que solía ponerme para dar clase. Sintiéndome desnuda, aun así, levanté la barbilla y desafié a Alain a que dijera algo. Prudentemente, él apartó la vista.

—Chef no sabe qué hacer con el banquete de esta noche —dijo Alain. Fruncí el ceño. Chef era infalible, siempre sabía qué hacer.

—La gente de la casa tiene hambre y sed, pero no pueden sentarse sin vos. Siempre que haya un miembro de la familia en Sept-Tours, dicha persona deberá presidir la cena. Es la tradición.

Catrine apareció con una toalla y un cuenco. Introduje los dedos en el agua tibia con olor a lavanda.

—¿Cuánto tiempo llevan esperando? —pregunté, mientras cogía la toalla del brazo de Catrine. Un enorme salón lleno de seres de sangre caliente hambrientos y de vampiros igualmente famélicos no podía ser nada bueno. La confianza recién adquirida que tenía en mi capacidad de llevar el hogar de los De Clermont se evaporó.

—Más de una hora. Seguirán esperando hasta que lleguen noticias de la aldea de que Roger ha dado por terminada la noche y está cerrando. Es el que lleva la taberna. Hace frío y faltan muchas horas para el desayuno. *Sieur* Philippe me ha hecho pensar... —Su voz se apagó y Alain se sumió en un silencio apesadumbrado.

—*Vite* —dije, señalando la ropa que me había quitado—. Debes ayudarme a vestirme, Catrine.

—*Bien sûr.* —Catrine posó el cuenco y se dirigió hacia el corpiño que estaba colgado. La gran mancha de tinta que había en él echó por tierra mis esperanzas de tener un aspecto respetable.

Cuando entré en el salón, los bancos arañaron el suelo de piedra como si se levantaran más de tres docenas de criaturas. Había una nota de reproche en el sonido. Una vez sentados, se comieron la comida atrasada con gusto, mientras yo elegía un muslo de pollo y rechazaba con un gesto de la mano todo lo demás.

Después de lo que me pareció una eternidad, Matthew y su padre regresaron.

—¡Diana! —Matthew rodeó la pantalla de madera, confuso al verme sentada en la cabecera de la mesa familiar—. Esperaba que estuvieras arriba, en la biblioteca.

—Creí que sería más cortés por mi parte sentarme aquí, teniendo en cuenta todo el trabajo que le ha llevado a Chef preparar la comida. —Mis ojos vagaron hasta Philippe—.

¿Qué tal la caza, Philippe?

—Aceptable. Pero la sangre animal solo aporta parte de los nutrientes necesarios.

Le hizo un gesto a Alain y sus fríos ojos se clavaron en el cuello alto de mi vestido.

—Ya basta. —Aunque lo dijo en voz baja, el tono de advertencia de Matthew era inconfundible. Todas las cabezas se volvieron hacia él—. Deberías haber dado órdenes de que empezaran sin nosotros. Deja que te lleve arriba, Diana. —Las cabezas volvieron a girarse hacia mí, esperando mi respuesta.

—Aún no he terminado —dije, señalando el plato—, y los demás tampoco. Siéntate a mi lado y toma un poco de vino.

Tal vez Matthew fuera un príncipe del Renacimiento tanto en sustancia como en estilo, pero no pensaba someterme a él cada vez que chascara los dedos.

Matthew se sentó a mi lado mientras yo me obligaba a tragar un poco de pollo. Cuando la tensión se hizo insoportable, me levanté. Una vez más, los bancos arañaron la piedra cuando los habitantes del castillo se levantaron.

—¿Has acabado tan pronto? —preguntó Philippe, sorprendido—. Buenas noches, entonces, Diana. Matthew, regresa de inmediato. Siento un extraño deseo de jugar al ajedrez.

Matthew ignoró a su padre y extendió el brazo. No intercambiamos ni una sola palabra mientras salíamos del salón principal y subíamos a los aposentos familiares. Cuando llegamos a mi puerta, Matthew había logrado controlarse lo suficiente como para arriesgarse a mantener una conversación.

—Philippe te está tratando como a una auténtica ama de llaves. Es intolerable.

—Tu padre me está tratando como a una mujer de la época. Me las arreglaré, Matthew. —Hice una pausa para coger fuerzas—. ¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste de una criatura que caminara sobre dos patas? —Yo lo había obligado a que me extrajera sangre antes de abandonar Madison, y se había alimentado de algún sangre caliente anónimo en Canadá. Unas semanas antes, había matado a Gillian Chamberlain en Oxford. Puede que se hubiera alimentado de ella, también. Quitando eso, no creía que una sola gota de algo que no fuera sangre animal hubiera cruzado sus labios en meses.

—¿Por qué lo preguntas? —El tono de Matthew era cortante.

—Philippe dice que no estás tan fuerte como deberías —dije, apretando la mano sobre la suya—. Si necesitas alimentarte y no tienes intención de beber sangre de un extraño, quiero que tomes la mía.

Antes de que Matthew pudiera responder, se oyó una risa en las escaleras.

—Cuidado, Diana. Nosotros, los *manjasang*, tenemos el oído muy fino. Como ofrezcas tu sangre en esta casa, nunca más lograrás mantener a los lobos a raya.

Philippe estaba de pie con los brazos apoyados en los extremos del arco de piedra tallado.

Matthew volvió la cabeza, furioso.

—Vete, Philippe.

—La bruja es una insensata. Es mi responsabilidad asegurarme de poner freno a sus impulsos. De no ser así, nos destruirá.

—La bruja es mía —dijo Matthew con frialdad.

—Todavía no —dijo Philippe, bajando las escaleras mientras agitaba la cabeza con pesar—. Y tal vez no lo sea nunca.

Después de aquel encuentro, Matthew se mostraba incluso más cauto y distante. Al día siguiente estaba enfadado con su padre, pero, en lugar de pagarlo con la fuente de su frustración, Matthew la tomó con los demás: conmigo, con Alain, con Pierre, con Chef y con cualquier otra criatura lo suficientemente desafortunada como para cruzarse en su camino. La casa ya se encontraba en un estado de ansiedad considerable por el banquete y, después de soportar su mal comportamiento durante horas, Philippe le dijo a su hijo que eligiera entre ir a dormir hasta que se le pasara el mal humor o alimentarse. Matthew eligió una tercera opción y se fue a indagar en los archivos de los De Clermont en busca de alguna pista sobre el paradero actual del Ashmole 782. Abandonada a mi suerte, regresé a las cocinas.

Philippe me encontró en el cuarto de Marthe, en cuclillas, inclinada sobre el alambique que funcionaba mal, remangada y con la sala llena de vapor.

—¿Matthew se ha alimentado de ti? —preguntó bruscamente, recorriendo mis antebrazos con la mirada.

Levanté el brazo izquierdo a modo de respuesta. La suave tela se amontonó alrededor de mi hombro, dejando a la vista las marcas rosadas de una cicatriz irregular que tenía en la cara interna del brazo, a la altura del codo. Me había hecho un corte para que Matthew pudiera beber de mí más fácilmente.

—¿Algún otro sitio? —Philippe centró su atención en mi torso.

Con la otra mano, dejé a la vista el cuello. Aquella herida era más profunda, pero había sido hecha por un vampiro y era mucho más pulcra.

—Qué majadera, permitir que un *manjasang* perdidamente enamorado os chupara la sangre no solo del brazo, sino también del cuello —dijo Philippe, asombrado—. El pacto prohíbe que los *manjasang* beban sangre de brujas o daimones. Y Matthew lo sabe.

—¡Se estaba muriendo y la mía era la única sangre disponible! —exclamé violentamente—. Si os hace sentir mejor, tuve que obligarlo.

—Así que era eso. Sin duda, mi hijo se ha convencido a sí mismo de que, mientras haya tomado tu sangre y no tu cuerpo, será capaz de dejarte marchar. —Philippe sacudió la cabeza—. Está equivocado. He estado observándolo. Nunca te librarás de Matthew, te lleve a la cama o no.

—Matthew sabe que nunca lo dejaré.

—Por supuesto que sí. Un día, tu vida en esta tierra llegará a su fin y harás tu viaje final a los infiernos. En lugar de penar, Matthew querrá seguirte en la muerte. —Las palabras de Philippe eran verdaderamente convincentes.

La madre de Matthew había compartido conmigo la historia de su creación: cómo se había caído del andamio mientras ayudaba a poner las piedras de la iglesia del pueblo. Incluso la primera vez que lo oí, me había preguntado si la desesperación de Matthew por perder a su mujer, Blanca, y a su hijo, Lucas, lo había llevado al suicidio.

—Es una pena que Matthew sea cristiano. Su Dios nunca está satisfecho.

—¿A qué os referís? —pregunté, perpleja por el repentino cambio de tema.

—Cuando vos o yo hacemos algo mal, ajustamos cuentas con los dioses y volvemos a vivir con la esperanza de hacerlo mejor en un futuro. El hijo de Ysabeau confiesa sus pecados y los expía una y otra vez: el de su vida, el de ser quien es, el de lo que ha hecho. Siempre está volviendo la vista atrás, es un ciclo sin fin.

—Eso es porque Matthew es un hombre de mucha fe, Philippe. —Había un núcleo espiritual en la vida de Matthew que coloreaba su actitud hacia la ciencia y la muerte.

—¿Matthew? —Philippe parecía incrédulo—. Tiene menos fe que cualquiera que

haya conocido jamás. Lo único que posee es la creencia, lo cual es bastante diferente, y depende de la cabeza más que del corazón. Matthew siempre había tenido una mente entusiasta, capaz de lidiar con abstracciones como Dios. Así fue como llegó a aceptar a la persona en que se había convertido después de que Ysabeau lo hiciera miembro de la familia. Cada *manjasang* es diferente. Mis hijos eligieron otros caminos: guerra, amor, apareamiento, conquista, adquisición de riquezas. Matthew siempre se ha centrado en las ideas.

—Sigue haciéndolo —dije con suavidad.

—Pero las ideas raras veces son lo suficientemente fuertes como para proporcionar la base del coraje. No sin depositar la esperanza en el futuro. —Su expresión se volvió pensativa—. No conocéis a vuestro esposo todo lo bien que deberíais.

—Tan bien como vos, no. Somos una bruja y un vampiro que se aman, aunque les esté prohibido hacerlo. El pacto no nos permite un cortejo público ni los paseos a la luz de la luna. —Mi voz se calentó mientras continuaba—. No puedo cogerlo de la mano ni acariciarle la cara fuera de estas cuatro paredes, sin temer que alguien se dé cuenta y sea castigado por ello.

—Matthew va a la iglesia del pueblo al mediodía, mientras vos creéis que está buscando vuestro libro. Es adonde ha ido hoy. —El comentario de Philippe estaba extrañamente desligado de nuestra conversación—. Podríais seguirlo un día. Tal vez entonces llegaríais a conocerlo mejor.

Fui a la iglesia a las once de la mañana del lunes, esperando que se encontrara vacía. Pero Matthew estaba allí, tal y como Philippe había prometido.

Era imposible que no hubiera oído el ruido de la pesada puerta al cerrarse detrás de mí o el eco de mis pasos al cruzar el suelo, pero no se dio la vuelta. En lugar de ello, permaneció arrodillado inmediatamente a la derecha del altar. A pesar de la baja temperatura, Matthew vestía una fina camisa de lino, unos bombachos, unas calzas y los zapatos. Sentí frío solo de mirarlo y me ajusté la capa con más fuerza alrededor de mí.

—Tu padre me dijo que te encontraría aquí —confesé. Mi voz resonó.

Era la primera vez que estaba en aquella iglesia y miré a mi alrededor con curiosidad. Como muchos edificios religiosos de aquella región de Francia, el templo de Saint-Lucien ya era antiguo en 1590. Sus sencillas líneas eran completamente diferentes de las vertiginosas alturas y las intrincadas mampostorías de las catedrales góticas. Unos murales de brillantes colores rodeaban el ancho muro que separaba el ábside de la nave y decoraba las bandas de piedra que coronaban las arcadas bajo los elevados lucernarios. La mayoría de las ventanas se abrían a la intemperie, aunque alguien había medio intentado acristalar las más cercanas a la puerta. El tejado en punta estaba entrecruzado por robustas vigas de madera que daban fe de la habilidad del carpintero, además de la del albañil.

La primera vez que había visitado el Viejo Pabellón, la casa de Matthew me había recordado a él. Su personalidad también se hacía evidente allí, en los detalles geométricos tallados en las vigas y en los arcos perfectamente espaciados que abarcaban la anchura que había entre las columnas.

—Tú construiste esto.

—En parte. —Matthew levantó la vista hacia el curvado ábside donde se encontraba la imagen de Cristo en el trono, con una mano levantada dispuesto a hacer justicia—. La nave, principalmente. El ábside lo terminaron mientras yo estaba... fuera.

El rostro sereno de un santo me observaba con gravedad por encima del hombro derecho de Matthew. Sostenía una escuadra de carpintero y un lirio blanco de largo tallo. Era José, el hombre que no hizo preguntas cuando tomó por esposa a una virgen embarazada.

—Tenemos que hablar, Matthew. —Volví a echarle un vistazo a la iglesia—. Tal vez deberíamos trasladar esta conversación al palacete. No hay donde sentarse. —Nunca había considerado tentadores los bancos de madera, hasta entrar en una iglesia que carecía de ellos.

—Las iglesias no se construían para que fueran cómodas —dijo Matthew.

—No. Pero amargarles la vida a los fieles podría no haber sido su único propósito. —Examiné los murales. Si la fe y la esperanza estuvieran tan estrechamente ligadas como Philippe sugería, entonces era posible que allí hubiera algo que iluminara el ánimo de Matthew.

Encontré a Noé y su arca. Un desastre a nivel mundial, y haberse librado de la extinción de todas las formas de vida por los pelos no era muy halagüeño. Un santo daba muerte heroicamente a un dragón, pero tenía demasiadas reminiscencias de caza como para que me sintiera a gusto. La entrada de la iglesia estaba dedicada al Juicio Final. Hileras de ángeles en la parte superior soplaban trompetas de oro mientras las puntas de sus alas rozaban el suelo, pero la imagen del infierno en la parte de abajo —situado de tal forma que no podías salir de la iglesia sin establecer contacto visual con los condenados— era horrible. La resurrección de Lázaro poco consuelo podía aportar a un vampiro. La virgen María tampoco ayudaba. Estaba de pie enfrente a José en la entrada del ábside, espiritual y serena, como otro recordatorio de lo que Matthew había perdido.

—Al menos hay privacidad. Philippe raras veces pone el pie aquí —dijo Matthew, con voz cansada.

—Entonces nos quedaremos. —Avancé unos cuantos pasos hacia él y me lancé—. ¿Qué sucede, Matthew? Al principio creí que se trataba de la impresión de estar inmerso en una vida pasada; luego, de la perspectiva de volver a ver a tu padre teniendo que mantener su muerte en secreto. —Matthew permaneció arrodillado, con la cabeza gacha, dándome la espalda—. Pero ahora tu padre conoce su futuro. Así que debe de haber alguna otra razón.

El aire en la iglesia era opresivo, como si mis palabras se hubieran llevado todo el oxígeno del lugar. No se oía nada, salvo el arrullo de los pájaros en el campanario.

—Hoy es el cumpleaños de Lucas —dijo finalmente Matthew.

Sus palabras me golpearon con la fuerza de un puñetazo. Caí de rodillas a su lado, con las faldas de color arándano dibujando un charco a mi alrededor. Philippe tenía razón. No conocía a Matthew tan bien como debería.

Este levantó la mano y señaló un punto en el suelo entre él y José.

—Está enterrado ahí, con su madre.

No había ninguna inscripción en la piedra que señalara quiénes yacían debajo. Únicamente se veían unos huecos desgastados, como los que creaba el continuo paso de los pies sobre los escalones de una escalera. Matthew estiró los dedos, que encajaban perfectamente en las muescas, los posó sobre ellas y los retiró.

—Parte de mí murió cuando lo hizo Lucas. Sucedió lo mismo con Blanca. Su cuerpo aguantó algunos días más, pero tenía la mirada vacía y su alma ya había volado. Philippe eligió su nombre. Significa «brillante» en griego. La noche en que nació, Lucas era muy blanco y pálido. Cuando la partera lo alzó en la oscuridad, su piel atrapó la luz del fuego al igual que la luna toma su luz del sol. Es extraño cómo, después de tantos años, mi

recuerdo de esa noche sigue siendo tan nítido. —Matthew dejó de divagar y se secó un ojo. Cuando retiró los dedos, estaban rojos.

—¿Cuándo os conocisteis Blanca y tú?

—Le tiraba bolas de nieve en el primer invierno que pasó en el pueblo. Habría hecho cualquier cosa por llamar su atención. Era delicada y distante y muchos de nosotros buscábamos su compañía. Cuando llegó la primavera, Blanca ya me dejaba acompañarla a casa a la vuelta del mercado. Le gustaban las bayas. Todos los veranos, el seto que había delante de la iglesia se llenaba de ellas. —Matthew examinó los surcos rojos que tenía en la mano—. Siempre que Philippe veía las manchas de su jugo en mis dedos, se reía y vaticinaba una boda en otoño.

—Supongo que tenía razón.

—Nos casamos en otoño, después de la cosecha. Blanca ya estaba embarazada de más de dos meses. —Matthew podía esperar para consumir nuestro matrimonio, pero no había sido capaz de resistirse a los encantos de Blanca. Era mucho más de lo que habría querido saber sobre su relación.

—Hicimos el amor por primera vez durante el calor de agosto —continuó—. Blanca siempre quería agradar a todo el mundo. Cuando miro hacia atrás, me pregunto si la maltrataron cuando era niña. No me refiero a que la castigaran, a todos nos castigaban, y de maneras que a ningún padre moderno se le pasarían por la cabeza, sino a algo más. Aquello había quebrado su espíritu. Mi mujer había aprendido a ceder a los deseos de cualquier persona mayor, más fuerte o más mezquina que ella. Yo era todo aquello junto y, como quería que me dijera que sí aquella noche de verano, lo hizo.

—Ysabeau me dijo que ambos estabais profundamente enamorados, Matthew. No la obligaste a hacer nada en contra de su voluntad. —Quería ofrecerle todo el consuelo posible, a pesar del escozor que me causaban sus recuerdos.

—Blanca no tenía voluntad. No hasta que llegó Lucas. Incluso entonces solo la ejercía cuando él estaba en peligro o cuando yo me enfadaba con él. Toda su vida había querido tener a alguien más débil y más pequeño que ella para protegerlo. En lugar de ello, Blanca tuvo una sucesión de lo que ella consideraba fracasos. Lucas no era nuestro primer hijo y con cada aborto se volvía más blanda y dulce, más dócil. Menos dispuesta a decir no.

Salvo en líneas generales, aquella no era la historia que Ysabeau me había contado de la primera vida de su hijo. La suya había sido una historia de profundo amor y pena compartida. La versión de Matthew hablaba de un dolor sin límites y de pérdida.

Me aclaré la garganta.

—Y entonces llegó Lucas.

—Sí. Después de años llenándola de muerte, le di a Lucas. —Se quedó en silencio.

—No podías hacer nada, Matthew. Era el siglo XVI y había una epidemia. No podías haber salvado a ninguno de los dos.

—Podía haber dejado de tomarla. ¡Así no habría nadie a quien perder! —exclamó Matthew—. Ella no se negaba, pero en sus ojos siempre había cierto recelo cuando hacíamos el amor. Siempre le prometía que, esa vez, el bebé sobreviviría. Habría dado cualquier cosa...

Dolía saber que Matthew seguía tan profundamente ligado a su esposa y a su hijo fallecidos. Sus espíritus atormentaban aquel lugar, y también al suyo. Pero al menos ahora sabía por qué me rehuía: se trataba de aquella profunda sensación de culpabilidad y pesar que llevaba cargando tantos siglos. Tal vez con el tiempo podría ayudar a Matthew a liberarse de Blanca. Me levanté y fui hacia él. Se estremeció cuando le puse los dedos sobre

el hombro.

—Hay algo más.

Me quedé petrificada.

—Yo también intenté quitarme la vida. Pero Dios no quiso. —Matthew levantó la cabeza. Observó la piedra gastada y hundida que estaba ante él y luego miró hacia el techo.

—Oh, Matthew.

—Llevaba semanas pensando en reunirme con Lucas y Blanca, pero me preocupaba que ellos estuvieran en el cielo y Dios me enviara al infierno por culpa de mis pecados —dijo Matthew con naturalidad—. Le pedí consejo a una de las mujeres del pueblo. Creyó que me estaban persiguiendo: que Blanca y Lucas estaban atados a este mundo por mi culpa. Desde arriba, desde el andamio, miré hacia abajo y pensé que sus espíritus podrían estar atrapados bajo la piedra. Si caía sobre ella, Dios no tendría más remedio que liberarlos. O eso, o permitir que me uniera a ellos..., estuvieran donde estuvieran.

Aquella era la malograda lógica de un hombre desesperado, no del lúcido científico que yo conocía.

—Estaba agotado —dijo con voz cansada—. Pero Dios no me permitió dormir. No después de lo que había hecho. Por mis pecados, me entregó a una criatura que me transformó en alguien que no puede vivir ni morir, ni siquiera encontrar en sueños una paz efímera. Lo único que puedo hacer es recordar.

Matthew estaba exhausto de nuevo, y helado. Tenía la piel más fría que el gélido aire que nos rodeaba. Sarah habría conocido un conjuro para apaciguarlo, pero lo único que yo pude hacer fue atraer su resistente cuerpo hacia el mío y prestarle el poco calor del que disponía.

—Philippe me ha despreciado desde entonces. Me considera débil... Demasiado débil como para casarme con alguien como tú. —Al menos allí estaba la llave del sentimiento de culpa de Matthew.

—No —dije bruscamente—, tu padre te quiere. —Philippe había exhibido muchos sentimientos hacia su hijo durante el breve período de tiempo que llevábamos en Sept-Tours, pero nunca había mostrado el menor ápice de repugnancia.

—Los hombres valientes no cometen suicidio, salvo en la batalla. Se lo dijo a Ysabeau cuando me acababa de crear. Philippe dijo que me faltaba coraje para ser un *manjasang*. En cuanto pudo, mi padre me envió a la guerra. «Si estás decidido a acabar con tu propia vida», dijo, «al menos que sea por un fin más noble que la autocompasión». Nunca olvidaré sus palabras.

Esperanza, fe y coraje: los tres elementos del simple credo de Philippe. Matthew tenía la sensación de que no poseía nada salvo dudas, fe y bravuconería. Pero yo sabía que no era así.

—Has estado tanto tiempo torturándote con esos recuerdos que ya no eres capaz de ver la verdad. —Me di la vuelta para mirarlo a la cara y me arrodillé—. ¿Sabes lo que veo cuando te miro? Veo a alguien muy parecido a tu padre.

—Todos queremos ver a Philippe en aquellos a los que amamos. Pero yo no tengo nada que ver con él. Era el padre de Gallowglass, Hugh, quien si viviera habría...

—Matthew se volvió, con la mano temblando sobre la rodilla. Había algo más, un trapo sucio que todavía tenía que salir a la luz.

—Ya te he permitido un secreto, Matthew: el nombre del miembro de la familia De Clermont que es actualmente miembro de la Congregación. No puedes guardar dos.

—¿Quieres que comparta mi pecado más oscuro? —Pasó un tiempo interminable

antes de que Matthew estuviera dispuesto a revelarlo—. Yo le quité la vida. Le suplicó a Ysabeau que lo hiciera, pero ella no fue capaz. —Matthew dio media vuelta.

—¿A Hugh? —susurré, con el corazón roto por él y Gallowglass.

—A Philippe.

La última barrera entre nosotros cayó.

—Los nazis lo volvieron loco de dolor y privaciones. Si Hugh hubiera sobrevivido, habría convencido a Philippe de que aún había esperanza para algún tipo de vida entre las ruinas que le quedaban. Pero Philippe dijo que estaba demasiado cansado de luchar. Quería dormir y yo... Yo sabía lo que era querer cerrar los ojos y olvidar. Y, que Dios se apiade de mí, hice lo que pedía.

Llegado a ese punto, Matthew estaba temblando. Lo estreché de nuevo entre mis brazos, sin importarme que se resistiera, consciente solo de que necesitaba algo —a alguien— que abrazar mientras las olas de recuerdos se estrellaban contra él.

—Después de que Ysabeau hiciera caso omiso de sus ruegos, encontramos a Philippe intentando cortarse las venas. No era capaz de sujetar con suficiente fuerza el cuchillo para hacerlo. Se había cortado varias veces y había sangre por todas partes, pero las heridas eran superficiales y sanaban rápido. —Matthew estaba hablando a toda velocidad. Finalmente, las palabras habían empezado a manar de él—. Cuanta más sangre derramaba Philippe, más loco se volvía. No podía ni verla después de haber estado en el campo de concentración. Ysabeau le arrebató el cuchillo y le dijo que le ayudaría a quitarse la vida. Pero *maman* nunca se lo habría perdonado a sí misma.

—Así que tú lo apuñalaste —dije, mirándolo a los ojos. Nunca le había dado la espalda al conocimiento de lo que había hecho para sobrevivir como vampiro. Tampoco podía volver la espalda a los pecados del esposo, del padre ni del hijo.

Matthew negó con la cabeza.

—No. Me bebí hasta la última gota de su sangre, para que Philippe no tuviera que ver cómo se derramaba su fuerza vital.

—Pero entonces viste... —No pude disimular el horror de mi voz. Cuando un vampiro bebía de otra criatura, los recuerdos de esta acompañaban al fluido en forma de fugaces y reveladoras imágenes. Matthew había liberado a su padre del tormento, pero solo después de compartir todo lo que Philippe había sufrido.

—Los recuerdos de la mayoría de las criaturas fluyen como un suave arroyo, como una cinta que se desenvuelve en la oscuridad. Con Philippe fue como tragar cascos de cristal. Incluso cuando pasé por los acontecimientos más recientes, su mente estaba tan gravemente fracturada que apenas era capaz de continuar. —Su temblor se intensificó—. Fue eterno. Philippe estaba destrozado, perdido y asustado, pero su corazón seguía siendo feroz. Sus últimos pensamientos fueron para Ysabeau. Eran los únicos recuerdos que seguían intactos, que seguían siendo suyos.

—No pasa nada —murmuraba una y otra vez, estrechándolo con fuerza hasta que, finalmente, sus miembros empezaron a tranquilizarse.

—Me preguntaste quién era, en el Viejo Pabellón. Soy un asesino, Diana. He matado a miles de personas —dijo Matthew finalmente, con voz ahogada—. Pero nunca tuve que volver a mirar a ninguna de ellas a la cara. Ysabeau no puede verme sin recordar la muerte de mi padre. Y, ahora, también tengo que enfrentarme a ti.

Acuné su cabeza entre mis manos y la alejé para que nuestros ojos se encontraran. El rostro perfecto de Matthew solía enmascarar los estragos del tiempo y la experiencia. Pero ahora todas las señales estaban a la vista, lo cual me hacía verlo aún más hermoso. Al

fin el hombre al que amaba tenía sentido: su insistencia en que asumiera quién y qué era yo, su reticencia a matar a Juliette aunque fuera para salvar su propia vida, su convicción de que, una vez que lo conociera de verdad, nunca podría amarlo.

—Amo todo lo que hay en ti, Matthew: al guerrero y al científico, al asesino y al curandero, la luz y la oscuridad.

—¿Cómo es posible? —susurró, incrédulo.

—Philippe no podía continuar así. Tu padre habría seguido intentando quitarse la vida y, por lo que has dicho, ya había sufrido suficiente. —No podía imaginar cuánto, pero mi querido Matthew había sido testigo de todo ello—. Lo que hiciste fue un acto de misericordia.

—Cuando todo acabó, quería desaparecer, dejar Sept-Tours y no volver nunca más —confesó—. Pero Philippe me hizo prometerle que mantendría a la familia y a la hermandad unidas. También juré que cuidaría de Ysabeau. Así que me quedé aquí, sentado en su silla, moviendo los hilos en cuestiones de política que él quería mover, y acabé la guerra por la que él había dado la vida con ánimo de ganarla.

—Philippe no habría puesto el bienestar de Ysabeau en manos de alguien a quien despreciara. Ni habría dejado a un cobarde al mando de la Orden de San Lázaro.

—Baldwin me acusó de mentir acerca de los deseos de Philippe. Pensaba que la hermandad sería para él. Nadie entendía por qué nuestro padre había decidido darme a mí la Orden de San Lázaro en lugar de a él. Tal vez fue su último acto de locura.

—Fue un acto de fe —dije en voz queda, mientras extendía la mano hacia abajo y entrelazaba mis dedos con los suyos—. Philippe cree en ti. Y yo también. Estas manos construyeron esta iglesia. Fueron lo suficientemente fuertes como para sujetar a tu hijo y a tu padre durante sus últimos instantes en esta tierra. Y todavía les queda trabajo que hacer.

Allá en lo alto se oyó un batir de alas. Una paloma había entrado volando por las ventanas del lucernario y se había perdido entre las vigas a la vista del techo. Luchó hasta liberarse y descendió en picado hacia la iglesia. La paloma aterrizó sobre la piedra que señalaba la última morada de Blanca y Lucas y movió las patas en una deliberada danza circular, hasta situarse delante de Matthew y de mí. Luego inclinó la cabeza y nos analizó con sus ojos azules.

Matthew se puso en pie de un salto por la repentina intromisión y la paloma, asustada, salió volando hacia el otro extremo del ábside. Esta batió las alas y redujo la velocidad ante la imagen de la Virgen. Cuando estaba convencida de que iba a chocar contra la pared, el ave cambió de dirección bruscamente y se fue volando por donde había entrado.

Una larga pluma blanca del ala de la paloma cayó flotando y dibujando tirabuzones en las corrientes de aire, hasta aterrizar en el pavimento delante de nosotros. Matthew se agachó para recogerla y puso cara de extrañeza mientras la sostenía ante él.

—Nunca había visto una paloma blanca en la iglesia. —Matthew miró hacia la media cúpula del ábside, donde el mismo pájaro planeaba sobre la cabeza de Cristo.

—Es un símbolo de resurrección y esperanza. Las brujas creemos en los símbolos, ya lo sabes. —Le cerré las manos alrededor de la pluma, le di un beso suave en la frente y di media vuelta para irme. Tal vez ahora que había compartido sus recuerdos podría encontrar la paz.

—¿Diana? —dijo Matthew. Todavía estaba al lado de la tumba de su familia—. Gracias por escuchar mi confesión.

Asentí.

—Te veo en casa. No olvides la pluma.

Me observó mientras dejaba atrás las escenas de tormento y redención del pórtico, que separaba el mundo de Dios del de los hombres. Pierre estaba esperando fuera y me llevó de vuelta a Sept-Tours sin mediar palabra. Philippe nos había oído acercarnos y me estaba esperando en el vestíbulo.

—¿Lo habéis encontrado en la iglesia? —preguntó tranquilamente. El hecho de verlo tan sano y feliz hizo que me diera un vuelco el corazón. ¿Cómo lo había soportado Matthew?

—Sí. Deberíais haberme dicho que era el cumpleaños de Lucas.

Le entregué la capa a Catrine.

—Todos hemos aprendido a anticipar el mal humor de Matthew cuando se acuerda de su hijo. Vos también lo haréis.

—No es solo por Lucas. —Temiendo haber hablado de más, me mordí el labio.

—Matthew también os ha hablado de su propia muerte. —Philippe se pasó los dedos por el cabello, en una versión más tosca del gesto habitual de su hijo—. Entiendo el dolor, pero no esa culpa. ¿Cuándo dejará el pasado atrás?

—Hay cosas que nunca se olvidan —dije, mirando a Philippe directamente a los ojos—. No importa lo que creáis que entendéis, si lo amáis, le dejaréis luchar contra sus propios demonios.

—No. Es mi hijo. No le fallaré. —La boca de Philippe se tensó. Dio media vuelta y se alejó—. Por cierto, he recibido noticias desde Lyon, *madame* —gritó por encima del hombro—. Una bruja llegará en breve para ayudaros, tal y como Matthew deseaba.

Capítulo 11

REÚNETE conmigo en el almacén de heno cuando vuelvas del pueblo.

Philippe, que había retomado el irritante hábito de aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, se presentó ante nosotros en la biblioteca.

Levanté la vista del libro y fruncí el ceño.

—¿Qué hay en el almacén de heno?

—Heno. —Las revelaciones de Matthew en la iglesia habían hecho que estuviera aún más inquieto e irascible—. Le estoy escribiendo al nuevo papa, padre. Alain me ha dicho que el cónclave anunciará hoy que el pobre Niccolò ha sido elegido a pesar de suplicar que le ahorraran la carga del oficio. ¿Qué son los deseos de un hombre comparadas con las aspiraciones de Felipe de España y Philippe de Clermont?

Philippe alargó la mano hacia el cinturón. Se oyó una sonora palmada, procedente de donde se encontraba Matthew. Este atrapó una daga entre las manos justo cuando la punta rozaba ya su esternón.

—Su santidad puede esperar —dijo Philippe, valorando la posición del arma—. Debería haberme dirigido a Diana. Habrías sido más rápido.

—Perdona que te arruine el juego —replicó Matthew, con gélida ira—. Hace tiempo que nadie me lanza un cuchillo. Me temo que he perdido la práctica.

—Si no estás en el granero antes de que el reloj marque las dos, vendré a buscarte. Y traeré algo más que esta daga. —Dicho eso, se la arrebató a Matthew de las manos y bramó llamando a Alain, que estaba justo detrás de él—. Nadie debe ir al granero de abajo hasta que yo diga lo contrario —dijo Philippe, mientras volvía a envainar el arma en la funda de cuero.

—Ya lo había captado, *sieur*.

Aquello era lo más cercano a un reproche que Alain jamás había sido capaz de pronunciar.

—Estoy harta de vivir con tanta testosterona. Poco me importa lo que Ysabeau piense de las brujas, me gustaría que estuviera aquí. Y antes de que preguntéis qué es la testosterona: sois vos —dije, señalando con el dedo a Philippe—. Y vuestro hijo no es mucho mejor.

—¿Compañía de mujeres, eh? —Philippe se tiró de la barba y miró a Matthew, calculando abiertamente cuánto más podía presionar a su hijo—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Mientras esperamos a que la bruja de Diana llegue de Lyon, deberíamos enviársela a Margot para que le enseñe cómo debe comportarse una verdadera mujer francesa.

—Lo que Louis y Margot hacen en Usson es peor que cualquier cosa que hayan hecho en París. Esa mujer no es un modelo apropiado para nadie, y mucho menos para mi esposa —le dijo Matthew a su padre con una mirada fulminante—. A menos que sean más cuidadosos, la gente acabará enterándose de que el carísimo asesinato de Louis meticulosamente planeado fue una farsa.

—Para estar casado con una bruja, juzgas con celeridad las pasiones de los demás, Matthaios. Louis es tu hermano.

«Dios nos asista, otro hermano».

—¿Pasiones? —Matthew enarcó una ceja—. ¿Así llamas a llevarse una retahíla de

hombres y mujeres a la cama?

—Hay innumerables maneras de amar. Lo que Margot y Louis hagan no es asunto tuyo. La sangre de Ysabeau corre por las venas de Louis y él siempre tendrá mi lealtad; al igual que tú, a pesar de tus propias y considerables transgresiones.

Philippe desapareció con un movimiento borroso.

—¿Cuántos De Clermont hay? ¿Y por qué todos tenéis que ser hombres?
—pregunté, cuando se volvió a hacer el silencio.

—Porque las hijas de Philippe eran tan aterradoras que celebramos un consejo familiar y le rogamos que dejara de hacerlas. Stasia es capaz de arrancar la pintura de las paredes con solo mirarla y Verin hace que ella parezca dócil. En cuanto a Freyja... Bueno, Philippe le puso el nombre de la diosa escandinava de la guerra por alguna razón.

—Tienen una pinta maravillosa —afirmé, antes de darle un fugaz beso en la mejilla—. Ya me hablarás de ellas más tarde. Estaré en la cocina, intentando tapar las fugas de esa caldera agujereada a la que Marthe llama alambique.

—Puedo echarle un vistazo, si quieres. Tengo buena mano con el instrumental de laboratorio —se ofreció Matthew. Estaba deseando hacer algo que lo mantuviera alejado de Philippe y el misterioso almacén de heno. Yo lo entendía, pero no había manera de evitar a su padre. Philippe simplemente invadiría mi bodega para importunarlo allí.

—No es necesario —dije por encima del hombro mientras me iba—. Todo está bajo control.

Pero resultó que *nada* lo estaba. Mis niños de los fuelles, de ocho años, habían dejado que se apagara el fuego, pero no sin antes permitir que las llamas crecieran demasiado y crearan un denso residuo negro en la base del aparato de destilación. Hice algunas anotaciones en los márgenes de uno de los libros de alquimia de los De Clermont sobre lo que había salido mal y cómo solucionarlo, mientras Thomas, el más fiable de mis dos jóvenes ayudantes, avivaba el fuego. No era la primera vez que hacía uso de los amplios y limpios márgenes del libro y algunos de los anteriores garabatos habían resultado bastante útiles. Puede que, llegado el momento, los míos también lo fueran.

Étienne, mi otro ayudante descarriado, entró corriendo en la habitación, susurró algo al oído de su compañero y recibió algo brillante a cambio.

—*Milord encore* —le respondió el niño en un murmullo.

—¿Qué estáis apostando, Thomas? —pregunté. Ambos se me quedaron mirando inexpresivamente y se encogieron de hombros. Había algo en su estudiada inocencia que me hizo temer por la integridad de Matthew—. El almacén de heno. ¿Dónde está? —dije, arrancándome el delantal.

Muy a regañadientes, Thomas y Étienne me llevaron por la puerta principal del castillo hacia una estructura de madera y piedra que tenía un tejado considerablemente inclinado. Una rampa ascendía hacia las anchas puertas con barrotes de la entrada, pero los niños señalaron una escalera apoyada contra el extremo más lejano. Los travesaños se perdían en la fragante oscuridad.

Thomas fue el primero en subir, haciendo gestos con las manos para que no hiciéramos ruido e implorándome que guardara silencio con contorsiones faciales dignas de un actor de película muda. Étienne sujetó la escalera mientras yo subía y el herrero del pueblo me arrastró hacia el polvoriento altillo.

Mi aparición fue recibida con interés, aunque no con sorpresa, por la mitad de los empleados de Sept-Tours. Me había parecido extraño que hubiera solo un guarda de servicio en la puerta principal. El resto de ellos estaban allí, junto con Catrine, su hermana

mayor, Jehanne, la mayoría de los empleados de la cocina, el herrero y los mozos de cuadra.

Un zumbido ligeramente agudo, diferente a cualquier cosa que hubiera oído antes, captó mi atención. El agudo repiqueteo y el entrechocar de metales eran más reconocibles. Matthew y su padre se habían dejado de palabrería y habían pasado a la lucha armada. Levanté una mano para ahogar un grito cuando la punta de la espada de Philippe atravesó el hombro de Matthew. Diagonales de sangre cubrían sus camisas, bombachos y calzas. Era obvio que llevaban luchando un buen rato y que aquello no era ningún enfrentamiento amistoso de esgrima.

Alain y Pierre estaban de pie, en silencio, pegados a la pared del fondo. A su alrededor, el suelo parecía un alfilerero, erizado con una serie de armas descartadas clavadas en el suelo de tierra prensada. Los dos sirvientes de los De Clermont eran perfectamente conscientes de lo que pasaba a su alrededor, hasta de mi llegada. Levantaron la vista una fracción de segundo hacia el altillo y se miraron, preocupados. Matthew era totalmente ajeno a ello. Estaba de espaldas a mí y el resto de fuertes olores del granero disfrazaban mi presencia. Philippe, que estaba frente a mí, también parecía ignorarlo, o no le importaba.

La hoja de Matthew atravesó directamente el brazo de su padre. Cuando este hizo un gesto de dolor, su hijo esbozó una sonrisa burlona.

—No consideres doloroso lo que es bueno para ti —murmuró Matthew.

—Nunca debí enseñarte griego... ni inglés. Tus conocimientos de ambas lenguas me han ocasionado infinidad de problemas —respondió Philippe, imperturbable, mientras liberaba el brazo del estoque.

Las espadas entrechocaban, colisionaban con sonidos metálicos y giraban. Matthew tenía una ligera ventaja de peso y el hecho de que tuviera los brazos y las piernas más largos aumentaba su radio de alcance y la envergadura de sus embestidas. Estaba luchando con una larga espada estrecha y afilada que a veces manejaba con una mano y a veces con dos. Movía constantemente la empuñadura en la mano para contrarrestar los movimientos de su padre. Pero Philippe tenía más fuerza y asestaba duras estocadas con una espada más corta que blandía fácilmente con una sola mano. Philippe también llevaba un escudo redondo, que usaba para desviar los golpes de Matthew. Si Matthew había hecho uso de tal ventaja defensiva, ya no la tenía. Aunque los dos hombres estaban al mismo nivel físico, su estilo a la hora de luchar era totalmente diferente. Philippe se estaba divirtiendo y no dejaba de hacer comentarios mientras se enfrentaban. Matthew, por su parte, permanecía prácticamente en silencio y concentrado, sin dar muestras, más que por el movimiento de una ceja, de que estaba escuchando lo que su padre decía.

—He estado pensando en Diana. Ni la tierra ni el océano crean criaturas más salvajes y monstruosas que las mujeres —dijo Philippe, pesaroso.

Matthew arremetió contra él y su espada zumbó a una velocidad increíble dibujando un amplio arco hacia el cuello de su padre. Parpadeé y, en esa fracción de segundo, Philippe se las arregló para ocultarse tras el estoque. Reapareció al otro lado de Matthew, rebanándole la pantorrilla a su hijo.

—Tu técnica está descontrolada esta mañana. ¿Algo va mal? —preguntó Philippe. Aquella pregunta tan directa atrajo la atención de su hijo.

—Dios santo, eres imposible. Sí. Algo va mal —dijo Matthew con los dientes apretados. Se balanceó de nuevo y la espada rebotó en el escudo que Philippe levantó rápidamente—. Tus constantes intromisiones me están volviendo loco.

—Aquellos a quienes los dioses desean destruir son los primeros en volverse locos. —Las palabras de Philippe hicieron vacilar a Matthew. Philippe se aprovechó del traspié y le dio un golpe en la espalda con la espada plana.

Matthew maldijo.

—¿Ya has revelado tus mejores trucos? —le preguntó a su padre, desafiándolo. Entonces me vio.

Lo que sucedió después tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos. Matthew empezó a levantarse de la posición de ataque en la que estaba agachado sin dejar de mirar hacia el altillo del henar, donde yo me encontraba. La espada de Philippe cayó, dibujó un círculo y le arrancó la espada de la mano a Matthew. Con ambas espadas en su poder, Philippe tiró una contra la pared y situó la otra a la altura de la yugular de Matthew.

—Te he enseñado a hacerlo mejor, Matthaïos. No piensas. No parpadeas. No respiras. Cuando luchas por sobrevivir, lo único que haces es reaccionar. —Philippe alzó la voz—. Ven aquí, Diana.

El herrero me ayudó con pesar a acceder a otra escalera. «La que os espera», insinuaba su expresión. Aterricé en el suelo detrás de Philippe.

—¿Has perdido por culpa de ella? —preguntó este, presionando la espada contra el cuerpo de su hijo hasta que apareció un oscuro hilo de sangre.

—No sé a qué te refieres. Déjame ir. —Alguna extraña emoción se apoderó de Matthew. Sus ojos se oscurecieron y agarró de un zarpazo a su padre por el pecho. Di un paso hacia él.

Un brillante objeto voló hacia mí con un silbido, deslizándose entre mi brazo izquierdo y mi torso. Philippe me había lanzado un arma sin apenas volverse para comprobar el objetivo, aunque ni siquiera me había rozado. La daga me clavó la manga a uno de los travesaños de la escalera y, cuando me solté el brazo, la tela se rasgó por encima del codo, dejando a la vista la cicatriz irregular.

—A eso me refiero. ¿Le quitaste el ojo de encima a tu oponente? ¿Fue así como estuviste a punto de morir, y Diana contigo? —Philippe estaba más enfadado de lo que jamás lo había visto.

La atención de Matthew se fijó de nuevo fugazmente en mí. No duró más de un segundo, pero fue el tiempo suficiente para que Philippe cogiera otra daga que llevaba oculta en la bota. La hundió en la carne del muslo de Matthew.

—Presta atención al hombre que te apunta con la espada a la garganta. Si no lo haces, ella está muerta. —Luego, Philippe se dirigió a mí sin volverse—. En cuanto a ti, Diana, aléjate de Matthew cuando está luchando.

Matthew alzó la vista hacia su padre con los negros ojos brillando de desesperación, mientras se le dilataban las pupilas. Ya había visto antes aquella reacción, y solía significar que estaba perdiendo el control.

—Suéltame. Necesito estar con ella. Por favor.

—Lo que necesitas es dejar de mirar atrás y aceptar lo que eres: un guerrero *manjasang* con responsabilidades hacia su familia. Cuando pusiste el anillo de tu madre en el dedo de Diana, ¿te tomaste tu tiempo para reflexionar sobre las promesas que implicaba? —dijo Philippe, en voz cada vez más alta.

—Toda mi vida y el final de la misma. Y una advertencia para recordar el pasado.

Matthew intentó darle una patada a su padre, pero Philippe anticipó el movimiento y bajó la mano para girar el cuchillo que continuaba hundido en la pierna de su hijo. Matthew siseó de dolor.

—Siempre te acompaña la oscuridad, nunca la luz —dijo Philippe, antes de soltar una imprecación. Luego dejó caer la espada y le dio una patada para dejarla fuera del alcance de Matthew, mientras apretaba los dedos alrededor del cuello de su hijo—. ¿Veis sus ojos, Diana?

—Sí —susurré.

—Dad un paso más hacia mí.

Cuando lo hice, Matthew empezó a retorcerse, como si su padre estuviera ejerciendo una presión demoledora sobre su tráquea. Grité y la refriega empeoró.

—Matthew tiene rabia de sangre. Nosotros, los *manjasang*, estamos más cerca de la naturaleza que el resto de las criaturas; somos puros depredadores, no importa cuántas lenguas hablemos o la delicadeza de nuestras ropas. El lobo que hay en él está intentando liberarse para poder matar.

—¿Rabia de sangre? —preguté, en un susurro.

—No todos los de nuestra especie somos propensos a ello. La enfermedad está en la sangre de Ysabeau, pasó de su hacedora a sus hijos. Ysabeau y Louis se libraron, pero Matthew y Louisa no. Y el hijo de Matthew, Benjamin, también sufre la dolencia.

Aunque no sabía nada de ese hijo, Matthew me había contado historias espeluznantes sobre Louisa. Esa misma tendencia al exceso, de transmisión sanguínea, se encontraba también en la sangre de Matthew... y podría contagiar a cualquiera de los hijos que pudiéramos tener. Justo cuando creía que conocía todos los secretos que alejaban a Matthew de mi cama, allí había otro: el temor a aquella enfermedad hereditaria.

—¿Qué es lo que la desencadena? —dije, obligando a aquellas palabras a superar la tirantez de mi garganta.

—Muchas cosas, y es peor cuando está cansado o hambriento. Matthew no es dueño de sí mismo cuando la rabia lo invade, y puede hacerle actuar contra su propia naturaleza.

«Eleanor. ¿Podría ser que fuera así como había muerto uno de los grandes amores de Matthew, atrapada entre un Matthew rabioso y un Baldwin en Jerusalén?». Las repetidas advertencias que me hacía sobre su posesividad y el peligro que podría significar ya no parecían vanas. Al igual que mis ataques de pánico, aquello era una reacción fisiológica que Matthew nunca sería capaz de controlar por completo.

—¿Es por eso por lo que le ordenasteis bajar aquí hoy? ¿Para obligarle a mostrar sus puntos débiles al mundo? —le pregunté furiosa a Philippe—. ¿Cómo habéis podido hacerlo? ¡Sois su padre!

—Somos una raza traicionera. Puede que un día me vuelva contra él. —Philippe se encogió de hombros—. O podría volverme contra vos, bruja.

Al oír aquello, Matthew invirtió los roles y empezó a empujar a Philippe hacia la pared del fondo. Antes de que pudiera sacar ventaja, Philippe lo agarró por el cuello. Ambos permanecieron de pie, nariz con nariz.

—Matthew —dijo Philippe secamente.

Su hijo continuaba empujando y su humanidad había desaparecido. El único deseo de Matthew era vencer a su oponente, o matarlo si así debía ser. Había habido momentos en nuestra breve relación en que las aterradoras leyendas humanas sobre los vampiros tenían sentido, y aquel era uno de ellos. Pero yo quería que mi Matthew regresara. Di un paso hacia él, pero solo conseguí que su rabia aumentara.

—No os acerquéis más, Diana.

—No queréis hacer eso, milord —dijo Pierre, aproximándose a su señor. Extendió un brazo. Oí un chasquido y observé cómo el brazo del sirviente caía inútil a un lado con el

hombro y el codo rotos, además de ver manar sangre de una herida que tenía en el cuello. Pierre hizo un gesto de dolor, mientras levantaba los dedos para presionar el salvaje mordisco.

—¡Matthew! —grité.

Fue lo peor que pude haber hecho. Al oír mi angustia, se volvió más salvaje. Ahora Pierre no era más que un obstáculo para él. Matthew lo lanzó al otro lado de la estancia, donde chocó contra la pared del almacén de heno, todo ello sin dejar de apretar con una mano el cuello de su padre.

—Silencio, Diana. Matthew está más allá de los límites de la razón. ¡Matthaios! —Philippe ladró su nombre. Matthew dejó de intentar empujar a su padre para alejarlo de mí, aunque no lo soltó—. Sé lo que has hecho. —Philippe esperó a que Matthew se diera cuenta de lo que estaba diciendo—. ¿Me oyes, Matthew? Conozco mi futuro. Habrías contenido la rabia si hubieras podido.

Philippe había deducido que su hijo lo había matado, pero no cómo ni por qué. La única explicación que podía encontrar era la enfermedad de Matthew.

—No lo sabes —dijo Matthew, paralizado—. No es posible. —Te comportas como siempre que te lamentas de un asesinato: pareces culpable, furtivo y distraído —dijo Philippe—. *Te absolvo*, Matthaios.

—Me llevaré a Diana —dijo Matthew con súbita lucidez—. Continuemos nosotros, Philippe.

—No. Nos enfrentaremos a ello juntos, los tres —dijo Philippe, con el rostro rebosante de compasión. Estaba equivocada. Philippe no estaba intentando acabar con Matthew, sino con su sentimiento de culpa. Philippe no le había fallado a su hijo, después de todo.

—¡No! —gritó Matthew, intentando zafarse de él. Pero Philippe era más fuerte.

—Te perdono —repitió su padre, rodeando a su hijo con los brazos en un feroz abrazo—. Te perdono.

Matthew se estremeció una vez, su cuerpo tembló de la cabeza a los pies y luego se quedó sin vida, como si algún espíritu maligno lo hubiera abandonado.

—*Je suis désolé* —susurró, arrastrando las palabras emocionado—. Lo siento mucho.

—Y yo te he perdonado. Ahora debes dejarlo atrás. —Philippe soltó a su hijo y me miró—. Acercaos a él, Diana, sed precavida. Continúa sin ser él mismo.

Ignoré a Philippe y fui rápidamente hacia Matthew. Él me estrechó entre sus brazos y respiró mi aroma como si este tuviera la fuerza que lo sustentaba. Pierre avanzó, también, con el brazo ya curado. Le tendió a Matthew un paño para las manos, que tenía manchadas de sangre. La feroz mirada de Matthew mantenía a su sirviente a varios pasos de distancia, mientras el paño blanco ondeaba como una bandera de rendición. Philippe retrocedió unos cuantos pasos y Matthew clavó los ojos en aquel repentino movimiento.

—Son tu padre y Pierre —dije, tomando el rostro de Matthew entre las manos. Paulatinamente, el negro de sus ojos se fue retrayendo mientras el anillo de un iris verde oscuro aparecía primero, luego un trozo de gris y luego el característico verde celadón que bordeaba la pupila.

—Dios santo. —Matthew parecía disgustado. Me cogió las manos y las apartó de su cara—. Hacía siglos que no perdía así el control.

—Estás débil, Matthew, y tienes la rabia de sangre demasiado a flor de piel. Si la Congregación cuestionara tu derecho a estar con Diana y respondieras así, estarías perdido.

No podemos dejar que quepa la menor duda de que se trata de una De Clermont. —Philippe se pasó el pulgar ostensiblemente por los dientes de abajo. De la herida brotó una sangre de color púrpura oscuro—. Ven aquí, hija.

—¡Philippe! —Matthew me hizo retroceder, anonadado—. ¡Tú nunca...!

—«Nunca» es demasiado tiempo. No finjas saber más de mí que de ti, Matthaios.

—Philippe me observó con seriedad—. No hay nada que temer, Diana. —Miré a Matthew para asegurarme de que aquello no iba a dar lugar a un nuevo brote de rabia.

—Ve con él.

Matthew me soltó, mientras las criaturas del altillo observaban fascinados.

—Los *manjasang* crean familias por medio de la muerte y la sangre —dijo Philippe cuando me personé ante él. Sus palabras hicieron vibrar de miedo mis huesos instintivamente. Emborrónó el pulgar dibujando una curva que comenzaba en el centro de la frente, cerca del nacimiento del pelo, me pasaba por la sien y terminaba en la ceja—. Con esta marca has muerto, eres una sombra entre los vivos sin clan ni familia. —El pulgar de Philippe regresó al lugar donde había empezado y trazó el reflejo de la marca en el otro lado, finalizando entre mis cejas. Mi tercer ojo de bruja hormigueó al notar la fría sensación de la sangre del vampiro—. Con esta marca has renacido, eres mi hija por un juramento de sangre y por siempre serás miembro de mi familia.

Los almacenes de heno también tenían esquinas. Las palabras de Philippe las encendieron con trémulas hebras de color —no solo azules y ambarinas, sino también verdes y doradas—. El sonido que emitían los hilos se levantaron en un suave lamento de protesta. Después de todo, otra familia me esperaba en otra época. Pero los murmullos de aprobación que se oyeron en el granero pronto ahogaron aquel sonido. Philippe alzó la vista hacia el altillo como si, por primera vez, se hubiera percatado de que tenía espectadores.

—En cuanto a vosotros..., *madame* tiene enemigos. ¿Quién está dispuesto a defenderla cuando milord no pueda? —Aquellos que tenían algunos conocimientos de inglés tradujeron la pregunta a los demás.

—*Mais il est debout* —protestó Thomas, señalando a Matthew.

Philippe se ocupó de Matthew, que se había levantado, y, sujetando la pierna herida de su hijo por la rodilla, le hizo tumbarse de espaldas con un ruido sordo.

—¿Quién está con *madame*? —repitió Philippe, presionando el cuello de Matthew suavemente con la bota.

—*Moi*.

Fue Catrine, mi asistente y doncella daimónica, la primera en hablar.

—*Moi aussi* —manifestó Jehanne, quien, aunque era mayor que ella, seguía a su hermana adondequiera que fuera.

Una vez que las chicas hubieron declarado su lealtad, Thomas y Étienne unieron su suerte a la mía, al igual que el herrero y Chef, que había aparecido en el altillo con un cesto de guisantes secos. Este miró a sus ayudantes, que accedieron también a regañadientes.

—Los enemigos de *madame* llegarán sin avisar, así que debéis estar preparados. Catrine y Jehanne los distraerán. Thomas mentirá. —Los adultos se rieron con complicidad—. Étienne, tú debes ir corriendo a buscar ayuda, preferiblemente a milord. En cuanto a ti, ya sabes qué hacer —le dijo Philippe a Matthew en tono grave.

—¿Y mi función? —pregunté.

—Pensar, como has hecho hoy. Pensar... y sobrevivir. —Dicho aquello, Philippe dio unas palmadas—. Basta de diversión. Volved al trabajo.

Entre quejas bienintencionadas, la gente del altillo del heno se dispersó para

reanudar sus tareas. Con un movimiento de cabeza, Philippe envió a Alain y a Pierre tras ellos. Philippe los siguió y se quitó la camisa mientras se iba. Curiosamente, volvió y arrojó la prenda arrugada a mis pies. Acurrucado en ella, había un copo de nieve.

—Ocúpate de la herida que tiene en la pierna y de la de encima del riñón, que es más profunda de lo que hubiera deseado —me ordenó Philippe. Luego, él también desapareció.

Matthew se puso de rodillas y empezó a temblar. Lo agarré por la cintura y lo tumbé suavemente en el suelo. Matthew intentó zafarse y estrecharme entre sus brazos.

—No seas terco —dije—, no necesito consuelo. Deja que yo te cuide a ti por una vez.

Inspeccioné las heridas, empezando por las que Philippe había señalado. Con la ayuda de Matthew, retiré las calzas desgarradas de la herida del muslo. La daga había penetrado profundamente, pero el corte ya se estaba cerrando gracias a las propiedades curativas de la sangre de los vampiros. De todos modos, puse una bola de nieve alrededor: Matthew me había asegurado que eso ayudaría, aunque su carne exhausta no estaba mucho más tibia. La herida del riñón también se estaba curando, pero el cardenal que la rodeaba me llevó a compadecerme y a hacer un gesto de dolor.

—Creo que sobrevivirás —dije, mientras ponía una última bola de nieve en su sitio, bajo su costado izquierdo. Le aparté el pelo de la frente con una caricia. Una mancha de sangre medio seca que tenía al lado del ojo había capturado algunos mechones negros. Dulcemente, los liberé.

—Gracias, *mon coeur*. Ya que me estás limpiando, ¿te importaría que te devolviera el favor y te quitara la sangre de Philippe de la frente? —Matthew parecía avergonzado—. Es por el olor, ¿sabes? No me gusta que huelas a él.

Temía que regresara la rabia de sangre. Yo misma me froté la piel y mis dedos salieron teñidos de negro y rojo.

—Debo de parecer una sacerdotisa pagana.

—Sí, más que habitualmente. —Matthew cogió un poco de la nieve que tenía en el muslo y la usó junto con el dobladillo de su camisa para retirar el rastro que quedaba de mi adopción.

—Háblame de Benjamin —dije, mientras me limpiaba la cara.

—Convertí a Benjamin en vampiro en Jerusalén. Le di mi sangre con la intención de salvarle la vida. Pero al hacerlo lo despojé de la razón. Y también del alma.

—¿Y tiene tu tendencia a la rabia?

—¡Tendencia! Parece que hablas de tener la tensión alta. —Matthew sacudió la cabeza, sorprendido—. Ven. Te congelarás si te quedas ahí más tiempo.

Lentamente, regresamos al palacete cogidos de la mano. Por una vez, ninguno de nosotros se preocupó por quién estaría mirando o por lo que pensarían si lo hicieran.

La nieve estaba cayendo y hacía que el adusto paisaje invernal moteado volviera a parecer suave. Levanté la vista hacia Matthew bajo la luz que se iba apagando y vi a su padre una vez más en los duros rasgos de su rostro y en la manera en que sus hombros se combaban bajo las cargas que soportaban.

Al día siguiente era la fiesta de San Nicolás y el sol brillaba sobre la nieve que había caído esa semana. El palacetese había animado considerablemente con aquel clima más benévolo, aunque todavía era Adviento, un período sombrío de reflexión y oración.

Tarareando entre dientes, me dirigí a la biblioteca para recuperar mi alijo de libros de alquimia. Aunque llevaba unos cuantos a la bodega cada día, tenía cuidado de devolverlos. Había dos hombres hablando dentro de la sala llena de libros. Reconocí el tono tranquilo, casi perezoso, de Philippe. El otro no me resultaba familiar. Abrí la puerta.

—Ya está aquí —dijo Philippe mientras entraba. El hombre que estaba con él se volvió y la piel me hormigueó.

—Me temo que su francés no es demasiado bueno y su latín es aún peor —dijo Philippe, excusándose—. ¿Habláis inglés?

—Lo suficiente —respondió el brujo. Sus ojos recorrieron mi cuerpo e hicieron hormigear mi piel—. La muchacha parece gozar de buena salud, pero no debería estar aquí entre vuestra gente, *sieur*.

—Con gusto me libraría de ella, *monsieur* Champier, pero no tiene ningún sitio adonde ir y necesita la ayuda de un hermano brujo. Por eso os he hecho llamar. Venid, *madame* Roydon —dijo Philippe, mientras me hacía un gesto para que me acercara.

Cuanto más cerca estaba, más incómoda me sentía. El aire parecía estar saturado, rebosante de una corriente casi eléctrica. El ambiente estaba tan cargado que casi esperaba oír un trueno. Peter Knox me había invadido la mente y Satu me había infligido un gran dolor en La Pierre, pero ese brujo era diferente y, en cierto modo, incluso más peligroso. Pasé rápidamente por delante de este y miré a Philippe, exigiéndole una explicación sin mediar palabra.

—Este es André Champier —me dijo—. Es tipógrafo y vive en Lyon. Tal vez hayáis oído hablar de su primo, el apreciado físico que lamentablemente ya ha abandonado este mundo y no podrá compartir sus conocimientos sobre asuntos filosóficos y médicos.

—No —susurré. Miré a Philippe, con la esperanza de que me diera alguna pista de lo que esperaba que hiciera—. Creo que no.

Champier inclinó la cabeza para agradecer los cumplidos de Philippe.

—No llegué a conocer a mi primo, *sieur*, dado que falleció antes de que yo naciera. Pero es un placer oír hablar de él con tanto respeto. —Teniendo en cuenta que el tipógrafo parecía al menos veinte años mayor que Philippe, debía de saber que los De Clermont eran vampiros.

—Era un gran estudioso de la magia, como vos. —El comentario de Philippe era típicamente natural, lo que impedía que sonara obsequioso. Me lo explicaba a mí—. Este es el brujo al que mandé llamar poco después de vuestra llegada, creyendo que podría ser capaz de ayudarnos a resolver el misterio de vuestra magia. Asegura haber sentido vuestro poder cuando se encontraba a cierta distancia de Sept-Tours.

—Aunque al parecer el instinto me ha fallado —murmuró Champier—. Ahora que estoy con ella, después de todo no parece que tenga demasiado poder. Puede que no sea la bruja inglesa de la que habla la gente en Limoges.

—¿En Limoges, eh? Qué extraordinario que las noticias sobre ella viajen tan lejos y tan rápido. Pero *madame* Roydon es, afortunadamente, la única inglesa errante que hemos tenido que acoger, *monsieur* Champier. —Los hoyuelos de Philippe hicieron acto de presencia un instante mientras se servía un poco de vino—. Ya es suficientemente penoso que el país esté plagado en esta época del año de vagabundos franceses como para que nos invadan también los extranjeros.

—Las guerras han expulsado a muchos de ellos de sus hogares.

Champier tenía un ojo azul y otro marrón. Era una señal de que se trataba de un poderoso vidente. El brujo tenía una fuerte energía que se alimentaba del poder latente en la

atmósfera que lo rodeaba. Instintivamente, di un paso atrás.

—¿Es eso lo que os ha sucedido, *madame*?

—Quién sabe qué horrores habrá visto o vivido —dijo Philippe, encogiéndose de hombros—. Su esposo llevaba diez días muerto cuando la encontramos en una granja aislada. *Madame* Roydon podría haber caído en las garras de todo tipo de depredadores. —El mayor de los De Clermont tenía tanto talento para inventar biografías como su hijo o como Christopher Marlowe.

—Descubriré lo que le ha sucedido. Dadme la mano. —Como no le hice caso al momento, Champier se impacientó. Entonces chascó los dedos y mi brazo izquierdo salió disparado hacia él. Un pánico agudo y amargo me invadió mientras me agarraba la mano. Acarició la piel de la palma, avanzando con parsimonia sobre cada dedo en una íntima búsqueda de información. El estómago me dio un vuelco.

—¿Su piel os permite conocer sus secretos? —preguntó Philippe con voz solo de ligera curiosidad, aunque le vibraba un músculo en el cuello.

—La piel de una bruja puede leerse como un libro. —Champier frunció el ceño y se llevó los dedos a la nariz. Olisqueó. Puso mala cara—. Lleva demasiado tiempo entre *manjasang*. ¿Quién se ha estado alimentando de ella?

—Eso está prohibido —dijo Philippe con voz aterciopelada—. Nadie en mi hogar ha derramado la sangre de la muchacha, ni gratuitamente ni para sustentarse.

—Los *manjasang* pueden leer la sangre de una criatura con la misma facilidad que yo puedo leer su piel. —Champier me tiró del brazo y me subió la manga, rompiendo el fino cordón que sujetaba el puño a la muñeca—. ¿Lo veis? Alguien ha estado disfrutando de ella. No soy el único que desea saber más de esta bruja inglesa.

Philippe se inclinó para inspeccionar más de cerca el codo expuesto y noté su aliento como una nube fría sobre la piel. Mi pulso bombeaba un tatuaje de alarma. ¿Qué pretendía Philippe? ¿Por qué el padre de Matthew no paraba aquello?

—La herida es demasiado antigua como para que se la hayan hecho aquí. Como ya he dicho, solo lleva en Saint-Lucien una semana.

«Pensar. Sobrevivir». Repetí las instrucciones que Philippe me había dado el día anterior.

—¿Quién os ha robado la sangre, hermana? —preguntó Champier.

—Es un corte de un cuchillo —dije, vacilante—. Me lo hice yo misma.

No es que fuera mentira, pero tampoco era toda la verdad. Recé para que la diosa lo pasara por alto. Mis plegarias no fueron atendidas.

—*Madame* Roydon me está ocultando algo... y también a vos, creo. Debo informar de ello a la Congregación. Es mi deber, *sieur*. —Champier miró expectante a Philippe.

—Desde luego —murmuró este—. No me interpondría entre vos y vuestra obligación ni en sueños. Me gustaría servir de ayuda.

—Si pudierais sujetarla, os lo agradecería. Debemos ahondar más para descubrir la verdad —dijo Champier—. A la mayoría de las criaturas el examen les parece doloroso e incluso aquellas que no tienen nada que ocultar se resisten instintivamente a que un brujo las toque.

Philippe tiró de mí desembarazándome de Champier y me sentó bruscamente en su silla. Me puso una mano alrededor del cuello y la otra en la coronilla.

—¿Así?

—Eso es ideal, *sieur*. —Champier se puso de pie delante de mí, frunciendo el ceño al verme la frente—. Pero ¿qué es esto? —Sus dedos manchados de tinta me acariciaron la

faz. Sentía sus manos como si fueran escalpelos. Me quejé y me retorcí.

—¿Por qué cuando la tocáis siente tanto dolor? —preguntó Philippe.

—Es el acto de la lectura lo que lo inflige. Imaginad que es como extraer un diente —explicó Champier. Levantó los dedos un breve y dichoso momento—. Le extraeré los pensamientos y los secretos de raíz, en lugar de permitir que supuren. Es más doloroso, pero no se deja nada en el tintero y proporciona una imagen más clara de lo que está intentando ocultar. Este es el gran beneficio de la magia y de una educación universitaria, ¿sabéis? La brujería y las artes tradicionales saben que las mujeres son zafias, incluso supersticiosas. Mi magia es precisa.

—Un momento, *monsieur*. Debéis perdonar mi ignorancia. ¿Estáis diciendo que esta bruja no guardará recuerdo alguno de lo que le habéis hecho o del dolor que le habéis causado?

—En absoluto, salvo la sensación residual de haber perdido algo que en su día había tenido. —Los dedos de Champier continuaron acariciándome la frente. Frunció el ceño—. Pero esto es muy extraño. ¿Por qué habrá puesto aquí su sangre un *manjasang*?

El hecho de ser adoptada por el clan de Philippe era un recuerdo que no tenía ninguna intención de que Champier tuviera. Ni tampoco quería que curiosara entre las memorias que tenía de cuando enseñaba en Yale, de Sarah y Em o de Matthew. «Mis padres». Clavé los dedos en los brazos de la silla mientras un vampiro me sostenía la cabeza y un brujo se disponía a hacer inventario y robarme los pensamientos. Aun así, ni un susurro de viento de bruja ni un destello de fuego de bruja acudieron en mi ayuda. Mi poder había enmudecido por completo.

—Fuisteis vos quien marcó a esta bruja —dijo Champier bruscamente, con mirada acusadora.

—Sí. —Philippe no ofreció ningún tipo de explicación.

—Eso es realmente inadmisibile, *sieur*. —Sus dedos continuaron sondeando mi mente. Champier abrió los ojos, maravillado—. Pero esto es imposible. ¿Cómo va a ser una...? —Dio un respingo y bajó la cabeza hacia el pecho.

Una daga sobresalía entre dos de las costillas de Champier, mientras el filo permanecía profundamente clavado en su pecho. Yo rodeaba con fuerza la empuñadura con los dedos. Cuando intentó sacarla, yo la empujé más aún. Al brujo empezaron a fallarle las rodillas.

—Déjalo, Diana —me ordenó Philippe, al tiempo que estiraba el brazo para abrirme la mano—. Va a morir y, cuando lo haga, caerá. No puedes levantar un peso muerto.

Pero yo no podía soltar la daga. El hombre seguía vivo y, mientras respirara, Champier podría arrebatarme lo que era mío.

Un rostro blanco de ojos negros apareció fugazmente por encima del hombro de Champier, antes de que una potente mano le arrancara la cabeza colgante hacia un lado con un crujido de huesos y tendones. Matthew se apoderó del cuello del hombre y bebió, ansioso.

—¿Dónde estabas, Matthew? —le espetó Philippe—. Debes actuar con rapidez. Diana lo atacó antes de que acabara de expresar lo que pensaba.

Mientras Matthew bebía, Thomas y Étienne entraron a todo correr en la habitación, con una asombrada Catrine a remolque. Se detuvieron en seco, estupefactos. Alain y Pierre se quedaron parados en el vestíbulo con el herrero, Chef y los dos soldados que solían estar de pie al lado de la puerta principal.

—*Vous avez bien fait* —les aseguró Philippe—. Todo ha acabado.

—Se suponía que tenía que pensar. —No sentía los dedos, pero al parecer tampoco podía separarlos aún de la daga.

—Y sobrevivir. Lo has hecho de forma admirable —replicó Philippe.

—¿Está muerto? —pregunté con voz ronca.

Matthew retiró la boca del cuello del brujo.

—Sin duda alguna —dijo Philippe—. Bien, supongo que hay un entrometido calvinista menos por el que preocuparse. ¿Le había dicho a alguno de sus amigos que venía aquí?

—No que yo sepa —dijo Matthew. Lentamente, sus ojos volvieron a ser grises mientras me observaba—. Diana. Mi amor. Déjame coger la daga. —En algún lugar distante, algo metálico cayó al suelo, seguido del golpe sordo de los restos mortales de André Champier. Unas manos familiares agradablemente frías me sujetaron la barbilla.

—Descubrió algo de Diana que le sorprendió —dijo Philippe.

—Ya lo he visto. Pero la daga le alcanzó el corazón antes de que pudiera descubrir qué era. —Matthew me atrajo dulcemente hacia sus brazos. Los míos se habían quedado muertos y no ofrecí resistencia.

—No pensé, no fui capaz de pensar, Matthew. Champier estaba a punto de robarme los recuerdos, de extraerlos de raíz. Los recuerdos son lo único que tengo de mis padres. ¿Y si llego a olvidar mis conocimientos de historia? ¿Cómo podría volver a casa y seguir dando clases después de eso?

—Hiciste lo correcto. —Matthew tenía un brazo enroscado alrededor de mi cintura. Con el otro me rodeaba los hombros, estrechando una de mis mejillas contra su pecho—. ¿De dónde sacaste el cuchillo?

—De mi bota. Debí de ver cómo lo guardaba ahí ayer —replicó Philippe.

—¿Lo ves? Estabas pensando, *ma lionne*. —Matthew apretó los labios contra mi pelo—. ¿Qué demonios trajo a Champier a Saint-Lucien?

—Yo lo hice —respondió Philippe.

—¿Nos has traicionado con Champier? —Matthew se volvió hacia su padre—. ¡Es una de las criaturas más abominables de toda Francia!

—Necesito confiar en ella, Matthaios. Diana conoce demasiados secretos nuestros. Tenía que saber que podría mantenerlos a salvo, incluso de su propia gente. —Philippe no parecía arrepentido—. Yo no corro riesgos con mi familia.

—¿Y habrías detenido a Champier antes de que le robara los pensamientos? —preguntó Matthew, con los ojos cada vez más negros.

—Depende.

—¿De qué? —preguntó Matthew explotando y estrechándome con más fuerza.

—Si Champier hubiera llegado hace tres días, no habría interferido. Habría sido un asunto entre brujos y no merecería la pena para la hermandad.

—Habrías permitido que mi pareja sufriera. —El tono de Matthew revelaba su incredulidad.

—Hasta ayer, habría sido responsabilidad tuya intervenir en defensa de tu pareja. En caso de que hubieras fallado, se demostraría que tu compromiso con la bruja no era lo que debería ser.

—¿Y hoy? —pregunté.

Philippe me observó.

—Hoy eres mi hija. Por lo tanto, no, no habría permitido que el ataque de Champier llegara mucho más lejos. Pero no tuve la necesidad de hacer nada, Diana. Te salvaste tú

misma.

—¿Por eso me convertisteis en vuestra hija? ¿Porque Champier estaba en camino?
—susurré.

—No. Tú y Matthew sobrevivisteis a una prueba en la iglesia y a otra en el almacén de heno. El juramento de sangre ha sido simplemente el primer paso para convertirte en una De Clermont. Y ha llegado el momento de llegar hasta el final. —Philippe se volvió hacia el segundo de a bordo—. Trae al cura, Alain, y dile a la gente del pueblo que se reúna en la iglesia el sábado. Milord se va a casar, con Biblia, cura y todo el pueblo de Saint-Lucien como testigo de la ceremonia. No quedará ningún cabo suelto en este casamiento.

—Lo he matado. —Solo para asegurarme de que el mensaje quedaba claro, señalé el cadáver del suelo.

—Alain, Pierre, por favor, llevaos a *monsieur* Champier. Está alterando a *madame*. El resto tenéis demasiadas cosas que hacer para quedaros aquí papando moscas. —Philippe esperó a que estuviéramos los tres solos antes de continuar.

—Recuerda bien lo que te digo, Diana: tu amor por mi hijo segará vidas. Algunos se sacrificarán. Otros morirán porque alguien debe hacerlo y en tu mano estará decidir si lo harás tú, ellos o alguien a quien amas. Por tanto, debes preguntarte lo siguiente: ¿qué importa quién aseste el golpe mortal? Si no lo haces tú, lo hará Matthew. ¿Preferirías que fuera él quien cargara con el peso de la muerte de Champier sobre su conciencia?

—Por supuesto que no —aseguré al instante.

—¿Pierre, entonces? ¿O Thomas?

—¿Thomas? ¡Si solo es un niño! —protesté.

—Ese *niño* ha prometido interponerse entre tus enemigos y tú. ¿Has visto lo que llevaba en las manos? El atizador de la bodega. Thomas limó la punta metálica para convertirlo en un arma. Si tú no hubieras matado a Champier, ese *niño* se lo habría espetado en las tripas a la primera oportunidad.

—No somos animales, sino criaturas civilizadas —alegué—. Deberíamos ser capaces de hablar de esto y solucionar nuestras diferencias sin derramamiento de sangre.

—Una vez me senté a una mesa y hablé durante tres horas con un hombre: un rey. Sin duda, tú y muchos otros lo habrían considerado una criatura civilizada. Al final de la conversación, ordenó la muerte de miles de hombres, mujeres y niños. Las palabras matan tanto como las espadas.

—No está acostumbrada a nuestras maneras, Philippe —le advirtió Matthew.

—Pues entonces necesita habituarse. El momento de la diplomacia ha pasado.

Philippe no alzó la voz en ningún momento y esta no perdió su habitual monotonía. Tal vez con Matthew pudiera interpretar las señales, pero su padre todavía no había revelado nunca sus sentimientos más profundos.

—No se hable más. El sábado Matthew y tú os desposaréis. Dado que eres mi hija de sangre además de por apellido, te casarás no solo como una buena cristiana, sino de una manera que honrará a mis ancestros y a sus dioses. Esta es la última oportunidad de decir no, Diana. Si lo has reconsiderado y ya no quieres a Matthew ni la vida, y la muerte, que implica casarte con él, me aseguraré de que regreses sana y salva a Inglaterra.

Matthew me alejó de él. Fue solo cuestión de centímetros, pero era mucho más simbólico que todo eso. Incluso entonces me estaba dando la oportunidad de elegir, aunque él ya lo había hecho hacía tiempo. Y yo también.

—¿Quieres casarte conmigo, Matthew? —Teniendo en cuenta que era una asesina, me pareció apropiado preguntarle.

Philippe tosió como si se hubiera atragantado.

—Sí, Diana. Quiero casarme contigo. Ya lo he hecho, pero volveré a hacerlo gustoso para complacerte.

—Me bastaba con la primera vez. Esta es por tu padre.

Me resultaba imposible seguir pensando en el matrimonio cuando las piernas todavía me temblaban y el suelo estaba lleno de sangre.

—Entonces estamos todos de acuerdo. Acompaña a Diana a su habitación. Será mejor que se quede allí hasta que tengamos la certeza de que los amigos de Champier no andan cerca. —Philippe se detuvo de camino a la puerta—. Has encontrado una mujer digna de ti, con coraje y esperanza en abundancia, Matthaios.

—Lo sé —dijo Matthew, cogiéndome de la mano.

—Y has de saber también esto: tú eres igualmente digno de ella. Deja de lamentarte por tu vida. Empieza a vivirla.

Capítulo 12

LA boda que Philippe planeó para nosotros se prolongaría durante tres días. De viernes a domingo, el personal del palacete, los habitantes del pueblo y todo el mundo en kilómetros a la redonda participaría en lo que él insistía en denominar «asuntillo familiar».

—Hace tiempo que no celebramos un casamiento y el invierno es una estación triste del año. Se lo debemos al pueblo. —Así fue como Philippe dejó a un lado nuestras quejas. Chef también se molestó cuando Matthew insinuó que no era factible organizar tres banquetes de última hora con las despensas bajo mínimos y los cristianos en época de abstinencia. Pues sí, había una guerra y era Adviento, se había burlado Chef. Pero eso no era razón para negarse a celebrar una fiesta.

Con la casa alborotada y sin nadie que aceptara nuestra ayuda, a Matthew y a mí nos dejaron a nuestro aire.

—¿En qué consiste la ceremonia del matrimonio? —le pregunté, mientras estábamos tumbados delante de la chimenea de la biblioteca. Llevaba puesto el regalo de boda de Matthew: una de sus camisas, que me llegaba a las rodillas, y un par de sus viejas calzas. Habían descosido las costuras de la cara interna superior de las perneras y Matthew las había cosido para hacer algo vagamente parecido a unas mallas, salvo por la cinturilla elástica. Un estrecho cinturón de cuero, confeccionado a partir de un pedazo de arreo viejo que Matthew había encontrado en los establos, cumplía la función de algo similar. Era la ropa más cómoda que me había puesto desde Halloween y Matthew, que últimamente no me había visto mucho las piernas, estaba encantado.

—No tengo ni idea, *mon coeur*. Nunca he presenciado una boda griega antigua.

Los dedos de Matthew dibujaron el hueco que tenía detrás de la rodilla.

—Sin duda el sacerdote no permitirá que Philippe haga nada abiertamente pagano. La ceremonia propiamente dicha tendrá que ser católica.

—Los miembros de la familia nunca decimos «sin duda» y «Philippe» en la misma frase. Siempre acaba mal.

Matthew me dio un beso en la cadera.

—Al menos el acto de esta noche solo es un banquete. Debería superarlo sin demasiados problemas. —Suspirando, apoyé la cabeza sobre las manos—. El padre del novio suele pagar la cena del ensayo. Supongo que lo que Philippe está haciendo es básicamente lo mismo.

Matthew se echó a reír.

—Prácticamente idéntico..., siempre que el menú incluya anguila a la brasa y pavo real dorado. Además, Philippe se las ha arreglado no solo para autoproclamarse padre del novio, sino también de la novia.

—Todavía no entiendo por qué tenemos que montar este jaleo.

Sarah y Em no habían tenido ninguna ceremonia formal. En lugar de ello, una anciana del aquelarre de Madison había celebrado los esponsales. Al echar la vista atrás, aquello me recordó los votos que Matthew y yo habíamos intercambiado antes de viajar en el tiempo: algo sencillo, íntimo y rápido.

—Las bodas no son en beneficio de la novia ni del novio. La mayoría de las parejas se conformarían con estar a solas, como hicimos nosotros, decir unas cuantas palabras y luego marcharse de vacaciones. Las bodas son ritos de paso para la comunidad.

Matthew rodó y se puso de espaldas. Yo me erguí sobre los codos.

—No es más que un ritual frívolo.

—De eso nada. —Matthew frunció el ceño—. Si no es de tu agrado, debes decirlo.

—No. Dejemos que Philippe tenga su boda. Es solo que me resulta un poco...

abrumador.

—Seguro que desearías que Sarah y Emily estuvieran aquí para compartir esto con nosotros.

—Si estuvieran, les sorprendería que no me fugara. Soy una solitaria reconocida. Pensaba que tú también lo eras.

—¿Yo? —Matthew se echó a reír—. Salvo en la televisión o en las películas, los vampiros raras veces están solos. Preferimos la compañía de los demás. Hasta de las brujas, si no queda más remedio —añadió, antes de besarme para demostrarlo—. Entonces, si esta boda se celebrase en New Haven, ¿a quién invitarías? —preguntó al cabo de un rato.

—A Sarah y a Em, por supuesto. Y a mi amigo Chris. —Me mordí el labio—. Y puede que al catedrático de mi departamento. —Entonces, se hizo el silencio.

—¿Eso es todo? —Matthew parecía horrorizado.

—No tengo muchos amigos. —Inquieta, me puse de pie—. Creo que el fuego se está apagando.

Matthew volvió a tirar de mí hacia abajo.

—El fuego está bien. Y tú ahora tienes un montón de parientes y amigos.

La mención de la familia era el pistoletazo de salida que había estado esperando. Mis ojos se alejaron hasta posarse en el baúl que había a los pies de la cama. La caja de Marthe estaba escondida dentro, enterrada entre las sábanas limpias.

—Hay algo sobre lo que tenemos que hablar. —Esta vez me dejó continuar sin interferir. Saqué la caja.

—¿Qué es eso? —preguntó Matthew, frunciendo el ceño.

—Las hierbas de Marthe... Las que usa en las infusiones. Las encontré en la bodega.

—Ya. ¿Y has estado consumiéndolas? —Su pregunta era cortante.

—Claro que no. La decisión de tener o no tener hijos no puede ser solo mía.

Cuando abrí la tapa, el polvoriento aroma a hierbas secas se filtró al aire.

—Da igual lo que Marcus y Miriam dijeran en Nueva York, no hay prueba alguna de que tú y yo podamos tener hijos. E incluso los anticonceptivos herbales, como esos, pueden tener efectos secundarios peligrosos —dijo Matthew, con frialdad clínica.

—Imaginemos que, hipotéticamente, una de tus pruebas científicas revelaran que sí *podríamos* tener hijos. ¿Querrías que me tomara la infusión?

—El preparado de Marthe no es muy fiable.

Matthew apartó la mirada.

—Vale. ¿Cuáles son las alternativas? —pregunté.

—La abstinencia. La marcha atrás. Y los preservativos, aunque tampoco son muy fiables. Sobre todo los que están a nuestro alcance hoy en día.

Matthew tenía razón. Los condones del siglo XVI eran de lino, de piel o de intestinos de animal.

—¿Y si uno de esos métodos fuera fiable?

Se me estaba agotando la paciencia.

—Si, hipotéticamente, pudiéramos concebir un hijo juntos, sería un milagro y, por lo tanto, ningún anticonceptivo sería eficaz.

—El tiempo que pasaste en París no fue una pérdida de tiempo absoluta, por mucho

que tu padre lo crea así. Esta ha sido una discusión digna de un teólogo medieval.

Antes de que me diera tiempo a cerrar la caja, las manos de Matthew cubrieron las mías.

—Si pudiéramos concebir y esas infusiones fueran eficaces, seguiría queriendo que dejaras las hierbas en la bodega.

—¿Aunque pudieras transmitirle la rabia de sangre a otro niño?

Me obligué a ser honesta con él, aunque mis palabras dolieran.

—Sí. —Matthew reflexionó sobre sus palabras antes de continuar—. Cuando estudio los patrones de extinción y veo la prueba en el laboratorio de que estamos desapareciendo, parece que no hay esperanza en el futuro. Pero si detecto un solo cambio en los cromosomas, o descubro un descendiente inesperado cuando creía que una estirpe se había extinguido, la sensación de destrucción inevitable se disipa. Ahora mismo me siento igual. —Yo solía tener problemas cuando Matthew adoptaba una postura de objetividad científica, pero esa vez no fue así. Me quitó la caja de las manos—. ¿Y tú?

Llevaba intentando saberlo desde que Miriam y Marcus habían aparecido en casa de la tía Sarah con los resultados de mi ADN y habían sacado por primera vez el tema de los hijos. Aunque yo estaba segura de mi futuro con Matthew, no lo estaba tanto acerca de lo que ese futuro podría implicar.

—Ojalá tuviera más tiempo para decidir. —Aquella frase se estaba convirtiendo en mi muletilla más habitual—. Si estuviéramos todavía en el siglo XXI, me estaría tomando la píldora anticonceptiva que me recetaste. —Vacilé—. Aunque no estoy segura de que la píldora funcione en nosotras. —Matthew seguía esperando mi respuesta—. Cuando le clavé la daga de Philippe a Champier, lo único en lo que podía pensar era en que me iba a arrebatar los pensamientos y los recuerdos y en que no sería la misma persona cuando regresara a nuestra vida moderna. Pero aunque regresáramos en este preciso instante, ya seríamos personas diferentes. Todos los sitios a los que hemos ido, la gente que he conocido, los secretos que hemos compartido... Ya no soy la misma Diana Bishop y tú no eres el mismo Matthew Clairmont. Un bebé nos cambiaría todavía más.

—Entonces quieres evitar el embarazo —dijo él, con tacto.

—No estoy segura.

—Entonces la respuesta es sí. Si no estas segura de querer ser madre, debemos usar cualquier sistema de control de natalidad disponible. —La voz de Matthew era firme. Y también su barbilla.

—Sí quiero ser madre. Y me sorprende cuánto lo deseo, a decir verdad. —Me apreté las sienes con los dedos—. Me gusta la idea de que criemos juntos a un niño. Pero me parece demasiado pronto.

—Es pronto. Así que haremos lo que podamos para minimizar el riesgo hasta que estés preparada, si llegas a estarlo. Pero no eches las campanas al vuelo. La ciencia es clara, Diana: los vampiros se reproducen por resurrección, no por procreación. Puede que nuestra relación sea diferente, pero no somos tan especiales como para echar por tierra miles de años de biología.

—La ilustración del enlace alquímico del Ashmole 782... se refiere a nosotros. Lo sé. Y Miriam tenía razón: el siguiente paso en el proceso de transformación alquímica tras el enlace del oro y la plata es la concepción.

—¿La concepción? —exclamó Philippe desde la puerta, arrastrando las palabras. Sus botas crujieron mientras se separaba del marco—. Nadie ha mencionado tal posibilidad.

—Porque es imposible. He practicado sexo con otras mujeres de sangre caliente y

nunca se han quedado embarazadas. Puede que la intención de la imagen del enlace alquímico sea transmitir un mensaje, como dice Diana, pero las probabilidades de que la imagen se convierta en realidad son mínimas. —Matthew sacudió la cabeza—. Ningún *manjasang* ha engendrado jamás un hijo de esa manera.

—«Nunca» es demasiado tiempo, Matthew, como ya te he dicho. En cuanto a las cosas imposibles, llevo más tiempo sobre la faz de la tierra que los recuerdos de los hombres y he visto cosas que las generaciones posteriores han negado, calificándolas de mito. Hubo un tiempo en que había criaturas que nadaban como los peces en el mar y otras que blandían rayos en lugar de lanzas. Ahora se han ido y han sido reemplazadas por algo nuevo. «El cambio es la única certeza que hay en el mundo».

—Heráclito —murmuré.

—El más listo de los hombres —dijo Philippe, complacido porque hubiera reconocido la cita—. A los dioses les gusta sorprendernos cuando nos volvemos displicentes. Es su forma favorita de entretenimiento —aseguró. Solo entonces se fijó en mi atípico atuendo—. ¿Por qué llevas la camisa y las calzas de Matthew?

—Me las ha regalado. Se parece bastante a lo que visto en mi época y Matthew quería que estuviera cómoda. Él mismo ha cosido las perneras, creo. —Me volví para enseñar el conjunto—. ¿Quién iba a imaginar que los hombres De Clermont sabrían enhebrar una aguja, por no hablar de coser una costura recta?

Philippe alzó las cejas.

—¿Creías que Ysabeau nos remendaba las prendas rasgadas cuando regresábamos a casa tras la batalla?

El hecho de pensar en Ysabeau cosiendo tranquilamente mientras esperaba a que sus hombres regresaran me hizo reír.

—Difícilmente.

—Veo que la conoces bien. Si estás resuelta a vestir como un muchacho, al menos ponte bombachos. Como te vea el sacerdote, se le detendrá el corazón y la ceremonia de mañana tendrá que ser aplazada.

—Si no voy a salir afuera —dije, frunciendo el ceño.

—Me gustaría llevarte a un lugar sagrado para los antiguos dioses antes de que estés casada. No está lejos —dijo Philippe cuando Matthew cogió aire para protestar—. Y me gustaría que nos dejaras a solas, Matthaios.

—Os veré en los establos —respondí sin vacilar. Pasar un rato en contacto con el aire fresco me proporcionaría una buena oportunidad para aclararme la mente.

Una vez fuera, disfruté de los agujonazos del aire frío en las mejillas y de la invernal paz del campo. Pronto Philippe y yo llegamos a la cima de una montaña que era más plana que la mayoría de las crestas redondeadas que envolvían Sept-Tours. El suelo estaba salpicado de protuberancias pétreas que se me antojaban extrañamente simétricas. Aunque ancestrales y cubiertas de vegetación, aquellos no eran afloramientos rocosos naturales. Estaban hechos por la mano del hombre.

Philippe se balanceó para bajarse del caballo y me hizo una señal para que hiciera lo mismo. Una vez que hube desmontado, me agarró del codo y me guio a través de dos de los extraños bultos para entrar en una tersa extensión de terreno cubierto de nieve. Lo único que estropeaba la prístina superficie eran las pisadas de algunos animales salvajes: la silueta en forma de corazón de las pezuñas de un ciervo, las huellas de cinco garras de un oso, la combinación de almohadillas triangulares y ovals pertenecientes a un lobo...

—¿Qué sitio es este? —preguté, bajando la voz.

—Un templo dedicado a Diana se erguía aquí en su día, con vistas a los bosques y a los valles donde a los venados les gustaba correr. Aquellos que veneraban a la diosa plantaron cipreses sagrados para que crecieran junto con los robles y los alisos endémicos. —Philippe señaló las finas columnas verdes que se erguían haciendo guardia alrededor de la zona—. Quería traerte aquí porque, cuando era niño, en un lugar muy lejano y antes de convertirme en *manjasang*, las novias acudían a un templo como este antes del casamiento y ofrecían un sacrificio a la diosa. Entonces nosotros la llamábamos Artemisa.

—¿Un sacrificio? —Tenía la boca seca. Ya había habido suficiente derramamiento de sangre.

—No importa cuánto cambiemos, es importante recordar el pasado y honrarlo. —Philippe me tendió un cuchillo y una bolsa cuyo contenido se movía y tintineaba—. También es prudente corregir antiguos errores. Las diosas no siempre han estado satisfechas con mis acciones. Me gustaría asegurarme de que Artemisa recibe su tributo antes de que mi hijo se case contigo mañana. El cuchillo es para cortarte un mechón de cabello. Es un símbolo de tu juventud y la ofrenda tradicional. El dinero es símbolo de tu valía. —Philippe bajó la voz hasta que esta se convirtió en un susurro conspiratorio—. Habría puesto más, pero tenía que guardar un poco para el dios de Matthew, también.

Philippe me llevó hasta un pequeño pedestal en el centro de la estructura en ruinas. Una serie de ofrendas descansaban sobre él: una muñeca de madera, el zapato de un niño, un cuenco de grano empapado y lleno de nieve.

—Me sorprende que alguien siga viniendo aquí —dije.

—Por toda Francia, las mujeres todavía rinden pleitesía a la luna cuando está llena. Tales hábitos son difíciles de desterrar, especialmente aquellos que sirven de consuelo a la gente durante los tiempos difíciles.

Philippe avanzó hacia el altar improvisado. No se inclinó, ni se arrodilló ni hizo ningún otro de los gestos familiares de respeto a una deidad, pero, cuando empezó a hablar, lo hizo en voz tan baja que tuve que aguzar el oído para escucharlo. Aquella extraña mezcla de griego e inglés no tenía demasiado sentido. Las solemnes intenciones de Philippe estaban claras, sin embargo.

—Artemisa Agrotera, renombrada cazadora, Alcides Leontothymos os ruega que acojáis a esta muchacha, Diana, en vuestro seno. Artemisa Lykeia, dama de los lobos, protegedla en todos los sentidos. Artemisa Patrôia, diosa de mis ancestros, bendicidla con hijos para que mi linaje se perpetúe.

«El linaje de Philippe». Ahora yo formaba parte de él, no solo gracias al juramento de sangre, sino también a través del matrimonio.

—Artemisa Phôosphoros, traed la luz de vuestra sabiduría cuando ella se encuentre en la oscuridad. Artemisa Upis, cuidad de vuestra homónima durante su viaje en este mundo.

Cuando Philippe finalizó la invocación, me empujó hacia delante.

Después de poner cuidadosamente la saca de monedas al lado del zapato de niño, levanté la mano y me cogí un mechón de pelo de la nuca. El cuchillo estaba afilado y extirpó el rizo fácilmente de una sola tajada.

Nos quedamos en silencio bajo la luz vespertina, cada vez más tenue. Una onda de energía barrió el suelo bajo mis pies. La diosa estaba allí. Por un instante, pude imaginarme el templo como una vez había sido: pálido, brillante, entero. Miré de reojo a Philippe. Con una piel de oso sobre los hombros, él también parecía un superviviente salvaje de un mundo perdido. Y estaba esperando algo.

Un ciervo blanco de astas curvadas se abrió paso entre los cipreses y se quedó allí quieto, echando vapor por las ventanas de la nariz al respirar. Con paso silencioso, vino hacia mí. Tenía unos enormes y desafiantes ojos castaños y estaba lo suficientemente cerca como para dejarme ver los afilados extremos de sus cuernos. El ciervo miró con altivez a Philippe y bramó. Era el saludo de una bestia a otra.

—*Sas epharisto* —dijo con seriedad Philippe, mientras posaba la mano sobre el corazón. Luego se volvió hacia mí—. Artemisa ha aceptado tus ofrendas. Ya podemos irnos.

Matthew estaba atento para tratar de oír cualquier ruido que le indicara que habíamos llegado y, cuando entramos, nos estaba esperando en el patio, con expresión incierta.

Le dirigí una sonrisa que expresaba confianza, o eso esperaba, antes de subir al piso de arriba. A medida que caía la oscuridad, un zumbido de actividad me decía que el palacete se estaba llenando de gente. Pronto Catrine y Jehanne vinieron a acicalarme. El vestido que habían dispuesto era, con mucho, la prenda más magnífica que había llevado jamás. Ahora el tejido verde oscuro me recordaba a los cipreses que había al lado del templo, más que al acebo que adornaba el palacete en Adviento. Y las hojas de roble plateadas bordadas en el corpiño atrapaban la luz del sol poniente.

Los ojos de las muchachas brillaban cuando acabaron. Yo solo había podido ver un instante mi pelo (recogido en espiral y trenzado) y mi pálido rostro en el pulido espejo de plata de Louisa. Pero sus caras indicaban que mi transformación era digna de una boda.

—*Bien* —dijo Jehanne con suavidad.

Catrine abrió la puerta con gesto dramático y las puntadas de plata del vestido cobraron vida bajo la antorcha del pasillo. Contuve el aliento mientras esperaba la reacción de Matthew.

—*Jesu* —dijo este, anonadado—. Estás preciosa, *mon coeur*. —Matthew me tomó las manos y me levantó los brazos para ver el efecto del conjunto—. Santo Dios, ¿llevas dos pares de mangas?

—Creo que son tres —dije, riendo. Llevaba puesto un blusón de lino con apretados puños de encaje, unas ajustadas mangas verdes a juego con el corpiño y las sayas y unas voluminosas mangas farol de seda verde que bajaban desde los hombros y se recogían en los codos y las muñecas. Jehanne, que había estado el pasado año en París para ocuparse de Louisa, me aseguró que el diseño estaba *à la mode*.

—¿Pero cómo se supone que voy a besarte con todo eso de por medio? —Matthew me pasó un dedo por el cuello. —La gola plisada, que sobresalía sus buenos diez centímetros, vibró a modo de respuesta.

—Si la aplastas, a Jehanne le dará un ataque —murmuré mientras él me estrechaba con cuidado el rostro entre sus manos. Ella había usado un artilugio que recordaba a unas tenacillas para curvar metros de lino y convertirlos en aquellas crepitantes estructuras en forma de ocho. Le había llevado horas.

—No te preocupes. Soy todo un experto. —Matthew se inclinó y presionó su boca contra la mía—. ¿Ves? No he tocado ni un pliegue.

Alain tosió con discreción.

—Os están esperando.

—Matthew —dije, cogiéndolo de la mano—, tengo que decirte algo.

Él avanzó hacia Alain y nos quedamos solos en el pasillo.

—¿De qué se trata? —preguntó, inquieto.

—He enviado a Catrine a la bodega para que tire las hierbas de Marthe. —Aquello era un paso mayor hacia lo desconocido que el que había dado en el almacén de lúpulo de Sarah para llevarnos hasta allí.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —dije, recordando las palabras de Philippe en el templo.

Nuestra entrada en el salón fue recibida con susurros y miradas de reojo. Mi cambio de apariencia había sido notable y los asentimientos que veía me decían que, finalmente, parecía hecha para casarme con milord.

—Ahí están —bramó Philippe desde la mesa habitual de la familia. Alguien empezó a aplaudir y pronto el salón repiqueteó con el sonido. La sonrisa de Matthew era tímida al principio, pero, a medida que el ruido aumentaba, creció hasta convertirse en una sonrisa de orgullo.

Estábamos sentados en los lugares de honor, uno a cada lado de Philippe, que pidió entonces el primer plato y un poco de música para acompañarlo. Se ofrecieron pequeñas porciones de todo lo que Chef había preparado. Había decenas de platos: una sopa hecha con garbanzos, anguila a la brasa, un delicioso puré de lentejas, bacalao salado en salsa de ajo y un pescado entero que nadaba en un viscoso mar de gelatina, con brotes de lavanda y romero que representaban plantas marinas. Philippe explicó que el menú había sido objeto de acaloradas negociaciones entre Chef y el cura del pueblo. Tras el intercambio de varias embajadas, ambos se habían puesto finalmente de acuerdo en que la comida de aquella noche excluiría estrictamente los alimentos prohibidos en la dieta de los viernes, es decir, carne, leche y queso, mientras que el banquete del día siguiente sería un gran espectáculo sin restricciones.

Como correspondía al novio, las raciones de Matthew eran un poco más abundantes que las mías: algo del todo innecesario, ya que él no comía nada y bebía poco. Los hombres de las mesas adyacentes bromeaban con él sobre la necesidad de fortalecerse para las terribles experiencias que se le avecinaban.

Cuando el hipocrás empezó a correr y un delicioso guirlache hecho con nueces y miel fue pasando por la mesa, sus comentarios se volvieron descaradamente procaces y las respuestas de Matthew igualmente corrosivas. Por suerte, la mayoría de los insultos y consejos eran en idiomas que yo no acababa de entender, pero Philippe me tapaba los oídos con las manos de vez en cuando, de todos modos.

Mi corazón se animó a medida que las risas y la música aumentaban. Esa noche, Matthew no parecía un vampiro de mil quinientos años, sino un novio cualquiera la noche antes de su boda: avergonzado, complacido, un poco ansioso. Ese era el hombre al que amaba y mi corazón daba un brinco cada vez que su mirada se posaba en mí.

Los cánticos empezaron cuando Chef sirvió la última selección de vinos, el hinojo escarchado y las semillas de cardamomo. Un hombre que estaba en el extremo opuesto del salón empezó a cantar con una profunda voz de bajo y sus vecinos captaron la tonada. Pronto todo el mundo empezó a unirse con tantos pateos y palmas que era imposible oír a los músicos, quienes intentaban seguirles el ritmo desesperadamente.

Mientras los invitados estaban ocupados inventando nuevas canciones, Philippe hizo las rondas, saludando a todos por su nombre. Lanzó bebés al aire, preguntó por

animales y escuchó atentamente mientras los ancianos hacían inventario de sus molestias y dolores.

—Míralo —dijo Matthew maravillado, mientras me cogía de la mano—. ¿Cómo se las arregla Philippe para hacer que cada uno de ellos se sienta el invitado más importante de la sala?

—Dímelo tú —respondí, riéndome. Al ver que Matthew parecía confuso, sacudí la cabeza—. Matthew, sois exactamente iguales. Lo único que tú tienes que hacer para hacerte cargo de una sala llena de gente es entrar en ella.

—Si quieres un héroe como Philippe, te llevarás una decepción conmigo —dijo. Tomé su rostro entre mis manos.

—Como regalo de boda, me gustaría disponer de un conjuro que te permitiera verte como lo hacen los demás.

—A juzgar por lo que veo reflejado en tus ojos, estoy como siempre. Un poco nervioso, tal vez, por lo que Guillaume acaba de compartir conmigo acerca de los apetitos carnales de las mujeres mayores —bromeó Matthew, intentando distraerme. Pero yo no quise saber nada del asunto.

—Si no ves a un líder de masas, es porque no te has mirado con atención.

—Nuestras caras estaban tan cerca que podía oler su aliento especiado. Sin pensar, lo atraje hacia mí. Philippe había intentado decirle a Matthew que era digno de ser amado. Tal vez un beso sería más convincente.

En la distancia, oí gritos y más aplausos. Luego se oyeron unos gritos.

—¡Déjale a la muchacha algo que ir a buscar mañana, Matthaios, o puede que no se reúna contigo en la iglesia! —gritó Philippe, haciendo que la multitud prorrumpiera en nuevas carcajadas. Matthew y yo nos separamos felices y avergonzados. Eché un vistazo al salón y vi al padre de Matthew al lado de la chimenea, tocando un instrumento de siete cuerdas. Matthew me dijo que era una cítara. Se hizo en la sala un silencio de expectación.

—Cuando era niño, siempre se contaban historias al final de un banquete como este, y gestas de héroes y grandes guerreros. —Philippe punteó las cuerdas, dando lugar a un torrente sonoro—. Y, como todos los hombres, los héroes también se enamoran.

—continuó con el rasgueo, arrullando a la audiencia al ritmo de la historia—. Un héroe de oscuros cabellos y ojos verdes llamado Peleo dejó su hogar para buscar fortuna. Era un lugar muy parecido a Saint-Lucien, escondido entre las montañas, pero Peleo siempre había soñado con el mar y con las aventuras que podría correr en tierras extranjeras. Reunió a sus amigos y viajaron por los océanos de todo el mundo. Un día, llegaron a una isla célebre por la belleza de sus mujeres y la poderosa magia que tenían a su alcance.

Matthew y yo intercambiamos largas miradas. La profunda voz de Philippe entonó las siguientes palabras:

*¡Mucho más felices para los hombres eran entonces los tiempos, ingenuamente
anhelados ahora! Vosotros, héroes, engendrados de dioses de esos argénteos días,
favorecedme mientras os invoco con esta mágica tonada.*

La sala estaba cautivada por la grave voz de Philippe, que parecía de otro mundo.

—Fue allí donde Peleo vio por primera vez a Tetis, hija de Nereo, dios del mar que no contaba mentiras y predecía el futuro. De su padre, Tetis había heredado el don de la profecía y podía cambiar de forma, adoptando desde la del agua en movimiento a la del fuego vivo, pasando por la del propio aire. Aunque Tetis era bella, nadie la tomaba como esposa, dado que un oráculo había pronosticado que su hijo sería más poderoso que su

padre.

»Peleo amaba a Tetis a pesar de la profecía. Pero, para desposar a una mujer así, tenía que ser lo suficientemente valiente para retener a Tetis mientras esta se transformaba en diversos elementos. Peleo se llevó a Tetis de la isla y la estrechó con firmeza contra su corazón mientras esta se transformaba en agua, en fuego, en serpiente, en leona... Cuando Tetis se convirtió de nuevo en una mujer, se la llevó a su hogar y se casaron.

—¿Y el hijo? ¿Destruyó el hijo de Tetis a Peleo como predecían los augurios? —susurró una mujer cuando Philippe se quedó en silencio, haciendo aún música con la cítara.

—El hijo de Peleo y Tetis fue un gran héroe, un guerrero bendecido tanto en la vida como en la muerte, llamado Aquiles. —Philippe sonrió a la mujer—. Pero esa es una historia para otra noche.

Me alegró que su padre no explicara con detalle cómo había sido la boda y cómo con ella había empezado la guerra de Troya. Y me alegró más aún que no continuara contando la historia de la juventud de Aquiles: los horribles conjuros que su madre solía probar para intentar hacerlo inmortal como ella y la ira incontrolable del joven, que le causó muchos más problemas que su famoso talón desprotegido.

—No es más que una historia —susurró Matthew, al sentir mi inquietud.

Pero eran las historias que contaban las criaturas una y otra vez, sin saber qué significaban, las que solían ser más importantes, como lo eran esos rituales de honor, matrimonio y familia deteriorados por el tiempo que la gente consideraba más sagrados aunque a menudo parecía que los ignoraban.

—Mañana es un día importante, un día que todos nosotros hemos anhelado.

—Philippe se levantó, cítara en mano—. Es costumbre que la novia y el novio permanezcan separados hasta el casamiento.

Aquel era otro ritual: un último momento de separación formal al que seguiría toda una vida juntos.

—La novia puede, sin embargo, ofrecer al novio alguna muestra de afecto para asegurarse de que él no la olvide durante las solitarias horas nocturnas —dijo Philippe, con los ojos brillantes de malicia.

Matthew y yo nos levantamos. Me atusé las sayas mientras me concentraba obstinadamente en el dobladillo. Me percaté de que las puntadas de este eran muy finas, diminutas y regulares. Unos dedos cariñosos me levantaron la barbilla y pasé a perderme en el juego de suaves curvas y bruscos ángulos que conformaban el rostro de Matthew. Cualquier sensación de actuación desapareció mientras nos contemplábamos. Nos quedamos de pie en medio del salón y de los invitados, y nuestro beso se convirtió en un hechizo que nos llevó a un íntimo mundo propio.

—Te veré mañana por la tarde —murmuró Matthew sobre mis labios, mientras nos separábamos.

—Seré la del velo. —Muchas novias no lo llevaban en el siglo XVI, pero era una costumbre ancestral y Philippe había dicho que ninguna hija suya iba a entrar en la iglesia sin él.

—Te reconocería de todos modos —respondió, esbozando una sonrisa—. Con velo o sin él.

La mirada de Matthew no flaqueó mientras Alain me escoltaba fuera del salón. Seguí sintiendo su roce, frío e imperturbable, mucho después de haber dejado la habitación.

Al día siguiente, Catrine y Jehanne fueron tan sigilosas que seguí durmiendo mientras llevaban a cabo sus habituales tareas matinales. El sol estaba casi en lo más alto cuando finalmente abrieron las cortinas de la cama y anunciaron que era la hora del baño.

Una procesión de mujeres con jarras entraron en mis aposentos, charlando como urracas mientras llenaban una enorme bañera de cobre que sospechaba que solía ser usada para hacer vino o sidra. Pero el agua estaba bien caliente y el recipiente de cobre mantenía aquel maravilloso calor, así que no me sentí en absoluto inclinada a protestar. Gemí de éxtasis y me hundí bajo la superficie del agua.

Las mujeres me dejaron a remojo y me di cuenta de que las pocas pertenencias que tenía —libros, notas que había tomado sobre alquimia y frases en occitano— habían desaparecido. El arcón largo y bajo donde guardaba la ropa había corrido la misma suerte. Cuando le pregunté a Catrine, me explicó que lo habían trasladado todo a los aposentos de milord, al otro extremo del palacete.

Ya no era la hija putativa de Philippe, sino la esposa de Matthew. Y mis enseres habían sido reubicados en consecuencia.

Conscientes de su responsabilidad, Catrine y Jehanne ya me habían sacado de la bañera y me habían secado cuando el reloj dio la una. Supervisando su trabajo estaba Marie, la mejor costurera de Saint-Lucien, que había venido a dar los toques finales a su trabajo. Las contribuciones a mi vestido de novia, que había hecho el sastre del pueblo, *monsieur* Beaufils, pasaban desapercibidas.

Para ser justa con Marie, *la Robe* (solo pensaba en mi traje en francés y siempre en mayúscula) era espectacular. Cómo se las había arreglado para acabarlo en tan poco tiempo era un secreto muy bien guardado, aunque sospechaba que todas las mujeres del vecindario habían contribuido con, al menos, una puntada. Antes de que Philippe anunciara que me iba a casar, el plan era llevar un vestido relativamente sencillo de gruesa seda color pizarra. Había insistido en que tuviera un par de mangas, no dos pares, y un cuello alto para mantener a raya las corrientes de aire invernales. Le dije a Marie que no había necesidad de molestarse en bordarlo. Asimismo, había rechazado los soportes que parecían jaulas de pájaro que extenderían la falda en todas direcciones.

Marie había usado la excusa de la mala interpretación y su creatividad para modificar mi diseño inicial mucho antes de que Philippe le hubiera dicho dónde y cuándo me pondría el vestido. Después de eso, no hubo manera de hacer retroceder a la mujer.

—Marie, *la Robe est belle* —le dije mientras palpaba la seda llena de bordados. Había estilizadas cornucopias, conocidos símbolos de abundancia y fertilidad, cosidas por todas partes en hilo dorado, negro y rosa. Escarapelas y brotes de hojas acompañaban a los cuernos llenos de flores, mientras que sendas bandas bordadas remataban ambos pares de mangas. Las mismas bandas ribeteaban los bordes del corpiño en un sinuoso diseño de volutas, lunas y estrellas. En los hombros una hilera de solapas cuadradas llamadas *ribetes* ocultaban los lazos que sujetaban las mangas al corpiño. A pesar de la elaborada ornamentación, las elegantes curvas del corpiño se ajustaban a la perfección y mis fantasías relacionadas con los miriñaques se habían cumplido al fin. Las sayas eran abultadas, más por el volumen del tejido que por cualquier artilugio de alambre. Lo único que llevaba bajo las enaguas era la rosquilla rellena que reposaba en mis caderas y unas calzas de seda.

—Es de línea sobria. Muy simple —me aseguró Marie, mientras me tiraba de la parte baja del corpiño para hacer que quedara más liso.

Las mujeres casi habían acabado con mi pelo cuando se oyeron unos golpes en la

puerta. Catrine se apresuró a abrirla y volcó una cesta de toallas por el camino.

Era Philippe, que tenía un aspecto impresionante con su elaborado traje marrón, y Alain estaba detrás de él. El padre de Matthew se quedó mirando.

—¿Diana? —La voz de Philippe sonaba insegura.

—¿Sí? ¿Hay algún problema? —revisé el vestido y me palpé el pelo, ansiosa—. No tenemos un espejo lo suficientemente grande para que me vea...

—Estás preciosa y la mirada de Matthew al verte te lo dirá mejor que cualquier reflejo —dijo Philippe con firmeza.

—Y vos tenéis un pico de oro, Philippe de Clermont —dije, riéndome—. ¿Qué queréis?

—He venido a entregarte los regalos de boda. —Philippe extendió el brazo y Alain le puso una gran bolsa de terciopelo en la mano—. No ha habido tiempo para mandar hacer nada, me temo. Estas son piezas familiares.

Vació el contenido de la bolsa en la palma de la mano. Se derramó un arroyo de luz y fuego: oro, diamantes, zafiros. Di un respingo. Pero había más tesoros ocultos dentro del terciopelo, incluido un collar de perlas, varias medias lunas con ópalos incrustados y una poco usual punta de flecha de oro, con los bordes gastados por el paso del tiempo.

—¿Para qué son? —pregunté, curiosa.

—Para que te las pongas, desde luego —dijo Philippe, riendo—. La cadena era mía, pero cuando vi el traje de Marie, pensé que los diamantes amarillos y los zafiros no quedarían fuera de lugar. El estilo es antiguo y hay quien diría que es demasiado masculino para una novia, pero la cadena te encajará en los hombros y quedará plana. Originariamente una cruz pendía del centro, pero he pensado que tal vez preferirías colgar la flecha.

—No reconozco las flores. —Los esbeltos capullos amarillos me recordaban a las fresias y estaban entremezclados con flores de lis doradas ribeteadas de zafiros.

—Genista. Vosotros la llamáis retama. Los angevinos la usaban como emblema.

Se refería a los Plantagenet: la familia real más poderosa de la historia de Inglaterra. Los Plantagenet habían ampliado la abadía de Westminster, sucumbido a los barones y firmado la Carta Magna, habían creado el Parlamento y apoyado la fundación de las universidades de Oxford y Cambridge. Los soberanos de la familia Plantagenet habían luchado en las Cruzadas y en la guerra de los Cien Años con Francia. Y uno de ellos le había entregado aquella cadena a Philippe como símbolo de favor real. Nada más podría justificar su esplendor.

—Philippe, no puedo... —Mis protestas cesaron cuando le pasó las otras joyas a Catrine y cernió la cadena sobre mi cabeza. La mujer que me devolvía la mirada desde el opaco espejo tenía ahora tanto de historiadora moderna como Matthew de científico moderno—. Oh —exclamé, maravillada.

—Imponente —convino él. Su rostro se suavizó, pesaroso—. Ojalá Ysabeau pudiera estar aquí para verte así y para ser testigo de la felicidad de Matthew.

—Un día se lo contaré todo —prometí en voz queda, sosteniendo aquella mirada que se reflejaba en el espejo mientras Catrine sujetaba la flecha a la parte delantera de la cadena y me enroscaba la sarta de perlas en el pelo—. Además, cuidaré bien las joyas esta noche y me aseguraré de que os sean devueltas por la mañana.

—Ahora te pertenecen, Diana, puedes hacer con ellas lo que desees. Al igual que con esto. —Philippe sacó otra bolsa del cinturón, esta hecha de resistente cuero, y me la tendió.

—Las mujeres de esta familia gestionan sus propias finanzas. Ysabeau insiste en

ello. Todas las monedas que hay ahí son inglesas o francesas. No conservan su valor tanto como los ducados venecianos, pero suscitarán menos preguntas cuando los gastes. Si necesitas más, solo tienes que pedirselo a Walter o a otro miembro de la hermandad.

Cuando llegué a Francia, dependía por completo de Matthew. En poco menos de una semana, había aprendido a comportarme, a conversar, a llevar una casa y a destilar licores. Ahora tenía mis propios bienes y Philippe de Clermont me había reconocido públicamente como hija.

—Gracias por todo —dije en voz baja—. Creía que no me aceptaríais como nuera.

—No al principio, tal vez. Pero hasta los ancianos pueden cambiar de opinión.

—Philippe esbozó una sonrisa—. Y, al final, siempre consigo lo que quiero.

Las mujeres me envolvieron en la capa. En el último momento, Catrine y Jehanne me cubrieron la cabeza con una vaporosa tela de seda y me la sujetaron al pelo con las medias lunas de ópalo que tenían unas diminutas pero tenaces pinzas en el reverso.

Thomas y Étienne, que se habían autoproclamado mis paladines personales, echaron a correr delante de nosotros por el palacete, anunciando a voz en grito nuestra llegada. Pronto formamos una procesión que avanzaba en la penumbra en dirección a la iglesia. Debía de haber alguien allá arriba, en el campanario, y una vez que nos vio, quienquiera que fuera, las campanas empezaron a tañer.

Vacilé al llegar a la iglesia. Todo el pueblo se había reunido fuera, en la puerta, con el sacerdote. Busqué a Matthew y lo encontré de pie en lo alto del breve tramo de escaleras. A través del velo transparente, sentí su mirada. Como el sol y la luna, en ese momento no nos preocupaba el tiempo, la distancia y las diferencias. Lo único que importaba era nuestra posición en relación al otro.

Me recogí las sayas y fui hacia él. El breve ascenso se me hizo interminable. Me pregunté si el tiempo sería así de travieso con todas las novias o solo con las brujas.

El sacerdote me miró desde la puerta, pero no hizo esfuerzo alguno para dejarnos entrar en la iglesia. Sujetaba un libro entre las manos, pero no lo abrió. Fruncí el ceño, confundida.

—¿Va todo bien, *mon coeur*? —murmuró Matthew.

—¿No vamos a entrar?

—Los casamientos se celebran en la puerta de la iglesia para evitar discusiones encarnizadas más tarde sobre si la ceremonia ha sido o no como cuentan. Podemos dar gracias a Dios de que no haya ventisca.

—*Commencez!* —conminó el sacerdote, asintiendo en dirección a Matthew.

Mi participación en la ceremonia se limitó a pronunciar trece palabras. A Matthew le correspondieron dieciocho. Philippe había informado al cura de que repetiríamos nuestros votos en inglés, porque era importante que la esposa entendiera plenamente lo que estaba prometiendo. Aquello hizo que el número total de palabras necesarias para convertirnos en marido y mujer ascendieran a cincuenta y dos.

—*Maintenant!* —El sacerdote estaba temblando y quería su cena.

—*Moi, Matthew, je donne mon corps à toi, Diana, en loyal mariage.* —Matthew estrechó mis manos entre las suyas—. Yo, Matthew, te entrego mi cuerpo, Diana, en este fiel matrimonio.

—*Et je le reçois* —repliqué—. Y yo lo recibo.

Ya íbamos por la mitad. Respiré hondo y seguí adelante.

—*Moi, Diana, je donne mon corps à toi, Matthew.* —Una vez superada la parte difícil, enuncié con rapidez mi última línea—. Yo, Diana, te entrego mi cuerpo, Matthew.

—*Et je le reçois avec joie.* —Matthew me retiró el velo de la cabeza—. Y yo lo recibo con alegría.

—Esas no son las palabras correctas —dije airadamente. Había memorizado los votos y no había ningún *avec joie* en ninguna parte.

—Claro que sí —insistió Matthew, agachando la cabeza.

Nos habíamos casado por el rito vampírico cuando nos apareamos y nos habíamos convertido en pareja de hecho cuando Matthew me había puesto el anillo de Ysabeau en el dedo, en Madison. Aquella era la tercera vez que nos casábamos.

Lo que sucedió a continuación no es más que un recuerdo borroso. Había antorchas y caminamos colina arriba un buen rato, rodeados de gente que nos felicitaba. El banquete de Chef ya estaba servido y la gente lo devoró con entusiasmo. Matthew y yo estábamos sentados solos en la mesa de la familia, mientras Philippe pululaba por allí sirviendo vino y asegurándose de que a los niños no les faltara su buena ración de liebre al espeto y buñuelos de queso. De vez en cuando nos miraba orgulloso, como si esa tarde hubiéramos estado matando dragones.

—Nunca pensé que vería este día —le confesó Philippe a Matthew, mientras nos ponía delante una porción de tarta de crema.

Parecía que la fiesta estaba decayendo, cuando los hombres empezaron a separar las mesas para ponerlas a los lados del salón. Las gaitas y los tambores sonaron allá en lo alto, en la galería de los juglares.

—Por tradición, el primer baile pertenece al padre de la novia —dijo Philippe mientras se inclinaba ante mí. Me llevó hacia la pista. Philippe era buen bailarín, pero aun así conseguí que nos hiciéramos un lío.

—¿Puedo? —Matthew le dio unos toquecitos en el hombro a su padre.

—Por favor. Tu esposa está intentando romperme un pie.

El guiño de Philippe restó sarcasmo a sus palabras y se retiró para dejarme con mi marido.

El resto siguió bailando, pero se alejaron y nos dejaron en el centro de la sala. La música se ralentizó de forma intencionada, al tiempo que uno de los músicos punteaba las cuerdas del laúd y las dulces notas de un instrumento de viento marcaban un acompañamiento. Mientras nos separábamos y volvíamos a reunirnos una y otra vez, las distracciones de la sala se desvanecieron.

—Eres mucho mejor bailarín que Philippe, diga lo que diga tu madre —le dije a Matthew sin aliento, aunque el baile era sosegado.

—Eso es porque a mí me sigues el ritmo —bromeó—. Con Philippe te has peleado en todos los pasos que habéis dado.

Cuando el baile nos unió una vez más, me agarró por los codos, me estrechó con fuerza contra su cuerpo y me besó.

—Ahora que estamos casados, ¿seguirás perdonándome mis pecados? —preguntó, girando hacia atrás con pasos acompasados.

—Depende —dije con cautela—. ¿Qué has hecho ahora?

—Te he aplastado la gola y no tiene arreglo.

Me eché a reír y Matthew me besó de nuevo, breve pero intensamente. El tamborilero lo consideró una señal y el ritmo de la música se aceleró. Otras parejas giraban y se desplazaban dando saltitos por la pista. Matthew nos puso relativamente a salvo, al lado del hogar, antes de que nos pisotearan. Philippe apareció al cabo de un rato.

—Llévate a tu mujer a la cama y acaba con esto —murmuró Philippe.

—Pero los invitados... —protestó Matthew.

—Llévate a tu mujer a la cama, hijo mío —repitió Philippe—. Escabúllete ahora, antes de que el resto decida acompañarte arriba y asegurarse de que cumples con tu deber. Déjame todo a mí. —Se volvió, me besó con formalidad en ambas mejillas antes de murmurar algo en griego y enviarnos a la torre de Matthew.

Aunque había conocido aquella parte del palacete en mi época, todavía tenía que verla en su esplendor del siglo XVI. La disposición de los aposentos de Matthew había cambiado. Esperaba encontrar libros en la habitación del primer piso, pero en lugar de ello había una enorme cama con dosel. Catrine y Jehanne sacaron una caja tallada para mis nuevas joyas, llenaron la palangana y se afanaron en cambiar las sábanas. Matthew se sentó delante del fuego, se quitó las botas y levantó una copa de vino cuando hubo acabado.

—¿Vuestro cabello, *madame*? —preguntó Jehanne, mirando a mi marido y haciendo conjeturas.

—Yo me ocuparé de él —dijo Matthew con aspereza, con los ojos clavados en el fuego.

—Un momento —dije, mientras me quitaba del pelo las joyas en forma de media luna y las ponía en la palma de la mano vuelta hacia arriba de Jehanne. Ella y Catrine me quitaron el velo y se fueron, dejándome a mí de pie al lado de la cama y a Matthew tendido al lado del fuego con los pies sobre uno de los arcones de la ropa.

Cuando la puerta se cerró, Matthew posó la copa de vino y fue hacia mí, enredó los dedos en mi pelo y tiró de él con cuidado para deshacer en unos instantes lo que a las chicas les habría llevado casi treinta minutos conseguir. Dejó a un lado la sarta de perlas. El cabello cayó sobre mis hombros y las ventanas de la nariz de Matthew se hincharon mientras captaba mi aroma. Sin mediar palabra, atrajo mi cuerpo hacia el suyo y se inclinó para hacer encajar su boca con la mía.

Pero antes había preguntas que hacer y que responder. Me alejé de él.

—Matthew, ¿estás seguro...?

Unos fríos dedos se deslizaron bajo mi gola y encontraron los lazos que la unían al corpiño.

Crac. Crac. Crac.

El tejido almidonado abandonó mi garganta y cayó al suelo. Matthew desabrochó los botones que mantenían el alzacuello del vestido firmemente cerrado. Inclinó la cabeza y me besó en el cuello. Me aferré a su jubón.

—Matthew —repetí—. ¿Esto es...?

Me silenció con otro beso, al tiempo que me retiraba la pesada cadena de los hombros. Nos separamos momentáneamente para que Matthew pudiera quitármela por la cabeza. Acto seguido, sus manos invadieron la hilera dentada de remates donde las mangas se unían al corpiño. Deslizó los dedos entre los huecos, buscando un punto débil en las defensas de la prenda.

—Aquí está —murmuró mientras enganchaba los dedos índices alrededor de los bordes y tiraba con decisión. Una manga y luego la otra se deslizaron por cada brazo hasta caer al suelo. A Matthew parecía darle exactamente igual, pero se trataba de mi vestido de novia y no era fácil de reemplazar.

—Mi vestido —dije, retorciéndome entre sus brazos.

—Diana —Matthew echó la cabeza hacia atrás y me puso las manos en la cintura.

—¿Sí? —pregunté sin aliento. Intenté alcanzar la manga con la punta de la zapatilla y empujarla hacia donde fuera menos probable que acabara aplastada.

—El sacerdote ha bendecido nuestro matrimonio. Todo el pueblo nos ha deseado lo mejor. Ha habido comida y baile. De verdad creo que deberíamos acabar la noche haciendo el amor. Aunque tú pareces más interesada en tu guardarropa.

Había encontrado otro grupo de cintas más que sujetaban las faldas a la parte inferior del corpiño puntiagudo, unos siete centímetros por debajo de mi ombligo. Suavemente, Matthew hundió los pulgares entre el extremo del corpiño y mi pubis.

—No quiero que la primera vez que estemos juntos sea para satisfacer a tu padre. —A pesar de mis protestas, mis caderas se arquearon hacia él en una invitación silenciosa mientras él continuaba con aquel movimiento enloquecedor de los pulgares que parecía el batir de las alas de un ángel. Emitió un leve sonido de satisfacción y desató el lazo oculto.

Tirón. Zas. Tirón. Zas. Tirón. Zas.

Los hábiles dedos de Matthew aflojaron cada uno de los cordones cruzados para hacerlos pasar por los agujeros ocultos. Había doce en total y mi cuerpo se arqueaba y se enderezaba con la fuerza de sus atenciones.

—Por fin —dijo satisfecho. Pero luego soltó un gruñido—. Santo Dios. Hay más.

—Todavía no estás ni empezando. Estoy atada como un ganso de Navidad —dije, mientras él levantaba el corpiño y lo separaba de las faldas, dejando ver el corsé que llevaba debajo—. O, para ser exactos, como un ganso de Adviento.

Pero Matthew no me estaba prestando atención. En lugar de ello, mi marido estaba centrado en el lugar donde el blusón de cuello alto casi transparente que yo llevaba puesto desaparecía en el interior de la tela fuertemente reforzada del corsé. Apretó los labios contra aquel punto convexo. Inclino la cabeza en una pose reverente e inspiró de forma entrecortada.

Y yo también. Resultaba sorprendentemente erótico el roce de sus labios, magnificado en cierto modo por la fina separación de gasa. Aunque no sabía qué le había hecho renunciar a los resueltos esfuerzos que previamente había hecho para desvestirme, acuné su cabeza en mis manos y esperé a que hiciera el siguiente movimiento.

Por fin, Matthew me cogió las manos y las enroscó alrededor del poste tallado que sujetaba la esquina del dosel.

—Espera —dijo.

Tirón. Zas. Tirón. Zas. Antes de acabar, Matthew se tomó unos instantes para deslizar las manos bajo el corsé. Estas recorrieron mi caja torácica y encontraron mis pechos. Gemí suavemente mientras Matthew retenía el blusón entre la piel cálida y endurecida de mis pezones y sus fríos dedos. Volvió a estrecharme contra él.

—¿Parezco un hombre interesado en complacer a alguien más que a ti? —me susurró al oído. Como no respondí de inmediato, una mano bajó serpenteando por mi vientre para apretarme con más fuerza. La otra permaneció donde estaba, ahuecada sobre mi pecho.

—No. —Recosté hacia atrás la cabeza sobre su hombro, dejando el cuello al descubierto.

—Entonces dejemos de hablar de mi padre. Y mañana te compraré veinte vestidos idénticos si dejas de preocuparte de una vez por las mangas.

Matthew estaba frunciendo afanosamente el blusón para que el dobladillo eludiera la parte superior de mis piernas. Dejé de agarrarme al poste de la cama, le cogí la mano y la posé sobre la unión de mis muslos.

—Basta de palabras —respondí, dándole la razón. Jadeé cuando sus dedos me entreabrieron el sexo.

Matthew me silenció más aún con un beso. Los suaves movimientos de sus manos estaban dando lugar a una reacción completamente diferente a medida que la tensión de mi cuerpo aumentaba.

—Demasiada ropa —dije sin aliento. No expresó su acuerdo, pero este se hizo evidente por la prisa que se dio para deslizar el corsé por mis brazos. Los cordones estaban ya tan flojos que pude bajarlo sobre las caderas y quitármelo por los pies. Le desaté los bombachos mientras Matthew se desabrochaba el jubón. Aquellas dos prendas estaban sujetas a sus caderas por tantos cordones cruzados como los del corpiño y la falda.

Cuando nos quedamos solo con las calzas, yo con mi blusón y Matthew con su camisa, la sensación de incomodidad regresó y nos detuvimos.

—¿Me permites amarte, Diana? —dijo Matthew, acabando de un plumazo con mi ansiedad con aquella sencilla y cortés pregunta.

—Sí —susurré. Él se arrodilló y desató suavemente los lazos que sujetaban las medias. Eran azules, el color de la fidelidad según Catrine. Matthew hizo resbalar las calzas por mis piernas y la presión de sus labios sobre las rodillas y los tobillos marcaron su paso. Él se quitó las suyas tan rápido que no tuve ocasión de fijarme en el color de sus ligas.

Matthew me alzó ligeramente, de manera que los dedos de mis pies apenas rozaban el suelo, para poder introducirse en la hendidura que tenía entre las piernas.

—No tenemos por qué ir a la cama —dije, aferrándome a sus hombros. Quería tenerlo dentro de mí y rápido.

Pero acabamos yendo hasta aquel suave lugar en penumbra, mientras nos despojábamos de la ropa por el camino. Una vez allí, mi cuerpo le dio la bienvenida a la luna de mis muslos mientras extendía los brazos para hacerlo descender hacia mí. Aun así, jadeé sorprendida cuando nuestros cuerpos se hicieron uno: calor y frío, luz y oscuridad, hembra y macho, bruja y vampiro, una conjunción de polos opuestos.

Matthew pasó de tener una expresión de reverencia a una de asombro cuando empezó a moverse dentro de mí, y esta última fue sustituida por otra de concentración cuando, al cambiar la posición del cuerpo, vio que yo reaccionaba con un grito de placer. Deslizó un brazo bajo la parte baja de mi espalda y me alzó sobre sus caderas, mientras mis manos se agarraban a sus hombros.

Caímos en la cadencia única de los amantes, dándonos placer mutuo con suaves caricias ejecutadas con la boca y con las manos mientras nos mecíamos juntos, hasta que lo único que nos quedó por dar fue el corazón y el alma. Mirándonos fijamente, intercambiamos nuestros votos finales en cuerpo y alma, temblando como recién nacidos.

—Déjame amarte para siempre —murmuró Matthew sobre mi frente húmeda, antes de trazar con los labios un frío sendero sobre ella, mientras permanecíamos tumbados y entrelazados.

—Lo haré —prometí de nuevo, apretándome aún más contra él.

Capítulo 13

ME gusta estar casada —dije medio adormilada. Desde que habíamos sobrevivido a la fiesta del día después y a la entrega de regalos (la mayoría de los cuales mugían o cloqueaban), no habíamos hecho nada durante días salvo hacer el amor, hablar, dormir y leer. De vez en cuando, Chef enviaba una bandeja de comida y bebida para sustentarnos. Por lo demás, nos dejaban en paz. Ni siquiera Philippe interrumpió el tiempo que pasamos juntos.

—Parece que te estás adaptando bien —dijo Matthew, acariciándome detrás de la oreja con la punta de su fría nariz. Yo estaba tumbada boca abajo con las piernas estiradas en una habitación que se usaba para almacenar armamento sobrante, que se encontraba sobre la herrería. Matthew estaba encima de mí, protegiéndome de la corriente de aire que entraba por los huecos de la puerta de madera. Aunque no tenía la certeza de cuánto cuerpo se me vería si alguien entraba, lo que estaba claro era que la parte posterior de las piernas desnudas de Matthew estaban a la vista. Este se frotó contra mí de manera sugerente.

—No es posible que quieras volver a hacerlo.

Me reí alegremente cuando repitió el movimiento. Me pregunté si aquel aguante sexual era cosa de vampiros o de Matthew.

—¿Ya estás criticando mi creatividad? —Me dio la vuelta y se acomodó entre mis muslos—. Además, estaba pensando en esto, no en eso. —Bajó la boca hacia la mía y se deslizó suavemente dentro de mí.

—Hemos salido aquí fuera para trabajar mi puntería —dije, al cabo de un rato—. ¿A esto te referías con practicar el tiro al blanco?

Matthew soltó una estruendosa carcajada.

—Hay cientos de eufemismos auverneses para hacer el amor, pero no creo que ese sea uno de ellos. Le preguntaré a Chef si le suena.

—Ni se te ocurra.

—¿Os estáis haciendo la mojigata, doctora Bishop? —preguntó con fingida sorpresa, mientras me quitaba una paja que tenía enredada en el pelo al final de la espalda—. No os molestéis. Nadie se equivoca al imaginarse cómo estamos pasando el rato.

—Ya veo cuál es tu punto de vista —dije, tirando de las calzas que antes eran suyas hasta encima de las rodillas—. Ahora que me has atraído hasta aquí, podrías también intentar imaginarte qué estoy haciendo mal.

—Eres una novata y no puedes esperar dar en el blanco siempre —dijo, poniéndose en pie para buscar sus propias calzas. Una de las perneras estaba todavía sujeta a los bombachos, que se hallaban tirados allí cerca, pero la otra no se veía por ningún lado. Metí la mano debajo del hombro y le pasé la bola hecha un guiñapo en que se habían convertido.

—Con un buen entrenamiento, podría convertirme en una experta.

Ya había visto cómo disparaba Matthew, que era un arquero innato con sus largos brazos y aquellos fuertes y magníficos dedos. Cogí el arco curvo, una media luna bruñida de cuerno y madera que estaba apoyada contra un montón de heno cercano. La cuerda de cuero retorcido se soltó.

—Entonces deberías pasar el rato con Philippe, no conmigo. Su manejo del arco es legendario.

—Tu padre me ha dicho que Ysabeau es mejor tiradora.

Yo estaba usando su arco, pero hasta entonces su habilidad no se me había contagiado.

—Eso es porque *maman* es la única criatura que jamás ha logrado hacer aterrizar una flecha de costado. —Matthew señaló el arco—. Deja que te lo encuerde.

Yo ya tenía una raya rosa en la mejilla de la primera vez que había intentado colocar la cuerda del arco en el anillo. Requería muchísima fuerza y destreza echar hacia atrás los extremos superiores e inferiores del arco para que quedaran perfectamente alineados. Matthew apuntó el extremo inferior contra el muslo, echó el superior hacia atrás con una mano y usó la otra para trabar la cuerda del arco.

—Haces que parezca fácil. —También me había parecido fácil el día que había descorchado una botella de champán en el Oxford moderno.

—Lo es, si eres un vampiro y tienes unos mil años de experiencia. —Matthew me tendió el arco con una sonrisa—. Recuerda, mantén los hombros en línea recta, no pienses demasiado en el tiro y lanza con suavidad y fluidez.

También hizo que aquello *sonara* fácil. Me volví para enfrentarme al objetivo. Matthew había usado unas cuantas dagas para sujetar un gorro blando, un jubón y una falda a un montón de heno. Al principio creí que el objetivo era darle a algo: al sombrero, al jubón o a la falda. Matthew me explicó que el propósito era darle a aquello a lo que apuntaba. Demostró su puntería disparando una única flecha a un almiar y rodeándola en el sentido de las agujas del reloj con otras cinco flechas, antes de partir el astil de la del centro con la sexta.

Saqué una flecha del carcaj, coloqué el culatín, apunté bajo el campo de visión que me proporcionaba el brazo izquierdo y eché la cuerda del arco hacia atrás. Dudé. El arco ya estaba mal alineado.

—Dispara —dijo Matthew bruscamente.

Cuando solté la cuerda, la flecha pasó silbando al lado del heno y cayó plana en el suelo.

—Déjame volver a probar —dije, extendiendo la mano hacia el carcaj que tenía al lado de los pies.

—Te he visto lanzar fuego de brujos a un vampiro y hacerle un agujero en pleno pecho —dijo Matthew en voz baja.

—No quiero hablar de Juliette. —Intenté poner la flecha en su sitio, pero me temblaban las manos. Bajé el arco—. Ni de Champier. Ni del hecho de que mis poderes parezcan haber desaparecido por completo. Ni de cómo puedo hacer que la fruta se pudra y ver colores y luces alrededor de la gente. ¿No podemos, simplemente, dejarlo? Aunque sea por una semana.

De nuevo mi magia (o la falta de ella) volvía a ser un tema habitual de conversación.

—Se suponía que el tiro con arco te ayudaría a activar el fuego de brujos —señaló Matthew—. Hablar de Juliette podría ayudar.

—¿Por qué no puede ser simplemente para que haga un poco de ejercicio? —pregunté con impaciencia.

—Porque necesitamos saber por qué tus poderes están cambiando —dijo Matthew, con calma—. Levanta el arco, tira de la flecha hacia atrás y déjala volar.

—Al menos esta vez le he dado al heno —dije después de hacer aterrizar la flecha en la esquina superior derecha del almiar.

—Es una pena que estuvieras apuntando más abajo.

—Estás haciendo que esto pierda toda la gracia.

La expresión de Matthew se volvió seria.

—No hay nada de liviano en la supervivencia. Esta vez coloca la flecha, pero cierra los ojos antes de apuntar.

—¿Quieres que use el instinto?

La risa me hizo temblar mientras colocaba la flecha en el arco. El blanco estaba delante de mí, pero, en lugar de centrarme en él, cerré los ojos como Matthew había sugerido. En cuanto lo hice, el peso del aire me distrajo. Me presionó los brazos, los muslos y se instaló como un pesado abrigo sobre mis hombros. El aire también hizo que la punta de la flecha se mantuviera erguida. Corregí la posición y los hombros se me ensancharon mientras apartaban el aire a un lado. Una brisa, la caricia de un movimiento, me apartó unos cuantos mechones de pelo de la oreja, a modo de respuesta.

«¿Qué quieres?», le pregunté a la brisa, enojada.

«Que confíes en mí», me respondió susurrante.

Separé los labios, asombrada, mi ojo mental se abrió y vi la punta de la flecha ardiendo dorada por el calor y la presión con que había sido golpeada en la forja. El fuego atrapado en ella quería volver a volar libre, pero se quedaría donde estaba a menos que me librara del miedo. Exhalé un suave suspiro para dejar espacio para la fe. Mi aliento recorrió el astil de la flecha y solté la cuerda. Suspendida en mi aliento, la flecha salió volando.

—Le he dado.

Seguía con los ojos cerrados, pero no necesitaba ver para saber que la flecha había dado en el blanco.

—Lo has conseguido. La pregunta es cómo. —Matthew me quitó el arco de entre los dedos antes de que se me pudiera caer.

—El fuego estaba atrapado en la flecha y el peso del aire envolvía el astil y la punta. —Abrí los ojos.

—Has sentido los elementos, como el agua bajo el huerto de Sarah en Madison y la luz del sol en el membrillo del Viejo Pabellón —dijo Matthew con aire meditabundo.

—A veces es como si el mundo estuviera lleno de un potencial invisible que está más allá de mi alcance. Tal vez si fuera como Tetis y pudiera cambiar de forma cuando quisiera, sabría qué hacer con todo ello.

Cogí el arco y una nueva flecha. Mientras mantenía los ojos cerrados, daba en el blanco. En cuanto miraba a hurtadillas a mi alrededor, sin embargo, mis tiros se quedaban largos o cortos.

—Ya está bien por hoy —dijo Matthew, friccionando una contractura que se me estaba formando al lado del omóplato derecho—. Chef ha presagiado lluvia para esta semana. Quizá deberíamos ir a montar mientras podamos. —Chef no solo tenía buena mano con las masas, sino que también era bastante buen meteorólogo. Solía enviarnos la previsión junto con la bandeja del desayuno.

Salimos a cabalgar al campo y, en el camino de regreso, vimos varias hogueras ardiendo en los prados y Sept-Tours resplandeciente de antorchas. Esa noche eran las Saturnales, el comienzo oficial de las vacaciones en el palacete. El ecuménico Philippe no quería que nadie se sintiera desplazado, así que daba la misma importancia a las tradiciones romanas y cristianas. Incluso había algunos vestigios de la fiesta nórdica de Yule en medio de aquella mezcla que, seguramente, se debería al ausente Gallowglass.

—¡No es posible que os hayáis cansado tan rápido el uno del otro! —bramó Philippe desde la galería de los juglares, cuando regresamos. Llevaba puesto un espléndido

par de cuernos sobre la cabeza que le hacían parecer una estrambótica combinación de león y ciervo—. No esperábamos veros hasta dentro de una semana más. Pero, ya que estáis aquí, podéis echar una mano. Coged estrellas y lunas y colgadlas donde haya algún sitio libre.

El gran salón estaba envuelto en tanta vegetación que parecía un bosque y olía como tal. Había varios barriles de vino que nadie vigilaba para que los jaraneros se sirvieran una copa cuando les viniera en gana. Una ovación celebró nuestro regreso. La cuadrilla de decoración quería que Matthew se subiera a la repisa de la chimenea para sujetar una larga rama de árbol a una de las vigas. Este trepó por la piedra con una agilidad que sugería que no era la primera vez.

Era imposible resistirse al espíritu de vacaciones y, cuando trajeron la cena, ambos nos presentamos voluntarios para servir la comida a los invitados en un ritual del mundo al revés que convertía a los sirvientes en señores y a los señores en sus sirvientes. Mi paladín Thomas sacó la paja más larga y presidió las celebraciones al convertirse en Señor del Desgobierno. Estaba sentado en el sitio de Philippe, sobre un montón de cojines, y llevaba puesta la inestimable corona de oro y rubíes del piso de arriba como si fuera un elemento escenográfico. Cualquier petición descabellada que Thomas hacía era cumplida por Philippe, en su papel de bufón de la corte. Esa noche sus favores incluyeron un baile romántico con Alain (el padre de Matthew optó por hacer el papel de mujer), poner frenéticos a los perros con un silbato y hacer que dragones de sombras trepan por la pared acompañados de los gritos de los niños.

Philippe no se olvidó de los adultos y organizó elaborados juegos de azar para que se mantuvieran ocupados mientras entretenía a sus súbditos menores. Le proporcionó a cada adulto una bolsa de alubias para apostar y prometió una saca de dinero a la persona que tuviera mayor cantidad de ellas al final de la velada. La emprendedora Catrine hizo el agosto intercambiando besos por judías y, si me hubieran dado fichas a mí, las habría apostado todas a que ella se llevaría el premio final.

Durante el transcurso de la velada, cada vez que levantaba la vista veía a Matthew y a Philippe, codo con codo, intercambiando algunas palabras o compartiendo una broma. Cuando tenían las cabezas juntas, inclinadas, una oscura y otra clara, su diferencia física era asombrosa. Aunque en muchos otros aspectos se parecían. Cada día que pasaba, el inagotable buen humor de su padre limaba alguna de las asperezas de Matthew. Hamish tenía razón. Allí Matthew no era el mismo: era incluso mejor. Y, a pesar de los temores que me habían invadido en Mont Saint-Michel, seguía siendo mío.

Matthew sintió que lo observaba y me miró con curiosidad. Sonreí y le lancé un beso al otro lado del salón. Él bajó la cabeza, tímidamente complacido.

Alrededor de cinco minutos antes de la medianoche, Philippe destapó de pronto un objeto que estaba al lado del hogar.

—Santo cielo. Philippe juró que arreglaría ese reloj y que haría que volviera a funcionar, pero no le creí.

Matthew se reunió conmigo mientras niños y adultos chillaban encantados.

El reloj no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Un armario tallado y dorado rodeaba un barril de agua. Una larga cañería de cobre se elevaba del barril y dejaba caer el agua en el casco de una espléndida maqueta de un barco que pendía de una bobina de cuerda enroscada en un cilindro. A medida que el barco se iba haciendo cada vez más pesado por el peso del agua, el cilindro giraba y movía una única manecilla alrededor de una esfera en la carátula del reloj, señalando la hora. La estructura era casi tan alta como

yo.

—¿Qué pasa a las doce de la noche? —pregunté.

—Sea lo que sea, sin duda tiene que ver con la pólvora que pidió ayer —respondió Matthew en tono grave.

Tras haber exhibido el reloj con la pompa oportuna, Philippe rindió homenaje a los amigos del presente y del pasado, y a la familia nueva y antigua, como correspondía en una festividad en honor a la ancestral deidad. Nombró a todas y cada una de las criaturas que la comunidad había perdido en el pasado año, incluida (cuando así lo requirió el Señor del Desgobierno) la gatita de Thomas, Prunelle, que había muerto trágicamente en un accidente. La manecilla continuaba avanzando lentamente hacia las doce.

Exactamente a medianoche, el barco explotó con una ensordecedora detonación. El reloj tembló y se detuvo en la astillada caja de madera.

—*Skata*.

Philippe observó con tristeza el reloj destrozado.

—A *monsieur* Finé, que Dios lo tenga en la gloria, no le complacerían las mejoras que has introducido en su diseño. —Matthew apartó con la mano el humo de los ojos mientras se inclinaba para mirarlo más de cerca—. Cada año, Philippe prueba algo nuevo: chorros de agua, campanas que repiquetean, un búho mecánico que ulula las horas. Lleva jugueteando con él desde que se lo ganó al rey François en una partida de cartas.

—Se suponía que el cañón debería soltar chispitas y crear una nube de humo. Habría divertido a los niños —dijo Philippe, indignado—. Le pasa algo a tu pólvora, Matthaios.

Matthew se echó a reír.

—Es obvio que no, a juzgar por los restos.

—*C'est dommage* —dijo Thomas, sacudiendo compasivo la cabeza. Estaba agachado al lado de Philippe, con la corona torcida y una expresión de preocupación adulta en la cara.

—*Pas de problème*. El año que viene lo haremos mejor —le aseguró Philippe a Thomas alegremente.

Poco después, dejamos a la gente de Saint-Lucien jugando y festejando. Una vez arriba, me quedé al lado del fuego hasta que Matthew apagó las velas y se metió en la cama. Cuando me uní a él, me remangué el camión y me senté a horcajadas sobre sus caderas.

—¿Qué haces? —A Matthew le sorprendió verse tendido boca arriba en su propia cama, mientras su mujer lo observaba desde arriba.

—El mundo al revés no era solo para los hombres —dije, pasándole las uñas por el pecho—. Leí un artículo sobre ello en el posgrado que se titulaba «Las mujeres arriba».

—Con lo acostumbrada que estás a llevar la voz cantante, no creo que aprendieras mucho de él, *mon coeur*. —Los ojos de Matthew estaban en llamas mientras yo cambiaba el peso para sujetarlo mejor entre los muslos.

—Adulador.

Recorrí con las yemas de los dedos sus esbeltas caderas hacia arriba, las crestas de su abdomen y los músculos de sus hombros. Me incliné sobre él y le sujeté los brazos a la cama, proporcionándole una excelente vista de mi cuerpo a través del cuello abierto del camión. Gimió.

—Bienvenido al mundo al revés. —Lo solté el tiempo justo para que me quitara el camión, luego le agarré las manos y me agaché sobre su pecho para que las puntas de mis

senos desnudos le acariciaran la piel.

—Dios. Me vas a matar.

—Ni se te ocurra morirte ahora, vampiro —dije mientras lo guiaba hacia mi interior balanceándome con suavidad y reprimiendo la promesa de darle más. Matthew reaccionó con un débil gemido—. Te gusta —dije en voz baja.

Intentó llevarme a un ritmo más fuerte y rápido. Pero yo continué moviéndome lenta y rítmicamente, mostrando la forma en que nuestros cuerpos encajaban. Matthew era una fría presencia en mi interior, una deliciosa fuente de fricción que me calentaba la sangre. Lo estaba mirando fijamente a los ojos cuando alcanzó el clímax, y aquella salvaje vulnerabilidad hizo que me precipitara detrás de él. Me derrumbé sobre su torso y, cuando me moví para bajarme, me estrechó entre sus brazos.

—Quédate ahí —susurró.

Y me quedé, hasta que Matthew me despertó horas después. Me hizo el amor una vez más en el silencio que precede al amanecer y me abrazó mientras yo me metamorfoseaba y pasaba del fuego al agua, para regresar de nuevo a los sueños.

El viernes era el día más corto del año y la fiesta de Yule. El pueblo todavía se estaba recuperando de las Saturnales y aún tenía la Navidad por delante, pero Philippe estaba imparabile.

—Chef ha matado un cerdo —dijo—. ¿Cómo lo voy a decepcionar?

Aprovechando una tregua climatológica, Matthew se fue al pueblo a ayudar a reparar un tejado que se había venido abajo por el peso de la última nevada. Lo dejé allí, tirándole martillos desde una viga maestra a un carpintero y encantado por la perspectiva de pasar una mañana de extenuante trabajo físico bajo gélidas temperaturas.

Yo me encerré en la biblioteca con algunos de los mejores libros de alquimia de la familia y varias hojas de papel en blanco. Una de ellas estaba parcialmente cubierta de garabatos y diagramas que solo tenían sentido para mí. Con todo lo que estaba sucediendo en el palacete, había abandonado las tentativas de conseguir el espíritu de vino. Thomas y Étienne querían andar corriendo por ahí con sus amigos, metiendo los dedos en la masa del último pastel de Chef, en lugar de ayudarme con el experimento científico.

—Diana. —Philippe avanzaba a gran velocidad y ya estaba en medio de la habitación cuando se percató de mi presencia—. Pensaba que estabas con Matthew.

—No podía soportar verlo allá arriba —confesé. Él asintió, comprensivo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, atisbando por encima de mi hombro.

—Intentando descubrir qué tenemos que ver Matthew y yo con la alquimia.

Tenía la mente confusa por la falta de uso y de sueño.

Philippe dejó caer un puñado de pequeños triángulos, espirales y cuadrados de papel sobre la mesa y acercó una silla. Señaló uno de mis dibujos.

—Es el sello de Matthew.

—Así es. Y también los símbolos de la plata y el oro, la luna y el sol. —El salón había sido decorado con brillantes versiones de aquellos cuerpos celestiales para las Saturnales—. Llevo pensando en ello desde el lunes por la noche. Entiendo que los símbolos de una bruja puedan ser la media luna y la plata: ambos están relacionados con la diosa. Pero, ¿por qué iba a usar nadie el sol o el oro para representar a un vampiro?

—Aquello estaba en contra de absolutamente todas las tradiciones populares.

—Porque somos inmutables. Nuestras vidas no fluctúan y, al igual que el oro,

nuestros cuerpos resisten la corrupción de la muerte y la enfermedad.

—Debería de haberseme ocurrido.

Tomé unas cuantas notas.

—Has estado pensando en otras cosas. —Philippe sonrió—. Matthew es muy feliz.

—No solo gracias a mí —dije, mirando a los ojos a mi suegro—. Matthew está encantado de volver a estar con vos.

Los ojos de Philippe se ensombrecieron.

—A Ysabeau y a mí nos gusta que nuestros hijos vengan a casa. Tienen sus propias vidas, pero eso no hace que su ausencia sea más llevadera.

—Y hoy también echáis de menos a Gallowglass —añadí. Philippe parecía inusitadamente apagado.

—Así es —reconoció, revolviendo los papeles doblados con los dedos—. Fue Hugh, mi primogénito, quien lo trajo a la familia. Hugh siempre tomaba sabias decisiones en lo que a compartir su sangre se refería y Gallowglass no fue ninguna excepción. Es un bravo guerrero con el sentido del honor de su padre. Me reconforta saber que mi nieto está en Inglaterra con Matthew.

—Matthew raras veces menciona a Hugh.

—Se sentía más cercano a Hugh que a cualquiera de sus otros hermanos. Cuando Hugh falleció con el último de los templarios a manos de la Iglesia y del rey, fue un duro golpe para la fidelidad de Matthew. Hacía poco tiempo que había logrado liberarse de la rabia de sangre y había regresado a nuestro lado.

—¿Y Gallowglass?

—Gallowglass todavía no está preparado para dejar atrás su pesar y, hasta que lo haga, no pondrá un pie en Francia. Mi nieto se vengó de los hombres que traicionaron la confianza de Hugh, al igual que Matthew, pero la venganza nunca es el remedio adecuado para la pérdida. Un día mi nieto regresará. Estoy seguro de ello. —Por un instante, Philippe me pareció un anciano, no el vigoroso gobernante de su pueblo, sino un padre que había sufrido la desgracia de sobrevivir a sus hijos.

—Gracias, Philippe.

Vacilé antes de cubrir su mano con la mía. Él me la estrechó brevemente y se puso en pie. Luego cogió uno de los libros de alquimia. Se trataba del ejemplar bellamente ilustrado por Godfrey del *Aurora Consurgens*, el texto que me había atraído por vez primera a Sept-Tours.

—Una materia realmente curiosa, la alquimia —murmuró Philippe, pasando las páginas. Encontró la ilustración del Rey Sol y de la Reina Luna participando en una justa a lomos de un león y de un grifo, y sonrió abiertamente—. Sí, esto servirá.

Metió una de las figuras de papel entre las páginas.

—¿Qué estáis haciendo?

Estaba muerta de curiosidad.

—Es un juego al que jugamos Ysabeau y yo. Cuando uno de los dos está lejos, dejamos mensajes ocultos en las páginas de los libros. Suceden tantas cosas en un día que es imposible recordarlo todo cuando volvemos a vernos. De esta manera podemos toparnos con pequeños recuerdos como este cuando menos lo esperamos y compartirlos.

Philippe fue hacia las estanterías y cogió un libro con gastadas tapas de cuero.

—Esta es una de nuestras historias favoritas: *La canción de Armouris*. Ysabeau y yo tenemos gustos sencillos y disfrutamos con las historias de aventuras. Siempre escondemos mensajes aquí.

Escondió una espiral de papel en el lomo, entre la cubierta y las rimas de pergamino. Un rectángulo doblado cayó de la contraportada mientras incrustaba la espiral en el diminuto espacio.

—Ysabeau suele valerse de un cuchillo, por lo que sus mensajes son más difíciles de encontrar. Se las sabe todas, la muy pícara. A ver qué dice. —Philippe abrió el papel y lo leyó en silencio. Levantó la vista con los ojos brillantes y las mejillas más ruborizadas de lo habitual.

Me eché a reír y me levanté.

—¿Creo que necesitaréis más privacidad para escribir la respuesta!

—*Sieur*. —Alain apareció en el umbral, con cara seria—. Han llegado varios mensajeros. Uno de Escocia. Otro de Inglaterra. Y un tercero de Lyon.

Philippe suspiró y maldijo entre dientes.

—Podían haber esperado a después de la fiesta cristiana.

Un sabor desagradable me vino a la boca.

—No pueden ser buenas noticias —dijo Philippe, percibiendo mi expresión—.

¿Qué ha dicho el mensajero de Lyon?

—Champier tomó precauciones antes de marchar y dijo a los demás que había sido reclamado aquí. Como no ha regresado a casa, sus amigos se están haciendo preguntas. Un grupo de brujos se prepara para salir de la ciudad en su busca y partirán en esta dirección —explicó Alain.

—¿Cuándo? —susurré. Era demasiado pronto.

—La nieve los retrasará y encontrarán dificultades para viajar durante los días santos. Dentro de unos cuantos días, tal vez una semana.

—¿Y el resto de mensajeros? —preguntó a Alain.

—Están en el pueblo, buscando a milord.

—Para hacer que regrese a Inglaterra, sin duda —dije.

—Si es así, el día de Navidad será el mejor momento para partir. Poca gente rondará por los caminos y esa noche no habrá luna. Son las condiciones ideales de viaje para un *manjasang*, pero no para los sangre caliente —declaró Philippe con total naturalidad—. Habrá caballos y alojamientos preparados para vosotros hasta Calais. Un barco os esperará para llevaros a Dover. Informaré a Gallowglass y a Raleigh para que se preparen para vuestro regreso.

—Vos ya os lo esperabais —dije, temblando ante la perspectiva de marcharme—, pero yo aún no estoy preparada. La gente todavía se da cuenta de que soy diferente.

—Te integras mejor de lo que crees. Has estado conversando conmigo en un francés y en un latín perfectos toda la mañana, por ejemplo. —Abrí la boca, incrédula. Philippe rio—. Es verdad. Cambié de idioma dos veces, pero no te diste cuenta. —Su rostro se ensombreció—. ¿Bajo a hablarle a Matthew de mis preparativos?

—No —dije, con la mano en su brazo—. Yo lo haré.

Matthew estaba sentado en la viga maestra, con una carta en cada mano y el ceño fruncido. Cuando me divisó, se deslizó por la pendiente del alero y aterrizó en el suelo con la elegancia de un gato. La alegría y el parloteo desenfadado de la mañana no eran ya más que un recuerdo. Matthew descolgó el jubón de un oxidado corchete para sujetar antorchas. Cuando se los puso sobre los hombros, el carpintero desapareció y regresó el príncipe.

—Agnes Sampson se ha declarado culpable de cincuenta y tres cargos de brujería. —Matthew blasfemó—. Los funcionarios escoceses todavía tienen que aprender que acumular acusaciones hace que cada una de ellas parezca menos convincente. Según esta

versión, el diablo informó a Sampson de que el rey Jacobo era su mayor enemigo. Isabel debe de estar encantada por no ocupar ella misma el primer lugar.

—Las brujas no creen en el demonio —repliqué. De todas las cosas estrafalarias que los humanos decían de las brujas, aquella era la más incomprensible.

—La mayoría de las criaturas creerían en cualquier cosa que pusiera fin a su miseria inmediata si estuvieran muertos de hambre, si los torturaran y los amedrentaran durante semanas y semanas —aseguró Matthew, pasándose los dedos por el pelo—. La confesión de Agnes Sampson, por muy poco fiable que sea, es la prueba de que las brujas están metidas en política, como sostiene el rey Jacobo.

—Rompiendo así el pacto —añadí, entendiendo por qué Agnes había sido perseguida con tanto encono por el rey escocés.

—Sí. Gallowglass quiere saber qué debe hacer.

—¿Qué hiciste cuando estuviste aquí... antes?

—Permití que la muerte de Agnes Sampson se produjera sin oponerme, como un justo castigo civil por un crimen que estaba fuera de los límites de la protección de la Congregación.

Sus ojos se encontraron con los míos. La bruja y la historiadora batallaron ante la imposible elección que se me presentaba.

—Entonces tienes que volver a guardar silencio —dije, cuando la historiadora ganó la partida.

—Mi silencio implicará su muerte.

—Y tu posicionamiento cambiará el pasado, tal vez con consecuencias inimaginables en el presente. No le deseo la muerte a esa bruja más que a ti, Matthew. Pero si empezamos a cambiar cosas, ¿dónde acabaremos? —inquirí, sacudiendo la cabeza.

—Así que volveré a quedarme mirando cómo se desarrolla todo ese truculento asunto en Escocia. Sin embargo, esta vez me parece muy diferente —dijo, de mala gana—. William Cecil me ha ordenado que regrese a casa para poder unirme al servicio de inteligencia de la reina, dada la situación de Escocia. Tengo que obedecer sus órdenes, Diana. No tengo elección.

—Tendríamos que volver a Inglaterra con o sin las órdenes de Cecil. Los amigos de Champier se han dado cuenta de que ha desaparecido. Y podemos irnos de inmediato. Philippe tenía todo listo para una partida precipitada, por si acaso.

—Ese es mi padre —dijo Matthew con una sonrisa forzada.

—Siento que nos tengamos que ir tan pronto —susurré.

Matthew me agarró y me atrajo hacia su lado.

—De no haber sido por ti, mis últimos recuerdos de mi padre serían los de un hombre destrozado. No hay miel sin hiel.

Durante los siguientes días, Matthew y su padre vivieron un ritual de despedidas que debían de resultarles familiares, dados los adioses que ambos habían intercambiado. Pero esa vez era única. El siguiente en ir a Sept-Tours sería un Matthew diferente, uno que ni me conocería a mí ni el futuro de Philippe.

—Hace tiempo que el pueblo de Saint-Lucien es consciente de la compañía de los *manjasang* —me aseguró Philippe cuando me preocupé por si Thomas y Étienne serían capaces de mantenerlo todo en secreto—. Vamos y venimos. Ellos no hacen preguntas y nosotros no damos explicaciones. Siempre ha sido de esa forma.

Aun así, Matthew se aseguró de que sus propios planes estuvieran claros. Lo oí hablando con Philippe en el almacén de heno, tras una mañana de discusiones.

—Lo último que haré antes de regresar a nuestro tiempo será enviarte un mensaje. Prepárate para pedirme que vaya a Escocia para asegurar la alianza de la familia con el rey Jacobo. De allí debería ir a Ámsterdam. Los holandeses estarán abriendo rutas de comercio con el este.

—Podré arreglármelas, Matthew —dijo Philippe con suavidad—. Hasta entonces, espero que me mantengas al día desde Inglaterra y tener noticias de cómo os va a Diana y a ti.

—Gallowglass te mantendrá al corriente de nuestras aventuras —prometió Matthew.

—No será lo mismo que oírlos de tu boca —dijo Philippe—. Será muy difícil no jactarse de lo que sé de tu futuro cuando te pongas presuntuoso, Matthew. Pero, sea como sea, también me las compondré para eso.

El tiempo nos gastó varias bromas durante nuestros últimos días en Sept-Tours: primero se ralentizó y luego se aceleró sin previo aviso. El día de Nochebuena, Matthew bajó a la iglesia para oír misa junto con la mayoría de la gente de la casa. Yo me quedé en el palacete y me reuní con Philippe en su oficina, al otro lado del gran salón. Estaba, como siempre, escribiendo cartas.

Llamé a la puerta. Se trataba de una mera formalidad, ya que, sin duda alguna, había estado siguiendo mi acercamiento desde que había salido de la torre de Matthew, pero no me parecía correcto entrar sin pedir permiso.

—*Introite*. —Era la misma orden que me había dado la primera vez que había llegado, pero sonaba mucho menos severa ahora que lo conocía mejor.

—Siento molestaros, Philippe.

—Pasa, Diana —dijo, frotándose los ojos—. ¿Catrine ha reunido mis cajas?

—Sí, y también el tintero y el plumier. —Philippe insistió en que me llevara su hermoso juego de viaje para el camino. Todos los objetos estaban hechos de piel reforzada y podían resistir los peligros de la nieve, la lluvia y el maltrato—. Quería asegurarme de daros las gracias antes de marcharnos..., y no solo por la boda. Habéis arreglado algo en Matthew que estaba roto.

Philippe echó hacia atrás el taburete y me miró.

—Soy yo el que debería estar agradeciéndotelo, Diana. La familia ha estado intentando sanar el espíritu de Matthew desde hace más de mil años. Si no recuerdo mal, tú has tardado menos de cuarenta días en hacerlo.

—Matthew no era así —dije, sacudiendo la cabeza—, no hasta que llegó aquí, a vuestro lado. Había en él una oscuridad insondable para mí.

—Un hombre como Matthew nunca se libera por completo de las sombras. Pero tal vez sea necesario abrazar la oscuridad para amarlo —continuó Philippe.

—«No me rechaces porque sea oscuro y sombrío» —murmuré.

—No reconozco el verso —dijo Philippe, frunciendo el ceño.

—Es de ese libro de alquimia que os enseñé antes: el *Aurora Consurgens*. Aquel pasaje me recordó a Matthew, aunque todavía no entiendo por qué. Llegaré a saberlo, sin embargo.

—Te pareces mucho a ese anillo, ¿sabes? —dijo Philippe, dando unos golpecitos con el dedo sobre la mesa—. Ha sido otro de los mensajes inteligentes de Ysabeau.

—Quería que supierais que aprobaba el enlace —dije, mientras extendía el pulgar para tocar el reconfortante peso.

—No. Ysabeau quería que yo supiera que te aprobaba a ti. Al igual que el oro del

que está hecho, eres inquebrantable. Escondes muchos secretos dentro de ti, como las bandas del anillo esconden las poesías de la vista. Pero es la piedra lo que mejor capta lo que eres: brillante en la superficie, férrea en el interior e imposible de romper.

—Oh, claro que me puedo romper —dije con pesar—. Al fin y al cabo, se puede hacer añicos un diamante golpeándolo con un simple martillo.

—He visto las cicatrices que Matthew te ha dejado. Sospecho que habrá otras, también, aunque menos visibles. Si no te rompiste en pedazos entonces, no lo harás ahora.

Philippe rodeó la mesa. Me besó con ternura en ambas mejillas y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Debo irme. Mañana nos pondremos en camino temprano.

Giré en redondo para marcharme, pero di media vuelta y rodeé con los brazos los enormes hombros de Philippe. ¿Cómo era posible que pudieran destrozar a un hombre así?

—¿Qué sucede? —murmuró Philippe, retrocediendo.

—Vos tampoco estaréis solo, Philippe de Clermont —susurré con fiereza—. Encontraré la manera de acompañaros en la oscuridad, os lo prometo. Y, cuando creáis que todo el mundo os ha abandonado, yo estaré allí, sujetándoos la mano.

—¿Cómo iba a ser de otra manera, si te llevo en el corazón? —dijo Philippe con dulzura.

A la mañana siguiente, solo unas cuantas criaturas estaban reunidas en el patio para vernos partir. Chef había metido todo tipo de tentempiés para mí en las alforjas de la silla de Pierre, y Alain había rellenado el resto del espacio libre con cartas para Gallowglass, Walter y varias decenas de destinatarios más. Catrine estaba de pie a nuestro lado, con los ojos hinchados por el llanto. Quería ir con nosotros, pero Philippe no se lo había permitido.

Este también estaba allí y me estrechó con fuerza entre sus brazos antes de dejarme marchar. Él y Matthew hablaron en voz baja unos instantes. Matthew asintió.

—Estoy orgulloso de ti, Matthaios —dijo Philippe, al tiempo que le agarraba fugazmente el hombro. Matthew se acercó sutilmente a su padre cuando Philippe lo soltó, reacio a romper el contacto.

Cuando Matthew se giró hacia mí, su expresión era decidida. Me ayudó a montar antes de balancearse para subir sin esfuerzo a lomos de su caballo.

—*Khairé*, padre —dijo Matthew, con los ojos brillantes.

—*Khairéte, Matthaios kai Diana* —respondió Philippe.

Matthew no volvió la cabeza para ver por última vez a su padre, ni relajó la tensión de la espalda. Mantuvo los ojos clavados en el camino que se extendía ante él, afrontando el futuro más que el pasado.

Yo me giré una vez, al ver que algo se movía. Era Philippe, que recorría a caballo la cresta de una colina cercana, empeñado en no dejar marchar a su hijo hasta que fuera necesario.

—Adiós, Philippe —susurré al viento, con la esperanza de que pudiera oírme.

Capítulo 14

YSABEAU? ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. —Ysabeau estaba levantando hacia atrás las tapas de un libro antiguo de inestimable valor, para sacudirlo boca abajo.

Emily Mather observaba a Ysabeau no demasiado convencida. En la biblioteca reinaba un caos absoluto. El resto del palacete estaba como los chorros del oro, pero aquella habitación parecía que hubiera sido arrasada por un tornado. Había libros tirados por todas partes. Alguien los había bajado de las estanterías y los había lanzado sobre todo tipo de superficies vacías.

—Tiene que estar por aquí. Él debería saber que los chicos estaban juntos. —Ysabeau tiró el libro y cogió otro. Al alma de bibliotecaria de Emily le dolía ver los libros maltratados de aquella forma.

—No entiendo nada. ¿Qué estás buscando?

Recogió el ejemplar desechado y lo cerró con suavidad.

—Matthew y Diana iban a ir a 1590. Por aquel entonces yo no estaba en casa, sino en Tréveris. Se supone que Philippe debe de haber conocido a la nueva esposa de Matthew. Y haberme dejado algún mensaje.

A Ysabeau le caía el pelo alrededor de la cara y le llegaba casi a la cintura. Con impaciencia, lo tomó entre las manos y lo retorció para quitárselo de en medio. Tras examinar el lomo y las páginas de su última víctima, cortó la guarda con la afilada uña del dedo índice. Al no encontrar nada escondido, gruñó frustrada.

—Pero esto son libros, no cartas —dijo Emily, con prudencia. Aunque no conocía bien a Ysabeau, estaba muy familiarizada con las leyendas más truculentas sobre la madre de Matthew y lo que había hecho en Tréveris y otros lugares. La matriarca de la familia De Clermont no era amiga de las brujas y, aunque Diana confiaba en ella, Emily todavía no las tenía todas consigo.

—No estoy buscando ninguna carta. Nos escribíamos notitas en las páginas de los libros. Busqué en todos y cada uno de los ejemplares de la biblioteca cuando murió, con la intención de quedarme hasta con el último pedazo de él. Pero he debido de pasar algo por alto.

—Tal vez entonces no había nada y por eso no lo encontraste. —Una voz seca habló entre las sombras, al lado de la puerta. Sarah Bishop tenía la roja cabellera despeinada y el rostro pálido por la preocupación y la falta de sueño—. A Marthe le va a dar un ataque cuando vea esto. Y menos mal que Diana no está. Te daría un discurso sobre la conservación de los libros que te mataría de aburrimiento.

Tabitha, que acompañaba a Sarah a todas partes, salió disparada de entre las piernas de la bruja.

Entonces le tocó a Ysabeau sentirse confusa.

—¿A qué te refieres, Sarah?

—El tiempo tiene su intrínquilis. Aunque todo sucediera como estaba previsto y Diana llevara de vuelta a Matthew al primer día de noviembre de 1590, todavía podría ser demasiado pronto para buscar un mensaje de tu marido. Y no has encontrado antes ninguno porque Philippe todavía no había conocido a mi sobrina. —Sarah se quedó callada—. Creo que Tabitha se está comiendo ese libro.

A Tabitha, que estaba encantada de vivir en una casa con tan abundante suministro de ratones e infinidad de rincones oscuros para esconderse, últimamente le había dado por trepar a los muebles y a las cortinas. Estaba encaramada a una de las estanterías de la biblioteca, royendo la esquina de un libro con ajadas tapas de piel.

—*Kakó gati!* —gritó Ysabeau, mientras corría hacia las estanterías—. Ese es uno de los preferidos de Diana.

Tabitha, que nunca se arredraba en ningún enfrentamiento con otro depredador que no fuera Miriam, golpeó el libro y este cayó al suelo. Ysabeau dio un salto hacia abajo detrás de él, abalanzándose sobre su presa como un león que guardase una captura especialmente apetecible.

—Es uno de esos libros de alquimia con ilustraciones —dijo Sarah, mientras le quitaba el libro al gato y pasaba las páginas. Acto seguido, olisqueó la cubierta—. La verdad es que no me extraña que Tabitha quiera comérselo. Huele a menta y a piel, como su juguete favorito.

Un pedazo cuadrado de papel, doblado y requetedoblado, cayó revoloteando al suelo. Al quitarle el libro, Tabitha cogió el papel entre sus afilados dientes y se fue hacia la puerta.

Ysabeau la estaba esperando. Agarró a la gata por el cogote y le arrancó el papel de la boca. Luego besó al sorprendido felino en el hocico.

—Gatita lista. Hoy cenarás pescado.

—¿Era eso lo que estabas buscando?

Emily observó el pedacito de papel. No parecía merecer que hubieran puesto la habitación patas arriba por él.

La respuesta de Ysabeau estaba clara, por la forma en que lo cogió. Lo desdobló con cuidado y dejó a la vista un cuadrado de unos doce centímetros de papel grueso, cubierto por ambas caras de diminutos caracteres.

—Está escrito en una especie de código —dijo Sarah mientras hacía oscilar las gafas de lectura con rayas de cebra sobre el cordón que llevaba alrededor del cuello, para ponérselas en la nariz y poder ver mejor.

—No es ningún código: es griego.

A Ysabeau le temblaron las manos mientras alisaba el papel.

—¿Qué pone? —preguntó Sarah.

—¡Sarah! —la reprendió Emily—. Es privado.

—Es de Philippe. Los ha visto.

Ysabeau inspiró y recorrió a toda prisa el texto con la mirada. Se llevó la mano a la boca, tan aliviada como incrédula.

Sarah esperó a que la vampira acabara de leer. Esperó dos minutos, que eran noventa segundos más de lo que le hubiera concedido a cualquier otra persona.

—¿Y bien?

—Han estado con él durante las vacaciones. «La mañana de la celebración santa cristiana, he dicho adiós a tu hijo. Finalmente es feliz, apareado con una mujer que sigue los pasos de la diosa y es merecedora de su amor», leyó Ysabeau en voz alta.

—¿Estás segura de que se refiere a Matthew y a Diana?

A Emily la frase le pareció demasiado formal y vaga para que se tratara de un intercambio de correspondencia entre marido y mujer.

—Sí. Matthew siempre ha sido el hijo que más nos ha preocupado, aunque sus hermanos y hermanas se meten en peores aprietos. Mi único deseo era ver feliz a Matthew.

—Y la referencia a «la mujer que sigue los pasos de la diosa» es bastante clara —convino Sarah—. No podía decir tranquilamente su nombre e identificar a Diana con una bruja. ¿Y si alguien más la encontraba?

—Aún hay más —continuó Ysabeau—. «El destino todavía tiene el poder de sorprendernos, mi lucero. Me temo que se avecinan tiempos difíciles para todos nosotros. Haré todo lo que esté en mi mano durante el tiempo que me resta, sea este cual sea, para garantizar tu seguridad, así como la de tus hijos y nietos, de aquellos con los que ya hemos sido bendecidos y de los que todavía no han nacido».

Sarah maldijo.

—¿Que no han nacido, no que no han sido concebidos?

—Sí —susurró Ysabeau—. Philippe siempre elige cuidadosamente sus palabras.

—Así que estaba intentando contarnos algo acerca de Diana y Matthew —dijo

Sarah.

Ysabeau se hundió en el sofá.

—Hace mucho, mucho tiempo, había rumores de que existían criaturas diferentes: inmortales, pero también poderosas. En la época en que se firmó por primera vez el pacto, había quien aseguraba que una bruja había dado a luz a un bebé que lloraba lágrimas de sangre, como los vampiros. Y cada vez que el niño hacía aquello, soplaban feroces vientos procedentes del mar.

—Nunca lo había oído —dijo Emily, frunciendo el ceño.

—Lo tachaban de mito: una historia creada para sembrar el miedo entre las criaturas. Somos pocos quienes la recordamos hoy en día y menos aún los que lo considerarían posible. —Ysabeau acarició el papel que tenía en el regazo—. Pero Philippe sabía que era verdad. Él tuvo al niño en sus brazos y lo reconoció como lo que era.

—¿Y qué era? —preguntó Sarah, asombrada.

—Un *manjasang* nacido de una bruja. El pobre niño estaba muerto de hambre. La familia de la bruja le quitó el niño a la madre y se negó a alimentarlo con sangre, con la certeza de que, si lo obligaban a beber solo leche, evitarían que se convirtiera en uno de nosotros.

—Seguro que Matthew conoce esa historia —dijo Emily—. Se la habréis contado para su investigación, si no lo habéis hecho por el bien de Diana.

Ysabeau negó con la cabeza.

—No me correspondía a mí contársela.

—Tú y tus secretos —dijo Sarah con frialdad.

—¿Y tus secretos qué, Sarah? —gritó Ysabeau—. ¿De verdad crees que los brujos, las criaturas como Satu y Peter Knox, no saben nada de ese bebé *manjasang* y de su madre?

—Dejadlo de una vez —dijo Emily bruscamente—. Si la historia es verdadera y otras criaturas lo saben, Diana corre un grave peligro. Y Sophie también.

—Sus padres eran ambos brujos, pero ella es daimón —añadió Sarah, pensando en la joven pareja que había aparecido en su puerta en Nueva York unos días antes de Halloween. Nadie entendía qué pintaban aquellos dos daimones en ese misterio.

—Y su marido también, pero su hija va a ser bruja. Ella y Nathaniel son prueba más que suficiente de que no entendemos cómo las brujas, los daimones y los vampiros se reproducen y transmiten sus aptitudes a sus hijos —dijo Emily, preocupada.

—Sophie y Nathaniel no son las únicas criaturas que necesitan mantenerse al margen de la Congregación. Menos mal que Matthew y Diana están a salvo en 1590 y no aquí —dijo Sarah lúgubrementemente.

—Pero cuanto más se queden en el pasado, más probable es que cambien el presente —observó Emily—. Tarde o temprano, Diana y Matthew se delatarán.

—¿Tú qué opinas, Emily? —preguntó Ysabeau.

—El tiempo tiene que ajustarse... y no de la forma melodramática que cree la gente, evitando guerras y cambiando las elecciones presidenciales. Se tratará de pequeñas cosas, como esta nota y otros detalles aquí y allá.

—Anomalías —murmuró Ysabeau—. Philippe siempre estaba buscando anomalías en el mundo. Por eso todavía leo los periódicos. Nos acostumbramos a buscar en ellos cada mañana. —Cerró los ojos al evocar el recuerdo—. A él le encantaba la sección de deportes, cómo no, y leía también las columnas de educación. A Philippe le preocupaba lo que aprenderían los niños en el futuro. Instituyó becas de investigación de Griego y Filosofía, y creó universidades para mujeres. A mí siempre me pareció extraño.

—Estaba cuidando de Diana —dijo Emily con la certidumbre de alguien bendecido con el don de la clarividencia.

—Es posible. Una vez le pregunté por qué le preocupaban tanto las circunstancias actuales y qué esperaba descubrir en los periódicos. Philippe dijo que lo sabría en cuanto lo viera —respondió Ysabeau y sonrió con tristeza—. Le encantaban los misterios y decía que, si fuera posible, le gustaría ser detective como Sherlock Holmes.

—Tenemos que asegurarnos de advertir cualquiera de esos pequeños baches antes de que lo haga la Congregación —dijo Sara.

—Se lo diré a Marcus —convino Ysabeau, asintiendo.

—Deberías haberle hablado a Matthew de ese bebé engendrado por padres de especies diferentes.

Sarah no fue capaz de ocultar el tono de reproche de su voz.

—Mi hijo ama a Diana y, de haber conocido la existencia de ese niño, Matthew renunciaría a ella antes que ponerla a ella, y al bebé, en peligro.

—Las Bishop no somos fáciles de intimidar, Ysabeau. Si Diana quería a tu hijo, habría encontrado la manera de conseguirlo.

—Bueno, el caso es que Diana lo quería y ahora se tienen el uno al otro —señaló Emily—. Pero no vamos a tener que compartir estas noticias únicamente con Marcus. También hay que informar a Sophie y Nathaniel.

Sarah y Emily abandonaron la biblioteca. Se alojaban en la antigua habitación de Louisa de Clermont, al final del pasillo en el que se encontraba la de Ysabeau. A Sarah le parecía que había momentos del día en que olía un poco a Diana.

Ysabeau se quedó después de que se fueran para recoger los libros y volver a colocarlos en las estanterías. Cuando la habitación estuvo de nuevo en orden, la vampira volvió al sofá y cogió el mensaje de su marido. Decía más cosas que las que había revelado a las brujas. Releyó las últimas líneas.

Pero basta de asuntos tristes. Tú también debes ponerte a salvo, para poder disfrutar del futuro con ellos. Han pasado dos días desde que te recordé que mi corazón te pertenecía. Desearía poder hacerlo a cada momento para que no lo olvides, ni tampoco el nombre del hombre que te querrá eternamente. Philipos.

Durante los últimos días de su vida, había momentos en los que Philippe no era capaz ni de recordar su propio nombre, y mucho menos el suyo.

—Gracias, Diana, por devolvérmelo —susurró Ysabeau a la noche.

Al cabo de varias horas, Sarah oyó un extraño sonido procedente de las alturas:

parecía música, pero era algo más. Salió atropelladamente de la habitación y se encontró a Marthe en el pasillo con una expresión agrídulce en la cara, envuelta en un viejo albornoz de chenilla que tenía una rana bordada en el bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sarah, levantando la vista. No había ser humano capaz de emitir un sonido tan hermoso y conmovedor. Debía de haber un ángel en el tejado.

—Ysabeau está cantando de nuevo —respondió Marthe—. Solo lo ha hecho una vez desde que Philippe falleció: cuando vuestra sobrina estaba en peligro y necesitaba ser arrastrada a este mundo.

—¿Se encuentra bien?

Había tal pesar y tal desconsuelo en cada una de las notas que a Sarah se le encogió el corazón. No existían palabras para describir el sonido.

Marthe asintió.

—La música es una buena señal, significa que es posible que el duelo esté llegando a su fin. Solo entonces Ysabeau empezará a vivir de nuevo.

Dos mujeres, vampira y bruja, se quedaron escuchando hasta que las notas finales de la canción de Ysabeau se desvanecieron hasta apagarse.

TERCERA PARTE
Londres: Blackfriars

Capítulo 15

PARECE un erizo histórico —comenté. El horizonte de Londres estaba lleno de chapiteles en forma de aguja que sobresalían entre la amalgama de edificios que los rodeaban—. ¿Qué es eso? —pregunté después de dar un respingo, mientras señalaba una vasta extensión de piedra perforada por elevadas ventanas. En lo alto del tejado de madera había un tocón carbonizado y robusto que hacía que las proporciones del edificio parecieran totalmente erróneas.

—San Pablo —me explicó Matthew. Pero aquello no era la elegante obra maestra coronada por la cúpula blanca de Christopher Wren, la mole que no se veía hasta el último momento oculta por modernas torres de oficinas. La antigua San Pablo, encaramada sobre la colina más alta de Londres, se veía entera.

—Un rayo alcanzó el chapitel y la madera del tejado ardió. Los ingleses creen que fue un milagro que no se quemara la totalidad de la catedral, hasta los cimientos.

—No es de extrañar que los franceses crean que la mano del Señor tuvo algo que ver con dicho suceso —comentó Gallowglass, que se había reunido con nosotros en Dover, había requisado un bote en Southwark y ahora nos llevaba remando río arriba—. No importa cuándo mostrara Dios sus verdaderos colores, Él no les ha proporcionado el dinero para la reparación.

—Y la reina tampoco. —Matthew centraba su atención en los embarcaderos de las orillas y tenía la mano derecha posada sobre la empuñadura de su espada.

Nunca me había imaginado que la vieja catedral de San Pablo fuera tan grande. Me pellizqué de nuevo. Lo había estado haciendo desde que había visto la Torre (esta también parecía enorme sin todos aquellos rascacielos alrededor) y el Puente de Londres, que hacía las veces de mercado colgante. Desde nuestra llegada al pasado, había visto y oído muchas cosas que me habían impresionado, pero lo que de verdad me dejó sin habla fueron las primeras imágenes de Londres.

—¿Seguro que no quieres atracar primero en la ciudad?

Gallowglass había estado dejando caer indirectas sobre la prudencia de aquella forma de proceder desde que habíamos saltado a la barca.

—Vamos a Blackfriars —respondió Matthew con firmeza—. Todo lo demás puede esperar.

Gallowglass parecía dubitativo, pero siguió remando hasta que alcanzamos la cuenca más occidental de la vieja ciudad amurallada. Allí atracamos en un empinado tramo de escaleras de piedra. Los peldaños inferiores estaban sumergidos en el río y, a juzgar por el aspecto de las paredes, la marea iba a continuar subiendo hasta que el resto de ellos quedarán también bajo el agua. Gallowglass le lanzó un cabo a un hombre musculoso que le agradeció profusamente que le hubiera devuelto su propiedad intacta.

—Parece que solo viajas en barcas ajenas, Gallowglass. Puede que Matthew te

pueda regalar una propia en Navidad —dije secamente. Nuestro regreso a Inglaterra (y al antiguo calendario) significaba que ese año íbamos a celebrar las fiestas dos veces.

—¿Y privarme de uno de mis pocos placeres?

Gallowglass enseñó los dientes entre la barba. El sobrino de Matthew le dio las gracias al hombre del bote y le lanzó una moneda de un tamaño y un peso que redujo la ansiedad anterior del pobre hombre y la convirtió en una confusa sonrisa de agradecimiento.

Después de desembarcar, pasamos por un arco para entrar en Water Lane, una arteria estrecha y retorcida atestada de casas y tiendas. A cada piso que levantaban, las casas sobresalían más sobre la calle, como un arcón para la ropa con los cajones de arriba abiertos. Aquel efecto se intensificaba debido a las sábanas, las alfombras y otros objetos que colgaban de las ventanas. Todo el mundo estaba aprovechando el clima inusualmente agradable para airear viviendas y prendas de vestir.

Matthew me mantuvo firmemente agarrada de la mano y Gallowglass se acercó a mí y se situó a mi derecha. Nos llegaban imágenes y sonidos de todas direcciones. Telas de color rojo chillón, verde, marrón y gris se bamboleaban sobre caderas y hombros cuando la gente apartaba las faldas y las capas de las ruedas de los carromatos, y cuando estas se quedaban enganchadas en los paquetes y en las armas que llevaban los transeúntes. El repiqueteo de los martillos, el relincho de los caballos, el mugido distante de una vaca y el sonido del metal rodando sobre la piedra competían por acaparar mi atención. Decenas de carteles con ángeles, calaveras, herramientas, siluetas de brillantes colores y figuras mitológicas se balanceaban y chirriaban con el viento que soplaba procedente del agua. Sobre mi cabeza, un letrero de madera oscilaba en la barra metálica. Estaba decorado con un ciervo blanco, que tenía las delicadas astas rodeadas por una banda dorada.

—Aquí es —dijo Matthew—. El Venado y la Corona.

Los muros de la casa estaban reforzados con un entramado de madera, como la mayoría de las de aquella calle. Un pasadizo abovedado se extendía sobre dos hileras de ventanas. Había un zapatero trabajando concentrado a un lado del arco, mientras que la mujer que tenía enfrente prestaba atención a varios niños, clientes y un gran libro de cuentas. Saludó a Matthew con un enérgico gesto de asentimiento.

—La esposa de Robert Hawley trata a sus aprendices y a los clientes con mano de hierro. En El Venado y la Corona no sucede nada sin que Margaret lo sepa —aseguró Matthew. Tomé nota mentalmente de que debía hacerme amiga de aquella mujer en cuanto tuviera la menor oportunidad.

El pasadizo terminaba en el patio interior de la casa: un lujo en una ciudad tan densamente poblada como Londres. El patio hacía ostentación de otro servicio poco común: un pozo que proporcionaba agua limpia a los residentes del complejo. Alguien había sacado provecho de la orientación sur del patio y había levantado los viejos adoquines para plantar un jardín, cuyos pulcros y desiertos parterres esperaban pacientemente la primavera. Un grupo de lavanderas hacían negocios delante de un antiguo cobertizo, anexo a un retrete común.

A la izquierda, un retorcido tramo de escaleras subía hasta nuestros aposentos, situados en el primer piso, donde Françoise nos esperaba para darnos la bienvenida en el amplio rellano. Había abierto de par en par la robusta puerta de la casa para atiborrar un armario de laterales perforados. Un ganso, desnudo de plumas y con el cuello roto, estaba atado a uno de los pomos del armario.

—Por fin. —Henry Percy apareció, sonriendo—. Llevamos horas esperando. La

buena de mi señora madre te ha enviado un ganso. Ha oído que es imposible hacerse con aves de caza en la ciudad y se ha alarmado por si pasabas hambre.

—Me alegro de verte, Hal —dijo Matthew con una sonrisa y sacudiendo la cabeza hacia el ganso—. ¿Cómo está tu madre?

—Siempre se convierte en una arpía en Navidad, gracias. La mayor parte de la familia ha encontrado excusas para irse a otros sitios, pero yo estoy aquí retenido a disposición de la reina. Su Majestad ha pregonado en la cámara de la audiencia que la confianza que podían depositar en mí no llegaba ni siquiera al nivel de P-P-Perworth. —Henry tartamudeó y puso mala cara al recordarlo.

—Eres más que bienvenido a pasar la Navidad con nosotros, Henry —dije, mientras me quitaba la capa y entraba en la habitación, donde el aroma de las especias y del abeto recién cortado inundaba el aire.

—Sois muy amable en invitarme, Diana, pero mi hermana Eleanor y mi hermano George están en la ciudad y no sería correcto que le hicieran frente a nuestra madre solos.

—Al menos quédate con nosotros esta noche —insistió Matthew. Luego giró a su amigo hacia la derecha, donde el calor y el fuego los estaban llamando a gritos—. Así me contarás qué ha sucedido mientras estábamos fuera.

—Aquí todo está en calma —informó Henry, alegremente.

—¿En calma? —Gallowglass subió las escaleras pisando fuerte y miró con frialdad al conde—. Marlowe está en El Sombrero del Cardenal, borracho como una cuba e intercambiando versos con ese mísero escribano de Stratford que lo persigue con la esperanza de convertirse en dramaturgo. Por ahora, Shakespeare parece contentarse con aprender a falsificar tu firma, Matthew. Según los informes del posadero, prometiste pagar su habitación y sus gastos de manutención la semana pasada.

—Si he estado con ellos hace solo una hora —protestó Henry—. Kit sabía que Matthew y Diana tenían prevista su llegada esta tarde. Él y Will prometieron tener un comportamiento irreprochable.

—Entonces eso lo explica todo —murmuró Gallowglass sarcásticamente.

—¿Esto es cosa tuya, Henry? —pregunté, mientras observaba nuestro cuartel general desde el vestíbulo de la entrada. Alguien había puesto acebo, hiedra y ramas de abeto alrededor de la chimenea y de los marcos de las ventanas, además de haber juntado un montoncito de todo ello en el centro de una mesa de roble. El hogar estaba cargado de troncos y un alegre fuego susurraba y crepitaba.

—François y yo queríamos que vuestras primeras Navidades fueran jubilosas —dijo Henry, ruborizándose.

El Venado y la Corona representaba la vida urbana del siglo XVI en todo su esplendor. El salón tenía un tamaño considerable, pero resultaba acogedor y cómodo. La pared orientada hacia el oeste estaba cubierta por una cristalera con vistas a Water Lane. La ubicación era perfecta para observar a la gente y tenía un banco de obra con cojines en la base. Los frisos de madera tallada aportaban calidez a las paredes y cada uno de los paneles estaba recubierto de flores y viñas ensortijadas. Los muebles de la habitación eran escasos pero bien elaborados. Un amplio sofá y dos hondos sillones esperaban al lado del hogar. La mesa de roble que se encontraba en el centro de la sala era inusitadamente ostentosa, medía menos de un metro de ancho, pero era bastante larga y tenía las patas decoradas con los delicados rostros de las cariátides y de Hermes. Una lámpara con velas pendía sobre la mesa. Podía subirse y bajarse gracias al suave sistema de cuerdas y poleas que había colgado del techo. Unas cabezas talladas de leones gruñían desde el listón frontal de un

monstruoso armario que albergaba un numeroso despliegue de tazas, jarras, vasos y copas, aunque muy pocos platos, como correspondía al hogar de un vampiro.

Antes de acomodarnos para cenar ganso asado, Matthew me mostró nuestra habitación y su oficina privada. Ambas se encontraban al fondo del vestíbulo de la entrada, frente a la sala. En ellas había unas ventanas abocinadas con vistas al patio que hacían que las dos habitaciones fueran luminosas e inusualmente bien ventiladas. En la habitación había solamente tres muebles: una cama con dosel con el cabecero tallado y un pesado baldaquino de madera, un armario alto para la ropa blanca con los laterales y la puerta panelados y un baúl largo y no demasiado alto bajo la ventana. Ese último estaba cerrado con llave y Matthew me explicó que contenía su armadura y varias armas de reserva. Henry y Françoise también habían estado allí. La hiedra trepaba por los postes de la cama y habían atado ramitos de acebo en el cabecero.

Mientras que el dormitorio tenía un aspecto medio vacío, no cabía duda de que Matthew usaba con frecuencia la oficina. En ella había papeleras, bolsas y jarras de cerveza llenas de plumas, tinteros, suficiente cera como para hacer varias docenas de velas, ovillos de bramante y tal cantidad de correo a la espera que el corazón me dio un vuelco con solo pensarlo.

Una silla de aspecto cómodo con el respaldo inclinado y los brazos curvos estaba situada ante una mesa de alas extensibles. Salvo por las robustas patas de la mesa, con sus bulbosas tallas en forma de taza, todo lo demás era sencillo y práctico.

Aunque yo me había puesto pálida al ver los montones de trabajo que lo esperaban, a Matthew no le preocupaba.

—Todo puede esperar. Ni siquiera los espías hacen negocios en Nochebuena —me dijo.

Durante la cena hablamos más sobre las últimas proezas de Walter y el sorprendente estado del tráfico en Londres y nos mantuvimos alejados de temas más serios, como la última borrachera de Kit y el ambicioso William Shakespeare. Cuando retiraron los platos, Matthew separó de la pared una pequeña mesa de juego. Sacó un mazo de cartas del compartimento que había bajo el tablero de la mesa y empezó a enseñarme a jugar al estilo isabelino. Henry acababa de convencer a Matthew y a Gallowglass para jugar al *flapdragon* —un alarmante juego que consistía en prenderles fuego a varias pasas en un plato de brandi y apostar a quién sería capaz de tragarse el mayor número de ellas— cuando nos llegó desde la calle el sonido de gente entonando villancicos, al otro lado de las ventanas. No cantaban todos en la misma clave y aquellos que no sabían la letra intercalaban escandalosos detalles sobre la vida personal de José y María.

—Aquí, milord —dijo Pierre, empujando una bolsa de monedas hacia Matthew.

—¿Tenemos pasteles? —le preguntó Matthew a Françoise.

Ella la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Por supuesto que tenemos pasteles. Están en el nuevo armario para la comida que hay en el rellano, para que el olor no incomode a nadie —dijo Françoise, señalando hacia las escaleras—. El año pasado les disteis vino, pero no creo que les haga falta esta noche.

—Yo iré contigo, Matt —dijo Henry, presentándose voluntario—. Me gusta escuchar una buena canción en Nochebuena.

La aparición de Matthew y Henry abajo fue acompañada por un evidente incremento del volumen del coro. Cuando los cantantes de villancicos finalizaron la canción de forma un tanto despareja, Matthew les dio las gracias y repartió unas monedas. Henry distribuyó los pasteles, lo que dio lugar a innumerables reverencias y a algunos

murmullos de «Gracias, milord», cuando se corrió la voz de que se trataba del conde de Northumberland. Los cantantes se fueron a otra casa, siguiendo algún misterioso orden de preferencia que esperaban que les asegurara los mejores refrigerios y aguinaldos.

Pronto no fui capaz de seguir ahogando mis bostezos y Henry y Gallowglass comenzaron a reunir sus guantes y capas. Ambos sonreían como casamenteros satisfechos mientras iban hacia la puerta. Matthew se reunió conmigo en la cama y me abrazó hasta que me quedé dormida, susurrando villancicos y nombrando las numerosas campanas de la ciudad mientras daban la hora.

—Esa es de Santa María Le Bow —dijo, escuchando los sonidos de la ciudad—. Y esa, de Santa Catalina de Cree.

—¿Esa es la de San Pablo? —pregunté mientras sonaba un prolongado clarín.

—No. El incendio que acabó con la torre del campanario destruyó también las campanas. Es San Salvador. Pasamos por allí de camino a la ciudad.

El resto de las iglesias de Londres siguieron el ritmo de la catedral de Southwark. Finalmente, una rezagada terminó con un tañido discordante, el último sonido que oí antes de que me venciera el sueño.

En medio de la noche, me despertó una conversación procedente del estudio de Matthew. Palpé la cama, pero él ya no estaba a mi lado. Las cintas de cuero que sostenían el colchón chirriaron y se estiraron cuando salté al frío suelo. Me estremecí y me cubrí con un chal, antes de abandonar la habitación.

A juzgar por los charquitos de cera que había en los candelabros planos, Matthew debía de llevar horas trabajando. Pierre estaba con él, de pie al lado de las estanterías construidas en un hueco al lado de la chimenea. Parecía que lo hubieran arrastrado de espaldas por el lodo del Támesis en marea baja.

—He recorrido la ciudad con Gallowglass y sus amigos irlandeses —murmuró Pierre—. Si los escoceses saben algo más acerca del señor, no tienen intención de divulgarlo, milord.

—¿Qué señor? —pregunté, mientras entraba en la habitación. Fue entonces cuando vi la estrecha puerta camuflada en los paneles de madera.

—Lo siento, *madame*. No pretendía despertaros.

La consternación de Pierre que asomó entre la mugre y el hedor que lo acompañaban hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—Está bien, Pierre. Retírate. Iré a buscarte más tarde. —Matthew esperó a que el sirviente desapareciera, chapoteando con los zapatos. Luego se quedó mirando las sombras que había al lado de la chimenea.

—La habitación que se encuentra más allá de esa puerta no formaba parte de la visita de bienvenida —señalé, acercándome a él—. ¿Qué ha sucedido ahora?

—Más noticias de Escocia. Un juez ha condenado a un brujo llamado John Fian, un señor de Prestonpans, a muerte. Mientras yo no estaba, Gallowglass intentó descubrir qué había de verdad, si es que había algo, detrás de tan atroces acusaciones: adorar a Satán, desmembrar cadáveres en una tumba, transformar zarpas de topo en monedas de plata, con lo cual nunca se quedaba sin dinero, y surcar los mares en un barco con el demonio y Agnes Sampson para frustrar la política del rey. —Matthew dejó caer un papel sobre la mesa, delante de él—. Por lo que yo sé, Fian no es más que un *tempestarii*, como solíamos llamarlos.

—Un brujo de los vientos, o posiblemente de las aguas —dije, traduciendo aquel término desconocido para mí.

—Sí. —Matthew me dio la razón, asintiendo con la cabeza—. Fian aumentó el salario de su profesor provocando tormentas eléctricas en épocas de sequía y deshielos prematuros cuando parecía que el invierno escocés nunca acabaría. Los vecinos del pueblo lo adoraban, según cuentan. Incluso los alumnos de Fian no tenían más que alabanzas para él. Cabe la posibilidad de que poseyera en cierta medida el don de la clarividencia, de hecho dicen que predecía la muerte de las personas, aunque eso también podría tratarse de una artimaña de Kit para embellecer la historia para el público inglés. Está obsesionado con las premoniciones de los brujos, como recordarás.

—Los brujos dependen del caprichoso humor de sus vecinos, Matthew. Tanto somos amigos como, de repente, nos pueden echar de la ciudad... o algo peor.

—Lo que le ha sucedido a Fian ha sido peor, definitivamente —dijo Matthew en tono grave.

—Me lo puedo imaginar —respondí, con un escalofrío. Si Fian había sido torturado como Agnes Sampson, debió de agradecer la muerte—. ¿Qué hay en esa habitación?

Matthew se planteó decirme que era un secreto, pero rectificó sabiamente. Se puso en pie.

—Será mejor que te lo enseñe. Mantente a mi lado. Aún no ha amanecido y no podemos llevar una vela al cuarto por temor a que alguien la vea desde fuera. No quiero que tropieces. —Asentí en silencio y lo cogí de la mano.

Cruzamos el umbral y entramos en una larga sala con una hilera de ventanas ligeramente más anchas que saeteras incrustadas bajo los aleros. Al cabo de unos instantes, se me acostumbró la vista y unas siluetas grises empezaron a surgir en la penumbra. Había un par de viejas sillas de jardín hechas de ramitas de sauce entretrejidas, situadas una enfrente de la otra, con los respaldos curvados hacia delante. En el centro del cuarto se veían dos filas de bancos bajos y maltrechos. Cada uno de ellos albergaba una extraña variedad de objetos: libros, papeles, cartas, sombreros y ropa. Algo metálico brilló en el lado derecho: eran espadas con la empuñadura hacia arriba y la punta hacia abajo. Un montón de dagas reposaban en el suelo, cerca de ellas. También se oyeron un arañazo y unos pasos apresurados.

—Ratas. —El tono de Matthew era de indiferencia, pero no pude evitar recoger el camisón y apretarlo contra las piernas—. Pierre y yo hacemos lo que podemos, pero es imposible librarse de ellas por completo. Todo este papel les parece irresistible. —Señaló hacia arriba y advertí por primera vez los extraños festones que había en las paredes.

Me acerqué con sigilo y observé las guirnaldas. Todas ellas pendían de una cuerda delgada y retorcida sujeta al yeso con un clavo de cabeza cuadrada. A su vez, la cuerda se introducía en la esquina superior izquierda de una serie de documentos. El nudo que había al final de la cuerda retrocedía hacia arriba y giraba alrededor del mismo clavo, creando una corona de papel.

—Uno de los primeros archivadores del mundo. Dices que guardo demasiados secretos —dijo Matthew en voz baja, al tiempo que extendía el brazo y cogía una de las guirnaldas—. Puedes añadir estos a tus cálculos.

—Pero si hay miles. —Seguro que ni un vampiro de mil quinientos años podía poseer tantos.

—Así es —afirmó Matthew. Me observó mientras mis ojos barrían la habitación para asimilar todo el archivo que guardaba—. Recordamos lo que otras criaturas quieren olvidar y eso hace posible que los Caballeros de San Lázaro amparemos a aquellos que están bajo nuestra protección. Algunos de los secretos se remontan a la época del reinado

del abuelo de la reina. La mayoría de los archivos más antiguos ya han sido trasladados a Sept-Tours para que estén a buen recaudo.

—Tantas estelas de papel —murmuré— y todas ellas acaban regresando a ti y a los De Clermont.

La habitación se desvaneció hasta que solo pude ver los remolinos y las espirales de las palabras que se desenrollaban en filamentos largos y entrelazados. Formaban un mapa de conexiones que unían temas, autores, fechas. Había algo que necesitaba entender sobre aquellas líneas entrecruzadas...

—Llevo rebuscando entre estos papeles desde que te quedaste dormida, intentando encontrar alguna referencia a Fian. Creía que habría alguna mención a él aquí —dijo Matthew, guiándome de vuelta al estudio—, algo que pudiera explicar por qué sus vecinos se pusieron en su contra. Tiene que haber un patrón que explique por qué los humanos se están comportando de esa forma.

—Si lo encuentras, a mis compañeros historiadores les encantaría conocerlo. Pero el hecho de entender el caso de Fian no garantiza que puedas evitar que me suceda a mí lo mismo. —El músculo que vibró en la mandíbula de Matthew me hizo saber que mis palabras habían dado en el clavo—. Y estoy segura de que nunca antes habías profundizado tanto en la materia.

—Ya no soy aquel hombre que volvía la espalda a tanto sufrimiento... y no quiero volver a convertirme en él. —Matthew retiró la silla y se desplomó sobre ella—. Tiene que haber algo que pueda hacer.

Lo estreché entre mis brazos. Incluso sentado, Matthew era tan alto que su coronilla me llegaba a la caja torácica. Se acurrucó contra mí. Se quedó quieto y luego se apartó poco a poco con los ojos fijos en mi abdomen.

—Diana. Estás... —se interrumpió.

—Embarazada. Eso creía —dije con naturalidad—. Mi período es irregular desde lo de Juliette, así que no estaba segura. Vomité en el camino de Calais a Dover, pero la mar estaba encrespada y el pescado que comimos antes de partir no era muy de fiar, desde luego.

Continuó mirándome fijamente el vientre. Yo seguí parlotando, nerviosa.

—Mi profesora de salud del instituto tenía razón: es cierto que te puedes quedar embarazada la primera vez que practicas sexo con un tío.

Había hecho cálculos y estaba casi segura de que la concepción había tenido lugar durante el fin de semana de la boda.

Pero él continuaba en silencio.

—Di algo, Matthew.

—Es imposible. —Parecía asombrado.

—Todo lo que nos concierne es imposible.

Bajé una mano temblorosa al vientre.

Matthew entrelazó los dedos con los míos y finalmente me miró a los ojos. Me sorprendió lo que vi en ellos: asombro, orgullo y una pizca de pánico. Entonces, sonrió. Fue un gesto de felicidad absoluta.

—¿Y si no se me da bien ser madre? —pregunté con inseguridad—. Tú ya has sido padre... Sabrás qué hacer.

—Vas a ser una madre maravillosa —respondió al instante—. Lo único que los niños necesitan es amor, un adulto que se haga responsable de ellos y un lugar blando donde aterrizar —me aseguró Matthew, moviendo nuestras manos entrelazadas sobre mi

vientre en una dulce caricia—. Nos encargaremos de las dos primeras juntos. La última dependerá de ti. ¿Cómo te encuentras?

—Físicamente, un poco cansada y mareada. Emocionalmente, no sé por dónde empezar. —Inspiré entrecortadamente—. ¿Es normal estar asustada, de mal humor y sensible, todo al mismo tiempo?

—Sí..., y entusiasmada y ansiosa y también muerta de miedo —dijo en voz baja.

—Sé que es ridículo, pero me sigue preocupando que mi magia pueda hacer daño al bebé, aunque miles de brujas dan a luz cada año.

«Pero no están casadas con vampiros».

—Esta no es una concepción normal —dijo Matthew, leyéndome la mente—. Aun así, no creo que tengas por qué preocuparte.

Se le ensombreció la mirada. Prácticamente, pude ver cómo añadía una preocupación más a la lista.

—No quiero contárselo a nadie. Todavía no —dije, pensando en la habitación de al lado—. ¿Podrías añadir a tu vida un secreto más..., al menos temporalmente?

—Desde luego —respondió Matthew de inmediato—. El embarazo no se te notará hasta dentro de varios meses. Pero Françoise y Pierre lo sabrán pronto por tu olor, si no lo saben ya, y también Hancock y Gallowglass. Por fortuna, los vampiros no suelen hacer preguntas personales.

Me reí en voz baja.

—Al parecer voy a ser yo la que revele nuestro secreto. Es imposible que tú seas más protector, así que nadie adivinará lo que ocultamos por tu comportamiento.

—No estés tan segura —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. Matthew dobló los dedos sobre los míos en un claro gesto de protección.

—Si continúas tocándome de esa forma, la gente se lo va a imaginar bastante rápido —convine de forma cortante, mientras le pasaba los dedos por el hombro. Él se estremeció—. Se supone que no deberías estremecerte cuando sientes algo cálido.

—No tiemblo por eso. —Matthew se puso de pie, ocultando la luz de las velas.

Al verlo, el corazón me dio un brinco. Él sonrió al oír la leve arritmia y me llevó hacia la cama. Nos quitamos la ropa y la tiramos al suelo, donde se quedó en dos charcos blancos que reflejaban la luz plateada de las ventanas.

Matthew me acariciaba con la suavidad de una pluma, mientras observaba los mínimos cambios que ya se estaban produciendo en mi cuerpo. Se tomaba su tiempo con cada centímetro de piel suave, pero su fría atención aumentaba el dolor en lugar de calmarlo. Cada beso era tan enrevesado y complejo como nuestros sentimientos sobre el hecho de compartir un hijo. Al mismo tiempo, las palabras que susurraba en la oscuridad me animaban a centrarme únicamente en él. Cuando ya no podía aguantar más, Matthew se introdujo dentro de mí, con movimientos pausados y suaves, como su beso.

Arqueé la espalda para intentar aumentar el contacto entre nosotros y Matthew se detuvo. Al curvar la columna, él se quedó a las puertas de mi útero. Y en ese breve y eterno momento, padre, madre e hijo estuvieron lo más cerca que tres criaturas podrían estar jamás.

—«Todo mi corazón, toda mi vida» —prometió, moviéndose dentro de mí.

Yo grité y Matthew me abrazó hasta que dejé de temblar. Entonces empezó a descender por mi cuerpo besándome, empezando por mi tercer ojo de bruja y continuando con los labios, la garganta, la clavícula, el plexo solar, el ombligo y, por fin, el abdomen.

Bajó la vista hacia mí, sacudió la cabeza y me dedicó una sonrisa infantil.

—Hemos hecho un hijo —dijo, estupefacto.

—Así es —corroboré, respondiendo con otra sonrisa.

Matthew deslizó los hombros entre mis muslos y los separó. Con un brazo enroscado en una de mis rodillas y el otro entrelazado alrededor de la cadera opuesta para poder posar la mano sobre el pulso que allí se notaba, posó la cabeza sobre mi vientre como si de una almohada se tratara y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Finalmente tranquilo, escuchó el suave zumbido de la sangre que ahora alimentaba a nuestro hijo. Cuando la oyó, giró la cabeza para que nuestras miradas se encontraran. Esbozó una sonrisa radiante y franca y regresó a su vigilia.

En la oscuridad iluminada con velas de la mañana de Navidad, noté la serena fuerza que surge al compartir nuestro amor con otra criatura. Ya no era un meteorito solitario moviéndome a través del tiempo y el espacio, ahora era parte de un complicado sistema planetario. Tenía que aprender a mantener mi propio centro de gravedad mientras otros cuerpos mayores y más poderosos que yo me arrastraban de aquí para allá. De no ser así, Matthew, los De Clermont, nuestro hijo —y la Congregación— podrían hacerme perder el rumbo.

El tiempo que había pasado con mi madre había sido demasiado breve, pero en siete años me había enseñado muchas cosas. Recordaba su amor incondicional, los abrazos que parecían abarcar días y que siempre estaba bien cuando yo necesitaba que lo estuviera. Era como decía Matthew: los niños necesitaban amor, una fuente fiable de bienestar y un adulto capaz de hacerse responsable de ellos.

Ya era hora de dejar de considerar nuestra estancia allí como un seminario avanzado de la Inglaterra de Shakespeare y tomármelo como la última y mejor oportunidad para descubrir quién era, con el fin de poder ayudar a mi hijo a entender cuál sería su lugar en el mundo.

Pero antes tendría que encontrar a una bruja.

Capítulo 16

PASAMOS el fin de semana tranquilos, deleitándonos con nuestro secreto y regodeándonos en las especulaciones que hacen todos los futuros padres. El miembro más joven del clan de los De Clermont ¿tendría el cabello negro como su padre y mis ojos azules? ¿Le gustaría la ciencia o la historia? ¿Tendría la habilidad de Matthew con las manos o sería una manazas como yo? En cuanto al sexo, teníamos diferentes opiniones. Yo estaba convencida de que era un niño y Matthew, igualmente seguro de que era una niña.

Exhaustos y llenos de júbilo, dejamos de pensar por un momento en el futuro para observar el Londres del siglo XVI desde el calor de nuestros aposentos. Empezamos por las ventanas que daban a Water Lane, donde espíe las distantes torres de la abadía de Westminster y acabamos sentados en unas sillas que acercamos a las ventanas de la habitación, desde donde se veía el Támesis. Ni el frío ni el hecho de tratarse del día cristiano de descanso impedían que los barqueros continuaran con sus negocios, haciendo entregas y trasladando pasajeros. Al fondo de nuestra calle, un grupo de remeros de alquiler se apiñaban en las escaleras que daban a la ribera, con los botes vacíos cabeceando arriba y abajo en el oleaje.

Matthew compartió conmigo sus recuerdos de la ciudad durante el transcurso de la tarde mientras la marea subía y bajaba. Me contó que en una ocasión, en el siglo XV, el Támesis se había helado durante más de tres meses. Permaneció así tanto tiempo que levantaron tiendas provisionales sobre el hielo para cubrir las necesidades de los peatones. También rememoró sus improductivos años en Thavies Inn, donde había llevado a cabo el formalismo de estudiar Leyes por cuarta y última vez.

—Me alegro de que puedas verlo antes de partir —dijo, estrechándome la mano. Una a una, las personas fueron iluminando las lámparas, colgándolas de las proas de los barcos y colocándolas en las ventanas de casas y posadas—. También intentaremos colarnos en una visita a la Bolsa de Valores.

—¿Vamos a regresar a Woodstock? —pregunté, confusa.

—Tal vez durante un breve período de tiempo. Luego regresaremos al presente.

Me quedé mirándolo, demasiado asombrada para hablar.

—No sabemos con qué nos encontraremos durante el período de gestación y por tu seguridad, y la del niño, tenemos que hacer un seguimiento del bebé. Tienes que someterte a ciertas pruebas y sería una buena idea que te hicieran una ecografía convencional. Además, querrás estar con Sarah y Emily.

—Pero, Matthew —protesté—, todavía no podemos volver a casa. No sé cómo hacerlo. —Él volvió la cabeza—. Em nos lo explicó claramente antes de que nos fuéramos. Para *retroceder* en el tiempo, hacen falta tres objetos que te lleven a donde quieres ir. Para *avanzar* hace falta brujería, pero yo no puedo hacer encantamientos. Por eso hemos venido.

—No puedes llevar el embarazo a término aquí —dijo Matthew, saltando de la silla.

—Las mujeres también tienen bebés en el siglo XVI —dije suavemente—. Además, no me siento diferente. No puedo estar embarazada de más de unas cuantas semanas.

—¿Tendrás la fuerza suficiente para llevarnos de vuelta a ella y a mí al futuro? No, necesitamos irnos lo antes posible, mucho antes de que nazca. —Matthew se interrumpió—. ¿Y si el hecho de viajar en el tiempo daña de alguna manera al feto? La magia es una cosa, pero esto... —dijo, sentándose de golpe.

—No ha cambiado nada —le aseguré con dulzura—. El bebé no puede ser mayor que un grano de arroz. Ahora que estamos en Londres, no debería ser difícil encontrar a alguien que me ayude con lo de la magia... Eso por no hablar de que sepa más de viajar en el tiempo que Sarah y Em.

—Es del tamaño de una lenteja —comentó Matthew. Se quedó callado, reflexionó unos instantes y tomó una decisión—. Al cabo de unas seis semanas, el desarrollo fetal más crítico ya habrá tenido lugar. Eso debería de proporcionarte tiempo suficiente. —Parecía que hablaba un médico, no un padre. Estaba empezando a preferir la impetuosidad previa a la época moderna que la objetividad actual.

—Solo son unas cuantas semanas, ¿y si necesitara siete?

Si Sarah hubiera estado en aquella habitación, le habría advertido de que el hecho de que me comportara de aquella forma tan razonable no era una buena señal.

—Siete semanas. Podría ser —dijo Matthew, perdido en sus propios pensamientos.

—Qué bien, me alegro. No me gustaría nada que me metieran prisa cuando está en juego algo tan importante como descubrir quién soy.

Fui apresuradamente hacia él.

—Diana, eso no es...

Estábamos ya nariz con nariz.

—No tendré la oportunidad de ser una buena madre si no aprendo más sobre el poder de mi sangre.

—Eso no es bueno...

—No te atrevas a decir que no es bueno para el bebé. No soy ningún *recipiente*.

—Mi mal genio estaba en plena ebullición—. Primero querías mi sangre para tus experimentos científicos y ahora, este bebé.

Matthew, maldito fuera, se quedó allí parado, con los brazos cruzados y una mirada dura en sus ojos grises.

—¿Y bien? —exigí.

—¿Y bien, qué? Al parecer mi participación en esta conversación no es necesaria. Ya acabas tú mis frases. Podrías empezarlas también.

—Esto no tiene nada que ver con las hormonas.

Me di cuenta tarde de que aquella simple afirmación probablemente evidenciaba lo contrario.

—Ni se me había pasado por la cabeza antes de que lo mencionaras.

—Pues no lo parecía.

Matthew enarcó una ceja.

—Soy la misma persona que hace tres días. El embarazo no es ninguna patología y no anula los motivos por los que estamos aquí. Ni siquiera hemos tenido una oportunidad como Dios manda de buscar el Ashmole 782.

—¿El Ashmole 782? —Matthew emitió un sonido de impaciencia—. Todo ha cambiado, y tú *no* eres la misma persona. No podemos mantener este embarazo en secreto de forma indefinida. En cuestión de días, cualquier vampiro podrá oler los cambios que se están produciendo en tu cuerpo. Kit se lo imaginará mucho antes y se preguntará quién es el padre..., porque no puedo ser yo, ¿no? Una bruja embarazada que vive con un *wearh* despertará la animadversión de todas las criaturas de la ciudad, incluso de aquellas que no se preocupan demasiado por el pacto. Alguien podría quejarse a la Congregación. Mi padre exigirá que regresemos a Sept-Tours por tu seguridad y yo no podría soportar volver a decirle adiós una vez más —señaló Matthew, levantando la voz cada vez más al ir

enumerando los problemas.

—No creía...

—No —me interrumpió Matthew—, claro que no. No podías haberlo hecho. Por Dios, Diana. Antes, tú y yo vivíamos un matrimonio prohibido. Eso ya era bastante excepcional, pero ahora estás embarazada de mí. Y eso no solo es excepcional, sino que el resto de criaturas lo consideran imposible. Tres semanas, Diana. Ni un segundo más.

Era implacable.

—Tal vez no consigas encontrar una bruja dispuesta a ayudarme en ese tiempo —insistí—. No con lo que está sucediendo en Escocia.

—¿Quién ha hablado de disposición?

La sonrisa de Matthew me dejó helada.

—Me voy a la sala a leer.

Giré en redondo para ir hacia la habitación, deseando alejarme de él lo antes posible, pero me estaba esperando en el umbral de la puerta impidiéndome el paso con el brazo.

—No pienso perderte, Diana —dijo, con energía pero en voz baja—. Ni por buscar un manuscrito de alquimia ni por el bien de un niño que no ha nacido.

—Y yo no pienso perderme a mí misma —repliqué—. Ni para satisfacer tu necesidad de tener todo bajo control ni hasta que descubra quién soy.

El lunes estaba de nuevo sentada en la sala, ojeando *La reina hada* y muriéndome de aburrimiento, cuando la puerta se abrió. «Visitas». Cerré el libro de golpe, entusiasmada.

—No creo que vuelva a entrar en calor jamás.

Walter se hallaba de pie en la puerta, empapado. George y Henry estaban con él, ambos con un aspecto igualmente horrible.

—Hola, Diana.

Henry estornudó y luego me saludó con una formal reverencia antes de dirigirse hacia la chimenea y extender los dedos hacia las llamas con un gemido.

—¿Dónde está Matthew? —pregunté, mientras hacía que George tomara asiento.

—Con Kit. Los hemos dejado con un librero —explicó Walter, haciendo un gesto en dirección a San Pablo—. Estoy hambriento. El estofado que Kit pidió para cenar era incomible. Matt dijo que Françoise nos prepararía algo de comer.

La sonrisa pícaro de Raleigh reveló que mentía.

Los chicos iban por el segundo plato de comida y por la tercera copa de vino cuando Matthew llegó a casa con Kit, un montón de libros y el lote completo de vello facial, cortesía de uno de esos brujos barberos de los que tanto hablaban. El elegante bigote nuevo de mi marido le iba bien a la anchura de su boca. Además, llevaba la barba corta, como dictaba la moda, y bien recortada. Pierre entró detrás de él, con un saco de tela lleno de rectángulos y cuadrados de papel.

—Gracias a Dios —dijo Walter, asintiendo con aprobación al ver la barba—. Ahora sí que parecees tú.

—Hola, corazón mío —dijo Matthew, y me besó en la mejilla—. ¿Me reconoces?

—Sí..., aunque parecees un pirata —comenté, riéndome.

—Es verdad, Diana. Él y Walter ahora parecen hermanos —admitió Henry.

—¿Por qué insistes en llamar a la esposa de Matthew por el nombre de pila, Henry? ¿La señora Roydon se ha convertido en tu pupila? ¿O es que ahora es tu hermana? La única

opción que queda es que estés planeando seducirla —refunfuñó Marlowe, dejándose caer en una silla.

—Deja de alborotar el gallinero, Kit —lo reprendió Walter.

—Tengo regalos de Navidad atrasados —dijo Matthew, deslizando el montón de libros hacia mí.

—Libros. —Me desconcertó notar que, obviamente, eran nuevos: el crujido de las tapas apretadas protestando al ser abiertas por primera vez, el olor del papel y el penetrante olor de la tinta. Estaba acostumbrada a ver ejemplares como aquellos muy gastados en las salas de lectura de las bibliotecas, no descansando sobre la mesa donde comíamos. El de arriba del todo era un cuaderno en blanco para reemplazar el que todavía estaba en Oxford. El siguiente, un libro de oraciones, hermosamente encuadernado. La ornamentada cubierta estaba adornada con una imagen postrada del patriarca bíblico Jesé. Del estómago le brotaba un árbol con unas extensas ramas. Fruncí el ceño. ¿Por qué me había comprado Matthew un libro de oraciones?

—Pasa la página —me animó, mientras notaba el peso de sus manos inmóviles sobre la parte baja de la espalda.

En el reverso había un grabado de madera de la reina Isabel arrodillada, rezando. Esqueletos, personajes bíblicos y virtudes clásicas decoraban cada una de las páginas. El libro era una combinación de texto e imaginería, exactamente igual que los tratados de alquimia que yo estudiaba.

—Es precisamente el tipo de libro que una respetable dama casada poseería —dijo Matthew, sonriendo. Luego bajó la voz y adoptó un tono conspirador—. Eso debería satisfacer tus deseos de guardar las apariencias. Pero no te preocupes. El siguiente no es en absoluto respetable.

Dejé a un lado el libro de oraciones y cogí el grueso tomo que Matthew me ofrecía. Tenía las páginas cosidas y estaba guardado en un envoltorio protector de gruesa vitela. El tratado prometía explicar los síntomas y las curas de todo tipo de mal que aquejara a la humanidad.

—Los libros religiosos son regalos populares y fáciles de vender. Los libros de medicina tienen una audiencia más pequeña y resultan demasiado costosos para estar encuadernados si no es por encargo —explicó Matthew, mientras yo pasaba los dedos por la lisa cubierta. Me tendió aún otro libro más—. Afortunadamente, ya había encargado un ejemplar encuadernado de este. Acaba de salir de imprenta y está destinado a ser un gran éxito de ventas.

El objeto en cuestión estaba sencillamente encuadernado en piel negra y tenía algunos grabados en plata por todo ornamento. Dentro había un ejemplar de la primera edición de *Arcadia*, de Philip Sidney. Me eché a reír al recordar cuánto había odiado leerlo en la universidad.

—No solo de oraciones y física vive una bruja.

Los ojos de Matthew brillaron, traviosos, y me hizo cosquillas con el bigote cuando se acercó para besarme.

—Me va a llevar algo de tiempo acostumbrarme a tu nueva cara —confesé, mientras me reía y me frotaba los labios debido a aquella sensación inesperada.

El conde de Northumberland me observó como si mirara a un caballo que necesitara un régimen de entrenamiento.

—Tan pocos títulos no mantendrán ocupada a Diana durante mucho tiempo. Está acostumbrada a una actividad más variada.

—Ciertamente. Pero no puede vagar por la ciudad ofreciendo clases de alquimia. —La boca de Matthew se tensó con regocijo—. Cada hora que pasaba, su acento y la elección de sus palabras se iban amoldando más a aquella época. Se inclinó sobre mí, olisqueó la jarra de vino y sonrió—. ¿Disponemos de algo para beber que no haya sido medicado con clavo y pimienta? Tiene un olor atroz.

—Puede que Diana disfrutara con la compañía de Mary —sugirió Henry, que no había oído la pregunta de Matthew.

Matthew se le quedó mirando.

—¿Mary?

—Tienen una edad y un temperamento similares, creo yo, y ambas son un dechado de erudición.

—La condesa no solo es culta, sino que además tiene propensión a incendiar cosas —observó Kit, sirviéndose otro generoso vaso de vino. Introdujo la nariz en él y respiró hondo. Olía ligeramente a Matthew—. Alejaos de sus alambiques y calderas, a menos que deseéis un cardado a la moda.

—¿Calderas?

Me pregunté de quién podría tratarse.

—Ah, sí. Es la condesa de Pembroke —agregó George, con los ojos brillantes ante la posibilidad del mecenazgo.

—De ninguna manera —dije rotundamente. Entre Raleigh, Chapman y Marlowe, ya había conocido a suficientes leyendas literarias para toda una vida. La condesa era la más destacada mujer de letras del país y hermana de *sir* Philippe Sidney—. No estoy preparada para enfrentarme a Mary Sidney.

—Ni Mary Sidney está preparada para enfrentarse a vos, señora Roydon, pero sospecho que Henry tiene razón. Pronto os aburriréis de los amigos de Matthew y necesitáis buscar los vuestros propios. Sin ellos podríais caer en la ociosidad y la melancolía —opinó Walter, antes de asentir mirando a Matthew—. Deberíais invitar a Mary a compartir vuestra cena.

—Blackfriars se quedaría completamente paralizado si la condesa de Pembroke apareciera en Water Lane. Sería infinitamente mejor enviar a la señora Roydon al castillo de Baynard. Está justo al otro lado de la muralla —aseguró Marlowe, deseando librarse de mí.

—Diana tendría que atravesar la ciudad —dijo Matthew enfáticamente.

Marlowe resopló con displicencia.

—Es la semana entre Navidad y Año Nuevo. A nadie le llamará la atención que dos mujeres casadas compartan una copa de vino y algunos chismorreos.

—Yo estaría encantado de acompañarla —propuso Walter, presentándose voluntario—. Tal vez Mary quiera saber más cosas sobre mi aventura en el Nuevo Mundo.

—Tendrás que pedirle a la condesa que invierta en Virginia en otra ocasión. Si Diana va, yo iré con ella —declaró Matthew, entornando los ojos—. Me pregunto si Mary conocerá a alguna bruja.

—Es una mujer, ¿cierto? Por supuesto que conoce a brujas —dijo Marlowe.

—¿Entonces quieres que le escriba, Matt? —preguntó Henry.

—Gracias, Hal. —Era obvio que Matthew no estaba en absoluto convencido de la pertinencia del plan. Dejó escapar un suspiro—. Hace demasiado tiempo que no la veo. Dile a Mary que pasaremos a visitarla mañana.

Mi reticencia inicial a conocer a Mary Sidney se esfumó a medida que se acercaba nuestra cita. Cuantas más cosas recordaba —y descubría— sobre la condesa de Pembroke, más emocionada estaba.

Françoise se hallaba en un estado de gran ansiedad por la visita y estuvo preparándome la ropa durante horas. Sujetó una gorguera particularmente esponjosa alrededor del cuello alto de una chaqueta de terciopelo negro que Marie me había confeccionado en Francia. Asimismo, limpió y planchó mi impresionante vestido de color teja con bandas de terciopelo negro. Combinaba con la chaqueta y le aportaba una nota de color. Cuando estuve vestida, Françoise calificó mi aspecto de pasable, aunque demasiado severo y alemán para su gusto.

Devoré una especie de estofado lleno de pedazos de conejo y cebada a mediodía para intentar acelerar la partida. Matthew dedicó un tiempo que se me hizo eterno a beber a sorbos el vino y hacerme preguntas en latín sobre qué tal me había ido la mañana. Tenía una expresión diabólica.

—¡Si intentas ponerme furiosa, lo estás consiguiendo! —le dije, tras una pregunta especialmente enrevesada.

—*Refero mihi in latine, quae so* —dijo Matthew, en tono profesional. Entonces le tiré un trozo de pan y él se echó a reír y se agachó.

Henry Percy llegó justo a tiempo para recoger limpiamente el pan con una mano. Lo devolvió a la mesa sin mediar palabra, sonrió con serenidad y preguntó si estábamos listos para partir.

Pierre se materializó sin hacer ruido alguno, saliendo de las sombras que había al lado de la entrada de la zapatería, y echó a andar calle arriba con aire desconfiado y con la mano derecha rodeando firmemente la empuñadura de su daga. Cuando Matthew nos hizo girar hacia la ciudad, levanté la vista. Allí estaba San Pablo.

—No creo que me pierda con eso en el vecindario —murmuré.

Mientras avanzábamos en silencio hacia la catedral, mis sentidos se acostumbraron al caos y logré discernir sonidos, olores e imágenes por separado. Pan horneado. Fuego de carbón. Humo de leña. Fermentación. Basura recién lavada, por cortesía de las lluvias del día anterior. Lana húmeda. Respiré hondo y tomé nota mentalmente de dejar de decirles a mis alumnos que, si retrocedieran en el tiempo, se desmayarían de inmediato por el mal olor. Al parecer no era verdad, al menos no en diciembre.

Hombres y mujeres levantaban la vista de su trabajo, se asomaban a las ventanas con descarada curiosidad mientras íbamos andando, e inclinaban la cabeza con respeto cuando reconocían a Matthew y a Henry. Pasamos por delante de un comercio en el que había una imprenta, luego por otro donde un barbero le estaba cortando el pelo a un hombre y bordeamos un ajetreado taller donde los martillos y el calor indicaban que alguien estaba trabajando metales finos.

A medida que la novedad iba desapareciendo, fui capaz de centrarme en lo que la gente decía, en la textura de sus ropas, en las expresiones de sus rostros. Matthew me había dicho que nuestro barrio estaba lleno de extranjeros, pero sonaba como si fuera Babel. Volví la cabeza.

—¿Qué idioma habla? —susurré, mirando a una mujer regordeta que llevaba puesta una chaqueta de color azul verdoso oscuro ribeteada en piel. Me fijé en que tenía un corte bastante parecido al de la mía.

—Algún dialecto alemán —dijo Matthew, bajando la cabeza hacia mí para que

pudiera oírlo por encima del ruido de la calle.

Pasamos a través del arco de una antigua garita. El camino se ensanchaba hasta convertirse en una calle que, contra todo pronóstico, había logrado conservar la mayor parte del pavimento. A la derecha había un edificio enorme, de varios pisos, que bullía de actividad.

—El priorato de los dominicos —explicó Matthew—. Cuando el rey Enrique expulsó a los sacerdotes, permaneció en ruinas hasta que lo convirtieron en una casa de inquilinato. Ahora no hay manera de saber cuánta gente vive ahí hacinada.

Eché un vistazo al otro lado del patio, donde un muro inclinado de piedra y madera ocupaba el espacio que había entre la casa de inquilinato y la parte trasera de otra vivienda. Un aborto de puerta colgaba de un solo juego de bisagras.

Matthew levantó la vista hacia San Pablo y, acto seguido, la bajó hacia mí. Su expresión se suavizó.

—Al infierno con las precauciones. Vamos.

Me condujo a través de una abertura que había entre un tramo de la vieja muralla de la ciudad y una casa que parecía a punto de volcar su tercer piso sobre los transeúntes. Solo era posible avanzar a lo largo de la estrecha vía pública porque todo el mundo se movía en la misma dirección: hacia arriba, hacia el norte, hacia fuera. La ola humana nos arrastró a otra calle, esa mucho más ancha que Water Lane. El ruido aumentó, al igual que la multitud.

—Dijiste que la ciudad estaba desierta por las vacaciones —comenté.

—Y lo está —respondió Matthew. Al cabo de unos cuantos pasos, nos arrojaron a una vorágine aún mayor. Me detuve en seco.

Las ventanas de San Pablo brillaban bajo la pálida luz de la tarde. El atrio que había alrededor se había convertido en una masa sólida de gente: hombres, mujeres, niños, aprendices, sirvientes, clérigos, soldados... Los que no estaban gritando, estaban escuchando a aquellos que lo hacían y, miraras a donde miraras, había papel: colgado de cuerdas fuera de los puestos de libros, clavado a cualquier superficie sólida, convertido en compendios y agitado en las caras de los espectadores. Un grupo de jóvenes se apiñaba alrededor de un puesto cubierto de ondeantes anuncios, escuchando a alguien que silabeaba lentamente anuncios de trabajo. De vez en cuando uno se separaba del resto, recibía unas palmadas en la espalda, se calaba la gorra y partía en busca de empleo.

—Oh, Matthew.

Aquello fue lo único que conseguí decir.

La gente continuaba pululando a nuestro alrededor, esquivando con cuidado las puntas de las largas espadas que mis escoltas llevaban a la cintura. Una brisa me meció la capucha. Sentí un cosquilleo, seguido por un débil pellizco. En algún sitio, en el ajetreado camposanto, una bruja y un daimón habían percibido nuestra presencia. Tres criaturas y un noble viajando juntas eran difíciles de ignorar.

—Hemos captado la atención de alguien —dije. A Matthew no pareció preocuparle demasiado y siguió las caras que nos rodeaban—. De alguien como yo y de alguien como Kit. No de alguien como tú.

—Todavía no —masculló entre dientes—. No vendrás aquí sola, Diana: jamás. Te quedarás en Blackfriars, con Françoise. Si vas más allá del pasadizo —Matthew señaló con la cabeza hacia atrás—, Pierre o yo debemos ir contigo. —Cuando se quedó satisfecho al ver que me tomaba en serio la advertencia, me alejó de allí—. Vamos a ver a Mary.

Giramos de nuevo hacia el sur, hacia el río, y el viento me pegó la falda a las

piernas. Aunque caminábamos colina abajo, cada paso era una odisea. Un débil silbido sonó mientras pasábamos por delante de una de las numerosas iglesias de Londres y Pierre desapareció en un callejón. Apareció de repente saliendo de otro, justo en el momento en que me había fijado en un edificio que me resultaba familiar y que estaba detrás de una muralla.

—¡Es nuestra casa!

Matthew asintió y desvió mi atención hacia el fondo de la calle.

—Y ese es el castillo de Baynard.

Aquel era el mayor edificio que había visto, sin contar con la Torre, San Pablo y la distante silueta de la abadía de Westminster. Tres torres con almenas miraban hacia el río, unidas por muros que fácilmente podrían doblar en altura a cualquiera de las casas de alrededor.

—El castillo de Baynard fue construido para acceder a él desde el río, Diana —dijo Henry en tono de disculpa mientras bajábamos por otro camino serpenteante—. Esta es la entrada trasera, no por donde se supone que deben llegar las visitas. Pero resulta bastante más acogedor tal día como hoy.

Nos colamos por una imponente garita. Dos hombres con uniformes de color gris carbón con insignias marrones, negras y doradas se aproximaron para identificar a los visitantes. Uno de ellos reconoció a Henry y agarró a su compañero de la manga antes de que le diera tiempo a preguntarnos.

—¡Lord Northumberland!

—Hemos venido a ver a la condesa. —Henry hizo ondear la capa en dirección a la guardia—. A ver si podéis secar esto. Y traedle al hombre del señor Roydon algo caliente para beber, si sois tan amables.

El conde hizo crujir los dedos dentro de los guantes de piel y sonrió.

—Desde luego, milord —dijo el guardián, mirando a Pierre con recelo.

El castillo estaba dispuesto alrededor de dos enormes plazas huecas, cuyos parterres centrales estaban llenos de árboles sin hojas y de restos de flores estivales. Subimos por un ancho tramo de escaleras y nos topamos con más sirvientes con librea, uno de los cuales nos guio hasta la sala de la condesa: una acogedora habitación con grandes ventanas orientadas hacia el sur y con vistas al río. Desde ellas se veía el mismo tramo del Támesis que era visible desde Blackfriars.

A pesar de la similitud de la vista, era imposible confundir aquel espacio abierto y luminoso con nuestra casa. Aunque nuestras habitaciones eran grandes y estaban cómodamente amuebladas, el castillo de Baynard era un hogar de aristócratas, lo cual saltaba a la vista. Unos amplios sofás con cojines flanqueaban la chimenea, acompañados de unos sillones tan profundos que una mujer podría acurrucarse en uno de ellos con las sayas extendidas a su alrededor. Los tapices daban vida a las paredes de piedra con pinceladas de vivos colores y escenas de la mitología clásica. También había indicios de que allí había una mente erudita en funcionamiento. Libros, restos de estatuas antiguas, objetos naturales, ilustraciones, mapas y otras curiosidades cubrían las mesas.

—¿Señor Roydon?

Un hombre de barba puntiaguda y cabello oscuro salpicado de gris se puso en pie. Tenía una tablilla en una mano y un pequeño pincel en la otra.

—¡Hilliard! —exclamó Matthew, con evidente alegría—. ¿Qué te trae por aquí?

—Un encargo para *lady* Pembroke —respondió el hombre, agitando la paleta—. Tengo que darle los últimos retoques a esta miniatura. Desea que esté lista para regalarla en

Año Nuevo. —Sus brillantes ojos castaños me analizaron.

—Lo olvidaba, no conoces a mi esposa. Diana, este es Nicholas Hilliard, el retratista.

—Es un placer —dije, hundiéndome en una reverencia. Londres tenía tranquilamente más de cien mil residentes. ¿Por qué Matthew tenía que conocer a todos los que los historiadores considerarían algún día importantes?—. Conozco y admiro vuestra obra.

—Ha visto el retrato de *sir* Walter que pintaste para mí el pasado año —dijo Matthew con naturalidad, para disimular mi saludo demasiado efusivo.

—Una de sus mejores obras, estoy de acuerdo —dijo Henry, mirando por encima del hombro del artista—. Esta parece destinada a rivalizar con ella, sin embargo. Tiene una notable semejanza con Mary, Hilliard. Has captado la intensidad de su mirada. —Hilliard parecía complacido.

Un sirviente apareció con vino y Henry, Matthew y Hilliard conversaron en voz baja mientras yo examinaba un huevo de avestruz engarzado en oro y una concha de nautilus en una peana de plata, ambos sobre una mesa junto con varios instrumentos matemáticos de inestimable valor que no osé tocar.

—¡Matt!

La condesa de Pembroke apareció en el umbral, limpiándose los dedos manchados de tinta con un pañuelo que le había proporcionado apresuradamente su doncella. Me pregunté por qué le iba a importar a nadie que estuvieran sucios, dado que su mandilón de profesora de color gris perla ya estaba manchado e incluso chamuscado en algunos puntos. La condesa se quitó la sencilla prenda de encima y dejó al descubierto un traje más ostentoso de terciopelo y tafetán, de un suntuoso tono ciruela. Mientras le pasaba el equivalente de principios de la era moderna de una bata de laboratorio a su sirvienta, capté el olorillo característico de la pólvora. La condesa se recogió un espeso rizo de cabello rubio que se le había soltado al lado de la oreja derecha. Era alta y esbelta, tenía la piel cremosa y unos profundos ojos castaños.

Extendió las manos en señal de bienvenida.

—Mi querido amigo. Hace años que no te veo, desde el funeral de mi hermano Philip.

—Mary —dijo Matthew, inclinándose sobre su mano—. Tienes buen aspecto.

—Londres no me entiende, como bien sabes, pero se ha convertido en una tradición que viajemos hasta aquí para las celebraciones del aniversario de la reina y me he quedado. Estoy trabajando en los salmos de Philip y en algunas otras fantasías, y no me ha importado demasiado. Además proporciona ciertos consuelos, como ver a viejos amigos.

La voz de Mary era indolente, pero aun así transmitía su aguda inteligencia.

—Estáis realmente hermosa, de hecho —dijo Henry, añadiendo su bienvenida a la de Matthew y mirando a la condesa con aprobación.

Los ojos castaños de Mary se fijaron en mí.

—¿Y quién es esa?

—Mi alegría al verte me ha hecho dejar de lado mis modales. *Lady* Pembroke, esta es mi esposa, Diana. Estamos recién casados.

—Señora.

Le dediqué una profunda reverencia a la condesa. Los zapatos de Mary estaban incrustados con fantásticos bordados de oro y plata que sugerían el Edén, cubiertos como estaban de serpientes, manzanas e insectos. Debían de haber costado una fortuna.

—Señora Roydon —dijo, entornando los ojos divertida—. Ahora que hemos acabado, llámonos simplemente Mary y Diana. Henry dice que sois estudiante de alquimia.

—*Lectora* de alquimia, señora —corregí—. Eso es todo. Lord Northumberland es demasiado generoso.

Matthew me estrechó la mano entre las suyas.

—Y tú, demasiado modesta. Posee amplios conocimientos, Mary. Como Diana es nueva en Londres, Hal ha pensado que podrías ayudarla a encontrar su sitio en la ciudad.

—Será un placer —dijo la condesa de Pembroke—. Venid, nos sentaremos al lado de la ventana. El señor Hilliard necesita gran cantidad de luz para su trabajo. Mientras finaliza mi retrato, me pondréis al corriente de las novedades. Pocas cosas suceden en el reino sin que Matthew se percate y esté al tanto, Diana, y yo he estado en casa, en Wiltshire, meses.

Cuando nos acomodamos, su sirvienta regresó con un plato de fruta en conserva.

—Oh —dijo Henry, moviendo alegremente los dedos sobre los dulces amarillos, verdes y naranjas—. Confités. Los hacéis como nadie.

—Y compartiré mi secreto con Diana —dijo Mary, con aire complacido—. Por supuesto, una vez que disponga de la receta es posible que no vuelva a tener el placer de disfrutar de la compañía de Henry.

—Mary, ahora sí que habéis llegado demasiado lejos —protestó con la boca llena de cáscara de naranja confitada.

—¿Está tu marido contigo, Mary, o los asuntos de la reina lo han retenido en Gales? —preguntó Matthew.

—El conde de Pembroke ha salido de Milford Haven hace varios días, pero acudirá a la corte en lugar de aquí. Tengo conmigo a William y a Philip, que me hacen compañía y no nos quedaremos mucho más tiempo en la ciudad, sino que iremos a Ramsbury. Allí el aire es más saludable.

Una mirada triste le nubló la cara.

Las palabras de Mary me recordaron a la estatua de William Herbert que había en el patio interior de la biblioteca Bodleiana. El hombre por delante del cual yo pasaba todos los días de camino a Duke Humfrey era uno de los grandes benefactores de la biblioteca y el hijo menor de aquella mujer.

—¿Cuántos años tienen vuestros hijos? —inquirí, esperando que la pregunta no fuera demasiado personal.

La cara de la condesa se suavizó.

—William tiene diez y Philip solo seis. Mi hija, Anne, siete, pero estuvo enferma el mes pasado y mi marido consideró que debería permanecer en Wilton.

—Nada serio, espero —dijo Matthew frunciendo el ceño.

Nuevas sombras atravesaron el rostro de la condesa.

—Cualquier enfermedad que afecte a mis hijos es seria —dijo con voz queda.

—Perdóname, Mary. He hablado sin pensar. Mi intención era solo ofrecerte toda la asistencia que estuviera en mi mano.

La voz de mi marido se volvió más grave por causa de la pesadumbre. La conversación trataba de una historia privada desconocida para mí.

—Has protegido a mis seres queridos del peligro en más de una ocasión. No lo he olvidado, Matthew, ni dudaré en volver a recurrir a ti en caso necesario. Pero Anne ha sufrido una fiebre infantil, nada más. Los médicos me han asegurado que se recuperará.

—Mary se volvió hacia mí—. ¿Tienes hijos, Diana?

—Aún no —dije, negando con la cabeza. La mirada gris de Matthew se clavó en mí un instante, antes de alejarse revoloteando. Tiré nerviosa de la parte baja de la chaqueta.

—Diana nunca había estado casada —dijo Matthew.

—¿Nunca?

La condesa de Pembroke se quedó fascinada por aquella información y abrió la boca para ahondar más en el tema. Matthew se lo impidió.

—Sus padres murieron cuando era pequeña. No había nadie que lo arreglara.

La compasión de Mary aumentó.

—Por desgracia la vida de una joven depende de los caprichos de sus tutores.

—Así es. —Matthew arqueó una ceja mirando hacia mí. Podía imaginar lo que estaba pensando: que yo era lamentablemente independiente y que Sarah y Em eran las criaturas menos volubles de la tierra.

El rumbo de la conversación cambió para centrarse en la política y en los últimos acontecimientos. Escuché atentamente durante un rato, intentando conciliar vagos recuerdos de una clase de historia de hacía mucho tiempo con los complicados chismorreos que los otros tres intercambiaban. Hablaban de la guerra, de una posible invasión española, de los simpatizantes católicos y de la tensión religiosa en Francia, pero muchos de los nombres y lugares no me resultaban en absoluto familiares. A medida que me relajaba gracias a la calidez de la sala de Mary, reconfortada por la constante charla, mi mente empezó a divagar.

—Ya he acabado, *lady* Pembroke. Mi sirviente Isaac os entregará la miniatura al final de la semana —anunció Hilliard, mientras recogía el equipo.

—Gracias, señor Hilliard.

La condesa extendió la mano, que brillaba con las joyas de sus abundantes anillos. Él se la besó, asintió mirando a Henry y a Matthew, y se retiró.

—Es un hombre con mucho talento —dijo Mary, revolviéndose en la silla—. Se ha vuelto tan popular que he sido afortunada al poder conseguir sus servicios.

Sus pies centellearon a la luz de la lumbre cuando el bordado de plata de sus zapatillas de ricos colores captaron las chispas rojas, naranjas y doradas. Me pregunté distraídamente quién habría diseñado el intrincado dibujo del bordado. Si estuviera más cerca, le habría pedido que me permitiera tocar las puntadas. Champier había sido capaz de leer mi piel con los dedos. ¿Podría un objeto inanimado facilitar información similar?

Aunque no tenía los dedos en absoluto cerca de los zapatos de la condesa, vi el rostro de una joven. Estaba concentrada en una hoja de papel donde se hallaba el diseño de los zapatos de Mary. Unos agujeritos que había a lo largo de las líneas del dibujo resolvían el misterio de cómo sus recovecos habían sido transferidos a la piel. Me concentré en el dibujo y mi ojo mental retrocedió varios pasos en el tiempo. Ahora veía a Mary sentada con un hombre de rostro severo y mandíbula pertinaz, delante de una mesa llena de especies de insectos y plantas. Ambos mantenían una animada conversación sobre un saltamontes y, cuando el hombre empezó a describirlo con todo lujo de detalles, Mary cogió la pluma e hizo un boceto del animal.

«Así que a Mary le interesan las plantas y los insectos, además de la alquimia», pensé mientras buscaba el saltamontes en sus zapatos. Allí estaba, en el tacón. Tenía un aire tan real. Y la abeja que había en la puntera derecha parecía que iba a salir volando en cualquier momento.

Un tenue zumbido me llenó los oídos mientras la abeja plateada y negra se

despegaba del zapato de la condesa de Pembroke y se elevaba en el aire.

—Oh, no —exclamé.

—Qué abeja más rara —comentó Henry, intentando aplastarla cuando pasó volando.

Pero yo estaba mirando hacia la serpiente que abandonaba reptando el zapato de Mary y se metía entre los juncos.

—¡Matthew!

Él se inclinó precipitadamente hacia delante y levantó la serpiente por la cola. Esta extendió la lengua en forma de horquilla y siseó indignada por el brusco tratamiento. Con un giro de muñeca, lanzó la serpiente al fuego, donde chisporroteó unos instantes antes de arder.

—No quería... —Mi voz se apagó.

—No pasa nada, *mon coeur*. No puedes evitarlo. —Matthew me acarició la mejilla antes de mirar a la condesa, que había bajado la vista y miraba fijamente sus zapatillas desaparejadas—. Necesitamos una bruja, Mary. Es bastante urgente.

—No conozco a ninguna bruja —respondió con celeridad la condesa de Pembroke. Matthew enarcó las cejas—. A ninguna que pudiera presentarle a tu esposa. Sabes que no me gusta hablar de esos temas, Matthew. Cuando regresó sano y salvo de París, Philip me contó lo que eras. Por entonces yo era una niña y me lo tomé como una fábula. Y así es como deseo que permanezca.

—Sin embargo, tú practicas la alquimia —observó Matthew—. ¿Es eso también una fábula?

—¡Practico la alquimia para entender el milagro de la creación de Dios! —gritó Mary—. ¡No hay nada de... brujería... en la alquimia!

—La palabra que estabas buscando es «demoniaco» —dijo el vampiro, con los ojos oscurecidos y una expresión en la boca que resultaba intimidatoria. La condesa retrocedió instintivamente—. ¿Estás tan segura de ti misma y de tu Dios que aseguras conocer Su mente?

A Mary le dolió el reproche, pero no estaba dispuesta a abandonar la lucha.

—Mi Dios y el tuyo no son el mismo, Matthew. —Mi marido entornó los ojos y Henry se tocó la nariz, nervioso. La condesa alzó la barbilla—. Philip también me habló de eso. Todavía eres partidario del papa y de la misa. Él vio el hombre que había debajo de los errores de tu fe y yo he hecho lo mismo con la esperanza de que un día te darás cuenta de cuál es la verdad y la seguirás.

—¿Por qué, si ves la verdad sobre las criaturas como Diana y yo a diario, continúas negándola? —dijo Matthew con aire cansado, antes de levantarse—. No volveremos a importunarte, Mary. Diana encontrará una bruja de alguna otra forma.

—¿Por qué no podemos seguir como antes y no volver a hablar de esto?

La condesa me miró con incertidumbre y se mordió el labio.

—Porque amo a mi mujer y quiero que esté a salvo.

Mary lo analizó un momento, evaluando su sinceridad. Esta debió de satisfacerla.

—Diana no tiene por qué temerme, Matt. Pero no debes confiar en nadie más en Londres que posea sus conocimientos. Lo que está sucediendo en Escocia está haciendo que la gente sienta temor y se apresure a culpar a los demás de sus desgracias.

—Siento lo de vuestros zapatos —dije con torpeza. No volverían a ser los mismos.

—No mencionaremos más el asunto —dijo Mary con firmeza, levantándose para despedirse.

Ninguno de nosotros dijo una palabra mientras abandonábamos el castillo de Baynard. Pierre salió tranquilamente de la garita detrás de nosotros, calándose la gorra en la cabeza.

—Ha ido muy bien, en mi opinión —dijo Henry, rompiendo el silencio.

Nos volvimos hacia él, incrédulos.

—Ha habido algunas dificultades, ciertamente —dijo atropelladamente—, pero no cabe duda del interés de Mary por Diana ni de su firme devoción por ti, Matthew. Debes darle una oportunidad. No ha sido criada para que crea con facilidad. Por eso las cuestiones de fe le preocupan tanto —aseguró Henry, arrebujándose en la capa. El viento no había disminuido y se estaba haciendo de noche—. Lamentablemente, debo abandonaros aquí. Mi madre está en Aldersgate y me espera para cenar.

—¿Se ha recuperado de su indisposición? —preguntó Matthew. La condesa viuda se había quejado de que le faltaba el aliento en Navidad y a Matthew le preocupaba que pudiera tratarse del corazón.

—Mi madre es una Neville. ¡Y como tal vivirá eternamente y no perderá ninguna oportunidad de causar problemas! —exclamó Henry. Me besó en la mejilla—. No te preocupes por Mary ni por... esto... ni por nada más.

Y, arqueando las cejas de modo significativo, se marchó.

Matthew y yo esperamos a que se alejara antes de girar hacia Blackfriars.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi esposo con voz queda.

—Antes eran mis sentimientos los que desataban la magia. Ahora una pregunta trivial es suficiente para hacerme ver más allá de la superficie de las cosas. Pero no tengo ni idea de cómo logré que aquella abeja cobrara vida.

—Gracias a Dios que estabas pensando en los zapatos de Mary. Si hubieras estado examinando los tapices, nos habríamos encontrado en medio de la guerra de los dioses del monte Olimpo —dijo Matthew secamente.

Atravesamos con rapidez el atrio de San Pablo y regresamos a la relativa calma de Blackfriars. La actividad frenética de horas antes había disminuido y había tomado un ritmo más lento. Los artesanos se congregaban en las puertas para compartir comentarios sobre los negocios, mientras dejaban que los aprendices finalizaran las tareas del día.

—¿Quieres que compremos comida? —preguntó Matthew, señalando una panadería—. No hay pizza, desgraciadamente, pero Kit y Walter son devotos de los pasteles de carne del señor Prior.

Se me hizo la boca agua al oler el aroma que salía del interior y asentí.

El señor Prior se quedó desconcertado cuando Matthew entró en sus instalaciones y perplejo cuando empezó a preguntarle con todo lujo de detalles sobre la procedencia y la frescura relativa de la carne. Finalmente elegí un sabroso pastel relleno de pato. No pensaba comer venado, daba igual el poco tiempo que hiciera que lo habían matado.

Matthew le pagó al prior la comida mientras los ayudantes del panadero la envolvían. Cada pocos segundos nos dirigían miradas furtivas. Aquello me recordó que una bruja y un vampiro causaban recelo a los humanos al igual que una vela atraía a las polillas.

La cena fue tranquila y agradable, aunque Matthew parecía un poco preocupado. Poco después de haber acabado mi pastel, se oyeron unos pasos en las escaleras de madera. «Kit no», pensé, cruzando los dedos, «esta noche no».

Cuando Françoise abrió la puerta, dos hombres vestidos con unas familiares libreas de color carbón estaban esperando. Matthew frunció el ceño y se puso en pie.

—¿Se encuentra mal la condesa? ¿O alguno de los niños?

—Están todos bien, señor.

Uno de ellos le tendió un trozo de papel cuidadosamente doblado. Encima había una burbuja irregular de cera roja con un sello de una cabeza de flecha.

—De la condesa de Pembroke —explicó con una reverencia—, para la señora Roydon.

Me chocó ver la dirección formal en el reverso: *Señora Diana Roydon, letrado de El Venado y la Corona, Blackfriars*. Mis dedos errantes evocaron con facilidad una imagen del rostro inteligente de Mary Sidney. Acerqué la carta al fuego, deslicé el dedo bajo el sello y me senté para leerla. El papel era grueso y crujió mientras lo desdoblaba. Un papelito más pequeño cayó en mi regazo.

—¿Qué dice Mary? —preguntó Matthew después de despedir a los mensajeros. Se quedó de pie detrás de mí y me puso las manos sobre los hombros.

—Quiere que vaya al castillo de Baynard el jueves. Está llevando a cabo un experimento de alquimia que cree que podría interesarme.

No fui capaz de disimular la incredulidad de mi voz.

—Así es Mary. Es cauta pero leal —dijo Matthew, antes de besarme en la cabeza—. Y siempre ha tenido una increíble capacidad de recuperación. ¿Qué pone en el otro papel?

Lo cogí y leí en voz alta las primeras líneas de los versos adjuntos.

Sin duda, cuando todo mi ser ha juzgado tan mal que más bien parecía un animal, aún en vos mi esperanza era recia.

—Bueno, bueno, bueno —interrumpió Matthew, riéndose—. Mi esposa ha llegado. Lo miré, confundida.

—El proyecto máspreciado de Mary no tiene que ver con la alquimia, sino con una nueva interpretación de los Salmos de los protestantes ingleses. La empezó su hermano Philip y murió antes de completarla. Mary es dos veces más poeta que él. En ocasiones tiene demasiada imaginación, aunque nunca lo admitiría. Ese es el comienzo del Salmo 71. Te lo ha enviado para mostrarle al mundo que formas parte de su círculo: una confidente leal y una amiga. —Matthew bajó entonces la voz, convirtiéndola en un pícaro susurro—. Aunque le hayas arruinado los zapatos.

Con una última carcajada, Matthew se retiró a su estudio, seguido de Pierre.

Yo me había adueñado de uno de los extremos de la mesa de pesadas patas de la sala y lo había convertido en mi escritorio. Como todas las superficies de trabajo que había ocupado siempre, estaba llena de basura y tesoros. Rebusqué entre todo ello y encontré las últimas hojas de papel en blanco, seleccioné una pluma nueva e hice un hueco en la mesa.

Me llevó cinco minutos escribir una breve respuesta a la condesa. Había dos borrones embarazosos en ella, pero mi letra cursiva era razonablemente buena y me había acordado de escribir algunas de las palabras fonéticamente para que no parecieran demasiado modernas. Cuando tenía dudas, doblaba alguna consonante o añadía alguna e final. Eché arena sobre la hoja y esperé hasta que absorbió el exceso de tinta antes de soplar sobre ella con ansia. Después de doblar la carta, me di cuenta de que no tenía lacre ni sello para cerrarla.

«Debería solucionarlo».

Dejé la nota a un lado para Pierre y regresé al papelito. Mary me había enviado las tres estrofas del Salmo 71.

Aquellos que mi vida aborrecen con sus espías ahora contienden, de su discurso he

aquí la recapitulación: Dios, dicen, lo ha indultado. Ahora perseguido, debe ser atrapado; nadie le otorgará la salvación.

Cuando la tinta se secó, cerré el libro y lo metí bajo el ejemplar de *Arcadia*, de Philip Sidney.

Aquel regalo de Mary era más que una simple oferta de amistad, de eso estaba segura. Mientras las líneas que le había leído en voz alta a Matthew eran un reconocimiento del servicio de mi marido a la familia de ella y una declaración de que no le daría la espalda en aquellos momentos, las últimas líneas guardaban un mensaje para mí: nos estaban vigilando. Alguien sospechaba que en Water Lane no todo era lo que parecía y que los enemigos de Matthew aseguraban que incluso sus aliados se volverían en su contra una vez que descubrieran la verdad.

Matthew, vampiro además de sirviente de la reina y miembro de la Congregación, no podía involucrarse en buscar una bruja para que fuera mi tutora mágica. Y, con un bebé en camino, encontrar una lo más rápido posible había adquirido renovada importancia.

Acerqué una hoja de papel y empecé a hacer una lista.

Cera para lacrarUn sello

Londres era una gran ciudad. Y me iba a ir de compras.

Capítulo 17

VOY a salir.

Françoise levantó la vista de su labor. Treinta segundos después, Pierre estaba subiendo por las escaleras. Si Matthew hubiera estado en casa, sin duda habría aparecido también él, pero se hallaba fuera ocupándose de unos misteriosos negocios en la ciudad. Al levantarme, había visto su traje de agua todavía secándose al lado del fuego. Lo habían requerido en plena noche y había regresado solo para volver a marcharse una vez más.

—¿De verdad lo vais a hacer?

Françoise entornó los ojos. Sospechaba que no tramaba nada bueno desde que me había vestido. En lugar de refunfuñar por el número de enaguas que me ponía por la cabeza, ese día había añadido una más hecha de cálida franela gris. Luego habíamos discutido sobre el vestido que debía ponerme. Yo prefería la ropa cómoda que me había traído de Francia a las prendas más espléndidas de Louisa de Clermont. La hermana de Matthew, con sus cabellos oscuros y su piel de porcelana, podía permitirse un vestido de terciopelo de un llamativo color turquesa («cardenillo», me había corregido Françoise) o uno de un enfermizo tafetán verde grisáceo (oportunamente denominado «español moribundo»), pero esos tonos quedaban espantosos con mis pálidas pecas y mis rizos de color dorado rojizo, además de ser demasiado ostentosos para lucirlos por la ciudad.

—Tal vez *madame* debería esperar hasta que el señor Roydon regrese —sugirió Pierre, mientras cambiaba el peso de un pie a otro, nervioso.

—No, no lo creo. He hecho una lista de cosas que necesito y quiero ir a comprarlas yo misma —dicho lo cual, cogí la bolsa de piel llena de monedas que Philippe me había dado—. ¿Debería llevar la bolsa o se supone que tengo que guardar el dinero en el corpiño y pescar las monedas cuando sea necesario?

Aquella parte de la ficción histórica, lo de las mujeres guardando cosas en los vestidos, siempre me había fascinado. Estaba deseando descubrir si las cosas eran tan fáciles de sacar en público como sugerían los novelistas. Lo que estaba claro era que, en el siglo XVI, no era tan fácil practicar sexo como se daba a entender en algunas novelas. Había demasiada ropa de por medio, para empezar.

—¡*Madame* no llevará dinero, desde luego!

Françoise señaló a Pierre, que aflojó las cuerdas de una bolsa que llevaba atada alrededor de la cintura. Al parecer no tenía fondo y albergaba un considerable alijo de instrumentos afilados, incluidos alfileres, agujas, algo que parecía una ganzúa y una daga. Una vez que hubo incluido en ella mi bolsa de cuero, esta empezó a tintinear al más mínimo movimiento.

Ya fuera, en Water Lane, caminé con toda la determinación que me permitían los zuecos (esas cuñas de madera que se ponían sobre los zapatos para no mancharlos), en dirección a San Pablo. La capa ribeteada de piel se inflaba alrededor de mis pies y el grueso tejido hacía de barrera para la pesada niebla. Estábamos disfrutando de un respiro temporal de los recientes aguaceros, pero el tiempo no era ni mucho menos seco.

La primera parada fue en la panadería del señor Prior para comprar algunos bollos tachonados con grosellas y frutas confitadas. Últimamente tenía hambre por las tardes y me apetecía algo dulce. La siguiente visita fue a una ajetreada imprenta marcada con la señal de un ancla, cerca del callejón que unía Blackfriars con el resto de Londres.

—Buenos días, señora Roydon —me saludó el propietario en cuanto crucé el umbral. Al parecer, mis vecinos me conocían sin necesidad de haberme presentado—. ¿Estáis aquí para recoger el libro de vuestro marido?

Asentí con convicción, a pesar de ignorar de qué libro estaba hablando, y sacó un ejemplar delgado que descansaba en una estantería alta. Lo hojeé y vi que trataba de temas militares y balística.

—Lamento que no hubiera ninguna copia encuadernada de vuestro libro de física —dijo, mientras envolvía la compra de Matthew—. Cuando podáis desprenderos de él, haré que lo encuadernen como os merecéis.

Así que de ahí era de donde venía mi compendio de enfermedades y remedios.

—Gracias, señor... —empecé, pero se me apagó la voz.

—Field —terminó él.

—Señor Field —repetí. Una mujer de ojos brillantes con un bebé en la cadera salió de la oficina que había en la parte de atrás de la tienda, con un niño pequeño colgado de las faldas. Tenía los dedos rudos y llenos de tinta incrustada.

—Señora Roydon, esta es mi esposa, Jacqueline.

—Ah. Señora Roydon —me cumplimentó la mujer, con un leve acento francés que me recordó a Ysabeau—. Vuestro esposo nos ha dicho que sois una gran lectora y Margaret Hawley asegura que estudiáis alquimia.

Jacqueline y su marido sabían mucho de mí. Sin duda también habían sido informados del número que calzaba y del tipo de pastel de carne que prefería. Por lo tanto, lo que me pareció más raro aún era que nadie de Blackfriars pareciera haberse dado cuenta de que era una bruja.

—Sí —dije, enderezando las costuras de los guantes—. ¿Vendéis papel suelto, señor Field?

—Desde luego —respondió Field frunciendo el ceño con aire confuso—. ¿Ya habéis rellenado vuestro libro con cosas comunes? —Vaya. Él también había sido el proveedor de mi cuaderno.

—Necesito papel para correspondencia —le expliqué— y lacre. Y un sello. ¿Puedo comprarlos aquí?

En la librería de Yale había todo tipo de papelería, plumas y barritas de lacre de vivos colores y punta totalmente roma, junto con sellos baratos de latón en forma de letras. Field y su esposa intercambiaron sendas miradas.

—Os enviaré más papel esta tarde —dijo—. Pero querréis a un orfebre que os convierta el sello en un anillo. Lo único que yo tengo aquí son letras usadas de la imprenta esperando a ser fundidas y remodeladas.

—O podríais ir a ver a Nicholas Vallin —sugirió Jacqueline—. Es experto en metales, señora Roydon, y también hace muy buenos relojes.

—¿Calle abajo? —pregunté, señalando por encima del hombro.

—Él no es orfebre —protestó Field—. No queremos ocasionar ninguna molestia a *monsieur* Vallin.

Jacqueline permaneció imperturbable.

—Vivir en Blackfriars tiene sus beneficios, Richard. Trabajar fuera de las regulaciones de los gremios es uno de ellos. Además, la Compañía de Orfebres no vendrá a importunar a nadie por algo tan insignificante como el anillo de una mujer. Si queréis lacre, señora Roydon, tendréis que acudir al boticario.

El jabón también estaba en la lista de la compra. Y los boticarios usaban aparatos de

destilación. Aunque, por necesidad, mi objetivo estaba dejando de ser la alquimia para que la magia ocupara su lugar, no había motivo alguno de desaprovechar una oportunidad para aprender algo más útil.

—¿Dónde está el boticario más cercano?

Pierre tosió.

—Tal vez deberíais consultarlo con el señor Roydon.

Matthew tendría todo tipo de opiniones, la mayoría de las cuales estarían relacionadas con enviar a Françoise o a Pierre a buscar lo que necesitaba. Los Field esperaban mi respuesta con interés.

—Tal vez —dije, mirando indignada a Pierre—. Pero aun así me gustaría oír la recomendación de la señora Field.

—John Hester está muy bien considerado —dijo Jacqueline con aire malicioso, mientras soltaba al niño pequeño de sus faldas—. Me dio una tintura para el oído de mi hijo que le curó el dolor.

John Hester, si no me fallaba la memoria, también estaba interesado en la alquimia. Tal vez conociera a alguna bruja. Mejor aún, él mismo podría ser brujo, lo que encajaría de forma admirable con mis verdaderas intenciones. Ese día no había salido simplemente a comprar. Había salido para que me vieran. Los brujos eran un grupo muy curioso. Si me ofrecía a mí misma como cebo, alguno picaría.

—Se comenta que incluso la condesa de Pembroke le pide consejo en relación a las *megrañas* del señorito —añadió su esposo. Así que todo el vecindario también estaba al tanto de que había ido al castillo de Baynard. Mary tenía razón: nos estaban vigilando—. La tienda del señor Hester está cerca de Paul's Wharf y tiene un cartel de un alambique.

—Gracias, señora Field.

Paul's Wharf debía de estar cerca del atrio de San Pablo, así que podría ir esa misma tarde. Redibujé el mapa mental de la excursión de ese día.

Después de despedirnos, Françoise y Pierre giraron hacia el callejón para ir hacia casa.

—Voy a seguir hasta la catedral —dije, yendo en la otra dirección.

Inusitadamente, de pronto, Pierre estaba delante de mí.

—A milord no le gustará.

—Milord no está aquí. Matthew ha dejado instrucciones estrictas de que no fuera allí sin ti. No dijo que fuera una prisionera en mi propia casa. —Le entregué el libro y los bollos a Françoise—. Si Matthew regresa antes que yo, dile dónde estamos y que volveré pronto.

Françoise cogió los paquetes, intercambió una larga mirada con Pierre y echó a andar por Water Lane.

—*Prenez garde, madame* —murmuró Pierre mientras pasaba por delante de él.

—Yo siempre tengo cuidado —dije con tranquilidad, metiendo directamente el pie en un charco.

Dos coches de caballos habían colisionado y estaban bloqueando la calle que llevaba a San Pablo. Los vehículos de madera recordaban a los vagones cerrados y no tenían nada que ver con los elegantes carruajes de las películas de Jane Austen. Los bordeé con Pierre pisándome los talones y esquivé a los caballos alterados y a los no menos irritados ocupantes, que estaban en medio de la calle discutiendo a gritos sobre quién había tenido la culpa. Solo los cocheros parecían indiferentes, charlando el uno con el otro tranquilamente desde el pescante, por encima de la refriega.

—¿Esto sucede a menudo? —le pregunté a Pierre, mientras me echaba hacia atrás la capucha para poder verlo.

—Estos nuevos vehículos son un incordio —dijo agriamente—. Era mucho mejor cuando la gente iba andando o a caballo. Pero no hay problema. Nunca ganarán popularidad.

«Eso le dijeron a Henry Ford», pensé.

—¿Paul's Wharf queda muy lejos?

—A milord no le gusta John Hester.

—Eso no es lo que he preguntado, Pierre.

—¿Qué desea comprar *madame* en el atrio?

La técnica de distracción de Pierre me sonaba de mis años de colegio. Pero no tenía intención alguna de contarle a nadie la verdadera razón por la que estábamos recorriendo Londres.

—Libros —me limité a decir.

Entramos en el recinto de San Pablo, donde cada centímetro que no estaba tomado por el papel se veía ocupado por alguien vendiendo un bien o servicio. Un bondadoso hombre de mediana edad estaba sentado en un taburete, dentro de un cobertizo anexo a una cabaña, construida literalmente contra una de las paredes de la catedral. Ese no era, de ninguna manera, un lugar inusual para una oficina en aquel lugar. Un corrillo de gente se apiñaba alrededor de su puesto. Con un poco de suerte, habría alguna bruja entre ellos.

Me dirigí hacia la multitud. Parecían ser todos humanos. Qué decepción.

El hombre levantó la vista, asombrado, de un documento que estaba transcribiendo cuidadosamente para un cliente que estaba esperando. Era un escribano. «Por favor, que no sea William Shakespeare», rogué.

—¿Puedo ayudaros, señora Roydon? —preguntó este con acento francés.

«No es Shakespeare». Pero ¿cómo estaba al tanto de mi identidad?

—¿Tenéis lacre? ¿Y tinta roja?

—No soy boticario, señora Roydon, sino un pobre profesor.

Sus clientes empezaron a murmurar sobre los escandalosos beneficios de los que disfrutaban los tenderos, los boticarios y otros extorsionadores.

—La señora Field me ha dicho que John Hester hace un lacre excelente.

Las cabezas se volvieron hacia mí.

—Pero un poco caro. Al igual que su tinta, fabricada a partir de flores de iris.

La afirmación del hombre fue confirmada por los murmullos de la multitud.

—¿Podéis señalarme la dirección en la que está su tienda?

Pierre me agarró por el codo.

—*Non* —me susurró al oído. Como aquello solo logró atraer más la atención de los humanos, me volvió a soltar de nuevo.

El escribano levantó la mano y señaló hacia el este.

—Lo encontraréis en Paul's Wharf. Id hasta Bishop's Head y girad hacia el sur. Aunque *monsieur* Cornu conoce el camino.

Volví la vista hacia Pierre, que miraba fijamente a un punto cualquiera sobre mi cabeza.

—¿De verdad? Gracias.

—¿Es esa la *esposa* de Matthew Roydon? —dijo alguien riendo entre dientes mientras nos alejábamos de la multitud—. *Mon dieu*. No me extraña que parezca agotado.

No fui de inmediato en dirección a la botica. En lugar de ello, con los ojos fijos en

la catedral, comencé a circunnavegar lentamente su enorme forma. Era sorprendentemente elegante dado su tamaño, pero aquel desafortunado rayo había echado a perder su aspecto para siempre.

—Este no es el camino más rápido para Bishop's Head.

Pierre estaba un paso por detrás de mí en lugar de los habituales tres, por lo que tropezó conmigo cuando me detuve para alzar la vista.

—¿Cómo era de alto el chapitel?

—Casi tan alto como el largo del edificio. A milord siempre le fascinó cómo habían logrado hacerlo tan alto.

La aguja desaparecida habría hecho que todo el edificio se elevara, con el esbelto pináculo haciendo eco de las delicadas líneas de los contrafuertes y de las altas ventanas góticas.

Sentí un subidón de energía que me recordó el templo de la diosa que había cerca de Sept-Tours. Muy por debajo de la catedral, algo notó mi presencia. Lo demostró con un susurro, con un leve movimiento bajo mis pies y con un suspiro de reconocimiento, antes de desaparecer. Allí había poder, de ese que resultaba irresistible para las brujas.

Me retiré la capucha de la cara y observé concienzudamente a los compradores y los vendedores del atrio de San Pablo. Daimones, brujas y vampiros miraban fugazmente de vez en cuando hacia donde yo estaba, pero había demasiada actividad como para llamar la atención. Necesitaba una situación más íntima.

Continué pasando por delante de la cara norte de la catedral y la rodeé por el extremo este. El ruido aumentó. Allí toda la atención se centraba en un hombre subido a un púlpito al aire libre cubierto por un tejado que tenía una cruz arriba del todo. A falta de algún artilugio eléctrico para dirigirse al público, el hombre mantenía a la audiencia enganchada gritando, haciendo gestos dramáticos y evocando imágenes de fuego y azufre.

No había manera de que una bruja pudiera competir con tanto infierno y condenación. A menos que hiciera algo peligrosamente conspicuo, cualquier bruja que me viera pensaría que no era más que una criatura que iba de compras, como ella. Ahogué un suspiro de frustración. Mi plan me había parecido infalible, por su simplicidad. En Blackfriars no había brujas. Pero allí, en San Pablo, había demasiadas. Y la presencia de Pierre disuadiría a cualquier criatura curiosa que se quisiera acercar a mí.

—Quédate aquí y no te muevas —le ordené, mirándolo con severidad. Las oportunidades de llamar la atención de una bruja amistosa podían aumentar si él no estaba allí irradiando desaprobación vampírica. Pierre se recostó contra el soporte vertical de un puesto de libros y clavó la mirada en mí sin mediar palabra.

Me adentré en la multitud que había al pie de Paul's Cross, mirando de izquierda a derecha como si estuviera buscando a un amigo que hubiera perdido. Esperé el cosquilleo de alguna bruja. Estaban allí. Podía sentir las.

—¿Señora Roydon? —gritó una voz familiar—. ¿Qué os trae por aquí?

El rostro rubicundo de George Chapman surgió entre los hombros de dos caballeros de aspecto adusto que estaban escuchando cómo el predicador maldecía las calamidades del mundo en un conciliábulo pecaminoso de católicos y aventureros mercaderes.

No había encontrado a ninguna bruja, pero los miembros de la Escuela de la Noche estaban, como siempre, por todas partes.

—Estoy buscando tinta. Y lacre. —Cuanto más repetía aquello, más estúpido sonaba.

—Entonces necesitaréis una botica. Venid, os llevaré con mi proveedor. —George

me ofreció el codo—. Es bastante razonable, además de hábil.

—Se está haciendo tarde, señor Chapman —dijo Pierre, materializándose de la nada.

—La señora Roydon debería tomar el aire mientras tiene oportunidad. Los barqueros dicen que pronto volverá a llover y raras veces se equivocan. Además, la tienda de John Chandler está justo al otro lado de las murallas, en Red Cross Street. No es ni media milla.

El encuentro con George ahora parecía más fortuito que exasperante. Seguramente encontraríamos a alguna bruja durante el paseo.

—Matthew no se opondría a que diera un paseo con el señor Chapman... Especialmente si tú también me acompañas —le dije a Pierre, mientras cogía del brazo a George—. ¿Queda vuestra botica cerca de Paul's Wharf?

—Más bien al contrario —dijo George—. Pero no querréis comprar en Paul's Wharf. John Hester es el único boticario que hay allí y sus precios están muy por encima de los límites del sentido común. El señor Chandler os prestará mejor servicio, a mitad de precio.

Puse a John Hester en mi lista de tareas para otro día y me así al brazo de George. Salimos del atrio de San Pablo y nos dirigimos hacia el norte, pasando por delante de suntuosas casas y jardines.

—Ahí es donde vive la madre de Henry —dijo George, señalando un grupo de edificaciones particularmente imponentes que había a nuestra izquierda—. Él odia el lugar y vivía justo a la vuelta de la esquina de la casa de Matt hasta que Mary lo convenció de que aquella morada no era digna de un conde. Ahora se ha mudado a una casa de Strand. Mary está encantada, pero a Henry le parece sombría y la humedad no se lleva bien con sus huesos.

Los muros de la ciudad estaban nada más pasar la casa familiar de Percy. Construidas por los romanos para defender Londinium de los invasores, todavía delimitaban los lindes oficiales. Más allá de Aldersgate y tras atravesar un puente bajo, se llegaba a una zona de campo abierto y de casas arracimadas alrededor de iglesias. Me llevé una mano enguantada a la nariz al percibir el olor que acompañaba a aquel paisaje pastoril.

—Las cloacas de la ciudad —dijo George excusándose, mientras señalaba un río de aguas residuales que discurría bajo nuestros pies—. Lamentablemente, es la ruta más directa. Pronto disfrutaremos de un aire más salubre.

Me enjuagué los ojos llorosos y esperé sinceramente que así fuera.

George me hizo recorrer toda la calle, que era lo suficientemente ancha como para albergar a los carruajes que pasaban, a los carromatos llenos de comida e incluso a un rebaño de bueyes. Mientras caminábamos, iba charlando de la visita que le había hecho a su editor, William Ponsoby. A Chapman le sorprendió sobremanera que no me sonara el nombre. Yo sabía lo justo sobre los aspectos del comercio literario isabelino y eso le hizo seguir hablando del tema. George estaba encantado de chismorrear sobre los numerosos dramaturgos a los que Ponsoby había desairado, incluido Kit. Ponsoby prefería trabajar con el grupo de literatos serios y, de hecho, su rebaño de autores era verdaderamente ilustre: Edmund Spencer, la condesa de Pembroke, Philip Sidney...

—Ponsoby también estaría dispuesto a publicar los poemas de Matt, pero él se ha negado.

George meneó la cabeza, perplejo.

—¿Sus poemas?

Me detuve en seco. Sabía que Matthew admiraba la poesía, pero no que la escribiera.

—Sí. Matt insiste en que sus versos solo son adecuados para los ojos de sus amigos. Todos estamos orgullosos de su elegía por el hermano de Mary, Philip Sidney. «Mas los ojos y el oído y toda inteligencia / se mostraban obnubilados por su dulce excelencia».

—George sonrió—. Es un trabajo maravilloso. Pero Matthew es poco dado a la prensa y se lamenta de que solo ha generado discordia y opiniones en absoluto recomendables.

A pesar de su moderno laboratorio, Matthew era un carca con su gusto por los relojes antiguos y los automóviles de época. Apreté los labios para evitar sonreír ante aquella última evidencia de su tradicionalismo.

—¿De qué tratan sus poemas?

—Del amor y la amistad, principalmente, aunque recientemente él y Walter han estado intercambiando versos sobre... temas más oscuros. De un tiempo a esta parte, parecen pensar con una sola mente.

—¿Más oscuros? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Él y Walter no siempre aprueban lo que sucede a su alrededor —dijo George en voz baja, mientras sus ojos escrutaban los rostros de los transeúntes—. Pueden ser propensos a la impaciencia (especialmente Walter) y a menudo refutan las mentiras de aquellos que se encuentran en puestos de poder. Es una tendencia peligrosa.

—Las mentiras... —repetí lentamente. Había un poema famoso titulado «La mentira». Era anónimo, pero se le atribuía a Walter Raleigh—. «Decidle al tribunal si refulge / y brilla como la madera podrida».

—Así que Matt ha compartido esos versos con vos —comentó George, suspirando una vez más—. Es capaz de transmitir en unas cuantas palabras un notable abanico de sentimientos y significado. Es un talento que envidio.

Aunque el poema me resultaba familiar, la relación de Matthew con él no. Pero ya habría mucho tiempo en las noches venideras para indagar sobre los logros literarios de mi marido. Dejé el tema y escuché mientras George ofrecía sus opiniones sobre si a los escritores les exigían publicar demasiado para sobrevivir y la necesidad de correctores decentes que evitaran que los errores se infiltraran en los libros impresos.

—Ahí está la tienda de Chandler —dijo George, señalando hacia la intersección donde había una cruz inclinada sobre una plataforma elevada. Una pandilla de niños se entretenía rompiendo uno de los toscos adoquines de la base. No hacía falta ser bruja para predecir que la piedra pronto atravesaría el escaparate de una tienda.

Cuanto más nos acercábamos al lugar donde el boticario tenía su negocio, más frío era el aire. Al igual que en San Pablo, allí había otra fuente de energía, aunque una atmósfera opresiva de pobreza y desesperación pendía sobre el barrio. Había una antigua torre desmoronada en la zona norte de la calle y era como si una ráfaga de viento fuera capaz de llevarse las casas que la rodeaban. Dos jóvenes se acercaban arrastrando los pies, mirándonos con interés, hasta que un grave silbido de Pierre les hizo pararse en seco.

La tienda de John Chandler encajaba a la perfección en la atmósfera gótica del barrio. Era oscura, acre e inquietante. Un búho disecado colgaba del techo y las mandíbulas llenas de dientes de alguna criatura desafortunada estaban tachonadas sobre el perfil de un cuerpo con los miembros amputados y rotos, atravesados por armas. El pobre hombre tenía una lezna de carpintero clavada en el ojo izquierdo en un garboso ángulo.

Un hombre encorvado emergió tras una cortina, secándose las manos en las mangas de una enmohecida bata negra de bombasí. Esta guardaba cierto parecido con las togas

académicas que llevaban los estudiantes universitarios de Oxford y Cambridge y estaba igual de arrugada. Unos brillantes ojos de color avellana miraron a los míos sin rastro alguno de vacilación y mi piel cosquilleó al reconocerlo. Chandler era brujo. Tras haber cruzado casi todo Londres, por fin había localizado a uno de los míos.

—Cada semana que pasa las calles que os rodean son más peligrosas, señor Chandler.

George echó un vistazo por la puerta a la pandilla que merodeaba por las cercanías.

—Esa jauría de niños está asilvestrada —dijo Chandler—. ¿Qué puedo hacer hoy por vos, señor Chapman? ¿Necesitáis más tónico? ¿Han regresado vuestros dolores de cabeza?

George hizo un detallado recuento de sus muchos dolores y achaques. Chandler murmuraba comprensivo de vez en cuando y acercó un libro de ventas. Ambos hombres se pusieron a leerlo concienzudamente, lo que me dio la oportunidad de examinar lo que me rodeaba.

Las boticas isabelinas eran, evidentemente, las tiendas de ultramarinos de la época, y el pequeño espacio estaba lleno hasta los topes de mercancía. Había montones de panfletos vistosamente ilustrados, como el del hombre herido clavado a la pared y tarros de frutas confitadas. En una mesa había varios libros usados junto con unos cuantos ejemplares nuevos. Un juego de vasijas de barro aportaba un toque de luminosidad a la habitación, por lo demás lúgubre. Todas ellas estaban etiquetadas con nombres de especias y hierbas medicinales. Los especímenes del reino animal expuestos incluían no solo el búho disecado y la mandíbula, sino también algunos marchitos roedores atados por las colas. Descubrí tarros de tinta, plumas y también carretes de bramante.

La tienda estaba organizada en amplios campos temáticos. La tinta se hallaba cerca de las plumas y los libros usados, bajo el sabio y viejo búho. Los ratones colgaban sobre una vasija de barro en la que ponía «*beneno* para ratas», situada al lado de un libro que prometía no solo ayudarte a pescar, sino a construir «diversos *trevejos* y celadas para cazar turones, águilas ratoneras, ratas, ratones y cualquier otro tipo de *halimañas* y *vestias*». Yo me había estado preguntando cómo librarme de los indeseados huéspedes del ático de Matthew. Los detallados diseños del panfleto excedían mis mañas, pero encontraría a alguien que pudiera ejecutarlos. Si el manojito de ratones de la tienda de Chandler servía de muestra, estaba claro que las trampas funcionaban.

—Disculpad, señora —murmuró Chandler, extendiendo un brazo por delante de mí. Fascinada, lo observé mientras se llevaba los ratones al banco de trabajo y les seccionaba las orejas con delicada precisión.

—¿Para qué son? —le pregunté a George.

—Las orejas de ratón molidas son eficaces contra las verrugas —explicó este con seriedad, mientras Chandler empuñaba la mano del mortero.

Aliviada por no estar aquejada de aquella particular dolencia, me dirigí lentamente hacia el búho que guardaba el departamento de papelería. Encontré un frasco de tinta roja, intensa y densa.

«A vuestro amigo *wearh* no le agrada tener que llevarse ese frasco a casa, señora. Está elaborado con sangre de tiburón y se emplea para escribir hechizos de amor».

Así que Chandler tenía el don del habla silenciosa. Dejé la tinta en su sitio y cogí un panfleto manoseado. En las imágenes de la portada se veía a un lobo atacando a un bebé, y a un hombre horriblemente torturado y posteriormente ejecutado. Me recordó a la prensa sensacionalista que había al lado de las cajas registradoras de los supermercados modernos.

Cuando pasé la página, me sorprendió leer algo sobre un tal Stubbe Peter que se convertía en lobo y se alimentaba de la sangre de hombres, mujeres y niños hasta que los mataba. No eran solo las brujas escocesas las que estaban en el candelero. También los vampiros.

Mis ojos volaron por la página. Noté con alivio que Stubbe vivía en la lejana Alemania. La ansiedad regresó cuando vi que el tío de una de sus víctimas regentaba la cervecería que se encontraba entre nuestra casa y el castillo de Baynard. Me horrorizaron los truculentos detalles de los asesinatos, además de hasta qué punto eran capaces de llegar los humanos con el fin de hacer frente a las criaturas que vivían entre ellos. En ese caso, Stubbe Peter fue acusado de brujería, y su extraño comportamiento se atribuyó a un pacto con el diablo que le hacía posible cambiar de forma y satisfacer su antinatural sed de sangre. Pero era mucho más probable que aquel hombre fuera un vampiro. Deslicé el panfleto bajo el otro libro y me dirigí hacia el mostrador.

—La señora Roydon precisa de algunos suministros —le explicó George al boticario mientras me acercaba.

Chandler tomó la precaución de dejar la mente en blanco al oír mencionar mi nombre.

—Sí —dije lentamente—. Tinta roja, si disponéis de ella. Y un poco de jabón aromatizado, para lavar.

—Enseguida. —El brujo rebuscó entre unas cuantas vasijas pequeñas de peltre. Encontró la correcta y la puso sobre el mostrador—. ¿Y necesitáis lacre del mismo color de la tinta?

—Cualquiera que tengáis me irá bien, señor Chandler.

—Veo que tenéis uno de los libros del señor Hester —dijo George, cogiendo un ejemplar cercano—. Le he comentado a la señora Roydon que vuestra tinta es tan buena como la de Hester y que cuesta la mitad.

El boticario sonrió levemente al oír el cumplido de George y puso varias barras de cera de color clavel y dos bolas de jabón de olor dulzón sobre la mesa, al lado de la tinta. Posé el manual de control de plagas y el panfleto sobre el vampiro alemán en la superficie. Chandler levantó los ojos hacia los míos. Eran cautelosos.

—Sí —dijo Chandler—, el impresor de enfrente me ha dejado unas cuantas copias, como si tuviera que ver con algún tema médico.

—Eso también será del interés de la señora Roydon —dijo George, añadiéndolo a mi montón. Me pregunté, no por vez primera, cómo los humanos podían ser tan ajenos a lo que pasaba a su alrededor.

—Pero no estoy seguro de que este tratado sea apropiado para una dama...

Chandler apartó la mirada, examinando significativamente mi anillo de casada.

La rápida respuesta de George ahogó mi propia réplica silenciosa.

—Oh, a su marido no le importará. Ella estudia alquimia.

—Me lo llevaré —dije con decisión.

Mientras Chandler envolvía nuestras compras, George le preguntó si podía recomendarle a algún fabricante de anteojos.

—A mi editor, el señor Ponsoby, le preocupa que los ojos me fallen antes de haber completado mi traducción de Homero —explicó, dándose importancia—. La sirvienta de mi madre me ha dado un remedio, pero no ha resultado.

El boticario se encogió de hombros.

—Esos remedios de viejas en ocasiones funcionan, pero los míos son más fiables. Os recetaré una cataplasma hecha de claras de huevo y agua de rosas. Empapad unas

almohadillas de lino en ella y aplicadla sobre los ojos.

Mientras George y Chandler regateaban el precio de la medicina y se ponían de acuerdo para la entrega, Pierre cogió los paquetes y se quedó de pie al lado de la puerta.

—Adiós, señora Roydon —dijo Chandler con una reverencia.

—Gracias por vuestra asistencia, señor Chandler —repliqué. «Soy nueva en la ciudad y busco un brujo que me ayude».

—De nada —dijo con suavidad—, aunque hay boticas excelentes en Blackfriars. —«Londres es un sitio peligroso. Tened cuidado con la gente a quien solicitáis ayuda».

Antes de que pudiera preguntarle al boticario cómo sabía dónde vivía, George ya me estaba pastoreando hacia la calle con un alegre «Adiós». Pierre me seguía tan de cerca que de vez en cuando podía sentir su frío aliento.

El impacto de las miradas era inconfundible mientras regresábamos de nuevo a la ciudad. Se había dado la voz de alarma mientras estaba en la tienda de Chandler y el anuncio de que una bruja extraña andaba cerca se había extendido por el vecindario. Por fin había cumplido el objetivo de esa tarde. Dos brujas salieron a la puerta de su casa cogidas del brazo y me escrutaron con cosquilleante hostilidad. Eran tan parecidas de rostro y de cuerpo que me pregunté si serían gemelas.

—*Wearh* —murmuró una, mientras escupía hacia Pierre y ponía los dedos en forma de horquilla para alejar al diablo.

—Venga, señora. Es tarde —dijo Pierre, al tiempo que me sujetaba el antebrazo con los dedos.

El deseo de Pierre de alejarme de San Gil lo más rápido posible y el de George de tomarse una copa de vino hicieron que nuestro regreso a Blackfriars fuera mucho más rápido que el viaje de ida. Cuando regresamos sanos y salvos a El Venado y la Corona, todavía no había rastro de Matthew, y Pierre desapareció en su busca. Poco después, Françoise empezó a hacer agudos comentarios sobre lo avanzado de la hora y mi necesidad de descanso. Chapman captó la indirecta y se despidió.

Françoise se sentó al lado de la chimenea con la labor al lado, mirando hacia la puerta. Yo probé mi tinta nueva marcando las cosas de la lista de la compra que ya tenía y añadiendo una trampa para las ratas. A continuación, me puse con el libro de John Hester. La hoja de papel en blanco discretamente doblada alrededor de este enmascaraba los salaces contenidos. Enumeraba curas para enfermedades venéreas que contenían, en su mayoría, concentraciones tóxicas de mercurio. No me extrañaba que Chandler hubiera puesto objeciones para venderle un ejemplar a una mujer casada. Acababa de empezar el segundo y fascinante capítulo cuando oí unos murmullos procedentes del estudio de Matthew. Françoise apretó la boca y sacudió la cabeza.

—Necesitará más vino esta noche del que hay en la casa —comentó, mientras se dirigía hacia las escaleras con una de las jarras vacías que había al lado de la puerta.

Seguí el sonido de la voz de mi marido. Matthew todavía estaba en el estudio quitándose la ropa y arrojándola al fuego.

—Es un hombre malvado, milord —dijo Pierre con seriedad, mientras le desabrochaba la espada a Matthew.

—La palabra «malvado» no le hace justicia a ese desalmado. La palabra apropiada todavía no ha sido acuñada. A partir de hoy juraría ante los jueces que es el mismísimo demonio.

Los largos dedos de Matthew aflojaron los lazos de sus bombachos ajustados, que cayeron al suelo. Se agachó para recogerlos y los lanzó por los aires hasta el fuego, pero no

lo suficientemente rápido como para ocultar las manchas de sangre. Un olor rancio a piedra húmeda, vejez y mugre evocó en mí repentinos recuerdos de cuando había estado cautiva en La Pierre. La náusea me subió a la garganta. Matthew se dio la vuelta.

—Diana.

Matthew se hizo cargo de mi angustia con una honda inspiración y se arrancó la camisa por la cabeza antes de pasar por encima de las botas que se había quitado y acercarse a mi lado vestido únicamente con un par de calzones de lino. La luz del fuego le iluminaba los hombros a contraluz y una de sus muchas cicatrices —la larga y profunda que estaba justo sobre la articulación del hombro— parpadeó haciéndose visible e invisible.

—¿Estás herido?

Me esforcé para que las palabras salieran de mi garganta oprimida mientras continuaba mirando fijamente la ropa que ardía en la chimenea. Matthew siguió mi mirada y maldijo en voz baja.

—La sangre no es mía.

Que Matthew estuviera manchado de sangre de otra persona no era demasiado reconfortante.

—La reina me ordenó que estuviera presente en... el interrogatorio de un prisionero. —Aquella leve vacilación me hizo saber que la palabra que estaba evitando era «tortura»—. Permíteme asearme y me reuniré contigo para cenar.

Las palabras de Matthew eran cálidas, pero parecía cansado y contrariado. Y estaba procurando no tocarme.

—Has estado bajo tierra.

Aquel olor era inconfundible.

—He estado en la Torre.

—Y tu prisionero... ¿está muerto?

—Sí —reconoció Matthew, pasándose la mano por la cara—. Esta vez tenía la esperanza de llegar con tiempo suficiente para evitarlo, pero calculé mal las mareas. Todo lo que pude hacer, una vez más, fue insistir en que pusieran fin a su sufrimiento.

Matthew ya había pasado por la muerte de aquel hombre con anterioridad. Hoy podía haber permanecido en casa sin preocuparse por un alma perdida en la Torre. Una criatura inferior así lo habría hecho. Extendí la mano para tocarlo, pero retrocedí.

—La reina me despellejará cuando descubra que el hombre murió antes de revelar sus secretos, pero ya no me importa. Al igual que la mayoría de los humanos, a Isabel le resulta sencillo hacer la vista gorda cuando le conviene.

—¿Quién era?

—Un brujo —dijo Matthew inexpresivamente—. Sus vecinos lo denunciaron porque tenía un bebé con el pelo rojo. Temían que fuera una representación de la reina. Y la reina temía que el comportamiento de los brujos escoceses Agnes Sampson y John Fian estuviera animando a los brujos ingleses a enfrentarse a ella. No, Diana. —Matthew me hizo un gesto para que me quedara donde estaba cuando avancé para consolarlo—. Eso es lo más cerca que estarás jamás de la Torre y de lo que sucede en ella. Ve al salón. Me reuniré contigo en breve.

Me resultó difícil dejarlo, pero satisfacer su petición era lo único que podía hacer por él, de momento. El vino, el pan y el queso que esperaban sobre la mesa me parecían poco apetecibles, pero cogí un trozo de uno de los bollos que había comprado esa mañana y lo reduje lentamente a migajas.

—Has perdido el apetito.

Matthew se deslizó en la sala, silencioso como un gato, y se sirvió un poco de vino. Se lo bebió de un largo trago y rellenó la copa.

—Y tú también —dije—. No te alimentas regularmente.

Gallowglass y Hancock seguían invitándolo a que se uniera a ellos en sus cacerías nocturnas, pero Matthew siempre se negaba.

—No quiero hablar de eso. Mejor háblame de cómo te ha ido el día.

«Ayúdame a olvidar». El susurro de las palabras no pronunciadas de Matthew llenó la habitación.

—Hemos ido de compras. He recogido el libro que le encargaste a Richard Field y he conocido a su esposa, Jacqueline.

—Ah. —Matthew sonrió de oreja a oreja y un poco de estrés abandonó su boca—. La nueva señora Field. Sobrevivió a su último esposo y ahora está llevando a su segundo marido en un baile lleno de dicha. Ambas os habréis hecho amigas rápidamente a finales de la próxima semana. ¿Has visto a Shakespeare? Está alojado en casa de los Field.

—No —respondí, mientras añadía más migajas al montón cada vez mayor que había en la mesa—. He ido a la catedral. —Matthew se inclinó ligeramente hacia delante—. Pierre estaba conmigo —dije apresuradamente, dejando caer el bollo en la mesa—. Y me encontré a George.

—Sin duda estaría merodeando por Bishop's Head esperando a que William Ponsoby le dijera algo agradable.

Matthew bajó los hombros mientras se reía.

—No llegué a Bishop's Head —confesé—. George estaba en Paul's Cross, escuchando un sermón.

—Las multitudes que se reúnen para escuchar a los predicadores pueden ser impredecibles —dijo mi marido suavemente—. Pierre nunca permitiría que te entretuvieras allí. —Como por arte de magia, su sirviente apareció.

—No nos quedamos mucho tiempo. George me llevó a su botica. Compré algunos libros más y unas cuantas provisiones. Jabón. Lacre. Tinta roja.

Apreté los labios.

—El boticario de George vive en Cripplegate —dijo Matthew con una voz súbitamente uniforme, antes de levantar la vista hacia Pierre—. Cuando los londinenses se quejan por causa de la delincuencia, el alguacil se traslada hasta allí y detiene a todo aquel con aspecto peculiar o de haragán. Eso le facilita la vida.

—Si el alguacil tiene como objetivo Cripplegate, ¿por qué hay tantas criaturas en la zona de Barbican Cross y tan pocas aquí, en Blackfriars?

La pregunta cogió a Matthew por sorpresa.

—Blackfriars fue en su momento tierra santa cristiana. Los daimones, las brujas y los vampiros se habituaron a vivir en otros lugares lejos de aquí hace mucho tiempo y todavía no han vuelto. Barbican Cross, sin embargo, se erigió donde estaba el cementerio judío, hace cientos de años. Cuando los judíos fueron expulsados de Inglaterra, los funcionarios municipales usaron las tumbas no consagradas para los delincuentes, los traidores y los excomulgados. Los humanos lo consideraban embrujado y evitaban el lugar.

—Así que la infelicidad que percibí también era por la muerte, no solo por la vida.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas. Matthew entornó los ojos.

Nuestra conversación no estaba mejorando su ánimo crispado y mi inquietud crecía por momentos.

—Jacqueline me recomendó a John Hester cuando le pregunté por una botica, pero George dijo que su proveedor era igual de bueno y menos caro. No le pregunté por el barrio.

—El hecho de que John Chandler no les esté vendiendo opiáceos a sus clientes como Hester es bastante más importante para mí que unas tarifas razonables. Aun así, no quiero que vayas a Cripplegate. La próxima vez que necesites útiles de escritura, envía a Pierre o a Françoise a buscarlos. Mejor aún, visita la botica que está tres puertas más arriba, al otro lado de Water Lane.

—La señora Field no le dijo a *madame* que había una botica en Blackfriars. Hace unos meses, *monsieur* De Laune y Jacqueline discutieron por el mejor tratamiento para la garganta pútrida de su hijo mayor —murmuró Pierre a modo de explicación.

—Me importa un bledo que Jacqueline y De Laune se hayan enfrentado cruzando sus espadas en la nave de San Pablo a plena luz del día. Diana no va a recorrer andando media ciudad.

—No solo Cripplegate es peligroso —dije, empujando el panfleto sobre el vampiro alemán hacia el otro lado de la mesa—. Le compré a Chandler el tratado de la sífilis de Hester y un libro para cazar animales. Este también estaba de oferta.

—¿Que has comprado qué?

Matthew se atragantó con el vino, mientras centraba su atención en el libro errado.

—Olvídate de Hester. Este panfleto cuenta la historia de un hombre compinchado con el diablo que se transforma en un lobo y bebe sangre. Uno de los hombres de los que habla la publicación es nuestro vecino, el cervecero que está al lado del castillo de Baynard.

Di unos golpes con el dedo en el panfleto para añadirle énfasis.

Matthew acercó el manojito de hojas sueltas. Contuvo el aliento cuando llegó a la parte importante. Luego se lo tendió a Pierre, que lo estudió con la misma rapidez.

—Stubbe es un vampiro, ¿no?

—Sí. No sabía que la noticia de su muerte hubiera viajado hasta tan lejos. Se supone que Kit debe contarme lo que se rumorea en los periódicos serios y en la prensa popular para poder encubrirlo, de ser necesario. No sé cómo ha pasado esto por alto —comentó Matthew, dirigiéndole una mirada seria a Pierre—. Asegúrate de que se le asigna la tarea a alguien más y no permitas que Kit lo sepa.

Pierre inclinó la cabeza para indicar que lo había oído.

—Así que esas leyendas sobre hombres lobo no son más que tristes tentativas humanas de negar la existencia de los vampiros —dije, sacudiendo la cabeza.

—No seas demasiado dura con ellos, Diana. Por el momento están centrados en las brujas. Les tocará el turno a los daimones dentro de cien años, más o menos, a causa de la reforma de los sanatorios psiquiátricos. Después de ello, los humanos se volverán contra los vampiros y las brujas ya no serán más que un perverso cuento de hadas para asustar a los niños.

Matthew parecía preocupado, a pesar de sus palabras.

—A nuestro vecino de al lado le inquietan los hombres lobo, no las brujas. Y si te pueden confundir con uno, quiero que dejes de preocuparte por mí y empieces a cuidar de ti mismo. Además, ya no debería pasar mucho tiempo antes de que una bruja llamara a nuestra puerta.

Tenía la certeza de que sería peligroso para Matthew seguir buscando una bruja. En los ojos de mi esposo brilló una advertencia, pero este mantuvo la boca cerrada hasta que su rabia estuvo bajo control.

—Sé que estás deseando tener independencia, pero la próxima vez que decidas tomarte la justicia por tu mano, prométeme que antes lo discutirás conmigo.

Aquella respuesta era mucho más suave de lo que me esperaba.

—Solo si me prometes escucharme. Te están vigilando, Matthew. Estoy segura de ello, y también Mary Sidney. Tú ocúpate de los asuntos de la reina y del problema de Escocia y deja que yo me haga cargo de esto.

Cuando abrió la boca para seguir negociando, negué con la cabeza.

—*Escúchame*. Vendrá una bruja. Te lo prometo.

Capítulo 18

LA tarde siguiente Matthew me estaba esperando en la aireada sala de Mary, en el castillo de Baynard, observando el Támesis con expresión divertida. Se volvió mientras me acercaba, sonriendo al ver la versión isabelina de bata de laboratorio que cubría mi corpiño y mis sayas de color marrón dorado. Las mangas blancas que llevaba debajo y que me sobresalían sobre los hombros estaban ridículamente almohadilladas, pero la gorguera que tenía alrededor del cuello era pequeña y discreta y hacía de aquel uno de mis atuendos más cómodos.

—Mary no puede abandonar el experimento. Ha dicho que vengamos a tiempo para cenar el lunes.

Le eché los brazos alrededor del cuello y lo besé ruidosamente. Él retrocedió.

—¿Por qué hueles a vinagre?

—Mary se lava con él. Limpia las manos mejor que el jabón.

—Abandonaste mi casa cubierta del dulce aroma del pan y la miel, y la condesa de Pembroke te devuelve a mí oliendo como un encurtido —protestó Matthew. Posó la nariz en la zona de piel que tenía detrás de la oreja y suspiró satisfecho—. Sabía que podía encontrar un sitio al que no hubiera llegado el vinagre.

—Matthew —murmuré. La doncella de la condesa, Joan, estaba de pie justo detrás de nosotros.

—Te comportas como una victoriana mojigata en lugar de como una isabelina libidinosa —dijo Matthew, riendo. Se irguió tras hacerme una última caricia en el cuello—. ¿Cómo ha ido la tarde?

—¿Has visto el laboratorio de Mary? —pregunté mientras sustituía el abrigo gris sin forma por la capa, antes de despedir a Joan para que atendiera sus otros quehaceres—. Ha invadido una de las torres del castillo y ha pintado las paredes con imágenes de la piedra filosofal. ¡Es como trabajar dentro de un ejemplar del pergamino de Ripley! He visto la copia de Beinacke en Yale, pero solo mide seis metros de largo. Los murales de Mary son dos veces más grandes. Me resultaba difícil concentrarme en el trabajo.

—¿Qué experimento habéis hecho?

—Hemos ido a la caza del león verde —respondí orgullosa, haciendo referencia a una etapa del proceso de la alquimia que combinaba dos soluciones ácidas y producía increíbles transformaciones de color—. Y estuvimos a punto de lograrlo. Pero entonces algo fue mal y la redoma explotó. ¡Fue fantástico!

—Me alegro de que no trabajes en mi laboratorio. En general se suelen evitar las explosiones cuando se trabaja con ácido nítrico. Vosotras dos podríais hacer algo un poco menos volátil la próxima vez, como destilar agua de rosas —recomendó Matthew—. ¿No habréis estado trabajando con mercurio? —preguntó, entornando los ojos.

—No te preocupes. No haría nada que pudiera dañar al bebé —dije a la defensiva.

—Cada vez que digo algo sobre tu bienestar, supones que lo que me preocupa es otra cosa.

Matthew frunció el ceño y las cejas se le juntaron. Gracias a su barba y su bigote oscuros, a los que todavía me estaba acostumbrando, tenía un aspecto aún más imponente. Pero no quería discutir con él.

—Lo siento —dije rápidamente, antes de cambiar de tema—. La semana que viene

vamos a mezclar una nueva tanda de *prima materia*. Eso incluye mercurio, pero prometo no tocarlo. Mary quiere ver si, para finales de enero, se habrá podrido y habrá generado un hongo alquímico.

—Eso sí que es empezar el Año Nuevo con festejos —dijo Matthew, mientras me ponía la capa sobre los hombros.

—¿Qué estabas mirando?

Eché un vistazo a las ventanas.

—Alguien está construyendo una hoguera al otro lado del río para la noche de Fin de Año. Cada vez que envían la carreta a buscar más leña, los residentes locales se llevan la que ya está allí. El montón es cada vez menor. Es como ver a Penélope dándole a la aguja.

—Mary ha dicho que mañana no trabajará nadie. Oh, y que no olvide decirle a Françoise que compre *manchet* de sobras, eso es pan, ¿no?, y que lo empape en leche y miel para que esté de nuevo tierno para el desayuno del sábado. —Aquello era exactamente la versión isabelina de las torrijas, salvo por el nombre—. Creo que a Mary le preocupa que pueda pasar hambre en una casa gobernada por vampiros.

—*Lady Pembroke* sigue la política del vive y deja vivir en lo que se refiere a las criaturas y a sus hábitos —observó Matthew.

—Desde luego no ha vuelto a mencionar lo que les sucedió a sus zapatos —dije, pensativa.

—Mary Sidney sobrevive como lo hizo su madre: haciendo la vista gorda a toda verdad incómoda. A las mujeres de la familia no les queda más remedio que hacer eso.

—¿Dudley?

Fruncí el ceño. Esa era una familia de notables alborotadores: nada que ver con Mary y su amabilidad.

—La madre de *lady Pembroke* era Mary Dudley, amiga de Su Majestad y hermana del favorito de la reina, Robert —explicó Matthew, torciendo la boca—. Era brillante, al igual que su hija. Mary Dudley tenía la cabeza llena de ideas, así que no quedaba espacio en ella para estar al corriente de la traición de su padre ni de los traspies de sus hermanos. Cuando nuestra bendita soberana le contagió la viruela, Mary Dudley nunca reconoció que después de eso tanto la reina como su propio marido preferían la compañía de otros en lugar de afrontar su desfiguración.

Guardé silencio, impresionada.

—¿Qué fue de ella?

—Murió sola y amargada, como la mayoría de las mujeres Dudley que la precedieron. Su mayor triunfo fue casar a su homónima de quince años con el conde de Pembroke, que tenía cuarenta.

—¿Mary Sidney se casó con quince años?

Aquella mujer sagaz y vibrante administraba un enorme hogar, criaba a una manada de niños llenos de energía y vivía entregada a sus experimentos de alquimia, todo ello sin aparente esfuerzo. Ahora entendía cómo. *Lady Pembroke* era unos años más joven que yo, pero a los treinta años ya llevaba haciendo malabarismos con tales responsabilidades durante media vida.

—Sí. Pero la madre de Mary le proporcionó todas las herramientas necesarias para su supervivencia: una disciplina de hierro, un profundo sentido del deber, la mejor educación que el dinero podía comprar, el amor por la poesía y la pasión por la alquimia.

Me llevé la mano al corpiño, pensando en la vida que crecía en mi interior. ¿Qué herramientas necesitaría para sobrevivir en el mundo?

Hablamos sobre química durante el camino de vuelta a casa. Matthew me explicó que los cristales que Mary cuidaba como si fuera una gallina eran mineral de hierro oxidado que posteriormente destilaría en una redoma para hacer ácido sulfúrico. Yo siempre había estado más interesada en el simbolismo de la alquimia que en sus aspectos prácticos, pero la tarde que había pasado con la condesa de Pembroke me había enseñado lo fascinante que la unión de ambos podría ser.

Pronto estuvimos sanos y salvos dentro de El Venado y la Corona, y pude tomarme una tisana caliente de menta y bálsamo de melisa. Resultó que los isabelinos sí tenían té, pero eran todos herbales. Estaba charlando sobre Mary cuando percibí la sonrisa de Matthew.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Que nunca te había visto así —comentó.

—¿Así cómo?

—Tan animada, llena de preguntas e información sobre lo que has estado haciendo y de los planes que Mary y tú tenéis para la próxima semana.

—Me gusta volver a ser una estudiante —confesé—. Al principio era difícil no tener todas las respuestas. A lo largo de los años he olvidado lo divertido que es no tener más que preguntas.

—Y aquí te sientes libre de una forma diferente a la de Oxford. El de los secretos es un asunto solitario.

Los ojos de Matthew reflejaban compasión, mientras recorría con los dedos mi mandíbula.

—Nunca he sido solitaria.

—Sí lo eras. Y creo que todavía lo sigues siendo —dijo en voz baja.

Antes de que me diera tiempo a bosquejar una respuesta, Matthew me había hecho levantar de la silla y me estaba empujando hacia la pared que había al lado del hogar. Pierre, que no se encontraba en ningún lugar visible hacía unos instantes, apareció en el umbral.

Acto seguido, llamaron a la puerta. Los músculos de los hombros de Matthew se tensaron y una daga brilló al lado de su muslo. Cuando asintió, Pierre salió al rellano y abrió la puerta de par en par.

—Tenemos un mensaje del padre Hubbard.

Había dos vampiros allí de pie, ambos vestidos con costosas ropas que estaban fuera del alcance de la mayoría de los mensajeros. Ninguno de ellos tendría más de quince años. Nunca había visto a un vampiro adolescente, así que siempre había creído que debía de existir alguna prohibición en relación a ello.

—Señor Roydon.

El más alto de los dos vampiros se tocó la punta de la nariz y estudió a Matthew con una mirada de color índigo. Aquellos ojos se movieron de Matthew a mí y la piel me escoció del frío.

—Señora.

La mano de Matthew se tensó sobre la daga y Pierre se movió para interponerse más aún entre nosotros y la puerta.

—El padre Hubbard quiere veros —dijo el vampiro más bajo, observando con desdén el arma que Matthew tenía en la mano—. Venid cuando los relojes marquen las siete.

—Decidle a Hubbard que acudiré cuando considere oportuno —replicó Matthew

con aire malévolo.

—No solo vos —dijo el chico más alto.

—No he visto a Kit —aseguró Matthew con una pincelada de impaciencia—. Si está en apuros, vuestro señor tendrá más idea de dónde buscarlo que yo, Corner.

Aquel era un nombre muy apropiado para el chico. Su constitución de adolescente estaba plagada de ángulos y esquinas.

—Marlowe lleva todo el día con el padre Hubbard.

El tono de Corner rezumaba hastío.

—¿Ah, sí? —dijo Matthew con mirada severa.

—Sí. El padre Hubbard quiere a la bruja —dijo el compañero de Corner.

—Entiendo. —La voz de Matthew se volvió monótona. Se vio un borrón negro y plateado, y su pulida daga acabó temblando, con la punta por delante, en el quicio de la puerta, al lado del ojo de Corner. Matthew avanzó con rapidez en su dirección. Ambos vampiros dieron un paso atrás involuntariamente—. Gracias por el mensaje, Leonard.

—Dicho lo cual, cerró la puerta dándole un golpe con el pie.

Pierre y Matthew intercambiaron una larga y silenciosa mirada, mientras se oía un alboroto de pies de vampiros adolescentes escaleras abajo.

—Hancock y Gallowglass —ordenó Matthew.

—Enseguida. —Pierre dio media vuelta y salió de la habitación, evitando por los pelos a Françoise. Esta retiró la daga del quicio de la puerta.

—Hemos tenido visita —le explicó Matthew antes de que le diera tiempo a quejarse sobre el estado de la carpintería.

—¿De qué se trata, Matthew? —pregunté.

—Tú y yo vamos a ir a ver a un viejo amigo.

Su voz continuaba siendo ominosamente plana.

Observé la daga, que ahora estaba sobre la mesa.

—¿Ese viejo amigo es un vampiro?

—Vino, Françoise.

Matthew cogió unas cuantas hojas de papel, desordenando mis montones cuidadosamente arreglados. Reprimí una protesta mientras tomaba una de mis plumas y escribía con furiosa velocidad. No me había mirado desde que habían llamado a la puerta.

—Hay sangre fresca de la carnicería. Tal vez deberías...

Matthew levantó la vista con la boca comprimida en una delgada línea. Françoise le sirvió un gran cáliz de vino sin rechistar. Cuando la doncella acabó, él le tendió dos cartas.

—Entrega esto al conde de Northumberland en Russell House. La otra es para Raleigh. Estará en Whitehall.

Françoise se marchó de inmediato y Matthew se dirigió apresuradamente a la ventana, para mirar hacia la calle. Tenía el pelo enredado en el alto cuello de lino y de pronto sentí la necesidad de colocárselo. Pero la posición de sus hombros me advirtió que tal gesto de pertenencia no sería bien recibido.

—¿Al padre Hubbard? —le recordé. Pero Matthew tenía la mente en otra parte.

—Vas a conseguir que te maten —dijo con aspereza, todavía de espaldas—.

Ysabeau me advirtió de que no tenías instinto de supervivencia. ¿Cuántas veces tiene que suceder algo así para que lo desarrolles?

—¿Qué he hecho ahora?

—Querías que te vieran, Diana —dijo con severidad—. Pues bien, lo han hecho.

—Deja de mirar por la ventana. Estoy harta de hablar con tu nuca —dije con

tranquilidad, aunque me apetecía estrangularlo—. ¿Quién es el padre Hubbard?

—Andrew Hubbard es un vampiro. Maneja todo Londres.

—¿A qué te refieres con que maneja todo Londres? ¿A que todos los vampiros de la ciudad le hacen caso?

En el siglo XXI, los vampiros de Londres eran conocidos por su inquebrantable fidelidad a la manada, sus hábitos nocturnos y su lealtad, o eso había oído decir a otras brujas. Ni tan extravagantes como los vampiros de París, Venecia o Estambul, ni tan sedientos de sangre como los de Moscú, Nueva York y Pekín, los vampiros de Londres eran un grupo bien organizado.

—No solo los vampiros. Las brujas y los daimones también. —Matthew se volvió hacia mí, con una mirada fría—. Andrew Hubbard es un antiguo sacerdote de escasa educación y suficientes conocimientos de teología como para causar problemas. Se convirtió en vampiro la primera vez que la peste asoló Londres. Había matado casi a media ciudad en 1349. Hubbard sobrevivió a la primera oleada de la epidemia, cuidando a los enfermos y enterrando a los muertos, pero con el tiempo sucumbió.

—Y alguien lo salvó convirtiéndolo en vampiro.

—Sí, aunque nunca he sido capaz de descubrir quién fue. Existen numerosas leyendas, sin embargo, la mayoría son sobre su supuesta resurrección divina. Cuando tenía la certeza de que iba a morir, la gente dice que cavó una tumba para sí mismo en el camposanto y que se metió dentro a esperar a Dios. Horas después Hubbard se levantó y salió caminando entre los vivos. —Matthew hizo una pausa—. No creo que haya estado enteramente cuerdo desde entonces. Hubbard reúne almas perdidas —continuó Matthew—. En aquellos días había demasiadas para contarlas. Él las acogía: huérfanos, viudas, hombres que habían perdido a toda su familia en una sola semana. A aquellos que caían enfermos los convertía en vampiros, los rebautizaba y se aseguraba de que tuvieran hogar, alimento y trabajo. Hubbard los considera sus hijos.

—¿Incluso a las brujas y los daimones?

—Sí —dijo Matthew lacónicamente—. Los conduce a través de un ritual de adopción, pero no tiene nada que ver con el que Philippe llevó a cabo. Hubbard prueba su sangre. Asegura que revela el contenido de sus almas y proporciona la prueba de que Dios le confía su cuidado.

—Y además le revela sus secretos —dije lentamente.

Matthew asintió. No me extrañaba que quisiera mantenerme alejada de ese tal padre Hubbard. Si un vampiro probaba mi sangre, se enteraría de lo del bebé... y de quién era su padre.

—Philippe y Hubbard llegaron a un acuerdo que eximía a los De Clermont de sus rituales y obligaciones familiares. Probablemente debería haberle dicho que eras mi esposa antes de entrar en la ciudad.

—Pero elegiste no hacerlo —dije con tacto, entrelazando las manos. Ahora sabía por qué Gallowglass había pedido que recaláramos en algún otro lugar que no fuera al pie de Water Lane. Philippe tenía razón. En ocasiones, Matthew se comportaba como un idiota. O como el hombre más arrogante sobre la faz de la tierra.

—Hubbard se mantiene alejado de mi camino y yo del suyo. En cuanto sepa que eres una De Clermont, también te dejará en paz a ti. —Matthew avistó algo allá abajo, en la calle—. Gracias a Dios. —Unos pasos pesados resonaron sobre las escaleras y un minuto después Gallowglass y Hancock estaban en nuestra sala—. Sí que habéis tardado.

—Hola también a ti, Matthew —dijo Gallowglass—. Así que, finalmente, Hubbard

ha solicitado audiencia. Y antes de que lo sugieras, ni se te ocurra hacerle torcer la nariz dejando aquí a la tífata. Sea cual sea el plan, ella también irá.

Inusitadamente, Matthew se pasó la mano por el pelo de atrás adelante.

—Mierda —dijo Hancock, observando el progreso de los dedos de Matthew. Hacer que su cabello se quedara erguido como una cresta era, al parecer, otro de los gestos reveladores de Matthew: uno que significaba que su creativo pozo de evasivas y verdades a medias se había secado—. Tu único plan era evitar a Hubbard. No tienes otro. Nunca hemos tenido la certeza de si eras un hombre valiente o un majadero, De Clermont, pero creo que esto podría hacer que se decidiera la cuestión..., y no en tu favor.

—Pensaba llevar a Diana a ver a Hubbard el lunes.

—Después de que esta llevara en la ciudad diez días —observó Gallowglass.

—No había necesidad alguna de apresurarse. Diana es una De Clermont. Además, no estamos en la ciudad —señaló Matthew con celeridad. Al ver mi mirada confusa, continuó—. En realidad Blackfriars no forma parte de Londres.

—No tengo intención alguna de entrar en la guarida de Hubbard a volver a discutir con él la geografía de la ciudad —aseguró Gallowglass, mientras golpeaba los guantes contra el muslo—. No estaba de acuerdo cuando utilizaste dicho argumento para poder emplazar a la hermandad en la Torre cuando llegamos para ayudar a los habitantes de Lancaster en 1485 y no va a estar de acuerdo ahora.

—No le hagamos esperar —dijo Hancock.

—Tenemos mucho tiempo.

El tono de Matthew era desdeñoso.

—Nunca has entendido las mareas, Matthew. Asumo que iremos por el agua, dado que tú piensas que el Támesis en realidad tampoco forma parte de la ciudad. Si es así, puede que ya llegemos demasiado tarde. Vamos allá.

Gallowglass apuntó con el pulgar hacia la puerta principal.

Pierre nos estaba esperando allí, enfundándose las manos en cuero negro. Había permutado su habitual capa marrón por una negra que era demasiado larga como para estar a la moda. Un artilugio plateado le cubría el brazo derecho: una serpiente que rodeaba una cruz con una media luna insertada en el cuadrante superior. Era el emblema de Philippe, que difería del de Matthew únicamente en la ausencia de la estrella y la flor de lis.

Una vez que Gallowglass y Pierre estuvieron vestidos de forma similar, Françoise le puso a Matthew una capa idéntica sobre los hombros. Sus pesados pliegues rozaban el suelo, lo que le hacía parecer más alto e incluso más imponente. Ver a los cuatro juntos resultaba intimidatorio y proporcionaba inspiración plausible a todos los relatos jamás escritos por humanos sobre vampiros vestidos con capas negras.

Al final de Water Lane, Gallowglass echó un vistazo a las embarcaciones disponibles.

—En esa entraremos todos —dijo, señalando una larga barca de remos al tiempo que emitía un silbido que perforaba los oídos. Cuando el hombre que estaba al lado de ella preguntó adónde nos dirigíamos, el vampiro se embarcó en una serie de complicadas instrucciones relacionadas con la ruta, hacia cuál de los numerosos muelles de la ciudad íbamos a poner rumbo y quién remaría. Después de que Gallowglass le gruñera, el pobre hombre se hizo un ovillo al lado de la lámpara de proa de la embarcación, mirando nervioso de vez en cuando hacia atrás por encima del hombro.

—Intimidar a todos los barqueros que conocemos no va a mejorar las relaciones con nuestros vecinos —comenté mientras Matthew subía a bordo, mirando deliberadamente a la

cervecería que había allí al lado. Hancock me tomó en brazos sin ceremonia alguna y me entregó a mi esposo. El brazo de Matthew me rodeó con fuerza mientras el bote salía disparado por el río. Tal fue la velocidad que hasta el barquero dio un respingo.

—No hay necesidad de captar la atención sobre nosotros, Gallowglass —dijo Matthew con sequedad.

—¿Quieres remar tú mientras yo abrigo a tu esposa? —Como Matthew no respondía, Gallowglass sacudió la cabeza—. Ya me parecía que no.

El suave brillo de las lámparas de London Bridge penetraron en la penumbra que se extendía ante nosotros, y el estrepitoso sonido del agua moviéndose a toda velocidad se hacía cada vez más fuerte con cada palada de Gallowglass. Matthew avistó la costa.

—Atraca en las escaleras de Old Swan. Quiero regresar en este bote e ir corriente arriba antes de que cambie la marea.

—Silencio. —El susurro de Hancock tenía un tono amenazante—. Se supone que tenemos que acercarnos con sigilo a Hubbard. Con el ruido que estáis haciendo, bien podríamos haber recorrido Cheapside con trompetas y estandartes.

Gallowglass se volvió hacia popa y dio dos fuertes paladas con la mano izquierda. Unas cuantas paladas más nos situaron en el embarcadero —que no era más que un desvencijado tramo de escalones, en realidad, sujetos a una especie de postes listados—, donde esperaban varios hombres. El barquero los echó con unas cuantas palabras lacónicas y saltó del bote en cuanto pudo.

Trepamos al nivel de la calle y nos pusimos en camino a través de intrincadas calles en silencio, revoloteando entre casas y atravesando jardincillos. Los vampiros se movían con el sigilo de los gatos. Yo lo hacía con menos seguridad, tropezando con las piedras sueltas y pisando charcos. Al final giramos para salir a una calle ancha. Se oyó una carcajada procedente del final de la misma y vi una luz que salía de unos amplios ventanales y se vertía sobre la calle. Me froté las manos, atraída por aquella calidez. Tal vez ese fuera nuestro destino. Tal vez aquello resultara fácil y pudiéramos reunirnos con Andrew Hubbard, mostrarle mi anillo de boda y regresar a casa.

Pero Matthew nos hizo atravesar la calle hasta llegar a un desolado camposanto cuyas lápidas se inclinaban las unas hacia las otras como si la muerte procurara el bienestar de alguien más. Pierre tenía un sólido aro de metal lleno de llaves y Gallowglass insertó una en la cerradura de la puerta que había al lado del campanario. Atravesamos la nave destartalada y cruzamos una puerta de madera que estaba a la izquierda del altar. Unas estrechas escaleras de piedra se precipitaban hacia la oscuridad. Con mi limitada vista de ser de sangre caliente, no había forma de mantener la orientación mientras dábamos vueltas y girábamos a través de estrechos pasadizos y encrucijadas que olían a vino, a rancio y a descomposición humana. Aquella experiencia parecía extraída directamente de las historias que contaban los humanos para disuadir a la gente de que merodeara por los sótanos de las iglesias y los cementerios.

Bajamos todavía más por un laberinto de túneles y salas subterráneas, y entramos en una cripta débilmente iluminada. Los cráneos apilados de un pequeño osario nos miraban fijamente con ojos huecos. Una vibración en la piedra del suelo y el sonido ahogado de unas campanas indicaban que, en algún lugar sobre nosotros, los relojes estaban dando las siete. Matthew nos llevó apresuradamente por otro túnel al final del cual se veía un suave resplandor.

Al final llegamos a una bodega utilizada para almacenar el vino que descargaban los barcos del Támesis. Había unos cuantos barriles al lado de las paredes y el olor más fresco

a serrín rivalizaba con el aroma del vino añejo. Localicé la fuente de los anteriores aromas: unos ataúdes cuidadosamente apilados, ordenados por tamaño. Había desde largas cajas capaces de albergar a Gallowglass hasta minúsculos cofres para bebés. Las sombras se movían y parpadeaban en las oscuras esquinas, y en el centro de la sala estaba teniendo lugar algún tipo de ritual entre una multitud de criaturas.

—Mi sangre es vuestra, padre Hubbard. —El hombre que hablaba estaba asustado—. Os la ofrezco de buen grado, con el fin de que conozcáis mi corazón y me contéis entre vuestra familia.

Se hizo el silencio. Un grito de dolor. Acto seguido, una tensa sensación de expectación invadió el aire.

—Acepto tu regalo, James, y prometo protegerte como a mi propio hijo —respondió una voz áspera—. A cambio, tú me honrarás como si fuera tu padre. Saluda a tus hermanos y hermanas.

Entre el alboroto de bienvenida, mi piel experimentó una gélida sensación.

—Llegas tarde. —Aquel sonido sordo se abrió paso abruptamente entre el parloteo y me erizó el vello de la nuca—. Y acompañado por toda una comitiva, según veo.

—Eso es imposible, ya que no teníamos ninguna cita.

Matthew me agarró por el codo mientras decenas de miradas me pellizcaban, me hacían cosquillas y me helaban la piel.

Unos suaves pasos se aproximaron, trazando un círculo. Un hombre alto y delgado apareció directamente ante mí. Lo miré a los ojos sin estremecerme, a sabiendas de que mostrar mi temor a un vampiro era lo peor que podía hacer. Hubbard tenía los ojos hundidos bajo una recia frente y en ellos se apreciaban vetas azules, verdes y marrones radialmente dispuestas alrededor de un iris de color pizarra.

Los ojos del vampiro eran el único toque de color que había en él. Por lo demás era sobrenaturalmente pálido, con un cabello rubio blanquecino cortado al ras del cráneo, unas cejas y unas pestañas prácticamente invisibles y un ancho tajo horizontal a modo de boca, inserto en un rostro perfectamente rasurado. Su largo abrigo negro, que parecía una mezcla entre una toga de estudiante y una casulla clerical, acentuaba su cadavérica constitución. No cabía duda de la fuerza de aquellos hombros anchos y ligeramente encorvados, pero el resto de su cuerpo era prácticamente un esqueleto.

Con un movimiento desenfocado, unos dedos romos y fuertes me agarraron la barbilla y me volvieron la cara hacia un lado. De inmediato, la mano de Matthew envolvió la muñeca del vampiro.

La fría mirada de Hubbard me rozó el cuello, advirtiéndome la cicatriz que tenía en él. Por una vez deseé que Françoise me hubiera vestido con la mayor gorguera que pudiera encontrar. Exhaló una ráfaga helada que olía a cinabrio y abeto antes de que su ancha boca se tensara y los extremos de sus labios pasaran de un pálido tono melocotón al blanco.

—Tenemos un problema, señor Roydon —dijo Hubbard.

—Tenemos varios, padre Hubbard. El primero es que tenéis las manos sobre algo que me pertenece. Si no las retiráis, haré pedazos esta guarida antes del amanecer. Lo que suceda a continuación hará que todas las criaturas de la ciudad, ya sean daimones, humanos, *wearhs* o brujas, crean que el fin del mundo ha llegado.

La voz de Matthew vibraba de ira.

De las sombras emergieron varias criaturas. Vi a John Chandler, el boticario de Cripplegate, que me miró a los ojos desafiante. Kit también estaba allí, de pie al lado de otro daimón. Cuando el brazo de su amigo se deslizó a través de la parte interior de su

codo, Kit se zafó con disimulo.

—Hola, Kit —dijo Matthew con voz apagada—. Creía que, a estas alturas, ya habrías huido y estarías escondido.

Hubbard me sujetó la barbilla unos instantes más y me echó la cabeza hacia atrás hasta que lo miré a los ojos nuevamente. Mi rabia hacia Kit y hacia el brujo que nos había traicionado debió de hacerse latente, y él sacudió la cabeza a modo de advertencia.

—«No guardaréis rencor a vuestro hermano en vuestro corazón» —murmuró, al tiempo que me soltaba. Hubbard barrió la sala con la mirada—. Dejadnos.

Las manos de Matthew estrecharon mi cara y sus dedos me acariciaron la piel de la barbilla para borrar el olor de Hubbard.

—Ve con Gallowglass. Te veré en breve.

—Ella se queda —dijo Hubbard.

Los músculos de Matthew temblaron. No estaba acostumbrado a que anularan sus órdenes. Tras un duradero silencio, ordenó a sus amigos y familiares que esperaran fuera. Hancock fue el único que no obedeció de inmediato.

—Tu padre dice que un hombre sabio puede ver más desde el fondo de un pozo que un necio desde la cima de una montaña. Esperemos que tenga razón —murmuró Hancock—, porque el sitio adonde nos has traído esta noche es un maldito agujero.

Echando un último vistazo, este siguió a Gallowglass y a Pierre a través de una abertura que había en la pared del fondo. Una pesada puerta se cerró y se hizo el silencio.

Los tres estábamos tan cerca que pude oír cómo los pulmones de Matthew soltaban el aire con suavidad. En cuanto a Hubbard, me preguntaba si la peste le habría hecho algo más que volverlo loco. Tenía la piel cerosa, más que si fuera de porcelana, como si todavía sufriera los efectos persistentes de la enfermedad.

—Permitidme que os recuerde, *monsieur* De Clermont, que estáis aquí gracias a mi indulgencia —manifestó Hubbard, mientras se sentaba en la enorme y solitaria silla que había en la cámara—. Aunque representáis a la Congregación, permito vuestra presencia en Londres porque vuestro padre así lo requiere. Pero habéis despreciado nuestras tradiciones y permitido que vuestra esposa entre en la ciudad sin presentarla ante mí y mi rebaño. Eso por no hablar del tema de vuestros caballeros.

—La mayoría de los caballeros que me acompañaban llevan viviendo más tiempo en esta ciudad que vos, Andrew. Cuando insististeis en que se unieran a vuestro «rebaño» o que abandonaran la ciudad, se instalaron fuera de las murallas. Vos y mi padre acordasteis que los De Clermont no llevarían a *más* miembros de la hermandad a la ciudad. Y no lo hemos hecho.

—¿Y creéis que a mis hijos les importan esas sutilezas? He visto los anillos que llevan y los adornos de sus capas —replicó Hubbard, inclinándose hacia delante con mirada amenazadora—. Me hicieron creer que estabais a medio camino de Escocia. ¿Por qué seguís aquí?

—Tal vez no pagáis lo suficiente a vuestros informadores —sugirió Matthew—. Kit anda muy escaso de fondos, últimamente.

—Yo no compro el amor y la lealtad, ni echo mano de la intimidación y la tortura para conseguir lo que quiero. Christopher hace de buen grado lo que le pido, como hacen todos los hijos cuando aman a su padre.

—Kit tiene demasiados señores como para ser fiel a cualquiera de ellos.

—¿No se podría decir lo mismo de vos? —desafió Hubbard a Matthew, después de lo cual se volvió hacia mí e inspiró deliberadamente mi aroma. Luego emitió un suave y

triste sonido—. Pero hablemos de vuestro matrimonio. Algunos de mis hijos creen que las relaciones entre una bruja y un *wearh* son repugnantes. Pero la Congregación y su pacto no son mejor recibidos en mi ciudad de lo que lo son los vengativos caballeros de vuestro padre. Ambos interfieren en el deseo de Dios de que vivamos como una familia. Además, vuestra mujer es una hilandera de tiempo —dijo Hubbard—. Yo no apruebo a las hilanderas de tiempo, porque tientan a hombres y mujeres con ideas que no pertenecen a esta era.

—¿Ideas como la capacidad de elección y la libertad de pensamiento? —le espeté—. ¿Qué teméis...?

—Lo siguiente —interrumpió Hubbard, todavía mirando fijamente a Matthew como si yo fuera invisible— es la cuestión de haberos alimentado de ella —comentó, y sus ojos se movieron hacia la cicatriz que Matthew me había dejado en el cuello—. Cuando las brujas la descubran, exigirán una investigación. Si vuestra esposa es hallada culpable de ofrecer por voluntad propia su sangre a un vampiro, será repudiada y expulsada de Londres. Y, si se os halla culpable de tomarla sin su consentimiento, seréis ejecutado.

—Ya está bien de sentimentalismos familiares —murmuré.

—Diana —me advirtió Matthew.

Hubbard unió las manos en forma de carpa y estudió a Matthew una vez más.

—Y, para finalizar, está encinta. ¿Acudirá el padre del niño a buscarla?

Aquello hizo que dejara de contestarle. Hubbard aún no había descubierto nuestro mayor secreto: que Matthew era el padre de mi hijo. Luché contra el pánico. «Piensa... y sobrevive». Puede que el consejo de Philippe nos sacara de aquel aprieto.

—No —se limitó a responder Matthew.

—Así que el padre ha fallecido... por causas naturales o a vuestras manos —dijo Hubbard, mirando largamente a Matthew—. En ese caso, el hijo de la bruja entrará a formar parte de mi rebaño cuando nazca. Su madre se convertirá ahora mismo en una de mis hijas.

—No —repitió Matthew—. No lo hará.

—¿Cuánto imagináis que sobreviviréis ambos fuera de Londres cuando esas ofensas lleguen a oídos del resto de la Congregación? —preguntó Hubbard, negando con la cabeza—. Vuestra esposa estará a salvo aquí mientras sea miembro de mi familia y no se produzca más intercambio de sangre entre vosotros.

—No haréis pasar a Diana por esa depravada ceremonia. Decidle a vuestros «hijos» que os pertenece si no os queda más remedio, pero no tomaréis su sangre ni la de su hijo.

—No mentiré a las almas que están a mi cuidado. ¿Por qué será, hijo mío, que los secretos y la guerra son las únicas respuestas que tenéis cuando Dios os pone ante un desafío? Solo llevan a la destrucción —aseguró Hubbard. Su cuello se agitó con emoción—. Dios reserva la salvación para aquellos que creen en algo mayor que sí mismos.

Antes de que Matthew le espetara una respuesta, posé una mano sobre su brazo para tranquilizarlo.

—Excusadme, padre Hubbard —dije—. Si he entendido correctamente, ¿los De Clermont están exentos de vuestra autoridad?

—Correcto, señora Roydon. Pero *vos* no sois una De Clermont. Simplemente estáis casada con uno.

—Eso es erróneo —repliqué, agarrando con fuerza la manga de mi marido—. Soy hija de Philippe de Clermont por juramento de sangre, además de esposa de Matthew. Soy una De Clermont por partida doble y ni yo ni mi hijo os llamaremos jamás padre.

Andrew Hubbard parecía estupefacto. Mientras yo colmaba de bendiciones silenciosas a Philippe por ir siempre tres pasos por delante del resto de nosotros, los hombros de Matthew finalmente se relajaron. Allá lejos, en Francia, su padre había garantizado nuestra seguridad una vez más.

—Comprobadlo si gustáis. Philippe me marcó la frente aquí —aseguré, tocando el punto entre las cejas donde estaba localizado mi tercer ojo de bruja. Por el momento estaba adormecido, sin preocuparse por los vampiros.

—Os creo, señora Roydon —dijo finalmente Hubbard—. Nadie tendría la temeridad de mentir sobre tal cosa en una casa de Dios.

—Tal vez podáis ayudarme, entonces. Estoy en Londres para buscar ayuda con algunos puntos concretos de la magia y la brujería. ¿A cuál de vuestros hijos recomendaríais para dicha tarea?

—Mi pregunta borró la sonrisa de Matthew.

—Diana —gruñó.

—Mi padre se sentiría muy complacido si pudierais ayudarme —continué tranquilamente, ignorándolo.

—¿Y qué forma adquiriría tal complacencia?

Andrew Hubbard también era un príncipe del Renacimiento y le interesaba ganar cualquier tipo de ventaja estratégica posible.

—Para empezar, a mi padre le complacerá que le ponga al corriente de nuestras hogareñas horas de asueto en la víspera de Año Nuevo —dije, mirándolo a los ojos—. Todo lo demás que pueda comentarle en mi próxima carta dependerá del brujo que enviéis a El Venado y la Corona.

Hubbard consideró mi petición.

—Discutiré vuestras necesidades con mis hijos y decidiré quién podría ser el más apropiado para vos.

—Envíe a quien envíe, será un espía —me advirtió Matthew.

—Tú también eres un espía —señalé—. Estoy cansada. Quiero irme a casa.

—Nuestros asuntos aquí han sido solventados, Hubbard. Espero que Diana, al igual que todos los De Clermont, esté en Londres con vuestra aprobación.

Matthew se volvió para marcharse sin esperar una respuesta.

—Incluso los De Clermont deben tener cuidado en la ciudad —gritó Hubbard a nuestras espaldas—. A ver si lo recordáis, señora Roydon.

Matthew y Gallowglass hablaban en voz baja mientras remábamos de regreso a casa, pero yo iba en silencio. Me negué a que me ayudaran mientras salía del bote y empezaba a subir por Water Lane sin esperarlos. Aun así, Pierre ya me había adelantado cuando alcancé el pasadizo para entrar en El Venado y la Corona, y Matthew estaba a mi lado. Dentro, Walter y Henry nos estaban esperando. Se pusieron en pie de un salto.

—Gracias a Dios —dijo Walter.

—Hemos venido en cuanto nos enteramos de que estabais en apuros. George está enfermo en la cama y ni Kit ni Tom aparecen por lado alguno —explicó Henry mientras nos miraba ansiosa y alternativamente a Matthew y a mí.

—Siento haberos llamado. Mi alarma resultó ser prematura —aseveró Matthew al tiempo que la capa giraba alrededor de sus pies mientras se la quitaba de los hombros.

—Si concierne a la orden... —empezó a decir Walter, observando la capa.

—No es así —le aseguró Matthew.

—Me concierne a *mí* —dije—. Y antes de que vengáis con algún otro plan

desastroso, meteos esto en la cabeza: los brujos son cosa mía. Matthew está siendo vigilado, y no solo por Andrew Hubbard.

—Ya está habituado —dijo Gallowglass ásperamente—. No prestéis atención a los mirones, tiíta.

—Necesito encontrar un profesor, Matthew —dije. Mi mano bajó revoloteando al punto del corpiño que me cubría la cúspide del estómago—. Ninguna bruja va a compartir sus secretos mientras alguno de vosotros esté involucrado. Todo aquel que entra en esta casa o es un *weath* o es filósofo o es espía. Lo que significa, a ojos de mi gente, que cualquiera de vosotros podría entregarnos a las autoridades. Berwick puede parecer muy lejano, pero el pánico se está extendiendo—. La mirada de Matthew era gélida, pero al menos me estaba escuchando—. Si haces venir a una bruja, vendrá. Matthew Roydon siempre se sale con la suya. Pero, en lugar de ayuda, conseguiré otro número como el que ejecutó la viuda Beaton. Eso no es lo que necesito.

—Menos aún necesitáis la ayuda de Hubbard —dijo Hancock agriamente.

—No tenemos mucho tiempo —le recordé a Matthew. Hubbard no sabía que el bebé era de Matthew, y Hancock y Gallowglass no habían percibido mi cambio de olor... todavía. Pero los sucesos de esa tarde habían puesto de manifiesto nuestra precaria situación.

—Muy bien, Diana. Te dejaremos las brujas a ti. Pero nada de mentiras —dijo Matthew— ni de secretos. Tendrás que comunicarle a cualquiera de las personas que estamos en esta habitación dónde te encuentras en cada momento.

—Matthew, no puedes... —protestó Walter.

—Confío en el criterio de mi esposa —declaró Matthew con firmeza.

—Eso es lo que Philippe dice de la abuelita —murmuró Gallowglass entre dientes—. Justo antes de que pierda el control.

Capítulo 19

SI este es el aspecto que tiene el infierno —murmuró Matthew la semana después de nuestro encuentro con Hubbard—, Gallowglass se va a llevar una triste decepción.

Lo cierto era que había muy poco fuego y azufre en la bruja de catorce años que estaba de pie ante nosotros, en la sala.

—¡Shhh! —dije, preocupada por lo sensibles que podían ser los niños de esa edad—. ¿Te ha explicado el padre Hubbard por qué estás aquí, Annie?

—Sí, señora —replicó Annie con abatimiento. Era difícil decir si la palidez de la niña era su color natural o si se debía a alguna combinación de temor y escasa alimentación—. Estoy aquí para servirlos y acompañaros en vuestros quehaceres por la ciudad.

—No, ese no era el trato —dijo Matthew con impaciencia, al tiempo que sus pies enfundados en unas botas aterrizaban con fuerza sobre el suelo de madera. Annie se estremeció—. ¿Posees algún poder o conocimiento que compartir o Hubbard nos está gastando una broma?

—Tengo algunas habilidades —tartamudeó Annie. Sus pálidos ojos azules contrastaban con su piel blanca—. Pero necesito un hogar, y el padre Hubbard ha dicho...

—Oh, puedo imaginar lo que ha dicho el padre Hubbard.

Matthew resopló con desdén. Le dirigí tal mirada de censura que parpadeó y se quedó callado.

—Dale la oportunidad de explicarse —le dije secamente antes de dedicarle a la niña una sonrisa de ánimo—. Continúa, Annie.

—Además de servirlos, el padre Hubbard me ha dicho que debo llevarlos con mi tía cuando regrese a Londres. Ahora está en un alumbramiento y ha rehusado abandonar a la mujer mientras esta la necesite.

—¿Tu tía es partera además de bruja? —pregunté amablemente.

—Sí, señora. Una buena partera y una poderosa bruja —dijo Annie con orgullo, enderezando la columna. Cuando lo hizo, sus sayas demasiado cortas dejaron expuestos al frío unos tobillos flacuchos. Andrew Hubbard vestía a sus hijos con ropas cálidas que les sentaban bien, pero sus hijas no recibían tal consideración. Disimulé mi irritación. Françoise iba a tener que sacar las agujas.

—¿Y cómo llegasteis a formar parte de la familia del padre Hubbard?

—Mi madre no era una mujer virtuosa —murmuró Annie, enroscando las manos en la fina capa—. El padre Hubbard me encontró en la cripta de la iglesia de Santa Ana, cerca de Aldersgate, con mi madre muerta a mi lado. Mi tía estaba recién casada y pronto tuvo bebés propios. Yo tenía seis años. Su esposo no quiso que me criara con sus hijos por miedo a que pudiera corromperlos con mi pecaminosidad.

Así que Annie, ahora una adolescente, llevaba con Hubbard más de media vida. Aquella idea era espeluznante y la idea de que una niña de seis años pudiera corromper a nadie, inexplicable, pero la historia esclarecía tanto su lamentable aspecto como su peculiar nombre: Annie Undercroft³.

—Mientras Françoise te trae algo de comer, puedo enseñarte dónde dormirás.

—Había subido al tercer piso esa misma mañana para inspeccionar la pequeña cama, el taburete de tres patas y el baúl desgastado que habían elegido para guardar las pertenencias

de la bruja—. Te ayudaré a llevar las cosas.

—¿Señora? —inquirió Annie, confusa.

—No ha traído nada —dijo Françoise, mirando con desaprobación al más reciente miembro del hogar.

—No importa. Tendrá efectos personales muy pronto.

Le sonreí a Annie, que no parecía muy segura.

Françoise y yo nos pasamos el fin de semana asegurándonos de que Annie quedara limpia como los chorros del oro, de que fuera adecuadamente vestida y calzada y de que supiera lo suficiente de matemáticas básicas para hacer pequeñas compras por mí. Para probarla la mandé a la botica cercana a buscar un penique de plumas y media libra de lacre (Philippe tenía razón: Matthew agotaba las provisiones de oficina a un ritmo alarmante) y regresó sin demora con el cambio que había sobrado.

—¡Quería un chelín! —se quejó Annie—. Esa cera ni siquiera es buena para velas, ¿no es cierto?

Pierre le tomó simpatía a la niña y se propuso ganarse una de las escasas y dulces sonrisas de Annie siempre que pudiera. Le enseñó a jugar a hacer figuras con el cordel y se ofreció a llevarla a pasear el domingo, cuando Matthew empezó a dejar caer indirectas de que le gustaría estar a solas conmigo unas horas.

—¿No se aprovechará de ella...? —le pregunté a Matthew mientras desabrochaba mi prenda de ropa favorita: un jubón de niño sin mangas hecho de lana negra de primera calidad. Lo llevaba con un conjunto de sayas y un blusón cuando estábamos en casa.

—¿Pierre? Santo Dios, no. —Matthew parecía divertido.

—Es una pregunta razonable. —Mary Sidney no era mucho mayor cuando la casaron con el mejor postor.

—Y yo te he dado una respuesta sincera. Pierre no se acuesta con niñas —me aseguró, mientras sus manos se detenían tras desabrochar el último botón—. Esta sí que es una sorpresa agradable. No llevas corsé.

—Es incómodo y puedo poner la excusa del bebé.

Me quitó el jubón de encima con un sonido de admiración.

—¿Y evitará que otros hombres la importunen?

—¿Sería posible que esta conversación esperara hasta más tarde? —dijo Matthew, revelando su exasperación—. Con el frío que hace, no estarán fuera demasiado tiempo.

—Eres muy impaciente en la cama —observé, deslizando las manos dentro del cuello de su camisa.

—¿De verdad? —preguntó Matthew, arqueando sus aristocráticas cejas en un gesto de fingida incredulidad—. Y yo que creía que el problema era mi admirable moderación.

Pasó las siguientes horas demostrándome la paciencia ilimitada que podía llegar a tener en una casa vacía, un domingo. Cuando todos regresaron, ambos estábamos agradablemente exhaustos y en un estado mental considerablemente mejor.

Sin embargo, todo regresó a la normalidad el lunes. Matthew se volvió distraído e irritable en cuanto las primeras cartas llegaron al amanecer y le envió sus excusas a la condesa de Pembroke cuando resultó obvio que las obligaciones de sus numerosos trabajos no le iban a permitir acompañarme a almorzar.

Mary escuchó sin sorprenderse mi explicación de las razones por las cuales Matthew estaba ausente, parpadeó mirando a Annie como un búho ligeramente curioso y la envió a las cocinas al cuidado de Joan. Compartimos un delicioso almuerzo, durante el cual Mary me ofreció una crónica detallada de la vida privada de todo aquel que vivía a tiro de

piedra de Blackfriars. Acto seguido, nos trasladamos al laboratorio con Joan y Annie para ayudarnos.

—¿Y cómo está tu esposo, Diana? —preguntó la condesa, remangándose y con la mirada fija en el libro que tenía delante.

—Goza de buena salud —respondí. Había aprendido que aquel era el equivalente isabelino del «Bien».

—Qué grata noticia —dijo Mary, y se giró para remover algo que tenía un aspecto pernicioso y olía aún peor—. Me temo que de ello dependen muchas cosas. La reina depende de él más que de cualquier otro hombre en el reino, a excepción de lord Burghley.

—Ojalá su buen humor fuera más fiable. Últimamente, Matthew es muy voluble. De pronto se comporta de forma posesiva y, al minuto siguiente, me trata como si fuera un mueble.

—Los hombres actúan así con sus propiedades.

Mary cogió una jarra de agua.

—Yo no soy de su propiedad —dije rotundamente.

—Lo que tú y yo sabemos, lo que dice la ley y cómo se siente el propio Matthew son tres asuntos completamente independientes.

—No deberían serlo —dije de inmediato, con ánimo de discutir aquel punto. Mary me silenció con una sonrisa amable y resignada.

—Tú y yo lo tenemos más fácil con nuestros esposos que otras mujeres, Diana. Disponemos de nuestros libros y de tiempo libre para satisfacer nuestras pasiones, gracias a Dios. La mayoría, no.

Mary removió por última vez todo lo que había en el matraz y decantó el contenido en otro recipiente de cristal.

Pensé en Annie: una madre que había muerto sola en el sótano de una iglesia, una tía que no se había podido hacer cargo de ella debido a los prejuicios de su esposo, una vida que prometía poco en lo que a comodidad o esperanza se refería.

—¿Enseñas a leer a tus sirvientas?

—Desde luego —respondió Mary de inmediato—. Aprenden a escribir y también a calcular. Tales habilidades harán que resulte más probable que encuentren un buen marido: uno al que le guste ganar dinero además de gastarlo.

Le hizo una señal a Joan, que le ayudó a llevar la frágil burbuja de cristal llena de productos químicos hasta el fuego.

—Entonces Annie también aprenderá —dije, asintiendo hacia la muchacha. Esta se aferraba a las sombras y tenía un aspecto fantasmal, con su pálido rostro y sus cabellos rubio platino. La educación aumentaría su confianza. Había ido avanzando con paso firme desde que había regateado con *monsieur* De Laune el precio del lacre.

—Tendrá una razón en el futuro para agradecértelo —dijo Mary. Su semblante estaba serio—. Nosotras, las mujeres, no poseemos nada en absoluto, salvo lo que se encuentra entre nuestras orejas. Nuestra virtud pertenece primero a nuestro padre y luego a nuestro esposo. Nos dedicamos en cuerpo y alma a nuestra familia. Ya compartamos nuestros pensamientos con otra gente, cojamos pluma y papel o enhebreemos una aguja, todo lo que hacemos pertenece a otra persona. Mientras tenga palabras e ideas, Annie siempre poseerá algo exclusivamente suyo.

—Ojalá fueras un hombre, Mary —dije, sacudiendo la cabeza. La condesa de Pembroke podría darles cien mil vueltas a muchas criaturas, independientemente de su sexo.

—Si fuera un hombre, ahora me encontraría en mis dominios, rindiendo pleitesía a Su Majestad como Henry o atendiendo asuntos de Estado como Matthew. En lugar de ello, estoy aquí en el laboratorio, contigo. Si lo ponemos todo en una balanza, creo que somos las más afortunadas: aunque en ocasiones nos pongan en un pedestal o nos tomen por un taburete de la cocina.

Los redondeados ojos de Mary brillaron.

Me eché a reír.

—Puede que tengas razón.

—Si alguna vez hubieras estado en el tribunal, no tendrías duda alguna a ese respecto. Ven —dijo Mary, regresando al experimento—. Ahora esperaremos mientras la *prima materia* se expone al calor. Si lo hemos hecho bien, dará lugar a la piedra filosofal. Revisemos los siguientes pasos del proceso con la esperanza de que el experimento surta efecto.

Yo siempre perdía la noción del tiempo cuando había manuscritos de alquimia alrededor y levanté la vista aturdida cuando Matthew y Henry entraron en el laboratorio. Mary y yo nos encontrábamos inmersas en la conversación sobre las imágenes de una colección de textos de alquimia conocidos como *Pretiosa Margarita Novella: la Nueva Perla de Gran Precio*. ¿Había transcurrido ya la tarde?

—No puede ser hora de irse. Todavía no —protesté—. Mary tiene este manuscrito...

—Matthew conoce el libro, dado que fue su hermano quien me lo regaló. Ahora que Matthew tiene una esposa erudita, puede que lamente haberlo hecho —comentó Mary, riendo—. Hay un refrigerio esperando en la sala. Esperaba veros a ambos hoy.

Al oír aquello, Henry le hizo un guiño de complicidad a Mary.

—Eres muy amable, Mary —dijo Matthew, mientras me daba un beso en la mejilla a modo de saludo—. Según parece no habéis llegado todavía a la fase del vinagre. Todavía oléis a vitriolo y magnesias.

Dejé el libro a regañadientes y me aseé mientras Mary acababa de tomar notas del trabajo del día. Cuando estuvimos acomodados en la sala, Henry no fue capaz de contener más tiempo la emoción.

—¿Ya es el momento, Mary? —preguntó a la condesa, revolviéndose en la silla.

—Te entusiasma tanto hacer regalos como al joven William —respondió esta, riendo—. Henry y yo tenemos un regalo en honor del Año Nuevo y de vuestro matrimonio.

Pero nosotros no teníamos nada que darles a cambio. Miré a Matthew, incómoda con aquel intercambio unidireccional.

—Te deseo suerte, Diana, si albergas la esperanza de mantenerte en la vanguardia de Mary y Henry en lo que a regalos se refiere —señaló aquel con pesar.

—Tonterías —respondió Mary—. Matthew le salvó la vida a mi hermano Philip y evitó que Henry perdiera sus propiedades. Ningún regalo puede pagar dichas deudas. No arruinéis nuestro placer hablando de esa forma. Es una tradición hacer regalos a los recién casados y estamos en Año Nuevo. ¿Qué le has regalado a la reina, Matthew?

—Después de que ella le hubiera enviado al pobre rey Jacobo otro reloj para recordarle que aguardara tranquilamente el momento oportuno, consideré regalarle un reloj de arena. Me pareció que podría ser un útil recordatorio de su propia mortalidad —dijo secamente.

Henry lo miró, horrorizado.

—No. No serías capaz.

—Fue un pensamiento frívolo fruto de un momento de frustración —lo tranquilizó

Matthew—. Le he regalado una taza con tapa, como todo el mundo.

—No olvides nuestro regalo, Henry —dijo Mary, ya igual de impaciente.

Henry sacó una bolsita de terciopelo y me la tendió. Manoseé los cordones y, finalmente, saqué un pesado relicario de oro con una cadena igualmente gruesa. Tenía la faz de filigrana de oro tachonada de rubíes y diamantes, con la luna y la estrella de Matthew en el centro. Le di la vuelta al guardapelo y me quedé boquiabierta al ver el brillante esmalte con sus flores y sus retorcidos viñedos. Con cuidado, abrí el cierre de la parte inferior y un retrato en miniatura de Matthew alzó la vista hacia mí.

—El señor Hilliard hizo los bocetos preliminares cuando estuvo aquí. Con las vacaciones estaba tan ocupado que su ayudante, Isaac, tuvo que ayudarlo con la pintura —explicó Mary.

Sostuve la miniatura en la mano ahuecada, inclinándola hacia un lado y hacia otro. La pintura representaba a Matthew con el aspecto que tenía en casa, cuando trabajaba hasta altas horas de la madrugada en su estudio, al lado del dormitorio. Tenía el cuello de la camisa abierto y ribeteado de encaje, y miraba al espectador con una familiar combinación de seriedad y humor burlón. Llevaba el cabello negro retirado de la frente y despeinado, como era habitual en él, y entre los largos dedos de la mano izquierda sostenía un relicario. Era una imagen sorprendentemente franca y erótica para la época.

—¿Es de vuestro gusto? —preguntó Henry.

—Me encanta —respondí, incapaz de dejar de observar mi nuevo tesoro.

—Isaac es bastante más... osado en la composición que su señor, pero, cuando le dije que era un regalo de boda, me convenció de que un relicario como ese sería un secreto especial para una esposa y mostraría al hombre privado más que al público. —Mary miró por encima de mi hombro—. El parecido es bueno, aunque sí desearía que el señor Hilliard aprendiera a capturar mejor la barbilla de las personas.

—Es perfecto y lo guardaré siempre como algo muy especial.

—Este es para ti —dijo Henry, tendiéndole a Matthew una bolsa idéntica—.

Hilliard creyó que era posible que se lo enseñaras a la gente y lo llevaras al tribunal, así que es en cierto modo más..., eh, eh..., prudente.

—¿Es ese el guardapelo que Matthew está sujetando en mi miniatura? —dije, señalando la inconfundible piedra lechosa engarzada en un simple marco de oro.

—Eso creo —dijo Matthew en voz baja—. ¿Es piedra de luna, Henry?

—Un ejemplar antiguo —dijo Henry, orgulloso—. Estaba entre mis curiosidades y quería que la tuvieras. La talla representa a la diosa Diana, como puedes ver.

La miniatura que albergaba era más respetable, pero igualmente extraordinaria. Yo llevaba puesto el vestido color teja ribeteado de terciopelo negro. Una delicada gorguera me enmarcaba el rostro sin cubrir las brillantes perlas que llevaba al cuello. Pero era mi peinado lo que indicaba que aquel era un regalo íntimo, apropiado para un flamante marido. El cabello me flotaba libre sobre los hombros y me bajaba por la espalda en un salvaje caos de bucles de color dorado rojizo.

—El fondo azul resalta los ojos de Diana. Y la forma de la boca es muy fiel a la realidad.

Matthew también se sentía abrumado por el regalo.

—He mandado hacer un marco —dijo Mary, mientras le hacía una señal a Joan— para exponerlos cuando no los llevéis puestos.

En realidad se parecía más a una caja plana, con dos nichos ovales alineados sobre el terciopelo negro. Ambas miniaturas encajaban a la perfección dentro y parecían un par

de retratos.

—Ha sido muy amable por parte de Mary y Henry hacernos ese regalo —dijo Matthew más tarde, cuando estábamos de nuevo en El Venado y la Corona. Deslizó los brazos alrededor de mí desde atrás y entrelazó las manos sobre mi vientre—. Ni siquiera he tenido tiempo de mandar que te hicieran un dibujo. Nunca imaginé que mi primer retrato de ti estaría pintado por Nicholas Hilliard.

—Los retratos son preciosos —dije, cubriéndole las manos con las mías.

—¿Pero...? —Matthew retrocedió e inclinó la cabeza.

—Las miniaturas de Nicholas Hilliard están muy demandadas, Matthew. Estas no desaparecerán cuando nosotros lo hagamos. Y son tan exquisitas que no podría soportar destruirlas antes de irnos —expliqué. El tiempo era como mi gorguera: empezaba siendo un pedazo de tejido apelmazado, suave y liso. Y entonces lo retorcían, lo cortaban y le hacían un dobladillo—. Continuamos toqueteando el pasado de manera que, sin remedio, hará que haya manchas en el presente.

—Tal vez sea eso lo que se supone que debemos hacer —sugirió Matthew—. Puede que el futuro dependa de ello.

—No veo cómo.

—Ahora no. Pero es posible que un día echemos la vista atrás y descubramos que fueron las miniaturas las que lo cambiaron todo.

Matthew sonrió.

—Imagínate lo que significaría encontrar el Ashmole 782, entonces —dije. Levanté la vista hacia él. El hecho de ver los iluminados libros de alquimia de Mary me había hecho volver a pensar intensamente en el misterioso ejemplar y en nuestra frustrada búsqueda del mismo—. George no tuvo suerte y no lo halló en Oxford, pero tiene que estar en algún lugar de Inglaterra. Ashmole le compró el manuscrito a alguien. En lugar de buscar la obra, deberíamos buscar a la persona que se la vendió.

—Hoy en día existe un tráfico continuo de manuscritos. El Ashmole 782 podría estar en cualquier sitio.

—O podría estar justo aquí —insistí.

—Puede que tengas razón —coincidió Matthew. Pero me pareció que tenía en la cabeza preocupaciones más inmediatas que aquel escurridizo libro—. Enviaré a George a la calle a preguntar a los librereros.

Todos los pensamientos sobre el Ashmole 782 huyeron a la mañana siguiente, sin embargo, con la llegada de una nota de la tía de Annie, la próspera partera. Estaba de vuelta en Londres.

—La bruja no acudirá a la casa de un infame *wearh* y espía —me informó Matthew, tras leer el contenido—. Su marido se opone al plan, por miedo a que arruine su reputación. Tendremos que ir a su casa, cerca de la iglesia de San Jacobo, en Garlic Hill. —Al ver que no decía nada, Matthew frunció el ceño y continuó—. Está al otro lado de la ciudad, a tiro de piedra de la guarida de Andrew Hubbard.

—Eres un vampiro —le recordé—. Ella es una bruja. Se supone que no debemos mezclarnos. El marido de esa bruja hace bien en ser cauteloso.

Matthew insistió en acompañarnos a Annie y a mí a través de la ciudad, de todos modos. La zona que rodeaba la iglesia de San Jacobo era mucho más próspera que Blackfriars, con calles espaciosas y bien cuidadas, casas grandes, tiendas llenas de gente y un ordenado atrio. Annie nos llevó a un callejón que estaba enfrente de la iglesia. Aunque era oscuro, se veía limpio como el jaspe.

—Ahí, señor Roydon —dijo la niña, mientras llamaba la atención de Matthew sobre un cartel con un molino de viento, antes de seguir adelante como una flecha con Pierre para comunicar a la familia nuestra llegada.

—No es necesario que te quedes —le dije a Matthew. Aquella visita ya era lo suficientemente angustiada sin que él anduviera merodeando por allí con el ceño fruncido.

—No voy a ir a ningún sitio —respondió en tono grave.

Fuimos recibidos en la puerta por una mujer de cara redonda y nariz chata, barbilla pequeña y cabello y ojos de un castaño intenso. Su rostro era sereno, aunque sus ojos hervían de irritación. Había hecho frenar en seco a Pierre. Solo había admitido a Annie en la casa y esta estaba a un lado del quicio de la puerta con cara de consternación por la tensión del ambiente.

Yo también me detuve en seco, boquiabierto por la sorpresa. La tía de Annie era la viva imagen de Sophie Norman, la joven daimón de la que nos habíamos despedido en la casa de las Bishop, en Madison.

—*Dieu* —murmuró Matthew, y bajó la vista para mirarme asombrado.

—Mi tía, Susanna Norman —susurró Annie. Nuestra reacción la inquietó—. Dice que...

—¿Susanna Norman? —pregunté, incapaz de dejar de mirarla a la cara. Su nombre y su gran parecido con Sophie no podía ser mera coincidencia.

—Como mi sobrina ha dicho. Parecéis sentirnos fuera de lugar, señora Roydon —dijo la señora Norman—. Y vos no sois bienvenido aquí, *wearh*.

—Señora Norman —dijo Matthew con una reverencia.

—¿No habéis recibido mi carta? Mi marido no quiere tener nada que ver con vos. —Dos niños salieron disparados por la puerta—. ¡Jeffrey! ¡John!

—¿Es este? —preguntó el mayor. Analizó a Matthew con interés y luego se centró en mí. El niño tenía poder. Aunque todavía estaba en los albores de la adolescencia, sus habilidades ya se podían sentir en el chisporroteo de magia indisciplinada que lo rodeaba.

—Usa los talentos que Dios te ha dado, Jeffrey, y no hagas preguntas tontas. —La bruja me miró taxativamente—. Y vos, sin duda, habéis hecho que el padre Hubbard se ponga en guardia. Muy bien, entrad. —Cuando nos dispusimos a hacerlo, Susanna levantó la mano—. Vos no, *wearh*. Vuestra esposa es quien me incumbe. En El Ansarino de Oro tienen un vino decente, si estáis decidido a quedaros por aquí. Pero sería mejor para todos los implicados si permitierais que vuestro hombre acompañara a la señora Roydon a casa.

—Gracias por el consejo, señora. Estoy seguro de que encontraré algo satisfactorio en la posada. Pierre esperará en el patio. No le importa el frío.

Matthew le dedicó una sonrisa lobuna.

Susanna puso cara de avinagrada y dio media vuelta con elegancia.

—Ven aquí, Jeffrey —gritó por encima del hombro. Jeffrey reclutó a su hermano menor, le dirigió una mirada más de interés a Matthew y la siguió—. Cuando gustéis, señora Roydon.

—No me lo puedo creer —susurré en cuanto los Norman se perdieron de vista—. Tiene que ser la tataratataratarabuella de Sophie.

—Sophie debe de ser su descendiente a través de Jeffrey o de John —señaló Matthew, mientras se pellizcaba la barbilla, pensativo—. Uno de esos chicos es el eslabón perdido de nuestra cadena de acontecimientos que nos lleva de Kit y la pieza de ajedrez de plata a la familia Norman y a Carolina del Norte.

—Realmente, el futuro sabe lo que se hace —dije.

—Estaba seguro. En cuanto al presente, Pierre se quedará ahí mismo y yo andaré cerca.

Las finas arrugas que tenía alrededor de los ojos se hicieron más profundas. No quería separarse de mí más de quince centímetros, en el mejor de los casos.

—No sé cuánto nos llevará —dije, apretándole el brazo.

—No importa —me aseguró Matthew, acariciando mis labios con los suyos—. Quédate todo el tiempo que necesites.

Una vez dentro, Annie me cogió la capa apresuradamente y regresó al lado del fuego, donde estaba encorvada sobre algo que había en el hogar.

—Ten cuidado, Annie —dijo Susanna, preocupada. Annie estaba levantando cuidadosamente una cacerola baja de una base situada sobre las brasas del fuego—. La hija de la viuda Hackett necesita ese brebaje para ayudarle a conciliar el sueño y los ingredientes son muy costosos.

—No puedo percibirla, mamá —dijo Jeffrey, observándome. Tenía unos ojos desconcertantemente sabios para tratarse de alguien tan joven.

—Ni yo, Jeffrey, ni yo. Aunque probablemente sea por eso por lo que está aquí. Llévate a tu hermano a la otra habitación. Y no hagáis ruido. Vuestro padre está dormido y necesita seguir así.

—Sí, mamá —respondió Jeffrey. Acto seguido, cogió dos soldados de madera y un barco que había sobre la mesa—. Esta vez te dejaré ser Walter Raleigh para que puedas ganar la batalla —le prometió a su hermano.

Susanna y Annie se me quedaron mirando en el silencio subsiguiente. Las débiles pulsaciones de poder de Annie ya me resultaban familiares. Pero no estaba preparada para la inquisitiva corriente continua que Susanna me dirigía. Mi tercer ojo se abrió. Finalmente, alguien había despertado mi curiosidad de bruja.

—Es incómodo —dije, girando la cabeza para romper la intensidad de la mirada de Susanna.

—Debería serlo —replicó esta, tan tranquila—. ¿Por qué precisa de mi ayuda, señora?

—Fui hechizada. No es lo que pensáis —añadí cuando Annie dio un paso atrás de inmediato para alejarse de mí—. Mis padres eran brujos, pero ninguno de ellos entendía la naturaleza de mis talentos. No querían que sufriera ningún daño, así que limitaron mis poderes. Los lazos se han aflojado, sin embargo, y están sucediendo cosas extrañas.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Susanna, señalándole una silla a Annie.

—He invocado el poder de las brujas de las aguas unas cuantas veces, aunque no recientemente. En ocasiones veo colores alrededor de la gente, pero no siempre. Y una vez toqué un membrillo y se secó.

Me cuidé de no mencionar los accesos de magia más espectaculares. Y tampoco le hablé de los extraños hilos azules y ambarinos que veía por las esquinas, de cómo las letras habían empezado a escaparse de los libros de Matthew o de la forma en que los reptiles habían huido de los zapatos de Mary Sidney.

—¿Eran vuestra madre o vuestro padre brujos de las aguas? —preguntó Susanna, intentando encontrar sentido a mi historia.

—No lo sé —dije honestamente—. Fallecieron cuando yo era joven.

—Tal vez seáis más apropiada para la brujería, entonces. Aunque muchos son los que desean poseer la magia tempestuosa de las aguas y del fuego, no son poderes fáciles de adquirir —dijo Susanna con un toque de tristeza. Mi tía Sarah pensaba que las brujas que se

fiaban de la magia elemental eran diletantes. Susanna, por su parte, tenía predisposición a ver los conjuros como una forma menor del conocimiento mágico. Ahogué un suspiro al considerar aquellos extraños prejuicios. ¿No éramos todas brujas?

—Mi tía no fue capaz de enseñarme muchos conjuros. A veces puedo encender una vela. He sido capaz de invocar objetos para que acudieran a mí.

—¿Pero sois una mujer adulta! —dijo Susanna, poniendo las manos en las caderas—. Hasta Annie posee más habilidades que esas y solo tiene catorce años. ¿Sois capaz de preparar filtros de plantas?

—No.

Sarah quería enseñarme a hacer pociones, pero yo me había negado.

—¿Sois curandera?

—No —respondí. Estaba empezando a comprender la cara de temor de Annie. Susanna suspiró—. Ignoro la razón por la cual Andrew Hubbard solicita mi ayuda. Ya tengo bastante con mis pacientes, un esposo enfermizo y dos hijos pequeños.

Cogió un cuenco desportillado de la estantería y un huevo moreno de un estante que había al lado de la ventana. Puso ambos sobre la mesa delante de mí y cogió una silla.

—Sentaos y meted las manos bajo las piernas. —Desconcertada, hice lo que me pedía—. Annie y yo vamos a casa de la viuda Hackett. Mientras estamos fuera, tendréis que extraer el contenido de ese huevo y verterlo en el cuenco sin usar las manos. Requiere dos conjuros: uno de movimiento y un simple hechizo de apertura. Mi hijo John tiene ocho años y ya lo puede hacer sin pensar.

—Pero...

—Si el huevo no está en el cuenco cuando regrese, nadie podrá ayudaros, señora Roydon. Puede que vuestros padres hicieran bien al atar vuestro poder si este es tan débil que ni siquiera podéis cascar un huevo.

Annie me dirigió una mirada de disculpa y levantó la cazuela entre los brazos. Susanna le puso una tapa.

—Vamos, Annie.

Sentada a solas en la sala de estar de los Norman, pensé en el huevo y en el cuenco.

—Qué pesadilla —susurré, con la esperanza de que los niños estuvieran demasiado lejos para oírme.

Respiré hondo y reuní mi energía. Sabía las palabras de ambos conjuros y quería que el huevo se moviera: lo deseaba desesperadamente. «La magia no es más que un deseo hecho realidad», me recordé a mí misma.

Centré mis deseos en el huevo. Este saltó una vez sobre la mesa y luego se quedó inmóvil. En silencio, repetí el conjuro. Y lo repetí otra vez más. Y otra.

Habían pasado ya varios minutos y lo único que había obtenido como resultado era una fina capa de sudor sobre la frente. Solo tenía que levantar el huevo y cascarlo. Y había fracasado.

—Lo siento —murmuré, dirigiéndome a mi vientre plano—. Con un poco de suerte saldrás a tu padre.

El estómago me dio un brinco. Los nervios y el acelerado cambio de hormonas eran un infierno para la digestión.

¿Los pollos tenían mareos matutinos? Incliné la cabeza y observé el huevo. Alguna pobre gallina había sido privada de su pollo en ciernes para alimentar a la familia de los Norman. Mis náuseas aumentaron. Tal vez debería plantearme hacerme vegetariana, al menos durante el embarazo.

Aunque puede que no hubiera ningún pollo, me dije a mí misma para tranquilizarme. No todos los huevos estaban fertilizados. Mi tercer ojo atisbó bajo la superficie del cascarón, atravesó las densas capas de albumen y llegó a la superficie de la yema.

—Fértil —dije con un suspiro. Me revolví sobre las manos. Em y Sarah habían tenido gallinas una temporada. A una gallina solo le llevaba tres semanas empollar un huevo. Tres semanas de calor y cariño y nacía un pollito. No me parecía justo tener que esperar meses a que nuestro hijo viera la luz del día.

Cariño y calor. Dos cosas tan simples que, sin embargo, aseguraban la vida. ¿Qué había dicho Matthew? «Lo único que los niños necesitan es amor, un adulto que se haga responsable de ellos y un lugar suave donde aterrizar». Lo mismo sucedía con los pollos. Me imaginé cómo sería estar rodeada de la calidez plumosa de una mamá gallina, a salvo y protegida de los golpes y las contusiones. ¿Nuestro hijo se sentiría de esa manera, flotando en las profundidades de mi útero? Si no era así, ¿habría un conjuro para ello? ¿Uno hecho de responsabilidad, que arrojara al bebé con cariño, calidez y amor, aunque lo suficientemente suave como para proporcionarle seguridad y libertad?

—Ese es mi verdadero deseo —susurré.

«Pío».

Miré alrededor. En muchas casas había pollos picoteando alrededor del hogar.

«Pío».

Venía del huevo que estaba sobre la mesa. Primero se agrietó, luego asomó un pico. Un par de apabullados ojos negros parpadearon mientras me observaban desde una cabeza cubierta de plumas, resbaladiza por la humedad.

Alguien ahogó un grito a mis espaldas. Me volví. Annie se cubría la boca con la mano mientras miraba fijamente al pollito que estaba sobre la mesa.

—Tía Susanna —dijo la niña, bajando la mano—, ¿eso es...?

Su voz se apagó y Annie me señaló sin mediar palabra.

—Sí. Es el *glaem* dejado por el nuevo hechizo de la señora Roydon. Muévete. Ve a buscar a Goody Alsop.

Susanna hizo girar en redondo a su sobrina y la mandó de vuelta por donde había venido.

—No he logrado meter el huevo en el cuenco, señora Norman —me disculpé—. Los hechizos no han funcionado.

El pollito, todavía húmedo, protestaba con un indignado pitido tras otro.

—¿Que no han funcionado? Empiezo a creer que no tenéis ni idea de lo que significa ser bruja —dijo Susanna con incredulidad.

Y yo estaba empezando a creer que tenía razón.

Capítulo 20

A Phoebe, el silencio que reinaba en las oficinas de Sotheby's Bond Street ese martes por la noche le resultaba inquietante. Aunque llevaba trabajando en la casa de subastas de Londres dos semanas, todavía no se había acostumbrado al edificio. Cualquier ruido —el zumbido de las luces del techo, el guardia de seguridad tirando de las puertas para asegurarse de que estuvieran cerradas, el sonido distante de una risa enlatada en la televisión— hacía que se sobresaltara.

Como era la persona del departamento con menos experiencia, había recaído en ella la tarea de esperar tras una puerta cerrada a que llegara el doctor Whitmore. Sylvia, su supervisora, se había mantenido firme en su decisión de que alguien se reuniera con él fuera del horario laboral. Phoebe sospechaba que aquella petición era sumamente irregular, pero llevaba muy poco tiempo en el trabajo como para expresar algo más que una débil disconformidad.

—Desde luego que te quedarás. Llegará aquí a las siete en punto —le había dicho Sylvia diplomáticamente, mientras acariciaba su collar de perlas antes de coger las entradas para el *ballet* que tenía sobre la mesa—. Además, no tienes nada mejor que hacer, ¿no?

Sylvia tenía razón. Phoebe no tenía nada mejor que hacer.

—Pero ¿quién es? —le preguntó. Aunque se trataba de una pregunta perfectamente legítima, a Sylvia pareció molestarle.

—Es de Oxford y se trata de un cliente muy importante para la empresa. Eso es todo lo que necesitas saber —replicó su jefa—. En Sotheby's se valora la confidencialidad, ¿o es que te has perdido esa parte de la formación?

Así que Phoebe continuaba en su mesa. Esperó hasta mucho después de las prometidas siete. Para pasar el rato, buscó en los archivos más información sobre aquel hombre. No le gustaba reunirse con gente sin saber lo máximo posible de su historial. Por mucho que Sylvia pensara que lo único que necesitaba conocer era su nombre y unas vagas nociones sobre sus referencias, Phoebe no opinaba lo mismo. Su madre le había enseñado que la información personal podía ser un arma muy valiosa cuando se hacía uso de ella en cócteles y cenas formales. Sin embargo, Phoebe no había conseguido encontrar a ningún Whitmore en los archivos de Sotheby, y su número de cliente conducía a una simple tarjeta de un archivador cerrado con llave que decía: «Familia De Clermont: solicitar al presidente».

A las nueve menos cinco, oyó a alguien al otro lado de la puerta. Era una voz masculina y bronca, aunque curiosamente musical.

—Esta es la tercera vez que me haces perder el tiempo en otros tantos días, Ysabeau. Por favor, intenta recordar que tengo cosas que hacer. La próxima vez, envía a Alain. —Se produjo un breve silencio—. ¿Crees que no estoy ocupado? Te llamaré después de reunirme con ellos. —El hombre maldijo entre dientes—. Dile a tu intuición que se tome un respiro, por el amor de Dios.

Aquella persona tenía un acento extraño: medio estadounidense, medio británico y con un deje impreciso que indicaba que aquel no era el único idioma que hablaba. El padre de Phoebe había estado en el cuerpo diplomático de la reina y su voz era igualmente ambigua, como si fuera natural de todas partes y de ninguna.

Sonó el timbre, un nuevo ruido estridente que hizo que Phoebe se estremeciera, a

pesar del hecho de que ya lo esperaba. Se alejó de la mesa y atravesó la sala apresuradamente. Llevaba los tacones negros que le habían costado una fortuna, pero que la hacían parecer más alta y más autoritaria, se decía Phoebe a sí misma. Era un truco que había aprendido de Sylvia en la primera entrevista, a la que ella había acudido con zapato bajo. Después de aquello, se había prometido no volver a parecer «encantadoramente menuda» nunca más.

Miró a través de la mirilla y vio una frente tersa, un pelo rubio desaliñado y un par de brillantes ojos azules. Sin duda, aquel no era el doctor Whitmore.

Un repentino golpe en la puerta la sorprendió. Fuera quien fuera aquel hombre, no tenía modales. Irritada, Phoebe pulsó el botón del interfono.

—¿Sí? —preguntó, impaciente.

—Soy Marcus Whitmore, vengo a ver a la señorita Thorpe.

Phoebe volvió a mirar por la mirilla. Imposible. Nadie tan joven sería digno de la atención de Sylvia.

—¿Podría mostrarme alguna identificación? —dijo la muchacha secamente.

—¿Dónde está Sylvia? —Los ojos azules se entornaron.

—En el *ballet*. Viendo *Coppélia*, creo.

Las entradas de Sylvia eran las mejores que había, un lujo que había incluido como gasto de empresa. El hombre del otro lado de la puerta pegó una tarjeta de visita contra la mirilla. Phoebe retrocedió.

—¿Sería tan amable de alejarse? No puedo ver nada a esa distancia.

La tarjeta se alejó unos centímetros de la puerta.

—Por favor, señorita...

—Taylor.

—Señorita Taylor, tengo prisa.

La tarjeta desapareció y fue reemplazada por aquellos gemelos azules que parecían faros. Phoebe retrocedió de nuevo, sorprendida, pero no sin antes haber leído el nombre de la tarjeta y su relación con un proyecto de investigación científica en Oxford.

Era el doctor Whitmore. ¿Qué tipo de negocios se traía entre manos un científico con Sotheby's? Phoebe pulsó el botón de apertura de la puerta.

En cuanto sonó el clic, Whitmore entró apresuradamente. Iba vestido como para ir a un club del Soho, con vaqueros negros, una camiseta *vintage* de U2 y unas ridículas zapatillas altas Converse (también grises). Llevaba un cordón de cuero alrededor del cuello, del que pendían un puñado de ornamentos de dudosa procedencia y escaso valor. Phoebe se alisó el dobladillo de la blusa impecablemente blanca y lo observó con fastidio.

—Gracias —dijo Whitmore, que estaba mucho más cerca de ella de lo que los patrones sociales de cortesía consideraban normal—. Sylvia me ha dejado un paquete.

—Si es tan amable de tomar asiento, doctor Whitmore.

Phoebe señaló la silla que estaba delante de su mesa.

Los ojos azules de Whitmore pasaron de la silla a ella.

—¿Tengo que hacerlo? No nos llevará mucho tiempo. Solo estoy aquí para confirmar que mi abuela no está viendo cebras donde solo hay caballos.

—¿Perdón?

Phoebe se acercó lentamente a la mesa. Había una alarma de seguridad bajo la superficie de la misma, al lado del cajón. Si aquel hombre continuaba portándose mal, la usaría.

—El paquete —dijo Whitmore sin dejar de mirarla fijamente. Allí había una chispa

de interés. Phoebe se percató y se cruzó de brazos para intentar desviarla. Él señaló la caja acolchada que había sobre la mesa sin mirarla—. Supongo que será eso.

—Por favor, tome asiento, doctor Whitmore. Hace tiempo que hemos cerrado, estoy cansada y tiene que rellenar algunos papeles antes de que pueda dejarle examinar lo que Sylvia le haya guardado.

Phoebe extendió la mano y se frotó la parte de atrás del cuello. Tenía tortícolis de levantar la vista hacia él. Los orificios nasales de Whitmore se dilataron y este bajó los párpados. Phoebe se fijó en que tenía las pestañas más oscuras que el cabello rubio y más largas y espesas que las suyas. Cualquiera mujer mataría por unas pestañas como aquellas.

—La verdad es que creo que sería mejor que me entregara la caja y me dejara seguir mi camino, señorita Taylor.

La voz bronca se suavizó y adquirió un tono más profundo de advertencia, aunque Phoebe no entendía por qué. ¿Qué iba a hacer, robar la caja? Una vez más consideró pulsar la alarma, pero se lo pensó mejor. Sylvia se pondría furiosa si ofendía a un cliente llamando a los guardias.

En lugar de ello, se acercó a la mesa, cogió papel y bolígrafo, y regresó para tendérselos bruscamente al visitante.

—Muy bien. No me importa hacerlo de pie, si así lo prefiere, doctor Whitmore, aunque es mucho más incómodo.

—Es la mejor oferta que me han hecho últimamente —respondió Whitmore, mientras le temblaba la boca—. Sin embargo, si vamos a proceder según Hoyle, creo que debería llamarme Marcus.

—¿Hoyle? —Phoebe se ruborizó y se irguió todo lo que pudo. Whitmore no la estaba tomando en serio—. Creo que no trabaja aquí.

—Desde luego, espero que no. —Whitmore garabateó una firma—. Edmond Hoyle lleva muerto desde 1769.

—Soy bastante nueva en Sotheby's. Tendrá que perdonarme por no entender la referencia. —Phoebe inspiró. Una vez más, estaba demasiado lejos del botón oculto que había bajo la mesa como para usarlo. Tal vez Whitmore no fuera un ladrón, pero estaba empezando a pensar que estaba loco.

—Aquí tiene el bolígrafo —dijo Marcus amablemente— y el formulario. ¿Lo ve? —El hombre se inclinó para acercarse más—. He hecho exactamente lo que me ha pedido. Soy muy, pero que muy educado. Mi padre se aseguró de que así fuera.

Phoebe cogió el bolígrafo y el papel que le ofrecía. Al hacerlo, sus dedos rozaron el dorso de la mano de Whitmore. Su frialdad le hizo estremecerse. Se fijó en que llevaba un aparatoso sello de oro en el dedo meñique. Parecía medieval, pero nadie andaba por Londres con un anillo tan poco común y valioso en el dedo. Debía de ser una falsificación..., aunque de las buenas.

Inspeccionó el formulario mientras regresaba a la mesa. Todo parecía estar en orden y, si aquel hombre resultaba ser algún tipo de criminal —lo cual no le sorprendería lo más mínimo—, al menos ella no sería culpable de infringir las normas. Phoebe levantó la tapa de la caja, dispuesta a cedérsela al extraño doctor Whitmore para que la examinara. Esperaba que entonces pudiera irse a casa.

—Vaya —exclamó, sorprendida. Esperaba ver un maravilloso collar de diamantes o un juego victoriano de esmeraldas engarzadas en filigrana de oro... Algo que le pudiera gustar a su propia abuela.

Pero, en lugar de ello, la caja contenía dos miniaturas ovaladas, encastradas en

sendos nichos que habían sido creados para que estas encajaran a la perfección y para protegerlas de cualquier daño. Una era de una mujer de cabello largo y rubio con reflejos rojizos. Una gorguera abierta enmarcaba su rostro en forma de corazón. Sus pálidos ojos observaban al espectador con plácido aplomo y tenía la boca curvada en una amable sonrisa. El fondo era del azul intenso característico de la obra del retratista isabelino Nicholas Hilliard. La otra miniatura representaba a un hombre con una pelambreira negra peinada hacia atrás y la frente al descubierto. La barba y el bigote desaliñados le hacían parecer más joven de lo que sugerían sus ojos negros, y su camisa de lino blanca también tenía el cuello abierto y dejaba entrever una piel más lechosa que el tejido. Unos largos dedos sostenían una joya que pendía de una gruesa cadena. Detrás del hombre había unas llamas doradas ardientes y encaracoladas, símbolo de pasión.

Una suave respiración le hizo cosquillas en la oreja.

—Santo cielo.

Era como si Whitmore hubiera visto un fantasma.

—Son preciosas, ¿verdad? Debe de ser el juego de miniaturas que acaba de llegar. Una pareja de ancianos de Shropshire las encontré ocultas en la parte trasera del arcón de la plata cuando buscaban un sitio para guardar nuevas piezas. Sylvia cree que alcanzarán un buen precio.

—Oh, de eso no cabe duda.

Marcus apretó un botón del teléfono.

—*Oui?* —dijo una imperiosa voz en francés al otro lado de la línea. Aquel era el problema de los móviles, pensó Phoebe. Todo el mundo gritaba al hablar por ellos y se podían oír las conversaciones privadas.

—Tenías razón con lo de las miniaturas, *grand-mère*.

Un sonido de satisfacción abandonó lentamente el teléfono.

—¿Cuento ahora con toda tu atención, Marcus?

—No. Y gracias a Dios. Toda mi atención no es buena para nadie. —dijo Whitmore. Luego miró a Phoebe y sonrió. A esta no le quedó más remedio que admitir a regañadientes que aquel hombre era encantador—. Pero dame unos cuantos días antes de mandarme a hacer otro recado. Dime solo cuánto estás dispuesta a pagar por ellas, ¿o no debería preguntar?

—*N'importe quel prix*.

«El precio no importa». Aquellas eran las palabras que hacían felices a las casas de subastas. Phoebe bajó la vista hacia las miniaturas. Lo cierto es que eran extraordinarias.

Whitmore y su abuela finalizaron la conversación y los dedos del hombre volaron de inmediato por el teclado, para transmitir otro mensaje.

—Hilliard creía que era mejor disfrutar de sus retratos en miniatura en privado —reflexionó Phoebe en voz alta—. Tenía la sensación de que el arte del retrato revelaba demasiados secretos de los protagonistas. Se puede ver por qué. Estos dos parecen guardar todo tipo de secretos.

—Ahí tiene razón —murmuró Marcus. Su rostro estaba muy cerca y le dio la oportunidad a Phoebe de analizar sus ojos más detenidamente. Eran más azules de lo que creía al principio, más azules incluso que los pigmentos enriquecidos de azurita y azul ultramar que Hilliard usaba.

El teléfono sonó. Cuando Phoebe extendió la mano para contestar, le pareció que la mano de él bajaba, solo por un instante, hasta su cintura.

—Entrégale a ese hombre las miniaturas, Phoebe.

Era Sylvia.

—No lo entiendo —respondió ella, aturdida—. No estoy autorizada a...

—Las ha comprado directamente. Nuestra obligación era conseguir el precio más alto posible por las piezas. Y lo hemos hecho. Los Taverner podrán vivir el ocaso de sus vidas en Montecarlo, si así lo desean. Y puedes decirle a Marcus que, como me haya perdido la *danse de fête*, pienso ocupar las localidades del palco de su familia para los espectáculos de la próxima temporada.

Sylvia colgó.

La habitación se quedó en silencio. Marcus Whitmore había posado el dedo delicadamente sobre el estuche dorado que rodeaba la miniatura del hombre. Era como un gesto de nostalgia, una tentativa de conectar con alguien anónimo que llevaba tiempo muerto.

—Casi tengo la sensación de que, si le hablara, podría oírme —dijo Marcus con melancolía.

Había algo que no encajaba. Phoebe no lograba identificar el qué, pero allí había algo más en juego que la adquisición de dos miniaturas del siglo XVI.

—Su abuela debe de tener una cuenta bancaria muy próspera, doctor Whitmore, para pagar tan generosamente por dos retratos isabelinos inidentificables. Dado que usted es también cliente de Sotheby, creo que debería decirle que, sin duda, han pagado de más por ellos. Un retrato de la reina Isabel I de ese período podría alcanzar las seis cifras con los compradores apropiados en la sala, pero estos no —aseguró Phoebe, dado que la identidad del retratado era crucial para ese tipo de tasaciones—. Nunca sabremos quiénes eran estas dos personas. No después de tantos siglos de olvido. Y los nombres son importantes.

—Eso dice mi abuela.

—Entonces es consciente de que, sin una atribución definitiva, el valor de estas miniaturas probablemente no aumentará.

—A decir verdad —respondió Marcus—, mi abuela no necesita recuperar la inversión. E Ysabeau preferiría que nadie más supiera quiénes son.

Phoebe frunció el ceño al oír aquella extraña frase. ¿Creía su abuela que *sí* sabía quiénes eran?

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Phoebe, incluso de pie. Por esta vez.

—Marcus se quedó callado y esbozó aquella encantadora sonrisa—. ¿Te importa si te llamo Phoebe?

A Phoebe *sí* le importaba. Se frotó el cuello exasperada y se separó la melena negra que le rozaba el cuello. Los ojos de Marcus se entretuvieron en la curva de sus hombros. Al ver que ella no respondía, cerró la caja, se metió las miniaturas debajo del brazo y se retiró.

—Me gustaría invitarte a cenar —dijo el joven gentilmente, al parecer sin darse cuenta de las claras señales de desinterés de Phoebe—. Podríamos celebrar la buena fortuna de los Taverner, además de la considerable comisión que compartirás con Sylvia.

¿Con Sylvia? ¿Compartir una comisión? Phoebe abrió la boca, incrédula. Las probabilidades de que su jefa hiciera algo así eran menos que nulas. La expresión de Marcus se ensombreció.

—Era una de las condiciones del trato. Mi abuela no permitiría que fuera de otra manera —dijo con voz ronca—. ¿Cenamos?

—No salgo con desconocidos después del anochecer.

—Entonces te invitaré a cenar mañana, después de haber comido juntos. Cuando hayas pasado dos horas en mi compañía, dejaré de ser un «desconocido».

—Claro que seguirás siéndolo —murmuró Phoebe—. Y no salgo a comer. Como en mi puesto de trabajo —replicó antes de apartar la vista, confusa. ¿Había dicho en alto la primera parte?

—Te recogeré a la una —dijo Marcus, sonriendo más abiertamente. A Phoebe le dio un vuelco el corazón. *Sí* lo había dicho en voz alta—. Y no te preocupes, no iremos lejos.

—¿Por qué no? —replicó. ¿Creía que le tenía miedo o que no podía seguirle el ritmo andando? Dios, odiaba ser bajita.

—Solo quería que supieras que podías volver a ponerte esos zapatos sin temor a romperte el cuello —dijo Marcus inocentemente. Sus ojos recorrieron lentamente los dedos de los pies de Phoebe, los tacones negros de piel, se entretuvieron en sus tobillos y luego treparon por la curva de la pantorrilla—. Me gustan.

¿Quién se creía que era aquel hombre? Se estaba comportando como un vividor del siglo XVIII. Phoebe caminó con decisión hacia la puerta y sus tacones emitieron unos agudos y satisfactorios taconazos. Pulsó el botón para retirar el cerrojo y abrió la puerta. Marcus emitió un sonido de admiración, mientras caminaba apresuradamente hacia ella.

—No debería ser tan descarado. A mi abuela le sienta tan mal como que le echen por tierra un trato en los negocios. Pero esta es la cuestión, Phoebe —dijo Whitmore, antes de poner la boca a unos centímetros de su oreja. Luego bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Al contrario que a los hombres que te han llevado a cenar y tal vez te hayan acompañado después a casa para ver si conseguían algo más, a mí tu corrección y tus buenos modales no me asustan. Más bien todo lo contrario. Y no puedo evitar imaginar cómo serás cuando todo ese gélido autodomínio se funda.

Phoebe se quedó boquiabierta.

Marcus le tomó la mano y presionó los labios contra su piel mientras la miraba a los ojos.

—Hasta mañana. Y asegúrate de cerrar bien la puerta cuando me vaya. Ya te has metido en suficientes líos.

El doctor Whitmore caminó marcha atrás para salir de la sala, esbozó otra radiante sonrisa y se alejó silbando hasta que se perdió de vista.

A Phoebe le temblaba la mano. Aquel hombre —aquel hombre extraño que ignoraba el protocolo adecuado y que tenía unos asombrosos ojos azules— la había besado. En su lugar de trabajo. Sin su permiso.

Y ella no lo había abofeteado, que era lo que a las hijas de diplomáticos bien educadas les enseñaban a hacer como último recurso contra avances indeseados, tanto en su casa como fuera de ella.

Pues claro que se había metido en un lío.

Capítulo 21

HE actuado correctamente al llamaros, Goody Alsop? —preguntó Susanna, mientras se retorció las manos en el mandil y me miraba ansiosa—. A punto he estado de mandarla a casa —dijo en voz baja—. Si hubiera...

—Sin embargo no lo has hecho, Susanna.

Goody Alsop era tan vieja y delgada que tenía la piel pegada a los huesos de las manos y de las muñecas. La voz de la bruja era inusualmente sonora para alguien tan frágil, sin embargo, y sus ojos brillaban de inteligencia. Tal vez la mujer fuera octogenaria, pero nadie osaría llamarla endeble.

Ahora que Goody Alsop había llegado, la habitación principal de la vivienda de los Norman estaba llena a rebosar. Con cierta renuencia, Susanna permitió a Matthew y a Pierre entrar y quedarse al lado de la puerta, siempre y cuando no tocaran nada. Jeffrey y John dividían su atención entre los vampiros y el pollito, ya acomodado sin peligro en la gorra de este último, que le hacía las veces de nido, al lado del fuego. Sus plumas estaban empezando a esponjarse gracias al aire caliente y, afortunadamente, había dejado de piar. Me senté en un taburete cerca del fuego al lado de Goody Alsop, que ocupaba la única silla de la habitación.

—Deja que te vea, Diana —le pidió la anciana. Cuando Goody Alsop extendió los dedos hacia mi rostro, como habían hecho la viuda Beaton y Champier, me estremecí. La bruja se detuvo y frunció el ceño—. ¿Qué ocurre, niña?

—Un brujo en Francia intentó leerme la piel. Fue como si me clavaran cuchillos —expliqué en un susurro.

—No será del todo agradable ¿Qué examen lo es?, pero no debería dolerte.

Sus dedos exploraron mis rasgos. Tenía las manos frías y secas, y las venas le sobresalían sobre la piel moteada y reptaban sobre articulaciones combadas. Noté una ligera sensación de sondeo, pero no fue nada comparada con el dolor que había experimentado a manos de Champier.

—Ah —resolló cuando llegó a la suave piel de la frente.

Mi ojo de bruja, que se había sumido en su típica y frustrante inactividad en cuanto Susanna y Annie me encontraron con el pollito, se abrió de par en par. Goody Alsop era una bruja de las que merecía la pena conocer.

Al mirar al tercer ojo de Goody Alsop, me precipité a un mundo de color. Por mucho que lo intenté, los hilos brillantemente entretejidos se opusieron a transformarse en algo reconocible, aunque volví a sentir la tentadora perspectiva de que podían servir de algo. El tacto de Goody Alsop me hacía cosquillas mientras exploraba mi mente y mi cuerpo con su segunda visión, y una energía anaranjada con toques púrpura latía a su alrededor. Según mi limitada experiencia, nunca nadie había presentado aquella particular combinación de colores. La anciana chascó la lengua aquí y allá, y emitió uno o dos sonidos de aprobación.

—Esa es una rara, ¿no? —susurró Jeffrey, atisbando por encima del hombro de Goody Alsop.

—¡Jeffrey! —gritó Susanna sofocadamente, avergonzada por el comportamiento de su hijo—. Señora Roydon, si no te importa.

—Muy bien. La señora Roydon es una rara —dijo Jeffrey, impenitente. Luego se

llevó las manos a las rodillas y se inclinó para acercarse más.

—¿Qué ves, joven Jeffrey? —preguntó Goody Alsop.

—Ella, la señora Roydon, tiene todos los colores del arcoíris. Su ojo de bruja es azul, aunque el resto de su ser es verde y plateado, como la diosa. ¿Y por qué hay un montón de rojo y negro ahí? —preguntó Jeffrey, señalando mi frente.

—Es la marca de un *wearh* —dijo Goody Alsop, acariciándola con los dedos—. Nos dice que pertenece a la familia del señor Roydon. Cuando veas eso, Jeffrey, algo bastante poco común, debes tomártelo como una advertencia. Al *wearh* que la ha hecho no le complacerá en absoluto que toques al sangre caliente que ha reclamado.

—¿Duele? —preguntó el niño.

—¡Jeffrey! —volvió a gritar Susanna—. Sabes perfectamente que no debes importunar a Goody Alsop con preguntas.

—Nos enfrentamos a un futuro oscuro si los niños dejan de hacer preguntas, Susanna —observó Goody Alsop.

—La sangre de *wearh* puede curar, pero no hace daño —le dije al niño antes de que Goody Alsop pudiera responder. No había necesidad de que otro brujo creciera temiendo lo que no entendía. Volví la vista hacia Matthew, cuyo reclamo de mi ser iba mucho más allá del juramento de sangre de su padre. Matthew estaba dispuesto a permitir que el examen de Goody Alsop continuara —por el momento—, pero sus ojos no dejaban de observar a la mujer. Esbocé una sonrisa y su boca se tensó una fracción de segundo, a modo de respuesta.

—Oh. —Jeffrey parecía ligeramente interesado en ese dato—. ¿Podéis hacer el *glaem* otra vez, señora Roydon?

Para su disgusto, los niños se habían perdido dicha manifestación de energía mágica.

Goody Alsop posó un nudoso dedo en la hendidura que tenía Jeffrey sobre el labio, silenciando eficazmente al niño.

—Ahora tengo que hablar con Annie. Cuando acabemos, el sirviente del señor Roydon os llevará a los tres hasta el río. Cuando regreséis, podréis preguntarme todo lo que queráis.

Matthew inclinó la cabeza hacia la puerta y Pierre reunió a sus dos jóvenes cargas y, tras dirigir una cautelosa mirada a la anciana, se los llevó abajo para esperar. Al igual que Jeffrey, Pierre necesitaba superar el miedo que le daban las otras criaturas.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Goody Alsop, girando la cabeza.

Annie se adelantó sigilosamente.

—Aquí, Goody.

—Di la verdad, Annie —dijo Goody Alsop en tono firme—. ¿Qué le has prometido a Andrew Hubbard?

—Na... nada —tartamudeó Annie, volviendo la vista hacia mis ojos.

—No mientas, Annie. Es pecado —la reprendió Goody Alsop—. Confiesa.

—Tengo que avisarlo si el señor Roydon planea dejar Londres otra vez. Y el padre Hubbard manda a uno de sus hombres cuando la señora y el señor están todavía en la cama para preguntarme qué pasa en la casa.

Las palabras de Annie salieron atropelladamente. Cuando acabó, se tapó la boca con las manos como si no pudiera creer que hubiera revelado tanta información.

—Debemos acatar al pie de la letra el acuerdo de Annie con Hubbard, si no su espíritu —declaró Goody Alsop, antes de quedarse pensando unos instantes—. Si la señora

Roydon deja la ciudad por cualquier razón, Annie me avisará a mí primero. Espera una hora antes de hacérselo saber a Hubbard, Annie. Y, si le cuentas una palabra a alguien de lo que pasa aquí, te lanzaré un conjuro de amarre en la lengua que ni treinta brujas serán capaces de romper. —Annie se sintió aterrorizada con solo pensarlo, y con razón—. Vete y reúnete con los chicos, pero abre todas las puertas y ventanas antes de marchar. Os mandaré llamar cuando sea el momento de regresar.

La expresión de Annie mientras abría las contraventanas y las puertas rebosaba arrepentimiento y temor, y asentí para darle fuerzas. La pobre niña no estaba en posición de enfrentarse a Hubbard y había hecho lo que tenía que hacer para sobrevivir. Miró aterrorizada una vez más a Matthew, que actuaba con clara frialdad hacia ella, y se fue.

Por fin, con la casa en silencio y las corrientes de aire arremolinándose alrededor de mis tobillos y mis hombros, Matthew habló. Aún seguía apoyado contra la puerta y su vestimenta negra absorbía la poca luz que había en la sala.

—¿Podéis ayudarnos, Goody Alsop?

Su tono cortés no recordaba en absoluto al despótico tratamiento que le había dado a la viuda Beaton.

—Eso creo, señor Roydon —respondió Goody Alsop.

—Por favor, acomodaos —le rogó Susanna a Matthew mientras le señalaba un taburete próximo. Lamentablemente, no era muy probable que un hombre del tamaño de Matthew se sintiera a gusto en un taburete de tres patas, pero mi marido se sentó a horcajadas sobre él sin reproche alguno—. Mi esposo está durmiendo en el cuarto contiguo. No debe escuchar al *wearh* sin querer, ni tampoco nuestra conversación.

Goody Alsop se llevó los dedos al trapo de lana gris y lino color perla que le cubría el cuello y los alejó, llevándose algo insustancial con ellos. La bruja extendió la mano y giró la muñeca para liberar una borrosa figura en la habitación. La réplica exacta de ella se alejó andando y entró en la habitación de Susanna.

—¿Qué era eso? —pregunté, sin atreverme apenas a respirar.

—Mi espectro. Vigilará al señor Norman y se asegurará de que no nos importunen —explicó. Los labios de Goody Alsop se movieron y las corrientes de aire cesaron—. Ahora que las puertas y las ventanas están selladas, tampoco ninguna otra persona podrá escucharnos a hurtadillas. Puedes descansar tranquila con respecto a eso, Susanna.

Aquellos eran dos hechizos que podían resultar de utilidad en el hogar de un espía. Abrí la boca para preguntarle a Goody Alsop cómo los había ejecutado, pero, antes de que pudiera mediar palabra, ella levantó la mano y se echó a reír.

—Eres muy curiosa, para ser una mujer adulta. Me temo que pondrás a prueba la paciencia de Susanna aún más de lo que lo hace Jeffrey —replicó la anciana. Luego se recostó y me miró con expresión complacida—. Llevo mucho tiempo esperándote, Diana.

—¿A mí? —pregunté, incrédula.

—Sin duda alguna. Muchos años han pasado desde que los primeros augurios vaticinaron tu llegada y con el paso del tiempo algunos de nosotros perdimos la esperanza. Pero cuando nuestras hermanas nos hablaron de los presagios del norte, supe que debía esperarte.

Goody Alsop se refería a Berwick y a los extraños sucesos de Escocia. Me incliné hacia delante en mi asiento, dispuesta a hacerle más preguntas, pero Matthew sacudió la cabeza imperceptiblemente. Todavía no estaba seguro de que se pudiera confiar en la bruja. Goody Alsop vio la silenciosa demanda de mi esposo y se echó a reír de nuevo.

—Así que yo tenía razón, entonces —dijo Susanna, aliviada.

—Sí, niña. Efectivamente, Diana es una tejedora.

Las palabras de Goody Alsop reverberaron en la habitación, potentes como cualquier hechizo.

—¿Qué es eso? —susurré.

—Hay muchas cosas que no entendemos sobre nuestra presente situación, Goody Alsop —comentó Matthew, tomándome de la mano—. Tal vez deberíais tratarnos a ambos como a Jeffrey y explicárnoslas como lo haríais con un niño.

—Diana es una hacedora de hechizos —dijo Goody Alsop—. Nosotras, las tejedoras, somos criaturas poco comunes. Esa es la razón por la que la diosa te ha enviado a mí.

—No, Goody Alsop. Estáis equivocada —protesté, sacudiendo la cabeza—. Soy atroz con los hechizos. Mi tía Sarah tiene una gran habilidad, pero ni siquiera ha logrado enseñarme el arte de la brujería.

—Naturalmente que no puedes realizar los hechizos de otras brujas. Debes concebir los tuyos propios.

La revelación de Goody Alsop iba en contra de todo lo que me habían enseñado. La observé, asombrada.

—Las brujas aprendemos hechizos. No los inventamos.

Los hechizos pasaban de generación en generación, dentro de las familias y entre los miembros del aquelarre. Guardábamos celosamente dichos conocimientos, grabábamos las palabras y los procedimientos en grimorios junto con los nombres de los brujos que dominaban los conjuros adjuntos. Los más experimentados entrenaban a los miembros más jóvenes del aquelarre para que siguieran sus pasos, prestando atención a los matices de cada hechizo y la experiencia que cada brujo había tenido con él.

—Los tejedores los hacen —replicó Goody Alsop.

—Nunca he oído hablar de los tejedores —dijo Matthew, con cautela.

—Pocos lo han hecho. Somos un secreto, señor Roydon, un secreto que pocos brujos descubren, mucho menos a los *wearhs*. Vos estáis familiarizado con los secretos y con cómo guardarlos, tengo entendido.

Los ojos de la anciana brillaron, traviosos.

—He vivido muchos años, Goody Alsop. Me resulta difícil creer que las brujas hayan podido ocultar a otras criaturas la existencia de tejedores todo este tiempo —alegó Matthew, frunciendo el ceño—. ¿Es este otro de los juegos de Hubbard?

—Soy demasiado vieja para los juegos, *monsieur* De Clermont. Desde luego que sé quién sois realmente y la posición que ocupáis en nuestro mundo —dijo Goody Alsop cuando el vampiro la miró sorprendido—. Tal vez no podéis ocultarles la verdad a los brujos tan bien como creéis.

—Tal vez no —ronroneó Matthew en señal de alarma. Su voz ronca divirtió aún más a la anciana.

—Puede que ese truco intimide a niños como Jeffrey y John, y a daimones tocados por la luna como vuestro amigo Christopher, pero a mí no me amilana —dijo con voz súbitamente seria—. Los tejedores se ocultan porque una vez fuimos perseguidos y asesinados, como los caballeros de vuestro padre. No todos aprueban nuestro poder. Como bien sabéis, puede ser más sencillo sobrevivir cuando los enemigos piensan que ya estáis muerto.

—Pero ¿quién haría tal cosa y por qué?

Esperaba que aquella pregunta no nos hiciera remontarnos a la vieja enemistad entre

vampiros y brujos.

—No eran los *wearhs* ni los daimones los que nos daban caza, sino otros brujos —declaró Goody Alsop tranquilamente—. Nos temen porque somos diferentes. El miedo engendra desprecio y luego odio. Es una historia familiar. Hubo una época en que los brujos destruían a familias enteras, no fuera que los bebés se convirtieran también en tejedores al crecer. Los pocos tejedores que sobrevivieron enviaron a sus propios vástagos a escondrijos. El amor de los padres por sus hijos es muy fuerte, como pronto descubriréis ambos.

—Sabéis lo del bebé —dije, mientras ponía las manos de forma protectora sobre el vientre.

—Sí. —Goody Alsop asintió con gravedad—. Ya estás llevando a cabo un poderoso tejido, Diana. No serás capaz de ocultárselo a otros brujos durante mucho más tiempo.

—¿Un hijo? —exclamó Susanna, abriendo los ojos como platos—. ¿Concebido entre una bruja y un *wearh*?

—No es una bruja cualquiera. Solo los tejedores pueden realizar ese tipo de magia. Hay una razón por la que la diosa te ha elegido para esta tarea, Susanna, al igual que hay una razón por la que me ha convocado a mí. Tú eres partera y tus habilidades serán necesarias en los días venideros.

—No poseo experiencia alguna que pueda ayudar a la señora Roydon —replicó Susanna.

—Llevas años asistiendo a mujeres en el parto —observó Goody Alsop.

—¡A mujeres de sangre caliente, Goody, con bebés de sangre caliente! —exclamó Susanna, indignada—. No a criaturas como...

—Los *wearhs* tienen brazos y piernas, como el resto de nosotros —la interrumpió Goody Alsop—. No creo que este niño sea en absoluto diferente.

—El hecho de que tenga diez dedos en las manos y diez dedos en los pies no significa que tenga alma —dijo Susanna, observando a Matthew con recelo.

—Me sorprendes, Susanna. El alma del señor Roydon se me presenta tan clara como la tuya propia. ¿Has estado escuchando de nuevo a tu marido y su palabrería sobre la presencia del demonio en los *wearhs* y en los daimones?

La boca de Susanna se tensó.

—¿Y qué si lo he hecho, Goody?

—Entonces eres una necia. Las brujas ven la verdad con claridad, aunque sus maridos no digan más que tonterías.

—No es una cuestión tan sencilla como vos hacéis que parezca —murmuró Susanna.

—Ni tiene por qué ser tan difícil. La tan ansiada tejedora se encuentra entre nosotros y debemos hacer planes.

—Gracias, Goody Alsop —dijo Matthew. Se sentía aliviado porque, al fin, alguien estaba de acuerdo con él—. Tenéis razón. Diana debe aprender lo que necesita saber rápidamente. No puede tener al niño aquí.

—Eso no es únicamente decisión vuestra, señor Roydon. Si el niño ha de nacer en Londres, entonces ahí será donde nazca.

—Diana no es de aquí. De Londres —añadió al momento.

—Dios nos bendiga, eso está más que claro. Pero como es una hilandera de tiempo, simplemente trasladarla a otro lugar no servirá de ayuda. Diana no descollará menos en Canterbury o York.

—Así pues, conocéis otro de nuestros secretos. —Matthew le dedicó una fría mirada a la mujer—. Dado que sabéis tantas cosas, debéis de haber adivinado también que Diana no regresará a su propia época sola. El niño y yo iremos con ella. Le enseñaréis lo que necesita con el fin de hacerlo.

Matthew estaba asumiendo el mando, lo que significaba que las cosas estaban a punto de tomar el rumbo habitual para peor.

—La educación de vuestra esposa es ahora asunto mío, señor Roydon..., a menos que consideréis que sabéis más sobre lo que significa ser una tejedora que yo —dijo Goody Alsop, gentilmente.

—Es consciente de que es un asunto de brujas —le aseguré a Goody Alsop, mientras posaba una mano restrictiva sobre el brazo de mi marido—. Matthew no interferirá.

—Todo lo que concierne a mi esposa es cosa mía, Goody Alsop —dijo Matthew. Acto seguido, se volvió hacia mí—. Y esto no es solamente un asunto de brujas. No si las brujas que están aquí podrían volverse contra mi pareja y mi hijo.

—Conque fue una bruja y no un *wearh* quien te hizo daño —dijo en voz baja Goody Alsop—. Sentí el dolor y sabía que había una bruja involucrada, pero esperaba que fuera porque la bruja estaba sanando los daños que te causaron, no infligiéndolos. ¿En qué se ha convertido el mundo, cuando una bruja le hace algo así a otra?

Matthew centró su atención en Goody Alsop.

—Tal vez la bruja también se percató de que Diana era una tejedora.

No se me había ocurrido que Satu podría saberlo. A juzgar por lo que Goody Alsop me había contado sobre la actitud de mis colegas brujos hacia los tejedores, la idea de que Peter Knox y sus compinches de la Congregación pudieran sospechar que yo albergaba semejante secreto hizo que mi flujo sanguíneo se acelerara. Matthew buscó mi mano y la estrechó entre las dos suyas.

—Es posible, pero no lo podemos saber a ciencia cierta —nos dijo Goody Alsop con pesar—. No obstante, debemos hacer lo que podamos durante el tiempo que la diosa convenga para preparar a Diana para el futuro.

—Un momento —dije, dando una palmada sobre la mesa. El anillo de Ysabeau resonó sobre la dura madera—. Habláis todos como si el asunto de los tejedores tuviera sentido. Pero yo ni siquiera soy capaz de encender una vela. Tengo talentos mágicos. Llevo viento, agua e incluso fuego en la sangre.

—Si puedo ver el alma de tu marido, Diana, no te sorprenderá que también haya visto tu poder. Pero no eres una bruja de fuego ni de las aguas, da igual lo que tú creas. No puedes dominar dichos elementos. Si fueras lo suficientemente necia como para intentarlo, serías destruida.

—Pero casi me ahogo en mis propias lágrimas —dije porfiadamente—. Y para salvar a Matthew maté a un *wearh* con una flecha de fuego mágico. Mi tía reconoció el olor.

—Una bruja de fuego no precisa flechas. El fuego sale de ella y alcanza su objetivo en un instante. —Goody Alsop sacudió la cabeza—. Eso no eran más que simples tejidos, mi niña, creados a partir de la pena y el amor. La diosa te ha dado su bendición para que tomes prestados los poderes que necesites, pero no para dominar ninguno de ellos absolutamente.

—Tomarlos prestados —dije, y recordé los frustrantes sucesos de los pasados meses y los destellos de la magia que nunca se comportaba como se suponía que debía hacerlo—. Entonces esa es la razón por la cual mis habilidades vienen y van. En realidad nunca han

sido más.

—Ninguna bruja podría albergar tanto poder en su ser sin alterar el equilibrio de los mundos. Una tejedora elige cuidadosamente entre la magia que la rodea y la usa para dar forma a algo nuevo.

—Pero deben de existir ya miles de hechizos... Por no mencionar los encantamientos y las pociones. Nada de lo que haga puede ser original.

Me pasé las manos por la frente y noté la frialdad del punto en el que Philippe había hecho el juramento de sangre.

—Todos los hechizos proceden de algo, Diana: de un momento de necesidad, de un anhelo, de un desafío que no podría ser encarado de ninguna otra manera. Y también de alguien.

—El primer brujo —susurré. Algunas criaturas creían que el Ashmole 782 era el primer grimorio, un libro que contenía los encantamientos y conjuros originales concebidos por nuestra gente. Allí estaba: otra conexión entre el misterioso manuscrito y yo. Miré a Matthew.

—El primer tejedor —corrigió Goody Alsop con benevolencia—, y los que vinieron después. Los tejedores no son simplemente brujos, Diana. Susanna es una gran bruja, con más conocimientos sobre la magia de la tierra y sus tradiciones populares que cualquiera de sus hermanas de Londres. Muchos son los dones que posee y, sin embargo, no puede tejer un nuevo hechizo. Tú sí.

—Si ni siquiera se me ocurre por dónde empezar —dije.

—Pues has incubado a ese pollo —dijo Goody Alsop, señalando la adormilada bola de plumón amarillo.

—¡Pero estaba intentando cascar un huevo! —protesté. Ahora que entendía lo de la puntería, me daba cuenta de que era un problema. Mi magia, al igual que mis flechas, no habían dado en el blanco.

—Es obvio que no. Si simplemente estuvieras tratando de romper un huevo, estaríamos disfrutando de las excelentes natillas de Susanna. Tenías algo más en mente.

El pollito estaba de acuerdo con ella y lo demostró piando alto y claro.

Tenía razón. Lo cierto era que tenía otras cosas en mente: a nuestro hijo, si podríamos criarlo de forma adecuada, cómo lo mantendríamos a salvo...

Goody Alsop asintió.

—Eso creía.

—No pronuncié palabra alguna, no llevé a cabo ningún ritual, no me inventé nada —le aseguré. Me estaba aferrando a lo que Sarah me había enseñado sobre el arte—. Únicamente me hice algunas preguntas. Y ni siquiera eran particularmente buenas.

—La magia empieza con el deseo. Las palabras vienen mucho, mucho más tarde —le explicó Goody Alsop—. Incluso entonces, un tejedor no siempre puede reducir un hechizo a unas cuantas líneas para que lo use otro brujo. Algunos tejidos se resisten, por mucho que lo intentemos. Son solo para nuestro uso propio. Por eso nos temen.

—«Empieza con la ausencia y el deseo»—murmuré. El pasado y el presente volvieron a colisionar mientras yo repetía la primera línea del verso que acompañaba la única página del Ashmole 782 que alguien les había enviado una vez a mis padres. En esta ocasión, cuando las esquinas se encendieron e iluminaron las motas de polvo en tonos azules y dorados, no aparté la mirada. Y Goody Alsop tampoco. Los ojos de Matthew y de Susanna siguieron a los nuestros, pero ninguno de ellos vio nada fuera de lo normal.

—Exactamente. Mira allí, cómo el tiempo siente tu ausencia y quiere que vuelvas a

tejerle en tu antigua vida —señaló la anciana dando una palmada como si le hubiera hecho un dibujo a crayón especialmente bueno de una casa y tuviera pensado exponerlo en la puerta de la nevera—. Por supuesto, el tiempo todavía no está preparado para ti. Si lo estuviera, el azul tendría que ser mucho más intenso.

—Hacéis que suene como si fuera posible combinar la magia y los hechizos, pero son dos cosas diferentes —dije, todavía confusa—. La hechicería usa conjuros y la magia es un poder heredado sobre un elemento, como el aire o el fuego.

—¿Quién te ha enseñado tal disparate? —preguntó Goody Alsop resoplando, mientras Susanna ponía cara de horror—. La magia y la hechicería no son más que dos senderos que se cruzan en el bosque. Una tejedora es capaz de permanecer en la encrucijada con un pie situado en cada camino. Puede ocupar el lugar que hay entre ambos, donde se encuentran los mayores poderes.

El tiempo reprochó tal revelación con un agudo grito.

—«Un niño en medio, una bruja rechazada»—murmuré, fascinada. El fantasma de Bridget Bishop me había advertido de los peligros relacionados con tan vulnerable posición—. Antes de que viniéramos aquí, el fantasma de uno de mis ancestros, Bridget Bishop, me dijo que ese era mi destino. Debía de saber que era una tejedora.

—Al igual que tus padres —dijo Goody Alsop—. Puedo ver las últimas hebras de su amarre. Tu padre también era tejedor. Él sabía que seguirías su camino.

—¿Su padre? —preguntó Matthew.

—Raras veces hay tejedores varones, Goody Alsop —le advirtió Susanna.

—El padre de Diana era un tejedor de gran talento, pero sin entrenamiento. Su hechizo estaba más engastado que tejido como es debido. Con todo, lo hizo con amor y cumplió su propósito durante un tiempo, de manera semejante a la cadena que te ata a tu *wearh*, Diana.

La cadena era mi arma secreta y me proporcionaba la reconfortante sensación de que estaba anclada a Matthew en mis momentos más oscuros.

—Bridget me dijo algo más esa misma noche: «No hay camino futuro donde no esté él». Debía de conocer la existencia de Matthew, también —confesé.

—Nunca me has hablado de esa conversación, *mon coeur* —dijo Matthew más en tono de curiosidad que de enfado.

—Las encrucijadas, los caminos y las profecías vagas no me parecieron importantes en aquel momento. Y, con todo lo que sucedió después, lo olvidé. —Miré a Goody Alsop—. Además, ¿cómo iba a estar haciendo hechizos sin saberlo?

—Los tejedores están rodeados de misterio —me dijo Goody Alsop—. No disponemos de tiempo para buscar respuesta a todas tus preguntas ahora, sino que debemos centrarnos en enseñarte a manejar la magia mientras esta fluye por tu interior.

—Mis poderes se han comportado mal —admití, pensando en el membrillo reseco y en los zapatos arruinados de Mary—. Nunca sé qué es lo siguiente que sucederá.

—Eso no es inusual para un tejedor que entra por primera vez en contacto con su poder. Pero tu brillo puede verse y sentirse, incluso los humanos pueden hacerlo. —Goody Alsop se recostó en la silla y me examinó—. Si los brujos ven tu *glaem* como lo hizo la joven Annie, podrían usar el conocimiento para sus propios fines. No permitiremos que tú o el niño caigáis en manos de Hubbard. Confío en que vos podáis ocuparos de la Congregación —dijo, mirando a Matthew. Goody Alsop interpretó el silencio de Matthew como un sí.

—Muy bien, entonces. Ven a verme los lunes y los jueves, Diana. La señora

Norman se reunirá contigo los martes. Mandaré llamar a Marjorie Cooper los miércoles y a Elizabeth Jackson y Catherine Streeter los viernes. Diana necesitará su ayuda para reconciliar el fuego y el agua que lleva en la sangre o nunca producirá más que vapor.

—Tal vez no sea sensato hacer partícipes a todas esas brujas de este secreto en particular, Goody —dijo Matthew.

—El señor Roydon tiene razón. Ya hay demasiados cuchicheos sobre la bruja. John Chandler ha estado pregonando noticias de ella para congraciarse con el padre Hubbard. Sin duda, nosotras podremos enseñarle —dijo Susanna.

—¿Y cuándo te convertirás en una bruja de fuego? —replicó Goody Alsop—. La sangre del niño está llena de llamas. Mis talentos están dominados por el viento mágico y el tuyo está anclado al poder de la tierra. No somos adecuadas para dicha tarea.

—Nuestra congregación suscitará demasiado interés si seguimos adelante con vuestro plan. No somos más de trece brujas y, aun así, proponéis que cinco de nosotras nos involucremos en este asunto. Dejad que alguna otra congregación se haga cargo del problema de la señora Roydon: la de Moorgate, tal vez, o la de Aldgate.

—La congregación de Aldgate ha crecido demasiado, Susanna. No es capaz de gobernar sus propios asuntos, mucho menos hacerse cargo de la educación de una tejedora. Además, está demasiado lejos para trasladarme y el aire nocivo de la cloaca de la ciudad empeora mi reumatismo. La instruiremos en esta parroquia, como pretendía la diosa.

—No puedo... —empezó a decir Susanna.

—Soy mayor que tú, Susanna. Si deseas protestar más, tendrás que procurar una resolución del Rede.

El aire se hizo más denso y se volvió incómodo.

—Muy bien, Goody. Enviaré mi solicitud a Queenhithe.

Susanna parecía asombrada por su propia declaración.

—¿Quién es Queen Hithe? —le pregunté a Matthew, en voz baja.

—Queenhithe es un lugar, no una persona —murmuró—. Pero ¿qué es eso de la red?

—No tengo ni idea —confesé.

—Dejad de cuchichear —dijo Goody Alsop, mientras sacudía la cabeza con enfado—. Con el conjuro en las ventanas y en las puertas, vuestro murmullo levanta el aire y me hace daño en los oídos.

Cuando el aire se calmó, Goody Alsop continuó.

—Susanna ha desafiado mi autoridad en este asunto. Dado que soy la líder de la congregación de Garlickhythe, y también la más anciana del distrito de Vintry, la señora Norman debe presentar su caso a los ancianos del resto de los distritos de Londres. Ellos decidirán cuál será el procedimiento que debemos seguir, como hacen siempre que hay desacuerdos entre brujos. Somos veintiséis ancianos y se nos conoce como el Rede.

—¿Así que solo se trata de política? —dije.

—De política y de prudencia. Sin una manera de solucionar nuestras disputas, el padre Hubbard metería sus dedos de *wearh* en muchos más de nuestros asuntos —dijo Goody Alsop—. Sin ánimo de ofender, señor Roydon.

—No me habéis ofendido, Goody Alsop. Pero, si lleváis esta cuestión ante vuestros ancianos, la identidad de Diana se conocerá en todo Londres. —explicó Matthew, levantándose—. No puedo permitirlo.

—Todas y cada una de las brujas de la ciudad han oído hablar de vuestra esposa. Aquí las noticias viajan con rapidez, no en poca medida gracias a vuestro amigo

Christopher Marlowe —manifestó Goody Alsop, estirando el cuello para mirarlo a los ojos—. Sentaos, señor Roydon. Mis viejos huesos ya no se doblan así.

Para mi sorpresa, Matthew se sentó.

—Las brujas de Londres todavía no saben que eres una tejedora, Diana, eso es lo importante —continuó Goody Alsop—. Habrá que informar al Rede, desde luego. Cuando otras brujas se enteren de que los ancianos han solicitado tu presencia, darán por hecho que están censurando tu relación con el señor Roydon o que te están amarrando de algún modo para evitar que él tenga acceso a tu sangre y tu poder.

—Decidan lo que decidan, ¿seguiréis siendo mi maestra?

Estaba acostumbrada a ser el blanco del desprecio de otras brujas y no se me ocurriría esperar que las de Londres aprobaran mi relación con Matthew. Poco me importaba que Marjorie Cooper, Elizabeth Jackson y Catherine Streeter (fueran quienes fueran) participaran en el régimen educativo de Goody Alsop. Pero Goody Alsop era diferente. Era una bruja cuya amistad y ayuda deseaba obtener.

—Yo soy la última de nuestra especie en Londres y una de las tres tejedoras conocidas de esta parte del mundo. La tejedora escocesa Agnes Sampson está en prisión en Edimburgo. Hace años que nadie ha visto u oído hablar de la tejedora irlandesa. El Rede no tiene más elección que permitir que te guíe —me aseguró Goody Alsop.

—¿Cuándo se reunirán los brujos? —pregunté.

—Lo antes posible —prometió Goody Alsop.

—Estaremos preparados —le aseguró Matthew.

—Hay algunas cosas que vuestra esposa debe hacer por sí misma, señor Roydon. Gestar el bebé y ver al Rede son dos de ellas —replicó Goody Alsop—. La confianza no es el punto fuerte de los *wearhs*, lo sé, pero deberíais hacer un esfuerzo, por su bien.

—Confío en mi esposa. Habéis sentido lo que las brujas le han hecho, así pues, no os sorprenderá que no confíe en dejarla con nadie de vuestra especie —dijo Matthew.

—Debéis intentarlo —repitió Goody Alsop—. No podéis ofender al Rede. Si lo hacéis, Hubbard tendrá que intervenir. El Rede no sufrirá ese insulto adicional e insistirá en que se involucre la Congregación. El resto de nuestros desacuerdos no tienen importancia, nadie en esta habitación quiere que la Congregación centre su atención en Londres, señor Roydon.

Matthew estudió a Goody Alsop. Finalmente, asintió.

—Muy bien, Goody.

Era una tejedora.

Y pronto sería madre.

«Un niño en medio, una bruja rechazada», susurró la fantasmagórica voz de Bridget Bishop.

La inspiración profunda de Matthew me dijo que había detectado algún cambio en mi olor.

—Diana está cansada y necesita irse a casa.

—No está cansada, sino asustada. Ese tiempo ha pasado, Diana. Debes enfrentarte a quien realmente eres —dijo Goody Alsop con cierto pesar.

Pero mi ansiedad continuó aumentando incluso después de encontrarnos de vuelta sanos y salvos en El Venado y la Corona. Una vez allí, Matthew se quitó la chaqueta guateada. La envolvió alrededor de mis hombros, intentando resguardarme del gélido aire. El tejido conservaba su olor a clavo y canela, junto con un toque de humo de la chimenea de Susanna y del aire húmedo de Londres.

—Soy una tejedora. —Tal vez si continuaba diciéndolo, aquel hecho comenzaría a tener sentido—. Pero no sé qué significa eso ni sé ya quién soy.

—Eres Diana Bishop, historiadora y bruja —me recordó, sujetándome por los hombros—. Da igual lo que hayas sido antes o puedas llegar a ser algún día, esa eres tú. Y tú eres mi vida.

—Tu esposa —lo corregí.

—Mi vida —repitió—. No eres solo mi corazón, sino su latido. Antes no era más que una sombra, como el espectro de Goody Alsop.

Su acento se hizo más fuerte y su voz más ronca debido a la emoción.

—Debería sentirme aliviada por conocer por fin la verdad —dije con los dientes castañeteando, mientras trepaba a la cama. Era como si el frío hubiera echado raíces en el tuétano de mis huesos—. Toda la vida preguntándome por qué era diferente. Ahora lo sé, pero no sirve de nada.

—Un día lo hará —prometió Matthew, uniéndose a mí bajo la colcha. Dobló los brazos alrededor de mí. Entrelazamos las piernas como las raíces de un árbol, aferrándonos el uno al otro en busca de apoyo mientras acercábamos más nuestros cuerpos. Muy dentro de mí, la cadena que de alguna manera había forjado a partir del amor y del anhelo de alguien que todavía tenía que conocer se dobló entre nosotros y se volvió fluida. Era gruesa e irrompible, y estaba llena de una savia dadora de vida que fluía de forma continua de la bruja al vampiro, para volver de nuevo a la bruja. Pronto dejé de considerarme mediocre, para sentirme dichosa y completamente centrada. Respiré hondo una vez y luego otra. Cuando intenté apartarme, Matthew me lo impidió.

—Todavía no estoy preparado para dejarte ir —dijo, tirando de mí hacia él.

—Seguro que tienes trabajo que hacer: para la Congregación, para Philip, para Isabel... Estoy bien, Matthew —insistí, aunque deseaba quedarme justo donde estaba el mayor tiempo posible.

—La medida del tiempo para los vampiros es diferente que para los sangre caliente —dijo él, todavía incapaz de soltarme.

—¿Cuánto dura un minuto para un vampiro, entonces? —pregunté, hundiendo la nariz bajo su barbilla.

—Es difícil de decir —murmuró Matthew—. Un período de tiempo entre un minuto ordinario y una eternidad.

Capítulo 22

REUNIR a los veintiséis brujos más poderosos de Londres era una verdadera hazaña. El Rede no tuvo lugar como me lo había imaginado: en una única reunión al estilo de los tribunales, con los brujos repartidos en pulcras hileras y yo de pie ante ellos. En lugar de eso, se desarrolló durante varios días en tiendas, tabernas y salones de toda la ciudad. No hubo presentaciones formales y no se malgastaba tiempo en otras finuras sociales. Vi a tantos brujos que no me sonaban de nada que pronto se convirtieron en una mancha informe.

Sin embargo, algunos aspectos de la experiencia fueron destacables. Por primera vez sentí el poder incuestionable de una bruja de fuego. Goody Alsop no me había engañado: no cabía duda de la ardiente intensidad de la mirada o del tacto de la bruja pelirroja. Aunque las llamas de mi sangre se elevaban y danzaban cuando me hallaba a su lado, estaba claro que yo no era como ella. Tal cuestión se confirmó cuando me encontré con dos brujas de fuego más en una sala privada del Mitre, una taberna de Bishopsgate.

—Será un desafío —opinó una de ellas cuando acabó de leerme la piel.

—Una tejedora hilandera de tiempo con una notable cantidad de agua y fuego en su interior —asintió la otra—. No es una combinación que esperara ver en mi vida.

Los brujos de los vientos del Rede se reunieron en casa de Goody Alsop, que era más espaciosa de lo que sugería su modesto exterior. Dos fantasmas vagaban por las habitaciones, al igual que el espectro de Goody Alsop, que recibía a los invitados en la puerta y se deslizaba por la casa en silencio, asegurándose de que todo el mundo estuviera a gusto.

Los brujos de los vientos constituían un grupo mucho menos aterrador que los de fuego y tenían un tacto ligero y seco, como percibí mientras evaluaban en silencio mis fortalezas y debilidades.

—Es tempestuosa —murmuró una bruja de cabello plateado que rondaba los cincuenta años. Era menuda y ágil, y se movía con una velocidad que sugería que la gravedad no la retenía del mismo modo que al resto de nosotros.

—Demasiado autocontrol —dijo otra, frunciendo el ceño—. Tiene que dejar que las cosas sigan su propio curso, o cualquier brisa que provoque probablemente acabará convirtiéndose en una descomunal galerna.

Goody Alsop aceptó sus comentarios agradecida, pero, cuando se fueron todos, se sintió aliviada.

—Ahora me voy a descansar, niña —dijo débilmente mientras se levantaba de la silla y se dirigía a la parte trasera de la casa. Su espectro la siguió como una sombra.

—¿Hay algún hombre en el Rede, Goody Alsop? —pregunté, agarrándola del codo.

—Solo queda un puñado de ellos. Todos los brujos jóvenes se han ido a la universidad a estudiar Filosofía Natural —dijo con un suspiro—. Son tiempos extraños, Diana. Todo el mundo demanda con verdadera insistencia algo nuevo y los brujos piensan que aprenderán más en los libros que con la experiencia. Ahora, debo dejarte. Me pitan los oídos de tanto parloteo.

Una solitaria bruja de las aguas acudió a El Venado y la Corona el jueves por la mañana. Yo estaba tumbada, exhausta por haber caminado por toda la ciudad el día anterior. Alta y ágil, la bruja de las aguas, más que entrar en casa, fluyó hasta su interior.

Encontró un sólido obstáculo, sin embargo, en el muro de vampiros que se hallaba en el vestíbulo.

—Está bien, Matthew —dije desde la puerta de nuestra alcoba, antes de hacerle una seña a la bruja con la mano para que se acercara.

Cuando estuvimos a solas, la bruja de las aguas me examinó de pies a cabeza. Su mirada me escocía como agua salada sobre la piel, tan tonificante como un baño en el océano un día de verano.

—Goody Alsop tenía razón —dijo con una voz suave y musical—. Tenéis demasiada agua en la sangre. No podemos reunirnos con vos en grupo por temor a ocasionar un diluvio. Debéis vernos uno a uno. Os ocupará todo el día, me temo.

Así pues, en lugar de acudir yo a las brujas de las aguas, las brujas de las aguas acudieron a mí. Entraban y salían de la casa con cuentagotas, volviendo locos a Matthew y Françoise. Pero mi afinidad con ellas era innegable, al igual que la resaca que sentía en su presencia.

—El agua no mentía —murmuró una bruja de las aguas después de deslizar las yemas de los dedos sobre mi frente y mis hombros. Luego me volvió las manos hacia arriba para examinar las palmas. Era poco mayor que yo y tenía unos colores impactantes: piel blanca, cabello negro y ojos del color del Caribe.

—¿Qué agua? —pregunté, mientras ella seguía los afluentes que se alejaban de mi línea de la vida.

—Toda las brujas de las aguas de Londres recogemos agua de lluvia desde mediados de verano hasta Mabon, para verterla posteriormente en el cuenco de los augurios. Este reveló que la tan esperada tejedora llevaría agua en las venas —aseguró la bruja de las aguas, dejando escapar un suspiro de alivio antes de soltarme las manos—. Necesitamos nuevos hechizos tras haber ayudado a ahuyentar a la flota española. Goody Alsop ha sido capaz de reabastecer el suministro de las brujas de los vientos, pero la tejedora escocesa tiene el don de la tierra, con lo cual no podría ayudarnos..., aunque así lo deseara. Vos sois una verdadera hija de la luna, sin embargo, y nos serviréis bien.

El viernes por la mañana, un mensajero llegó a casa con una dirección de Bread Street e instrucciones para que acudiera allí a las once en punto para reunirme con los últimos miembros del Rede: las dos brujas de tierra. La mayoría de las brujas albergaban en su interior cierto grado de magia de tierra. Era el fundamento de la hechicería y en los aquelarres modernos las brujas de tierra no tenían ninguna categoría especial. Sentía curiosidad por ver si las brujas de tierra isabelinas eran diferentes.

Matthew y Annie fueron conmigo, mientras Pierre se ocupaba de hacer un recado para Matthew. Françoise se encontraba fuera, de compras. Justo estábamos pasando por el atrio de San Pablo, cuando Matthew se volvió hacia un golfillo de rostro mugriento y piernas terriblemente delgadas. En un abrir y cerrar de ojos, la espada de mi marido se encontraba al lado de la oreja del niño.

—Mueve un pelo ese dedo, muchacho, y te rebanaré la oreja —dijo en voz baja.

Bajé la vista sorprendida al ver los dedos del niño rozando el saquito que yo llevaba a la cintura.

Siempre había cierta violencia potencial en Matthew, incluso en mi propia época, pero en el Londres isabelino la tenía mucho más a flor de piel. Aun así, no era necesario que dirigiera su veneno contra alguien tan pequeño.

—Matthew —le advertí al percatarme del rostro aterrorizado del niño—, déjalo.

—Otro hombre te habría arrancado la oreja o te habría llevado a rastras ante los

alguaciles.

Matthew entornó los ojos y el niño empalideció más aún.

—Basta —dije secamente. Toqué al niño en el hombro y este se estremeció. De repente, mi ojo de bruja vio la pesada mano de un hombre golpeando al niño y lanzándolo contra una pared. Bajo mis dedos, oculto por una tosca camisa que era todo lo que el niño tenía para alejar el frío, la sangre teñía su piel dibujando un horrible cardenal.

—¿Cómo te llamas?

—Jack, mi señora —susurró el niño. Matthew seguía presionando el cuchillo contra su oreja y estaba empezando a atraer la atención.

—Baja la daga, Matthew. Este niño no entraña peligro para ninguno de nosotros.

Matthew retiró el cuchillo con un silbido.

—¿Dónde están tus padres?

Jack se encogió de hombros.

—No tengo ninguno, mi señora.

—Llévate al niño a casa, Annie, y haz que Françoise le dé algo de comida y ropa. Introdúcelo en agua caliente, si podéis, y llevadlo a la cama de Pierre. Parece cansado.

—No puedes adoptar a todos los mendigos de Londres, Diana.

Matthew introdujo la daga en la vaina para darle más énfasis a sus palabras.

—Françoise podría servirse de alguno para que haga recados en su lugar —propuse. Acaricié el pelo del niño y se lo retiré de la frente—. ¿Quieres trabajar para mí, Jack?

—Sí, señora.

El estómago de Jack emitió un audible gorjeo y sus ojos recelosos albergaron un indicio de esperanza. Mi tercer ojo de bruja estaba abierto de par en par, viendo el interior de su cavernoso estómago y sus piernas vacías y temblorosas. Saqué unas cuantas monedas del bolso.

—Cómprale un pedazo de pastel del señor Prior de camino, Annie. Está a punto de desfallecer de hambre, pero eso debería sostenerlo hasta que Françoise le pueda preparar una comida como es debido.

—Sí, señora —dijo Annie y, acto seguido, agarró a Jack por el brazo y lo remolcó hacia Blackfriars.

Matthew se quedó mirando con el ceño fruncido las espaldas que se alejaban y luego se centró en mí.

—No le estás haciendo ningún favor a ese niño. Ese tal Jack, si ese es realmente su nombre, cosa que dudo, no acabará vivo el año si continúa robando.

—Ese niño no acabará vivo la semana a menos que un adulto se haga responsable de él. ¿Cómo era lo que decías? ¿Amor, un adulto que se haga cargo de ellos y un sitio mullido donde aterrizar?

—No vuelvas mis palabras en mi contra, Diana. Me refería a nuestro hijo, no a un niño abandonado sin hogar.

Matthew, que había conocido más brujas en los últimos días que la mayoría de los vampiros en toda su vida, estaba buscando pelea.

—En su momento, yo también fui una niña abandonada sin hogar.

Mi esposo retrocedió como si lo hubiera abofeteado.

—Ya no es tan fácil rechazarlo, ¿verdad? —No esperé a que respondiera—. Si Jack no viene con nosotros, también podríamos llevarlo directamente a Andrew Hubbard. Allí acabaría en un ataúd o se lo comerían para cenar. De cualquier modo, estaría mejor cuidado que aquí, en las calles.

—Ya tenemos suficientes sirvientes —dijo Matthew con frialdad.

—Y tú tienes dinero de sobra. Si no puedes permitirte, le pagaré el salario de mis propios fondos.

—Será mejor que se te ocurra un cuento de hadas que contarle antes de dormir mientras tanto —dijo Matthew, agarrándome del codo—. ¿Crees que no se dará cuenta de que está viviendo con tres *wearhs* y dos brujas? Los niños humanos siempre captan más claramente el mundo de las criaturas que los adultos.

—¿Crees que a Jack le importará lo que seamos si tiene un techo sobre la cabeza, comida en el estómago y una cama donde poder dormir seguro toda la noche?

Una mujer nos observaba, confusa, desde el otro lado de la calle. Un vampiro y una bruja no deberían estar teniendo una discusión tan acalorada en público. Tiré de la capucha para ajustármela más a la cara.

—Cuantas más criaturas dejemos entrar en nuestras vidas aquí, más delicado se volverá todo —aseguró Matthew. Entonces se percató de que la mujer nos miraba y me soltó el brazo—. Y con los humanos sucede lo mismo, pero por partida doble.

Después de visitar a las dos fornidas y solemnes brujas de tierra, Matthew y yo nos retiramos a extremos opuestos de El Venado y la Corona hasta que nuestra irritación se calmó. Matthew se lanzó al ataque del correo, llamando a Pierre a gritos y profiriendo una prolija sarta de improperios contra el Gobierno de Su Majestad, los caprichos de su padre y la insensatez del rey Jacobo de Escocia. Yo me entretuve hablándole a Jack de sus deberes. Aunque el niño poseía una serie de magníficas habilidades consistentes en forzar cerraduras, hurtar cosas de los bolsillos y desvalijar a catetos de pueblo a los que podía despojar de todos sus bienes mediante timos, no sabía leer, escribir, cocinar, coser ni hacer nada más que pudiera servir de ayuda a Françoise y Annie. El niño, sin embargo, suscitó un serio interés en Pierre, sobre todo tras recuperar su amuleto de la suerte, que se hallaba en el bolsillo interior del jubón usado del chico.

—Ven conmigo, Jack —dijo Pierre, mientras abría la puerta y estiraba la cabeza hacia las escaleras. Se disponía a salir para recoger las últimas misivas de los informadores de Matthew y estaba claro que pensaba sacar ventaja de la familiaridad de nuestro joven lastre con el hampa londinense.

—Sí, señor —respondió Jack con entusiasmo. Ya tenía mejor aspecto después de una sola comida.

—Nada peligroso —le advertí a Pierre.

—Desde luego que no, *madame* —dijo el vampiro, inocentemente.

—Lo digo en serio —repliqué—. Y tráelo de vuelta antes de que anochezca.

Estaba revisando algunos papeles que tenía en el escritorio cuando Matthew salió de su estudio y se me acercó. Françoise y Annie habían ido a Smithfield a ver a los carniceros para comprar carne y sangre, y teníamos la casa para nosotros solos.

—Lo siento, *mon coeur* —dijo Matthew, deslizando las manos alrededor de mi cintura desde abajo. Luego me dio un beso en el cuello—. Entre el Rede y la reina, ha sido una semana muy larga.

—Yo también lo siento. Entiendo por qué no quieres que Jack se quede, Matthew, pero no fui capaz de ignorarlo. Estaba herido y hambriento.

—Lo sé —dijo Matthew abrazándome con tanta fuerza que mi espalda encajó con su pecho.

—¿Habría sido diferente tu reacción si hubiéramos encontrado al niño en el Oxford moderno? —pregunté con la mirada clavada en el fuego, en lugar de mirarlo a los ojos.

Desde el incidente con Jack, no dejaba de preocuparme la cuestión de si el comportamiento de Matthew se debía a la genética vampírica o a la moral isabelina.

—Probablemente no. No resulta fácil para los vampiros vivir entre seres de sangre caliente, Diana. Sin un vínculo emocional, los sangre caliente no son más que una fuente de alimentación. Ningún vampiro, por muy civilizado y educado que sea, puede permanecer demasiado cerca de uno sin sentir la necesidad de alimentarse de ellos. —Noté su aliento frío sobre el cuello, que me hacía cosquillas sobre el sensible punto en el que Miriam había usado su sangre para curar la herida que Matthew me había hecho.

—No parece que quieras alimentarte de mí.

No había ningún indicio de que Matthew luchara contra tal necesidad y había rechazado lacónicamente las recomendaciones de su padre de que tomara mi sangre.

—Logro dominar mis ansias mucho mejor que cuando nos conocimos. Ahora, el deseo que siento por tu sangre no es tanto una cuestión de alimentación como de control. Alimentarme de ti sería, ante todo, una reivindicación de preponderancia, ahora que nos hemos apareado.

—Y para eso tenemos el sexo —dije con total naturalidad. Matthew era un amante generoso y creativo, pero sin duda consideraba que la alcoba era su territorio.

—¿Disculpa? —dijo, frunciendo el ceño.

—Sexo y preponderancia. Los humanos modernos creen que las relaciones de los vampiros se reducen a eso —afirmé—. Sus historias están llenas de enloquecidos machos alfa vampíricos echándose a las mujeres sobre los hombros antes de obligarlas a cenar o a tener una cita con ellos.

—¿Cena y cita? —dijo Matthew horrorizado—. ¿Quieres decir que...?

—Ajá. Deberías ver lo que leen los amigos de Sarah del aquelarre de Madison. Vampiro conoce a chica, vampiro muerde a chica, chica se sorprende al descubrir que los vampiros existen de verdad. El sexo, la sangre y el comportamiento sobreprotector vienen rodados, a partir de ahí. En ocasiones de forma bastante explícita —señalé, y me quedé callada—. No hay tiempo para romances, eso está claro. Y tampoco me suena que haya demasiada poesía o baile.

Matthew blasfemó.

—No me extraña que tu tía quisiera saber si tenía hambre.

—En serio, deberías leer esas cosas, aunque solo sea para ver lo que piensan los humanos. Es una pesadilla de las relaciones públicas. Es mucho peor de lo que las brujas tienen que soportar —le aseguré, y me volví para mirarlo a la cara—. Aunque te sorprendería cuántas mujeres desean, al parecer, tener un novio vampiro, de todos modos.

—¿Y si sus novios vampiros se comportaran como bastardos desalmados en la calle y amenazaran a huérfanos hambrientos?

—La mayoría de los vampiros de ficción tienen el corazón de oro, salvo ocasionales ataques de rabia provocados por los celos y el consecuente desmembramiento. —Le acaricié el pelo y se lo aparté de los ojos.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación —comentó Matthew.

—¿Por qué? Los vampiros leen libros sobre brujas. El hecho de que el *Doctor Fausto* de Kit sea pura fantasía no te impide disfrutar de una buena historia de carácter sobrenatural.

—Sí, pero tanta brusquedad antes de hacer el amor... —Matthew negó con la cabeza.

—Tú has sido brusco conmigo, como tan cautivadoramente lo llamas. Creo recordar

haber sido llevada en brazos en Sept-Tours en más de una ocasión —señalé.

—¡Solo cuando estabas herida! —alegó Matthew, indignado—. O cansada.

—O cuando querías que estuviera en un sitio y estaba en otro. O cuando el caballo era demasiado alto o la cama demasiado elevada o el mar demasiado bravo. Sinceramente, Matthew, tienes una memoria muy selectiva cuando te conviene. En cuanto a lo de hacer el amor, no siempre es el acto tierno que tú describes. No en los libros que he visto. A veces no es más que un buen...

Antes de que pudiera acabar la frase, un vampiro alto y guapo me cargó sobre su hombro.

—Continuaremos esta conversación en privado.

—¡Socorro! ¡Creo que mi marido es un vampiro!

Me eché a reír mientras le golpeaba la parte de atrás de los muslos.

—Estate quieta —rugió— o tendrás que vértelas con la señora Hawley.

—Si fuera una mujer humana y no una bruja, ese gruñido que acabas de emitir haría que me derritiera. Sería toda tuya y podrías hacer lo que quisieras conmigo —dije, soltando una risilla.

—Tú ya eres mía —me recordó Matthew, depositándose sobre la cama—. Voy a cambiar esta ridícula trama, por cierto. En beneficio de la originalidad, por no hablar de la verosimilitud, nos vamos a saltar la cena y pasar directamente a la cita.

—¡A los lectores les encantaría un vampiro que dijera eso! —le aseguré.

A Matthew parecían no importarle mis aportaciones literarias. Estaba demasiado ocupado levantándose las faldas. Íbamos a hacer el amor completamente vestidos. Qué deliciosamente isabelino.

—Un momento. Al menos deja que me quite el verdugado.

Annie me había informado de que aquel era el nombre correcto de la cosa en forma de rosquilla que hacía que mis sayas se mantuvieran respetablemente abullonadas y fruncidas.

Pero Matthew no estaba dispuesto a esperar.

—Al diablo el verdugado.

Aflojó los cordones delanteros de sus bombachos, me agarró las manos y me las sujetó sobre la cabeza. Con un empujón, entró dentro de mí.

—No tenía ni idea de que hablar de ficción popular tuviera este efecto sobre ti —dije sin aliento, mientras empezaba a moverse—. Recuérdame que hable contigo del tema más a menudo.

Acabábamos de sentarnos a cenar cuando fui requerida en casa de Goody Alsop.

El Rede había tomado una decisión.

Cuando Annie y yo llegamos con nuestros dos escoltas vampiros y Jack a la cola, la encontramos en la sala de la parte delantera con Susanna y tres brujas que no me resultaban familiares. Goody Alsop envió a los hombres a El Ansarino de Oro y me guio hacia el grupo, que estaba al lado del fuego.

—Acércate, Diana, ven a conocer a tus profesoras.

El espectro de Goody Alsop me señaló una silla vacía y se retiró a la sombra de su señora. Las cinco brujas me analizaron. Parecían un puñado de prósperas matronas urbanas, con sus gruesos vestidos de lana de colores oscuros e invernales. Solo sus cosquilleantes miradas revelaban que eran brujas.

—Entonces el Rede está de acuerdo con vuestro plan inicial —dijo lentamente, intentando mirarla a los ojos. Nunca era bueno mostrar miedo ante un profesor.

—Así es —dijo Susanna con resignación—. Tenéis que disculparme, señora Roydon. Tengo dos niños en los que pensar y un marido demasiado enfermo como para mantenernos. La buena voluntad de los vecinos puede desaparecer de la noche a la mañana.

—Permíteme que te presente a las demás —dijo Goody Alsop, volviéndose ligeramente hacia la mujer que estaba a su derecha. Tendría unos sesenta años, era baja de estatura, de cara redondeada y, si su sonrisa servía de indicativo, generosa de espíritu—. Esta es Marjorie Cooper.

—Diana —dijo Marjorie con un movimiento afirmativo de cabeza que hizo que su pequeña gorguera crujiera—. Bienvenida a nuestra congregación.

Mientras me reunía con el Rede, había aprendido que las brujas isabelinas usaban el término «congregación» como las brujas modernas usaban la palabra «aquelarre», para señalar una comunidad reconocida de brujas. Como todo lo demás en Londres, las congregaciones de la ciudad coincidían con los límites parroquiales. Aunque resultaba extraño imaginarse que los aquelarres de brujas y las iglesias cristianas encajaran tan a la perfección, se trataba de una cuestión con una clara finalidad organizativa y proporcionaba una medida extra de seguridad, dado que garantizaba que los asuntos de las brujas se vieran restringidos a los vecinos más cercanos.

Había, por lo tanto, más de un centenar de congregaciones en Londres propiamente dicho y dos docenas más en los suburbios. Al igual que las parroquias, las congregaciones estaban organizadas en distritos mayores denominados «demarcaciones». Cada demarcación enviaba a uno de sus ancianos al Rede, que supervisaba todos los asuntos de las brujas en la ciudad.

Con la amenaza del pánico y de las cazas de brujas, al Rede le preocupaba que el antiguo sistema de gobierno se estuviera viniendo abajo. Londres ya estaba atestada de criaturas y cada día llegaban más. Había oído rumores sobre el tamaño de la congregación de Aldgate, que incluía a más de sesenta brujas en lugar de las habituales veinte o treinta, y también de las grandes congregaciones de Cripplegate y Southwark. Para evitar que los humanos se dieran cuenta, algunas congregaciones habían empezado a «escindirse» y a dividirse en diferentes clanes. Pero las nuevas congregaciones con líderes inexpertos se estaban revelando problemáticas en aquellos tiempos difíciles. Las brujas del Rede que tenían el don de la segunda visión vaticinaban futuros problemas.

—Marjorie tiene el don de la magia de la tierra, como Susanna. Su especialidad es recordar —explicó Goody Alsop.

—No preciso de grimorios ni de esos nuevos almanaques que todos los vendedores de libros están diseminando por ahí —afirmó Marjorie con orgullo.

—Marjorie recuerda a la perfección cada uno de los hechizos que ha realizado y puede rememorar la configuración exacta de las estrellas de cada año que ha vivido. Y de muchos otros años en los que aún no había nacido.

—Goody Alsop temía que no fuerais capaz de escribir todo lo que aprendierais aquí para llevarlo con vos. No solo os ayudaré a encontrar las palabras apropiadas para que otras brujas puedan usar los hechizos que concibáis, sino que os enseñaré a estar en armonía con dichas palabras para que nunca nadie pueda arrebataroslas —aseguró Marjorie, con los ojos brillantes y bajando la voz para hablar en un tono de complicidad—. Además, mi marido es vinicultor. Os puede conseguir mucho mejor vino del que bebéis ahora. Tengo entendido que el vino es importante para los *wearhs*.

Emití una estruendosa carcajada y el resto de las brujas se unieron a mí.

—Gracias, señora Cooper. Le comunicaré vuestra oferta a mi esposo.

—Marjorie. Aquí somos todas hermanas.

Por primera vez no me avergonzó que dijeran que era hermana de otras brujas.

—Yo soy Elizabeth Jackson —dijo la anciana que estaba al otro lado de Goody Alsop y que tendría una edad comprendida entre la de ella y la de Marjorie.

—Sois una bruja de las aguas.

Noté la afinidad en cuanto habló.

—Así es.

Elizabeth tenía el pelo y los ojos de color gris acero y era tan alta y esbelta como Marjorie baja y rechoncha. Mientras muchas de las brujas de agua del Rede eran sinuosas y fluidas, Isabel tenía la fresca claridad de un arroyo de montaña. Sentí que siempre me diría la verdad, aunque no quisiera oírla.

—Elizabeth es una talentosa vidente. Te enseñará el arte de la adivinación.

—Mi madre era conocida por su segunda visión —dije, vacilante—. Me gustaría seguir sus pasos.

—Pero ella no tenía fuego —dijo Elizabeth con decisión, empezando de inmediato a decir la verdad—. Puede que no seas capaz de seguir los pasos de tu madre en todo, Diana. Fuego y agua son una potente mezcla, siempre y cuando no se extingan el uno al otro.

—Nos ocuparemos de que eso no suceda —prometió la última bruja, girando los ojos hacia mí. Hasta entonces había estado evitando mi mirada con esmero y ahora veía por qué: había chispas doradas en sus ojos castaños y mi tercer ojo se abrió de repente, alarmado. Con aquella visión adicional, pude ver el nimbo de luz que la rodeaba. Aquella debía de ser Catherine Streeter.

—Sois incluso..., incluso más poderosa que las brujas de fuego del Rede —tartamudeé.

—Catherine es una bruja especial —admitió Goody Alsop—, una bruja de fuego nacida de dos brujos de fuego. Raras veces sucede, como si la naturaleza en sí misma supiera que dicha luz no puede ocultarse.

Cuando mi tercer ojo se cerró, deslumbrado por la visión de la bruja de fuego triplemente bendecida, Catherine pareció perder intensidad. Su cabello castaño perdió brillo, sus ojos se apagaron y su rostro, aunque bello, se volvió anodino. Su magia volvió a la vida de nuevo, sin embargo, en cuanto habló.

—Tenéis más fuego del que esperaba —dijo pensativa.

—Es una pena que no estuviera aquí cuando vino la Armada —dijo Elizabeth.

—¿Entonces es verdad? ¿El famoso «viento inglés» que alejó a los barcos españoles de las costas de Inglaterra fue cosa vuestra? —pregunté. Aunque aquello formaba parte de la tradición popular de las brujas, siempre lo había considerado un mito.

—Goody Alsop fue la más útil para Su Majestad —dijo Elizabeth con orgullo—. Si hubierais estado aquí, creo que habríamos sido capaces de hacer arder el agua... o de desatar un fuerte chaparrón, como mínimo.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Goody Alsop, levantando una mano—. Diana todavía no ha llevado a cabo su hechizo iniciático de tejedora.

—¿Un hechizo iniciático? —pregunté. Como sucedía con las congregaciones y el Rede, aquel era un término desconocido para mí.

—El hechizo iniciático revela la forma de los talentos de una tejedora. Juntas formaremos un círculo bienaventurado. Ahí liberaremos temporalmente tus poderes para

que actúen a su antojo, libres de palabras o deseos —respondió Goody Alsop—. Nos dirá mucho sobre tus talentos y sobre lo que debemos hacer para adiestrarlos, además de revelar el espíritu familiar.

—Las brujas no tienen espíritus familiares.

Aquel era otro concepto humano, como lo de la adoración del diablo.

—Las tejedoras sí —dijo Goody Alsop serenamente, moviéndose hacia su espectro—. Este es el mío. Como todos los espíritus familiares, es una extensión de mis talentos.

—No estoy segura de que tener un espíritu familiar sea una buena idea, en mi caso —dije, pensando en los membrillos renegridos, en los zapatos de Mary y en el pollito—. Ya tengo bastante de qué preocuparme.

—Esa es la razón por la que se hace un hechizo iniciático: para enfrentarte a tus miedos más profundos y poder trabajar con la magia libremente. Aun así, puede ser una experiencia desgarradora. Ha habido tejedoras que han entrado en el círculo con el pelo del color del ala del cuervo y han salido con la cabellera blanca como la nieve —reconoció Goody Alsop.

—Pero no será tan doloroso como la noche que el *wearh* dejó a Diana y sus aguas crecieron dentro de ella —dijo Elizabeth con suavidad.

—Ni tan solitario como la noche que estuvo encerrada en la tierra —dijo Susanna con un escalofrío. Marjorie asintió, compasiva.

—Ni tan aterrador como la vez que la bruja de fuego intentó abrirte —me aseguró Catherine, mientras sus dedos se volvían naranjas de rabia.

—La luna estará sumida en las sombras el viernes. Apenas faltan unas semanas para el día de la Candelaria. Y estamos entrando en un período propicio para los hechizos que hagan que los niños sientan predilección por el estudio —señaló Marjorie, con el rostro contraído de concentración mientras recuperaba la información relevante de su asombrosa memoria.

—Creía que era la semana de los encantamientos para las picaduras de serpiente —dijo Susanna, sacando un pequeño almanaque del bolsillo.

Mientras Marjorie y Susanna discutían sobre las complejidades mágicas del calendario, Goody Alsop, Elizabeth y Catherine me miraban atentamente.

—Me pregunto...

Goody Alsop me miró con una expresión de abierta especulación y se dio unos golpecitos en los labios con el dedo.

—Desde luego que no —dijo Elizabeth, bajando la voz.

—No vamos a adelantarnos a los acontecimientos, ¿recordáis? —señaló Catherine.

—La diosa nos ha bendecido de forma notable. —Mientras decía aquello, sus ojos castaños brillaron con destellos verdes, dorados, rojos y negros, en rápida sucesión—. Aunque tal vez...

—El almanaque de Susanna está mal. Pero hemos decidido que será más auspicioso que Diana teja su hechizo iniciático el próximo jueves, bajo la luna creciente —expuso Marjorie, mientras daba una palmada con deleite.

—Uf —dijo Goody Alsop, metiéndose el dedo en el oído para protegerlo de las perturbaciones del aire—. Con cuidado, Marjorie, con cuidado.

Con las nuevas obligaciones que tenía para con la congregación de San Jacobo de

Garlickhythe y el creciente interés que sentía por los experimentos de alquimia de Mary, empecé a pasar más tiempo fuera de casa. El Venado y la Corona continuaba sirviendo de cuartel para la Escuela de la Noche y de guarida para el trabajo de Matthew. Los mensajeros iban y venían con informes y correo, George solía dejarse caer para disfrutar de una comida gratuita y hablarnos de los últimos y fútiles intentos de encontrar el Ashmole 782, y Hancock y Gallowglass venían para dejar la ropa abajo, en la lavandería, y pasar el rato al lado de mi hogar, ligeros de vestimenta, hasta que se la devolvían. Kit y Matthew habían firmado una precaria tregua tras lo acaecido con Hubbard y John Chandler, lo que significaba que a menudo me encontraba al dramaturgo en la sala de la parte delantera, mirando al infinito con aire taciturno hasta que se ponía a escribir furiosamente. El hecho de que se abasteciera de mis reservas de papel era fuente adicional de irritación.

Luego estaban Annie y Jack. Integrar a dos niños en el hogar era algo que requería dedicación exclusiva. Jack, quien yo suponía que tendría siete u ocho años (él no tenía ni idea de su edad), se deleitaba fastidiando a la adolescente. La seguía por todas partes e imitaba lo que decía. Annie rompía a llorar y salía disparada escaleras arriba para lanzarse sobre la cama. Cuando reprendía a Jack por su comportamiento, este se enfurruñaba. Desesperada por conseguir algunas horas de tranquilidad, encontré a un maestro de escuela dispuesto a enseñarles a leer, escribir y calcular, pero entre los dos espantaron con premura al recién licenciado por la Universidad de Cambridge con sus miradas vacías y su estudiada inocencia. Ambos preferían ir de compras con Françoise y corretear por Londres con Pierre a sentarse en silencio a hacer las sumas.

—Si nuestro niño se comporta como ese, lo ahogaré —le dije a Matthew, mientras buscaba un momento de respiro en su estudio.

—Nuestra niña se comportará así, puedes estar segura. Y no la ahogará —dijo Matthew, mientras dejaba la pluma. Todavía no nos poníamos de acuerdo en el sexo del bebé.

—Lo he intentado todo. He razonado con él, he intentado convencerlo con zalamerías, le he suplicado..., demonios, hasta lo he sobornado.

Pero los bollos del señor Prior no habían hecho más que aumentar el nivel de energía de Jack.

—Todo padre comete esos errores —respondió Matthew, riendo—. Estás intentando ser su amiga. Trata a Jack y a Annie como si fueran alumnos. Un punzante pellizco ocasional en la nariz demostrará tu autoridad mejor que cualquier pastel de frutas y especias.

—¿Me estás dando consejos parentales del reino animal?

Me refería a la anterior investigación que había hecho sobre los lobos.

—De hecho, así es. Si este alboroto continúa, tendrán que vérselas conmigo y yo no pellizco. Muerdo.

Matthew miró hacia la puerta con el ceño fruncido mientras un ruido especialmente estrepitoso retumbaba en nuestros aposentos, seguido de un abyecto «Lo siento, señora».

—Gracias, pero no estoy lo suficientemente desesperada para recurrir al adiestramiento. Todavía —dije, al tiempo que volvía a salir de la habitación.

A los dos días de empezar a usar mi voz de profesora y comenzar a gestionar el tiempo muerto, se impuso cierto grado de orden, pero los niños requerían gran cantidad de actividad para mantener a raya su exuberancia. Abandoné los libros y los papeles y empecé a llevarlos a dar largos paseos por Cheapside y los suburbios del oeste. Íbamos a los mercados con Françoise y observábamos cómo los barcos descargaban sus mercancías en

los muelles de Vintry. Allí imaginábamos de dónde venían los bienes y especulábamos acerca de los orígenes de las tripulaciones.

En algún punto del camino, dejé de sentirme como una turista y empecé a hacerlo como si el Londres isabelino fuera mi hogar.

Estábamos comprando el sábado por la mañana en el Leadenhall Market, el primer imperio londinense de ultramarinos finos, cuando vi a un mendigo con una sola pierna. Estaba pescando un penique del bolso para él, cuando los niños desaparecieron en una sombrerería. Podían sembrar el caos en un sitio así, un caos realmente caro.

—¡Annie! ¡Jack! —grité, mientras dejaba caer el penique en la mano del hombre—. ¡Las manos quietas!

—Estáis lejos de casa, señora Roydon —dijo una voz profunda. Noté una gélida mirada sobre la piel de la espalda y, al volverme, me topé con Andrew Hubbard.

—Padre Hubbard —dije. El mendigo se alejó poco a poco.

Hubbard miró alrededor.

—¿Dónde está vuestra doncella?

—Si os referís a Françoise, está en el mercado —dije con aspereza—. Annie también está conmigo. No he tenido la oportunidad de agradecerlos que nos la enviarais. Es de gran ayuda.

—Tengo entendido que habéis conocido a Goody Alsop —dijo el vampiro. Estaba echando el anzuelo, así que no le proporcioné respuesta alguna—. Desde que vinieron los españoles, no se mueve de su casa a menos que haya una buena razón —añadió. Aun así, seguí en silencio. Hubbard sonrió—. No soy vuestro enemigo, señora.

—No he dicho que lo fuerais, padre Hubbard. Pero a quién veo y por qué no es asunto vuestro.

—Sí. Vuestro suegro, ¿o lo consideraréis un padre?, lo dejó bastante claro en su carta. Philippe me agradeció que os amparara, por supuesto. Con el cabeza de familia de los De Clermont, los agradecimientos siempre preceden a las amenazas. Supone una refrescante variación del comportamiento usual de vuestro marido.

Entorné los ojos.

—¿Qué es lo que queréis, padre Hubbard?

—Sufro la presencia de los De Clermont porque no me queda más remedio. Pero no tengo ninguna obligación de continuar haciéndolo si hay algún problema —me aseguró el padre Hubbard inclinándose hacia mí, con su gélido aliento—. Y vos estáis causando problemas. Puedo olerlo. Paladearlo. Desde que habéis llegado, las brujas están... difíciles.

—Se trata de una desafortunada coincidencia, pero no soy yo a quien habéis de culpar. Soy tan poco instruida en las artes mágicas que ni siquiera puedo romper un huevo en un cuenco.

Françoise salió del mercado. Me hundí en una reverencia para Hubbard y me fui, pasando por delante de él. Su mano salió disparada y me agarró por la muñeca. Bajé la vista hacia aquellos dedos helados.

—No solo las criaturas emiten un aroma, señora Roydon. ¿Sabíais que los secretos también tienen su propio olor característico?

—No —dije, desembarazándome de su mano.

—Las brujas pueden saber cuándo alguien miente. Los *wearhs* podemos oler un secreto como un perro puede olfatear a un ciervo. Os echaré el secreto por tierra, señora Roydon, por mucho que intentéis ocultarlo.

—¿Estáis lista, *madame*? —preguntó Françoise, frunciendo el ceño a medida que se

acercaba. Annie y Jack estaban con ella, y, cuando la niña vio a Hubbard, palideció.

—Sí, Françoise —dije finalmente, apartando la vista de los extraños ojos estriados del vampiro—. Gracias por vuestro consejo, padre Hubbard, y por la información.

—Si el niño es demasiado para vos, yo me haré cargo de él gustosamente —murmuró Hubbard, mientras yo pasaba a su lado. Di media vuelta y me acerqué rápidamente a él.

—Mantened las manos alejadas de lo que es mío —le advertí. Nuestros ojos se encontraron y esa vez fue Hubbard el primero en apartar la vista. Regresé a mi grupo vampírico, brujeril y humano. Jack parecía ansioso y cambiaba el peso de un pie al otro, como si estuviera considerando la opción de salir disparado—. Vamos a casa a comer un poco de pan de jengibre —dije, agarrándolo del brazo.

—¿Quién es ese hombre? —susurró.

—El padre Hubbard —respondió Annie en voz muy baja.

—¿El de las canciones? —preguntó Jack, antes de mirar hacia atrás por encima del hombro. Annie asintió.

—Sí, y cuando él...

—Basta, Annie. ¿Qué has visto en la sombrerería? —le pregunté, agarrando a Jack con más fuerza. Extendí la mano hacia el rebosante cesto de alimentos—. Deja que yo lo lleve, Françoise.

—No servirá de nada, *madame* —dijo Françoise, aunque me tendió la cesta—. Milord se percatará de que habéis estado con ese desalmado. Ni el olor de la col lo esconderá.

Jack volvió la cabeza con interés al oír aquella información en morse y le dirigí a Françoise una mirada de advertencia.

—No nos busquemos problemas —dije, mientras girábamos hacia casa.

De vuelta en El Venado y la Corona, me despojé del cesto, la capa, los guantes y los niños, y le llevé una copa de vino a Matthew. Este se encontraba en su mesa, inclinado sobre un puñado de papeles. Mi corazón se aligeró al contemplar aquella escena tan familiar.

—¿Todavía estás en ello? —pregunté, mientras extendía un brazo por encima de su hombro para dejar el vino delante de él. Fruncí el ceño. El papel estaba cubierto de diagramas, equis y oes, y lo que parecían fórmulas científicas modernas. Dudaba que tuviera algo que ver con el espionaje o con la Congregación, a menos que estuviera ideando un código—. ¿Qué estás haciendo?

—Solo estaba intentando resolver una cosa —dijo Matthew, retirando el papel de mi vista.

—¿Una cuestión genética?

Las equis y las oes me recordaban a la biología y a los guisantes de Gregor Mendel. Volví a coger el papel. En él no había solamente equis y oes. Reconocí las iniciales de algunos de los miembros de la familia de Matthew, como YC, PC, MC o MW. Otras pertenecían a los míos, como DB, RB, SB o SP. Matthew había dibujado flechas entre individuos y líneas entrecruzadas de generación en generación.

—No exactamente —dijo este, interrumpiendo mi examen. Se trataba de una clásica no-respuesta de Matthew.

—Supongo que para ello necesitarías el equipo.

Al final de la página, había un círculo que rodeaba dos letras: B y C. Bishop y Clairmont. Nuestro hijo. Aquello tenía algo que ver con el bebé.

—Para llegar a alguna conclusión, sin duda alguna.

Matthew cogió el vino y se lo llevó a los labios.

—¿Cuál es tu hipótesis, entonces? —pregunté—. Si tiene que ver con el bebé, quiero saber de qué se trata.

Matthew se quedó inmóvil, mientras inflaba las ventanas de la nariz. Posó cuidadosamente el vino sobre la mesa y me tomó la mano. Llevó los labios a mi muñeca en un aparente gesto de afecto. Sus ojos se tornaron negros.

—Has visto a Hubbard —dijo acusadoramente.

—No porque lo buscara.

Intenté apartarme, pero fue un error.

—No lo hagas —me espetó Matthew en tono áspero, apretando más los dedos. Volvió a tomar aliento temblorosamente—. Hubbard te ha tocado en la muñeca. Solo en la muñeca. ¿Sabes por qué?

—Porque estaba intentando captar mi atención.

—No. Estaba intentando captar la mía. Tu pulso está aquí —dijo Matthew, pasando el pulgar sobre la vena. Me estremecí—. La sangre está tan cerca de la superficie que puedo verla, además de olerla. Su calor magnifica cualquier olor ajeno que se sitúe sobre ella —me explicó, antes de rodearme la muñeca con los dedos, como si fuera un brazalete—. ¿Dónde estaba Françoise?

—En Leadenhall Market. Yo iba con Jack y Annie. Había un mendigo y... —Sentí un breve y agudo acceso de dolor. Cuando bajé la vista, tenía la muñeca abierta y la sangre manaba de un par de hendiduras superficiales y curvadas. *Marcas de dientes*.

—Así de rápido Hubbard podía haber tomado tu sangre y haberlo sabido todo sobre ti.

Matthew presionó firmemente la herida con el pulgar.

—Si no te he visto ni moverte —dije, aturdida.

Sus ojos negros relucieron.

—Ni habrías visto a Hubbard, si hubiera querido atacar.

Tal vez Matthew no era tan sobreprotector como yo pensaba.

—No permitas que vuelva a acercarse lo suficiente como para volver a tocarte.

¿Queda claro?

Asentí, y Matthew puso en marcha el lento proceso de dominar su ira. Solo cuando la tuvo bajo control, respondió a mi pregunta inicial.

—Estoy intentando determinar las posibilidades que existen de que le transmita la rabia de sangre a nuestro hijo —dijo, con una pizca de amargura en la voz—. Benjamin tiene la enfermedad. Marcus no. Odio el hecho de que pudiera maldecir a un niño inocente con ella.

—¿Sabes por qué Marcus y tu hermano Louis eran inmunes, mientras Louisa, Benjamin y tú no?

Prudentemente, evité dar por hecho que aquellos eran todos sus hijos. Matthew me daría más datos cuando pudiera, si es que podía.

Sus hombros perdieron la pose amenazadora.

—Louisa murió mucho antes de que fuera posible llevar a cabo los análisis apropiados. No tengo datos suficientes para sacar conclusiones fiables.

—Tienes una teoría, sin embargo —dije, pensando en los diagramas.

—Siempre he considerado que la rabia de sangre es un tipo de infección y que, supuestamente, Marcus y Louis presentaban una inmunidad natural a ella. Pero cuando

Goody Alsop nos aseguró que solo una tejedora podía engendrar un hijo *wearh*, empecé a preguntarme si había estado enfocando esto de la manera equivocada. Tal vez no se trataba de que Marcus fuera inmune, sino de que yo fuera receptivo, al igual que una tejedora es receptiva a la semilla de un *wearh*, a diferencia de cualquier otra mujer de sangre caliente.

—¿Una predisposición genética? —pregunté, intentando seguir su razonamiento.

—Tal vez. Posiblemente, algo recesivo que aparece en raras ocasiones en la población a menos que ambos padres sean portadores del gen. No dejo de pensar en tu amiga Catherine Streeter y en la manera en que la describes como «tres veces bendita», como si su totalidad genética fuera, en cierto modo, mayor que la suma de sus partes.

Matthew pronto se perdió en las complejidades de aquel rompecabezas intelectual.

—Luego empecé a preguntarme si el hecho de que fueras una tejedora sería suficiente para explicar tu posibilidad de concebir. ¿Y si se trata de una combinación de rasgos genéticos recesivos, no solo tuyos, sino también míos?

Cuando vi que se pasaba las manos por el pelo, frustrado, me lo tomé como una señal de que los últimos vestigios de la rabia de sangre habían desaparecido y exhalé un silencioso suspiro de alivio.

—Cuando volvamos a tu laboratorio, podrás probar esa teoría —dije, y luego bajé la voz—. Y, cuando Sarah y Em se enteren de que van a ser tías, no tendrás ningún problema para que te den una muestra de sangre. Ni para que hagan de canguros. Ambas padecen sendos casos graves de «abuelitis» y llevan años tomando prestados a los niños de los vecinos para satisfacerla.

Por fin, aquello le hizo sonreír.

—¿Abuelitis? Qué palabra más vulgar —señaló Matthew, acercándose a mí—. Es probable que Ysabeau también haya desarrollado un serio caso de ese mal a lo largo de los siglos.

—Me produce escalofríos pensar en ello —dije, fingiendo que me estremecía.

Fue en aquel preciso instante, mientras hablábamos de la reacción de terceras personas a nuestras noticias en lugar de analizar nuestra propia respuesta a ellas, cuando me sentí realmente embarazada. Mi cuerpo apenas había dado signos de ser consciente de la nueva vida que estaba forjando y, con el ajeteo del día a día en El Venado y la Corona, era fácil olvidar que pronto seríamos padres. Podía pasar días sin pensar en ello y solo recordaba mi situación cuando Matthew se acercaba a mí, en medio de la noche, para posar las manos sobre mi vientre en silenciosa comunión, mientras escuchaba las señales de una nueva vida.

—Y a mí me da escalofríos imaginarte en peligro —replicó Matthew, mientras me estrechaba entre sus brazos—. Ten cuidado, *ma lionne* —susurró sobre mis cabellos.

—Lo haré. Lo prometo.

—No reconocerías el peligro aunque se acercara a ti con una invitación formal —manifestó, antes de alejarse para poder mirarme a los ojos—. Solo recuerda que los vampiros no somos como los de sangre caliente. No infravalores lo letales que podemos llegar a ser.

La advertencia de Matthew siguió resonando en mi cabeza mucho después de que la hubiera pronunciado. Me descubrí observando al resto de los vampiros de la casa en busca de pequeños indicios que revelaran que pensaban moverse, que estaban hambrientos o cansados, inquietos o aburridos. Las señales eran sutiles y fáciles de obviar. Cuando Annie

pasó por delante de Gallowglass, este bajó los párpados para ocultar una mirada de avidez que desapareció a tal velocidad que bien podría habérmela imaginado, al igual que podría haberme imaginado la forma en que las ventanas de la nariz de Hancock se abrieron cuando un grupo de seres de sangre caliente pasaron andando por la calle, allá abajo.

Lo que no me estaba imaginando era el gasto extra en lavandería que suponía limpiar la sangre de su ropa blanca. Gallowglass y Hancock iban de caza y se alimentaban en la ciudad, aunque Matthew no se unía a ellos. Se limitaba a ingerir lo que Françoise podía conseguirle en las carnicerías.

Cuando Annie y yo fuimos a casa de Mary el lunes por la mañana, como era nuestra costumbre, estuve más atenta a lo que me rodeaba de lo que lo había estado desde nuestra llegada. Esta vez no se trataba de absorber los detalles de la vida isabelina, sino de asegurarme de que no nos vigilaban ni nos seguían. Evité que Annie se alejara de mi lado, por su seguridad, y Pierre agarró a Jack firmemente de la mano. Habíamos aprendido por las malas que era la única esperanza que nos quedaba de mantener al niño alejado del «urraqueo», como Hancock lo llamaba. A pesar de nuestros esfuerzos, Jack continuaba arreglándoselas para cometer numerosos hurtos. Matthew instituyó un nuevo ritual en casa para intentar combatirlos. Jack tenía que vaciarse los bolsillos todas las noches y confesar cómo había conseguido tan extraordinaria variedad de objetos brillantes. Hasta el momento, aquello no había puesto freno a sus actividades.

Debido a sus manos largas, todavía no podíamos fiarnos de Jack en la casa de la condesa de Pembroke, a la que no le faltaba detalle. Annie y yo nos alejamos de Pierre y Jack, y la expresión de la chica se iluminó considerablemente ante la perspectiva de un prolongado chismorreó con la doncella de Mary, Joan, y unas cuantas horas de liberación de las atenciones no deseadas de Jack.

—¡Diana! —gritó Mary cuando crucé el umbral del laboratorio. Daba igual el número de veces que entrara, este nunca dejaba de deslumbrarme con sus elocuentes murales que ilustraban la creación de la piedra filosofal—. Ven, tengo algo que enseñarte.

—¿Se trata de la sorpresa?

Mary había estado insinuando que pronto me deleitaría con una exhibición de su habilidad alquímica.

—Sí —respondió Mary, al tiempo que cogía el cuaderno de notas de la mesa—. Mira esto, estamos a 18 de enero y empecé a trabajar en ello el 9 de diciembre. Me ha llevado exactamente cuarenta días, tal y como los sabios prometían.

El cuarenta era un número significativo en la práctica de la alquimia y Mary podía haber estado llevando a cabo un número ilimitado de experimentos. Miré a través de las puertas del laboratorio intentando imaginar qué había estado haciendo. Durante las dos últimas semanas, había aprendido a interpretar la letra de Mary y los símbolos que usaba para los diferentes metales y sustancias. Si no me equivocaba, había empezado aquel proceso con una onza de plata disuelta en *aqua fortis* (el «agua fuerte» de los alquimistas, conocida en mi época como ácido nítrico), a lo que le había añadido agua destilada.

—¿Esa marca simboliza el mercurio? —pregunté, señalando un glifo que no me resultaba familiar.

—Sí, pero solo el mercurio que obtengo de la mejor fuente de Alemania.

Mary no reparaba en gastos en lo que al laboratorio, productos químicos o equipo se refería. Me llevó hacia otro ejemplo de su compromiso con la calidad a cualquier precio: una enorme redoma de vidrio. Estaba libre de imperfecciones y era clara como el cristal, lo que significaba que procedía de Venecia. El vidrio inglés hecho en Sussex estaba lleno de

defectos, como diminutas burbujas y tenues sombras. La condesa de Pembroke prefería el material veneciano..., y podía permitírselo.

Cuando vi qué había en el interior, un dedo premonitorio me rozó los hombros.

Un árbol de plata había nacido de una pequeña semilla que se encontraba en el fondo de la redoma. Del tronco habían brotado ramas que se extendían y llenaban la parte superior del recipiente con brillantes filamentos. Había unas diminutas cuentas al final de las ramas que parecían fruta, como si el árbol ya estuviera a punto para la cosecha.

—El *arbor Dianae* —dijo Mary con orgullo—. Es como si Dios me hubiera inspirado para hacerlo con el fin de que estuviera aquí para darte la bienvenida. Ya había intentado cultivar el árbol con anterioridad, pero nunca había arraigado. Nadie podría ver algo así y dudar de la veracidad y el poder del arte de la alquimia.

La del árbol de Diana era una imagen digna de ser contemplada. Este refulgía y crecía ante mis ojos, dando vida a nuevos brotes que rellenaban el espacio que quedaba en el recipiente. Saber que no era más que una amalgama dendrítica de plata cristalizada poco hacía por disminuir lo maravillada que me sentía al ver un grumo de metal viviendo lo que parecía un proceso vegetativo.

En la pared opuesta, había un armadillo sobre un recipiente similar al que Mary había usado para alojar el *arbor Dianae*. El animal tenía la cola en la boca y su sangre se derramaba gota a gota sobre el plateado líquido de abajo. Busqué la siguiente imagen de la serie: el pájaro de Hermes que volaba hacia el enlace químico. El pájaro me recordó la ilustración del enlace del Ashmole 782.

—Creo que podría ser posible idear un método más rápido para obtener el mismo resultado —dijo Mary, volviendo a captar mi atención. Se sacó una pluma del pelo enredado, que le dejó un manchón negro sobre la oreja—. ¿Qué imaginas que sucedería si limáramos la plata antes de disolverla en el *aqua fortis*?

Pasamos una tarde agradable hablando sobre nuevas maneras de hacer el *arbor Dianae*, pero transcurrió demasiado rápido.

—¿Te veré el jueves? —preguntó Mary.

—Me temo que tengo otra obligación —respondí. Me esperaban en casa de Goody Alsop antes de la puesta de sol.

El rostro de Mary se ensombreció.

—¿El viernes, entonces?

—El viernes —convine.

—Diana —dijo Mary, vacilante—, ¿te encuentras bien?

—Sí —respondí, sorprendida—. ¿Parezco enferma?

—Estás pálida y pareces cansada —reconoció—. Como la mayoría de las madres, soy propensa a... Oh. —Mary se quedó callada de repente y su rostro adquirió un color rosa brillante. Bajó la vista hacia mi vientre y luego la levantó hacia mi cara—. Estás encinta.

—Tendré muchas preguntas que hacerte en los meses venideros —dije, y le tomé la mano para darle un apretón.

—¿De cuánto estás? —preguntó.

—No de mucho —respondí con deliberada vaguedad.

—Pero el niño no puede ser de Matthew. Un *wearh* es incapaz de engendrar un hijo —dijo Mary, llevándose la mano a la mejilla, maravillada—. ¿Matthew reconocerá al bebé, aunque no sea suyo?

Aunque Matthew me había advertido de que todo el mundo creería que el niño era de otro hombre, no habíamos hablado de cómo responder. Tendría que echar balones fuera.

—Él lo considera de su propia sangre —dije con firmeza. Al parecer, mi respuesta no hizo más que aumentar su preocupación.

—Tienes suerte de que Matthew sea tan abnegado en lo que se refiere a proteger a quienes lo necesitan. Y tú... ¿podrás amar al niño, aunque hayas sido tomada en contra de tu voluntad?

Mary pensaba que había sido violada... y tal vez que Matthew solo se había casado conmigo para protegerme del estigma de estar embarazada y soltera.

—El niño es inocente. No puedo rechazar su amor —dije, cuidándome de no desmentir ni confirmar las sospechas de Mary. Por suerte, esta se quedó satisfecha con la respuesta y, como era típico de ella, no investigó más—. Como podrás imaginar —añadí—, deseamos mantener el silencio sobre la noticia el mayor tiempo posible.

—Desde luego —convino Mary—. Haré que Joan te haga unas natillas suaves para fortalecerte la sangre, aunque son muy reconfortantes para el estómago si se toman por la noche, antes de dormir. A mí me ayudaron mucho en el último embarazo y parecía que me disminuían las náuseas matutinas.

—Hasta ahora he sido afortunada, ya que no me he visto aquejada de tal dolencia —dije, mientras cogía los guantes—. Matthew asegura que cualquier día me sobrevendrán.

—Hum —meditó Mary. Una sombra le nubló el rostro. Fruncí el ceño, preguntándome qué sería lo que le preocupaba ahora. Ella me vio la cara y sonrió abiertamente—. Deberías evitar fatigarte. Cuando vengas el viernes, no debes permanecer de pie demasiado tiempo, sino estar cómodamente sentada en un taburete mientras trabajamos —dijo Mary, mientras me colocaba bien la capa—. Aléjate de las corrientes de aire. Y haz que Françoise te haga una cataplasma para los pies si estos empiezan a hincharse. Te enviaré la receta con las natillas. ¿Puedo ofrecerte a mi barquero para que te lleve a Water Lane?

—¡Solo es un paseo de cinco minutos! —protesté, riendo. Finalmente, Mary me dejó ir andando, pero solo después de haberle asegurado que evitaría no solo las corrientes de aire, sino también el agua fría y los ruidos fuertes.

Aquella noche soñé que dormía bajo las ramas de un árbol que me nacía del útero. Las ramas me protegían de la luz de la luna mientras, allá arriba, un dragón volaba toda la noche. Al llegar a la luna, el dragón enroscó la cola alrededor de ella y el orbe plateado se volvió rojo.

Me desperté en una cama vacía, con las sábanas llenas de sangre.

—¡Françoise! —grité, al sentir un calambre repentino y agudo.

El que vino corriendo, sin embargo, fue Matthew. La devastadora expresión de su cara cuando llegó a mi lado confirmó mis temores.

Capítulo 23

TODAS hemos perdido algún bebé, Diana —dijo Goody Alsop, con tristeza—. Es un dolor que la mayoría de las mujeres conocen.

—¿Todas?

Eché un vistazo a la sala de estar de Goody Alsop para mirar a las brujas de la congregación de Garlickhythe.

Empezaron a salir historias a borbotones de bebés perdidos al nacer y de otros que habían muerto a los seis meses o a los seis años. Yo no conocía a ninguna mujer que hubiera sufrido un aborto..., o creía que no la conocía. ¿Alguna de mis amigas habría sufrido una pérdida así sin que yo lo supiera?

—Eres joven y fuerte —dijo Susanna—. No hay razón para pensar que no puedes concebir otro hijo.

Ninguna razón en absoluto, salvo por el hecho de que mi marido no volvería a tocarme hasta que hubiéramos regresado al mundo de los nacimientos controlados y las monitorizaciones fetales.

—Es posible —dije, encogiéndome de hombros de forma evasiva.

—¿Dónde está el señor Roydon? —preguntó Goody Alsop, en voz baja. Su espectro vagaba por la sala como si creyera que podía encontrarlo en los cojines del asiento de la ventana o sentado sobre el aparador.

—Fuera, atendiendo sus negocios —dije, ciñéndome más el chal. Era de Susanna y olía a azúcar quemado y manzanilla, exactamente como ella.

—He oído que estuvo en el Middle Temple Hall con Christopher Marlowe anoche. Viendo una obra, al parecer.

Catherine le pasó a Goody Alsop la caja de confites que había llevado.

—Los hombres ordinarios pueden languidecer terriblemente por un hijo perdido. No me sorprende que a un *wearh* se le haga especialmente difícil. Son posesivos, después de todo —manifestó la anciana, antes de extender la mano para coger algo rojo y gelatinoso—. Gracias, Catherine.

Las mujeres aguardaron en silencio, con la esperanza de que aceptara la prudente invitación de Goody Alsop y Catherine y les contara cómo lo estábamos afrontando Matthew y yo.

—Lo superará —dije escuetamente.

—Debería estar aquí —dijo Elizabeth, secamente—. ¡No veo razón alguna por la que su pérdida debiera ser más dolorosa que la tuya!

—Porque Matthew ha padecido mil años de vida con el corazón roto y yo solo treinta y tres —respondí, con idéntica sequedad—. Él es un *wearh*, Elizabeth. ¿Quieres saber si me gustaría que estuviera aquí, en lugar de ahí fuera, con Kit? Desde luego. ¿Y si pienso rogarle que se quede en El Venado y la Corona por mi bien? De ninguna manera.

Iba subiendo la voz a medida que mi dolor y frustración se desbordaban. Matthew había sido indudablemente dulce y sensible conmigo. Me había consolado mientras me enfrentaba a los cientos de frágiles sueños futuros que habían sido destruidos al perder a nuestro hijo.

Eran las horas que pasaba en otros sitios lo que me preocupaba.

—La cabeza me dice que Matthew ha de tener la oportunidad de llorarlo a su

manera. El corazón me dice que me ama aunque ahora prefiera estar con sus amigos. Solo deseo que pueda volver a tocarme sin tristeza. Sentía aquel pesar cuando me miraba, cuando me abrazaba, cuando me cogía de la mano. Era insoportable.

—Lo siento, Diana —dijo Elizabeth con expresión afligida.

—No pasa nada —le aseguré.

Pero sí pasaba. El mundo entero me parecía discordante y errado, con colores demasiado brillantes y sonidos demasiado estridentes que me sobresaltaban. Notaba el cuerpo hueco e, intentara lo que intentara leer, las palabras no lograban captar mi atención.

—Te veremos mañana, como habíamos dispuesto —dijo Goody Alsop con brío mientras las brujas se marchaban.

—¿Mañana? —fruncí el ceño—. No estoy de humor para hacer magia, Goody Alsop.

—Y yo no estoy de humor para irme a la tumba sin verte tejer tu primer hechizo, así que te esperaré cuando las campanas den las seis.

Aquella noche, me quedé observando fijamente el fuego mientras las campanas daban las seis y las siete y las ocho y las nueve y las diez. Cuando las campanas dieron las tres, oí un ruido en las escaleras. Pensando que se trataba de Matthew, acudí a la puerta. La escalera estaba vacía, pero sobre uno de los peldaños había una serie de objetos: un calcetín de bebé, una ramita de acebo y un pedazo de papel con un nombre de varón escrito. Me lo puse todo en el regazo mientras me hundía en uno de los desgastados escalones, arrebujándome en el chal.

Todavía estaba intentando figurarme qué significaban aquellas ofrendas y cómo habían llegado allí, cuando Matthew salió disparado escaleras arriba en una muda imagen borrosa. Se detuvo de repente.

—Diana.

Se pasó el dorso de la mano por la boca, con los ojos verdes y vidriosos.

—Al menos te alimentas cuando estás con Kit —dije, poniéndome en pie—. Me alegra saber que vuestra amistad incluye algo más que poesía y ajedrez.

Matthew puso la bota en el escalón, al lado de mis pies. Usó la rodilla para presionarme contra la pared, atrapándome con eficacia. Su aliento era dulce y ligeramente metálico.

—Por la mañana te odiarás a ti mismo —dije tranquilamente, volviendo la cabeza. Había aprendido a no salir corriendo cuando todavía tenía el penetrante olor de la sangre en los labios—. Kit debía haberse quedado contigo hasta que las drogas abandonaran tu cuerpo. ¿Toda la sangre de Londres tiene opiáceos?

Era la segunda noche seguida que Matthew salía con Kit y volvía a casa colocado hasta las cejas.

—No toda —ronroneó Matthew—, pero es la más fácil de conseguir.

—¿Qué es esto? —pregunté, levantando el calcetín, el acebo y el pergamino.

—Son para ti —dijo Matthew—. Cada noche llegan varios. Pierre y yo los recogemos antes de que te despiertes.

—¿Desde cuándo?

No me fiaba tanto de mí misma como para decir nada más.

—Hace dos semanas, cuando te reuniste con el Rede. La mayoría son peticiones de ayuda. Desde que... Desde el lunes también te llegan regalos —añadió Matthew, extendiendo la mano—. Me ocuparé de esto.

Yo apreté más la mano sobre el corazón.

—¿Dónde está el resto?

La boca de Matthew se tensó, pero me enseñó dónde los guardaba: en una caja en el desván, metida bajo uno de los bancos. Rebusqué entre el contenido, que, en cierto modo, era similar a lo que Jack sacaba de los bolsillos cada noche: botones, trozos de cintas, un pedazo de porcelana rota. Había también mechones de pelo y docenas de cachitos de papel con nombres escritos. Aunque eran invisibles para la mayoría de los ojos, podía ver los hilos desgarrados que colgaban de cada tesoro, todos ellos esperando a ser atados, unidos o remendados de otra forma.

—Son peticiones para que haga magia —dije, levantando la vista hacia Matthew—. No deberías habérmelo ocultado.

—No quiero que hagas hechizos para todas las criaturas de la ciudad de Londres —respondió Matthew, y sus ojos se oscurecieron.

—¡Bueno, y yo no quiero que cenés fuera todas las noches antes de irte a beber con tus amigos! —repliqué—. Soy una bruja, Matthew. Las peticiones como estas tienen que ser tratadas con cuidado. Mi seguridad depende de mis relaciones con nuestros vecinos. No puedo ir por ahí robando barcas como Gallowglass ni gruñéndole a la gente.

—Milord.

Pierre apareció en el otro extremo del ático, donde una estrecha escalera bajaba en espiral hasta una salida oculta detrás de las enormes bañeras de las lavanderas.

—¿Qué? —preguntó Matthew con impaciencia.

—Agnes Sampson ha muerto. —Pierre parecía asustado—. La llevaron a Castlehill, Edimburgo, el sábado, la ejecutaron con garrote y luego quemaron su cuerpo.

—Dios santo.

Matthew palideció.

—Hancock dijo que estaba completamente muerta antes de que encendieran la madera. No debió de sentir nada —continuó Pierre. Era un pequeño acto de clemencia, de los que no siempre se concedían a una bruja condenada—. Se negaron a leer vuestra carta, milord. A Hancock le dijeron que dejara de hacer política escocesa para el rey de Escocia si no quería que le pusieran los tornillos a él la próxima vez que se dejara ver por Edimburgo.

—¿Por qué no puedo solucionar esto?

Matthew explotó.

—Así que no es solo la pérdida del bebé lo que te ha llevado hacia la oscuridad de Kit. También te estás escondiendo de lo que sucede en Escocia.

—No importa lo duro que trabaje para solucionar las cosas, al parecer no puedo romper este maldito patrón —dijo Matthew—. Antes, como espía de la reina, me deleitaba con los problemas de Escocia. Como miembro de la Congregación, consideraba la muerte de Sampson como un precio aceptable que había que pagar para mantener el *statu quo*. Pero ahora...

—Ahora estás casado con una bruja. Y todo parece distinto.

—Sí. Estoy atrapado entre lo que en su día creía y lo que ahora considero más querido, entre lo que una vez defendí orgullosamente como una verdad absoluta y la magnitud de lo que ya no sé.

—Volveré a la ciudad —dijo Pierre, volviéndose hacia la puerta—. Podría haber algo más que descubrir.

Estudié el rostro cansado de Matthew.

—No puedes esperar entender todas las tragedias de la vida, Matthew. Yo también desearía que todavía tuviéramos el bebé. Y sé que ahora mismo parece imposible, pero eso

no quiere decir que no haya un futuro que esperar: uno en el que nuestros hijos y nuestra familia estén a salvo.

—Un aborto tan temprano es casi siempre signo de una anomalía genética que hace que el feto no evolucione. Si ha sucedido una vez... —Su voz se apagó.

—Hay anomalías genéticas que no comprometen al bebé —señalé—. Mírame a mí, por ejemplo.

Yo era una quimera con un ADN mal emparejado.

—No puedo soportar perder otro hijo, Diana. Simplemente... no puedo.

—Lo sé —respondí. Estaba más que cansada y deseaba tanto el bendito olvido del sueño como él. Yo nunca había conocido a mi hijo como él había conocido a Lucas y, aun así, el dolor era insoportable—. Tengo que estar en casa de Goody Alsop esta noche a las seis —añadí, levantando la vista hacia él—. ¿Vas a salir con Kit?

—No —dijo Matthew en voz baja. Acto seguido, apretó los labios contra los míos fugazmente y con tristeza—. Iré contigo.

Matthew fue fiel a su palabra y me escoltó hasta la casa de Goody Alsop antes de ir a El Anarino de Oro con Pierre. De la forma más cortés posible, las brujas le explicaron que los *wearhs* no eran bien recibidos. Guiar con éxito a una bruja en su hechizo iniciático requería una considerable acumulación de energía sobrenatural y mágica. Los *wearhs* no harían más que estorbar.

Mi tía Sarah habría observado con muchísima atención cómo Susanna y Marjorie preparaban el círculo sagrado. Algunas de las sustancias y del material que usaban me resultaban conocidos, como la sal que salpicaban sobre las tablas del suelo para purificar el espacio, pero otras no. El instrumental de bruja de Sarah estaba compuesto por dos cuchillos (uno con el mango negro y otro blanco), el grimorio Bishop y varias hierbas y plantas. Las brujas isabelinas requerían mayor variedad de objetos para ejecutar su magia, incluidas escobas. Nunca había visto a una bruja con una escoba salvo en Halloween, cuando estas eran de rigor, al igual que los sombreros puntiagudos.

Cada una de las brujas de la congregación de Garlickhythe había llevado una escoba única a casa de Goody Alsop. La de Marjorie estaba hecha de una rama de cerezo. En la parte superior del palo, alguien había tallado glifos y símbolos. En lugar de las habituales cerdas, Marjorie había atado hierbas secas y ramitas a la parte de abajo, donde el mástil central se dividía en ramas más finas. Me dijo que las hierbas eran importantes para su magia: la agrimonia, para romper encantamientos; la matricaria, que parecía hecha de encaje, todavía con sus flores blancas y amarillas, para proteger, y los robustos tallos de romero con sus glaucas hojas, para purificar y aportar claridad. La escoba de Susanna estaba hecha de olmo, que simbolizaba las fases de la vida, desde el nacimiento a la muerte, y estaba relacionada con su profesión de comadrona. Además, tenía plantas atadas al palo: las carnosas hojas verdes de la lengua de serpiente, para sanar; los espumosos racimos de flores blancas del eupatorio, para proteger, y las puntiagudas hojas de senecio, para la buena salud.

Marjorie y Susanna vertieron cuidadosamente la sal en el sentido de las agujas del reloj, hasta que los finos granos cubrieron cada centímetro de suelo. La sal no solo limpiaría el espacio, según explicó Marjorie, sino que además lo conectaría con la tierra para que mi poder no se desperdigara por el mundo una vez que fuera totalmente liberado.

Goody Alsop cubrió las ventanas, las puertas..., hasta la chimenea. A los fantasmas

de la casa les dieron la opción de quitarse de en medio quedándose entre las vigas del techo o buscar refugio temporal con la familia que vivía en el piso de abajo. Como no deseaban perderse nada y estaban un poco celosos del espectro, que no tenía más opción que permanecer al lado de su señora, los fantasmas empezaron a revolotear entre las vigas, cuchicheando sobre si alguno de los residentes de Newgate Street tendría un momento de paz ahora que los espectros de la medieval reina Isabella y una asesina llamada *lady* Agnes Hungerford habían retomado sus riñas.

Elizabeth y Catherine me tranquilizaron —y ahogaron los espantosos detalles de las terribles hazañas y la muerte de *lady* Agnes— compartiendo algunas de sus aventuras mágicas y haciéndome hablar largo y tendido sobre mí misma. Elizabeth estaba impresionada por cómo había canalizado el agua que corría bajo el huerto de Sarah, atrayéndola hacia las palmas de las manos gota a gota. Y Catherine cacareó con deleite cuando les conté que, una vez, un arco y una flecha reposaban pesados en mis manos cuando, de repente, había brotado un chorro de fuego mágico.

—La luna ha salido —dijo Marjorie, con la redonda cara rosada rebosante de expectación. Las contraventanas estaban cerradas, pero ninguna de las otras brujas la cuestionó.

—Ha llegado el momento, entonces —dijo Elizabeth con tono de eficiencia, sin rodeos.

Las brujas recorrieron una a una todas las esquinas de la habitación rompiendo ramitas de sus escobas y dejándolas allí. Pero no se trataba de montones al azar. Habían situado las ramas de tal manera que se superponían y formaban un pentágono, la estrella de cinco puntas de las brujas.

Goody Alsop y yo tomamos posiciones en el centro del círculo. Aunque los límites eran invisibles, eso cambiaría cuando las otras brujas se situaran en los lugares designados. Una vez que lo hubieron hecho, Catherine murmuró un hechizo y una línea de fuego curva viajó de bruja en bruja y cerró el círculo.

El poder manaba del centro. Goody Alsop me había advertido que lo que estábamos haciendo esa noche invocaba magia ancestral. Pronto la demoledora ola de energía fue sustituida por algo que me hacía cosquillas y emitía chasquidos como mil miradas de bruja.

—Echa un vistazo en derredor con tu ojo de bruja y dime qué ves —dijo Goody Alsop.

Cuando mi tercer ojo se abrió, creo que esperaba ver que el propio aire había cobrado vida y que cada una de sus partículas estaba llena de posibilidades. En lugar de ello, me topé con que la habitación estaba llena de filamentos mágicos.

—Hilos —dije—, como si el mundo no fuera más que un tapiz.

Goody Alsop asintió.

—Ser una tejedora implica estar atada al mundo que te rodea y verlo en forma de hebras y colores. Mientras que algunos lazos ponen grilletes a tu magia, otros uncen el poder de tu sangre a los cuatro elementos y los grandes misterios que yacen tras ellos. Las tejedoras aprenden a liberarse de las ataduras que las retienen y usan el resto.

—Pero no sé cómo distinguirlos.

Cientos de hebras rozaban contra mis sayas y mi corpiño.

—Pronto las pondrás a prueba, como un pájaro pone a prueba sus alas, para descubrir qué secretos guardan para ti. Ahora, nos limitaremos a cortarlas todas, para que puedan regresar a ti sin ataduras. Mientras corto las hebras, debes resistir la tentación de abrazar el poder que te rodea. Dado que eres una tejedora, querrás arreglar lo que está roto.

Libera tus pensamientos y vacía tu mente. Haz que el poder haga lo que desee.

Goody Alsop me soltó el brazo y empezó a tejer su hechizo con ruidos que no guardaban semejanza alguna con el habla, pero que me resultaban extrañamente familiares. Cada vez que emitía un sonido, veía que los filamentos se alejaban de mí, enrollándose y girando. Un rugido me llenó los oídos. Mis brazos respondieron al sonido como si se tratase de una orden, levantándose y estirándose hasta que me quedé en la misma posición en forma de te en que me había puesto Matthew en la casa de las Bishop cuando había atraído el agua que había bajo el huerto de Sarah.

Los filamentos mágicos —todas aquellas hebras de poder que podía tomar prestadas pero con las que no podía quedarme— regresaron reptando a mí como si estuvieran hechas de limaduras de hierro y yo fuera un imán. Mientras acudían a mis manos para reposar en ellas, luché contra la necesidad de cerrar los puños alrededor y atraparlas. El deseo de hacerlo era intenso, como Goody Alsop había vaticinado que ocurriría, pero dejé que se deslizaran por mi piel como los lazos de satén de las historias que mi madre me contaba cuando era niña.

Hasta el momento, todo había acontecido como Goody Alsop había predicho. Pero, como nadie podía saber lo que ocurriría cuando mis poderes tomaran forma, las brujas que rodeaban el círculo se prepararon para enfrentarse a lo desconocido. Goody Alsop me había advertido que no todas las tejedoras hacían que se manifestara su espíritu familiar en el hechizo iniciático, así pues, no debía esperar que apareciera alguno. Pero durante los últimos meses, la vida me había enseñado que lo inesperado era más probable que improbable cuando yo andaba cerca.

El rugido se intensificó y el aire se revolvió. Una bola de energía giratoria pendía justo sobre mi cabeza. Aunque se alimentaba de la fuerza de la habitación, su propio centro continuaba hundiéndose, como si fuera un agujero negro. Mi ojo de bruja se cerró con fuerza para evitar aquella visión vertiginosa y turbulenta.

Algo palpitó en medio de la tormenta, se liberó y adquirió una forma imprecisa. Tan pronto lo hizo, Goody Alsop se quedó en silencio. Acto seguido, me dirigió una última y larga mirada antes de dejarme sola en medio del círculo.

Se oyó un batir de alas y el latigazo de una cola con púas. Un hálito caliente y húmedo me lamió la mejilla. Una criatura transparente con una cabeza reptiloide de dragón se sostenía en el aire, golpeando las vigas con sus brillantes alas y haciendo que los fantasmas huyeran en busca de refugio. Solo tenía dos patas y las garras curvadas de sus pies tenían un aspecto tan mortífero como las púas que cubrían su largo rabo.

—¿Cuántas patas tiene? —gritó Marjorie, que no veía bien desde su posición—. ¿Es un dragón normal y corriente?

«¿Un dragón normal y corriente?».

—Es un dragón escupefuego —dijo Catherine, maravillada. Acto seguido, levantó los brazos dispuesta a pronunciar un hechizo protector si este decidía atacar. Elizabeth Jackson movió también los brazos.

—¡Esperad! —gritó Goody Alsop, interrumpiendo su magia—. Diana todavía no ha completado el tejido. Tal vez encuentre la manera de amansarla.

«¿Amansarla?» Miré a Goody Alsop, incrédula. Ni siquiera tenía claro si la criatura que se hallaba ante mí era material o espiritual. Parecía real, pero podía ver a través de ella.

—No sé qué hacer —dije, empezando a entrar en pánico. Cada vez que la criatura batía las alas, esparcía una lluvia de chispas y gotas de fuego por la habitación.

—Algunos conjuros comienzan con una idea, otros con una pregunta. Hay muchas

maneras de pensar en lo que viene después: hacer un nudo, liar una cuerda, incluso forjar una cadena como la que hiciste entre tú y tu *wearh* —dijo Goody Alsop en voz queda y tranquilizadora—. Deja que el poder fluya por ti.

El dragón bramó impaciente, extendiendo las patas hacia mí. ¿Qué buscaba? ¿Una oportunidad para atrapar me y sacarme de la casa? ¿Un lugar cómodo para posarse y descansar las alas?

El suelo crujió bajo mis pies.

—¡Hazte a un lado! —gritó Marjorie.

Me moví justo a tiempo. Inmediatamente después, un árbol surgió del sitio donde, hasta hacía poco, mis pies habían estado plantados. El tronco se elevó y se dividió en dos oscuras ramas que, a su vez, dieron lugar a otras. Las puntas de los brotes se transformaron en hojas verdes, luego aparecieron capullos blancos y, finalmente, bayas rojas. En cuestión de segundos, me encontraba bajo un árbol hecho y derecho, un árbol que florecía y daba frutos al mismo tiempo.

Los pies del dragón escupefuego se aferraron a las ramas superiores del árbol. Por un momento pareció posarse. Una rama crujió y se quebró. El dragón se elevó de nuevo en el aire, con un nudoso pedazo de árbol firmemente sujeto entre las garras, sacó rápidamente la lengua en un latigazo de fuego y el árbol empezó a arder. Había muchísimos objetos inflamables en la habitación: los suelos y los muebles de madera, los tejidos que vestían las brujas... Solo lograba pensar en que debía hacer que el fuego dejara de extenderse. Necesitaba agua y en grandes cantidades.

Noté algo pesado en la mano derecha. Bajé la vista, esperando ver un cubo. En lugar de ello, estaba sosteniendo una flecha. Fuego mágico. ¿Pero para qué me serviría más fuego?

—¡No, Diana! ¡No intentes hacer el hechizo! —me advirtió Goody Alsop.

Vacíé la mente de pensamientos de lluvia y ríos. En cuanto lo hice, mi instinto tomó el control y mis dos brazos se elevaron delante de mí, mi mano derecha retrocedió y, cuando abrí los dedos, la flecha voló hacia el corazón del árbol. Las llamas se elevaron altas y con rapidez, cegándome. El calor amainó y, cuando recobré la vista, me encontré sobre la cima de una montaña bajo un vasto cielo estrellado. Una enorme luna creciente colgaba baja en los cielos.

—Te he estado esperando.

La voz de la diosa era poco más que una brisa. Llevaba unas vestiduras suaves y el cabello le caía en cascada por la espalda. No había rastro de sus armas habituales, pero un gran perro caminaba a su lado con paso suave. Era tan grande y negro que bien podría ser un lobo.

—Sois vos —exclamé, mientras una sensación de temor me oprimía el corazón. Llevaba esperando ver a la diosa desde que había perdido al bebé—. ¿Os habéis llevado a mi hijo a cambio de haber salvado la vida de Matthew?

Aquella pregunta fue enunciada en parte con furia y en parte con desesperación.

—No. Esa deuda está saldada. Ya me he llevado a otro. Un niño muerto no me sirve de nada.

Los ojos de la cazadora eran verdes como los primeros brotes de los sauces en primavera.

Se me heló la sangre.

—¿Qué vida os habéis llevado?

—La tuya.

—¿La mía? —pregunté, paralizada—. ¿Estoy... muerta?

—Desde luego que no. La muerte pertenece a otro. Es la vida lo que busco —aseguró la cazadora con voz súbitamente penetrante y radiante como un rayo de luna—. Me prometiste que podría llevarme a quien quisiera o lo que quisiera a cambio de la vida de tu amado. Te elijo a ti. Y todavía no he acabado contigo —dijo la diosa, dando un paso atrás—. Me has entregado tu vida, Diana Bishop. Ahora es el momento de hacer uso de ella.

Un chillido en las alturas me alertó de la presencia del dragón escupecfuego. Levanté la vista, intentando divisarlo por encima de la luna. Cuando parpadeé, su perfil se hizo perfectamente visible contra el techo de la casa de Goody Alsop. Había vuelto a la casa de la bruja, ya no estaba en la yerma cima de una colina con la diosa. El árbol había desaparecido y ya no era más que un montón de cenizas. Volví a parpadear.

El dragón me devolvió el pestañeo. Tenía unos ojos tristes y familiares: negros, con el iris plateado en lugar de blanco. Este emitió otro grito estridente y abrió las garras. La rama del árbol cayó en mis brazos. Era como el astil de la flecha, más pesada y sólida de lo que su tamaño sugería. El dragón escupecfuego inclinó la cabeza y de sus fosas nasales salieron unas volutas de humo. Me sentí tentada a levantar la mano y tocarlo para saber si su piel era cálida y suave como la de una serpiente, pero algo me decía que el gesto no sería bien recibido. No quería asustarlo. Podía retroceder y atravesar el tejado con la cabeza. Y ya estaba suficientemente preocupada por el estado de la casa de Goody Alsop tras lo del árbol y el fuego.

—Gracias —susurré.

El dragón respondió con un leve y cantarín gemido de fuego. Luego me estudió con aquellos ancestrales y sabios ojos plateados y negros, mientras movía la cola adelante y atrás, pensativamente. Finalmente, estiró al máximo las alas antes de apretarlas alrededor del cuerpo y desaparecer.

Todo lo que quedó del dragón escupecfuego fue un hormigueo en las costillas que, en cierto modo, me decía que este estaba dentro de mí, esperando a que lo necesitara. Con el peso de aquella bestia en mi interior, caí de rodillas y la rama golpeó el suelo. Las brujas corrieron hacia mí.

La primera en llegar a mi lado fue Goody Alsop, que extendió los brazos para abrazarme con fuerza.

—Lo has hecho bien, niña, lo has hecho bien —susurró. Elizabeth ahuecó la mano y, con unas cuantas palabras, la transformó en un somero cucharón de plata lleno de agua. Bebí de él y, cuando el recipiente se vació, volvió a ser simplemente una mano.

—Este es un gran día, Goody Alsop —dijo Catherine, con el rostro coronado de sonrisas.

—Así es, y bastante duro para una bruja tan joven —añadió Goody Alsop—. No haces nada a medias, Diana Roydon. Para empezar, no eres una bruja ordinaria, sino una tejedora. Y luego tejes un hechizo que invoca un serbal simplemente para amansar a un dragón. Si lo hubiera presagiado, no me lo habría creído.

—He visto a la diosa —anuncié, mientras me ayudaban a levantarme— y a un dragón.

—Eso no era un dragón —dijo Elizabeth.

—Solo tenía dos patas —explicó Marjorie—. Eso la convierte no solo en una criatura de fuego, sino también de agua, capaz de moverse entre los elementos. El dragón es la unión de los polos opuestos.

—Lo que es cierto para el dragón de fuego, lo es también para el serbal —afirmó Goody Alsop, sonriendo con orgullo—. No todos los días un serbal extiende sus ramas hasta un mundo mientras sus raíces permanecen en otro.

A pesar del alegre parloteo de las mujeres que me rodeaban, me sorprendí pensando en Matthew, que esperaba noticias en El Ansarino de Oro. Mi tercer ojo se abrió para buscar una hebra hecha de otras dos, una negra y una roja, hacerle atravesar la habitación, la cerradura y la oscuridad que había más allá. Le di un tirón y la cadena que estaba dentro de mí respondió con un amable repiqueteo.

—Si no estoy muy equivocada, el señor Roydon acudirá en breve para recoger a su esposa —dijo Goody Alsop, secamente—. Será mejor que te levantemos o creará que no es fiable dejarte con nosotras.

—Matthew puede ser muy protector —dije, excusándome—. Más aún desde que...

—Nunca he conocido a un *wearh* que no lo fuera. Es su naturaleza —aseguró Goody Alsop, ayudándome a levantarme. El aire se había vuelto a llenar de partículas que me rozaban suavemente la piel cuando me movía.

—El señor Roydon no tiene nada que temer en este caso —dijo Elizabeth—. Nos aseguraremos de que puedas encontrar el camino de vuelta de la oscuridad, exactamente como tu dragón escupefuego.

—¿Qué oscuridad?

Las brujas se quedaron en silencio.

—¿Qué oscuridad? —repetí, dejando a un lado la fatiga.

Goody Alsop suspiró.

—Hay algunas brujas, muy pocas brujas, que se pueden mover entre este mundo y el que está por venir.

—Viajeras del tiempo —dije, asintiendo—. Sí, lo sé. Yo soy una de ellas.

—No entre esta *época* y la que está por venir, Diana, sino entre este *mundo* y el que está por venir —dijo Marjorie, señalando la rama que estaba a mis pies—. Entre la vida... y la muerte. Tú puedes estar en ambos mundos. Por eso te ha elegido el serbal, no el aliso o el abedul.

—Nos preguntábamos si este podría ser el caso. Has sido capaz de concebir al hijo de un *wearh*, después de todo —dijo Goody Alsop mientras me observaba con atención. La sangre había abandonado mi rostro—. ¿Qué sucede, Diana?

—Los membrillos. Y las flores —recordé. Se me aflojaron de nuevo las piernas, pero seguí en pie—. El zapato de Mary Sidney. Y el roble de Madison.

—Y el *wearh* —añadió Goody Alsop dulcemente, entendiéndome sin necesidad de que le dijera nada—. Son muchas las señales que apuntan hacia la verdad.

Un golpeteo ahogado se oyó en el exterior.

—Él no debe saberlo —dije imperiosamente, mientras tomaba a Goody Alsop de la mano—. No ahora. Ha pasado muy poco tiempo desde lo del bebé y Matthew no quiere verme mezclada en asuntos de vida y muerte.

—Es un poco tarde para eso —respondió la anciana, con tristeza.

—¡Diana!

Los puños de Matthew aporrearon la puerta.

—El *wearh* va a partir la puerta en dos —comentó Marjorie—. El señor Roydon no será capaz de romper el hechizo vinculante para entrar, pero la puerta hará un ruido tremendo cuando ceda. Piensa en tus vecinos, Goody Alsop.

Goody Alsop hizo un gesto con la mano. El aire se hizo más denso y luego se relajó.

Matthew estuvo de pie ante mí en un suspiro. Sus ojos grises me examinaron.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Si Diana quiere que lo sepáis, os lo contará —dijo Goody Alsop. Luego se volvió hacia mí—. Teniendo en cuenta los hechos acaecidos hoy, creo que deberías pasar algún tiempo con Catherine y Elizabeth mañana.

—Gracias, Goody —murmuré, agradecida porque no hubiera revelado mis secretos.

—Un momento —dijo Catherine, mientras se acercaba a la rama de serbal y quebraba una fina rama—. Coge esto. Deberías llevar un trozo contigo a todas horas como talismán.

Catherine me puso el trozo de madera en la palma de la mano.

No solo Pierre, sino también Gallowglass y Hancock nos estaban esperando en la calle. Me metieron apresuradamente en un bote que esperaba al fondo de Garlic Hill. Cuando estuvimos de regreso de nuevo en Water Lane, Matthew los echó a todos y nos quedamos solos en la bendita quietud de nuestra alcoba.

—No necesito saber qué ha sucedido —dijo Matthew con aspereza, cerrando la puerta tras él—. Solo necesito saber que de verdad estás bien.

—De verdad estoy bien.

Le di la espalda para que pudiera aflojarme los cordones del corpiño.

—Tienes miedo de algo. Puedo olerlo.

Matthew me dio la vuelta para verme la cara.

—Tengo miedo de lo que podría descubrir sobre mí misma.

Lo miré directamente a los ojos.

—Descubrirás tu verdad.

Parecía tan seguro, tan despreocupado. Pero no sabía nada del dragón escupezuego ni del serbal, ni de lo que significaban para una tejedora. Matthew tampoco sabía que mi vida pertenecía a la diosa, ni que era así en virtud del trato que había hecho para salvarlo.

—¿Y si me convierto en una persona que no te gusta?

—Eso no es posible —me aseguró, mientras me atraía hacia él.

—¿Aunque descubriéramos que llevo en la sangre los poderes de la vida y la muerte?

Matthew se alejó.

—El hecho de que te salvara en Madison no fue una casualidad, Matthew. También insuflé vida a los zapatos de Mary..., al igual que se la arrebaté al roble de Sarah y a aquellos membrillos.

—La vida y la muerte son grandes responsabilidades —replicó Matthew. Sus ojos de color verde grisáceo estaban tristes—. Pero te amaré igualmente. Olvidas que yo también tengo poder sobre la vida y la muerte. ¿Cómo era lo que me dijiste aquella noche que me fui de caza en Oxford? Dijiste que no había diferencia entre nosotros. «De vez en cuando yo como perdiz. De vez en cuando tú te alimentas de ciervos».

»Tú y yo somos más parecidos de lo que cualquiera de los dos imaginábamos— añadió Matthew—. Pero si tú puedes pensar bien de mí, sabiendo lo que sabes sobre lo que he hecho en el pasado, entonces debes permitirme pensar igual de ti.

De pronto sentí la necesidad de compartir mis secretos.

—Había un dragón escupezuego y un árbol...

—Y lo único que importa es que estás sana y salva en casa —dijo, antes de hacerme callar con un beso.

Matthew me estuvo abrazando tanto tiempo y con tal fuerza que, durante un

maravilloso instante, casi le creí.

Al día siguiente fui a la casa de Goody Alsop para reunirme con Elizabeth Jackson y Catherine Streeter, como había prometido. Annie me acompañó, pero la enviaron a casa de Susanna a esperar hasta que finalizara la lección.

La rama de serbal estaba apoyada en una esquina. Por lo demás, la habitación tenía un aspecto totalmente anodino y en absoluto parecía un lugar donde las brujas dibujaran círculos sagrados o invocaran dragones escupezuego. Aun así, esperaba que hubiera algún otro signo visible de que estábamos a punto de hacer magia: un caldero, quizás, o velas de colores que representaran a los elementos.

Goody Alsop señaló la mesa, donde habían colocado cuatro sillas.

—Ven, Diana, y siéntate. Hemos pensado que deberíamos empezar por el principio. Háblanos de tu familia. Es mucho lo que se descubre al indagar sobre el linaje de una bruja.

—Pero yo creía que me ibais a enseñar a tejer hechizos con fuego y agua.

—¿Qué es la sangre sino fuego y agua? —dijo Elizabeth.

Tres horas después de que me hubieran disuadido, estaba agotada de desenterrar recuerdos de la infancia: la sensación de que me vigilaban, la visita de Peter Knox a casa, la muerte de mis padres. Pero las tres brujas no se conformaron con eso. También reviví cada instante del instituto y de la universidad: los daimones que me seguían, los pocos hechizos que lograba hacer sin demasiados problemas, los extraños acontecimientos que habían comenzado justo después de conocer a Matthew... Si todos ellos tenían algo en común, yo no conseguí vislumbrarlo, pero Goody Alsop me despidió asegurándome que pronto tendrían un plan.

Me arrastré hasta el castillo de Baynard. Mary me hizo sentarme en un sillón y rechazó mi ayuda, insistiendo en que debía descansar mientras ella intentaba descubrir cuál era el problema de nuestra hornada de *prima materia*. Se había puesto toda negra y pringosa, y tenía una fina capa de mugre verdosa encima.

Mi mente empezó a divagar mientras Mary trabajaba. El día era soleado y un rayo de luz se filtró en el aire lleno de humo para posarse en el mural que representaba al dragón alquímico. Me eché hacia delante en la silla.

—No —dije—. No puede ser.

Pero lo era. El dragón no era un simple dragón, porque solo tenía dos patas. Era un dragón escupezuego y tenía la punzante cola en la boca, como el uróboros del estandarte de los De Clermont. La cabeza del dragón estaba inclinada hacia el cielo y sostenía una media luna entre los dientes. Una estrella de varias puntas se elevaba sobre él. «El emblema de Matthew». ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Qué sucede, Diana? —preguntó Mary, con el ceño fruncido.

—¿Harías algo por mí, Mary, aunque se trate de una petición extraña?

Empecé a desatarme los cordones de las muñecas en anticipación a su respuesta.

—Por supuesto. ¿Qué necesitas?

El dragón vertía serpenteantes goterones de sangre en el recipiente alquímico que tenía bajo las alas. Allí la sangre nadaba en un mar de mercurio y plata.

—Quiero que tomes mi sangre y la pongas en una solución de *aqua fortis*, plata y mercurio —dije. Los ojos de Mary fueron de mí al dragón escupezuego y regresaron—. Porque ¿qué es la sangre sino fuego y agua, una conjunción de elementos opuestos, además de un enlace químico?

—Muy bien, Diana —accedió Mary, desconcertada. Pero no hizo más preguntas.

Apreté el dedo con seguridad sobre la cicatriz que tenía en la cara interna del brazo. Esa vez no necesitaba ningún cuchillo. La piel se separó, como sabía que sucedería, y la sangre manó simplemente porque la necesitaba. Joan se acercó presurosa con un cuenquito para recoger el líquido rojo. Allá arriba, en la pared, los ojos plateados y negros del dragón siguieron las gotas mientras caían.

«Empieza con la ausencia y el deseo, empieza con sangre y miedo», susurré.

«Empieza con el descubrimiento de las brujas», respondió el tiempo en un eco primigenio que encendió las hebras azules y ambarinas que titilaban sobre las paredes de piedra de la habitación.

Capítulo 24

PIENSA esa cosa seguir haciendo eso?

Me puse en pie frunciendo el ceño y con las manos en las caderas, mientras alzaba la vista hacia el techo de la casa de Susanna.

—«Ella», Diana. Tu dragón es hembra —dijo Catherine, que también estaba mirando al techo, pasmada.

—Ella. Eso. Esa cosa —repliqué, señalando hacia arriba. Estaba intentando tejer un hechizo, cuando mi dragón había abandonado su confinamiento dentro de mi caja torácica. Otra vez. Ahora estaba pegada al techo, exhalando ráfagas de humo y haciendo castañetear los dientes, agitada—. No puedo tenerlo, tenerla, volando por la habitación cada vez que le apetece —señalé. Las repercusiones serían serias si se escapaba en Yale, entre los estudiantes.

—El hecho de que tu dragón escudefuego se libere es simplemente un síntoma de un problema mucho más serio —me aseguró Goody Alsop, mientras me tendía un puñado de hebras de seda de vivos colores anudado en la parte superior. Los extremos caían sueltos como los lazos de un mayo y sumaban nueve entre todos: rojo, blanco, negro, plata, oro, verde, marrón, azul y amarillo.

Eres una tejedora y debes aprender a controlar tu poder.

—Soy muy consciente de ello, Goody Alsop, pero todavía no veo cómo esos... hilos para bordar... pueden ayudar —dije, porfiadamente. El dragón escudefuego graznó para darme la razón haciéndose más corpóreo con el sonido, para regresar de inmediato a su típico contorno ahumado.

—¿Y qué sabes tú de ser una tejedora? —preguntó Goody Alsop, bruscamente.

—No mucho —confesé.

—Diana debería beber esto antes —recomendó Susanna, aproximándose a mí con una taza humeante. Los aromas de la manzanilla y la menta llenaron el aire. Mi dragón inclinó la cabeza con interés—. Es una pócima calmante y puede que tranquilice a su bestia.

—El dragón no me preocupa demasiado —dijo Catherine con desdén—. Hacer que obedezcan siempre es difícil, tanto como intentar poner freno a un daimón que está empeñado en hacer alguna diablura.

Pensé que, para ella, era fácil decirlo. No tenía que persuadir a la bestia para que volviera a meterse en el interior.

—¿Qué plantas lleva la tisana? —pregunté, mientras bebía un sorbo del brebaje de Susanna. Tras lo del té de Marthe, desconfiaba un poco de los mejunjes de hierbas. La pregunta no hacía más que abandonar mi boca, cuando en la taza empezaron a florecer brotes de menta, flores de manzanilla de olor pajizo, espumosa Angélica y algunas hojas duras y brillantes que no supe identificar. Dejé escapar un improperio.

—¿Lo veis? —exclamó Catherine, señalando la taza—. Es como yo os dije. Cuando Diana hace una pregunta, la diosa la responde.

Susanna observó la jícara, alarmada, mientras esta crujía bajo la presión de las raíces que se hinchaban.

—Creo que tienes razón, Catherine. Pero si su propósito es tejer y no romper cosas, necesitará formular mejores preguntas.

Goody Alsop y Catherine habían resuelto el secreto de mi poder: este se hallaba inconvenientemente unido a mi curiosidad. Ahora ciertos hechos tenían más sentido. Mi mesa blanca con las piezas de puzle de vivos colores que venían a mi rescate cada vez que tenía un problema, la mantequilla que salía volando de la nevera de Sarah, en Madison, cuando me preguntaba si había más... Incluso la extraña aparición del Ashmole 782 en la biblioteca Bodleiana podía ser explicada: cuando rellené el papel de la solicitud, me pregunté qué podría haber en el libro. Incluso unas horas antes, el simple hecho de cavilar sobre quién habría escrito uno de los hechizos del grimorio de Susanna había hecho que la tinta se desligara de la página y volviera a cobrar forma sobre la mesa, al lado de él, imitando con exactitud el aspecto de su abuela.

Le prometí a Susanna volver a poner las palabras en su sitio en cuanto descubriera cómo hacerlo.

Así fue como supe que la práctica de la magia no era diferente a la práctica de la historia. El truco de ambas no era encontrar las respuestas correctas, sino formular las mejores preguntas.

—Háblanos de nuevo sobre la invocación del agua mágica, Diana, y la flecha y el arco que aparecen cuando alguien a quien amas está en peligro —sugirió Susanna—. Puede que eso nos proporcione algún método que podamos seguir.

Relaté lo que había sucedido la noche en que Matthew me había dejado en Sept-Tours, cuando el agua había salido de mí como si se tratase de una riada, y de la mañana en el huerto de Sarah, cuando había visto las venas de agua subterráneas. Y expuse con todo detalle las veces que el arco había aparecido, incluso cuando no existía flecha o cuando sí existía, pero yo no la había disparado. Cuando terminé, Catherine exhaló un suspiro de satisfacción.

—Ya veo el problema. Diana no está del todo presente a menos que esté protegiendo a alguien o cuando la obligan a enfrentarse a sus miedos —observó Catherine—. Siempre le está dando vueltas al pasado o haciéndose preguntas sobre el futuro. Una bruja debe estar completamente en el aquí y ahora para hacer magia.

Mi dragón escudefuego batió las alas para darle la razón, repartiendo cálidas ráfagas de aire por toda la habitación.

—Matthew siempre creyó que había una conexión entre mis emociones, mis necesidades y mi magia —confesé.

—En ocasiones me pregunto si ese *wearh* no será medio brujo —dijo Catherine. Las otras se echaron a reír ante la ridícula idea de que el hijo de Ysabeau de Clermont tuviera siquiera una gota de sangre de brujo.

—Creo que es seguro dejar al dragón escudefuego a su aire por el momento y regresar a la cuestión del hechizo de camuflaje de Diana —dijo Goody Alsop, haciendo referencia a mi necesidad de encubrir la plétora de energía que se liberaba cuando usaba la magia—. ¿Estás haciendo algún progreso?

—He notado que se formaban volutas de humo a mi alrededor —comenté, vacilante.

—Necesitas centrarte en los nudos —dijo Goody Alsop, mientras miraba deliberadamente los cordones que yo tenía en el regazo. En los hilos que unían los mundos se encontraban todos aquellos tonos y manipular las hebras trenzándolas y atándolas servía para hacer magia blanca. Pero antes tenía que saber qué hebras usar. Agarré las cuerdas de colores por el nudo de arriba. Goody Alsop me había enseñado a soplar con suavidad sobre los hilos mientras me centraba en mis intenciones. Se suponía que aquello liberaría a los

cordones apropiados para el hechizo que estaba intentando tejer.

Les soplé a las hebras para que brillaran y bailaran. Los hilos amarillo y marrón se separaron del resto y cayeron en mi regazo, junto con el rojo, el azul, el plateado y el blanco. Pasé los dedos por las extensiones de veintitrés centímetros de seda retorcida. Seis hebras implicaban seis nudos diferentes, cada cual más complejo que el anterior.

Mi habilidad para hacer nudos todavía era bastante rudimentaria, aunque encontraba aquella parte del tejido curiosamente reconfortante. Cuando practicaba los elaborados trenzados y cruces con cordones normales y corrientes, el resultado recordaba en cierto modo a los ancestrales nudos celtas. Había un orden jerárquico en los nudos. Los dos primeros eran los nudos corredizos simple y doble. Sarah los usaba en ocasiones, cuando estaba haciendo un hechizo de amor o cualquier otro amarre. Pero únicamente los tejedores podían llevar a cabo los intrincados nudos que implicaban hasta nueve cruces distintos y acababan con los dos extremos del cordón mágicamente fundidos para dar lugar a un tejido indestructible.

Respiré hondo y me volví a centrar en mis propósitos. El camuflaje era una forma de protección y su color era el púrpura. Pero no había cordón púrpura.

Sin demora, los cordones azul y rojo se levantaron y se entretejieron con tal fuerza que el resultado final fue una fiel reproducción de las velas púrpura veteadas que mi madre solía poner en las ventanas en las noches sin luna.

—Con el nudo de uno, empiezo el conjuro —murmuré, haciendo girar el cordón púrpura para hacer el nudo corredizo simple. El dragón escupecfuego imitó mis palabras, canturreando.

Levanté la vista hacia él y, una vez más, me sorprendió su aspecto cambiante. Al exhalar, se desvanecía en una mancha difuminada de humo. Cuando inspiraba, su perfil se hacía más nítido. Era un equilibrio perfecto de materia y espíritu, ni una cosa ni la otra. ¿Alguna vez llegaría a hallar aquello coherente?

—Con el nudo de un par, el conjuro se hace realidad.

Hice un nudo doble en el mismo cordón púrpura. Mientras me preguntaba si habría alguna forma de poderme desvanecer en una nube gris cuando así lo deseara, como hacía el dragón, acaricié el cordón amarillo entre los dedos. El tercer nudo era el primer nudo de auténtica tejedora que tenía que hacer. Aunque solo implicaba tres cruces, seguía siendo un desafío.

—Con el nudo de tres, el conjuro libre es.

Enrosqué y trencé el cordón dándole forma de trébol y luego uní los extremos. Estos se fundieron para formar el nudo indestructible de los tejedores.

Suspirando aliviada, lo dejé caer sobre el regazo y de mi boca salió una niebla gris más fina que el humo, que flotó a mi alrededor como un sudario. Ahogué un grito de sorpresa, que dejó salir más niebla fantasmagórica y transparente. Levanté la vista. ¿Adónde había ido el dragón escupecfuego? El cordón marrón saltó a mis manos.

—Con el nudo de cuatro, el poder es atesorado.

Me encantaba la apariencia similar a la de una galleta en forma de lazo del cuarto nudo, con sus sinuosos arcos y zigzags.

—Muy bien, Diana —dijo Goody Alsop. Aquel era el momento en que todo solía empezar a ir mal en mis hechizos—. Ahora, continúa viviendo el momento y pídele al dragón que se quede contigo. Si este siente inclinación a hacerlo, te ocultará de los ojos curiosos.

Esperar que el dragón escupecfuego cooperara me parecía demasiado pedir, pero hice

de todas formas el nudo en forma de pentágono con el cordón blanco.

—Con el nudo de cinco, el conjuro crecerá con ahínco.

El dragón descendió en picado y apretó las alas contra mis costillas.

«¿Quieres quedarte conmigo?», le pregunté en silencio.

El dragón me envolvió en una fina capa protectora de color gris. Esta apagaba el negro de mis sayas y mi chaqueta, y las volvía de un tono carbón oscuro. El anillo de Ysabeau brillaba con menos fuerza y el fuego del corazón del diamante se debilitó. Hasta el cordón plateado que tenía en el regazo parecía deslustrado. Sonreí ante la respuesta muda del dragón.

—Con el nudo de seis, el conjuro afianzaré —dije. El nudo final no era tan simétrico como debería, pero aun así funcionó.

—No cabe duda de que eres una tejedora, niña —dijo Goody Alsop, suspirando.

Mientras regresaba andando a casa, sentí que pasaba maravillosamente desapercibida envuelta en el velo de mi dragón escupefuego, pero volví a la vida real cuando mis pies cruzaron el umbral de El Venado y la Corona. Allí me esperaba un paquete, junto con Kit. Matthew seguía pasando demasiado tiempo con el voluble daimón. Marlowe y yo intercambiamos un frío saludo y yo ya había empezado a retirar el envoltorio protector del paquete cuando Matthew emitió un gruñido tremendo.

—¡Santo Dios!

Donde hacía unos instantes no había más que espacio vacío, se encontraba ahora mi esposo, mirando incrédulo un pedazo de papel.

—¿Qué quiere ahora el Viejo Zorro? —preguntó Kit agriamente, mientras hundía la pluma en un tintero.

—Acabo de recibir una factura de Nicholas Vallin, el orfebre que está calle arriba —dijo Matthew, frunciendo el ceño. Le dirigí una mirada inocente—. Me ha cobrado quince libras por una ratonera.

Ahora que entendía mejor el poder de compra de una libra y que sabía que Joan, la sirvienta de Mary, ganaba solo cinco libras al año, podía ver por qué Matthew se había quedado pasmado.

—Oh. Eso —dije, volviendo a centrarme en el paquete—. Le pedí que me la hiciera.

—¿Le pedisteis a uno de los mejores orfebres de Londres que os hiciera una ratonera? —Kit no daba crédito—. Si os quedan todavía fondos, señora Roydon, espero que me permitáis llevar a cabo un experimento de alquimia para vos. ¡Transmutaré vuestra plata y oro en vino en El Sombrero del Cardenal!

—Es una trampa para ratas, no para ratones —musité.

—¿Podría ver esa trampa para ratas?

El tono de Matthew era inquietantemente inexpresivo.

Retiré el último envoltorio y saqué el artículo en cuestión.

—Plata dorada. Y está grabada, además —dijo Matthew, mientras le daba la vuelta en la mano. Entonces la observó con más atención y maldijo—. «*Ars longa, vita brevis*». «La ciencia es extensa y la vida es breve». Ya lo creo.

—Se supone que es muy eficaz.

El ingenioso diseño de *monsieur* Vallin recordaba a un felino al acecho, con un par de orejas finamente talladas en la bisagra y un par de ojos salvajes grabados en el arriostamiento. Los extremos de la trampa parecían una boca, que se completaba con unos

dientes letales. Me recordaba un poco al gato de Sarah, Tabitha. Vallin había aportado una pizca de banalidad adicional poniendo un ratón de plata sobre la nariz del gato. La diminuta criatura no guardaba parecido alguno con los monstruos de largos dientes que merodeaban por nuestros desvanes. El mero hecho de imaginármelos deleitándose con los papeles de Matthew mientras dormíamos hizo que me estremeciera.

—Mira. También está grabada en la base —dijo Kit, mientras seguía a los juguetones ratones que había alrededor de la base de la trampa—. En ella se encuentra el resto del aforismo de Hipócrates, y en latín, nada más y nada menos: «*Occasio praeceps, experimentum periculosum, iudicium difficile*».

—Quizá sea una inscripción excesivamente sentimental, dado el propósito del instrumento —admití.

—¿Sentimental? —Matthew levantó súbitamente las cejas—. Desde el punto de vista de la rata, suena hartito realista: «La ocasión es fugaz, la experiencia insegura y el juicio difícil».

Sus labios temblaron, nerviosos.

—Vallin se ha aprovechado de vos, señora Roydon —declaró Kit—. Deberías negarte a efectuar el pago, Matt, y devolverle la trampa.

—¡No! —protesté—. No es culpa suya. Estábamos hablando de relojes y *monsieur* Vallin me enseñó algunos hermosos ejemplares. Compartí con él el panfleto de la tienda de John Chandler, en Cripplegate, el de las instrucciones para cazar alimañas, y le hablé a *monsieur* Vallin de nuestro problema con las ratas. Una cosa llevó a la otra.

Bajé la vista hacia la trampa. Lo cierto era que se trataba de una pieza extraordinaria de artesanía, con aquellos engranajes y muelles diminutos.

—Todo Londres tiene problemas con las ratas —dijo Matthew, luchando por no perder el control—. Aunque no conozco a nadie que necesite un juguete de plata dorada para solucionarlo. Un par de asequibles gatos suele ser suficiente.

—Le pagaré, Matthew.

El hecho de hacerlo probablemente vaciaría mi monedero y me vería obligada a pedirle a Walter más fondos, pero no había más remedio. La experiencia siempre era un grado. Y en ocasiones también costosa. Extendí la mano para que me entregara la trampa.

—¿Vallin la diseñó para que marcara la hora? De ser así y si se trata del único artilugio del mundo que combina un sistema de reloj y de control de plagas, puede que el precio sea justo, después de todo —comentó Matthew intentando fruncir el ceño, aunque en su rostro se dibujó una sonrisa. En lugar de darme la trampa, me agarró la mano, se la llevó a la boca y la besó—. Yo pagaré la factura, *mon coeur*, siempre y cuando eso me dé derecho a burlarme de ti durante los próximos sesenta años.

En aquel momento, George irrumpió en el vestíbulo delantero. Una ráfaga de aire frío entró con él.

—¡Tengo noticias!

Arrojó la capa a un lado y adoptó una pose orgullosa.

Kit rezongó y apoyó la cabeza entre las manos.

—No me lo digas. Ese idiota de Ponsoby está encantado con tu traducción de Homero y quiere publicarla sin llevar a cabo más correcciones.

—Ni siquiera tú empeñarás mi dicha por los logros alcanzados hoy, Kit —exclamó George mientras miraba alrededor, expectante—. ¿Y bien? ¿A ninguno de vosotros os pica mínimamente la curiosidad?

—¿Qué noticias nos traes, George? —preguntó Matthew con aire ausente, mientras

lanzaba la trampa al aire y volvía a cogerla.

—He encontrado el manuscrito de la señora Roydon.

Matthew agarró con más fuerza la trampa para ratas y el mecanismo saltó de repente. Cuando el vampiro se soltó los dedos, la ratonera cayó sobre la mesa con un repiqueteo y se volvió a abrir de golpe.

—¿Dónde?

George dio instintivamente un paso atrás. Yo ya había sido la receptora de las preguntas de mi marido y entendía lo desconcertante que podía llegar a ser que un vampiro centrara por completo su atención en ti.

—Sabía que eras el hombre adecuado para encontrarlo —le dije a George afectuosamente, mientras posaba la mano sobre la manga de Matthew para que se relajara. Aquel comentario calmó a George, como era previsible, y este regresó a la mesa, de donde sacó una silla y se sentó.

—Vuestra confianza significa mucho para mí, señora Roydon —dijo George, quitándose los guantes. Acto seguido, se sorbió la nariz y añadió—: No todos están de acuerdo.

—¿Dónde está? —preguntó Matthew lentamente, con la mandíbula apretada.

—En el sitio más obvio que se podría imaginar, escondido pero a la vista de todos. Me sorprende bastante que no hubiéramos pensado en ello de inmediato.

George hizo una nueva pausa para asegurarse de que contaba con la atención plena de todo el mundo. Matthew emitió un gruñido de frustración apenas audible.

—George —le advirtió Kit—, dicen que Matthew muere.

—Lo tiene el doctor Dee —soltó George al ver que Matthew cambiaba el peso de pie.

—El astrólogo de la reina —exclamé. George tenía razón: teníamos que haber pensado mucho antes en aquel hombre. Dee también era alquimista y poseía la mayor biblioteca de Inglaterra—. Pero se encuentra en Europa.

—El doctor Dee regresó de Europa hace más de un año. En la actualidad vive en las afueras de Londres.

—Por favor, dime que no es una bruja, un daimón o un vampiro —le rogué.

—En un simple humano... y un fraude total y absoluto —dijo Marlowe—. Yo no me creería nada de lo que dijera, Matt. Utilizó al pobre Edward de forma abominable, obligándolo a mirar en piedras de cristal y a hablar con los ángeles sobre alquimia día y noche. ¡Y luego era Dee quien se llevaba todo el mérito!

—¿Pobre Edward? —se mofó Walter, mientras abría la puerta sin invitación o ceremonia alguna y entraba en la casa. Henry Percy estaba con él. Ningún miembro de la Escuela de la Noche podía hallarse a kilómetro y medio de El Venado y la Corona sin resultar irremediabilmente atraído hacia nuestro hogar—. Tu amigo daimón lo llevó de la barba durante años. El doctor Dee ha hecho bien en librarse de él, en mi opinión. ¿Qué es esto? —preguntó Walter, cogiendo la trampa para ratas.

—La diosa de la caza ha decidido centrar su atención en una presa más pequeña —dijo Kit con una sonrisa de suficiencia.

—¡Vaya! Si es una ratonera. ¿Pero quién iba a ser tan tonto como para hacer una ratonera de plata dorada? —dijo Henry, mirando por encima del hombro de Walter—. Parece obra de Nicholas Vallin. Le hizo a Essex un hermoso reloj cuando se convirtió en Caballero de la Liga. ¿Se trata de algún tipo de juego infantil?

El puño de un vampiro se estrelló contra la mesa y quebró la madera.

—George —le espetó Matthew—, haz el favor de hablarnos del doctor Dee.

—Ah. Sí. Desde luego. No hay mucho que contar. Hice lo q... que me pediste —tartamudeó George—. Visité los puestos de libros, pero no obtuve ningún tipo de información. Se hablaba de una obra de poesía griega que estaba a la venta que sonaba de lo más prometedora para mis traducciones..., pero estoy divagando. —George se calló y tragó saliva—. La viuda Jugge me sugirió que hablara con John Hester, el farmacéutico de Paul's Wharf. Hester me envió a Hugh Plat: sí, el viticultor que vive en San Jacobo de Garkickhythe.

Seguí aquella complicada peregrinación intelectual de cerca, con la esperanza de poder reconstruir la ruta de George cuando volviera a visitar a Susanna. Tal vez ella y Plat fueran vecinos.

—Plat es tan malo como Will —dijo Walter entre dientes—. Escribiendo sin cesar cosas que no son de su incumbencia. El hombre incluso me preguntó por el método de mi madre para hacer masa.

—El señor Plat dijo que el doctor Dee tenía un libro de la biblioteca del emperador. Que ningún hombre podía leerlo y también que en él había dibujos extraños —explicó George—. Plat lo vio cuando acudió al doctor Dee en busca de orientación alquímica.

Matthew y yo intercambiamos una mirada.

—Es posible, Matthew —dije en voz baja—. Elias Ashmole dio con lo que quedaba de la biblioteca de Dee tras su muerte, y estaba particularmente interesado en los libros de alquimia.

—Dee está muerto. ¿Y cómo halló su fin el bueno del doctor, señora Roydon? —preguntó Marlowe suavemente, señalándome con las cejas. Henry, que no había oído la pregunta de Kit, habló antes de que me diera tiempo a responder.

—Pediré permiso para verlo —aseguró Henry, mientras asentía con decisión—. Será realmente fácil conseguirlo cuando regrese a Richmond y vuelva a ver a la reina.

—Podrías no reconocerlo, Hal —dijo Matthew, dispuesto a ignorar también a Kit, aunque él sí lo había oído—. Yo iré contigo.

—Tú tampoco lo has visto —repuse, negando con la cabeza con la esperanza de que la opresiva mirada de Marlowe se debilitara—. Además, si hay que hacerle una visita a John Dee, yo también voy.

—No es necesario que me mires con esa fiereza, *ma lionne*. Soy perfectamente consciente de que nada te convencerá para que dejes eso en mis manos. No cuando hay libros y un alquimista involucrados —aseguró Matthew, antes de levantar un dedo amonestador—. Pero nada de preguntas. ¿Entendido?

El vampiro se había imaginado el caos mágico en que aquello podría derivar.

Aunque asentí, lo hice con los dedos cruzados bajo el pliegue de la falda en forma de ese ancestral amuleto para rechazar las consecuencias demoníacas de no decir la verdad.

—¿Nada de preguntas por parte de la señora Roydon? —murmuró Walter—. Te deseo suerte con ello, Matt.

Mortlake era una pequeña aldea en el Támesis situada entre Londres y el palacio de la reina, en Richmond. Hicimos el viaje en la barcaza del conde de Northumberland, un espléndido velero con ocho remeros, asientos acolchados y cortinas para mantener alejadas las corrientes de aire. Fue un viaje mucho más confortable, y desde luego más reposado, que a lo que estaba habituada cuando Gallowglass empuñaba los remos.

Habíamos enviado una carta previamente, advirtiéndolo a Dee de nuestra intención de visitarlo. La señora Dee, como explicó Henry con gran delicadeza, no apreciaba a los invitados que aparecían sin anunciarse. Aunque yo podía entenderla, era poco usual en una época en la que lo normal era el tipo de hospitalidad que abría las puertas de par en par a las visitas.

—La casa es un poco..., esto..., irregular, debido a los pasatiempos del doctor Dee —explicó Henry sonrojándose un poco—. Y tienen un número prodigioso de hijos. A menudo resulta bastante... caótico.

—Hasta tal punto que se dice que los sirvientes han llegado a tirarse al pozo —observó Matthew con mordacidad.

—Sí. Ese fue un hecho desafortunado. Dudo que tal cosa suceda durante nuestra visita —musitó Henry.

A mí no me importaba el estado en que se encontrara la casa. Estábamos a punto de lograr responder muchísimas preguntas: por qué aquel libro era tan codiciado, si podría aportarnos más datos sobre cómo habían surgido las criaturas... Y, por supuesto, Matthew creía que arrojaría luz sobre las razones por las que las criaturas de otro mundo se encontraban en vías de extinción en la era moderna.

Ya fuera por una cuestión de buenos modales o para evitar a su alborotada prole, el doctor Dee estaba paseando por el jardín rodeado de muros de ladrillo como si fuera pleno verano y no finales de enero. Vestía la toga negra de los eruditos y una capucha ajustada que le cubría la cabeza y le bajaba por el cuello, coronada por una boina. Una larga barba blanca le sobresalía de la barbilla y llevaba los brazos firmemente entrelazados a la espalda, mientras avanzaba lentamente alrededor del jardín yermo.

—¿Doctor Dee? —gritó Henry, por encima del muro.

—¡Lord Northumberland! Confío en que disfrutéis de buena salud.

Dee hablaba en voz baja y ronca, aunque se cuidó (como hacía la mayoría) de alterarla ligeramente por el bien de Henry. Se quitó la boina e hizo una reverencia.

—Pasable, para esta época del año, doctor Dee. No estamos aquí por mi salud, sin embargo. Traigo conmigo a unos amigos, como os expliqué en mi carta. Permitidme que os los presente.

—El doctor Dee y yo ya nos conocemos.

Matthew le dedicó a Dee una sonrisa lobuna y una profunda reverencia. Conocía a todas las criaturas extrañas de la época. ¿Por qué no iba a conocer a Dee?

—Señor Roydon —dijo Dee, con recelo.

—Esta es mi esposa, Diana —señaló Matthew, inclinando la cabeza hacia mí—. Es amiga de la condesa de Pembroke y se une a su señoría en los ejercicios de alquimia.

—La condesa de Pembroke y yo hemos mantenido correspondencia sobre asuntos alquímicos —manifestó Dee, olvidándose totalmente de mí para centrarse en cambio en su estrecha relación con una noble del reino—. En vuestro mensaje indicabais que deseabais ver uno de mis libros, lord Northumberland. ¿Habéis venido en nombre de *lady* Pembroke?

Antes de que Henry pudiera responder, una mujer de rostro afilado y amplias caderas salió de la casa. Llevaba puesto un vestido marrón oscuro ribeteado en piel, que había visto mejores tiempos. Aunque parecía enfadada, cuando vio al conde de Northumberland, su rostro se engalanó con una mirada de bienvenida.

—Y aquí está mi querida esposa —dijo Dee, incómodo—. El conde de Northumberland y el señor Roydon han llegado, Jane —gritó.

—¿Por qué no les has pedido que entren? —lo regañó Jane mientras se retorció las

manos, consternada—. Pensarán que no estamos dispuestos a recibir visitas, algo que desde luego sí estamos, y a todas horas. Muchos son los que procuran el consejo de mi esposo, señor.

—Sí. Eso es lo que nos ha traído aquí a nosotros también. Gozáis de buena salud, según veo, señora Dee. Y el señor Roydon me comunicó que la reina ha agraciado recientemente vuestra casa con una visita.

Jane se pavoneó.

—Así es. John ha visto a Su Majestad tres veces desde noviembre. En las dos últimas ocasiones nos encontramos en la puerta más lejana, mientras cabalgaba por la carretera de Richmond.

—Su Majestad fue muy generosa con nosotros estas Navidades —aseguró Dee, mientras retorció la gorra entre las manos. Jane lo miró agriamente—. Habíamos pensado que..., pero no importa.

—Magnífico, magnífico —dijo Henry rápidamente, rescatando a Dee de cualquier potencial torpeza—. Pero basta de charla. Hay un libro en particular que desearíamos ver...

—¡La biblioteca de mi esposo es más estimada que él mismo! —dijo Jane con actitud hosca—. Nuestros gastos mientras visitamos al emperador fueron notables y tenemos numerosas bocas que alimentar. La reina dijo que nos ayudaría. Nos dio una pequeña recompensa, es cierto, pero nos prometió más.

—No cabe duda de que la reina estaría distraída con asuntos más apremiantes —dijo Matthew, con una pesada bolsita en la mano—. Tengo el resto de su regalo aquí. Y yo valoro a su esposo, señora Dee, no solo sus libros. Me he permitido añadir a los fondos de Su Majestad el pago por las molestias que le podamos ocasionar.

—Yo... Se lo agradezco, señor Roydon —tartamudeó Dee, e intercambió una mirada con su esposa—. Es muy amable por vuestra parte ocuparos de los asuntos de la reina. Las cuestiones de Estado deben siempre tener prioridad sobre nuestras dificultades, por supuesto.

—Su Majestad no olvida a aquellos que le han prestado un buen servicio —dijo Matthew. Aquella era una falsedad flagrante, como sabían todos los que se encontraban en el jardín nevado, pero nadie la rebatió.

—Debéis acomodaros todos dentro, al lado del hogar —dijo Jane, cuyo interés en mostrarse hospitalaria había aumentado considerablemente—. Traeré vino y velaré para que no os importunen. —Se inclinó para hacer una reverencia a Henry y se agachó incluso más para hacerle otra a Matthew, antes de retroceder apresuradamente en dirección a la puerta—. Vamos, John. Se convertirán en hielo si los tienes ahí fuera más tiempo.

Tras pasar veinte minutos en el interior de la casa de los Dee, quedó claro que el padre y la madre de familia eran representativos de aquella peculiar prole de personas casadas que discutían incesantemente por desaires y maldades percibidas, mientras se mantenían unidas. Intercambiaban mordaces comentarios mientras admirábamos los nuevos tapices (regalo de *lady* Walsingham), el nuevo aguamanil (regalo de *sir* Christopher Hatton) y el nuevo salero de plata (regalo de los marqueses de Northampton). Cuando los ostentosos regalos y los improprios volvieron a ocupar su lugar, nos condujeron finalmente a la biblioteca.

—Va a ser un infierno sacarte de ahí —susurró Matthew, sonriendo al ver mi cara de asombro.

La biblioteca de John Dee no era en absoluto como me la imaginaba. Suponía que sería más bien una espaciosa biblioteca privada perteneciente a un adinerado caballero del

siglo XIX, por razones que ahora se me antojan absolutamente indefendibles. Aquello no era ningún espacio refinado para fumar en pipa y leer al lado del fuego. Con la luz de unas cuantas velas como única iluminación, la sala resultaba sorprendentemente oscura en aquel día de invierno. Unas cuantas sillas y una larga mesa esperaban lectores al lado de una cristalera orientada hacia el sur. Las paredes de la habitación estaban llenas de mapas, cartas celestes, diagramas anatómicos y hojas apaisadas de almanaques que se podían adquirir en cualquier farmacia y librería de Londres por unos peniques. Había decenas de ellos expuestos, presumiblemente mantenidos como una colección de referencia para cuando Dee dibujaba un horóscopo o hacía algún otro cálculo celeste.

Dee poseía más libros que cualquiera de los *colleges* de Oxford o Cambridge y tenía la biblioteca para trabajar, no para aparentar. No era de extrañar que el bien más preciado no fuera la luz, ni los asientos, sino el espacio para las estanterías. Para maximizar el que había disponible, las estanterías de Dee eran independientes y se situaban perpendiculares a las paredes. Las sencillas estanterías de roble eran de doble cara y tenían las baldas de diferentes alturas para albergar los libros isabelinos de diferentes tamaños. Dos superficies de lectura inclinadas coronaban las estanterías, lo que hacía posible estudiar un texto y luego devolverlo a su lugar exacto.

—Dios mío —murmuré. Dee se volvió consternado al oír mi juramento.

—Mi esposa está abrumada, señor Dee —explicó Matthew—. Nunca había estado en una biblioteca tan magnífica.

—Hay muchas bibliotecas considerablemente más espaciosas y que albergan más tesoros que la mía, señora Roydon.

Jane Dee llegó en el momento justo, precisamente cuando surgió la posibilidad de desviar la conversación hacia la pobreza del hogar.

—La biblioteca del emperador Rodolfo es excelente —dijo Jane, mientras pasaba por delante de nosotros con una bandeja sobre la que reposaban vino y dulces—. Aun así, no se resistió a robar uno de los mejores libros de John. El emperador se aprovechó de la generosidad de mi marido y tenemos pocas esperanzas de ser recompensados.

—Vale ya, Jane —la censuró John—, Su Majestad nos entregó un libro a cambio.

—¿De qué libro se trataba? —preguntó Matthew, con tacto.

—Era un texto extraño —respondió Dee con pesar, observando la silueta replegada de su esposa mientras esta se dirigía hacia la mesa.

—¡No eran más que sandeces! —replicó Jane.

Era el Ashmole 782. Tenía que serlo.

—El señor Plat nos acaba de hablar de ese libro. Por eso estamos aquí. Tal vez podamos disfrutar primero de la hospitalidad de vuestra esposa y después ver el libro del emperador —sugirió Matthew, con voz suave como los bigotes de un gato. Me tendió la mano y yo la tomé y se la estreché.

Mientras Jane alborotaba y servía y se quejaba del coste de las nueces en Navidad y de cómo el tendero la había llevado casi a la bancarrota, Dee fue en busca del Ashmole 782. Repasó las baldas de una estantería y sacó un ejemplar.

—No es ese —le susurré a Matthew. Era demasiado pequeño.

Dee dejó caer el libro sobre la mesa, delante de Matthew, y levantó la endeble cubierta de vitela.

—Mirad. No hay nada en él salvo palabras sin sentido e ilustraciones lascivas de mujeres en el baño. —Jane se aclaró la garganta y abandonó la habitación, murmurando y sacudiendo la cabeza.

Aquel no era el Ashmole 782, pero se trataba no obstante de un libro que conocía: el manuscrito Voynich, también conocido como el Beinecke MS 408 de la Universidad de Yale. Los contenidos del manuscrito eran un misterio. Ningún descifrador de códigos ni lingüista había descubierto aún qué decía el texto y los botánicos no habían sido capaces de identificar las plantas. Abundaban las teorías que explicaban sus misterios, incluida una que sugería que había sido escrito por alienígenas. Emití un sonido de decepción.

—¿No? —preguntó Matthew. Negué con la cabeza y me mordí el labio de frustración. Dee confundió mi expresión con enfado por causa de Jane, y se apresuró a explicarse.

—Por favor, perdonad a mi esposa. Jane encuentra este libro de lo más mortificante, dado que fue ella quien lo descubrió entre nuestras cajas cuando regresamos de las tierras del emperador. Yo me había llevado otro libro conmigo en el viaje: una preciada obra de alquimia que una vez perteneció al gran brujo inglés Roger Bacon. Era mayor que este y contenía numerosos misterios.

Me incliné hacia delante en el asiento.

—Mi asistente, Edward, podía entender el texto con asistencia divina, pero yo no —continuó Dee—. Antes de dejar Praga, el emperador Rodolfo expresó su interés por la obra. Edward le había contado alguno de los secretos contenidos en la misma sobre la generación de metales y un método secreto para obtener la inmortalidad.

Así que Dee sí había llegado a poseer el Ashmole 782, después de todo. Y su ayudante daimón, Edward Kelley, podía leer el texto. Me temblaban las manos de emoción y las oculté entre los pliegues de la falda.

—Edward ayudó a Jane a empaquetar mis libros cuando nos enviaron de vuelta a casa. Jane cree que Edward robó el libro y lo reemplazó por este ejemplar de la colección de Su Majestad —dijo Dee vacilante y con aspecto afligido—. No me gusta pensar mal de Edward, dado que él fue mi compañero de confianza y pasamos mucho tiempo juntos. Él y Jane nunca tuvieron una relación amistosa y, al principio, yo rechacé su teoría.

—Pero ahora pensáis que tiene sentido —observó Matthew.

—Repaso los hechos de nuestros últimos días, señor Roydon, intentando recordar un detalle que pudiera exonerar a mi amigo. Pero lo que me viene a la mente no hace más que apuntar el dedo de la culpa con mayor decisión hacia él —confesó Dee, con un suspiro—. Aun así, este texto todavía puede demostrar que contiene secretos que merecen la pena.

Matthew lo hojeó.

—Esto son quimeras —dijo, estudiando las imágenes de las plantas—. Las hojas, los tallos y las flores no encajan, sino que son la mezcla de diferentes plantas.

—¿Qué te parece esto? —pregunté, mientras recurría a los círculos astrológicos que estaban a continuación. Le eché un vistazo a lo que había escrito en el centro. Curioso. Había visto el manuscrito muchas veces antes y nunca le había prestado atención a las notas.

—Estas inscripciones están escritas en la lengua de la antigua Occitania —dijo Matthew en voz baja—. Una vez conocí a alguien con una escritura muy similar a esta. ¿Por casualidad conocisteis a un caballero de Aurillac mientras estabais en la corte del emperador?

¿Se refería a *Gerbert*? Mi emoción se transformó en ansiedad. ¿Había confundido Gerbert el manuscrito de Voynich con el misterioso libro de los orígenes? Tras hacerme aquella pregunta, lo que había escrito en el centro del diagrama astrológico empezó a

temblar. Cerré de golpe el libro para evitar que saliera bailando de la página.

—No, señor Roydon —respondió Dee, frunciendo el ceño—. De haber sido así, le habría preguntado por el afamado brujo procedente de dicho lugar que llegó a ser papa. Hay muchas verdades ocultas en las antiguas historias que se cuentan alrededor del fuego.

—Sí —asintió Matthew—, siempre y cuando seamos lo suficientemente sabios para reconocerlas.

—Esa es la razón por la que lamento tanto la pérdida del libro. En su momento fue propiedad de Roger Bacon y la anciana que me lo vendió me dijo que él lo tenía en gran estima porque contenía verdades divinas. Bacon lo llamaba *Verum Secretum Secretorum* —comentó Dee, mientras observaba con nostalgia el manuscrito Voynich—. Mi más sincero deseo es recuperarlo.

—Tal vez os pueda servir de ayuda —dijo Matthew.

—¿Vos, señor Roydon?

—Si me permitierais llevarme este ejemplar, podría intentar devolverlo al lugar al que pertenece... y hacer que vuestro libro regrese a su legítimo dueño.

Matthew acercó el manuscrito.

—Estaría eternamente en deuda con vos —dijo Dee, aceptando el trato sin más negociación.

En cuanto dejamos atrás el embarcadero público de Mortlake, empecé a acribillar a Matthew a preguntas.

—¿En qué estás pensando, Matthew? No puedes empaquetar el manuscrito Voynich y enviárselo a Rodolfo con una nota acusándolo de perfidia. Tendrás que encontrar a alguien lo suficientemente loco como para arriesgar su vida irrumpiendo en la biblioteca de Rodolfo y robando el Ashmole 782.

—Si Rodolfo tiene el Ashmole 782, no será en la biblioteca. Será en su gabinete de curiosidades —dijo Matthew distraídamente, mirando fijamente el agua.

—¿Entonces ese... Voynich no era el libro que buscabais? —preguntó Henry, que había estado siguiendo nuestro intercambio de palabras con educado interés—. A George le decepcionará muchísimo no haber solucionado vuestro misterio.

—Tal vez George no lo haya resuelto, Hal, pero ha aclarado notablemente la situación —dijo Matthew—. Entre los agentes de mi padre y los míos propios, nos haremos con el libro perdido de Dee.

De vuelta a la ciudad, la corriente estaba a nuestro favor, lo que aceleró el regreso. Las antorchas permanecían encendidas en el embarcadero de Water Lane en previsión de nuestra llegada, pero dos hombres con la librea de la condesa de Pembroke nos hicieron señas con la mano.

—¡Al castillo de Baynard, si hacéis el favor, señor Roydon! —gritó uno de ellos desde la orilla.

—Algo debe de ir mal —dijo Matthew, de pie en la proa de la barcaza. Henry indicó a los remeros que continuaran hasta el embarcadero de la condesa, que se encontraba igualmente iluminado con antorchas y faroles.

—¿Se trata de alguno de los niños? —le pregunté a Mary mientras esta corría por el vestíbulo para reunirse con nosotros.

—No. Se encuentran bien. Venid al laboratorio. De inmediato —gritó por encima del hombro, regresando ya hacia la torre.

La imagen que nos dio la bienvenida fue suficiente para hacer que tanto Matthew como yo ahogáramos un grito.

—Es un *arbor Dianae* totalmente inesperado —dijo Mary, mientras se agachaba para que la bulbosa cámara de la base del alambique que acogía las raíces de un árbol negro le quedara a la altura de los ojos. No era como el primer *arbor Dianae*, que era enteramente de plata y tenía una estructura mucho más delicada. Aquel, con su tronco robusto y oscuro y sus ramas desnudas, me recordaba al roble de Madison que nos había dado cobijo tras el ataque de Juliette. Yo había extraído la vitalidad a aquel árbol para salvar la vida de Matthew.

—¿Por qué no es de plata? —preguntó Matthew, estrechando las manos alrededor del frágil alambique de cristal de la condesa.

—Usé la sangre de Diana —respondió Mary. Matthew se enderezó y me dirigió una mirada incrédula.

—Mira la pared —dije, señalando al dragón que sangraba.

—Es el dragón verde: el símbolo del *aqua regia* o el *aqua fortis* —dijo, tras echarle un rápido vistazo.

—No, Matthew. *Míralo*. Olvida lo que crees que representa e intenta verlo como si fuera la primera vez.

—*Dieu*. —Matthew parecía impresionado—. ¿Es esa mi insignia?

—Sí. ¿Y te has dado cuenta de que el dragón tiene la cola en la boca? ¿Y de que no es ningún dragón? Los dragones tienen cuatro patas. Ese es un dragón escupefuego.

—Un dragón escupefuego. Como... —Matthew blasfemó nuevamente.

—Ha habido docenas de teorías diferentes sobre la sustancia ordinaria que sería el primer y crucial ingrediente requerido para hacer la piedra filosofal. Roger Bacon, que poseyó el manuscrito perdido del doctor Dee, creía que era la sangre.

Confiaba en que aquella información captara la atención de Matthew. Me agaché para observar el árbol.

—Y tú viste el mural y seguiste tu instinto.

Tras un breve silencio, Matthew pasó el pulgar por el lacre del recipiente y quebró la cera. Mary sofocó un grito de horror mientras él arruinaba el experimento.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, escandalizada.

—Seguir mi propia corazonada y añadir algo al alambique.

Matthew se llevó la muñeca a la boca, la mordió y la sujetó sobre la estrecha abertura. Su sangre oscura y densa goteó dentro de la solución y cayó en el fondo del recipiente. Nos quedamos mirando las profundidades.

Justo cuando pensaba que nada iba a suceder, unas finas vetas rojas empezaron a abrirse camino ascendiendo por el tronco esquelético del árbol. Acto seguido, unas hojas doradas brotaron en las ramas.

—Mirad eso —dije, fascinada.

Matthew me sonrió. Fue una sonrisa todavía teñida de pesar, pero también había algo de esperanza en ella.

Unos frutos rojos aparecieron entre las hojas, brillantes como diminutos diamantes. Mary empezó a murmurar una oración, con los ojos abiertos de par en par.

—Mi sangre ha dado lugar a la estructura del árbol, y la tuya le ha hecho dar frutos —dije lentamente. Me llevé la mano al vientre vacío.

—Sí. Pero ¿por qué? —replicó Matthew.

Si algo podía hablarnos de la misteriosa transformación que tenía lugar cuando una bruja y un *wealh* mezclaban su sangre, eran los extraños dibujos y el misterioso texto del Ashmole 782.

—¿Cuánto tiempo has dicho que te llevaría recuperar el libro de Dee? —le pregunté a Matthew.

—Oh, no creo que me lleve demasiado —susurró—. No una vez que me lo haya propuesto.

—Cuanto antes, mejor —dije suavemente, entrelazando mis dedos con los suyos mientras observábamos el milagro en curso que nuestra sangre había forjado.

Capítulo 25

EL extraño árbol continuó creciendo y desarrollándose al día siguiente; y al siguiente, más: sus frutos maduraron y cayeron entre las raíces, sobre el mercurio y la *prima materia*. Se formaron nuevos brotes, germinaron y florecieron. Una vez al día, las hojas cambiaban del color dorado al verde y regresaban de nuevo al dorado. A veces al árbol le salían nuevas ramas o una nueva raíz se expandía en busca de sustento.

—Todavía tengo que encontrar una buena explicación para eso —dijo Mary, señalando los montones de libros que Joan había bajado de las estanterías—. Es como si hubiéramos creado algo completamente nuevo.

A pesar de las distracciones alquímicas, no había olvidado los asuntos más propios de una bruja. Tejía y volvía a tejer mi capa gris invisible y cada vez lo hacía más rápido y los resultados eran mejores y más eficaces. Marjorie me prometió que pronto sería capaz de poner por escrito el tejido para que otras brujas pudieran llevar a cabo el hechizo.

Tras haber vuelto a casa andando desde San Jacobo de Garlickhythe unos días después, subí corriendo las escaleras que conducían a nuestros aposentos en El Venado y la Corona, despojándome de mi hechizo de camuflaje mientras lo hacía. Annie estaba al otro lado del patio, recogiendo la ropa blanca limpia de las lavanderas. Jack se encontraba con Pierre y Matthew. Me preguntaba qué habría hecho Françoise para cenar. Estaba hambrienta.

—Si alguien no me alimenta en los próximos cinco minutos, voy a empezar a gritar.

Dicha advertencia, realizada mientras cruzaba el umbral, fue acompañada por el sonido de unos alfileres que se esparcían sobre las tablas de madera del suelo mientras me quitaba el tieso panel de encaje de la parte delantera del vestido. Arrojé la pieza de delantal sobre la mesa y extendí los dedos hacia los lazos que mantenían unido el corpiño.

Entonces se oyó una tos amable, que procedía de donde se encontraba la chimenea.

Me giré, mientras mis dedos se aferraban al tejido que me cubría los pechos.

—Gritar no os servirá de mucho, me temo —dijo una voz tan áspera como la arena girando en una copa, que se elevó desde las profundidades del sillón que había cerca de la chimenea—. He enviado a vuestra doncella a buscar vino y mis viejas extremidades no se mueven lo suficientemente rápido como para satisfacer vuestras necesidades.

Lentamente, rodeé el enorme sillón. El extraño que estaba en mi casa levantó una ceja gris y sus ojos parpadearon al presenciar mi falta de decoro. Fruncí el ceño ante su atrevida mirada.

—¿Quién sois?

Aquel hombre no era ni daimón ni brujo ni vampiro, sino simplemente un humano arrugado.

—Creo que vuestro esposo y sus amigos me llaman el Viejo Zorro. Soy asimismo, por mis pecados, primer lord del Tesoro. —El hombre más astuto de Inglaterra y, ciertamente, uno de los más despiadados dejó que me empapara de sus palabras. Su amable expresión no ayudaba a disminuir la perspicacia de su mirada.

«William Cecil, sentado en mi salita». Demasiado asombrada para hacer la profunda reverencia que resultaría apropiada, me quedé mirándolo boquiabierta.

—Veo que os resulto familiar, en cierto modo. Me sorprende que mi reputación haya llegado tan lejos, dado que tanto yo como muchos otros tenemos claro que sois una

extraña aquí —señaló. Cuando abrí la boca para responder, Cecil alzó la mano—. Es una política sabia, *madame*, no compartir demasiados datos conmigo.

—¿Qué puedo hacer por vos, *sir* William?

Me sentía como una colegiala a la que hubieran enviado al despacho del director.

—Mi reputación me precede, pero no así mi título. *Vanitatis vanitatum, omnis vanitas* —dijo Cecil con ironía—. Ahora me llaman lord Burghley, señora Roydon. La reina es una señora generosa.

Maldije en silencio. Nunca me había tomado ningún interés en las fechas en las que los miembros de la aristocracia habían sido elevados a niveles aún más altos de rango y privilegios. Cuando necesitaba saberlo, lo buscaba en el *Diccionario de biografía nacional*. Ahora había insultado al jefe de Matthew. Lo compensaría halagándolo en latín.

—*Honor virtutis praemium* —susurré, haciendo acopio de toda mi agudeza. «El reconocimiento es la recompensa de la virtud». Uno de mis vecinos de Oxford se había graduado en la Arnold School. Jugaba al rugby y celebraba las victorias del New College gritando aquella frase a pleno pulmón en el campo, para deleite de sus compañeros de equipo.

—Ah, el lema de los Shirley. ¿Sois miembro de dicha familia? —Lord Burghley unió los dedos de ambas manos en forma de carpa ante mí y me observó con mayor interés—. Son conocidos por su propensión a vagar por el mundo.

—No —respondí—. Soy una Bishop⁴. No un obispo de verdad, claro.

Lord Burghley inclinó la cabeza para acusar recibo de la obviedad de mi frase. Sentí un deseo absurdo de descubrir mi alma ante aquel hombre: de eso o de salir corriendo lo más rápido posible para irme al sitio que quedara más lejos en dirección contraria.

—Su Majestad acepta que los clérigos se casen, pero las mujeres obispo están, gracias a Dios, fuera del alcance de su imaginación.

—Sí. No. ¿Hay algo que pueda hacer por vos, señor? —repetí, con una deplorable nota de desesperación filtrándose en mi tono de voz. Apreté los dientes.

—Creo que no, señora Roydon. Pero tal vez yo pueda hacer algo por vos. Os aconsejo que regreséis a Woodstock. Sin demora.

—¿Por qué, señor?

Sentí una punzada de miedo.

—Porque es invierno y la reina no está lo suficientemente ocupada en el presente —respondió Burghley, observando mi mano izquierda—. Y porque estáis casada con el señor Roydon. Su Majestad es generosa, pero no aprueba que ninguno de sus favoritos se despose sin su permiso.

—Matthew no es el favorito de la reina, sino su espía.

Me cubrí la boca con la mano, pero era demasiado tarde para retirar las palabras.

—Los favoritos y los espías no se excluyen mutuamente, salvo en lo que se refiere a Walsingham. La reina hallaba su estricta moralidad exasperante y su agria expresión insoportable. Pero Su Majestad simpatiza con Matthew Roydon. Algunos dirían que hasta un punto peligroso. Y vuestro esposo tiene muchos secretos —añadió Cecil poniéndose en pie con la ayuda de un cayado como palanca. Emitió un gruñido—. Volved a Woodstock, señora. Es lo mejor para todos.

—No abandonaré a mi esposo.

Tal vez Isabel comiera cortesanos para desayunar, como Matthew me había advertido, pero no iba a echarme de la ciudad. No cuando finalmente me estaba acomodando, encontrando amigos y aprendiendo magia. Y, desde luego, no cuando

Matthew regresaba a casa día tras día como si lo hubieran arrastrado con un lazo, para pasarse toda la noche respondiendo la correspondencia que le enviaban los informadores de la reina, su padre y la Congregación.

—Decidle a Matthew que he venido —me pidió lord Burghley antes de dirigirse lentamente hacia la puerta. Allí se topó con Françoise, que llevaba una gran jarra de vino y tenía aspecto disgustado. Al verme, abrió los ojos de par en par. No le hizo ninguna gracia encontrarme en casa, recibiendo a una visita y con el corpiño desabrochado—. Gracias por la conversación, señora Roydon. Ha resultado de lo más esclarecedora.

El primer lord del Tesoro de Inglaterra se arrastró escaleras abajo. Era demasiado mayor para estar desplazándose por ahí a última hora de la tarde, solo, en enero. Lo seguí hasta el rellano, observando preocupada su evolución.

—Acompáñalo, Françoise —le pedí— y asegúrate de que lord Burghley encuentra a sus propios sirvientes.

Probablemente estarían en el Sombrero del Cardenal embriagándose con Kit y Will o esperando en la aglomeración de carruajes de Water Lane. No quería ser la última persona que viera vivo al consejero jefe de la reina Isabel.

—No es necesario, no es necesario —dijo Burghley por encima del hombro—. Soy un anciano con un bastón. Los ladrones me ignorarán en favor de alguien con un pendiente y un jubón rayado. A los mendigos puedo ahuyentarlos, de ser necesario. Y mis hombres no están lejos de aquí. Recordad mi consejo, señora.

Dicho lo cual, desapareció bajo la luz del atardecer.

—*Dieu* —exclamó Françoise persignándose, antes de poner los dedos en forma de horquilla contra el mal de ojo, por si acaso—. Es un perro viejo. No me gusta la forma en que os miraba. Me alegro de que milord no esté todavía en casa. A él tampoco le habría gustado.

—William Cecil es lo suficientemente anciano como para ser mi abuelo, Françoise —repliqué, mientras regresaba al calor de la sala y, finalmente, soltaba los lazos. Gemí mientras se aflojaba la constricción.

—Lord Burghley no os miraba como si se quisiera acostar con vos.

Françoise observó deliberadamente mi corpiño.

—¿Ah, no? ¿Cómo me miraba, entonces?

Me serví un poco de vino y me dejé caer en el sillón. El día estaba dando un claro giro hacia peor.

—Como si fuerais un cordero listo para ser sacrificado y estuviera valorando el precio que alcanzaríais.

—¿Quién amenaza con comerse a Diana para cenar?

Matthew había llegado con el sigilo de un gato y se estaba quitando los guantes.

—Tu visita. Se acaba de ir —respondí, y bebí un sorbo de vino. En cuanto lo tragué, Matthew estaba allí para quitármelo de las manos. Emití un sonido de exasperación—. ¿Podrías hacerme una señal o algo para indicarme que estás a punto de moverte? Resulta desconcertante que aparezcas ante mí así.

—Ya que has descubierto que mirar por la ventana es una de mis manías, el honor me obliga a compartir contigo que cambiar de tema es una de las tuyas —replicó Matthew, bebiendo un trago de vino antes de dejar la copa sobre la mesa. Se frotó la cara con hastío—. ¿Qué visita?

—William Cecil estaba esperando al lado del fuego cuando llegué a casa.

—Matthew se quedó siniestramente inmóvil—. Es el abuelito más terrorífico que he

conocido jamás —continuó, volviendo a coger la copa de vino—. Puede que Burghley parezca Papá Noel, con su pelo y su barba grises, pero yo no le daría la espalda.

—Eso es muy inteligente —dijo Matthew en voz baja. Luego se dirigió a Françoise—. ¿Qué quería?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Estaba aquí cuando llegué a casa con el pastel de cerdo de *madame*. Lord Burghley pidió vino. Hoy ese daimón se bebió todo el que había en casa, así que tuve que salir a buscar más.

Matthew desapareció. Regresó con un paso más reposado y con cara de alivio. Me puse en pie de un salto. «Los desvanes... y todos los secretos ocultos allí».

—¿Ha...?

—No —me interrumpió Matthew—. Todo está exactamente como lo dejé. ¿Dijo William por qué estaba aquí?

—Lord Burghley me pidió que te dijera que había venido —dije, vacilante—. Y me recomendó que abandonara la ciudad.

Annie entró en la habitación, junto con un dicharachero Jack y un sonriente Pierre, pero, tras echar un vistazo a la cara de Matthew, la sonrisa de Pierre se esfumó. Le cogí la ropa blanca a Annie.

—¿Por qué no te llevas a los niños a El Sombrero del Cardenal, Françoise?
—dije—. Pierre irá, también.

—¡Hurra! —gritó Jack, encantado ante la perspectiva de salir por la noche—. El señor Shakespeare me está enseñando a hacer juegos malabares.

—Mientras no intente mejorar tu caligrafía, no tengo objeción alguna —dije, cogiendo el sombrero de Jack después de que este lo hubiera lanzado al aire. Lo último que necesitábamos era que el niño añadiera la falsificación a su lista de habilidades—. Vete a cenar. E intenta recordar para qué es el pañuelo.

—Lo haré —dijo Jack, limpiándose la nariz con la manga.

—¿Por qué lord Burghley ha recorrido todo ese camino hasta Blackfriars para verte? —le pregunté a Matthew cuando nos quedamos solos.

—Porque hoy he recibido información procedente de Escocia.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté, al tiempo que se me cerraba la garganta. No era la primera vez que se hablaba de las brujas de Berwick en mi presencia, pero, en cierto modo, la presencia de Burghley hacía que pareciera que el diablo se había apoderado de nuestro umbral.

—El rey Jacobo continúa cuestionando a las brujas. William quería hablar sobre cómo debería reaccionar la reina, suponiendo que debiera hacerlo —respondió mi esposo. Acto seguido, frunció el ceño al notar mi cambio de olor mientras el miedo se apoderaba de mí—. No deberías preocuparte por lo que está sucediendo en Escocia.

—Ignorarlo no impide que suceda.

—No —replicó Matthew, posando suavemente los dedos sobre mi cuello para intentar que la tensión sucumbiera a las caricias—. Y no ignorarlo tampoco.

Al día siguiente, volví a casa desde la morada de Goody Alsop portando una cajita de madera de hechizos: un lugar para dejar incubando mis conjuros escritos hasta que estuvieran listos para que los usaran otras brujas. Encontrar la manera de poner mi magia por escrito era el siguiente paso de mi evolución como tejedora. En aquel momento, la caja

albergaba únicamente mis cordones de tejedora. Marjorie no creía que mi hechizo de camuflaje estuviera totalmente listo para otras brujas, todavía.

Un brujo de Thames Street había hecho la caja a partir de la rama de serbal que el dragón me había entregado la noche del conjuro iniciático. Había tallado un árbol en su superficie con las raíces y las ramas extrañamente entrelazadas, de manera que era imposible diferenciarlas. Ni un solo clavo mantenía la estructura de la caja. En lugar de ello, había unas uniones prácticamente invisibles. El brujo se sentía orgulloso de su trabajo y yo estaba deseando enseñársela a Matthew.

El Venado y la Corona estaba curiosamente silencioso. Ni el fuego ni las velas de la sala se hallaban encendidos. Matthew se encontraba en su estudio, a solas. Había tres jarras de vino sobre la mesa, ante él, dos de ellas presumiblemente vacías. Matthew no solía beber tanto.

—¿Qué ha pasado?

Él cogió una hoja de papel. Tenía una densa cera roja adherida a las dobleces. El sello estaba agrietado en el medio.

—Solicitan nuestra presencia en la corte.

Me hundí en la silla de enfrente.

—¿Cuándo?

—Su Majestad nos ha permitido gentilmente esperar hasta mañana. —Matthew resopló—. Su padre no era ni la mitad de indulgente. Cuando Enrique quería que la gente se personara ante él, mandaba a buscarlos aunque estuvieran en la cama y soplaran vientos huracanados.

En su momento, me había sentido ansiosa por conocer a la reina de Inglaterra: cuando estaba en Madison. Después de haber conocido al hombre más taimado del reino, ya no albergaba deseo alguno de conocer a la mujer más astuta.

—¿Tenemos que ir? —pregunté, en parte con la esperanza de que Matthew desoyera el mandato real.

—En la carta, la reina se ha molestado en recordarme la ley contra la magia, los encantamientos y la hechicería —me explicó Matthew, mientras dejaba caer el papel sobre la mesa—. Al parecer, el señor Danforth escribió una carta a su obispo. Burghley enterró la demanda, pero esta ha vuelto a salir a la luz.

El vampiro blasfemó.

—Entonces, ¿por qué vamos a la corte?

Me aferré a la caja de hechizos. Los cordones que había en su interior estaban reptando, deseando ayudarme a responder la pregunta.

—Porque si no estamos en la sala de audiencias del palacio de Richmond mañana a las dos de la tarde, Isabel nos encarcelará a los dos —respondió Matthew. Sus ojos parecían dos esquiras de vidrio marino—. La Congregación no tardará mucho en conocer la verdad sobre nosotros.

Los miembros de nuestro hogar organizaron un alboroto tremendo al conocer las noticias. Su expectación fue compartida por el vecindario a la mañana siguiente, cuando la condesa de Pembroke apareció poco después del amanecer con prendas suficientes para vestir a toda la parroquia. Viajó por el río, después de haber cogido la barcaza hacia Blackfriars, aunque en realidad no estaba a más de unos cientos de metros de distancia. Su aparición en el embarcadero de Water Lane fue recibida como un espectáculo público de suma importancia y, por unos instantes, el silencio cayó sobre nuestra calle, habitualmente ruidosa.

Mary tenía un aspecto sereno e imperturbable cuando, finalmente, entró en la sala, dejando que Joan y una hilera de sirvientes de menor rango entraran en fila detrás de ella.

—Henry me ha dicho que os esperan en la corte esta tarde. Y no tienes nada apropiado que ponerte.

Con un dedo imperioso, Mary dirigió a más miembros aún de su séquito hacia nuestra alcoba.

—Iba a ponerme el vestido con el que me casé —protesté.

—¡Si es francés! —dijo Mary, horrorizada—. ¡No puedes ponerte eso!

Satenes bordados, exquisitos terciopelos, brillantes sedas entretejidas con hilos de oro y plata auténticos, y montones de material vaporoso de propósito desconocido desfilaron bajo mi nariz.

—Esto es demasiado, Mary. ¿En qué estás pensando? —dije, evitando por los pelos colisionar contra otro sirviente más.

—Nadie se va a la guerra sin una armadura apropiada —dijo Mary con aquella característica mezcla de desenfado y mordacidad—. Y Su Majestad, Dios la guarde, es una oponente formidable. Precisarás de toda la protección que mi guardarropa pueda prestarte.

Juntas, elegimos entre las opciones. Cómo íbamos a hacer los arreglos necesarios para que la vestimenta de Mary me sirviera era un misterio, pero había aprendido a no preguntar. Yo era Cenicienta, y los pájaros de la floresta y las hadas del bosque serían convocados si la condesa de Pembroke lo consideraba oportuno.

Finalmente, nos decidimos por un vestido negro profusamente bordado con flores de lis y rosas plateadas. Según Mary, se trataba de un modelo del año anterior, y carecía de las grandes sayas en forma de rueda de carro que ahora estaban en boga. A Isabel le complacería mi mesurado desprecio por los caprichos de la moda.

—Y el plateado y el negro son los colores de la reina. Por eso Walter siempre los lleva —explicó Mary, mientras alisaba las mangas abullonadas.

Pero mi prenda favorita era, con mucho, la enagua blanca de satén que sería visible por la parte delantera abierta de las sayas. También estaba bordada, principalmente con motivos florales y animales y encarnaciones femeninas de las artes y las ciencias. Reconocí la misma mano de obra del genio que había creado los zapatos de Mary. Evité tocar el bordado por si acaso, para evitar que *lady* Alquimia abandonara las enaguas antes de que tuviera la oportunidad de ponérmelas.

Les llevó dos horas a cuatro mujeres vestirme. Primero me embutieron en las ropas, que eran acolchadas y abullonadas hasta proporciones ridículas, con una gruesa guata y un amplio miriñaque que era exactamente tan difícil de manejar como me había imaginado. La gorguera era adecuadamente ancha y ostentosa, aunque Mary me aseguró que no tan ancha como sería la de la reina. Además, me prendió un abanico de avestruz a la cintura. Este colgaba como un péndulo y oscilaba cuando caminaba. Con sus vaporosas plumas y un mango salpicado de rubíes y perlas, el accesorio valía fácilmente diez veces lo que costaba mi ratonera y me alegraba de que estuviera literalmente enganchado a mí en la cadera.

El tema de la joyería resultó controvertido. Mary había traído con ella su cofre y empezó a sacar un artículo de valor incalculable tras otro. Pero yo insistía en llevar los pendientes de Ysabeau en lugar de las ornamentadas lágrimas de diamantes que Mary sugería. Combinaban sorprendentemente bien con el collar de perlas que Joan me echó sobre el hombro. Para mi horror, Mary desmembró la cadena de flores de retama que Philippe me había regalado por la boda y sujetó uno de los eslabones florales en el centro del corpiño. Ensartó las perlas en una cinta roja y las ató al alfiler. Tras una larga discusión,

Mary y Françoise eligieron una simple gargantilla para rellenar el escote abierto. Annie fijó mi flecha de oro a la gorguera con otro alfiler enjoyado y Françoise me arregló el cabello para que me enmarcara la cara en una abullonada forma de corazón. Para el toque final, Mary me puso una cofia salpicada de perlas en la nuca, cubriendo los nudos trenzados que Françoise había amontonado.

Matthew, que estaba cada vez de peor humor a medida que la hora maldita se aproximaba, se las arregló para sonreír y parecer adecuadamente impresionado.

—Me siento como si estuviera vestida para una obra de teatro —dije con pesar.

—Estás preciosa. Tremendamente preciosa —me aseguró. Él también tenía un aspecto espléndido, con un conjunto de prendas de terciopelo enteramente negras con diminutas pinceladas de blanco en las muñecas y en el cuello. Además, llevaba mi retrato en miniatura alrededor de la garganta. La larga cadena se enroscaba en un botón de modo que la luna quedaba hacia fuera y mi imagen cerca de su corazón.

Lo primero que vi del palacio de Richmond fue la cúspide de una torre de piedra color crema, con el estandarte real ondeando al viento. Pronto aparecieron más torres, brillando bajo el fresco aire invernal como las de un castillo salido de un cuento de hadas. Entonces la vasta extensión del complejo palaciego apareció ante nosotros: la extraña arcada rectangular al sureste, el edificio principal de tres pisos al suroeste, rodeado de un ancho foso, y el huerto amurallado más allá. Detrás del edificio principal había todavía más torres y picos, entre ellos, un par de edificios que me recordaron al colegio de Eton. Una enorme grúa se elevaba en el aire más allá del huerto, y enjambres de hombres descargaban cajas y paquetes para las cocinas del palacio y las despensas. El castillo de Baynard, que siempre me había parecido grandioso, en retrospectiva era más bien una antigua residencia real ligeramente andrajosa.

Los remeros condujeron la barcaza hacia un embarcadero. Matthew ignoró las miradas y las preguntas y prefirió dejar que Pierre o Gallowglass respondieran por él. Para el observador fortuito, Matthew tenía un aspecto levemente aburrido. Pero yo estaba lo suficientemente cerca como para ver cómo estudiaba la orilla del río, siempre alerta y en guardia.

Observé la arcada de dos pisos que había más allá del foso. Los soportales de la planta baja quedaban abiertos a la intemperie, pero el piso de arriba estaba acristalado con ventanas emplomadas. Había rostros ansiosos mirando hacia fuera, con la esperanza de poder avistar las nuevas llegadas y obtener algún dato para chismorrear. Matthew situó con rapidez su corpulencia entre la barcaza y los cortesanos curiosos, impidiendo que se me viera con facilidad.

Varios sirvientes de librea, todos ellos con espada o pica, nos condujeron a través de una sencilla sala de guardia para llevarnos a la parte principal del palacio. En el laberinto de habitaciones de la planta baja, la actividad era tan frenética y el ambiente tan bullicioso como en cualquier edificio de oficinas, lleno de sirvientes y empleados de la corte que corrían de aquí para allá cumpliendo encargos y obedeciendo órdenes. Matthew giró a la derecha y los guardas le impidieron educadamente el paso.

—No te recibirá en privado hasta que te haya dejado en evidencia en público —murmuró Gallowglass entre dientes. Matthew maldijo.

Seguimos obedientemente a nuestros escoltas hacia una espléndida escalera. Estaba atestada de gente y la pugna de aromas humanos, florales y herbales era mareante. Todo el

mundo llevaba perfume para intentar camuflar los olores desagradables, pero no me quedó más remedio que preguntarme si el resultado no sería peor. Cuando la multitud vio a Matthew, se oyeron susurros mientras el mar de gente se abría. Mi marido era más alto que la mayoría e irradiaba la misma brutalidad que casi todos los aristócratas que había conocido. La diferencia radicaba en que Matthew era realmente letal y, de alguna manera, los sangre caliente lo sabían.

Tras pasar por una retahíla de tres antecámaras, todas ellas llenas a rebosar de cortesanos de ambos sexos y de todas las edades acolchados, perfumados y enjoyados, finalmente llegamos a una puerta cerrada. Allí esperamos. Los susurros de alrededor se convirtieron en murmullos. Un hombre hizo una broma y sus compañeros se rieron con disimulo. Matthew apretó la mandíbula.

—¿Por qué esperamos? —dije en voz muy baja, de manera que solo Matthew y Gallowglass pudieran oírme.

—Para entretener a la reina... y para mostrar a la corte que no soy más que un sirviente.

Cuando por fin nos permitieron pasar a presencia real, me sorprendió ver que aquella sala también estaba llena de gente. El término «privado» era relativo en la corte de Isabel. Busqué a la reina, pero no estaba a la vista. Mucho me temía que íbamos a tener que esperar de nuevo. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Por qué, por cada año que envejezco, Matthew Roydon parece dos años más joven? —preguntó una voz sorprendentemente jovial procedente de donde se encontraba la chimenea. Las criaturas más espléndidamente vestidas, intensamente perfumadas y densamente pintadas de la sala se volvieron ligeramente para analizarnos. Al moverse, dejaron a la vista a Isabel, la abeja reina sentada en el centro de la colmena. El corazón me dio un vuelco. La leyenda había vuelto a la vida.

—No observo grandes cambios en vos, Majestad —dijo Matthew, doblándose con sutileza por la cintura—. *Semper eadem*, como reza el dicho.

Aquellas mismas palabras estaban pintadas en el estandarte bajo el emblema real que ornamentaba la chimenea. «Siempre la misma».

—Incluso mi primer lord del Tesoro puede hacer una reverencia más profunda que esa, señor, y eso que sufre de reuma —aseguró la reina. Unos ojos negros brillaron desde una máscara de polvos y colorete. Bajo la nariz tremendamente aguileña, la reina comprimió sus finos labios, dibujando una dura línea—. Y últimamente prefiero un lema distinto: *Video et taceo*.

«Ver y callar». Estábamos en apuros.

Matthew pareció no percatarse y se irguió como si fuera un príncipe del reino, en lugar del espía de la reina. Con los hombros hacia atrás y la cabeza levantada, era con mucho el hombre más alto de la sala. Solo había dos personas que se aproximaban remotamente a su altura: Henry Percy, que estaba apoyado contra la pared con aspecto abatido, y un hombre de largas piernas aproximadamente de la edad del conde, con una mata de pelo rizado y expresión insolente, que se hallaba al lado de la reina.

—Cuidado —murmuró Burghley mientras pasaba al lado de Matthew, camuflando la advertencia con los golpes regulares de su báculo—. ¿Me habéis llamado, Majestad?

—Espíritu y Sombra en el mismo lugar. Decidme, Raleigh, ¿no quebranta eso algún oscuro principio de la filosofía? —dijo el acompañante de la reina, arrastrando las palabras. Sus amigos señalaron a lord Burghley y a Matthew y se echaron a reír.

—Si hubierais ido a Oxford en lugar de a Cambridge, Essex, conoceríais la

respuesta y os ahorraríais la ignominia de tener que preguntar.

Raleigh cambió el peso de pie como quien no quiere la cosa y posó la mano convenientemente cerca de la empuñadura de la espada.

—Vamos, Robin —dijo la reina propinándole una palmada indulgente en el codo—. Sabes que no me gusta que otros usen mis sobrenombres. Por esta vez, lord Burghley y el señor Roydon te perdonarán por haberlo hecho.

—Entiendo que la dama es vuestra esposa, Roydon —señaló el conde de Essex, posando sus ojos castaños sobre mí—. No sabíamos que estuvierais casado.

—¿«Sabíamos»? —replicó la reina, esa vez propinándole un manotazo—. Eso no es asunto vuestro, lord Essex.

—Al menos Matt no teme que lo vean con ella por la ciudad —insinuó Walter, mientras se acariciaba la barbilla—. Vos también os habéis desposado recientemente, señor. ¿Dónde está vuestra esposa en este hermoso día de invierno?

«Allá vamos», pensé mientras Walter y Essex se colocaban en posición.

—*Lady Essex se encuentra en Hart Street, en casa de su madre, con el heredero recién nacido del conde a su lado* —respondió Matthew en nombre de Essex—. Enhorabuena, caballero. Cuando visité a la condesa, me dijo que iba a llevar vuestro nombre.

—Sí. Robert fue bautizado ayer —dijo Essex con frialdad. Parecía alarmarle el hecho de pensar que Matthew hubiera estado cerca de su esposa y de su hijo.

—Sí, señor —corroboró Matthew, antes de dirigirle al conde una sonrisa realmente aterradora—. Qué extraño. No os vi en la ceremonia.

—¡Basta de riñas! —gritó Isabel, irritada por haber perdido el control de la conversación, al tiempo que tamborileaba con sus largos dedos sobre el brazo tapizado de la silla—. No os he dado a ninguno de los dos permiso para casaros. Sois ambos unos desgraciados ingratos y codiciosos. Traedme a la muchacha.

Nerviosa, me alisé las sayas y me agarré al brazo de Matthew. La docena de pasos que me separaban de la reina parecieron extenderse hasta el infinito. Cuando finalmente llegué a su lado, Walter bajó bruscamente la mirada al suelo. Me hundí en una genuflexión y allí me quedé.

—Al menos ella tiene modales —reconoció Isabel—. Haced que se levante.

Cuando la miré a la cara, me di cuenta de que la reina era extremadamente miope. Aunque no estaba a más de un metro de ella, tenía los ojos entrecerrados, como si no pudiera distinguir mis facciones.

—Hum —dijo Isabel cuando la inspección llegó a su fin—. Su rostro es ordinario.

—Si eso es lo que pensáis, es una suerte que no seáis vos quien la haya desposado —replicó Matthew, bruscamente.

Isabel me observó un poco más.

—Tiene tinta en los dedos.

Oculté los dedos censurables tras el abanico prestado. Las manchas de tinta de agallas de roble eran imposibles de limpiar.

—¿Y qué fortuna te estoy pagando, Sombra, para que tu mujer se pueda permitir tal abanico?

La voz de Isabel se había vuelto petulante.

—Si vamos a discutir sobre las finanzas de la Corona, tal vez el resto debería retirarse —sugirió lord Burghley.

—Oh, muy bien —dijo Isabel, enojada—. Tú quédate, William, y tú también,

Walter.

—Y yo —dijo Essex.

—Tú no, Robin. Tienes que ocuparte del banquete. Esta noche deseo que me entretengan. Estoy harta de que me den sermones y lecciones de historia, como si fuera una colegiala. No más historias sobre el rey Juan ni aventuras de pastorcillas perdidamente enamoradas que suspiran por sus pastores. Quiero que Symons se revuelque por el suelo. Y si tiene que haber una obra, que sea la del nigromante y la cabeza de latón que adivina el futuro —dijo Isabel, y golpeó la mesa con los nudillos—. «El tiempo es, el tiempo fue, el tiempo ha pasado». Adoro esas líneas.

Matthew y yo intercambiamos una mirada.

—Creo que la obra se titula *Fray Bacon y fray Bungay*, Majestad —le susurró una joven al oído a su señora.

—Esa es, Bess. Ocúpate de ello, Robin, y te sentarás a mi lado.

La propia reina tenía bastante de actriz. Podía ir de la furia a la persuasión, pasando por la petulancia, sin vacilar.

Algo más apaciguado, el conde de Essex se retiró, aunque no sin antes dirigirle a Walter una mirada fulminante. Todo el mundo lo siguió en masa. Essex era ahora la persona más importante del lugar y, como polillas atraídas por una llama, el resto de cortesanos estaban deseando compartir su luz. Solo Henry parecía reacio a irse, pero no tenía más alternativa. La puerta se cerró con firmeza tras ellos.

—¿Habéis disfrutado de la visita al doctor Dee, señora Roydon?

La voz de la reina era seca. Ya no albergaba ni rastro de zalamería. No se andaba con rodeos.

—Lo hicimos, Majestad —respondió Matthew.

—Sé de buena tinta que vuestra esposa puede hablar por sí misma, señor Roydon.

Dejadle que lo haga.

Matthew frunció el ceño, pero permaneció en silencio.

—Fue de lo más placentera, Majestad. —Acababa de hablar con la reina Isabel I. Dejé a un lado mi incredulidad y continué—. Soy estudiante de alquimia y me interesan los libros y el aprendizaje.

—Sé lo que sois.

El peligro me rodeaba, centelleante, en forma de tormenta de hebras negras crujientes y chirriantes.

—Soy vuestra servidora, Majestad, al igual que mi esposo.

Mis ojos continuaban resueltamente centrados en las zapatillas de la reina de Inglaterra. Por suerte, no eran particularmente interesantes y permanecieron inanimadas.

—Ya dispongo de cortesanos y majaderos en exceso, señora Roydon. No os ganaréis un lugar entre ellos con tal afirmación —aseguró la reina. Sus ojos brillaron de forma inquietante—. No todos mis informadores reciben órdenes de vuestro esposo. Dime, Sombra, ¿qué asunto os traéis con el doctor Dee?

—Era un tema privado —dijo Matthew, conteniendo el carácter con dificultad.

—No existe tal cosa: no en mi reino. —Isabel estudió el rostro de Matthew—. Me dijisteis que no confiara mis secretos a aquellos cuya lealtad no hubierais probado aún por mí —continuó diciendo con tranquilidad—. Sin duda mi propia lealtad estará fuera de cuestión.

—Se trataba de un asunto privado entre el doctor Dee y yo, señora —aseguró Matthew, manteniéndose en sus trece.

—Muy bien, señor Roydon. Dado que estáis determinado a mantener vuestro secreto, os contaré qué me traigo yo entre manos con el doctor Dee, a ver si así se os suelta la lengua. Quiero que Edward Kelley regrese a Inglaterra.

—Creo que ahora es *sir* Edward, Majestad —la corrigió Burghley.

—¿De dónde habéis sacado eso? —protestó Isabel.

—De mí —respondió Matthew, amablemente—. Es mi trabajo, después de todo, saber esas cosas. ¿Por qué necesitáis a Kelley?

—Sabe cómo hacer la piedra filosofal. Y no pienso dejarla en manos de los Habsburgo.

—¿Ese es vuestro temor? —Matthew parecía aliviado.

—Mi temor es morir y dejar que los perros españoles, franceses y escoceses se peleen por mi reino como si se tratara de un bocado de carne —confesó Isabel, al tiempo que se levantaba y avanzaba hacia Matthew. Cuanto más se acercaba, mayores parecían las diferencias de tamaño y de fuerza. Era una mujer realmente pequeña para haber sobrevivido absolutamente contra pronóstico durante tantos años—. Mi temor es qué será de mi pueblo cuando me vaya. A diario rezo para que Dios me ayude a salvar a Inglaterra de un desastre seguro.

—Amén —entonó Burghley.

—Edward Kelley no es la respuesta de Dios, os lo prometo.

—El soberano que posea la piedra filosofal disfrutará de una inagotable fuente de riquezas —aseguró Isabel con los ojos brillantes—. Si tuviera más oro a mi disposición, podría destruir a los españoles.

—Y si los deseos fueran tordos, los mendigos comerían pájaros —replicó Matthew.

—Controlad vuestra lengua, Roydon —le advirtió Burghley.

—Su Majestad está proponiendo remar en aguas peligrosas, señor. También es mi trabajo advertírselo —alegó Matthew, con premeditada formalidad—. Edward Kelley es un daimón. Su alquimia se encuentra peligrosamente cerca de la magia, como Walter puede atestiguar. La Congregación está desesperada por evitar que la fascinación de Rodolfo II por el ocultismo dé un giro peligroso, como sucedió con el rey Jacobo.

—¿Jacobo tenía todo el derecho a encarcelar a aquellas brujas! —exclamó Isabel con vehemencia—. Al igual que yo tengo todo el derecho a reclamar el beneficio si uno de mis súbditos hace la piedra.

—¿Hicisteis lo mismo con Walter cuando fue al Nuevo Mundo? —preguntó Matthew—. ¿Si hubiera encontrado oro en Virginia, habríais exigido que se os entregara todo?

—Creo que eso era exactamente lo que nuestro acuerdo estipulaba —dijo Walter en tono cortante—. Aunque, por supuesto, yo estaría encantado de que Su Majestad se quedara con él —añadió precipitadamente.

—Sabía que no podía confiar en vos, Sombra. Estáis en Inglaterra para servirme y, aun así, habláis de esa Congregación vuestra como si sus deseos fueran más importantes.

—Yo tengo el mismo deseo que vos, Majestad: salvar a Inglaterra del desastre. Si seguís los pasos del rey Jacobo y empezáis a perseguir a los daimones, a las brujas y a los *wearhs* que hay entre vuestros súbditos, sufriréis por ello y también lo hará el reino.

—¿Y qué proponéis que haga? —preguntó Isabel.

—Propongo que lleguemos a un acuerdo, a un acuerdo no muy diferente del que firmasteis con Raleigh. Yo me ocuparé de que Edward Kelley regrese a Inglaterra para que podáis encerrarlo en la Torre y obligarlo a crear la piedra filosofal..., si puede.

—¿Y a cambio?

Isabel era hija de su padre, después de todo, y entendía que nada en la vida era gratuito.

—A cambio daréis refugio a tantas brujas de Berwick como pueda sacar de Edimburgo hasta que la locura del rey Jacobo haya llegado a su fin.

—¡De ninguna manera! —replicó Burghley—. ¡Pensad, señora, en lo que podría acontecer a vuestras relaciones con nuestros vecinos del norte si invitarais a hordas de brujas escocesas a cruzar la frontera!

—No quedan tantas brujas en Escocia —dijo Matthew con gravedad—, dado que rechazasteis mis anteriores peticiones.

—Tenía la certeza, Sombra, de que una de vuestras ocupaciones mientras estuvierais en Inglaterra sería aseguraros de que vuestra gente no se inmiscuyese en nuestra política. ¿Y si estas maquinaciones privadas son descubiertas? ¿Cómo explicaréis vuestras acciones?

La reina lo observó con atención.

—Alegaré que el sufrimiento impone a cada hombre extrañas parejas, Majestad.

Isabel emitió un débil sonido de regocijo.

—Eso es doblemente cierto en el caso de las mujeres —dijo secamente—. Muy bien. Trato hecho. Iréis a Praga a buscar a Kelley. La señora Roydon puede servirme aquí, en la corte, para asegurar vuestro rápido regreso.

—Mi esposa no forma parte de nuestro acuerdo y no hay necesidad alguna de enviarme a Bohemia en enero. Vos estáis decidida a traer de vuelta a Kelley y yo me ocuparé de que así sea.

—¡Vos no sois el rey aquí! —exclamó Isabel, clavándole un dedo en el pecho—. Iréis a donde yo os envíe, señor Roydon. Si no lo hacéis, os meteré a vos y a la bruja de vuestra esposa en la Torre, por traición. O haré algo peor —dijo, con los ojos brillantes.

Alguien arañó la puerta.

—¡Adelante! —bramó Isabel.

—La condesa de Pembroke solicita audiencia, Majestad —dijo un guarda, excusándose.

—Por el amor de Dios —juró la reina—. ¿No conoceré nunca un momento de paz? Haced que pase.

Mary Sidney entró en la sala como un huracán, con los velos y las gorgueras hinchados mientras pasaba de la fría recámara a la sala sobrecalentada que la reina ocupaba. Hizo una grácil genuflexión a medio camino, continuó flotando por la sala e hizo una nueva genuflexión perfecta.

—Majestad —dijo, inclinando la cabeza.

—¿Qué os trae por la corte, *lady* Pembroke?

—En una ocasión me asegurasteis una prerrogativa, Majestad: una garantía contra necesidades futuras.

—Sí, sí —afirmó Isabel con impaciencia—. ¿Qué ha hecho ahora vuestro marido?

—Nada en absoluto —aseguró Mary, poniéndose en pie—. He venido a solicitar vuestro permiso para enviar a la señora Roydon a un importante recado.

—No logro imaginar la razón —replicó Isabel—. No parece ni útil ni capaz.

—Necesito unas gafas especiales para mis experimentos que solo pueden ser adquiridas en los talleres del emperador Rodolfo. La esposa de mi hermano, os pido disculpas, dado que desde la muerte de Philip ha vuelto a casarse y se ha convertido en la

condesa de Essex, me ha dicho que el señor Roydon va a ser enviado a Praga. La señora Roydon lo acompañará, con vuestra bendición, y me traerá lo que preciso.

—¡Chiquillo vanidoso y necio! El conde de Essex no puede resistirse a compartir cada migaja de información que posee con el mundo —rezongó Isabel, antes de dar media vuelta y alejarse en una ráfaga de plata y oro—. ¡Exigiré la cabeza de ese charlatán por esto!

—Me prometisteis, Majestad, cuando mi hermano falleció defendiendo vuestro reino, que un día me otorgaríais vuestro favor.

Mary nos sonrió serenamente a Matthew y a mí.

—¿Y queréis desperdiciar un regalo tan preciado en estos dos?

Isabel parecía escéptica.

—En su día, Matthew le salvó la vida a Philip. Es como un hermano para mí.

Mary parpadeó, mirando a la reina con solemne inocencia.

—Podéis llegar a ser tan suave como el marfil, *lady* Pembroke. Desearía poder disfrutar más de vuestra presencia en la corte —confesó Isabel. Acto seguido, alzó las manos—. Muy bien. Cumpliré con mi palabra. Pero deseo que Edward Kelley esté en mi presencia a mediados de verano: y no quiero que esto se eche a perder ni que toda Europa esté al tanto de este asunto. ¿Entendéis, señor Roydon?

—Sí, Majestad —dijo Matthew entre dientes.

—Id a Praga, pues. Y llevaos a vuestra esposa con vos, para complacer a *lady* Pembroke.

—Gracias, Majestad.

Matthew la miró de forma bastante inquietante, como si quisiera arrancarle la cabeza empelucada a Isabel Tudor y separársela del cuerpo.

—Fuera de mi vista, todos vosotros, antes de que cambie de opinión.

Isabel regresó a su silla y se desplomó contra el respaldo tallado.

Lord Burghley indicó con un movimiento de cabeza que íbamos a seguir las instrucciones de la reina. Pero Matthew no podía dejar las cosas como estaban.

—Unas palabras de advertencia, Majestad. No depositéis vuestra confianza en el conde de Essex.

—No le tenéis simpatía, señor Roydon. Y tampoco William, ni Walter. Pero me hace volver a sentirme joven —dijo Isabel, posando sus negros ojos sobre mi marido—. Hubo un tiempo en que vos realizabais ese servicio para mí y me recordabais tiempos más felices. Ahora habéis encontrado a otra y me siento abandonada.

—«Mi afecto es como mi sombra bajo el sol. *Me sigue volando, vuela cuando la persigo.* Se levanta y se acuesta a mi lado, hace lo que yo hago» —dijo Matthew dulcemente—. Yo soy vuestra Sombra, Majestad, y no tengo otra elección que ir a donde vos me llevéis.

—Y yo estoy cansada —dijo Isabel, volviendo la cabeza— y no estoy de humor para poesías. Dejadme.

—No vamos a ir a Praga —dijo Matthew cuando estuvimos de vuelta en la barcaza de Henry y nos dirigíamos hacia Londres—. Debemos irnos a casa.

—La reina no te dejará en paz simplemente porque te vayas a Woodstock, Matthew —dijo Mary con sensatez, mientras se arrebujaba en una manta de piel.

—No se refiere a Woodstock, Mary —le expliqué—. Habla de un lugar... más

lejano.

—Ah. —Mary frunció el ceño—. Oh.

La condesa tomó la precaución de poner cara de no comprender.

—Pero estamos tan cerca de conseguir lo que queríamos —dije—. Sabemos dónde está el manuscrito y este podría responder a todas nuestras preguntas.

—Y podría no tener sentido, como el manuscrito que había en casa del doctor Dee —replicó Matthew con impaciencia—. Lo conseguiremos de otra forma.

Pero, más tarde, Walter persuadió a Matthew de que la reina hablaba en serio y que nos encerraría a ambos en la Torre si nos negábamos a complacerla. Cuando se lo conté a Goody Alsop, se opuso tanto a lo de Praga como Matthew.

—Deberías estar yendo a tu propia época, no viajando a la lejana Praga. Aunque te quedaras aquí, llevaría semanas preparar un hechizo que pudiera llevarte a casa. La magia se rige por reglas y principios que todavía tienes que dominar, Diana. Lo único con lo que cuentas por ahora es con un dragón escupefuego díscolo, un *glaem* casi cegador y una tendencia a hacer preguntas con respuestas pícaras. No posees los conocimientos suficientes de hechicería como para tener éxito con tu plan.

—Continuaré estudiando en Praga, te lo prometo —le aseguré, estrechando sus manos entre las mías—. Matthew ha hecho un trato con la reina que podría proteger a decenas de brujas. No podemos estar separados. Es demasiado peligroso. No dejaré que vaya a la corte del emperador sin mí.

—No —dijo la anciana con una sonrisa triste—. No mientras te quede aliento en el cuerpo. Muy bien. Ve con tu *wearh*. Pero has de saber esto, Diana Roydon: estás abriendo una nueva ruta. Y no puedo predecir adónde podría llevarte.

—El fantasma de Bridget Bishop me dijo: «No hay camino futuro en el que no esté él». Cuando siento que nuestras vidas se adentran girando en lo desconocido, encuentro consuelo en esas palabras —dije, intentando reconfortarla—. Mientras Matthew y yo estemos juntos, Goody Alsop, la dirección no importa.

Tres días después, en la festividad de Santa Brígida, zarpamos y comenzamos nuestro largo viaje para ver al sacro emperador romano, encontrar a un traicionero daimón inglés y, por fin, echarle un vistazo al Ashmole 782.

Capítulo 26

VERIN de Clermont estaba sentada en su casa, en Berlín, mirando incrédula el periódico:

The Independent 1 de febrero de 2010

Una mujer de Surrey ha descubierto un manuscrito perteneciente a Mary Sidney, famosa poetisa isabelina y hermana de *sir* Philip Sidney. «Estaba en el armario de la caldera de mi madre, encima de las escaleras» aseguró Henrietta Barber, de sesenta y dos años, a *The Independent*. La señora Barber estaba retirando las pertenencias de su madre antes de internarla. «Me pareció un fajo de papeles viejos y estropeados». El manuscrito, según creen los expertos, representa un cuaderno de notas de trabajos de alquimia que la condesa de Pembroke escribió durante el invierno de 1590-1591. Se creía que los papeles científicos de la condesa habían sido destruidos en un incendio en Wilton House en el siglo XVII. No está claro cómo ha llegado el objeto a manos de la familia Barber. «Recordamos a Mary Sidney fundamentalmente como poetisa», comentaba un representante de la casa de subastas Sotheby's, que sacará el objeto a subasta en mayo, «pero en su propia época era conocida por tratarse de una gran profesional de la alquimia». El manuscrito es de particular interés, ya que demuestra que la condesa disfrutaba de asistencia en el laboratorio. En un experimento denominado «elaboración del *arbor Dianae*», identifica a su ayudante con las iniciales DR. «Puede que nunca seamos capaces de identificar al hombre que ayudaba a la condesa de Pembroke», explica el historiador Nigel Warminster, de la Universidad de Cambridge, «pero este manuscrito nos dirá de todos modos muchas cosas sobre el aumento de la experimentación en la revolución Científica».

—¿Qué sucede, *Schatz*? —Ernst Neumann puso una copa de vino delante de su esposa. Estaba demasiado seria para un lunes por la noche. Aquella era la cara de viernes de Verin.

—Nada —murmuró esta, con los ojos todavía fijos en las líneas impresas que tenía delante—. Un asunto familiar inconcluso.

—¿Tiene algo que ver con Baldwin? ¿Ha perdido hoy un millón de euros?

A Ernst le había costado acostumbrarse a su cuñado y no confiaba del todo en él. Baldwin lo había adiestrado en las complejidades del comercio internacional cuando Ernst no era más que un chiquillo. Ahora tenía casi sesenta años y era la envidia de sus amigos, por su joven esposa. Las fotos de la boda, en las que salía Verin con un aspecto exactamente igual al actual junto con una versión de veinticinco años de sí mismo, estaban a buen recaudo, fuera de la vista.

—Baldwin no ha perdido un millón de nada en su vida.

Ernst se percató de que, en realidad, Verin no había respondido a su pregunta.

Acercó el periódico inglés y leyó lo que estaba impreso en él.

—¿Por qué te interesa un viejo libro?

—Antes déjame hacer una llamada —respondió su mujer con cautela. Sujetaba con seguridad el teléfono entre las manos, pero Ernst reconoció la expresión de aquellos inusitados ojos plateados. Estaba enfadada, asustada y pensando en el pasado. Había visto aquella misma mirada momentos antes de que Verin le salvara la vida al arrebatárselo a su madrastra.

—¿Estás llamando a Mélisande?

—A Ysabeau —dijo Verin de forma automática, mientras aporreaba los números.

—Eso, a Ysabeau, —dijo Ernst. Como era comprensible, le resultaba difícil llamar a la madrastra de Verin por un nombre diferente al que usaba la matriarca de la familia De Clermont cuando había matado al padre de Ernst, tras la guerra.

A la llamada de Verin le costó una cantidad de tiempo desmesurada conectar. Ernst oía clics extraños, casi como si la llamada estuviera siendo reenviada una y otra vez. Finalmente, lo logró. El teléfono sonó.

—¿Quién es? —preguntó una voz joven. Parecía estadounidense... o puede que fuera inglesa, pero ya casi sin acento.

Verin colgó de inmediato. Dejó el teléfono sobre la mesa y enterró la cabeza entre las manos.

—Dios mío. De verdad está sucediendo, como mi padre dijo que pasaría.

—Me estás asustando, *Schatz* —dijo Ernst. Había visto muchas atrocidades en su vida, pero ninguna tan gráfica como las que atormentaban a Verin en las raras ocasiones en las que de verdad dormía. Las pesadillas que tenía con Philippe lograban que su esposa, normalmente serena, se viniera abajo—. ¿Quién ha cogido el teléfono?

—No quien debería —respondió Verin, con voz ahogada. Sus ojos grises se alzaron para encontrarse con los de él—. Debería haber contestado Matthew, pero no ha podido. Porque no está aquí. Está allá.

La mujer miró el periódico.

—Verin, lo que dices no tiene ningún sentido —dijo Ernst con severidad. Nunca había conocido a aquel problemático hermanastro, el intelectual y la oveja negra de la familia.

Pero ella ya estaba volviendo a marcar un número en el teléfono. Esa vez la llamada entró directamente.

—Veo que has leído los periódicos de hoy, tía Verin. Llevo horas esperando tu llamada.

—¿Dónde estás, Gallowglass?

Su sobrino era un culo inquieto. En el pasado enviaba postales solo con un número de teléfono de cualquier tramo de carretera que estuviera recorriendo en el momento: la autopista alemana, la Ruta 66 de Estados Unidos, la Trollstigen noruega, la carretera del túnel de Guolliang. Cada vez recibía menos escuetos anuncios de aquellos desde que había llegado la era de los teléfonos móviles internacionales. Con los GPS e Internet, podía localizar a Gallowglass en cualquier sitio. Sin embargo, Verin añoraba mucho las postales.

—En algún lugar de las afueras de Warrnambool —dijo Gallowglass, sin concretar.

—¿Dónde diablos está Warrnambool? —preguntó Verin.

—En Australia —dijeron Ernst y Gallowglass al mismo tiempo.

—¿Eso que oigo es acento alemán? ¿Te has echado un nuevo novio? —bromeó Gallowglass.

—Cuidado, cachorrillo —le espetó Verin—. Puede que seas de la familia, pero eso no me impide rebanarte el pescuezo. Es mi marido, Ernst.

Ernst se irguió en la silla y sacudió la cabeza a modo de advertencia. No le gustaba que su mujer se enfrentara a vampiros machos, aun cuando era más fuerte que la mayoría. Verin ahuyentó su temor haciendo un gesto con la mano.

Gallowglass se rio y Ernst decidió que aquel vampiro desconocido podría caerle bien.

—Esa es mi espeluznante tía Verin. Me alegro de oír tu voz, después de tantos años. Y no finjas que te ha sorprendido más ver esa historia que a mí recibir tu llamada.

—En cierto modo tenía la esperanza de que estuviera delirando —confesó Verin, recordando la noche en que ella y Gallowglass se habían sentado al lado de la cama de Philippe a escuchar sus divagaciones.

—¿Creíste que era contagioso y que yo también estaba desvariando?

Gallowglass resopló. Verin se fijó en que, en la actualidad, su voz se parecía mucho a la de Philippe.

—Esperaba que ese fuera el caso, de hecho.

Habría sido más fácil de creer que la otra alternativa: que la historia imposible de su padre sobre una bruja que viajaba en el tiempo fuera cierta.

—¿Seguirás cumpliendo tu promesa de todos modos? —preguntó Gallowglass en voz baja.

Verin vaciló. Solo fue un instante, pero Ernst se percató. Verin siempre cumplía sus promesas. Cuando él era un niño muerto de miedo, Verin le había prometido que crecería y se convertiría en un hombre. Ernst se había aferrado a aquella certeza cuando tenía seis años, al igual que se aferraba a las promesas que Verin le había hecho desde entonces.

—No has visto a Matthew con ella. Cuando lo hagas...

—¿Pensaré que mi hermanastro es aún más problemático? Imposible.

—Dale una oportunidad, Verin. Ella también es hija de Philippe. Y él tiene un gusto excelente en lo que a mujeres se refiere.

—La bruja no es su verdadera hija —dijo Verin rápidamente.

En alguna carretera cerca de Warrnambool, Gallowglass apretó los labios y se negó a responder. Tal vez Verin supiera más de Diana y Matthew que cualquier otro miembro de la familia, pero no tanto como él. Ya habría infinidad de ocasiones para hablar de vampiros e hijos cuando la pareja regresara. No era necesario discutir sobre ello en aquel momento.

—Además, Matthew no está aquí —dijo Verin, mirando el periódico—. He marcado el número. Ha respondido otra persona y no era Baldwin.

Por eso había colgado tan rápido. Si Matthew no estaba liderando la hermandad, el número de teléfono debería haber pasado al único hijo legítimo superviviente de Philippe. «El número» había sido creado en los primeros años del teléfono. Philippe lo había elegido: 917, por el cumpleaños de Ysabeau, en septiembre. Con cada nueva tecnología y con los cambios sucesivos en el sistema telefónico nacional e internacional, el número remitía sin defecto a una iteración más moderna.

—Has llamado a Marcus.

Gallowglass también había marcado el número.

—¿A Marcus? —Verin estaba horrorizada—. ¿El futuro de los De Clermont depende de *Marcus*?

—Dale también una oportunidad a él, tía Verin. Es un buen tío —dijo Gallowglass, antes de quedarse callado—. En cuanto al futuro de la familia, este depende de todos nosotros. Philippe lo sabía, o no nos habría hecho prometer que regresaríamos a Sept-Tours.

Philippe de Clermont había sido muy preciso con su hija y su nieto. Debían estar atentos a las señales: historias sobre una joven bruja estadounidense con gran poder, el apellido Bishop, la alquimia y luego una serie de descubrimientos históricos extraños.

Entonces, y solo entonces, Gallowglass y Verin regresarían a la residencia de la familia De Clermont. Philippe no había querido revelar por qué era tan importante que la

familia se reuniera, pero Gallowglass lo sabía.

Durante décadas, Gallowglass había esperado. Entonces había empezado a oír historias sobre una bruja de Massachusetts llamada Rebecca, una de las últimas descendientes de Bridget Bishop, de Salem. Las crónicas sobre su poder se extendieron por todos los rincones, al igual que la noticia de su trágica muerte. Gallowglass siguió a la hija que había sobrevivido hasta el norte del estado de Nueva York. Había estado controlando a la niña periódicamente, observando mientras Diana Bishop jugaba en las barras de mono en el parque, iba a fiestas de cumpleaños y se graduaba en la universidad. Gallowglass se había sentido tan orgulloso de ella como cualquier padre al verla defender la tesis en Oxford. Y muchas veces se situaba bajo el carillón de Harkness Tower, en Yale, y dejaba que el sonido de las campanas reverberara por todo su cuerpo mientras la joven profesora cruzaba andando el campus. Su vestimenta era distinta, pero la forma de andar de Diana era inconfundible, al igual que la postura de sus hombros, llevara puesto un miriñaque y una gorguera o un par de pantalones y una poco favorecedora chaqueta masculina.

Gallowglass trataba de guardar las distancias, pero a veces tenía que interferir: como el día que su energía atrajo a un daimón hasta ella y la criatura empezó a seguirla. Aun así, Gallowglass se enorgullecía de los cientos de veces que se había contenido para no bajar corriendo las escaleras de la torre de las campanas de Yale, rodear con los brazos a la profesora Bishop y decirle lo contento que estaba de verla después de tantos años.

Cuando Gallowglass se enteró de que Baldwin había sido reclamado en Sept-Tours por orden de Ysabeau a causa de alguna emergencia no especificada relacionada con Matthew, el galés supo que era solo cuestión de tiempo que las anomalías históricas aparecieran. Gallowglass había visto el anuncio del descubrimiento de un par de miniaturas isabelinas hasta entonces desconocidas. Cuando había conseguido llegar a Sotheby's, ya las habían comprado. Gallowglass había entrado en pánico, pensando que podrían haber caído en manos equivocadas. Pero había infravalorado a Ysabeau. Al hablar con Marcus esa mañana, el hijo de Matthew le había confirmado que estaban a salvo en la mesa de Ysabeau, en Sept-Tours. Habían pasado más de cuatrocientos años desde que Gallowglass había escondido las pinturas en una casa de Shropshire. Estaría bien verlas —y a las dos criaturas que representaban— una vez más.

Entretanto, se estaba preparando para la tormenta que se avecinaba como siempre lo hacía: viajando lo más lejos y lo más rápido que podía. En su día habían sido los mares y luego los trenes, pero ahora Gallowglass se había echado a las carreteras para recorrer en moto la mayor cantidad de curvas cerradas y laderas de montaña posible. Con el cabello enmarañado ondeando al viento y la cazadora de cuero bien apretada alrededor del cuello para ocultar el hecho de que su piel nunca mostrara el menor rastro de bronceado, Gallowglass se preparó para la obligación de cumplir la promesa, hecha mucho tiempo atrás, de defender a los De Clermont costara lo que costara.

—¿Gallowglass? ¿Sigues ahí?

La voz de Verin crepitó a través del teléfono y sacó a su sobrino del ensimismamiento.

—Sigo aquí, tía.

—¿Adónde vas?

Verin suspiró y apoyó la cabeza en la mano. Todavía no era capaz de obligarse a mirar a Ernst. Pobre Ernst, que se había casado a sabiendas con una vampira y, al hacerlo, se había involucrado sin darse cuenta en una complicada historia de sangre y deseo que giraba y se retorció a lo largo de los siglos. Pero ella le había hecho una promesa a su padre

y, aunque Philippe estaba muerto, Verin no tenía intención de defraudarlo ahora y por primera vez.

—Le he dicho a Marcus que llegaré pasado mañana.

Gallowglass no estaba más dispuesto a admitir que se sentía aliviado por la decisión de su tía que Verin a reconocer que se había tenido que plantear si ser fiel a su juramento.

—Nos veremos allí.

Aquello le proporcionaría un poco de tiempo para darle la noticia a Ernst de que iba a tener que compartir techo con su madrastra. No le iba a hacer ninguna gracia.

—Buen viaje, tía Verin —logró decir su sobrino antes de que colgara.

Gallowglass se guardó el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando el mar. En una ocasión había naufragado en aquella parte de la costa australiana. Les tenía cariño a los lugares de la costa a los que había sido arrastrado, como un tritón varado en una tempestad, para descubrir que, después de todo, podía vivir en tierra firme. Buscó el tabaco. Al igual que montar en moto sin casco, fumar era una manera de despreciar al universo que, con una mano, le había dado la inmortalidad, mientras que con la otra le había arrebatado a todo aquel a quien amaba.

—¿Y a estos también te los llevarás, no es así? —preguntó al viento, que suspiró a modo de respuesta. Matthew y Marcus tenían opiniones muy claras sobre los fumadores pasivos. Que a ellos no les fuera a matar fumar, alegaban, no quería decir que fueran a exterminar al resto del mundo.

—Si nos los cargamos a todos, ¿luego qué comemos? —había señalado Marcus con una lógica infalible. Era una idea curiosa para un vampiro, pero Marcus era conocido por ellas y Matthew no era mucho mejor. Gallowglass atribuía dicha tendencia al exceso de educación.

Acabó el cigarro y hurgó en el bolsillo para sacar una bolsita de cuero en la que había veinticuatro discos de dos centímetros y medio de diámetro por medio centímetro de grosor que procedían de una rama que le había arrancado a un fresno que crecía cerca de la casa familiar. Cada uno de ellos tenía una marca hecha con fuego en la superficie, el alfabeto de una lengua que ya nadie hablaba.

Siempre había sentido un sano respeto por la magia, incluso antes de conocer a Diana Bishop. Había poderes ahí fuera, en la tierra y en los mares, que ninguna criatura entendía y Gallowglass era lo suficientemente inteligente como para mirar hacia otro lado cuando estos se aproximaban. Pero no lograba resistirse a las runas. Le ayudaban a navegar por las traicioneras aguas del destino.

Pasó los dedos por los suaves círculos de madera y dejó que estos le empaparan la mano como si fueran de agua. Quería saber hacia dónde iba la corriente: ¿a favor de los De Clermont o en su contra?

Cuando sus dedos se quedaron quietos, sacó la runa que le diría cómo estaban las cosas en la actualidad. *Nyd*, la runa de la ausencia y el deseo. Gallowglass hundió la mano en la bolsa de nuevo para entender mejor lo que quería que le deparase el futuro. *Odal*, el ideograma del hogar, la familia y la herencia. Extrajo la última runa, la que le enseñaría cómo alcanzar su persistente deseo de pertenencia.

Rad. Era una runa confusa, que representaba a la vez la llegada y la partida, el principio de un viaje y el fin, un primer encuentro a la vez que una reunión hace tiempo esperada. La mano de Gallowglass se cerró alrededor del pedazo de madera. En esa ocasión, el significado estaba claro.

—Que tengas buen viaje tú también, tía Diana. Y trae a ese tío mío contigo —les

dijo Gallowglass al mar y al cielo, antes de volver a subirse a la moto y dirigirse hacia un futuro que ya no podía seguir imaginando ni posponiendo.

CUARTA PARTE El imperio: Praga

Capítulo 27

DÓNDE están las calzas rojas?

Matthew bajó las escaleras ruidosamente y frunció el ceño al ver las cajas que había esparcidas por toda la planta baja. Su humor había cambiado radicalmente a peor en medio de nuestro viaje de cuatro semanas, cuando nos separamos en Hamburgo de Pierre, de los niños y de nuestro equipaje. Habíamos perdido diez días más por el hecho de viajar desde Inglaterra a un país católico que calculaba el tiempo con un calendario diferente. En Praga, ahora era el once de marzo y los niños y Pierre todavía estaban por llegar.

—¡Nunca las encontraré en medio de este caos! —exclamó Matthew, al tiempo que descargaba su frustración con una de mis enaguas.

Después de haber vivido de unas alforjas y un único baúl compartido durante semanas, nuestras pertenencias habían llegado tres días después de nosotros a la alta y estrecha casa encaramada en la empinada avenida que conducía al castillo de Praga, conocido como Sporrenkasse. Nuestros vecinos alemanes presuntamente la apodaban «la calle de las espuelas», porque aquella era la única forma de persuadir a un caballo para que llevara a cabo el ascenso.

—No sabía que tenías unas calzas rojas —dije, incorporándome.

—Pues así es.

Matthew empezó a hurgar en la caja que contenía mi ropa blanca.

—Bueno, no creo que estén ahí —dije, señalando lo obvio.

El vampiro hizo rechinar los dientes.

—Ya he mirado en todas partes.

—Yo las encontraré —dije, mientras observaba sus calzas negras, perfectamente respetables—. ¿Por qué rojas?

—¡Porque quiero intentar atraer la atención del sacro emperador romano!

Matthew se hundió en otro montón de ropa de mi propiedad.

Unas medias de color rojo sangre harían algo más que atraer la atención de algún despistado, teniendo en cuenta que el hombre que se proponía vestirlas era un vampiro de metro ochenta y siete y la mayor parte de su altura eran piernas. El compromiso de Matthew con el plan era inquebrantable, sin embargo. Me concentré, le pedí a las calzas que se mostraran y seguí las hebras rojas. La capacidad de seguir el rastro de personas y objetos era un beneficio imprevisto de ser una tejedora y había tenido varias oportunidades de usarlo durante el viaje.

—¿Ha llegado el mensaje de mi padre?

Matthew contribuyó con otras enaguas a la nívea montaña que crecía entre nosotros y continuó escarbando.

—Sí. Está allí, al lado de la puerta..., sea lo que sea —dije. Hurgué en el contenido de un arcón que habíamos pasado por alto: guanteletes de cota de malla, un escudo con un

águila de dos cabezas y la tan ansiada prenda hueca y larga. Triunfante, blandí los largos tubos rojos—. ¡Las he encontrado!

Matthew ya había olvidado la crisis de las calzas. Ahora era el paquete de su padre el que atraía toda su atención. Eché un vistazo para ver qué era lo que lo tenía tan fascinado.

—¿Es del... Bosco?

Reconocí la obra de Jerónimo Bosch por la estrambótica forma en que usaba el material y el simbolismo alquímico. Cubría sus paneles con peces voladores, insectos, enormes instrumentos domésticos y frutas erotizadas. Mucho antes de que lo psicodélico estuviera de moda, Bosch veía el mundo en vivos colores e inquietantes combinaciones.

Al igual que la de Matthew Holbeins que había en el Viejo Pabellón, sin embargo, aquella obra no me resultaba familiar. Era un tríptico, creado a partir de tres paneles de madera articulados. Diseñados para ser colocados sobre altares, los trípticos permanecían cerrados salvo en las celebraciones religiosas especiales. Sin embargo, en los museos modernos el exterior raras veces estaba a la vista. Me pregunté qué otras imágenes impresionantes me había estado perdiendo.

El artista había recubierto los paneles exteriores con un pigmento negro aterciopelado. Un árbol marchito que brillaba bajo la luz de la luna cubría los dos paneles frontales. Un pequeño lobo se hallaba agazapado en sus raíces y un búho estaba posado en las ramas superiores. Ambos animales miraban con complicidad al espectador. Una docena más de ojos brillaban en el oscuro suelo, alrededor del árbol, incorpóreos y fijos. Detrás del roble muerto, una serie de árboles aparentemente normales con troncos pálidos y ramas verdes iridiscentes derramaban más luz sobre la escena. Solo cuando lo miré más de cerca vi que tenían orejas, como si estuvieran escuchando los sonidos nocturnos.

—¿Qué significa? —pregunté mirando fijamente la obra del Bosco, fascinada.

Los dedos de Matthew jugaron con los cordones del jubón.

—Es la representación de un antiguo proverbio flamenco: «El bosque tiene ojos y los árboles, oídos; por tanto, veré, oiré y callaré». Aquellas palabras plasmaban a la perfección la vida secreta que Matthew había llevado y me recordaron la elección del lema actual de Isabel.

En el interior del tríptico se veían tres escenas interrelacionadas: uno de los paneles mostraba a los ángeles caídos, pintados sobre el mismo fondo negro aterciopelado. A primera vista parecían más bien libélulas, con aquellas resplandecientes alas dobles, pero tenían cuerpos humanos con cabeza y piernas que se retorcían atormentadas mientras los ángeles caían de los cielos. En el panel opuesto, estaba la rosa muerta del Juicio Final en una escena mucho más truculenta que los frescos de Sept-Tours. Las mandíbulas abiertas de peces y lobos eran entradas al infierno que succionaban a los condenados y los enviaban a una eternidad de dolor y agonía.

En el centro, sin embargo, se mostraba una imagen muy diferente de la muerte: el resucitado Lázaro salía tranquilamente de su ataúd. Con aquellas largas piernas, el cabello oscuro y la expresión seria, se parecía bastante a Matthew. Alrededor de los bordes del panel central había viñas sin vida que producían extraños frutos y flores. Algunas goteaban sangre. Otras daban a luz a personas y animales. Y no había ningún Jesús a la vista.

—Lázaro se parece a ti. No me extraña que no quieras que Rodolfo lo tenga —opiné, tendiéndole a Matthew las calzas—. El Bosco también debía de saber que eras un vampiro.

—Jeroen, o Jerónimo, como tú lo conoces, vio algo que no debía —dijo Matthew,

misteriosamente—. No sabía que Jeroen me había visto alimentándome hasta que vi los bocetos que hizo de mí con un sangre caliente. Desde aquel día, creía que todas las criaturas poseían una naturaleza dual, en parte humana y en parte animal.

—Y, en ocasiones, en parte vegetal —dije, mientras analizaba a una mujer desnuda con una fresa por cabeza y cerezas en lugar de manos que huía de un demonio que blandía una horquilla y que llevaba una cigüeña por sombrero. Matthew emitió un leve sonido de regocijo—. ¿Sabe Rodolfo que eres un vampiro, como lo sabe Isabel y lo sabía el Bosco?

Cada vez estaba más preocupada por el número de personas que compartían el secreto.

—Sí. El emperador también sabe que soy miembro de la Congregación —repuso, enroscando las brillantes calzas rojas en un nudo—. Gracias por haber encontrado esto.

—Será mejor que me digas ya si tienes por costumbre perder las llaves del coche, porque no pienso lidiar con estos ataques de pánico cada mañana mientras te arreglas para ir a trabajar.

Deslicé los brazos alrededor de su cintura y posé la mejilla sobre su corazón. Aquellos latidos lentos y rítmicos siempre me apaciguaban.

—¿Qué vas a hacer, divorciarte de mí?

Matthew me devolvió el abrazo y apoyó la cabeza sobre la mía, de manera que encajábamos a la perfección.

—Me prometiste que los vampiros no se divorciaban —señalé, mientras lo apretaba—. Vas a parecer un dibujo animado, si te pones esas medias rojas. Yo me ceñiría al negro, si fuera tú. Destacarás igualmente.

—Bruja —dijo Matthew, antes de soltarme con un beso.

Subió la colina hacia el castillo vistiendo unas sobrias calzas negras y con un largo y enrevesado mensaje (en parte en verso) que le ofrecía a Rodolfo un maravilloso libro para sus colecciones. Volvió a bajar cuatro horas después con las manos vacías, tras haber entregado la nota a un esbirro imperial. No había habido audiencia con el emperador. Muy al contrario, habían hecho esperar a Matthew con todo el resto de embajadores que pedían audiencia.

—Era como estar atrapado en un camión de ganado, con todos aquellos cuerpos calientes encerrados juntos. Intenté ir a algún sitio donde hubiera aire puro para respirar, pero las habitaciones aledañas estaban llenas de brujos.

—¿De brujos?

Bajé de un salto de la mesa que estaba usando para poner a buen recaudo la espada de Matthew sobre el armario de la ropa blanca para cuando llegara Jack.

—Había decenas de ellos —dijo Matthew—. Se estaban quejando de lo que está sucediendo en Alemania. ¿Dónde está Gallowglass?

—Tu sobrino está comprando huevos y contratando los servicios de un ama de llaves y una cocinera.

Françoise se había negado rotundamente a unirse a nuestra expedición a Europa Central, lugar que consideraba una tierra impía de luteranos, y había regresado al Viejo Pabellón para malcriar a Charles. Gallowglass hacía las veces de paje y chico para todo hasta que el resto llegara. Hablaba un alemán y un español excelentes, lo que lo hacía indispensable en lo que a aprovisionar nuestro hogar se refería.

—Háblame más de los brujos.

—La ciudad es un refugio seguro para toda criatura de Europa Central que tema por su seguridad: daimón, vampiro o bruja. Pero las brujas son especialmente bien recibidas en

la corte de Rodolfo, porque este codicia sus conocimientos. Y su poder.

—Interesante —dije. Apenas había empezado a preguntarme por sus identidades, cuando una serie de rostros aparecieron ante mi tercer ojo—. ¿Quién es el brujo de la barba roja? ¿Y la bruja con un ojo azul y otro verde?

—No nos vamos a quedar lo suficiente como para que sus identidades tengan importancia —dijo Matthew ominosamente mientras iba hacia la puerta. Tras haber concluido los asuntos del día para Isabel, se disponía a cruzar el río para ir a la Ciudad Vieja de Praga en nombre de la Congregación—. Te veré antes de que oscurezca. Quédate aquí hasta que regrese Gallowglass. No quiero que te pierdas. —Más bien, lo que no quería era que me tropezara con ningún brujo.

Gallowglass volvió a Sporrengeasse con dos vampiras y un *pretzel*. Me entregó este último y me presentó a mis nuevas sirvientas.

Karolina (la cocinera) y Tereza (el ama de llaves) eran miembros de un extenso clan de vampiros de Bohemia dedicados a servir a la aristocracia y a los visitantes extranjeros importantes. Al igual que los criados de los De Clermont, se habían ganado su reputación —y un salario inusitadamente elevado— por su longevidad sobrenatural y su lealtad lobuna. Por una buena suma de dinero, también pudimos comprar la garantía de secretismo del anciano del clan, que había tomado prestadas a las mujeres del hogar del embajador del papa. El embajador había accedido gentilmente en deferencia hacia los De Clermont. Después de todo, habían jugado un papel decisivo en el amaño de las últimas elecciones papales y él sabía quién le permitía ganarse las lentejas. A mí, lo único que me importaba era que Karolina supiera hacer tortillas francesas.

Una vez instalados, Matthew subía cada mañana la colina a grandes zancadas para ir al castillo mientras yo deshacía el equipaje, conocía a los vecinos del barrio que se extendía a los pies de las murallas del castillo, llamado Malá Strana, y buscaba a los miembros ausentes de la casa. Echaba de menos la jovialidad de Annie y su forma de descubrir el mundo con los ojos abiertos de par en par, además de la constante habilidad de Jack para meterse en líos. Nuestra serpenteante calle estaba abarrotada de niños de todas las edades y nacionalidades, dado que la mayoría de los embajadores vivían allí. Resultó que Matthew no era el único extranjero en Praga al que el emperador mantenía a raya. Todas las personas que conocía agasajaban a Gallowglass con historias de cómo Rodolfo había desairado a una importante personalidad solo para pasar unas horas con un librero anticuario de Italia o con un humilde minero de Sajonia.

Era el final de la tarde del primer día de primavera y la casa rezumaba hogareños aromas de cerdo y bollos de masa cuando un enérgico niño de ocho años se abalanzó sobre mí.

—¡Señora Roydon! —cacareó Jack, antes de enterrar la cara en mi corpiño y rodearme estrechamente con los brazos—. ¿Sabíais que Praga es en realidad cuatro ciudades en una? Londres es solo una ciudad. Y también hay un castillo y un río. Pierre me va a enseñar el molino de agua mañana.

—Hola, Jack —dije, acariciándole el cabello. Incluso durante el penoso y helador viaje a Praga, se las había arreglado para dar un estirón. Pierre debía de haberlo cebado de comida. Alcé la vista y sonreí a Annie y a Pierre—. Matthew se alegrará mucho de que hayáis llegado. Os ha echado de menos.

—Nosotros también lo hemos extrañado —dijo Jack, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás para mirar hacia mí. Tenía unos círculos oscuros bajo los ojos y, a pesar de haber crecido, estaba pálido.

—¿Has estado enfermo? —le pregunté, tocándole la frente. Los resfriados podían ser mortales en aquel clima riguroso y se hablaba de una desagradable epidemia en la Ciudad Vieja que Matthew consideraba un brote de gripe.

—Ha tenido problemas para dormir —dijo Pierre en voz queda. Pude intuir por su tono serio que había algo más en aquella historia, pero podía esperar.

—Bueno, esta noche dormirás. Hay un enorme colchón de plumas en tu habitación. Ve con Tereza, Jack. Te mostrará dónde están tus cosas y te lavará antes de cenar.

Como exigían las convenciones vampíricas, los sangre caliente dormirían con Matthew y conmigo en el segundo piso, dado que la estrechez de la casa solo permitía que hubiera una salita y una cocina en la planta baja. Lo cual significaba que el primer piso estaba dedicado a las estancias formales para recibir a los invitados. El resto de los vampiros de la casa habían reclamado el derecho sobre el alto tercer piso, con sus extensas vistas y unas ventanas que podían abrirse de par en par para que entraran los elementos atmosféricos.

—¡Señor Roydon! —gritó Jack, lanzándose hacia la puerta para abrirla de golpe antes de que Tereza pudiera detenerlo. Cómo había detectado a Matthew fue un misterio, teniendo en cuenta que cada vez era más de noche y el atuendo que este había elegido, de lana color pizarra de la cabeza a los pies.

—Calma —dijo Matthew, atrapando a Jack antes de que se hiciera daño al tropezar contra un par de sólidas piernas de vampiro. Gallowglass le arrancó la gorra a Jack al pasar y le alborotó el pelo.

—Casi nos congelamos en el río. Y el trineo volcó una vez, pero al perro no le pasó nada. Y comí jabalí asado. Y Annie se enganchó la falda en la rueda del carro y casi sale disparada —dijo Jack, que no era capaz de hacer salir de su boca los detalles del viaje con suficiente rapidez—. Y vi una estrella en llamas. No era muy grande, pero Pierre me dijo que tenía que contárselo al señor Harriot cuando volviéramos a casa. La he dibujado para él.

Jack metió la mano en el mugriento jubón y sacó un pedazo de papel igualmente mugriento. Se lo enseñó a Matthew con la reverencia que se le solía conferir a una reliquia sagrada.

—Está muy bien —dijo Matthew, observando el dibujo con la minuciosidad apropiada—. Me gusta cómo muestras la curva de la cola. Y has puesto las otras estrellas alrededor. Muy inteligente por tu parte, Jack. Al señor Harriot le complacerá tu capacidad de observación.

Jack se ruborizó.

—Era el último trozo de papel que me quedaba. ¿Venden papel en Praga?

En Londres, Matthew se había habituado a proporcionarle a Jack un bolsillo lleno de pedazos de papel cada mañana. La forma en que Jack acababa con ellos daba pie a cierta especulación.

—La ciudad está inundada de él —dijo Matthew—. Pierre te llevará a la tienda de Malá Strana mañana.

Tras aquella emocionante promesa, fue difícil hacer subir arriba a los niños, pero Tereza demostró poseer la mezcla precisa de amabilidad y determinación para llevar a cabo la tarea. Aquello dio oportunidad a los cuatro adultos para hablar libremente.

—¿Jack ha estado enfermo? —le preguntó Matthew a Pierre, frunciendo el ceño.

—No, milord. Desde que os dejamos, su sueño ha sido agitado —comentó Pierre, vacilante—. Creo que los demonios del pasado lo persiguen.

La frente de Matthew se alisó, aunque seguía teniendo cara de preocupación.

—Por lo demás, ¿el viaje ha transcurrido como esperabas?

Aquella era su prudente forma de preguntar si habían sido atacados por bandidos o asediados por seres sobrenaturales o preternaturales.

—Ha sido largo y frío —respondió Pierre con naturalidad— y los niños tenían hambre constantemente.

Gallowglass se echó a reír a carcajadas.

—Bueno, eso suena bastante normal.

—¿Y vos, milord? —preguntó Pierre, dirigiendo una mirada sombría a Matthew—. ¿Es Praga como esperabais?

—Rodolfo no me ha recibido. Se rumorea que Kelley está en lo más alto de la torre Powder haciendo reventar alambiques y Dios sabe qué más —lo informó Matthew.

—¿Y la Ciudad Vieja? —preguntó Pierre con delicadeza.

—Prácticamente como siempre.

El tono de Matthew era despreocupado y liviano, clara señal de que estaba preocupado por algo.

—Siempre y cuando ignores las habladurías que llegan del Barrio Judío. Uno de sus brujos ha hecho una criatura de arcilla que merodea por las calles durante la noche —comentó Gallowglass mientras miraba a su tío con aire inocente—. Salvo eso, no ha cambiado apenas nada desde la última vez que estuvimos aquí para ayudar al emperador Fernando a proteger la ciudad, en 1547.

—Gracias, Gallowglass —dijo Matthew, con un tono de voz tan frío como el viento del río.

Sin duda, sería necesario algo más que un conjuro ordinario para crear una criatura de barro y darle vida. Semejante rumor solo podía significar una cosa: que en algún lugar de Praga había un brujo como yo, capaz de moverse entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Pero no fue necesario sonsacarle a Matthew el secreto. Su sobrino me lo había revelado.

—¿No creerías que podrías ocultar la información de la criatura de barro a la tía? —preguntó Gallowglass, sacudiendo la cabeza asombrado—. No pasas demasiado tiempo en el mercado. Las mujeres de Malá Strana lo saben todo, incluido lo que está desayunando el emperador y que se ha negado a recibirte.

Matthew pasó los dedos sobre la superficie de madera pintada del tríptico y suspiró.

—Tendrás que llevar esto arriba, al palacio, Pierre.

—Pero si es el retablo de Sept-Tours —protestó Pierre—. El emperador es conocido por su cautela. Con certeza será solo cuestión de tiempo que os reciba.

—El tiempo es precisamente la mercancía de la que no disponemos: y los De Clermont tenemos retablos en abundancia —respondió Matthew con pesar—. Esperarás a que le escriba una nota al emperador y podrás ponerte en camino.

Matthew despachó a Pierre y a la pintura poco después. Su sirviente regresó con las manos tan vacías como Matthew, sin la garantía de una futura reunión.

A mi alrededor, las hebras que unían los mundos se tensaban y entrelazaban en un tejido con un diseño demasiado extenso como para que yo pudiera percibirlo o comprenderlo. Pero algo se estaba cocinando en Praga. Podía percibirlo.

Esa noche me desperté con el sonido de unas voces ahogadas en la sala contigua a nuestra alcoba. Matthew ya no se encontraba a mi lado, leyendo, como cuando me había quedado dormida. Caminé a hurtadillas hacia la puerta para ver quién estaba con él.

—Dime qué sucede cuando ensombrezco un lado de la cara del monstruo.

La mano de Matthew se movió con rapidez sobre la gran hoja de papel de oficio que tenía ante él.

—¡Hace que parezca que está más lejos! —susurró Jack, pasmado por la transformación.

—Inténtalo —dijo Matthew, tendiéndole el lápiz a Jack. Este lo cogió con gran concentración, con la lengua un poco fuera. Matthew frotó la espalda del niño con la mano, relajando los tensos músculos que envolvían su delgado esqueleto. Más que sentado sobre sus rodillas, Jack estaba reclinado contra la reconfortante figura del vampiro en busca de apoyo—. Hay tantos monstruos... —murmuró Matthew, mirándome a los ojos.

—¿Quieres dibujar los tuyos? —preguntó Jack, acercándole unos centímetros el papel a Matthew—. Así tú también podrás dormir.

—Tus monstruos han ahuyentado a los míos —dijo Matthew, volviendo a centrar su atención en Jack, con cara seria. Me dolió el corazón por el niño y por todo lo que había soportado en su breve y dura vida.

Matthew me miró de nuevo a los ojos y me indicó con un ligero movimiento de cabeza que estaba todo bajo control. Le lancé un beso y regresé al cálido y plumoso nido que era nuestra cama.

Al día siguiente recibimos una nota del emperador. Estaba sellada con un espeso lacre y algunas cintas.

—La pintura ha funcionado, milord —informó Pierre con pesar.

—Eso parece. Adoraba ese retablo. Ahora será un infierno volver a hacerme con él —dijo Matthew, mientras volvía a sentarse en la silla. La madera crujió a modo de protesta. Matthew extendió la mano para coger la carta. La caligrafía era elaborada, con tantos remolinos y florituras que las letras resultaban prácticamente irreconocibles.

—¿Por qué la escritura es tan ornamentada? —pregunté.

—Los Hoefnagel han venido de Viena y no tienen nada en que ocupar su tiempo. Cuanto más elaborada sea la caligrafía, mejor, en lo que concierne a Su Majestad —respondió Pierre, enigmáticamente.

—Iré a ver a Rodolfo esta tarde —dijo Matthew con una sonrisa de satisfacción, doblando el mensaje—. Mi padre se sentirá complacido. Ha enviado también algunas joyas y dinero, pero parecería que los De Clermont han sido tratados con indulgencia, esta vez.

Pierre le tendió otra carta, más pequeña, cuya dirección estaba escrita en un estilo más sencillo.

—El emperador ha añadido una postdata. De su puño y letra.

Miré por encima del hombro de Matthew, mientras él la leía.

—*Bringen das Buch. Und die Hexe.*

La serpenteante firma del emperador con su elaborada erre, la de y la ele redondeadas y la doble efe, estaba estampada al final.

Mi alemán era rudimentario, pero el mensaje estaba claro: «Traed el libro. Y a la bruja».

—He hablado demasiado rápido —murmuró Matthew.

—Te dije que lo embaucaras con el gran lienzo de Tiziano de Venus que el abuelo obtuvo de manos del rey Felipe cuando su esposa se negó a aceptarlo —observó Gallowglass—. Al igual que su tío, Rodolfo siempre ha mostrado una predilección

desmesurada por las pelirrojas. Y por las pinturas picantes.

—Y por las brujas —dijo mi esposo entre dientes, antes de dejar caer la carta sobre la mesa—. No ha sido el de la pintura el cebo que ha picado, sino el de Diana. Tal vez debería rechazar su invitación.

—Era una orden, tío —dijo Gallowglass, bajando las cejas.

—Además, Rodolfo tiene el Ashmole 782 y este no va a aparecer por arte de magia delante de los Tres Cuervos de Sporrenkasse. Vamos a tener que ir a buscarlo.

—¿Nos estás llamando cuervos, tía? —preguntó Gallowglass, haciéndose el ofendido.

—Me refiero al emblema de la casa, so tarugo.

Como cualquier otra residencia de las de la calle, la nuestra tenía un símbolo sobre la puerta en lugar de un número. Después de que el barrio se incendiara a mediados de siglo, el abuelo del emperador había insistido en idear un sistema para distinguir las casas, además de los populares esgrafiados en el yeso.

Gallowglass sonrió.

—Sabía muy bien a qué te referías. Pero me encanta ver lo brillante que te vuelves cuando aumenta tu *glaem*.

Me envolví en el hechizo de camuflaje mientras me aclaraba la garganta, para reducir mi brillo a unos niveles humanos más aceptables.

—Además —continuó Gallowglass—, entre mi gente es un gran cumplido que te comparen con un cuervo. Yo seré Muninn y a Matthew podemos llamarlo Huginn. Tu nombre será Göndul, tía. Serás una buena valquiria.

—¿De qué está hablando? —le pregunté a Matthew, sin entender nada.

—De los cuervos de Odín. Y de sus hijas.

—Ah. Gracias, Gallowglass —dije con torpeza. No podía ser malo que te comparasen con la hija de un dios.

—Aun dando por hecho que el libro de Rodolfo sea el Ashmole 782, no estamos seguros de que vaya a responder a nuestras preguntas.

La experiencia que habíamos tenido con el manuscrito Voynich todavía preocupaba a Matthew.

—Los historiadores nunca saben si un texto proporcionará respuestas. Sin embargo, si no lo hace, al menos tendremos mejores preguntas como resultado —respondí.

—Tomo nota —dijo Matthew, y arqueó los labios—. Dado que no puedo acceder al emperador o a su biblioteca sin ti, y tú no dejarás Praga sin el libro, no hay más que hablar. Ambos iremos al palacio.

—Te ha salido el tiro por la culata, tío —manifestó Gallowglass con alegría, antes de guiñarme ostensiblemente un ojo.

Comparado con nuestra visita a Richmond, el viaje calle arriba para ir a ver al emperador fue casi como dar un salto a la casa de al lado para pedirle una taza de azúcar al vecino, salvo porque exigía un atuendo más formal. La esposa del embajador papal era más o menos de mi talla y su armario me había proporcionado una vestimenta lo suficientemente suntuosa y discreta para la esposa de un dignatario inglés. O para una De Clermont, como ella había añadido con rapidez. Me encantaba el estilo de la vestimenta de las mujeres adineradas de Praga: sencillos vestidos de cuello alto, faldas acampanadas y abrigos bordados con mangas colgantes ribeteadas en piel. Las pequeñas gorgueras que llevaban eran otra barrera bien recibida entre los elementos y yo.

Por suerte, Matthew había abandonado sus delirios de calzas de color rojo en favor

de los grises y negros usuales, acentuados por un verde oscuro que era el tono más llamativo que le había visto usar jamás. Aquella tarde este le proporcionaba un toque de color que se filtraba entre las aberturas de los abultados bombachos y el forro que asomaba alrededor del cuello abierto de la chaqueta.

—Estás espléndido —dije después de inspeccionarlo.

—Y tú pareces una verdadera aristócrata bohemia —respondió él, antes de darme un beso en la mejilla.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Jack, bailando de la impaciencia.

Alguien le había conseguido una librea negra y plateada de su talla y le había puesto una cruz y una media luna en la manga.

—Así que vamos en calidad de miembros de la familia De Clermont, no de la Roydon —dije lentamente.

—No. Somos Matthew y Diana Roydon —respondió Matthew—. Simplemente viajamos con los sirvientes de la familia De Clermont.

—Eso confundirá a todo el mundo —comenté, mientras abandonábamos la casa.

—Exacto —replicó Matthew, con una sonrisa.

Si hubiéramos ido como ciudadanos ordinarios, habríamos subido por las escaleras nuevas del palacio, que estaban pegadas a las murallas y proporcionaban un camino seguro para los peatones. Pero, en lugar de ello, subimos hacia Sporrengasse a caballo, como correspondía a un representante de la reina de Inglaterra, lo que me proporcionó la oportunidad de apreciar en detalle las casas con sus cimientos peraltados, sus coloridos esgrafiados y sus emblemas pintados. Pasamos por delante de la casa del León Rojo, la de la Estrella Dorada, la del Cisne y la de los Dos Soles. En lo alto de la colina, giramos abruptamente para entrar en un barrio lleno de mansiones de aristócratas y funcionarios de la corte, llamado Hradcany^[1]

No era la primera vez que contemplaba el castillo. Ya lo había visto al entrar en Praga sobresalir entre los edificios que lo rodeaban y desde nuestras ventanas tenía vistas a las murallas. Pero aquello era lo más cerca que había estado jamás de él. El castillo era incluso mayor y más extenso a corta distancia que visto desde lejos y parecía una ciudad totalmente autónoma, rebosante de comercio e industria. Más allá estaban los pináculos góticos de la catedral de San Vito, con las torres redondeadas que interrumpían sus paredes. Aunque estas habían sido construidas con fines defensivos, en la actualidad las torres albergaban talleres para los cientos de artesanos que se ganaban la vida en la corte de Rodolfo.

La guardia del palacio nos permitió la entrada por la puerta oeste, que conducía a un patio interior. Después de que Pierre y Jack se hicieran cargo de los caballos, nuestros escoltas armados se dirigieron hacia una serie de construcciones incrustadas en los muros del castillo. Estas eran relativamente recientes y la piedra aún tenía los bordes nuevos y brillantes. Parecían edificaciones para oficinas, pero más allá de ellas pude ver tejados altos y mampostería medieval.

—¿Qué sucede ahora? —le susurré a Matthew—. ¿Por qué no entramos en el palacio?

—Porque allí no hay nadie que tenga importancia alguna —dijo Gallowglass. Llevaba el manuscrito Voynich en sus brazos, prudentemente envuelto en cuero y atado con cuerdas para impedir que las páginas se combaran por la humedad del clima.

—Rodolfo consideraba que el antiguo Palacio Real estaba lleno de corrientes de aire

y era oscuro —explicó Matthew, mientras me ayudaba a caminar por los resbaladizos adoquines—. Su nuevo palacio está orientado hacia el sur y tiene vistas a un jardín privado. Aquí está más alejado de la catedral... y de los sacerdotes.

El vestíbulo de la residencia estaba muy concurrido, lleno de personas que corrían de aquí para allá gritando en alemán, checo, español y latín, dependiendo de la parte del imperio de Rodolfo de la que procedieran. Cuanto más nos acercábamos al emperador, más frenética era la actividad. Pasamos por una sala llena de gente que discutía sobre unos planos arquitectónicos. En otra habitación se estaba produciendo un animado debate sobre los méritos de un elaborado cuenco de oro y piedra diseñado para que se asemejara a una concha marina. Finalmente, los guardias nos dejaron en un confortable salón con robustas sillas, una estufa de ladrillo que bombeaba una considerable cantidad de calor y dos hombres enfrascados en una conversación. Se volvieron hacia nosotros.

—Buen día, viejo amigo —dijo un amable hombre de unos sesenta años, en inglés, antes de dedicarle una radiante sonrisa a Matthew.

—Tadeáš —respondió Matthew, dándole un afectuoso apretón en el brazo—. Tenéis buen aspecto.

—No tan juvenil como el vuestro —afirmó el hombre, con ojos brillantes. Su mirada no causó ninguna reacción reveladora en mi piel—. Y he aquí la mujer de la que todos hablan. Soy Tadeáš Hájek.

El humano hizo una reverencia y yo le respondí con una genuflexión.

Un hombre esbelto con la piel aceituna y el cabello casi tan oscuro como el de Matthew se acercó paseando hacia nosotros.

—Señor Strada —dijo Matthew, con una reverencia. No se alegraba tanto de ver a aquel hombre como al primero.

—¿Es realmente una bruja? —preguntó Strada, analizándome con interés—. De ser así, a mi hermana Katharina le gustaría conocerla. Está encinta y la gravedad le preocupa.

—Con certeza Tadeáš, el médico real, es más apropiado para asumir la responsabilidad del nacimiento del hijo del emperador —dijo Matthew—, ¿o acaso ha cambiado la situación de vuestra hermana?

—El emperador continúa adorando a mi hermana —respondió Strada con frialdad—. Únicamente por esa mera razón sus caprichos deberían ser satisfechos.

—¿Habéis visto a Joris? No habla más que de vuestro retablo desde que Su Majestad lo ha abierto —preguntó Tadeáš, cambiando de tema.

—No, todavía no. —Matthew miró hacia la puerta—. ¿Está aquí el emperador?

—Sí. Está contemplando una nueva pintura del señor Spranger. Es muy grande y... prolija.

—Otro cuadro de Venus —dijo Strada, sorbiéndose la nariz.

—Esta Venus se parece bastante a vuestra hermana, señor.

Hájek sonrió.

—*Ist das Matthäus höre ich?* —preguntó una voz nasal desde el otro extremo de la sala. Todos se volvieron y se hundieron en profundas reverencias. Yo hice una genuflexión automáticamente. Iba a ser todo un desafío seguir la conversación. Esperaba que Rodolfo hablara en latín, no en alemán—. *Und Sie das Buch und die Hexe gebracht, ich verstehe. Und die norwegische Wolf.*

Rodolfo era un hombre de corta estatura con una barbilla desproporcionadamente larga y una pronunciada mandíbula prognata. Los gruesos y carnosos labios de la familia Habsburgo exageraban la prominencia de la parte inferior de su rostro, aunque en cierto

modo sus ojos pálidos y protuberantes y la nariz chata servían de equilibrio. Los años de buena vida y mejor bebida le habían proporcionado una figura corpulenta, pero seguía teniendo las piernas delgadas y larguiruchas. Se acercó balanceándose a nosotros sobre unos zapatos rojos de tacón, ornamentados con sellos de oro.

—He traído a mi esposa, Majestad, como habéis requerido —dijo Matthew, enfatizando ligeramente la palabra «esposa». Gallowglass tradujo el inglés de Matthew a un alemán impecable como si mi esposo no conociera la lengua, algo que yo sabía que no era cierto después de haber viajado con él desde Hamburgo a Wittenberg y de allí a Praga en trineo.

—*Y su talento para los juegos también*⁵ —dijo Rodolfo cambiando sin esfuerzo al español, como si eso pudiera animar a Matthew a conversar con él directamente. Me analizó meticulosamente, deteniéndose en las curvas de mi cuerpo con tal afán que me hizo desear una ducha—. *Es una lástima que esté casada, pero aún más lamentable es que lo esté con vos*⁶.

—Más que lamentable, Majestad —dijo Matthew secamente, mientras continuaba ciñéndose con firmeza al inglés—. Pero os aseguro que estamos casados como Dios manda. Mi padre insistió en ello. Así como la dama.

Aquella aclaración solo consiguió que Rodolfo me escrutara con mayor interés.

Gallowglass se apiadó de mí y dejó el libro sobre la mesa con un ruido sordo.

—*Das Buch.*

Aquello atrajo su atención. Strada lo desenvolvió, mientras Hájek y Rodolfo especulaban sobre lo maravillosa que podría resultar aquella nueva adquisición para la biblioteca imperial. Cuando quedó expuesto a la vista, sin embargo, el aire de la habitación se hizo más denso a causa de la decepción.

—¿Qué tipo de broma es esta? —nos espetó Rodolfo en alemán.

—No estoy seguro de entender lo que Vuestra Majestad quiere decir —replicó Matthew. Esperó a que Gallowglass tradujera.

—Me refiero a que ya conozco este libro —escupió Rodolfo.

—No me sorprende, Majestad, dado que se lo entregasteis a John Dee..., por error, según me han dicho.

Matthew hizo una reverencia.

—¡El emperador no comete errores! —dijo Strada, mientras apartaba el libro, indignado.

—Todos cometemos errores, *signor* Strada —dijo Hájek con amabilidad—. Tengo la certeza, sin embargo, de que existe alguna otra explicación que justifique la devolución de este libro al emperador. Tal vez el doctor Dee haya desvelado sus secretos.

—No son más que imágenes pueriles —replicó Strada.

—¿Fue por eso por lo que este libro ilustrado acabó en el equipaje del doctor Dee? ¿Esperabais que él fuera capaz de entender lo que vos no podíais? —preguntó Matthew. Sus palabras ejercieron un efecto adverso sobre Strada, que se puso lívido—. Tal vez vos tomasteis prestado el libro de Dee, *signor* Strada, el de las ilustraciones alquímicas de la biblioteca de Roger Bacon, con la esperanza de que os ayudara a descifrar este. Se trata de una posibilidad mucho más agradable que imaginar que hayáis engañado al pobre doctor Dee para arrebatárle su tesoro. Desde luego, Su Majestad no podía estar al tanto de tan malvado asunto.

Matthew esbozó una sonrisa escalofriante.

—¿Y es ese libro que aseguráis tengo en mi haber el único de mis tesoros que

desearíais llevaros de vuelta a Inglaterra? —preguntó Rodolfo, con aspereza—. ¿O vuestra avaricia se extiende hasta mis laboratorios?

—Si os referís a Edward Kelley, la reina necesita alguna garantía de que este se encuentra aquí por voluntad propia. Nada más —mintió Matthew. Acto seguido, cambió de conversación llevándola hacia derroteros más agradables—. ¿Os agrada vuestro nuevo retablo, Majestad?

Matthew le había proporcionado al emperador el espacio suficiente para reorganizarse... y guardar las apariencias.

—El Bosco es excepcional. Mi tío se sentirá de lo más ofendido cuando descubra que está en mis manos —repuso Rodolfo, mirando a su alrededor—. Lamentablemente, esta sala no resulta apropiada para su exhibición. Tenía intención de mostrársela al embajador de España, pero aquí no es posible alejarse lo suficiente de la pintura para admirarla adecuadamente. Es una obra con la que hay que toparse poco a poco, permitiendo que los detalles emerjan de forma natural. Venid. Veréis dónde la he puesto.

Matthew y Gallowglass se colocaron de tal forma que Rodolfo no pudiera acercarse a mí, mientras cruzábamos la puerta en tropel para llegar a una sala que parecía el almacén de un museo sobrecargado y escaso de personal. Las estanterías y los armarios albergaban tantas conchas, libros y fósiles que amenazaban con venirse abajo. Unos lienzos enormes —incluido el nuevo cuadro de Venus, que no solo era detallado, sino abiertamente erótico— estaban apoyados sobre estatuas de bronce. Aquella debía de ser la afamada galería de las curiosidades de Rodolfo, su sala de los prodigios y las maravillas.

—Su Majestad necesita más espacio. O menos obras —comentó Matthew, mientras cogía una pieza de porcelana para impedir que se estrellara contra el suelo.

—Siempre tendré sitio para nuevos tesoros —afirmó el emperador, mientras posaba sus ojos sobre mí una vez más—. Estoy construyendo cuatro nuevas salas para albergarlos todos. Puede observar cómo trabajan —dijo, señalando por la ventana dos torres y la larga construcción que estaba empezando a conectarlas con las estancias del emperador y con un nuevo edificio que había enfrente—. Hasta entonces, Ottavio y Tadeáš están catalogando mi colección y poniendo al tanto a los arquitectos de mis necesidades. No quiero cambiar todo a la nueva *Kunstkammer* para que se me vuelva a quedar pequeña.

Rodolfo nos guio a través de un laberinto de almacenes adicionales, hasta que finalmente llegamos a una larga galería con ventanas a ambos lados. Estaba llena de luz y, después de la penumbra y el polvo de las cámaras precedentes, entrar en ella fue como llenar los pulmones de aire limpio.

Lo que vi en medio de la habitación me dejó de piedra. El retablo de Matthew estaba abierto sobre una larga mesa cubierta de grueso fieltro verde. El emperador tenía razón: no se podían apreciar plenamente los colores cuando estabas cerca de la obra.

—¿No es hermoso, *doña*⁷ Diana? —dijo Rodolfo, aprovechándose de mi sorpresa para cogerme de la mano—. Notad cómo lo que percibís cambia a cada paso. Solo los objetos vulgares pueden apreciarse de un solo vistazo, puesto que no tienen misterios que revelar.

Strada me observaba con abierta animosidad; Hájek, con pena. Matthew no me miraba a mí, sino al emperador.

—Hablando del tema, Majestad, ¿podría ver el libro de Dee?

La expresión de Matthew era cándida, pero ninguna de las personas que había en la habitación se dejó engañar ni por un instante. El lobo estaba al acecho.

—Quién sabe dónde estará.

Rodolfo tuvo que soltarme la mano para señalar de forma imprecisa las habitaciones que acabábamos de atravesar.

—El *signor* Strada debe de estar descuidando sus deberes, si no se puede encontrar un manuscrito tan valioso cuando el emperador lo requiere —dijo Matthew dulcemente.

—¡Ottavio está muy atareado actualmente, con asuntos importantes! —exclamó Rodolfo, mirando a Matthew—. Y no confío en el doctor Dee. Vuestra reina debería guardarse de sus falsas promesas.

—Pero confiáis en Kelley. ¿Es posible que él conozca su paradero?

Al oír aquello, el emperador se sintió claramente incómodo.

—No quiero que nadie importune a Edward. Está en una fase muy delicada del proceso alquímico.

—Praga tiene muchos encantos y a Diana le han encargado comprar algunos útiles alquímicos de cristalería para la condesa de Pembroke. Nos entretendremos con dicha tarea hasta que *sir* Edward pueda recibir visitas. Tal vez el *signor* Strada sea capaz de encontrar vuestro libro desaparecido, para entonces.

—¿Esa tal condesa de Pembroke es la hermana del héroe de la reina, *sir* Philip Sidney? —preguntó Rodolfo, a quien le había picado la curiosidad. Cuando Matthew abrió la boca para responder, Rodolfo se lo impidió levantando la mano—. El asunto es de la incumbencia de *doña*⁸ Diana. Permitamos que sea ella quien responda.

—Sí, Majestad —repuse en español. Mi pronunciación era atroz. Esperaba que aquello disminuyera su interés.

—Qué encantadora —murmuró Rodolfo.

«Maldición».

—Muy bien, siendo así, *doña* Diana debe visitar mis talleres. Es un placer satisfacer los deseos de una dama.

No estaba muy claro de qué dama hablaba.

—En cuanto a Kelley y el libro, ya se verá. Ya se verá —dijo Rodolfo, volviéndose de nuevo hacia el tríptico—. «Ver, oír y callar», ¿no es ese el proverbio?

Capítulo 28

HABÉIS visto al hombre lobo, *frau* Roydon? Es el guardabosques del emperador y mi vecina *frau* Habermel lo ha oído aullar por la noche. Dicen que se alimenta de los ciervos imperiales que corretean por el Foso de los Venados.

Frau Huber cogió un calabacín con la mano enguantada y lo olisqueó con suspicacia. *Herr* Huber había sido comerciante en el Steelyard londinense y, aunque su esposa no amaba especialmente la ciudad, hablaba inglés con soltura.

—Bah. No hay ningún hombre lobo —dijo la *signorina* Rossi, mientras giraba su largo cuello y chasqueaba la lengua al ver el precio de las cebollas—. Sin embargo, mi Stefano dice que hay muchos daimones en el palacio. Los obispos de la catedral desean exorcizarlos, pero el emperador se niega.

Al igual que *frau* Huber, Rossi había pasado algún tiempo en Londres. Allí se había convertido en la esposa de un artista italiano que quería introducir el manierismo en Inglaterra. Ahora era la esposa de otro artista italiano que quería introducir el arte del cortado de vidrio en Praga.

—Yo no vi ni hombres lobo ni daimones —confesé. Las mujeres pusieron caras largas—. Pero sí vi una de las nuevas pinturas del emperador —añadí, bajando la voz—. Representaba a Venus. Saliendo de la bañera.

Les dirigí una elocuente mirada a cada una.

En ausencia de chismorreos de otros mundos, las perversiones de la realeza serían suficientes. *Frau* Huber se enderezó.

—El emperador Rodolfo necesita una esposa. Una buena muchacha austríaca que cocine para él —opinó la mujer, que accedió a comprarle una col al agradecido verdulero al que había hecho tragarse casi treinta minutos de críticas a sus productos—. Habladnos otra vez del cuerno del unicornio. Se supone que tiene poderes curativos milagrosos.

Era la cuarta vez en dos días que me pedían que rindiera cuentas de las maravillas que había entre las curiosidades del emperador. La noticia de que habíamos sido recibidos en las estancias privadas de Rodolfo precedió nuestro regreso a los Tres Cuervos y, a la mañana siguiente, las damas de Malá Strana ya estaban al acecho deseando conocer mis impresiones.

Desde que los mensajeros imperiales habían visitado nuestra casa, además de innumerables sirvientes ataviados con libreas de decenas de aristócratas bohemios y dignatarios extranjeros, su curiosidad había ido en aumento. Ahora que Matthew había sido recibido en la corte, su estrella era lo suficientemente segura en los cielos imperiales como para que sus viejos amigos estuvieran dispuestos a darse por enterados de su llegada... y a pedirle ayuda. Pierre sacó los libros de contabilidad y pronto se abrió la sucursal en Praga del banco de los De Clermont para hacer negocios, aunque veía entrar muy poco de aquel precioso dinero y salir un flujo continuo de fondos para saldar cuentas atrasadas con los comerciantes de la Ciudad Vieja de Praga.

—Has recibido un paquete del emperador —me dijo Matthew, cuando regresé del mercado. Luego señaló con la pluma un abultado saco—. Si lo abres, Rodolfo esperará que le expreses tu agradecimiento en persona.

—¿Qué podrá ser?

Percibí el perfil del objeto que había en el interior. No era ningún libro.

—Algo que lamentaremos haber recibido, eso te lo garantizo —replicó Matthew. Luego hundió la pluma en el tintero, dando lugar a una pequeña erupción de denso líquido negro sobre la superficie de la mesa—. Rodolfo es un coleccionista, Diana. Y no solo le interesan los cuernos de narval y los bezoares pétreos. Codicia a las personas tanto como a los objetos y es igual de poco probable que se separe de ellos una vez que están en su poder.

—Como Kelley —dije, mientras aflojaba las cuerdas del paquete—. Pero yo no estoy en venta.

—Todos estamos en venta —me aseguró Matthew, antes de abrir los ojos de par en par—. Santo Dios.

Teníamos ante nosotros una estatua de la diosa Diana de oro y plata, de medio metro de alto. Esta iba desnuda (salvo por el carcaj) y montada a la inglesa a lomos de un venado, con los tobillos recatadamente cruzados. Un par de perros de caza yacían a sus pies.

Gallowglass silbó.

—Vaya, yo diría que, en este caso, el emperador ha dado a conocer sus deseos.

Pero yo estaba demasiado ocupada estudiando la estatua para prestar demasiada atención. Había una pequeña llave incrustada en la base. La giré y el ciervo se despegó del suelo.

—Mira, Matthew. ¿Has visto eso?

—No corres el peligro de perder la atención de mi tío —me aseguró Gallowglass. Era verdad: Matthew estaba observando la estatua con cara de enfado.

—¡So, joven Jack!

Gallowglass agarró a Jack por el cuello de la chaqueta cuando el niño entró corriendo en la sala. Pero Jack era un ladrón profesional y aquellas tácticas de aplazamiento eran de poca utilidad cuando olía algo de valor. Se dejó caer al suelo como un fardo sin huesos, permitió que Gallowglass se quedara con la chaqueta en la mano y se lanzó en pos del ciervo.

—¿Es un juguete? ¿Es para mí? ¿Por qué esa dama no lleva ropa? ¿No tiene frío?

Las preguntas brotaban de Jack en un ininterrumpido torrente. Tereza, a quien le interesaba tanto el espectáculo como a cualquier otra mujer de Malá Strana, se acercó a ver a qué venía tanto alboroto. Dio un respingo al ver a la mujer desnuda en el despacho de su patrón y le tapó los ojos a Jack con la mano.

Gallowglass observó detenidamente los pechos de la estatua.

—Pues sí, Jack. Yo diría que tiene frío.

Aquello hizo que se ganara un coscorrón en la cabeza por parte de Tereza, quien todavía agarraba con firmeza al chiquillo, que no dejaba de retorcerse.

—Es un autómeta, Jack —dijo Matthew, levantando el artilugio. Cuando lo hizo, la cabeza del venado se abrió de golpe, dejando ver la cámara hueca que había en su interior—. Este tiene la finalidad de correr por la mesa donde cena el emperador. Cuando se detiene, la persona más cercana debe beber del cuello del ciervo. ¿Por qué no vas a mostrarle a Annie lo que hace? —le propuso el vampiro al chiquillo y, tras volver a poner la cabeza en su sitio, le tendió el objeto de incalculable valor a Gallowglass. Luego me miró muy serio—. Tenemos que hablar.

Gallowglass se llevó a Jack y a Tereza fuera de la habitación, con promesas de *pretzels* y patinaje.

—Estás en territorio peligroso, amor mío —dijo Matthew mientras se pasaba los

dedos por el pelo, algo que siempre lo hacía parecer más guapo—. Le he asegurado a la Congregación que el hecho de presentarte como mi esposa no es más que una apropiada ficción para protegerte de acusaciones de brujería y para mantener las cazas de brujas de Berwick confinadas en Escocia.

—Pero nuestros amigos y tus compañeros vampiros saben que es algo más que eso —dije. El sentido del olfato de un vampiro no mentía y yo estaba recubierta por el olor único de Matthew—. Además, los brujos saben que hay algo más en nuestra relación de lo que ven incluso con su tercer ojo.

—Es posible, pero Rodolfo no es ni un vampiro ni una bruja. Al emperador le habrán asegurado sus propios contactos en la Congregación que no existe ningún tipo de relación entre nosotros. Así pues, no hay nada que le impida darte caza —me explicó Matthew, mientras sus dedos encontraban mi mejilla—. Yo no comparto nada, Diana. Y si Rodolfo llegara demasiado lejos...

—Mantendrías tu carácter a raya —tercié, cubriendo su mano con la mía—. Sabes que no tengo intención de permitir que el sacro emperador romano (ni nadie más, dicho sea de paso) me seduzca. Necesitamos el Ashmole 782. ¿A quién le importa que Rodolfo me mire los pechos?

—Las miradas puedo soportarlas —admitió Matthew, dándome un beso—. Pero hay algo más que deberías saber antes de disponerte a darle las gracias al emperador. La Congregación lleva alimentando los apetitos de Rodolfo por las mujeres y las curiosidades desde hace un tiempo, como manera de ganarse su cooperación. Si el emperador desea tenerte y lleva el asunto ante los otros ocho miembros, su decisión no nos beneficiará. La Congregación te volverá a remitir a él, porque no puede permitirse dejar que Praga caiga en manos de hombres como el arzobispo de Tréveris y sus amigos jesuitas. Y no quieren que Rodolfo se convierta en otro rey Jacobo que vaya a por las criaturas. Praga puede parecer un oasis para el más allá, pero, como todos los oasis, su seguridad es un espejismo.

—Entiendo —dije. ¿Por qué todo lo tocante a Matthew tenía que ser tan enrevesado? Nuestras vidas me recordaban a los cordones atados de mi caja de hechizos. Daba igual cuántas veces los separara, inmediatamente volvían a enredarse.

Matthew me soltó.

—Cuando vayas a palacio, llévate a Gallowglass contigo.

—¿Tú no vas a venir?

Dadas sus preocupaciones, me sorprendió que Matthew estuviera dispuesto a perderme de vista.

—No. Cuanto más nos vea Rodolfo juntos, más activas se volverán su imaginación y su codicia. Y puede que Gallowglass lo persuada para entrar en el laboratorio de Kelley. Mi sobrino tiene mucho más encanto que yo.

Matthew sonrió, pero su expresión no alivió en absoluto la oscuridad de sus ojos.

Gallowglass insistía en que tenía un plan que evitaría que tuviera que hablar en privado con Rodolfo, sin impedir que demostrara mi gratitud públicamente. Hasta que oí las campanas dando las tres, no se me pasó por la cabeza en qué podría consistir su plan. La multitud de gente que intentaba entrar en la catedral de San Vito a través de los arcos ojivales de la entrada lateral lo confirmó.

—Ahí está Segismunda —dijo Gallowglass, inclinándose para acercarse a mi oído. El ruido de las campanas era ensordecedor y apenas lograba oírlo. Cuando lo miré

confundida, él señaló hacia arriba, a una celosía dorada que había en el campanario contiguo—. Segismunda. La gran campana. Es la forma de saber que estás en Praga.

La catedral de San Vito era un edificio gótico de manual, con sus arbotantes y pináculos en forma de aguja. Más aún en una oscura tarde de invierno. Las velas que había en el interior centelleaban, pero en la vasta extensión de la catedral no proporcionaban más que unos picotazos de amarillo en la penumbra. Fuera había oscurecido tanto que la colorida vidriera y los frescos de vivos colores apenas contribuían a aligerar aquella atmósfera opresivamente pesada. Gallowglass nos situó estratégicamente bajo una abrazadera de antorchas.

—Manda a paseo tu hechizo de camuflaje —sugirió—. Aquí dentro está tan oscuro que Rodolfo podría no percatarse de tu presencia.

—¿Me estás pidiendo que brille? —pregunté, con mi cara más censuradora de maestra de escuela. Su única respuesta fue una sonrisa.

Esperamos a que la misa comenzara con una interesante variedad de humildes empleados palaciegos, funcionarios reales y aristócratas. Algunos de los artesanos todavía lucían las manchas y las quemaduras asociadas a su trabajo, y la mayoría de ellos parecían exhaustos. Tras haber logrado sobrevivir a la muchedumbre, levanté la vista para asimilar el tamaño y el estilo de la catedral.

—Tremenda bóveda —murmuré. La crucería era mucho más intrincada que la de la mayoría de las catedrales góticas inglesas.

—Eso es lo que sucede cuando a Matthew se le mete algo en la cabeza —comentó Gallowglass.

—¿A Matthew? —pregunté, boquiabierta.

—Hace tiempo se encontraba de paso en Praga y Peter Parler, el nuevo arquitecto, estaba demasiado verde para tan importante encomienda. El primer brote de peste había matado a la mayoría de los señores mamposteros, de todos modos, así que dejaron a Parler al cargo. Matthew lo acogió bajo su ala y ambos se volvieron un poco locos. No puedo decir que entendiera jamás lo que él y el joven Peter estaban intentando conseguir, pero llama la atención. Espera a ver lo que hicieron en el salón principal.

Ya había abierto la boca para formular otra pregunta, cuando el silencio cayó sobre la multitud allí reunida. Rodolfo había llegado. Estiré el cuello, esforzándome para ver algo.

—Ahí está —murmuró Gallowglass, señalando con la cabeza hacia arriba a la derecha. Rodolfo había entrado en San Vito por el segundo piso, desde la pasarela cerrada que había visto y que cruzaba el patio, comunicando el palacio y la catedral. Se encontraba de pie en un balcón decorado con coloridos escudos heráldicos que celebraban sus numerosos títulos y honores. Al igual que el techo, el balcón se sostenía gracias a una bóveda inusitadamente ornamentada, aunque, en aquel caso, esta recordaba a las ramas retorcidas de un árbol. A juzgar por la pureza sobrecogedora de los otros soportes arquitectónicos de la catedral, no me pareció que aquello fuera obra de Matthew.

Rodolfo tomó asiento sobre la nave central, mientras la multitud hacía reverencias y genuflexiones en dirección al palco real. Por su parte, a Rodolfo parecía incomodarle que se hubieran dado cuenta de su presencia. En sus aposentos privados se encontraba a gusto con los cortesanos, pero ahí parecía tímido y reservado. Se volvió para escuchar a un miembro de su séquito que le susurraba algo, y me vio. Inclino gentilmente la cabeza y sonrió. La muchedumbre giró en redondo para ver a quién había distinguido el emperador con su bendición.

—Genuflexión —susurró Gallowglass. Yo me volví a agachar.

Conseguimos llegar al final de la misa propiamente dicha sin incidentes. Me sentí aliviada al descubrir que no se esperaba que nadie, ni siquiera el emperador, tomara el sacramento y la ceremonia finalizó rápidamente. En algún momento, Rodolfo se escabulló a sus estancias privadas, sin duda para estudiar minuciosamente sus tesoros.

Cuando el emperador y el sacerdote se retiraron, la nave se convirtió en un alegre lugar de reunión donde los amigos intercambiaban noticias y chismorreaban. Avisté a Ottavio Strada en la distancia, enfrascado en una conversación con un rubicundo caballero vestido con una cara túnica de lana. El doctor Hájek también se hallaba allí, riendo y hablando con una joven pareja que, obviamente, estaba enamorada. Le sonreí y él hizo una pequeña reverencia en dirección hacia mí. Podía prescindir de Strada, pero el médico del emperador me caía bien.

—¡Gallowglass! ¿No deberías estar hibernando, como el resto de los osos?

Un hombre esbelto de ojos hundidos se aproximó, con la boca curvada en una irónica sonrisa. Llevaba un atuendo sencillo y caro, y el anillo de oro que lucía en un dedo revelaba su prosperidad.

—Todos deberíamos estar hibernando, con este tiempo. Me alegro de verte tan bien de salud, Joris.

Gallowglass le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda. Al hombre se le salieron los ojos de las órbitas con la fuerza del golpe.

—Yo diría lo mismo de ti, pero, como siempre te encuentras en buen estado de salud, nos ahorraré a ambos ese vano cumplimiento —dijo el hombre, antes de girarse hacia mí—. Y aquí está la diosa.

—Diana —dije, inclinando la cabeza a modo de saludo.

—No es ese el nombre que os dan aquí. Rodolfo os llama «la diosa de la caza». Así, en español. El emperador le ha encomendado al pobre señor Spranger que abandone sus últimos bocetos de Venus en el baño en favor de un nuevo tema: el aseo de Diana interrumpido. Todos esperamos ansiosos a ver si Spranger es capaz de llevar a cabo tan enorme cambio con tan poca anticipación —comentó el hombre, antes de hacer una reverencia—. Joris Hoefnagel.

—El calígrafo —señalé, recordando el comentario de Pierre sobre la ornamentada caligrafía de las invitaciones oficiales de Matthew a la corte de Rodolfo. Pero aquel nombre me resultaba familiar...

—El artista —corrigió Gallowglass, gentilmente.

—La diosa —dijo un hombre enjuto, mientras se quitaba el sombrero con unas manos llenas de cicatrices—. Soy Erasmus Habermel. ¿Seríais tan amable de visitar mi taller en cuanto os sea posible? A Su Majestad le gustaría que tuvierais un compendio astronómico para notar mejor los cambios de la caprichosa luna, pero debe ser exactamente de vuestro gusto.

El nombre de Habermel también me resultaba familiar...

—Mañana vendrá a verme a mí —aseguró un hombre corpulento de unos treinta años, que se abría camino entre la creciente multitud. Tenía un acento claramente italiano—. La diosa va a posar para una efigie. Su Majestad desea poseer su fiel retrato tallado en piedra, como símbolo de su permanente afecto hacia ella.

El sudor perlaba su labio superior.

—¡*Signor* Miseroni! —exclamó otro italiano llevándose las manos melodramáticamente al pecho, que subía y bajaba—. Creía que nos habíamos entendido. La

diosa debe practicar las danzas si va a tomar parte en el entretenimiento de la semana que viene, como desea el emperador —anunció, antes de hacer una reverencia en mi dirección—. Soy Alfonso Pasetti, diosa, el maestro de danza de Su Majestad.

—Pero a mi esposa no le gusta bailar —dijo una fría voz a mis espaldas. Un largo brazo serpenteó rodeándome para cogerme la mano, que estaba jugueteando con el extremo del corpiño—. ¿No es así, *mon coeur*?

Aquellas últimas y cariñosas palabras fueron acompañadas por un beso en los nudillos y un mordisquillo de advertencia con los dientes.

—Matthew llega en el momento más indicado, como siempre —dijo Joris con una sonora carcajada—. ¿Cómo estás?

—Contrariado por no encontrar a Diana en casa —respondió Matthew, ligeramente ofendido—. Aunque incluso un marido devoto debe ceder ante Dios en el afecto de su mujer.

Hoefnagel miraba atentamente a Matthew, calibrando todos sus cambios de expresión. De pronto me di cuenta de quién se trataba: el gran artista que era un observador tan perspicaz de la naturaleza que parecía que sus ilustraciones de la flora y la fauna iban a cobrar vida, al igual que las criaturas de los zapatos de Mary.

—Bueno, Dios ya ha acabado con ella por hoy. Creo que eres libre de llevarte a tu esposa a casa —dijo gentilmente Hoefnagel—. Prometéis animar lo que, de otro modo, sería una primavera realmente aburrida, diosa nuestra. Os estamos agradecidos por ello.

Los hombres se dispersaron después de que Gallowglass les asegurara que llevaría una agenda de mis variadas e incompatibles citas. Hoefnagel fue el último en retirarse.

—Estaré atento a vuestra mujer, *Schaduw*. Y tal vez vosotros también deberíais estarlo.

—Mi atención siempre se centra en mi esposa, como debe ser. ¿Cómo, si no, iba a saber que estaría aquí?

—Desde luego. Disculpad mi intromisión. «El bosque tiene oídos y los campos tienen ojos» —dijo Hoefnagel, antes de hacer una reverencia—. Os veré en la corte, diosa.

—Se llama Diana —dijo Matthew con firmeza—. *Madame* De Clermont también servirá.

—Y aquí me dieron a entender que era Roydon. *Mea culpa* —reconoció Hoefnagel, y retrocedió unos cuantos pasos—. Buenas tardes, Matthew. —Los pasos del hombre resonaron en los suelos de piedra y se perdieron hasta desvanecerse.

—*Schaduw*? —pregunté—. ¿Significa lo que parece?

—Es «sombra» en holandés. Isabel no es la única persona que me llama de esa manera —comentó Matthew, antes de mirar a Gallowglass—. ¿Qué entretenimiento es ese que ha mencionado el *signor* Pasetti?

—Oh, nada fuera de lo corriente. Sin duda, el tema será mitológico, con una música terrible y un baile aún peor. Después de haber bebido demasiado, todos los cortesanos entrarán dando tumbos en las alcobas erradas al final de la noche. Nueve meses después, habrá un rebaño de bebés nobles de linaje incierto. Lo usual.

—*Sic transit gloria mundi* —susurró Matthew, antes de inclinarse ante mí—. ¿Nos vamos a casa, mi diosa? —me preguntó. Si aquel sobrenombre me hacía sentir incómoda cuando los extraños lo utilizaban, viniendo de su boca resultaba casi insoportable—. Jack dice que el estofado de esta noche es particularmente apetitoso.

Los gritos de Jack me despertaron y corrí a su lado, únicamente para descubrir que Matthew había llegado antes. El niño estaba desquiciado y no dejaba de dar golpes y de gritar pidiendo ayuda.

—¡Me van a explotar los huesos! —decía sin cesar—. ¡Duele! ¡Duele!

Matthew lo estrechó con fuerza contra el pecho para que no pudiera moverse.

—Shh. Ya te tengo.

Continuó abrazando a Jack hasta que solo unos ligeros temblores recorrían los delgados miembros del chiquillo.

—Todos los monstruos parecían hombres normales esta noche, señor Roydon —le dijo Jack, acurrucándose más en los brazos de mi esposo. Parecía exhausto y tenía unas manchas azules bajo los ojos que lo hacían parecer mucho mayor de lo que era.

—A menudo lo parecen, Jack —dijo Matthew—. A menudo lo parecen.

Las siguientes semanas fueron un torbellino de citas: con el joyero del emperador, con el lutier del emperador, con el maestro de danza del emperador... Cada encuentro hacía que me adentrara más en el corazón del grupo de edificios que componían el palacio imperial, en talleres y residencias reservadas para los artistas e intelectuales predilectos de Rodolfo.

Entre compromiso y compromiso, Gallowglass me llevaba a rincones del palacio que todavía no había visto. A la reserva de animales salvajes, donde Rodolfo tenía los leopardos y los leones, al igual que en las estrechas calles al este de la catedral tenía a los retratistas y a los músicos. Al Foso de los Venados, que había sido reformado para que Rodolfo pudiera disfrutar más a gusto de aquel deporte. Al salón de juegos, recubierto de esgrafiados, donde los cortesanos podían ejercitarse. A los nuevos invernaderos construidos para proteger del riguroso invierno de Bohemia las preciosas higueras del emperador.

Pero había un lugar para el que ni siquiera Gallowglass podía obtener el derecho de admisión: la Torre Powder, donde Edward Kelley trabajaba sobre sus alambiques y crisoles para intentar elaborar la piedra filosofal. Nos detuvimos en el exterior e intentamos pasar charlando por delante de los guardias apostados en la entrada. Gallowglass incluso probó a emitir un sonoro grito, que hizo que todos los vecinos se acercaran corriendo para ver si había un incendio, pero que no provocó ninguna reacción en el antiguo ayudante del doctor Dee.

—Es como si estuviera prisionero —le dije a Matthew después de que hubieran recogido los platos de la cena y Jack y Annie estuvieran a salvo dentro de sus camas. Los niños habían disfrutado de otra agotadora sesión de patinaje, trineo y *pretzels*, ya que habíamos dejado de fingir que eran nuestros sirvientes. Yo esperaba que la oportunidad de comportarse como un niño normal de ocho años pudiera ayudar a Jack a acabar con sus pesadillas. Pero el palacio no era lugar para ellos. Me aterrorizaba que se pusieran a merodear y se perdieran para siempre, al ser incapaces de hablar el idioma o de decirle a la gente a quién pertenecían.

—Kelley *es* un prisionero —dijo Matthew, jugueteando con el pie de su cáliz. Era de pesada plata y brillaba bajo la luz del fuego.

—Dicen que regresa a casa de vez en cuando, normalmente en plena noche, cuando no hay nadie que pueda verlo. Al menos obtiene cierto alivio de las demandas constantes del emperador.

—No has conocido a la señora Kelley —dijo Matthew, secamente.

No lo había hecho, lo que se me antojaba extraño, cuanto más lo consideraba. Puede que estuviera tomando el camino errado para conocer al alquimista. Me había permitido que me arrastraran a la vida de la corte con la esperanza de llamar a la puerta del laboratorio de Kelley y entrar directamente para reclamar el Ashmole 782. Pero dada mi reciente familiaridad con la vida de la corte, un acercamiento tan directo era poco probable.

A la mañana siguiente, insistí en ir con Tereza a hacer la compra. Fuera hacía un frío glacial y el viento soplaba con fuerza, pero aun así caminamos con dificultad hasta el mercado.

—¿Conocéis a mi compatriota, la señora Kelley? —le pregunté a *frau* Huber mientras esperábamos a que el panadero nos envolviera las compras. Las amas de casa de Malá Strana coleccionaban lo estrambótico e inusual con la misma avidez que Rodolfo—. Su esposo es uno de los sirvientes del emperador.

—Uno de los alquimistas enjaulados del emperador, querréis decir —respondió *frau* Huber con un bufido—. Siempre suceden cosas extrañas en esa casa. Y era peor cuando los Dee estaban aquí. *Herr* Kelley siempre miraba a *frau* Dee con lujuria.

—¿Y la señora Kelley? —pregunté de inmediato.

—No sale mucho. Su cocinera hace la compra.

Frau Huber no aprobaba que delegara su responsabilidad como ama de casa. Abría la puerta a todo tipo de problemas, incluidos (según sostenía) el anabaptismo y un floreciente mercado negro de alimentos de primera necesidad. Me había dejado claro lo que pensaba al respecto en nuestro primer encuentro, y era una de las principales razones por las que yo salía hiciera el tiempo que hiciera a comprar las coles.

—¿Estamos hablando de la esposa del alquimista? —inquirió la *signorina* Rossi, atravesando a trompicones las piedras heladas y evitando una carretilla llena de carbón—. Es inglesa y, por tanto, muy extraña. Y sus facturas de vino son mucho más abultadas de lo que deberían.

—¿Cómo sabéis tanto? —pregunté cuando acabé de reírme.

—Compartimos lavandera —dijo *frau* Huber, sorprendida.

—Ninguna de nosotras tenemos secretos para nuestras lavanderas —afirmó la *signorina* Rossi—. También les hacía la colada a los Dee. Hasta que la *signora* Dee la despidió por cobrarle demasiado por lavar las servilletas.

—Una mujer difícil, Jane Dee, pero no se puede criticar su ahorro —admitió *frau* Huber con un suspiro.

—¿Por qué tenéis que ver a la señora Kelley? —inquirió la *signorina* Rossi, mientras guardaba una barra de pan trenzada en la cesta.

—Quiero conocer a su esposo. Me interesa la alquimia y tengo algunas preguntas.

—¿Le pagaréis? —preguntó *frau* Huber, al tiempo que se frotaba las yemas de los dedos en un gesto universal y, al parecer, atemporal.

—¿Por qué? —dije, confusa.

—Por sus respuestas, desde luego.

—Sí —aseguré, preguntándome qué retorcido plan estaría tramando.

—Dejádmelo a mí —dijo *frau* Huber—. Tengo antojo de filete vienés y el austríaco que regenta la taberna que hay cerca de vuestra casa, *frau* Roydon, sabe bien cómo hacerlo.

Resultó que la hija adolescente del brujo del filete vienés compartía tutora con la hijastra de diez años de Kelley, Elizabeth. Y su cocinero estaba casado con la tía de la lavandera, cuya cuñada echaba una mano en la casa de Kelley.

Gracias a aquella cadena oculta de relaciones forjada por mujeres, y no a los

contactos de Gallowglass en la corte, Matthew y yo nos encontramos en la sala del segundo piso de Kelley a medianoche, esperando a que llegara el gran hombre.

—Debería llegar en cualquier momento —nos aseguró Joanna Kelley. Tenía los ojos ribeteados de rojo y vidriosos, aunque no estaba claro si se debía al abuso del vino o al frío que parecía afectar a toda la casa.

—No os preocupéis por nosotros, señora Kelley. Nos acostamos muy tarde —dijo Matthew con suavidad, dedicándole una resplandeciente sonrisa—. ¿Y qué os parece vuestra nueva casa?

Tras mucho espionaje e investigación entre las comunidades austríaca e italiana, descubrimos que los Kelly habían comprado recientemente una casa a la vuelta de la esquina de los Tres Cuervos en un complejo conocido por la ingeniosa señal de la calle. Alguien había cogido algunas figuras de madera sobrantes de una natividad, las había serrado por la mitad y las había dispuesto sobre una tabla. En el proceso, había quitado al niño Jesús del pesebre y lo había reemplazado por la cabeza de la mula de María.

—El Burro y la Cuna satisface nuestras presentes necesidades, señor Roydon —comentó la señora Kelley, antes de enviar a lo lejos un impresionante estornudo y tomar un trago de vino—. Creíamos que el emperador nos reservaría una casa en el propio palacio, dado el trabajo de Edward, pero esta nos servirá —manifestó la mujer. Entonces se oyó un golpeteo regular sobre las sinuosas escaleras—. Aquí está Edward.

Lo primero que apareció fue un bordón y luego una mano manchada, seguida por una manga igualmente sucia. El resto de Edward Kelley parecía igualmente deshonesto. Su larga barba estaba descuidada y sobresalía bajo un oscuro casquete que le ocultaba las orejas. Si había llevado sombrero, este había desaparecido. Además, le gustaban mucho las cenas, a juzgar por sus dimensiones falstaffianas. Kelley entró cojeando y silbando en la habitación, y se quedó de piedra al ver a Matthew.

—Edward —dijo Matthew, recompensando al hombre con otra de sus resplandecientes sonrisas. Sin embargo, Kelley no parecía en absoluto tan complacido como su esposa de recibirlo—. Qué casualidad encontrarnos de nuevo, tan lejos de casa.

—¿Cómo habéis...? —preguntó Edward, con voz quebrada. Echó un vistazo a la sala y sus ojos cayeron sobre mí con una insidiosa mirada que me pellizcó como nunca antes había hecho la mirada de un daimón. Pero había algo más: alteraciones en las hebras que lo rodeaban, irregularidades en el tejido que indicaban que no solo era daimón, sino que además era inestable. Sus labios se curvaron.

—La bruja.

—El emperador ha elevado su rango, al igual que el vuestro. Ahora es «la diosa» —dijo Matthew—. Sentaos y descansad la pierna. Os causa molestias cuando hace frío, creo recordar.

—¿Qué interés tenéis en mí, Roydon?

Edward Kelley agarró con más fuerza el bordón.

—Está aquí en nombre de la reina, Edward. Yo estaba en la cama —dijo Joanna, lastimeramente—. Descanso poquísimos. Y por causa de estas espantosas fiebres todavía no he conocido a los vecinos. No me dijiste que había gente inglesa viviendo tan cerca. ¿Por qué? Puedo ver la casa de la señora Roydon desde la ventana de la torre. Tú estás en el castillo. Yo estoy sola, deseando hablar mi lengua nativa y aun así...

—Vuelve a la cama, querida —dijo Kelley, despidiendo a Joanna—. Y llévate tu vino contigo.

La señora Kelley gimoteó solícita, con expresión miserable. Ser una mujer inglesa

en Praga sin amigos ni familia era difícil, pero tener un marido que era bienvenido en sitios a los que a ti se te prohibía ir debía de serlo el doble. Cuando su esposa se retiró, Kelley se dirigió pisando fuerte hacia la mesa y se sentó en la silla de su esposa. Con una mueca, levantó la pierna y la puso en su sitio. Luego clavó sus ojos oscuros y hostiles en Matthew.

—Decidme lo que debo hacer para librarme de vos —dijo el hombre sin rodeos.

Puede que Kelley tuviera la astucia de Kit, pero no poseía en absoluto su encanto.

—La reina os reclama —dijo Matthew, igual de directamente—. Queremos el libro de Dee.

—¿Qué libro?

La respuesta de Edward fue rápida: demasiado rápida.

—Para ser un charlatán, sois un mentiroso abominable, Kelley. ¿Cómo os las arregláis para engañarlos a todos?

Matthew giró sus largas piernas, que estaban enfundadas en unas botas, y las puso sobre la mesa. Kelley se encogió cuando los tacones golpearon la superficie.

—Si el doctor Dee me acusa de robo —bravuconeó Kelley—, entonces debo insistir en discutir el asunto en presencia del emperador. No le gustaría que se me tratara así, poniendo en entredicho mi honor en mi propia casa.

—¿Dónde está, Kelley? ¿En vuestro laboratorio? ¿En la alcoba de Rodolfo? Lo encontraré, con o sin vuestra ayuda. Aunque si me contarais vuestro secreto, puede que me sintiera inclinado a olvidar el otro asunto —comentó Matthew, justo antes de encontrar una manchita en los bombachos—. La Congregación no está satisfecha con vuestro reciente comportamiento —añadió. El bordón de Kelley cayó repiqueteando al suelo. Matthew lo recogió, solícito, y apoyó el extremo gastado sobre el cuello de Kelley—. ¿Fue con esto con lo que tocasteis al tabernero de la posada, cuando amenazasteis con quitarle la vida? Eso fue muy imprudente, Edward. Tanta pompa y privilegios se os han subido a la cabeza.

El bordón cayó sobre la barriga de considerable tamaño de Kelley y se quedó allí.

—No puedo ayudaros —dijo Kelley con un gesto de dolor, mientras Matthew aumentaba la presión sobre el palo—. ¡Es la verdad! El emperador me quitó el libro cuando...

La voz de Kelley se fue apagando mientras se frotaba la cara con las manos, como si tratara de borrar al vampiro que tenía sentado enfrente.

—¿Cuándo qué? —pregunté, inclinándome hacia delante. Nada más tocar el Ashmole 782 en la Bodleiana, supe que era diferente.

—Debéis de saber más sobre ese libro que yo —me espetó Kelley, con los ojos en llamas—. ¡A vosotras, las brujas, no os sorprendió saber de su existencia, aunque fue un daimón quien lo reconoció!

—Estoy perdiendo la paciencia, Edward —confesó Matthew, mientras hacía crujir el bordón entre las manos—. Mi esposa os ha hecho una pregunta. Respondedla.

Kelley miró lentamente a Matthew con aire triunfal y empujó el extremo de la vara para separarla de su abdomen.

—Vos odiáis a las brujas, o eso es lo que todos creen. Pero ahora veo que compartís la debilidad de Gerbert por las criaturas. Estáis enamorado de esta, tal y como le he dicho a Rodolfo.

—Gerbert —repitió Matthew, en tono inexpresivo.

Kelley asintió.

—Vino cuando Dee todavía estaba en Praga para hacer algunas preguntas sobre el libro y meter las narices en mis asuntos. Rodolfo le permitió disfrutar de una de las brujas

de la Ciudad Vieja: una chiquilla de diecisiete años muy bonita, con el cabello rojizo y los ojos azules, como vuestra esposa. Nadie ha vuelto a verla desde entonces. Pero hubo una muy buena hoguera esa Noche de Walpurgis. A Gerbert le concedieron el honor de encenderla —dijo Kelley, antes de dirigirme una mirada—. Me pregunto si volveremos a tener hoguera este año.

La mención de la antigua tradición de quemar a una bruja para celebrar la primavera fue la gota que colmó el vaso para Matthew. Cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, este ya tenía a Kelley medio colgado de la ventana.

—Mirad hacia abajo, Edward. No es una altura excesiva. Sobreviviríais, me temo, aunque puede que os rompierais uno o dos huesos. Yo os recogería y os llevaría arriba, a vuestra alcoba. Allí habrá también una ventana, sin duda. Finalmente encontraría un lugar lo suficientemente elevado para partiros vuestro triste esqueleto. Para entonces, todos los huesos de vuestro cuerpo estarán hechos pedazos y tendréis que decirme lo que quiero saber —le aseguró Matthew. Cuando me levanté, posó sus negros ojos sobre mí—. Siéntate —me ordenó, antes de respirar hondo—. Por favor.

Solo entonces lo hice.

—El libro de Dee resplandecía de poder. Pude olerlo en el momento en que lo bajé de la estantería en Mortlake. Él era ajeno a la relevancia que tenía, pero yo lo sabía —confesó Kelley, que ya no era capaz de hablar lo suficientemente rápido. Cuando se detenía para tomar aliento, Matthew lo sacudía—. El brujo Roger Bacon era el dueño y lo había valorado como un gran tesoro. Su nombre está en la primera página, junto con la inscripción *Verum Secretum Secretorum*.

—Pero no se parece en nada al *Secretum* —alegué, pensando en aquella popular obra medieval—. Eso es una enciclopedia. Esto es un libro de alquimia ilustrado.

—Las ilustraciones no son más que una pantalla contra la verdad —dijo Kelley, resollando—. Por eso Bacon lo llamaba *El verdadero secreto de los secretos*.

—¿Qué dice? —pregunté, cada vez más emocionada. Esa vez Matthew no me llamó la atención. Además, volvió a meter dentro a Kelley—. ¿Fuisteis capaz de leer las palabras?

—Es posible —dijo Kelley, alisándose la toga.

—Él tampoco ha conseguido leer el libro —me aseguró Matthew, mientras liberaba a Kelley con repugnancia—. Puedo oler la hipocresía en su miedo.

—Está escrito en una lengua extranjera. Ni siquiera el rabino Loew ha podido descifrarlo.

—¿El Maharal ha visto el libro?

Matthew tenía aquella mirada inmóvil y vigilante propia de cuando iba a atacar.

—Al parecer, no le preguntasteis por ello al rabino Loew cuando estuvisteis en el Barrio Judío para buscar al brujo que ha hecho esa criatura de arcilla a la que llaman el *golem*. Ni pudisteis encontrar al culpable ni a su creación —dijo Kelley, con expresión de desdén—. A pesar de vuestro poder e influencia. Ni siquiera fuisteis capaz de intimidar a los judíos.

—No creo que las palabras estén en hebreo —dije, mientras recordaba los símbolos que había visto moverse a toda velocidad en el palimpsesto.

—No lo están. El emperador hizo que el rabino Loew acudiera a palacio para cerciorarse.

Kelley había revelado más de lo que pretendía. Miró hacia el bordón y las hebras que había a su alrededor se retorcieron y se enredaron. Me vino a la cabeza una imagen de Kelley levantando el palo para golpear a alguien. ¿Qué iba a hacer?

Entonces me di cuenta: pensaba golpearme a *mí*. Un sonido ininteligible salió de mi boca y, cuando extendí la mano, el bordón de Kelley voló directamente hacia ella. Mi brazo se transformó en una rama por un instante, antes de recuperar su aspecto normal. Rogué para que todo hubiera sucedido con demasiada rapidez como para que Kelley hubiera notado el cambio. La mirada que había en su cara me dijo que mis esperanzas eran en vano.

—No permitáis que el emperador os vea hacer eso —me recomendó Kelley con una sonrisa de suficiencia— u os encerrará como otra curiosidad más en la que recrearse. Os he dicho lo que queríais saber, Roydon. Apaciguad a los perros de la Congregación.

—No creo que me sea posible —declaró Matthew, quitándose el bordón—. No sois inofensivo, da igual lo que Gerbert crea. Pero os dejaré en paz... por ahora. No hagáis nada más que capte mi atención y podréis ver el verano.

Mi marido arrojó el bordón a una esquina.

—Buenas noches, señor Kelley.

Cogí la capa, deseando alejarme al máximo del daimón lo más rápido posible.

—Disfrutad de los momentos de sol, bruja. En Praga pasan rápido.

Kelley se quedó donde estaba, mientras Matthew y yo comenzamos a bajar las escaleras.

Aunque ya estaba en la calle, seguía notando los pellizcos de sus miradas. Y, cuando volví la vista hacia El Burro y la Cuna, las hebras sinuosas y rotas que unían a Kelley con el mundo resplandecieron con malevolencia.

Capítulo 29

TRAS varios días de prudente negociación, Matthew logró concertar una visita con el rabino Judah Loew. Para hacer hueco para ella, Gallowglass tuvo que cancelar mis inminentes citas en la corte alegando que estaba enferma.

Por desgracia, dicho comunicado atrajo la atención del emperador y nos inundaron la casa de medicinas: *terra sigillata* (esa arcilla con maravillosas propiedades curativas), bezoares pétreos cosechados en las vesículas de las cabras para repeler el veneno, una copa de cuerno de unicornio con una de las recetas familiares del emperador de un electuario... Este último consistía en asar un huevo con azafrán antes de batirlo y mezclarlo con un polvo de simientes de mostaza, angélica, bayas de junípero, alcanfor y varias sustancias misteriosas más, para luego convertirla en una pasta con melaza y sirope de limón. Rodolfo envió al doctor Hájek junto con él para administrarla, aunque yo no tenía ninguna intención de tragarme aquel mejunje en absoluto apetecible, como informé al galeno imperial.

—Le aseguraré al emperador que os recuperaréis —dijo secamente—. Por fortuna, Su Majestad está demasiado preocupado por su propia salud como para arriesgarse a bajar de Sporrengasse para confirmar mi pronóstico.

Le agradecemos profusamente su discreción y lo enviamos de vuelta a casa con uno de los pollos asados que habían sido enviados de las cocinas reales para tentar mi apetito. Yo había tirado al fuego la nota que lo acompañaba (*Ich verspreche Sie werden nicht hungern. Ich halte euch zufrieden. Rudolf*), después de que Matthew me explicara que aquellas palabras no dejaban muy claro si Rodolfo se refería a la gallina cuando prometía saciar mi apetito.

Mientras cruzábamos el río Moldava para llegar a la Ciudad Vieja de Praga, tuve la primera oportunidad de experimentar el ajetreo y el bullicio del centro de la ciudad. Allí, prósperos mercaderes hacían negocios en soportales acurrucados bajo casas de tres y cuatro pisos que bordeaban las sinuosas calles. Cuando giramos hacia el norte, el carácter de la ciudad cambió: las casas empezaron a ser más pequeñas, los residentes iban peor vestidos y los negocios eran menos prósperos. Entonces cruzamos una calle ancha y atravesamos una puerta para entrar en el Barrio Judío. Más de cinco mil judíos vivían en aquel pequeño enclave comprimido entre la ribera industrial, la plaza principal de la Ciudad Vieja y un convento. El Barrio Judío estaba abarrotado —de manera inconcebible, incluso para los estándares londinenses— de casas que, más que haber sido construidas, parecían haber brotado, dado que cada estructura surgía orgánicamente a partir de las paredes de otra, como las cámaras de la concha de un caracol.

Llegamos hasta el rabino Loew a través de una serpenteante ruta que me hizo anhelar una bolsa de migas de pan para asegurarme de encontrar el camino de vuelta. Los residentes deslizaban miradas cautas en nuestra dirección, pero pocos osaban saludarnos. Aquellos que lo hacían, llamaban a Matthew «Gabriel». Era uno de sus numerosos nombres y el hecho de que lo usaran allí indicaba que yo había caído en una de las madrigueras de conejo de Matthew y que estaba a punto de conocer otro de sus yos pasados.

Cuando tuve delante al amable caballero a quien llamaban el Maharal, entendí por qué Matthew hablaba de él con voz queda. El rabino Loew irradiaba la misma silenciosa sensación de poder que había visto en Philippe. Su dignidad hacía que los grandiosos gestos de Rodolfo y la petulancia de Isabel resultaran irrisorios, en comparación. Y más chocante

aún en esa época, cuando la fuerza bruta era el método usual para imponer la voluntad de uno mismo sobre los otros. La reputación del Maharal se basaba en la erudición y el aprendizaje, no en las proezas físicas.

—El Maharal es uno de los mejores hombres que haya existido jamás —dijo sencillamente Matthew cuando le pedí que me hablara más de Judah Loew. Teniendo en cuenta el tiempo que Matthew llevaba vagando por el mundo, aquel era un elogio notable.

—De verdad creía, Gabriel, que habíamos zanjado nuestros asuntos —dijo el rabino Loew con severidad, en latín. Tenía un aspecto y una forma de hablar muy similar a la de un director—. No compartí contigo el nombre del brujo que hizo el *golem* antes ni lo haré ahora —le aseguró el rabino Loew, antes de volverse hacia mí—. Lo siento, *frau* Roydon. Mi impaciencia con vuestro esposo me ha hecho olvidar los modales. Es un placer conocerlos.

—No he venido por el *golem* —replicó Matthew—. El asunto que me trae hoy aquí es privado. Tiene que ver con un libro.

—¿De qué libro se trata?

Aunque el Maharal ni pestañeó, una alteración en el aire que me rodeaba me reveló una sutil reacción por su parte. Me había percatado de que, desde que había conocido a Kelley, la magia me hacía cosquillas como si estuviera enchufada a una toma de corriente invisible. El dragón escupefuego se estaba despertando. Y las hebras que me rodeaban continuaban brillando con vivos colores, señalando un objeto, una persona, un camino a través de las calles como si intentaran decirme algo.

—Es un texto que mi esposa encontró en una universidad, muy lejos de aquí —dijo Matthew. Me sorprendió que fuera tan sincero. Y al rabino Loew también.

—Ah. Veo que vamos a ser honestos el uno con el otro esta tarde. Deberíamos hacerlo en un lugar suficientemente tranquilo que me permita disfrutar de la experiencia. Venid a mi estudio.

Nos guió hacia una de las pequeñas salas que había dentro de la madriguera de la planta baja. Me resultó reconfortantemente familiar, con aquella mesa llena de marcas y aquellos montones de libros. Reconocí el olor de la tinta y de algo que me recordaba a la caja de colonia que había en el estudio de danza de mi infancia. Un recipiente de hierro al lado de la puerta albergaba lo que parecían unas pequeñas manzanas marrones que se balanceaban arriba y abajo flotando en un líquido igualmente marrón. Aquello tenía pinta de hechizo e hizo que me preocupara por qué más podría haber al acecho en las desagradables profundidades del caldero.

—¿Os resulta más satisfactoria esta partida de tinta? —preguntó Matthew, señalando una de las pelotas flotantes.

—Así es. Me habéis hecho un servicio al decirme que añadiera aquellos clavos a la olla. No requiere tanto hollín para que quede negro y la consistencia es mejor —comentó el rabino, antes de señalar hacia una silla—. Por favor, tomad asiento. —Esperó hasta que me hube acomodado y luego cogió el único asiento restante: una banqueta de tres patas—. Gabriel se quedará de pie. Aunque no es joven, tiene las piernas fuertes.

—Soy lo suficientemente joven para sentarme a vuestros pies como uno de vuestros alumnos, Maharal.

Matthew sonrió y se dobló con elegancia para acomodarse con las piernas cruzadas.

—Mis estudiantes son demasiado sensatos como para sentarse en el suelo con este clima —replicó el rabino Loew, analizándome—. En fin. Al grano. ¿Por qué la esposa de Gabriel ben Ariel ha venido desde tan lejos en busca de un libro?

Tuve la desconcertante sensación de que no estaba hablando de mi viaje a través del río, ni siquiera a través de Europa. ¿Cómo era posible que supiera que no pertenecía a esa época?

En cuanto mi mente formuló la pregunta, el rostro de un hombre apareció flotando en el aire sobre el hombro del rabino Loew. Su rostro, aunque joven, ya mostraba arrugas de preocupación alrededor de un par de ojos grises hundidos, y la barba marrón oscura se estaba volviendo gris en el centro de la barbilla.

—Otro brujo os ha hablado de mí —dije en voz queda.

El rabino Loew asintió.

—Praga es una ciudad maravillosa para las noticias. Por desgracia, la mitad de lo que se dice es falso —lamentó el hombre, antes de quedarse en silencio—. ¿Y el libro? —me recordó el rabino Loew.

—Creemos que podría hablarnos de la creación de las criaturas como Matthew y yo —le expliqué.

—Eso no es ningún misterio. Dios os creó, al igual que me creó a mí y al emperador Rodolfo —respondió el Maharal, acomodándose más en el asiento. Tenía la típica postura de profesor, una pose naturalmente desarrollada tras años dando a los estudiantes el espacio para pelearse con nuevas ideas. Noté una sensación familiar de ansiedad y temor mientras preparaba la respuesta. No quería defraudar al rabino Loew.

—Es posible, pero Dios nos ha proporcionado a algunos de nosotros talentos adicionales. Vos no podéis hacer que lo muerto recobre la vida, rabino Loew —dije, respondiéndole como si él fuera un profesor de Oxford—. Ni hacer que caras desconocidas aparezcan ante vos cuando formuláis una simple pregunta.

—Cierto. Pero vos no gobernáis Bohemia y el alemán de vuestro esposo es mejor que el mío, aun cuando yo llevo conversando en dicho idioma desde niño. Cada uno de nosotros tiene unos dones únicos, *frau* Roydon. En el aparente caos del mundo, siguen existiendo pruebas del plan divino.

—Habláis del plan divino con tanta confianza porque conocéis vuestros orígenes gracias a la Torá —repliqué—. *Bereishit*, «al principio», es como llamáis al libro que los cristianos conocen como Génesis. ¿No es cierto, rabino Loew?

—Parece que he estado discutiendo sobre teología con el miembro errado de la familia de Ariel —dijo el rabino secamente, aunque sus ojos brillaban maliciosos.

—¿Quién es Ariel? —pregunté.

—Mi padre es conocido como Ariel por el pueblo del rabino Loew —me explicó Matthew.

—¿El ángel de la ira?

Fruncí el ceño. Eso no encajaba con el Philippe que yo conocía.

—El señor que ejerce su soberanía sobre el mundo. Algunos lo llaman el León de Jerusalén. Recientemente mi pueblo ha tenido razones para estar agradecido al León, aunque los judíos no han olvidado los numerosos errores que cometió en el pasado y nunca lo harán. Aunque Ariel se esfuerce en repararlo. Y el juicio le corresponde a Dios —aseguró el rabino. Luego valoró sus opciones y tomó una decisión—. El emperador sí me mostró ese libro. Por desgracia, Su Majestad no me proporcionó demasiado tiempo para estudiarlo.

—Cualquier cosa que podáis contarnos sobre él nos resultará útil —dijo Matthew, visiblemente emocionado. Se inclinó hacia delante, se llevó las rodillas al pecho y las abrazó, tal y como Jack hacía cuando escuchaba con atención una de las historias de Pierre.

Por unos instantes, pude ver a mi marido con el aspecto que debía de tener de niño, mientras aprendía el oficio de carpintero.

—El emperador Rodolfo me llamó a palacio con la esperanza de que yo pudiera leer el texto. El alquimista, ese al que llaman *Meshuggener* Edward, lo había tomado de la biblioteca de su señor, el inglés John Dee —declaró el rabino Loew. Acto seguido, suspiró y negó con la cabeza—. Es difícil entender por qué Dios eligió hacer a Dee culto pero necio, y a Edward ignorante pero astuto. *Meshuggener* Edward le dijo al emperador que aquel libro ancestral contenía los secretos de la inmortalidad —continuó Loew—. Vivir eternamente es el sueño de todo hombre poderoso. Pero el texto estaba escrito en un idioma que nadie entendía, salvo el alquimista.

—Rodolfo os hizo llamar porque creía que era un texto antiguo en hebreo —dije, asintiendo.

—Bien puede ser antiguo, pero no es hebreo. También tenía imágenes. Yo no entendía el significado, pero Edward decía que eran de naturaleza alquímica. Puede que las palabras explicaran dichas imágenes.

—Cuando lo visteis, rabino Loew, ¿las palabras se movían? —pregunté, recordando las líneas que había visto merodeando bajo las ilustraciones de carácter alquímico.

—¿Cómo se iban a mover? —preguntó Loew, frunciendo el ceño—. Solo eran símbolos, escritos con tinta sobre la página.

—Entonces no está roto. Todavía no —dije, aliviada—. Alguien le había arrancado varias páginas cuando lo vi en Oxford. Era imposible descifrar el significado del texto porque las palabras corrían de un lado a otro buscando a sus hermanos perdidos.

—Habláis como si el libro estuviera vivo —dijo el rabino Loew.

—Creo que lo está —confesé. Matthew parecía sorprendido—. Parece increíble, lo sé. Pero cuando recuerdo aquella noche y lo que sucedió cuando lo toqué, esta es la única forma que encuentro de describirlo. El libro me reconoció. Era como... si estuviera dolido, en cierto modo, como si hubiera perdido algo esencial.

—Mi pueblo tiene historias relacionadas con libros escritos con llamas de verdad, con palabras que se mueven y giran para que solo los elegidos por Dios puedan leerlos.

El rabino Loew me estaba poniendo a prueba de nuevo. Reconocí las señales de un profesor que interrogaba a sus alumnos.

—He oído esas historias —respondí lentamente—. Y también otras historias sobre libros perdidos: las tablas que Moisés destruyó, el libro de Adán en el que grabó los verdaderos nombres de cada parte de la creación...

—Si vuestro libro es tan importante como esos, tal vez sea la voluntad de Dios que permanezca oculto.

El rabino Loew se recostó una vez más y esperó.

—Pero no está oculto —dije—. Rodolfo sabe dónde está, aunque no pueda leerlo. ¿A quién le encomendaríais antes la custodia de un objeto tan poderoso: a Matthew o al emperador?

—Conozco a muchos hombres sabios que opinarían que elegir entre Gabriel ben Ariel y Su Majestad no haría más que determinar el menor de dos demonios —dijo el rabino Loew. Su atención se centró en Matthew—. Por suerte, no me encuentro yo mismo entre ellos. Aun así, no os puedo ayudar más. He visto ese libro..., pero desconozco su actual paradero.

—El libro está en manos de Rodolfo, o al menos lo estaba. Hasta que vos lo habéis confirmado, solo teníamos la sospecha del doctor Dee y las garantías de aquel a quien

denomináis, acertadamente, Edward el Loco —dijo Matthew, muy serio.

—Los locos pueden ser peligrosos —observó el rabino Loew—. Deberíais tener más cuidado con quien colgáis por las ventanas, Gabriel.

—¿Os habéis enterado de eso? —Matthew parecía avergonzado.

—La ciudad es un hervidero de crónicas que aseguran que *Meshuggener* Edward andaba por Malá Strana volando con el diablo. Naturalmente, di por hecho que estabais involucrado —replicó el rabino Loew, esa vez con una nota de moderada reprobación—. Gabriel, Gabriel, ¿qué diría vuestro padre?

—Que debería haberlo dejado caer, sin duda. Mi padre tiene poca paciencia con las criaturas como Edward Kelley.

—Queréis decir con los locos.

—Quiero decir lo que he dicho, Maharal —respondió Matthew, sin alterar la voz.

—El hombre a quien con tanta naturalidad habláis de matar es, por desgracia, la única persona que os puede ayudar a encontrar el libro de vuestra esposa. —El rabino Loew se quedó callado, sopesando sus palabras—. ¿Pero de verdad queréis conocer sus secretos? La vida y la muerte son grandes responsabilidades.

—Teniendo en cuenta lo que soy, no os sorprenderá que esté familiarizado con sus particulares cargas.

La sonrisa de Matthew carecía de humor.

—Es posible. ¿Pero puede vuestra esposa cargar también con ellas? No siempre podréis acompañarla, Gabriel. Aquellos que compartirían su sabiduría con una bruja no lo harán con vos.

—Así que *existe* un hacedor de hechizos que mora en el Barrio Judío —dije—. Me preguntaba si sería así, cuando oí hablar del *golem*.

—Lleva tiempo esperando que lo busquéis. Desgraciadamente, solo consentirá en ver a una bruja como él. Mi amigo teme a la Congregación de Gabriel, y con razón —aseguró el rabino Loew.

—Me gustaría conocerlo, rabino Loew.

Había muy pocos de esos preciados tejedores en el mundo. No podía perder la oportunidad de conocer a aquel.

Matthew se revolvió y una objeción se dispuso a salir de sus labios.

—Es importante, Matthew —señalé, posando la mano sobre su brazo—. Le prometí a Goody Alsop no ignorar esa parte de mí mientras estuviera aquí.

—Uno debería encontrar la plenitud en el matrimonio, Gabriel, pero este no debería ser una prisión para ninguna de las partes —dijo el rabino Loew.

—Esto no tiene nada que ver con nuestro matrimonio ni con el hecho de que seas una bruja —me aseguró mi esposo levantándose, de manera que su ancho armazón llenó la habitación—. Puede ser peligroso para una mujer cristiana ser vista con un hombre judío —dijo Matthew, pero cuando abrí la boca para protestar, negó con la cabeza—. No para ti. Para él. Debes hacer lo que el rabino Loew te diga que hagas. No quiero que ni él ni nadie del Barrio Judío sufra ningún daño, no por nuestra culpa.

—No haré nada que atraiga la atención sobre mi persona... o sobre el rabino Loew —prometí.

—Entonces ve a ver a ese tejedor. Estaré en el Ungelt, esperando.

Matthew rozó con los labios mi mejilla y desapareció antes de que pudiera pensarlo dos veces. El rabino Loew parpadeó.

—Gabriel es sorprendentemente rápido, para ser tan grande —dijo el rabino,

poniéndose en pie—. Me recuerda al tigre del emperador.

—Lo cierto es que los gatos tratan a Matthew como si fuera uno más —dije, mientras pensaba en el gato de Sarah, Tabitha.

—La idea de haberos casado con un animal no os angustia. Gabriel es afortunado en su elección de esposa.

El rabino Loew recogió una toga negra y avisó al sirviente de que nos íbamos.

Partimos en una dirección diferente, supuestamente, aunque no podía estar segura dado que toda mi atención se centraba en las calles recién pavimentadas: las primeras que había visto desde que había llegado al pasado. Le pregunté al rabino Loew quién les había proporcionado un bien tan inusual.

—*Herr* Maisel las ha pagado, junto con unos baños para las mujeres. Ayuda al emperador con algunos asuntillos financieros, como su guerra santa contra los turcos.

El rabino Loew esquivó un charco. Fue entonces cuando vi el anillo de oro cosido a la tela, sobre su corazón.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando con la cabeza la insignia.

—Advierte a los cristianos desprevenidos de que soy judío —respondió el rabino Loew con ironía—. Hace tiempo que creo que incluso los más necios acabarían descubriéndolo, con o sin insignia. Pero las autoridades insisten en que no debe quedar lugar a dudas —dijo el hombre, en voz más baja—. Además, es mucho más deseable que el gorro que obligaron a llevar en su día a los judíos. Amarillo fuerte y con la forma de una pieza de ajedrez. Intentad ignorar eso en el mercado.

—Eso es lo que los humanos nos harían a Matthew y a mí si supieran que vivimos entre ellos —comenté, con un escalofrío—. A veces es mejor esconderse.

—¿Es eso lo que hace la Congregación de Gabriel? ¿Ocultaros?

—Si es así, están haciendo un trabajo mediocre —dije, riéndome—. *Frau* Huber cree que hay un hombre lobo rondando por el Foso de los Venados. Vuestros vecinos de Praga piensan que Edward Kelley puede volar. Los humanos están cazando brujas en Alemania y Escocia. E Isabel de Inglaterra y Rodolfo de Austria lo saben todo de nosotros. Supongo que deberíamos estar agradecidos de que algunos reyes y reinas nos toleren.

—La tolerancia no siempre es suficiente. Los judíos son tolerados en Praga, por el momento, pero la situación puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces nos encontraríamos de repente en el campo, muriéndonos de hambre sobre la nieve.

El rabino Loew giró en un estrecho callejón y entró en una casa idéntica a la mayoría de las otras casas de la mayoría de los otros callejones por los que habíamos pasado. En el interior, había dos hombres sentados a una mesa llena de instrumentos matemáticos, libros, velas y papeles.

—¡La astronomía nos proporcionará puntos en común con los cristianos! —exclamó uno de los hombres en alemán, mientras empujaba un pedazo de papel hacia su compañero. Tenía unos cincuenta años, una espesa barba gris y un hueso frontal tan prominente que le protegía los ojos. Sus hombros mostraban la curvatura crónica típica de la mayoría de los eruditos.

—¡Basta, David! —estalló el otro—. Puede que los puntos en común no sean la tierra prometida que esperamos.

—Abraham, esta dama desea hablar contigo —dijo el rabino Loew, interrumpiendo el debate.

—Todas las mujeres de Praga desean conocer a Abraham —dicho lo cual David, el erudito, se levantó—. ¿La hija de quién requiere un hechizo de amor, esta vez?

—No es su padre quien debería interesarte, sino su marido. Esta es *frau* Roydon, la esposa del inglés.

—¿A la que el emperador llama «la diosa»? —preguntó David, antes de echarse a reír y propinarle una palmada en el hombro a Abraham—. Tu suerte ha cambiado, amigo mío. Estás atrapado entre un rey, una diosa y un *nachzehrer*.

Mi limitado alemán sugería que aquella palabra desconocida significaba «devorador de muertos».

Abraham dijo alguna grosería en hebreo, si la expresión de reproche del rabino Loew servía de indicativo, y dio media vuelta para mirarme a la cara, finalmente. El brujo inspeccionó a la bruja y viceversa, pero ninguno de los dos fue capaz de sostener la mirada demasiado tiempo. Yo me volví con un respingo y él hizo un gesto de dolor y presionó los párpados con los dedos. Toda la piel me hormigueaba, no solo donde sus ojos se habían posado. Y el aire entre nosotros era una masa de diferentes tonos brillantes.

—¿Es a quien estabas esperando, Abraham ben Elijah? —preguntó el rabino Loew.

—Lo es —respondió Abraham, antes de alejarse de mí y poner los puños sobre la mesa—. Aunque mis sueños no me dijeron que era la esposa de un *alukah*.

—¿*Alukah*?

Miré al rabino Loew en busca de una explicación. Si la palabra era alemana, no lograba descifrarla.

—Sanguijuela. Es como los judíos llaman a las criaturas como vuestro marido —respondió—. Por si te interesa, Abraham, Gabriel ha dado el visto bueno a la reunión.

—¿Crees que confío en la palabra del monstruo que juzga a mi pueblo desde su asiento del Qahal mientras hace la vista gorda con aquellos que los asesinan? —gritó Abraham.

Quería alegar que este no era el mismo Gabriel —el mismo Matthew—, pero me mordí la lengua. Algo que yo dijera podría hacer que toda la gente de la sala fuera asesinada dentro de otros seis meses, cuando el Matthew del siglo XVI estuviera de vuelta donde le correspondía.

—No estoy aquí por mi marido ni por la Congregación —dije, dando un paso adelante—. Estoy aquí por mí misma.

—¿Por qué? —reclamó Abraham.

—Porque yo también soy una hacedora de hechizos. Y no quedamos muchos.

—Había más, antes de que el Qahal, la Congregación, concibiera sus reglas —dijo Abraham con tono desafiante—. Dios mediante, viviremos para ver nacer a hijos nuestros con esos dones.

—Hablando de hijos, ¿dónde está vuestro *golem*? —pregunté.

David soltó una carcajada.

—Mamá Abraham. ¿Qué diría tu familia de Chelm?

—¿Diría que me he hecho amigo de un asno sin nada en la cabeza salvo estrellas y vanas fantasías, David Gans! —exclamó Abraham, poniéndose colorado.

Mi dragón escupefuego, que llevaba varios días inquieto, al oír tal algarabía, cobró vida con un rugido. Antes de que pudiera detenerlo, se liberó. El rabino Loew y sus amigos se quedaron boquiabiertos al verlo.

—A veces hace estas cosas. No hay nada de qué preocuparse —les aseguré. Mi tono de voz pasó de justificativo a enérgico mientras reprendía a mi indisciplinado espíritu familiar—. ¡Baja de ahí!

El dragón se aferró con más fuerza a la pared y me chilló. El antiguo yeso no estaba

preparado para la tarea de soportar a una criatura de tres metros de envergadura. Un gran pedazo se desprendió y él trinó, alarmado. Entonces dio un latigazo con la cola hacia un lado y se ancló a la pared adyacente para sentirse más seguro. El animal ululó, triunfante.

—Si no dejas de hacer eso, voy a tener que permitir que Gallowglass te ponga un nombre verdaderamente diabólico —murmuré—. ¿Alguien ve la correa? Es como una cadena de malla —dije. Empecé a buscar por el rodapié y la encontré detrás del cesto de las astillas, todavía conectada a mí—. ¿Podría alguien sujetar la cuerda un minuto, mientras la controlo?

Me di la vuelta, con las manos llenas de eslabones traslúcidos. Los hombres habían desaparecido.

—Típico —murmuré—. Tres hombres hechos y derechos y una mujer, y adivina quién se queda tirada con el dragón.

Se oyeron unos pasos pesados caminando ruidosamente sobre el suelo de madera. Incliné el cuerpo para poder ver más allá de la puerta. Una pequeña criatura rojiza que llevaba puesta ropa oscura y un gorro negro sobre la cabeza calva miraba fijamente a mi dragón.

—No, Yosef.

Abraham se interpuso entre la criatura y yo con las manos levantadas, como si fuera a intentar razonar con aquella cosa. Pero el *golem* —dado que aquella debía de ser la legendaria criatura creada del barro del Moldava y animada mediante un hechizo— continuaba avanzando en dirección al dragón.

—Yosef está fascinado con el dragón de la bruja —dijo David.

—Creo que el *golem* comparte el gusto de su hacedor por las muchachas guapas —dijo el rabino Loew—. Por lo que he leído, al parecer el espíritu familiar de un brujo a menudo posee ciertas características de su creador.

—¿El *golem* es el espíritu familiar de Abraham? —pregunté, sorprendida.

—Sí. No apareció cuando hice el primer hechizo. Estaba empezando a pensar que no tenía.

Abraham le hacía gestos con las manos a Yosef, pero el *golem* observaba sin parpadear al dragón, que estaba despatarrado contra la pared. Como si supiera que tenía un admirador, el dragón extendió las alas para que las membranas reflejaran la luz.

Yo levanté la cadena.

—¿No venía con algo así?

—Parece que a *vos* la cadena no os está ayudando mucho —observó Abraham.

—¡Tengo que aprender! —repliqué, indignada—. El dragón apareció cuando tejí mi primer hechizo. ¿Cómo hicisteis a Yosef?

Abraham sacó un rudimentario manojito de cuerdas del bolsillo.

—Con cuerdas como estas.

—Yo también tengo cordones.

Busqué los torzales en la cartera que llevaba oculta en el bolsillo de la falda.

—¿Los colores os ayudan a diferenciar las hebras del mundo y a usarlas de forma más efectiva?

Abraham avanzó hacia mí, interesado en aquella variante de tejido.

—Sí. Cada color tiene un significado. Al hacer un nuevo hechizo uso los cordones para centrarme en una cuestión en concreto —le expliqué. Luego miré al *golem*, confusa. Seguía observando al dragón—. ¿Pero cómo convertisteis los hilos en una criatura?

—Una mujer acudió a mí para pedirme un nuevo hechizo que la ayudara a concebir.

Empecé a hacer nudos en la cuerda, mientras consideraba su petición, y acabé construyendo algo que se parecía al esqueleto de un hombre.

Abraham fue hacia el escritorio, cogió un trozo de papel de David y, a pesar de las protestas de su amigo, hizo un boceto de lo que quería decir.

—Parece un títere —dije, observando el dibujo. Había nueve nudos conectados por líneas rectas de cuerda: un nudo para la cabeza, uno para el corazón, dos para las manos, otro para la pelvis, dos más para las rodillas y, finalmente, otro par para los pies.

—Mezclé arcilla con un poco de mi propia sangre y la puse sobre la cuerda como si fuera carne. A la mañana siguiente, Yosef estaba sentado al lado de la chimenea.

—Disteis vida a la arcilla —dije, mientras observaba al embelesado *golem*.
Abraham asintió.

—Lleva en la boca un hechizo con el nombre secreto de Dios. Mientras este permanezca ahí, Yosef caminará y obedecerá mis instrucciones. La mayoría de las veces.

—Yosef es incapaz de tomar sus propias decisiones —explicó el rabino Loew—. Insuflar vida a la arcilla y la sangre no hace que la criatura tenga alma, después de todo. Por eso Abraham no puede perder de vista al *golem*, por temor a que Yosef haga alguna diablura.

—Olvidé quitarle el hechizo de la boca un domingo, en la hora del rezo —confesó Abraham tímidamente—. Sin nadie que le dijera qué hacer, Yosef se alejó del Barrio Judío y asustó a nuestros vecinos cristianos. Ahora los judíos creen que la intención de Yosef es protegernos.

—El trabajo de una madre no termina nunca —murmuré, con una sonrisa—.
Hablando de eso...

Mi dragón escufofuego se había quedado dormido y roncaba suavemente, con la mejilla apoyada sobre el enlucido. Con cuidado, para no enfadarlo, tiré de la cadena hasta que se soltó de la pared. Sacudió las alas con somnolencia, se volvió tan transparente como el humo y se disolvió lentamente en la nada mientras mi cuerpo volvía a absorberlo.

—Ojalá Yosef pudiera hacer eso —dijo Abraham con envidia.

—¡Y ojalá yo pudiera hacer que se estuviera quieto quitándole un trozo de papel de debajo de la lengua! —repliqué.

Segundos después, noté una sensación heladora en la espalda.

—¿Quién es esa? —preguntó una voz grave.

El recién llegado no era corpulento ni intimidaba físicamente, aunque era un vampiro. Tenía unos ojos azul oscuro enmarcados por un rostro alargado y pálido que se encontraba bajo una cabellera negra. Había algo autoritario en la mirada que me dirigió e, instintivamente, di un paso atrás para alejarme de él.

—No es de vuestra incumbencia, *herr Fuchs* —respondió Abraham en tono cortante.

—No es necesario ser maleducado, Abraham —replicó el rabino Loew, antes de concentrarse en el vampiro—. Esta es *frau Roydon*, *herr Fuchs*. Ha venido de Malá Strana para visitar el Barrio Judío.

El vampiro clavó los ojos en mí y las ventanas de su nariz se dilataron como las de Matthew cuando captaba un nuevo olor. Cerró los párpados. Yo di otro paso atrás.

—¿Por qué estáis aquí, *herr Fuchs*? Os dije que me reuniría con vos delante de la sinagoga —dijo Abraham, claramente nervioso.

—Llegabais tarde —respondió *herr Fuchs*. Luego, de repente, abrió aquellos ojos azules y me sonrió—. Pero ahora que sé por qué os entretuvisteis, ya no me importa.

—*Herr Fuchs* ha venido de visita desde Polonia, donde él y Abraham se conocieron —dijo el rabino Loew, para acabar con las presentaciones.

Alguien en la calle gritó un saludo.

—Aquí está *herr Maisel* —dijo Abraham. Aparentemente se sintió tan aliviado como yo.

Herr Maisel, proveedor de calles pavimentadas y cumplidor de presupuestos de defensa imperial, transmitía su prosperidad por medio de su traje de lana de corte impecable, su capa con ribetes de piel y el círculo amarillo chillón que anunciaba que era judío. Eso último iba sujeto a la capa con hilo dorado, lo que hacía que pareciera más la insignia de un noble que una marca diferenciadora.

—Estáis aquí, *herr Fuchs* —dijo *herr Maisel*, y le tendió un saquito al vampiro—. Tengo vuestra joya.

Maisel se inclinó ante el rabino Loew y ante mí.

—Señora Roydon.

El vampiro cogió la bolsita y extrajo una gruesa cadena con un colgante. No podía ver bien el diseño, aunque el barniz rojo y verde era liso. El vampiro mostró la dentadura.

—Gracias, *herr Maisel* —dijo *Fuchs* levantando la joya. Los colores se iluminaron con la luz—. La cadena simboliza mi juramento de dar muerte a los dragones, no importa dónde se encuentren. Echaba de menos llevarlo puesto. La ciudad está llena de peligrosas criaturas, hoy en día.

Herr Maisel resopló.

—No más de lo normal. E ignorad la política ciudadana, *herr Fuchs*. Será mejor para todos nosotros si lo hacéis. ¿Estáis lista para reuniros con vuestro marido, *frau Roydon*? No es precisamente el más paciente de los hombres.

—*Herr Maisel* os devolverá sana y salva al Ungelt —prometió el rabino Loew, antes de dirigir una prolongada mirada a *herr Fuchs*—. Acompaña a Diana a la calle, Abraham. Vos os quedaréis conmigo, *herr Fuchs*, para hablarme de Polonia.

—Gracias, rabino Loew.

Hice una genuflexión de agradecimiento.

—Ha sido un placer, *frau Roydon* —respondió el rabino Loew. Entonces se quedó callado unos instantes—. Y, si disponéis de tiempo, podríais reflexionar sobre lo que os he dicho antes. Ninguno de nosotros podemos escondernos eternamente.

—No.

Teniendo en cuenta los horrores que los judíos de Praga verían a lo largo de los próximos siglos, deseé que estuviera equivocado. Tras asentir por última vez hacia *herr Fuchs*, abandoné la habitación con *herr Maisel* y Abraham.

—Un momento, *herr Maisel* —dijo Abraham cuando estuvimos fuera del alcance del oído de la casa.

—Rápido, Abraham —le azuzó *herr Maisel*, mientras retrocedía unos cuantos pasos.

—Tengo entendido que estáis buscando algo en Praga, *frau Roydon*. Un libro.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunté, y sentí un zumbido de alarma.

—La mayoría de los brujos de la ciudad lo saben, pero yo puedo ver cómo estáis conectada con él. El libro está vigilado muy de cerca y la fuerza no os servirá para liberarlo —aseguró Abraham con seriedad—. Este debe acudir a vos o lo perderéis para siempre.

—Es un libro, Abraham. A menos que le salgan piernas, vamos a tener que entrar en el palacio de Rodolfo y cogerlo.

—Sé lo que veo —replicó Abraham, reiterativo—. El libro acudirá a vos solo con que se lo pidáis. No lo olvidéis.

—No lo haré —prometí. *Herr Maisel* miraba deliberadamente en nuestra dirección—. Tengo que irme. Gracias por recibirme y presentarme a Yosef.

—Que Dios os guarde, Diana Roydon —dijo Abraham solemnemente, con expresión seria.

Herr Maisel me escoltó durante la corta distancia que había del Barrio Judío a la Ciudad Vieja. Su espaciosa plaza estaba atestada de gente. Las dos torres de Nuestra Señora del Tyn^[III] se erigían a nuestra izquierda, mientras el perfil imperturbable del ayuntamiento se agazapaba a la derecha.

—Si no tuviéramos que reunirnos con *herr Roydon*, nos detendríamos para ver cómo da la hora el reloj —dijo *herr Maisel*, excusándose—. Debéis pedirle que os lleve por delante de él de camino al puente. Todo aquel que visite Praga debería verlo.

En el Ungelt, donde los comerciantes extranjeros negociaban bajo la atenta mirada del agente de aduanas, los mercaderes miraron a *Maisel* con abierta hostilidad.

—Aquí está vuestra esposa, *herr Roydon*. Me he asegurado de llevarla por delante de las mejores tiendas mientras veníamos de camino para reunirnos con vos. No tendrá problemas para encontrar al mejor artesano de Praga que satisfaga sus necesidades y las de vuestro hogar.

Maisel sonrió a *Matthew*.

—Gracias, *herr Maisel*. Os estoy agradecido por vuestra ayuda y me aseguraré de poner vuestra amabilidad en conocimiento de Su Majestad.

—Es mi trabajo, *herr Roydon*, velar por la prosperidad de los hombres de Su Majestad. Y ha sido un placer también, desde luego. Me he tomado la libertad de alquilar caballos para vuestro regreso. Os están esperando al lado de la torre del reloj.

Maisel se tocó un lado de la nariz y guiñó un ojo con aire conspirador.

—Pensáis en todo, *herr Maisel* —susurró *Matthew*.

—Alguien tiene que hacerlo, *herr Roydon* —respondió *Maisel*.

De vuelta en los Tres Cuervos, todavía me estaba quitando la capa cuando un niño de ocho años y una fregona voladora estuvieron a punto de derribarme. La fregona estaba adosada a una lengua de un vivo color rosa y a una fría nariz negra.

—¿Qué es esto? —bramó *Matthew*, mientras me sujetaba para que pudiera encontrar el palo de la fregona.

—Se llama *Lobero*⁹. *Gallowglass* dice que crecerá hasta convertirse en una gran bestia y que tal vez consiga una montura adaptada a él para usar como correa. A *Annie* también le encanta. Dice que dormirá con ella, pero yo creo que deberíamos compartirlo. ¿Qué os parece? —preguntó *Jack*, bailando de emoción.

—Esa diminuta bola de greñas venía con una nota —dijo *Gallowglass*. Se alejó del marco de la puerta y caminó hacia *Matthew* para entregársela.

—¿Es necesario que pregunte quién ha enviado la criatura? —dijo *Matthew*, arrancándole la carta de las manos.

—Oh, no lo creo —dijo *Gallowglass*, entornando los ojos—. ¿Ha ocurrido algo mientras estabas fuera, tía? Pareces rendida.

—Solo estoy cansada —repliqué con un despreocupado movimiento de la mano. Las greñas tenían dientes además de lengua, y me mordieron los dedos cuando pasaron por delante de su boca, todavía sin descubrir—. ¡Ay!

—Esto tiene que parar.

Matthew arrugó el papel entre los dedos y lo tiró al suelo. Las greñas saltaron sobre él con un ladrido de alegría.

—¿Qué decía la nota?

Estaba bastante segura de que sabía quién había enviado el cachorro.

—«*Ich bin Lobero. Ich will euch aus den Schatten der Nacht zu schützen*» —dijo Matthew, inexpresivamente.

Emití un sonido de impaciencia.

—¿Por qué sigue escribiéndome en alemán? Rodolfo sabe que me cuesta entenderlo.

—Su Majestad se deleita al saber que yo tendré que traducir sus demostraciones de amor.

—Oh —respondí, y me quedé callada—. ¿Y qué quiere decir?

—«Soy Lobero. Os protegeré de la sombra de la noche».

—¿Y qué significa «Lobero»? —Una vez, hacía muchas lunas, Ysabeau me había enseñado que los nombres eran importantes.

—Significa «cazador de lobos» en español, tía —dijo Gallowglass, y cogió la bola de greñas—. Esta menudencia es un perro guardián húngaro. Lobero crecerá tanto que será capaz de derribar a un oso. Son feroces protectores..., y nocturnos.

—¡Un oso! Cuando nos lo llevemos a Londres, le ataré una cinta alrededor del cuello y me lo llevaré a las peleas de osos para que pueda aprender a luchar —dijo Jack con desbordante alegría infantil—. *Lobero* es un nombre muy valiente, ¿no creéis? El señor Shakespeare querrá usarlo en su siguiente obra —aseguró Jack, mientras se retorció los dedos mirando hacia el cachorro. Gallowglass depositó solícitamente la serpenteante mata de pelo blanco en los brazos del niño—. ¡Annie! ¡Yo seré el siguiente en alimentar a Lobero!

Jack salió disparado escaleras arriba, sujetando al perro con una fuerza brutal.

—¿Me los llevo unas horas? —preguntó Gallowglass, tras observar detenidamente el tormentoso rostro de Matthew.

—¿La casa de Baldwin está vacía?

—No hay inquilinos en ella, si te refieres a eso.

—Llévatelos a todos.

Matthew me quitó la capa de los hombros.

—¿Incluido Lobero?

—Especialmente a Lobero.

Jack parloteó como una urraca durante la cena, se peleó con Annie y se las arregló para desviar una buena cantidad de comida hacia Lobero por medio de una serie de métodos ocultos. Entre el perro y el niño, casi fue posible ignorar el hecho de que Matthew estaba reconsiderando los planes nocturnos. Por otra parte, él era un animal de manada y en parte disfrutaba al tener que cuidar de tantas vidas. Sin embargo, también era un depredador y tenía la inquietante sensación de que yo sería la presa de aquella noche. El depredador ganó. Ni a Tereza ni a Karolina les permitieron quedarse.

—¿Por qué los has echado a todos?

Estábamos todavía al lado del fuego de la habitación principal de la casa, en el primer piso, donde los reconfortantes aromas de la cena continuaban llenando el aire.

—¿Qué ha sucedido esta tarde? —preguntó.

—Primero responde a mi pregunta.

—No me presiones. Esta noche no —me advirtió Matthew.

—¿Crees que *yo* he tenido un día fácil?

El aire que había entre nosotros chisporroteaba con hebras azules y negras. El aspecto era siniestro y la sensación, peor aún.

—No —respondió Matthew, deslizándose la silla hacia atrás—. Pero me estás ocultando algo, Diana. ¿Qué ha sucedido con el brujo?

Me quedé mirándolo fijamente.

—Estoy esperando.

—Puedes esperar hasta que el infierno se congele, Matthew, porque yo no soy tu sirvienta. Te he hecho una pregunta.

Los hilos se volvieron de color púrpura y empezaron a retorcerse y a deformarse.

—Los he echado para que no pudieran ser testigos de esta conversación. Ahora dime, ¿qué ha pasado?

El olor a clavo era asfixiante.

—He conocido al *golem*. Y a su creador, un tejedor judío llamado Abraham. Él también tiene el poder de la animación.

—Te he dicho que no me gusta que juegues con la vida y la muerte.

Matthew se sirvió más vino.

—Tú juegas con ellas constantemente y acepto que forma parte de lo que eres. Vas a tener que aceptar que también forma parte de mí.

—Y ese tal Abraham ¿quién es? —preguntó mi marido.

—Por Dios, Matthew. No puedes estar celoso porque haya conocido a otro tejedor.

—¿Celoso? Hace tiempo que he superado ese sentimiento propio de los sangre caliente —aseguró, antes de beber un trago de vino.

—¿Por qué esta tarde es diferente a cualquier otro día que pasamos separados mientras estás trabajando para la Congregación y para tu padre?

—Es diferente porque puedo oler a cada una de las personas con las que has estado hoy en contacto. Ya es suficientemente malo que siempre lleves contigo el olor de Annie y Jack. Gallowglass y Pierre intentan no tocarte, pero no pueden evitarlo: pasan demasiado tiempo a tu lado. A ello hay que añadir los olores del Maharal y *herr* Maisel y de, al menos, otros dos hombres. El único aroma que soporto mezclado con el tuyo es el mío propio, pero no puedo tenerte en una jaula y por eso intento sobrellevarlo lo mejor que puedo.

Matthew posó la copa y se puso en pie para intentar poner cierta distancia entre ambos.

—Eso me suena a celos.

—Pues no lo son. Los celos podría controlarlos —dijo, furioso—. Lo que siento ahora, esta lacerante sensación de pérdida y rabia porque no puedo obtener una impresión clara de *ti* en el caos de nuestra vida, me resulta incontrolable.

Tenía las pupilas dilatadas, cada vez más.

—Eso es porque eres un vampiro. Eres posesivo. Así eres tú —dije inexpresivamente, acercándome a él a pesar de su rabia—. Y yo soy una bruja. Prometiste aceptarme como soy: luz y oscuridad, mujer y bruja, una persona independiente además de tu esposa.

¿Y si había cambiado de parecer? ¿Y si no estaba dispuesto a tener ese tipo de incertidumbre en su vida?

—Y te acepto.

Matthew extendió un dedo dulcemente y me tocó la mejilla.

—No, Matthew. Me toleras, porque crees que un día conseguiré someter mi magia.

El rabino Loew me ha advertido de que la tolerancia puede ser revocada y hacer que te encuentres fuera, a la intemperie. Mi magia no es algo que tenga que controlar. Soy yo. Y no voy a esconderme de ti. El amor no es eso.

—De acuerdo. Nada de esconderse.

—Bien.

Suspiré aliviada, pero me duró poco.

Matthew me levantó de la silla y me puso contra la pared en un limpio movimiento, presionando con su muslo entre los míos. Me soltó un rizo de manera que me colgara por el cuello y sobre el pecho. Sin liberarme, inclinó la cabeza y apretó los labios contra el extremo de mi corpiño. Me estremecí. Hacía algún tiempo que no me besaba allí y nuestra vida sexual era prácticamente inexistente desde el aborto. Los labios de Matthew me rozaron la mandíbula y las venas del cuello.

Lo agarré por el pelo y le aparté la cabeza.

—No lo hagas. A menos que tengas pensado acabar lo que has empezado. Ya tengo suficientes líos y besos de arrepentimiento para toda una vida.

Con unos cuantos movimientos de vampiro cegadoramente rápidos, Matthew aflojó los cordones de sus bombachos, me levantó la falda alrededor de la cintura y se hundió en mí. No era la primera vez que alguien me tomaba contra la pared para intentar olvidar sus problemas durante unos preciosos instantes. En varias ocasiones, incluso yo había sido la agresora.

—Esto es entre tú y yo, nada más. Nada de niños. Ni del maldito libro. Ni del emperador y sus regalos. Esta noche los únicos olores en esta casa serán los nuestros.

Las manos de Matthew me apretaron las nalgas y sus dedos fueron lo único que impidió que me magullara mientras sus empujones empujaban mi cuerpo contra la pared. Envolví las manos en el cuello de su camisa y atraje su cara hacia la mía, ávida de su sabor. Pero Matthew no estaba por la labor de dejarme controlar los besos más que el acto sexual. Sus labios se comportaban con dureza y exigencia y, cuando persistí en mis intentos de llegar a la mano de arriba, me dio un mordisquillo de advertencia en el labio inferior.

—Dios mío —dije sin aliento mientras su ritmo constante hacía que mi excitación se precipitara hacia la liberación—. Oh...

—Esta noche no pienso compartirte ni con Él.

Matthew ahogó el resto de mi exclamación con un beso. Una de sus manos continuaba agarrándome el trasero y la otra estaba hundida entre mis piernas.

—¿Quién es el dueño de tu corazón, Diana? —preguntó Matthew, mientras con un golpe de pulgar amenazaba con llevarme más allá de los límites de la cordura. Se movió y volvió a moverse. Esperó la respuesta—. Dilo —gruñó.

—Ya sabes la respuesta —dije—. Tú eres el dueño de mi corazón.

—Solo yo —dijo, mientras se movía otra vez de manera que la tensión acumulada entre los dos finalmente se liberó.

—Solo... tú... para siempre —jadeé, mientras mis piernas se agitaban alrededor de sus caderas. Deslicé los pies hasta el suelo.

Matthew respiraba con fuerza, presionando la frente contra la mía. Vi en sus ojos el brillo fugaz de la culpa, mientras me bajaba las sayas. Me besó con dulzura, casi con castidad.

El acto sexual, no importaba lo intenso que fuera, no había satisfecho lo que estuviera llevando a Matthew a continuar poseyéndome a pesar del hecho de que yo era indiscutiblemente suya. Estaba empezando a preocuparme que nada pudiera hacerlo.

Mi frustración se desbordó y tomó la forma de un violento golpe de aire que lo alejó de mí hacia la pared de enfrente. Los ojos de Matthew se volvieron negros por el cambio de posición.

—¿Y a ti qué te ha parecido, amor mío? —pregunté en voz baja. Matthew puso cara de sorpresa. Chasquéé los dedos para hacer que el aire lo liberara. Flexionó los músculos mientras recuperaba la movilidad. Abrió la boca para hablar—. Ni se te ocurra disculparte —dije con ferocidad—. Si me hubieras tocado de forma que no me gustara, habría dicho que no. —La boca de Matthew se tensó—. No puedo dejar de pensar en tu amigo Giordano Bruno: «El deseo me impulsa, así como el miedo me refrena». No temo tu poder, tu fuerza, ni ninguna otra cosa. ¿Qué es lo que te da miedo de mí, Matthew?

Unos labios pesarosos acariciaron los míos. Aquello, junto con el susurro de la brisa contra las faldas, me hizo saber que había decidido huir en lugar de responder.

Capítulo 30

EL señor Habermel ha pasado por aquí. Tu compendio está sobre la mesa.

Matthew no levantó la vista de los planos del castillo de Praga que había conseguido de manos de los arquitectos del emperador, no se sabía cómo. En los últimos días me había estado rehuyendo y había canalizado su energía hacia la investigación de los secretos de la guardia del palacio para poder abrir una brecha en la seguridad de Rodolfo. A pesar del consejo de Abraham, que yo le había comunicado debidamente, Matthew prefería una estrategia proactiva. Quería que nos fuéramos de Praga. Ya.

Me acerqué a su lado y él levantó la vista y me miró con ojos inquietos y ávidos.

—Solo es un regalo —dije, posando los guantes y besándolo intensamente—. Mi corazón es tuyo, ¿lo recuerdas?

—No es solo un regalo. Venía acompañado de una invitación para ir de caza mañana —replicó Matthew, envolviéndome las caderas con las manos—. Gallowglass me ha informado de que la aceptaremos. Ha encontrado una forma de entrar en los aposentos reales seduciendo a alguna pobre doncella para que le muestre la colección de pinturas eróticas de Rodolfo. La guardia real estará de caza con nosotros o echando la siesta. Gallowglass cree que es la mejor oportunidad que vamos a tener de buscar el libro.

Le eché un vistazo al escritorio de Matthew, donde había otro pequeño paquete.

—¿También sabes qué es eso?

Él asintió, alargó la mano y lo cogió.

—Siempre estás recibiendo regalos de otros hombres. Este es mío. Extiende la mano.

Intrigada, hice lo que me pedía.

Me puso algo redondo y suave sobre la palma de la mano. Era del tamaño de un huevo pequeño.

Un torrente de metal frío y pesado recorrió el misterioso huevo mientras diminutas salamandras me llenaban la mano. Estaban hechas de plata y oro y tenían diamantes incrustados en la espalda. Levanté una de las criaturas y surgió una cadena hecha enteramente de salamandras emparejadas, unidas por la cabeza a la altura de la boca y con las colas entrelazadas. Y aún más: acurrucado en la palma de mi mano había un rubí. Un rubí muy grande y muy rojo.

—¡Es precioso! —exclamé, levantando la vista hacia Matthew—. ¿Cuándo has tenido tiempo de comprar esto?

No era el tipo de cadena que los orfebres guardaran para los clientes que pasaban por allí.

—Hace tiempo que lo tengo —confesó Matthew—. Mi padre me lo envió junto con el retablo. No estaba seguro de que te fuera a gustar.

—Claro que me gusta. Las salamandras son alquímicas, ¿sabes? —dije, antes de volver a besarlo—. Además, ¿qué mujer se opondría a sesenta centímetros de salamandras de plata, oro y diamantes y a un rubí lo suficientemente grande como para llenar una huevera?

—Estas salamandras en concreto fueron un regalo del rey cuando regresé a Francia a finales de 1541. El rey Francisco eligió las salamandras en llamas como emblema y su lema era: «Yo nutro y extingo». —Matthew se echó a reír—. A Kit le gustaba tanto el

concepto que lo adaptó para uso propio: «Lo que me nutre, me destruye».

—Definitivamente, Kit es un daimón de los que ven el vaso medio vacío —dije, uniéndome a su carcajada. Toqué con el dedo una de las salamandras y esta captó la luz de las velas. Empecé a hablar, pero me interrumpí.

—¿Qué? —dijo Matthew.

—¿Le has regalado esto a alguien... antes?

Después de lo de la otra noche, aquella repentina inseguridad por mi parte resultaba embarazosa.

—No —dijo Matthew, al tiempo que me agarraba la mano y el tesoro que esta guardaba entre las suyas.

—Lo siento. Es ridículo, lo sé, sobre todo teniendo en cuenta el comportamiento de Rodolfo. Preferiría no tener que preguntármelo, eso es todo. Si me das algo que alguna vez entregaste a una antigua amante, simplemente dímelo.

—Nunca te daría nada que hubiera dado antes a otra persona, *mon coeur* —aseguró Matthew, mientras esperaba a que lo mirara a los ojos—. Tu dragón me recordó el regalo de Francisco, así que le pedí a mi padre que lo recuperara para sacarlo de su escondrijo. Solo lo usé una vez. Desde entonces, ha estado metido en una caja.

—No es exactamente para poner a diario —dije, intentando reírme. Pero no funcionó en absoluto—. No sé qué me pasa.

Matthew me hizo descender hacia él para darme un beso.

—Mi corazón no te pertenece en menor medida en que el tuyo me pertenece a mí. Nunca lo dudes.

—No lo haré.

—Bien. Porque Rodolfo está haciendo todo lo posible para desgastarnos. Tenemos que mantener la cabeza fría. Y salir de Praga como almas que lleva el diablo.

Las palabras de Matthew regresaron para obsesionarme la tarde siguiente, cuando nos unimos a los acompañantes más cercanos de Rodolfo en la corte para una tarde de deporte. El plan era cabalgar hasta el pabellón de caza del emperador en Monte Blanco para cazar ciervos, pero unos cielos intensamente grises hicieron que nos quedáramos más cerca del palacio. Era la segunda semana de abril, pero la primavera llegaba lentamente a Praga y todavía era posible que nevara.

Rodolfo llamó a Matthew a su lado, dejándome a merced de las mujeres de la corte. Eran descaradamente curiosas y no tenían ni idea de qué hacer conmigo.

El emperador y sus acompañantes bebían sin reservas el vino que los sirvientes les pasaban. Dada la alta velocidad de la inminente persecución, deseé que hubiera normas sobre beber y montar. Aunque no era que tuviese mucho de qué preocuparme, en el caso de Matthew. Por un lado, se estaba comportando casi como un abstemio. Además, había pocas posibilidades de que se muriera, aunque su caballo se empostrara contra un árbol.

Llegaron dos hombres con un largo poste sobre los hombros para proporcionar una percha para la espléndida variedad de halcones que derribarían esa tarde a los pájaros. Dos hombres más los seguían con una sola ave encapuchada que tenía un letal pico curvado y unas piernas llenas de plumas marrones que parecían botas. Era enorme.

—¡Ah! —exclamó Rodolfo, frotándose las manos encantado—. Ahí está mi águila, Augusta. Quería que la diosa la contemplara, aunque no podemos hacerla volar aquí. Necesita más espacio para cazar del que proporciona el Foso de los Venados.

Augusta era un nombre perfecto para una criatura tan orgullosa. El águila medía casi un metro de alto y, aun con la capucha puesta, mantenía la cabeza en una postura altiva.

—Siente que la estamos observando —susurré.

Alguien le tradujo aquello al emperador, que me sonrió con aprobación.

—Una cazadora entiende a otra. Quitadle la capucha. Dejad que Augusta y la diosa se conozcan.

Un marchito anciano de piernas combadas y expresión cautelosa se acercó al águila. Aflojó las cintas de cuero que sujetaban la capucha alrededor de la cabeza de Augusta y, suavemente, dejó al pájaro libre de ella. Las plumas doradas que tenía alrededor del cuello y la cabeza se le alborotaron con la brisa, lo que puso de relieve su textura. Augusta, sintiendo simultáneamente libertad y peligro, extendió las alas en un gesto que podría ser interpretado como la promesa de un vuelo inminente o como una advertencia.

Pero no era a mí a quien Augusta quería conocer. Con un instinto infalible, volvió la cabeza hacia el único depredador del cortejo que era más peligroso que ella. Matthew le devolvió una mirada seria, con los ojos tristes. Augusta chilló en reconocimiento de su compasión.

—No he sacado a Augusta para que entretenga a *herr* Roydon, sino para que conozca a la diosa —refunfuñó Rodolfo.

—Y os agradezco la presentación, Majestad —dije, con intención de captar la taciturna atención del monarca.

—Augusta ha abatido a dos lobos, ¿sabéis? —dijo Rodolfo, mirando a Matthew con mordacidad. Las plumas del emperador estaban mucho más erizadas que las de su preciada ave—. Eran ambos unos malditos luchadores.

—Si yo fuera el lobo, me tumbaría y dejaría que la dama hiciera lo que quisiera —dijo Matthew, perezosamente. Esa tarde iba vestido completamente de cortesano: llevaba un conjunto verde y gris, y el pelo negro escondido bajo un desenfadado sombrero que, aunque le aportaba poca protección contra los elementos, le proporcionaba la oportunidad de mostrar una insignia de plata en la coronilla, el uróboros de los De Clermont, no fuera que Rodolfo olvidara con quién estaba tratando.

El resto de los cortesanos se sonrieron y ahogaron alguna risilla al escuchar tan osado comentario. Rodolfo, después de cerciorarse de que las risas no iban dirigidas a él, se unió.

—Esa es otra de las cosas que tenemos en común, *herr* Roydon —dijo, dándole una palmada en el hombro a Matthew antes de quedarse mirando hacia mí—. Ninguno de los dos tememos a una mujer fuerte.

La tensión se desvaneció, el halconero devolvió a Augusta a la percha con cierto alivio y le preguntó al emperador qué ave le gustaría usar esa tarde para abatir a los urogallos reales. Rodolfo se tomó muy en serio la elección. Una vez que el emperador hubo seleccionado a un enorme halcón gerifalte, los archiduques austríacos y los príncipes alemanes se pelearon por los pájaros sobrantes hasta que quedó un único animal. Era pequeño y temblaba de frío. Matthew extendió la mano para cogerlo.

—Es una hembra —dijo Rodolfo con un bufido, mientras se sentaba en la silla de su cabalgadura—. La he mandado traer para la diosa.

—A pesar de su nombre, a Diana no le gusta cazar. Pero no hay problema. Yo volaré el esmeregón —dijo Matthew. Se enganchó las pihuelas en los dedos, extendió la mano y el pájaro se posó en su muñeca enguantada—. Hola, preciosa —murmuró, mientras

el ave acomodaba las garras. Con cada pasito, los cascabeles tintineaban.

—Se llama Sárka^[III]—susurró el guardabosques con una sonrisa.

—¿Es tan inteligente como su nombre indica? —le preguntó Matthew.

—Más aún —respondió el anciano, con una sonrisa.

Matthew se inclinó hacia el pájaro y sujetó uno de los cordones que sujetaban el capuchón entre los dientes. Tenía la boca tan cerca de la de Sárka y el gesto era tan íntimo que podría confundirse con un beso. Matthew tiró del cordón hacia atrás, después de lo cual le resultó fácil quitarle la capucha con la otra mano y guardarse la venda de cuero repujado en un bolsillo.

Sárka parpadeó cuando el mundo apareció ante ella. Volvió a parpadear mientras me estudiaba a mí y luego al hombre que la sujetaba.

—¿Puedo tocarla?

Había algo irresistible en las suaves capas de plumas marrones y blancas.

—Yo no lo haría. Está hambrienta. No creo que le den lo que le corresponde por justicia de las piezas que consiga —opinó Matthew. Parecía triste de nuevo, incluso melancólico. Sárka emitió unos sonidos suaves, parecidos a una risa, mientras seguía con los ojos clavados en Matthew.

—Le caes bien.

No me sorprendía. Ambos eran cazadores por instinto, los dos tenían grilletes, de modo que no podían sucumbir a la necesidad de dar caza a una presa y matarla.

Recorrimos a caballo un serpenteante sendero que bajaba hacia la garganta del río que, en su momento, había servido de foso al palacio. El torrente había desaparecido y la garganta había sido cercada para impedir que la caza del emperador rondara por la ciudad. Por los terrenos vagaban ciervos rojos, corzos y jabalíes. Y también leones y otros grandes felinos de la colección de animales salvajes de Rodolfo, los días que este decidía cazar las presas con ellos y no con las aves.

Yo esperaba un verdadero caos, pero la caza estaba coreografiada con tanta precisión como cualquier *ballet*. En cuanto Rodolfo liberó a su gerifalte en el aire, los pájaros que había posados en los árboles se alzaron en una nube, levantando el vuelo para evitar convertirse en aperitivo. El gerifalte descendió en picado y sobrevoló la maleza, con el viento silbando entre los cascabeles que llevaba en las patas. Los urogallos, asustados, salieron de sus escondrijos corriendo y aleteando en todas direcciones antes de elevarse en el aire. El gerifalte se ladeó, seleccionó un objetivo, lo acosó para ponerlo en posición y se lanzó como un tiro hacia él para golpearlo con las garras y el pico. El urogallo cayó del cielo y el halcón lo persiguió, implacable, hasta el suelo, donde el ave, asustada y herida, fue finalmente muerta. El guardabosques soltó a los perros y corrió con ellos a través del terreno nevado. Los caballos se lanzaron a la zaga y los gritos de triunfo de los hombres quedaron ahogados por los aullidos de los perros de caza.

Cuando caballos y jinetes llegamos a donde estaban, encontramos al halcón al lado de su presa, con las alas encorvadas para proteger al urogallo de los rivales que pudieran reclamarlo. Matthew había adoptado una postura similar en la biblioteca Bodleiana y noté que posaba los ojos sobre mí para asegurarse de que anduviera cerca.

Ahora que el emperador se había cobrado la primera presa, el resto eran libres de unirse a la cacería. Entre todos cazaron más de cien aves, lo suficiente para alimentar a un buen número de cortesanos. Solo se produjo un altercado. Cómo no, tuvo lugar entre el espléndido gerifalte plateado de Rodolfo y el pequeño esmerejón marrón y blanco de Matthew.

Mi marido se había descolgado del resto de la manada de machos. Soltó su pájaro bastante después que el resto y se lo tomó con calma a la hora de reclamar el urogallo que este había abatido. Aunque ninguno de los otros hombres se había apeado de sus monturas, Matthew lo hizo y persuadió a Sárka para que se alejara de su presa con un susurro y un pedazo de carne sacada de una presa anterior.

En una ocasión, sin embargo, Sárka no logró entrar en contacto con el urogallo al que estaba persiguiendo. Este la esquivó y se interpuso directamente en el camino del gerifalte de Rodolfo. Pero Sárka se negó a ceder. Aunque el gerifalte era mayor, Sárka era más luchadora y más ágil. Para alcanzar a su urogallo, el esmerejón me pasó volando por encima de la cabeza tan cerca que noté el cambio de presión del aire. Era una cosita diminuta, más pequeña incluso que el urogallo y, definitivamente, el ave del emperador la superaba con mucho en talla. El urogallo cobró altura, pero no tenía escapatoria. Sárka cambió de dirección rápidamente y hundió las garras curvadas en su presa. El peso de esta les hizo descender a las dos. El gerifalte, indignado, chillaba de frustración y Rodolfo añadió su propia y enérgica protesta.

—Vuestro pájaro ha interferido con el mío —exclamó Rodolfo, furioso, mientras Matthew espoleaba al caballo para que avanzara con el fin de ir a recoger al esmerejón.

—No es mi pájaro, Majestad —dijo Matthew. Sárka, que se había erizado y había extendido las alas para lograr un aspecto lo mayor y más amenazante posible, emitió un agudo pitido mientras aquel se aproximaba. Matthew murmuró algo que me resultaba vagamente familiar y ciertamente amoroso y las plumas del pájaro se suavizaron—. Sárka os pertenece a vos. Y hoy ha demostrado ser merecedora de ostentar el mismo nombre que la gran guerrera de Bohemia.

Matthew cogió el esmerejón, el urogallo y todo, y lo levantó para que lo vieran los miembros del cortejo. Las pihuelas de Sárka colgaban sueltas y sus cascabeles emitieron un sonido tintineante mientras él la rodeaba. Sin tener muy claro cuál debía ser su reacción, los cortesanos esperaron a que Rodolfo hiciera algo. Pero yo intervine en su lugar.

—¿Se trataba de una guerrera, marido?

Matthew se detuvo en plena rotación y sonrió.

—¿Por qué? Sí, esposa mía. La auténtica Sárka era pequeña y batalladora, al igual que el pájaro del emperador, y sabía que la mayor arma de un guerrero se encontraba entre sus orejas.

Se dio unos golpecitos con los dedos en la cabeza para asegurarse de que todos recibían el mensaje. Rodolfo no solo lo recibió, sino que parecía desconcertado.

—Eso me recuerda mucho a las damas de Malá Strana —dije con sequedad—. ¿Y qué hizo Sárka con su inteligencia? —Antes de que Matthew pudiera responder, una joven desconocida tomó la palabra.

—Sárka abatió a una tropa de soldados —explicó en un latín fluido, aunque con un fuerte acento checo. Un hombre de barba blanca, que supuse que sería su padre, la miró con aprobación y ella se ruborizó.

—¿De verdad? —respondí, interesada—. ¿Cómo?

—Fingiendo que necesitaba ser rescatada e invitando después a los soldados a celebrar su liberación con demasiado vino —dijo, mientras otra mujer mayor que ella y con un pico por nariz que podría rivalizar con el de Augusta resoplaba contrariada—. Los hombres siempre pican.

Solté una carcajada. Para su sorpresa, naturalmente, lo mismo hizo la picuda y aristocrática señora mayor.

—Me temo, emperador, que las damas no permitirán que le echen la culpa a su heroína por los errores de otros.

Matthew buscó la capucha en el bolsillo y, con cuidado, la colocó sobre la orgullosa cabeza de Sárka. Luego se inclinó y apretó los cordones con los dientes. El guardabosques cogió el esmerejón mientras se producía una especie de aplauso de aprobación.

Pasamos a una casa de estilo italiano con el tejado rojo y blanco, que se encontraba en el linde de los terrenos del palacio, para tomar vino y algún refrigerio, aunque yo preferí quedarme en los jardines, donde los narcisos y los tulipanes del emperador estaban floreciendo. Otros miembros de la corte se unieron a nosotros, incluido el avinagrado Strada, el señor Hoefnagel y el fabricante de instrumentos Erasmus Habermel, al que di las gracias por el compendio.

—Lo que necesitamos para acabar con el aburrimiento es una fiesta de primavera, ahora que la Cuaresma ya casi ha finalizado —dijo uno de los cortesanos jóvenes en voz alta—. ¿No os parece, Majestad?

—¿Un baile de disfraces? —Rodolfo le dio un trago al vino y se me quedó mirando—. Si es así, el tema deberá ser Diana y Acteón.

—Ese tema es muy común, Majestad, y bastante inglés —dijo Matthew con tristeza. Rodolfo se ruborizó—. Tal vez deberíamos elegir mejor a Deméter y Perséfone. Es más apropiado para la estación.

—O la historia de Odiseo —sugirió Strada, dirigiéndome una desagradable mirada—. *Frau Roydon* podría hacer de Circe y convertirnos en cochinitos.

—Muy interesante, Ottavio —dijo Rodolfo, dando unos golpecitos con el dedo índice sobre su carnoso labio inferior—. Me divertiría hacer de Odiseo.

«No lo verán tus ojos», pensé. No con la ineludible escena de la cama y Odiseo haciéndole prometer a Circe que no tomaría su hombría a la fuerza.

—Si se me permite proponer una sugerencia... —dije, deseando evitar el desastre.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Rodolfo con seriedad, mientras me tomaba la mano y la acariciaba con ansia.

—La historia que yo tengo en mente requiere que alguien haga el papel de Zeus, dios de dioses —le dije al emperador, mientras retiraba la mano con suavidad.

—Yo podría ser un Zeus convincente —aseguró entusiasmado, con una sonrisa que le iluminó el rostro—. ¿Haréis vos de Calisto? —«Ni soñarlo». No iba a permitir que Rodolfo fingiera hacerme daño y dejarme embarazada.

—No, Majestad. Si insistís en que participe en el entretenimiento, haré de diosa de la luna —dije, deslizando la mano en la doblez del brazo de Matthew—. Y, para compensar su anterior comentario, Matthew hará de Endimión.

—¿De Endimión?

La sonrisa de Rodolfo flaqueó.

—Pobre Rodolfo. Burlado una vez más —susurró Matthew solo para mis oídos—. Endimión, Majestad —dijo, esta vez en voz bien alta—, el hermoso joven que cae en un sueño eterno para conservar la inmortalidad y la castidad de Diana.

—¿Conozco la leyenda, *herr Roydon*! —le advirtió Rodolfo.

—Mis disculpas, Majestad —repuso Matthew, con una elegante aunque superficial reverencia—. Diana estará espléndida, llegando en su cuadriga para observar con nostalgia al hombre al que ama.

Llegados a ese punto, Rodolfo ya estaba imperialmente púrpura. Nos pidió que nos retiráramos de su real presencia con un gesto de la mano y abandonamos el palacio para

recorrer la breve distancia colina abajo hasta los Tres Cuervos.

—Solo tengo una petición —dijo Matthew, mientras entrábamos por la puerta principal—. Puede que sea un vampiro, pero abril es un mes frío en Praga. Por deferencia a la temperatura, los trajes que diseñes para hacer de Diana y Endimión deberán ser más sustanciosos que una media luna para el cabello en tu caso y un paño de cocina para cubrirme las caderas.

—¡Te acabo de dar el papel y ya vienes con exigencias artísticas! —exclamé, levantando la mano con fingida indignación—. ¡Actores!

—Te lo tienes merecido, por trabajar con aficionados —dijo Matthew, con una sonrisa—. Sé exactamente cómo debería empezar el baile de máscaras: «¡Y hela aquí! Las nubes se separaron y vi emerger / la más hermosa luna que jamás refulgió plateada. / Una concha para el cáliz de Neptuno».

—¡No puedes usar a Keats! —exclamé, echándome a reír—. Es un poeta romántico: llevas trescientos años de adelanto.

—«Ella se elevó *tan apasionadamente refulgente que mi alma deslumbrada* rodó enredada con sus argénteas esferas / a través de las nubes y los claros, incluso cuando finalmente ella cayó en una oscura y vaporosa carpa» —exclamó mi marido con dramatismo, atrayéndome hacia sus brazos.

—Y supongo que pretenderás que *yo* consiga una carpa —dijo Gallowglass, bajando las escaleras como un rayo.

—Y unas ovejas. O tal vez un astrolabio. Endimión puede ser pastor o astrónomo —declaró Matthew, sopesando sus opciones.

—El guardabosques de Rodolfo nunca se deshará de una de sus extrañas ovejas —dijo Gallowglass, agriamente.

—Le dejaré mi compendio a Matthew con gusto —aseguré, mientras echaba un vistazo alrededor para buscarlo. Se suponía que estaba en la repisa de la chimenea, fuera del alcance de Jack—. ¿Adónde ha ido?

—Annie y Jack se lo están enseñando a Greñas. Creen que está encantado.

Hasta entonces, no me había percatado de las hebras que subían directamente corriendo las escaleras, procedentes de la chimenea. Eran plateadas, doradas y grises. Con las prisas de llegar a donde estaban los niños y descubrir qué estaba pasando con el compendio, me pisé el dobladillo de la falda. Cuando llegué hasta Annie y Jack, había logrado dar a la parte de abajo un nuevo corte escalonado.

Annie y Jack tenían el pequeño compendio de latón y plata abierto como un libro, con las alas internas completamente extendidas. El deseo de Rodolfo había sido regalarme algo para seguir el movimiento de los cielos y Habermel se había superado a sí mismo. El compendio contenía un cuadrante, un compás, un aparato para computar la duración de las horas en las diferentes estaciones del año, una rueda de computación —cuyos engranajes podían moverse para descubrir la fecha, la hora, el signo del Zodíaco reinante y la fase lunar— y un cuadro de latitudes que incluía (por expreso deseo mío) las ciudades de Roanoke, Londres, Lyon, Praga y Jerusalén. Una de las alas tenía una púa en la que podía encajar una de las nuevas tecnologías más candentes: la libreta borrable, que estaba hecha con un papel especialmente tratado en el que se podía escribir y luego borrar lo escrito cuidadosamente para tomar nuevas notas.

—Mira, Jack, lo está volviendo a hacer —dijo Annie, observando el instrumento. Greñas (ya nadie en la casa le llamaba Lobero, salvo Jack) empezó a ladrar y a sacudir la cola emocionado mientras la rueda de computación lunar comenzaba a girar sola.

—Te apuesto un penique a que la luna llena estará en la ventana cuando esto pare de girar —dijo Jack, antes de escupir en la mano y tendérsela a Annie.

—Nada de apuestas —dije de inmediato, mientras me agachaba al lado de Jack.

—¿Cuándo ha empezado esto, Jack? —preguntó Matthew, esquivando a Greñas. Jack se encogió de hombros.

—Sucede desde que *herr* Habermel lo envió —confesó Annie.

—¿Gira así todo el día o solo en ciertos momentos? —pregunté.

—Solo una o dos veces al día. Y el compás solo una —respondió Annie, abatida—. Debería habérselo dicho. Sabía que era mágico por la sensación que me produce.

—Está bien —dije, sonriéndole—. No pasa nada.

Posé el dedo sobre el centro de la rueda de computación y le ordené al artilugio que se detuviera. Lo hizo. En cuanto dejó de dar vueltas, los hilos plateados y dorados que rodeaban el compendio empezaron a esfumarse lentamente, dejando atrás únicamente la hebra gris, que se perdió rápidamente entre los numerosos hilos de colores que llenaban nuestra casa.

—¿Qué significa? —me preguntó Matthew más tarde, cuando la casa estaba en silencio y tuve la primera oportunidad de poner el compendio fuera del alcance de los niños. Decidí dejarlo sobre el dosel plano que cubría nuestra cama—. Por cierto, todo el mundo esconde las cosas encima del baldaquino. Será el primer lugar en el que Jack lo buscará.

—Alguien nos está buscando.

Volví a bajar el compendio y pensé en un nuevo sitio para ocultarlo.

—¿En Praga?

Matthew extendió la mano para que le entregara el pequeño instrumento y, cuando se lo di, lo guardó dentro del jubón.

—No. En el tiempo.

Matthew se sentó sobre la cama con un sonido sordo y maldijo.

—Es culpa mía —confesé, mirándolo con timidez—. Intenté tejer un hechizo para que el compendio me avisara si alguien estaba pensando en robarlo. Se suponía que el hechizo le ahorraría problemas a Jack. Supongo que tendré que empezar de cero.

—¿Qué te hace pensar que se trata de alguien de otra época? —preguntó Matthew.

—Que la rueda de computación es un calendario perpetuo. Los engranajes estaban girando como si estuvieran tratando de obtener información más allá de las especificaciones técnicas. Me recuerda a las palabras que corrían por el Ashmole 782.

—Tal vez el giro del compás indique que, quienquiera que sea que nos esté buscando, se encuentra además en un sitio diferente. Al igual que la rueda de computación lunar, el compás no puede encontrar el verdadero norte porque le están pidiendo que compute dos direcciones distintas: la nuestra de Praga y la de otra persona.

—¿Crees que son Ysabeau o Sarah, que necesitan nuestra ayuda?

Ysabeau había sido quien le había enviado a Matthew el ejemplar de *Doctor Fausto* para ayudarnos a llegar a 1590. Sabía adónde nos dirigíamos.

—No —dijo Matthew, con voz segura—. Ellas no nos delatarían. Se trata de otra persona.

Posó en mí sus ojos verde grisáceo. Aquella mirada inquieta y arrepentida había vuelto.

—Me miras como si, en cierto modo, te hubiera traicionado —dije, sentándome a su lado en la cama—. Si no quieres que vaya al baile de disfraces, no iré.

—No es eso —replicó Matthew, antes de levantarse y alejarse—. Sigues ocultándome algo.

—Todos nos guardamos cosas para nosotros mismos, Matthew. Pequeñas cosas sin importancia. O a veces cosas grandes, como lo de pertenecer a la Congregación.

Sus acusaciones me dolían, teniendo en cuenta todo lo que aún no sabía de él.

Matthew me puso repentinamente las manos sobre los hombros y me levantó.

—Nunca me perdonarás por eso.

Sus ojos parecían negros y tenía los dedos enterrados en mis brazos.

—Me prometiste que tolerarías mis secretos. El rabino Loew tiene razón. La tolerancia no es suficiente.

Matthew me soltó con una imprecación. Oí a Gallowglass en las escaleras y los soñolientos murmullos de Jack en el pasillo.

—Me voy a llevar a Jack y a Annie a la casa de Baldwin —dijo Gallowglass desde la puerta—. Tereza y Karolina ya se han ido. Pierre vendrá conmigo y el perro también —dijo el sobrino de Matthew, antes de bajar la voz—. Asustáis al chico cuando discutís y ya ha pasado suficiente miedo en su corta vida. Arreglaos o me los llevaré de vuelta a Londres y os dejaré aquí a los dos para que os las arregléis solos.

Los ojos de Gallowglass echaban chispas.

Matthew se sentó en silencio al lado del fuego, con una copa de vino en las manos y una oscura expresión en la cara, mientras observaba fijamente las llamas. En cuanto el grupo partió, se puso en pie y fue hacia la puerta.

Sin pensarlo ni planearlo, liberé a mi dragón escupefuego. «Detenlo», le ordené. Este lo cubrió con una niebla gris mientras volaba por encima de él y a su alrededor, y se materializó al lado de la puerta para clavar las púas que tenía en los extremos de las alas a cada lado del marco. Cuando vio que Matthew se acercaba demasiado, expulsó una advertencia en forma de lengua de fuego por la boca.

—No vas a ir a ninguna parte —dije. Me costó un esfuerzo terrible no levantar la voz. Puede que Matthew tuviera más fuerza que yo, pero dudaba que pudiera luchar con éxito con mi espíritu familiar—. Mi dragón es un poco como Sárka: pequeño pero perseverante. Yo no lo haría enfadar. —Matthew se volvió, con una mirada fría—. Si estás enfadado conmigo, dímelo. Si he hecho algo que no te ha gustado, házmelo saber. Si quieres poner fin a este matrimonio, ten el valor de darlo por finalizado limpiamente para que intente, y digo intente, recuperarme de él. Porque si continúas mirándome como si desearas que no estuviéramos casados, vas a acabar conmigo.

—No deseo en absoluto poner fin a nuestro matrimonio —dijo con firmeza.

—Entonces sé mi marido —le pedí, avanzando hacia él—. ¿Sabes lo que pensé al ver volar a aquellos hermosos pájaros hoy? «Ese sería el aspecto que tendría Matthew si fuera libre de ser él mismo». Y cuando te vi poniéndole la capucha a Sárka, cegándola para que no pudiera cazar cuando su instinto le decía que lo hiciera, vi la misma mirada de pesar en sus ojos que he visto en los tuyos a diario desde que perdí al bebé.

—Esto no tiene nada que ver con el bebé.

Ahora en sus ojos había una mirada de advertencia.

—No. Tiene que ver conmigo. Y contigo. Y con algo tan aterrador que no eres capaz de reconocerlo: que, a pesar de tus supuestos poderes sobre la vida y la muerte, no lo controlas todo y no puedes lograr que yo, ni cualquier otro de tus seres queridos, esté siempre a salvo.

—¿Y crees que la pérdida del bebé es lo que ha traído eso a casa?

—¿Qué más podría haberlo hecho? La culpabilidad que sentías por lo de Blanca y Lucas casi te destruye.

—Estás equivocada.

Matthew tenía las manos enredadas en mi cabello y tiraba hacia abajo del nudo de trenzas, lo que hacía que se liberara el aroma de la manzanilla y la menta del jabón que usaba. Sus pupilas eran enormes y tenían el color de la tinta. Bebió mi fragancia y parte del verde regresó.

—Dime de qué se trata entonces.

—De esto.

Matthew extendió la mano hasta el extremo de mi corpiño y lo rasgó en dos. Luego aflojó el cordón que evitaba que el amplio cuello del blusón se resbalara de los hombros, de manera que la parte superior de mis pechos quedó expuesta. Su dedo siguió la vena azul que emergía allí a la superficie y continuaba bajo los pliegues de tela.

—Cada día de mi vida es una batalla por controlarme. Lucho contra la rabia y contra las náuseas posteriores. Lucho contra el hambre y la sed, porque no creo que esté bien que tome sangre de otras criaturas, ni siquiera de los animales, aunque lo prefiero a tomarla de alguien a quien podría volver a ver por la calle —dijo Matthew, antes de levantar los ojos hacia los míos—. Y estoy en guerra conmigo mismo por esta indescriptible necesidad de poseer tu cuerpo y tu alma de formas que ningún sangre caliente puede comprender.

—Quieres mi sangre —susurré, comprendiendo de repente—. Me has mentido.

—Me he mentido a mí mismo.

—Te he dicho repetidas veces que puedes tomarla —dije. Agarré el blusón y lo rompí más aún, luego incliné la cabeza hacia un lado para mostrar la yugular—. Tómala. No me importa. Solo quiero que vuelvas —le aseguré, tragándome un sollozo.

—Eres mi pareja. Nunca bebería sangre de tu cuello de forma voluntaria —me aseguró Matthew. Noté sus dedos fríos sobre mi piel y él volvió a ponerme el blusón en su sitio—. Cuando lo hice en Madison, fue porque estaba demasiado débil para contenerme.

—¿Qué le pasa a mi cuello? —pregunté, confusa.

—Los vampiros solo muerden en el cuello a extraños y subordinados. No a sus amantes. Y, desde luego, tampoco a sus parejas.

—Dominación —dije, volviendo a pensar en nuestras conversaciones previas sobre vampiros, sangre y sexo— y alimentación. Así que la mayoría de los seres a los que mordéis en el cuello son humanos. He ahí la semilla de la verdad de ese mito sobre los vampiros.

—Los vampiros muerden a sus parejas aquí, al lado del corazón —dijo Matthew, antes de presionar los labios contra la piel desnuda que sobresalía por el borde del blusón. Era donde me había besado en la noche de bodas, cuando los sentimientos lo habían abrumado.

—Creía que el hecho de que quisieras besarme ahí era simple lujuria.

—No hay nada simple en el deseo de los vampiros de beber sangre de esta vena —me aseguró mientras movía la boca un centímetro más abajo, siguiendo la línea azul, y volvía a apretar los labios.

—Pero si no es una cuestión de alimentación y de preponderancia, ¿de qué se trata?

—De honestidad —respondió Matthew. Cuando me miró a los ojos, estos seguían estando más negros que verdes—. Los vampiros guardan demasiados secretos para ser siempre totalmente honestos. Nunca podríamos compartirlos todos verbalmente y la

mayoría son demasiado complejos como para buscarles un sentido, por mucho que lo intentes. Además, en mi mundo existen prohibiciones que impiden compartir secretos.

—Ese no es tu caso. Lo he oído varias veces.

—Beber de tu amante es saber que no se oculta nada —dijo Matthew, bajando la vista hacia mi pecho y tocando de nuevo la vena con la yema del dedo—. La llamamos la vena del corazón. Ahí la sangre sabe más dulce. Se produce una sensación de posesión y pertenencia absoluta, pero también requiere un control total para no ser arrastrado por las fuertes emociones que se obtienen como resultado —dijo con voz triste.

—Y tú no confías en tu control por culpa de la rabia de sangre.

—Me has visto en sus manos. El instinto de protección es lo que la enciende. ¿Y quién representa un mayor peligro para ti que yo mismo?

Me encogí de hombros para quitarme el blusón y saqué los brazos por las mangas hasta que me quedé desnuda de cintura para arriba. Busqué con los dedos los cordones de la falda y los desaté.

—No lo hagas —me rogó Matthew. Sus ojos se habían ennegrecido aún más—. No hay nadie aquí, por si...

—¿Me dejas seca? —pregunté, mientras me quitaba la falda—. Si no podías confiar en ti para hacer esto cuando Philippe podía oírnos, no es muy probable que puedas hacerlo con Gallowglass y Pierre al lado para ayudarte.

—Esto no es ninguna broma.

—No —dije, tomando sus manos entre las mías—. Es una cuestión entre marido y mujer. Es una cuestión de honestidad y verdad. No tengo nada que ocultarte. Si beber la sangre de mis venas va a poner fin a tu incesante necesidad de perseguir lo que crees que son mis secretos, entonces será lo que harás.

—No es algo que un vampiro haga solo una vez —advirtió Matthew, intentando alejarse.

—No creí que lo fuera —sostuve, enredando los dedos en sus cabellos, a la altura de la nuca—. Toma mi sangre. Toma mis secretos. Haz lo que tus instintos te piden a gritos que hagas. Aquí no hay capuchas ni pihuelas. En mis brazos deberías ser libre, aunque no lo seas en ningún otro lugar.

Atraje su boca hacia la mía. Él respondió con cautela al principio, rodeándome las muñecas con los dedos como si pretendiera escaparse a la menor oportunidad. Pero su instinto era fuerte y su anhelo, palpable. Las hebras que interconectaban el mundo se movieron y se apelotonaron a mi alrededor como para hacer sitio para unos sentimientos tan potentes. Me eché hacia atrás con suavidad, mientras mis pechos se elevaban con cada respiración.

Él parecía tan asustado que me rompió el corazón. Pero también había deseo. «Miedo y deseo». No me extrañaba que hubieran aparecido en su ensayo para el *college* All Souls cuando le habían otorgado la beca. ¿Quién podría entender mejor la guerra entre ellos que un vampiro?

—Te quiero —susurré, dejando caer los brazos de forma que colgaran a mis costados. Tenía que hacerlo por sí mismo. Yo no podía entrometerme en el momento en que llevara su boca a mi vena.

La espera era insoportable, pero al menos agachó la cabeza. El corazón me latía a toda velocidad, y oí cómo Matthew respiraba hondo.

—Miel. Siempre hueles a miel —murmuró maravillado, justo antes de que sus afilados dientes quebraran mi piel.

Cuando había tomado mi sangre en anteriores ocasiones, Matthew había tenido cuidado de anestesiar el punto con una pizca de su propia sangre para que no sintiera dolor. Esa vez no, pero pronto la piel se me durmió debido a la presión de su boca sobre la piel. Sus manos me acunaban mientras me inclinaba hacia atrás, hacia la superficie de la cama. Yo estaba suspendida en el aire, esperando el momento en que quedara satisfecho porque no hubiera nada más entre nosotros que amor.

Unos treinta segundos después de haber empezado, Matthew se detuvo. Levantó la vista hacia mí, sorprendido, como si hubiera descubierto algo inesperado. Sus ojos se volvieron completamente negros y, por un fugaz instante, creí que la rabia de sangre estaba emergiendo.

—No pasa nada, mi amor —susurré.

Matthew bajó la cabeza para beber más, hasta que descubrió lo que necesitaba. Le llevó menos de un minuto. Besó aquel punto sobre mi corazón con la misma expresión de tierna veneración que tenía en nuestra noche de bodas en Sept-Tours y, levantando la vista, me miró con timidez.

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto? —pregunté.

—A ti. Solo a ti —murmuró Matthew.

Su timidez pronto se convirtió en hambre mientras me besaba y pronto estuvimos enredados el uno en el otro. Salvo por nuestro breve encuentro de pie contra la pared, hacía semanas que no hacíamos el amor y al principio el ritmo fue un poco extraño, mientras recordábamos cómo movernos juntos. Mi cuerpo serpenteaba cada vez con más fuerza. Solo necesitaba que volviera a deslizarse con rapidez sobre mí o un intenso beso más para hacerme volar.

Pero, en lugar de ello, Matthew empezó a ir más despacio. Nuestros ojos se encontraron y se conectaron. Nunca lo había visto con el aspecto que tenía en aquel momento: vulnerable, esperanzado, bello, libre. Ahora no había secretos entre nosotros, ningún sentimiento de cautela por si nos golpeaba el desastre y éramos arrastrados a los oscuros lugares donde la esperanza no podía sobrevivir.

—¿Puedes sentirme? —murmuró Matthew. Se había convertido en un punto estático en mi núcleo. Asentí de nuevo. Él sonrió y se movió con cuidado, deliberadamente—. Estoy dentro de ti, Diana, dándote vida.

Yo le había dicho las mismas palabras a él mientras bebía mi sangre y lo arrancaba del borde de la muerte para llevarlo de vuelta al mundo. En aquel momento no creí que las hubiera escuchado.

Se movió de nuevo dentro de mí, repitiendo aquellas palabras como si se tratara de un encantamiento. Era la forma de magia más simple y pura del mundo. Matthew ya estaba tejido en mi alma, pero ahora también lo estaba en mi cuerpo, al igual que yo lo estaba en el suyo. Mi corazón, que se había roto una y otra vez en los pasados meses, cada vez que me tocaba con tristeza y me miraba arrepentido, empezó a tejerse una vez más.

Cuando el sol se apoderó del horizonte, extendí la mano y lo toqué en medio de los ojos.

—Me pregunto si yo también podría leer tus pensamientos.

—Ya lo has hecho —dijo Matthew, antes de bajarme los dedos y besarme las yemas—. Allá en Oxford, cuando recibiste la foto de tus padres. No eras consciente de lo que estabas haciendo. Pero no dejabas de responder preguntas que yo no era capaz de expresar en voz alta.

—¿Puedo volver a intentarlo? —pregunté, dando por hecho que diría que no.

—Por supuesto. Si fueras una vampira, ya te habría ofrecido mi sangre —me aseguró, y se recostó sobre la almohada.

Vacilé un instante, apacigué mis pensamientos y me centré en una simple pregunta: «¿Cómo puedo conocer el corazón de Matthew?».

Un único hilo plateado brilló entre mi propio corazón y el punto de su frente donde tendría el tercer ojo, si fuera brujo. El hilo se encogió y me fue acercando a él, hasta que mis labios presionaron su piel.

Una explosión de imágenes y sonidos estallaron en mi cabeza como fuegos artificiales. Vi a Jack y a Annie, a Philippe y a Ysabeau. Vi a Gallowglass y a hombres que no conocía que ocupaban lugares importantes en los recuerdos de Matthew. Vi a Eleanor y a Lucas. Percibí la sensación de triunfo por desvelar algún misterio científico, oí el grito de alegría cuando se iba a caballo al bosque a cazar y matar, para satisfacer su instinto. Me vi a mí misma, levantando la cabeza y sonriéndole.

Luego vi la cara de *herr* Fuchs, el vampiro que había conocido en el Barrio Judío, y oí con bastante claridad las palabras: «Mi hijo, Benjamin».

Volví a sentarme sobre los talones de repente y me llevé los dedos a los labios, que me temblaban.

—¿Qué sucede? —preguntó Matthew, sentándose y frunciendo el ceño.

—¡*Herr* Fuchs! —exclamé, levantando la vista hacia él, horrorizada, temerosa de que él hubiera pensado lo peor—. No me había dado cuenta de que era tu hijo, de que él era Benjamin.

No parecía que hubiera un ápice de rabia de sangre en aquella criatura.

—No es culpa tuya. Tú no eres un vampiro y Benjamin solo revela lo que desea —dijo Matthew, con voz tranquilizadora—. Debí de sentir su presencia a tu alrededor: un rastro de olor o algún indicio de que andaba cerca. Eso fue lo que me hizo pensar que me estabas ocultando algo. Estaba equivocado. Siento haber dudado de ti, *mon coeur*.

—Pero Benjamin debe de haberse dado cuenta de quién era yo. Estaba envuelta en tu olor.

—Por supuesto que lo sabía —dijo Matthew, desapasionadamente—. Lo buscaré mañana, pero si Benjamin no quiere ser encontrado, no habrá nada que hacer salvo advertir a Gallowglass y a Philippe. Ellos harán saber al resto de la familia que Benjamin ha vuelto a aparecer.

—¿Advertirles?

Sentí pinchazos de miedo en la piel cuando él asintió.

—Lo único más espeluznante que Benjamin en manos de la rabia de sangre es Benjamin cuando está lúcido, como lo estaba cuando te hallabas con el rabino Loew. Es como lo que dijo Jack —señaló Matthew—: los monstruos más aterradores siempre parecen hombres normales.

Capítulo 31

ESA noche marcó el verdadero comienzo de nuestro matrimonio. Matthew estaba más centrado de lo que jamás lo había visto. Atrás quedaron las ácidas recriminaciones, los repentinos cambios de dirección y las decisiones impulsivas que habían caracterizado el tiempo que llevábamos juntos hasta entonces. En lugar de ello, Matthew se volvió metódico, comedido..., aunque no menos letal. Se alimentaba con más regularidad, cazando en la ciudad y en los pueblos cercanos. A medida que sus músculos ganaban peso y fuerza, fui capaz de ver lo que Philippe ya había observado: por muy poco probable que pudiera parecer, dado su tamaño, su hijo se había ido consumiendo por la falta de una alimentación adecuada.

Yo tenía una luna plateada sobre el pecho que marcaba el lugar del que él bebía. No era diferente a cualquier otra cicatriz que tuviera en el cuerpo, tan solo le faltaba la áspera acumulación de tejido protector que se formaba sobre la mayoría de las heridas. Matthew me había dicho que aquello se debía a una de las propiedades de su saliva, que sellaba el mordisco sin dejar que se curara por completo.

El ritual de Matthew de beber la sangre de su pareja de una vena cercana al corazón y mi nuevo ritual del beso de la bruja, que me daba acceso a sus pensamientos, nos proporcionaron una mayor intimidad. No hacíamos el amor cada vez que se unía a mí en la cama, pero cuando lo hacíamos, siempre iba precedido y seguido de esos dos momentos abrasadores de honestidad absoluta que eliminaba no solo la principal preocupación de Matthew, sino también la mía: que nuestros secretos acabaran por destruirnos de alguna forma. E incluso cuando no hacíamos el amor, hablábamos de la forma abierta y serena que anhelan los amantes.

A la mañana siguiente, Matthew les habló a Gallowglass y a Pierre de Benjamin. La furia de Gallowglass fue menos duradera que el temor de Pierre, que emergía cada vez que alguien llamaba a la puerta o se me acercaba en el mercado. Los vampiros lo buscaron día y noche, y era Matthew quien planeaba las expediciones.

Pero Benjamin no aparecía. Simplemente, se había esfumado.

La Semana Santa vino y se fue, y los preparativos para el festival de primavera de Rodolfo del sábado siguiente estaban llegando a las etapas finales. El señor Hoefnagel y yo transformamos el salón principal del palacio en un floreciente jardín con tiestos de tulipanes. A mí me impresionaba el sitio, con aquellas elegantes bóvedas curvadas que soportaban el techo arqueado como las ramas de un sauce.

—Traeremos también los naranjos del emperador —dijo Hoefnagel, con los ojos brillantes de posibilidades—. Y los pavos reales.

El día de la actuación, los sirvientes llevaron todo candelabro que había de sobra en el palacio y en la catedral al reverberante espacio de piedra para crear la ilusión de un cielo nocturno estrellado y esparcieron juncos frescos por el suelo. Como escenario, usamos la base de las escaleras que conducían a la capilla real. Fue idea del señor Hoefnagel, dado que, de esa manera, yo podría aparecer en lo alto de las escaleras, como la luna, mientras Matthew trazaba mi cambiante posición con uno de los astrolabios del señor Habermel.

—¿No creéis que estamos siendo demasiado filosóficos? —me pregunté en voz alta, jugueteando con los dedos en los labios.

—Esta es la corte de Rodolfo II —dijo Hoefnagel con sequedad—. No existe el

concepto de «demasiado filosófico».

Cuando los miembros de la corte se pusieron en fila para el banquete, se quedaron mudos de asombro al ver la escena que habíamos creado.

—Les gusta —le susurré a Matthew detrás de la cortina que nos ocultaba de la multitud. Nuestra grandiosa entrada estaba programada para el postre y permaneceríamos ocultos en la Escalera de los Caballeros, fuera del salón, hasta entonces. Matthew me había estado entreteniéndome con historias de tiempos pasados, cuando había subido montado a caballo por los anchos escalones de piedra, para una justa. Cuando cuestioné la idoneidad de la sala para dicho fin en particular, enarcó una ceja, mirándome.

—¿Por qué crees que hicimos la habitación tan grande y el techo tan elevado? Los inviernos en Praga pueden ser condenadamente largos y los jóvenes aburridos y armados son peligrosos. Es muchísimo mejor dejar que corran el uno hacia el otro a gran velocidad que declarar la guerra a los reinos vecinos.

Con el vino corriendo a voluntad y el liberal reparto de la comida, el barullo de la sala pronto se hizo ensordecedor. Después de los postres, Matthew y yo nos situamos sigilosamente en nuestros puestos. El señor Hoefnagel había pintado algunas maravillosas escenas pastoriles para Matthew y le había asignado a regañadientes uno de los naranjos para que pudiera sentarse bajo este, en el taburete cubierto de fieltro que hacía las veces de roca. Yo esperaba a que me diera el pie y saldría de la capilla para quedarme tras una vieja puerta de madera puesta de canto y pintada de manera que emulase a una cuadriga.

—Ni se te ocurra hacerme reír —le advertí a Matthew cuando me besó en la mejilla para desearme suerte.

—Me encantan los desafíos —respondió él en un susurro.

Mientras el sonido de la música llenaba la habitación, los cortesanos se fueron callando poco a poco. Cuando la sala estuvo totalmente en silencio, Matthew alzó el astrolabio hacia los cielos y la mascarada comenzó.

Yo había decidido que lo mejor que se podía hacer con la producción era que implicara el mínimo de diálogo y el máximo de danza posible. En primer lugar, ¿quién quería sentarse tras una gran cena a escuchar los diálogos? Había asistido a suficientes eventos académicos como para saber que aquello no era una buena idea. El *signor* Pasetti enseñó encantado a algunas de las damas de la corte la «danza de las estrellas errantes», que le proporcionaría a Matthew algo celestial que observar mientras esperaba a que apareciera su amada luna. Al haberles dado a famosas bellezas de la corte un papel en el espectáculo e ir estas vestidas con trajes fabulosamente cubiertos de lentejuelas y joyas, la mascarada pronto adquirió el cariz de una obra de teatro escolar, con padres extasiados incluidos. Matthew ponía caras de agonía, como si no estuviera seguro de poder soportar el espectáculo un momento más.

Cuando el baile finalizó, los músicos anunciaron mi entrada con un redoble de tambores y un estruendo de trompetas. El señor Hoefnagel había improvisado una cortina sobre las puertas de la capilla, de manera que lo único que tenía que hacer era abrirme paso a través de ellas con el estilo de una diosa (sin clavar mi tocado de luna en la tela como había hecho en el ensayo) y mirar con nostalgia a Matthew, que estaba allá abajo. Él, Dios mediante, me observaría embelesado sin bizquear o sin mirarme de forma sugerente los pechos.

Me di un momento para entrar en el personaje, respiré hondo y atravesé con confianza las cortinas, intentando fluir y flotar como la luna.

La corte ahogó un grito, maravillada.

Complacida de haber hecho una entrada tan convincente, bajé la vista hacia Matthew. Tenía los ojos como platos.

«Oh, no». Busqué el suelo con un dedo del pie, pero, como sospechaba, ya me encontraba a unos cuantos centímetros por encima de él... y seguía subiendo. Extendí una mano para sujetarme al extremo de la cuadriga y vi que mi piel emitía un particular brillo perlado. Matthew levantó la cabeza en dirección a mi tiara y a la pequeña media luna plateada. Sin un espejo no tenía ni idea de lo que esta estaba haciendo, pero me temía lo peor.

—¡La diosa! —exclamó Rodolfo, al tiempo que se levantaba aplaudiendo—. ¡Maravilloso! ¡Un efecto maravilloso!

Los cortesanos se unieron a él, vacilantes. Algunos de ellos, antes de hacerlo, se santiguaron.

Con la atención de la sala centrada en mí, me llevé las manos al pecho y le hice ojitos a Matthew, que correspondió a mis miradas de admiración con una sonrisa, a pesar de todo. Me concentré en bajar al suelo para poder ir hasta el trono de Rodolfo. En su papel de Zeus, ocupaba la silla más esplendorosamente tallada que habíamos encontrado en los desvanes del palacio. Era increíblemente horrible, pero perfecta para la ocasión.

Por suerte, ya no brillaba tanto mientras me acercaba al emperador y el público había dejado de mirarme la cabeza como si fuera una bengala. Me agaché en una genuflexión.

—Bienvenida, mi diosa —bramó Rodolfo en lo que se suponía que debería ser un tono propio de los dioses, pero que dio lugar solamente a un clásico ejemplo de sobreactuación.

—Estoy enamorada del bello Endimión —dije, antes de levantarme y señalar hacia atrás, hacia la escalera, donde Matthew se había hundido en un esponjoso nido de colchones de plumas y fingía dormir. Yo misma había escrito los diálogos (Matthew sugería que dijera: «Si no accedéis a dejarme en paz, Endimión os cortará el cuello»). Yo lo veté, junto con los extractos de Keats)—. Parece tan plácido. Y, aunque yo soy una diosa y nunca envejeceré, el hermoso Endimión pronto crecerá y morirá. Os suplico que lo hagáis inmortal para que pueda estar conmigo para siempre.

—¡Con una condición! —exclamó Rodolfo, abandonando toda pretensión de sonoridad en favor del volumen puro y duro—. Deberá dormir durante el resto de sus días, sin despertar jamás. Solo entonces seguirá siendo joven.

—Gracias, poderoso Zeus —dije, intentando no parecerme demasiado a un miembro de una compañía teatral cómica británica—. Ahora podré contemplar a mi amado eternamente.

Rodolfo frunció el ceño. Menos mal que no le habíamos garantizado que sería él quien daría el visto bueno al guion.

Me retiré a mi cuadriga y retrocedí lentamente de espaldas a través de las cortinas, mientras las damas de la corte realizaban el baile final. Cuando este llegó a su fin, Rodolfo capitaneó a los cortesanos en una ronda de ruidosos zapateos y aplausos que a punto estuvieron de echar el techo abajo. Lo que no hicieron fue despertar a Endimión.

—¡Levántate! —le susurré al pasar a su lado cuando me dirigía a agradecer al emperador la oportunidad que nos había brindado de entretener a su realeza. Lo único que recibí como respuesta fue un teatral ronquido.

Así que hice sola una reverencia delante de Rodolfo y pronuncié un discurso que elogiaba el astrolabio del señor Habermel, los decorados y los efectos especiales del señor

Hoefnagel y la calidad de la música.

—Me he divertido enormemente, diosa mía: mucho más de lo esperado. Podéis pedirle a Zeus una recompensa —dijo Rodolfo, mientras recorría con la mirada mi hombro y descendía hacia la redondez de mis senos—. Lo que deseéis. Decidlo y será vuestro.

El ocioso parloteo de la sala se acalló. En el silencio, oí las palabras de Abraham: «El libro acudirá a vos, solo tendréis que pedirlo». ¿De verdad podía ser tan sencillo?

Endimión se revolvió en su esponjoso lecho. No quería que él interviniera, así que agité las manos a la espalda para animarlo a regresar a sus sueños. La corte contuvo el aliento, esperando a que yo nombrara algún prestigioso título, que pidiera tierras o una fortuna en oro.

—Me gustaría ver el libro de alquimia de Roger Bacon, Majestad.

—Tienes las pelotas cuadradas, títa —dijo Gallowglass en voz baja y con tono de admiración, de camino a casa—. Eso por no hablar de lo bien que se te dan las palabras.

—¿Por qué? Gracias —dije, complacida—. Por cierto, ¿qué le pasaba a mi cabeza durante la mascarada? La gente no dejaba de mirarla.

—Unas diminutas estrellas salieron de la luna y se esfumaron. Yo no me preocuparía. Parecía tan real que todo el mundo asumió que era una ilusión. La mayoría de los aristócratas de Rodolfo son humanos, al fin y al cabo.

La respuesta de Matthew fue más cautelosa.

—No cantes victoria todavía, *mon coeur*. Puede que a Rodolfo no le quede más remedio que acceder, dada la situación, pero todavía no ha sacado a la luz el manuscrito. Es un baile muy complicado el que estás ejecutando. Y puedes estar segura de que el emperador te pedirá algo a cambio de echarle un vistazo al libro.

—Entonces tendremos que irnos mucho antes de que le dé tiempo a insistir —dije.

Pero resultó que Matthew tenía razón al ser prudente. Había imaginado que él y yo seríamos invitados a ver el tesoro al día siguiente, en privado. Sin embargo, dicha invitación no llegó. Pasaron días antes de que recibiéramos una citación formal para cenar en palacio con algunos prometedores teólogos católicos. Después, prometía la nota, a un selecto grupo se le permitiría acceder a las estancias privadas de Rodolfo para admirar varios objetos de particular importancia mística y religiosa de las colecciones del emperador. Entre los invitados, había un tal Johannes Pistorius que había sido criado como luterano, se había convertido al calvinismo y estaba a punto de transformarse en sacerdote católico.

—Nos está tendiendo una trampa —dijo Matthew, mientras se pasaba los dedos adelante y atrás por el pelo—. Pistorius es un hombre peligroso y un adversario despiadado, además de brujo. Volverá dentro de diez años para ejercer de confesor de Rodolfo.

—¿Es verdad que lo están preparando para la Congregación? —preguntó Gallowglass con voz queda.

—Sí. Es el tipo de rufián intelectual que quieren los brujos como representante. Sin ofender, Diana. Es una época difícil para vosotros —reconoció.

—No me ofendo —aseguré gentilmente—. Pero él todavía no es miembro de la Congregación y tú sí. ¿Qué probabilidades hay de que quiera causar problemas contigo delante, si tiene tales aspiraciones?

—Extraordinarias. De no ser así, Rodolfo no le habría pedido que cenara con nosotros. El emperador está diseñando las líneas de combate y reuniendo sus tropas.

—¿Y por qué piensa pelearse, exactamente?

—Por el manuscrito... y por ti. Tampoco abandonará.

—Ya te he dicho que no estoy en venta. Ni soy ningún botín de guerra.

—No, pero para Rodolfo eres territorio no reclamado. Él es un archiduque austríaco, rey de Hungría, Croacia y Bohemia, marqués de Moravia y sacro emperador romano. Y, además, sobrino de Felipe de España. Los Habsburgo son una familia codiciosa y competitiva, y no se detendrán ante nada para conseguir lo que anhelan.

—Matthew no te mima lo suficiente, tía —dijo Gallowglass sombríamente cuando me dispuse a protestar—. Si fueras mi esposa, te habría sacado de Praga el día en que llegó el primer regalo.

Dado lo delicada que era la situación, Pierre y Gallowglass nos acompañaron al palacio. La comitiva, compuesta por tres vampiros y una bruja, causó los esperados murmullos de interés mientras nos dirigíamos hacia el salón principal que, en su momento, Matthew había ayudado a diseñar.

Rodolfo me sentó cerca de él y Gallowglass tomó posición detrás de mi silla, como un sirviente educado. Matthew estaba en el extremo opuesto de la mesa del banquete, con un atento Pierre. Para un espectador fortuito, Matthew se lo estaba pasando en grande entre un escandaloso grupo de damas y hombres jóvenes que se sentían deseosos de encontrar un modelo de conducta con más estilo que el del emperador. Galernas de carcajadas soplaban de vez en cuando hacia nosotros desde la corte rival de Matthew, lo que no contribuía a mejorar el ánimo taciturno de Su Majestad.

—¿Pero por qué se ha de derramar tanta sangre, padre Johannes? —se quejó Rodolfo al rollizo médico de mediana edad que estaba sentado a su izquierda. Todavía faltaban varios meses para la ordenación de Pistorius, pero, con el fervor típico de los conversos, no puso objeción alguna a su prematura elevación al sacerdocio.

—Porque la herejía y los no ortodoxos deben ser totalmente erradicados, Majestad. De no ser así, encontrarán un nuevo suelo en el que echar raíces.

Los ojos de pesados párpados de Pistorius se posaron sobre mí, con una mirada perspicaz. Mi tercer ojo de bruja se abrió, indignado por sus rudas tentativas de captar mi atención, lo cual resultó guardar un parecido sorprendente con el método de Champier para descubrir mis secretos. Estaban empezando a no gustarme los brujos con educación universitaria. Posé el cuchillo y le devolví la mirada. Él fue el primero en apartar la vista.

—Mi padre creía que la tolerancia era una política más inteligente —replicó Rodolfo—. Y vos habéis estudiado la sabiduría judía de la cábala. Hay hombres de Dios que lo considerarían herejía.

El buen oído de Matthew le permitía centrar la atención en mi conversación con la intensidad con que Sárka había perseguido al urogallo. Frunció el ceño.

—Mi esposo dice que sois médico, *herr* Pistorius.

No fue una transición coloquial fluida, pero cumplió su misión.

—Lo soy, *frau* Roydon. O lo era, antes de desviar la atención de la conservación de cadáveres a la salvación de almas.

—La reputación del padre Johannes se basa en sus remedios para la peste —manifestó Rodolfo.

—Yo soy un mero vehículo de la voluntad de Dios. Él es el único y verdadero sanador —dijo Pistorius, modestamente—. Por amor hacia nosotros, creó muchos remedios naturales que pueden tener milagrosos resultados en nuestros cuerpos imperfectos.

—Ah, sí. Recuerdo vuestra defensa de los bezoares como panacea contra la

enfermedad. Le envié a la diosa una de mis piedras cuando estuvo enferma, hace poco.

Rodolfo le sonrió con aprobación.

Pistorius me analizó.

—Es evidente que vuestra cura funcionó, Majestad.

—Sí. La diosa está completamente recuperada. Tiene muy buen aspecto —dijo Rodolfo, mientras su labio inferior salía aun más hacia fuera mientras me observaba. Yo llevaba puesto un sencillo vestido negro con bordados blancos, cubierto por un chal de terciopelo también negro. Una gorguera de gasa extendía sus alas más allá de mi cara y el rojo rubí del collar de salamandras de Matthew estaba puesto de tal forma que colgaba sobre el hueco que tenía en la base del cuello, proporcionando el único toque de color de mi atuendo, por lo demás sombrío. La atención de Rodolfo se centró en la hermosa joya. Frunció el ceño y le hizo un gesto a un sirviente.

—Es difícil decir si resultó más beneficioso el bezoar pétreo o el electuario del emperador Maximiliano —comenté, mirando al doctor Hájek para que me ayudara, mientras Rodolfo continuaba con su conversación susurrada. Estaba atacando el tercer plato de caza y, tras una tos surgida para liberarse del trozo de venado que acababa de tragar, Hájek se puso a la altura de las circunstancias.

—Yo creo que fue el electuario, doctor Pistorius —admitió Hájek—. Lo preparé en un cáliz hecho de cuerno de unicornio. El emperador Rodolfo creyó que, de ese modo, aumentaría su eficacia.

—Además, la diosa ingirió el electuario con una cuchara de asta —dijo Rodolfo, posando los ojos sobre mis labios—, para mayor garantía.

—¿Se encontrarán el cáliz y la cuchara entre los ejemplares que veremos esta noche en vuestro gabinete de las maravillas, Majestad? —preguntó Pistorius. El aire que había entre mí y el otro brujo cobró vida de forma repentina y chisporroteante. Las hebras que rodeaban al médico-sacerdote estallaron en violentos tonos rojizos y anaranjados, alertándome del peligro. Acto seguido, este sonrió. «No confío en ti, bruja», susurró en mi mente. «Y tampoco en tu aspirante a amante, el emperador Rodolfo».

El jabalí que estaba masticando, un delicioso plato condimentado con romero y pimienta negra que, según el emperador, se suponía que calentaba la sangre, se convirtió en polvo en mi boca y, en lugar de lograr el efecto deseado, se me heló la sangre.

—¿Ocurre algo? —murmuró Gallowglass, inclinándose hacia abajo, sobre mi hombro. Acto seguido, me tendió un chal que no había pedido y que no sabía que tenía.

—Pistorius ha sido invitado a subir a ver el libro —dije, volviendo la cabeza hacia él y hablando a toda velocidad en inglés para minimizar el riesgo de que me entendieran. Gallowglass olía a sal y a menta, una combinación fresca y reconfortante. Mis nervios recobraron la calma.

—Déjame a mí —respondió, al tiempo que me apretaba el hombro—. Por cierto, estás un poco brillante, títa. Sería mejor que nadie viera estrellas esta noche.

Después de haber efectuado su disparo de advertencia mientras hacía una reverencia, Pistorius dirigió la conversación hacia otros temas y enzarzó al doctor Hájek en un animado debate sobre los beneficios médicos de la triaca. Rodolfo repartía el tiempo entre dirigirme melancólicas miradas y observar a Matthew. Cuanto más cerca estábamos de ver el Ashmole 782, menos apetito tenía, así que entablé una conversación trivial con la dama de la nobleza que estaba sentada a mi lado. Solo después de cinco platos más —incluidos un desfile de pavos reales dorados y un retablo de cerdo asado y lechones—, el banquete finalizó.

—Estás pálida —dijo Matthew, tras alejarme repentinamente de la mesa.

—Pistorius sospecha de mí —dije. Aquel hombre me recordaba a Peter Knox y a Champier, y a ambos por razones similares. «Rufián intelectual» era la descripción perfecta para ambos—. Gallowglass dijo que se ocuparía de él.

—No me extraña que Pierre no lo deje ni a sol ni a sombra, entonces.

—¿Con qué intención?

—Con la de asegurarse de que Pistorius salga de aquí con vida —respondió Matthew, alegremente—. Si lo dejan, Gallowglass es capaz de estrangular a ese hombre y lanzarlo al Foso de los Venados para que sirva de refrigerio nocturno a los leones. Mi sobrino es casi tan protector contigo como yo.

Los invitados de Rodolfo lo acompañaron al sanctasanctorum interior: la galería privada donde Matthew y yo habíamos visto el retablo del Bosco. Ottavio Strada nos recibió allí para guiarnos por la colección y responder a nuestras preguntas.

Cuando entramos en la sala, el retablo de Matthew todavía se encontraba en el centro de la mesa con tapete verde. Rodolfo había esparcido otros objetos a su alrededor para deleitar nuestro sentido de la vista. Mientras los invitados soltaban *ahs* y *ohs* sobre la obra del Bosco, yo eché un vistazo a la habitación. Había algunas copas despampanantes, hechas de piedras semipreciosas, una cadena de oficio esmaltada, un largo cuerno, supuestamente de unicornio, algunas estatuas y un coco de mar tallado: una bonita mezcla de objetos caros, medicinales y exóticos. Pero ni rastro del manuscrito alquímico.

—¿Dónde está? —le susurré a Matthew. Antes de que pudiera responder, noté que una mano cálida se me posaba en el brazo. Matthew se puso tenso.

—*Tengo un regalo para vos, mi querida diosa*¹⁰.

A Rodolfo le olía el aliento a cebolla y vino tinto, y el estómago me dio un vuelco a modo de protesta. Me giré, esperando ver el Ashmole 782. Pero, en lugar de ello, el emperador sostenía la cadena esmaltada. Antes de que me diera tiempo a protestar, me la metió por la cabeza y la posó sobre mis hombros. Miré hacia abajo y vi un uróboros verde que colgaba de un círculo de cruces rojas con numerosas esmeraldas, rubíes, diamantes y perlas incrustadas. El colorido me recordó a la joya que *herr* Maisel le había entregado a Benjamin.

—Es un regalo extraño para hacerle a mi esposa, Majestad —dijo Matthew con suavidad. Estaba justo detrás del emperador y observaba el collar con disgusto. Era la tercera cadena que tenía de aquel estilo y sabía que debía haber un significado tras aquel símbolo. Levanté el uróboros para poder observar el esmalte. No era exactamente un uróboros, porque tenía patas. Parecía más un lagarto o una salamandra que una serpiente. Una cruz de color rojo sangre emergía del lomo despellejado del lagarto. Y lo más importante: la criatura no tenía la cola en la boca, sino enroscada alrededor del cuello, estrangulándose.

—Es un símbolo de respeto, *herr* Roydon —aseguró Rodolfo, enfatizando sutilmente el nombre—. En su momento perteneció al rey Vladislao y lo heredó mi abuela. La insignia pertenece a una valiente compañía de caballeros húngaros conocidos como la Orden del Dragón Vencido.

—¿Del dragón? —pregunté en voz queda, mirando a Matthew. A juzgar por las patas achaparradas, aquello bien podía ser un dragón. Pero, por lo demás, era sorprendentemente parecido al emblema de la familia De Clermont. Salvo porque aquel uróboros estaba viviendo una muerte lenta y dolorosa. Recordé el juramento de *herr* Fuchs (Benjamin) de dar muerte a los dragones allá donde se encontraran.

—El dragón simboliza a nuestros enemigos, especialmente a aquellos que podrían desear interferir con las prerrogativas reales —explicó Rodolfo. Lo hizo en tono civilizado, aunque se trataba de una declaración de guerra virtual a la totalidad del clan de los De Clermont—. Me complacería que os lo pusierais la próxima vez que vengáis a la corte —me pidió. El dedo de Rodolfo rozó el dragón de mi pecho y dejó allí el dedo—. Así podréis dejar vuestras pequeñas salamandras francesas en casa.

Los ojos de Matthew, que estaban pegados al dragón y al imperial dedo, se volvieron negros cuando Rodolfo hizo aquel insultante comentario sobre las salamandras francesas. Intenté pensar como Mary Sidney y dar con una respuesta apropiada para la época y que pudiera aplacar al vampiro. Ya lidiaría con mi sensibilidad feminista herida más tarde.

—Que me ponga o no vuestro regalo dependerá de mi esposo, Majestad —dije con frialdad, obligándome a no apartarme del dedo de Rodolfo. Oí algún grito ahogado y unos cuantos susurros. Pero la única reacción que me importaba era la de Matthew.

—No veo razón alguna por la que no lo puedas llevar puesto el resto de la velada, *mon coeur* —dijo Matthew cautivadoramente, dejando de esforzarse por evitar que el embajador de la reina de Inglaterra hablara como un aristócrata francés—. Las salamandras y los dragones son parientes, al fin y al cabo. Ambos soportan las llamas para proteger a aquellos a quienes aman. Además, el emperador va a tener la amabilidad de mostrarte su libro —añadió, mientras miraba a su alrededor—. Aunque al parecer el *signor* Strada continúa siendo un incompetente, ya que el libro no se encuentra aquí.

Otro puente quemado a nuestro paso.

—Todavía no, todavía no —dijo Rodolfo, irritado—. Antes tengo otro presente para la diosa. Id a ver el coco tallado de las Maldivas. Es único en su especie —aseguró. Todos, salvo Matthew, fueron obedientemente en tropel hacia donde señalaba el dedo de Strada—. Vos también, *herr* Roydon.

—Desde luego —murmuró Matthew, imitando a la perfección el tono de su madre antes de seguir lentamente a la multitud.

—Yo lo solicité expresamente. El padre Johannes me ayudó a conseguir el tesoro —señaló Rodolfo. Luego echó un vistazo alrededor de la sala, pero, al no lograr localizar a Pistorius, frunció el ceño—. ¿Adónde ha ido, *signor* Strada?

—No lo he visto desde que abandonamos el salón principal, Majestad —respondió Strada.

—¡Tú! ¡Ve a buscarlo! —exclamó Rodolfo, señalando a un sirviente. El hombre partió de inmediato y a la carrera. El emperador recobró la compostura y volvió a centrarse en el extraño objeto que se encontraba ante nosotros. Parecía una burda talla de un hombre desnudo—. Esto, mi diosa, es una fábula que tiene sus orígenes en Eppendorf. Hace un siglo, una mujer robó el sagrario de la iglesia y lo plantó bajo la luz de la luna llena para aumentar la fertilidad de su jardín. A la mañana siguiente, descubrió un enorme calabacín.

—¿Nacido del sagrario?

Estaba claro que se había producido algún error de traducción, a menos que estuviera totalmente equivocada en cuanto a la naturaleza de la eucaristía cristiana. Un *arbor Dianae* era una cosa. Y un *arbor brassicae* era otra completamente diferente.

—Sí. Fue un milagro. Y cuando arrancaron el calabacín, sus raíces tenían la forma del cuerpo de Cristo.

Rodolfo me tendió el objeto, que estaba coronado con una tiara de oro tachonada de perlas. Seguramente eso había sido añadido a posteriori.

—Fascinante —dije, intentando parecer y sonar interesada.

—Quería que lo vierais, en parte porque recuerda a una de las ilustraciones del libro que habéis solicitado. Trae a Edward, Ottavio.

Edward Kelley entró, con un libro encuadernado en cuero pegado al pecho.

En cuanto lo vi, lo reconocí. El cuerpo me hormigueaba, y eso que el libro estaba todavía al otro lado de la sala. Su poder era palpable, mucho más de lo que lo había sido en la Bodleiana aquella noche de septiembre cuando toda mi vida había cambiado.

Allí estaba el manuscrito perdido de Ashmole..., antes de pertenecer a Elias Ashmole y antes de perderse.

—Os sentaréis aquí, conmigo, y veremos el libro juntos —anunció Rodolfo, señalando una mesa y dos sillas que estaban íntimamente colocadas cara a cara—. Dame el libro, Edward.

El emperador extendió la mano y Kelley posó el libro en ella, a regañadientes.

Le dirigí a Matthew una mirada inquisitiva. ¿Y si el manuscrito empezaba a brillar como lo había hecho en la Bodleiana o se comportaba de alguna otra forma extraña? ¿Y si no era capaz de evitar que mi mente se hiciera preguntas sobre el libro o sobre sus secretos? Una erupción de magia en aquel momento sería desastrosa.

Mi marido asintió, confiado. «Por eso estamos aquí», parecía decir.

Me senté al lado del emperador y Strada llevó a los cortesanos que había en la sala hacia el cuerno de unicornio. Matthew se acercó aún más. Observé el libro que tenía delante, sin atreverme apenas a creer que hubiera llegado el momento en que finalmente vería el Ashmole 782 en su totalidad.

—¿Y bien? —preguntó Rodolfo—. ¿Vais a abrirlo?

—Desde luego —respondí, acercando el libro hacia mí.

Las páginas no despidieron ningún tipo de iridiscencia. Para comparar, posé la mano sobre la cubierta solo un instante, como había hecho cuando había rescatado el Ashmole 782 de las estanterías. En aquella ocasión el libro había suspirado al reconocermelo, como si hubiera estado esperando a que apareciera. Esa vez, el libro se quedó callado.

Abrí la tabla de madera con cosido oculto que hacía las veces de tapa y esta dio paso a una hoja en blanco de pergamino. Mi mente retrocedió a toda velocidad para recordar lo que había visto hacía meses. Aquella era la hoja en la que Ashmole y mi padre escribirían en su día el título del libro.

Pasé la página y noté la misma sensación de extraña pesadez. Cuando esta cayó y el libro se abrió, ahogué un grito.

La primera página perdida del Ashmole 782 era una gloriosa iluminación de un árbol. El tronco de este era nudoso y retorcido, grueso y, aun así, sinuoso. Las ramas brotaban de la copa y giraban y se retorcían, abriéndose camino por la página para acabar en una audaz combinación de hojas, frutos de color rojo vivo y flores. Era como el *arbor Dianae* que Mary había hecho usando la sangre que nos había extraído a Matthew y a mí.

Cuando me incliné para acercarme, el aliento se me atoró en la garganta. El tronco del árbol no estaba hecho de madera, savia y corteza. Estaba hecho de cientos de cuerpos, algunos de ellos se retorcían y se revolvían de dolor, otros estaban serenamente entrelazados y unos cuantos estaban solos y asustados.

Al final de la página, escrito a mano con caligrafía de finales del siglo XIII, estaba el título que Roger Bacon le había dado: *El verdadero secreto de los secretos*.

Las ventanas de la nariz de Matthew se dilataron, como si estuviera tratando de identificar un olor. De hecho, el libro tenía un aroma extraño: el mismo olor a humedad que

había percibido en Oxford.

Pasé la página. Allí estaba la imagen que habían enviado a mis padres, la que la casa Bishop había guardado durante tantos años: el fénix rodeando el enlace químico con sus alas, mientras que bestias míticas y alquímicas eran testigos de la unión de *Sol y Luna*¹¹.

Matthew, que parecía impresionado, se había puesto a mirar el libro. Fruncí el ceño. Estaba todavía demasiado lejos como para verlo con claridad. ¿Qué sería lo que le había sorprendido?

Rápidamente, pasé la página de la imagen del enlace alquímico. En la tercera de las páginas perdidas resultó haber dos dragones alquímicos con las colas entrelazadas y los cuerpos aprisionados en una batalla o en un abrazo, era imposible apreciarlo con claridad. Una lluvia de sangre caía de sus heridas en un cuenco en el que saltaban decenas de figuras desnudas y pálidas. Nunca había visto una ilustración alquímica como aquella.

Matthew estaba mirando por encima del hombro del emperador. Suponía que su sorpresa se convertiría en emoción al ver aquellas nuevas imágenes y acercarnos más a la resolución de los misterios del libro, pero parecía que hubiera visto un fantasma. Una mano blanca le cubría la boca y la nariz. Al ver que fruncía el ceño preocupada, Matthew asintió para indicarme que debía continuar.

Respiré hondo y pasé página. Aquella debía de ser la primera de las extrañas ilustraciones alquímicas que había visto en Oxford. Allí, como era de esperar, estaba el bebé con las dos rosas. Lo inesperado era que cada centímetro de espacio alrededor de ella estaba lleno de texto. Se trataba de una extraña mezcla de símbolos salpicados por unas cuantas letras. En la Bodleiana aquel texto estaba oculto por un conjuro que había transformado el libro en un palimpsesto mágico. Ahora, con el libro intacto, todo el texto secreto estaba a la vista. Pero, aunque podía verlo, continuaba sin poder leerlo.

Seguí con los dedos las líneas de texto. Al tacto, las palabras se deshacían y se transformaron en rostros, siluetas, nombres. Era como si el texto estuviera intentando contar una historia en la que estaban involucradas miles de criaturas.

—Os habría dado cualquier cosa que me pidierais —dijo Rodolfo. Noté su aliento caliente sobre mi mejilla. Una vez más olía a cebolla y a vino. Era muy diferente al aroma limpio y especiado de Matthew. Además, como me había acostumbrado a la baja temperatura de los vampiros, el calor de Rodolfo me produjo rechazo—. ¿Por qué elegisteis esto? No se entiende nada, aunque Edward cree que contiene un gran secreto.

Un largo brazo se extendió entre ambos y tocó la página con suavidad.

—Eso, ¿por qué? Es tan incomprensible como el manuscrito que le endosasteis al pobre doctor Dee.

El rostro de Matthew revelaba que estaba fingiendo. Puede que Rodolfo no hubiera visto temblar el músculo de la mandíbula de Matthew o que no supiera cómo las finas arrugas que tenía alrededor de los ojos se hacían más profundas cuando se concentraba.

—No necesariamente —me apresuré a decir—. Los textos de alquimia requieren estudio y contemplación, si se desea llegar a comprenderlos por completo. Tal vez si pasara más tiempo con él...

—Incluso así haría falta una bendición divina especial —dijo Rodolfo, mirando a Matthew con el ceño fruncido—. Edward ha sido tocado por la gracia de Dios, a diferencia de vos, *herr* Roydon.

—Oh, sí que está tocado, sí señor —dijo Matthew, mientras observaba a Kelley. El alquimista inglés estaba actuando de forma extraña, ahora que el libro no se hallaba en su poder. Había hilos que lo conectaban con el libro. Pero ¿por qué Kelley estaba unido al

Ashmole 782?

Mientras la pregunta se me pasaba por la cabeza, las finas hebras amarillas y blancas que unían a Kelley con el Ashmole 782 adquirieron un nuevo aspecto. En lugar del ceñido entrelazado habitual de dos colores o del tejido de hilos horizontales y verticales, aquellas se enroscaban flojas alrededor de un centro invisible, como los rizados lazos de un regalo de cumpleaños. Unos hilos cortos y horizontales impedían que se tocaran los bucles. Era como...

«Una doble hélice». Me llevé la mano a la boca y bajé la vista hacia el manuscrito. Ahora que había tocado el libro, el olor a moho se me había quedado en los dedos. Era fuerte y fétido, como...

«Carne y sangre». Miré a Matthew, consciente de que la expresión de mi cara era el reflejo de la mirada de sorpresa que había visto en la suya.

—No tienes buen aspecto, *mon coeur* —dijo este solícito, mientras me ayudaba a ponerme en pie—. Permíteme que te lleve a casa.

Edward Kelley eligió aquel preciso instante para perder el control.

—Oigo sus voces. Hablan en lenguas que no entiendo. ¿Podéis oírlos?

El hombre gemía angustiado y se tapaba las orejas con las manos.

—¿De qué hablas? —dijo Rodolfo—. Doctor Hájek, algo le pasa a Edward.

—Vos también encontraréis vuestro nombre en él —me dijo Edward, que hablaba cada vez más alto como si intentara ahogar algún otro sonido—. Lo supe en el momento en que os vi.

Bajé la vista. Unos hilos en forma de espiral me conectaban también a mí con el libro, solo que los míos eran blancos y de color lavanda.

Entonces apareció Gallowglass, sin anunciarse y sin haber sido invitado. Un fornido guardia lo seguía, agarrándose un brazo que llevaba caído.

—Los caballos están listos —nos informó Gallowglass, señalando la salida.

—¡No tenéis permiso para estar aquí! —gritó Rodolfo, montando en cólera mientras sus meticulosos planes se desintegraban—. Y vos, mi diosa, no tenéis permiso para retiraros.

Matthew ignoró por completo a Rodolfo. Se limitó a tomarme del brazo y a caminar hacia la puerta con premura. Podía sentir que el manuscrito tiraba de mí y que los hilos se estiraban para volver a llevarme a su lado.

—No podemos dejar el libro. Es...

—Ya sé lo que es —dijo Matthew en tono grave.

—¡Detenedlos! —gritó Rodolfo.

Pero el guardia del brazo roto ya se las había visto con un vampiro enfadado aquella noche. No iba a tentar el destino cortándole el paso a Matthew. En lugar de eso, puso los ojos en blanco y cayó al suelo, desmayado.

Gallowglass me echó la capa sobre los hombros mientras bajábamos las escaleras a todo correr. Dos guardias más —ambos inconscientes— yacían al pie de ellas.

—¡Vuelve y coge el libro! —le ordené a Gallowglass sin aliento por el constrictivo corsé y la velocidad a la que avanzábamos a través del patio—. No podemos permitir que Rodolfo se quede con él, ahora que sabemos lo que es.

Matthew se detuvo. Me estaba clavando los dedos en el brazo.

—No nos iremos de Praga sin el manuscrito. Volveré a cogerlo, te lo prometo. Pero antes vamos a irnos a casa. Debes preparar a los niños para partir en cuanto regrese.

—Hemos quemado nuestros puentes, títa —dijo Gallowglass, muy serio—.

Pistorius está encerrado en la Torre Blanca. He matado a un guardia y herido a tres más. Además, Rodolfo te ha tocado de una forma más que inapropiada y siento un intenso deseo de verlo muerto.

—No lo entiendes, Gallowglass. Ese libro puede ser la respuesta a *todo* —logré chillar antes de que Matthew me pusiera de nuevo en movimiento.

—Oh, entiendo más de lo que crees —me aseguró Gallowglass. Su voz se quedó flotando en el aire, cerca de mí—. Capté el olor mientras estaba en el piso de abajo, dejando fuera de juego a los guardias. En ese libro hay *wearhs* muertos. Y también brujas y daimones, te lo aseguro. ¿Quién iba a imaginar que el *Libro perdido de la vida* apestaría a muerte?

Capítulo 32

QUIÉN haría una cosa así? —me pregunté veinte minutos después, temblando al lado de la chimenea de la habitación principal del primer piso, mientras sujetaba una jícara de tisana de hierbas—. Es horripilante.

Como la mayoría de los manuscritos, el Ashmole 782 estaba hecho de pergamino, una piel especialmente tratada que había sido sumergida en lima para quitarle el pelo, luego había sido rascada para llevarse las capas subcutáneas de carne y grasa, y más tarde había sido empapada otra vez antes de estirla en un bastidor y rascarla un poco más.

La diferencia era que, en ese caso, las criaturas que habían usado para hacer el pergamino no eran ovejas, vacas o cabras, sino daimones, vampiros y brujas.

—Debía de ser como una especie de registro.

Matthew todavía estaba intentando asimilar lo que había visto.

—Pero tiene cientos de páginas —dije, incrédula. La idea de que alguien desollara a tantos daimones, vampiros y brujas e hiciera pergamino con sus pieles resultaba incomprensible. No tenía muy claro que pudiera volver a dormir durante toda la noche.

—Lo que significa que el libro contiene cientos de fragmentos de diferentes ADN.

Matthew se había pasado tantas veces los dedos por el pelo que empezaba a parecer un puercoespín.

—Los hilos que giraban entre nosotros y el Ashmole 782 parecían hélices dobles —dije.

Tendríamos que explicarle algo de genética moderna a Gallowglass, que, sin los cuatro siglos y medio de biología y química que había entre medias, hacía lo que podía para seguirnos.

—¿Entonces el ADN es como un árbol genealógico, pero sus ramas abarcan a más de una familia? —preguntó Gallowglass, pronunciando la palabra ADN lentamente, con una pausa entre cada letra.

—Sí —dijo Matthew—. De eso se trata.

—¿Has visto el árbol de la primera página? —le pregunté a Matthew—. El tronco estaba hecho de cuerpos y el árbol florecía, daba frutos y se despojaba de las hojas como el *arbor Dianae* que hicimos en el laboratorio de Mary.

—No, pero he visto a la criatura con el rabo en la boca —replicó Matthew.

Intenté febrilmente recordar lo que había visto, pero mi memoria fotográfica me falló cuando más la necesitaba. Había demasiada información nueva que absorber.

—En la imagen se veía a dos criaturas luchando... o abrazándose, no logré descifrarlo. No tuve oportunidad de contar el número de patas. La sangre que caía generaba cientos de nuevas criaturas. Aunque si una de ellas no fuera un dragón de cuatro patas, sino una serpiente...

—Y uno fuera un dragón de dos patas, entonces esos dragones alquímicos podrían representarnos a ti y a mí.

Matthew pronunció un impropio, breve pero sentido.

Gallowglass escuchó pacientemente hasta que acabamos, para volver al tema original.

—Y ese ADN ¿vive en nuestra piel?

—No solo en la piel, sino en la sangre, en los huesos, en el pelo, en las uñas... Está

por todo el cuerpo —explicó Matthew.

—Ah. —Gallowglass se frotó la barbilla—. ¿Y qué pregunta tienes en mente, exactamente, cuando dices que ese libro podría tener todas las respuestas?

—Por qué somos diferentes a los humanos —dijo Matthew, simple y llanamente—. Y por qué una bruja como Diana podría engendrar un hijo *wearh*.

Gallowglass nos dedicó una radiante sonrisa.

—Querrás decir a tu hijo, Matthew. Me di perfecta cuenta de que la tía era capaz de eso allá en Londres. Nunca olió a nadie más, solo a ella misma... y a ti. ¿Lo sabía Philippe?

—Pocos lo sabían —dije de inmediato.

—Hancock sí. Y también Françoise y Pierre. Supongo que se lo habrán contado todo a Philippe —dijo Gallowglass, mientras se ponía en pie—. Iré a buscar el libro de la tía, entonces. Si tiene que ver con los bebés De Clermont, debemos tenerlo.

—Rodolfo lo habrá guardado bajo llave o se lo habrá llevado a la cama con él —predijo Matthew—. No va a ser fácil sacarlo del palacio, especialmente si han encontrado a Pistorius y este anda por ahí lanzando hechizos y haciendo el mal.

—Hablando del emperador Rodolfo, ¿podemos quitarle ese collar de los hombros a la tía? Odio esa maldita insignia.

—Con mucho gusto —dije, al tiempo que tiraba de la cadena y lanzaba el chabacano objeto sobre la mesa—. Exactamente, ¿qué tiene que ver la Orden del Dragón Vencido con los De Clermont? Doy por hecho que no debe de ser amiga de la Orden de San Lázaro, teniendo en cuenta el hecho de que el pobre uróboros ha sido parcialmente desollado y se está estrangulando a sí mismo.

—Nos odian y desean vernos muertos —dijo Matthew, inexpresivamente—. Los Draculesti^[IV] reprueban la mente abierta con que ve mi padre el islam y a los otomanos, y han hecho voto de acabar con todos nosotros. Así podrían cumplir sus aspiraciones políticas libremente.

—Y quieren el dinero de los De Clermont —observó Gallowglass.

—¿Los Draculesti? —pregunté. Mi voz se extinguió—. Pero Drácula es un mito humano... Un mito destinado a inculcar el miedo hacia los vampiros.

De hecho, era el mito humano vampírico por excelencia.

—Eso le causaría sorpresa al patriarca del clan, Vlad el Dragón —comentó Gallowglass—, aunque se alegraría de saber que continúa aterrorizando a la gente.

—El Drácula de los humanos, el hijo del Dragón conocido como el Empalador, no era más que un miembro de la prole de Vlad —explicó Matthew.

—El Empalador era un canalla inundo. Por suerte, ya está muerto y lo único de lo que hemos de preocuparnos es de su padre, de sus hermanos y de sus aliados, los Báthory —declaró Gallowglass, bastante jubiloso.

—Según la versión de los humanos, Drácula vivió durante siglos... Puede que todavía siga vivo. ¿Estás seguro de que realmente está muerto? —pregunté.

—Vi cómo Baldwin le cortaba la cabeza y la enterraba a cincuenta kilómetros del resto del cuerpo. Entonces estaba realmente muerto, y sigue estando realmente muerto ahora —me aseguró Gallowglass, con una mirada reprobatoria—. Deberías ser más sensata y no creer esas historias de humanos, tía. Nunca ha habido ni una pizca de verdad en ellas.

—Creo que Benjamin tenía uno de esos emblemas con el dragón. *Herr* Maisel se lo entregó. Me di cuenta del parecido de los colores cuando el emperador lo mostró por vez primera.

—Me dijiste que Benjamin había dejado Hungría —le dijo Matthew en tono acusador a su sobrino.

—Y lo hizo. Lo juro. Baldwin le ordenó que se marchase o que se enfrentara al mismo destino del Empalador. Deberías haber visto la cara de Baldwin. Ni el mismísimo demonio habría sido capaz de desobedecer a tu hermano.

—Quiero que estemos todos lo más lejos posible de Praga cuando salga el sol —dijo Matthew, con expresión seria—. Algo va muy mal. Puedo olerlo.

—Puede que no sea tan buena idea. ¿No sabes qué noche es? —preguntó Gallowglass. Matthew negó con la cabeza—. La noche de Walpurgis. Encenderán hogueras por toda la ciudad y quemarán efigies de brujas..., a menos que puedan encontrar una de verdad, por supuesto.

—Dios santo. —Matthew se pasó los dedos por el pelo, dándole de paso un buen meneo—. Al menos las hogueras proporcionarán alguna distracción. Tenemos que descubrir cómo burlar a los guardias de Rodolfo, entrar en sus aposentos privados y encontrar el libro. Luego, con fogatas o sin ellas, saldremos de la ciudad.

—Somos *wearhs*, Matthew. Si alguien puede robarlo, somos nosotros —declaró Gallowglass, con confianza.

—No va a ser tan fácil como crees. Puede que logremos entrar, pero ¿saldremos?

—Yo puedo ayudar, señor Roydon.

La voz de Jack sonaba como una flauta, comparada con la sonora voz de bajo de Gallowglass y la de barítono de Matthew. Este último dio media vuelta para mirar al niño con el ceño fruncido.

—No, Jack —dijo con firmeza—. No puedes robar nada, ¿lo recuerdas? Además, solo has estado en los establos del palacio. No tendrías ni idea de dónde buscar.

—Bueno... Eso no es del todo cierto —confesó Gallowglass, incómodo—. Yo lo llevé a la catedral. Y al salón principal, a ver los dibujos que en su día dibujaste en las paredes de la Escalera de los Caballeros. Y ha estado en las cocinas. Ah —añadió Gallowglass, tras una pausa—, y también ha ido a ver la colección de fieras, por supuesto. Habría sido cruel no haberle dejado ver a los animales.

—También ha ido al castillo conmigo —dijo Pierre desde el umbral—. No quería que se aventurase a ir él solo un día y que se perdiera.

—¿Y adónde lo has llevado *tú*, Pierre? —preguntó Matthew, en tono glacial—. ¿A la sala del trono, para que pudiera saltar arriba y abajo sobre el asiento real?

—No, milord. Lo he llevado a la herrería y a conocer al señor Hoefnagel. —Pierre se irguió cuan largo era, lo cual no era mucho, y bajó la vista hacia su patrón—. Creí que debería enseñarle sus dibujos a alguien realmente experto en esas lides. El señor Hoefnagel se quedó de lo más impresionado y dibujó un retrato con pluma y tinta de él al momento, como recompensa.

—Pierre también me ha llevado a la cámara de los guardias —dijo Jack en voz baja—. Fue allí donde cogí esto —reconoció, levantando una anilla llena de llaves—. Solo quería ver el unicornio, porque no podía imaginar cómo podría trepar hasta las estrellas y pensé que debía de tener alas. Luego el señor Gallowglass me mostró la Escalera de los Caballeros... Me gusta mucho vuestro dibujo del ciervo corriendo, señor Roydon. Los guardias estaban hablando. No pude entender todo, pero oí la palabra *einhorn* y pensé que, tal vez, sabían dónde estaba y...

Matthew cogió a Jack por los hombros y se agachó hasta que sus ojos se encontraron.

—¿Sabes lo que habrían hecho de haberte cogido?

Mi marido parecía tan aterrado como el niño.

Jack asintió.

—¿Y merece la pena que te golpeen por ver un unicornio?

—Ya me han golpeado antes. Pero nunca he visto una bestia mágica. Salvo el león de la colección de fieras del emperador. Y el dragón de la señora Roydon.

Jack se tapó la boca con la mano de una palmada, horrorizado.

—¿Así que también has visto eso? Praga ha sido una experiencia reveladora para todos los implicados, entonces —dijo Matthew, levantándose y extendiendo la mano—. Dame las llaves —le pidió a Jack. Este lo hizo, aunque a regañadientes. Matthew se inclinó ante el niño—. Estoy en deuda contigo, Jack.

—Pero he sido malo —susurró el muchacho frotándose el trasero, como si ya hubiera sentido el castigo que Matthew estaba dispuesto a repartir.

—Yo soy malo todo el tiempo —confesó Matthew—. Pero a veces de ello sale algo bueno.

—Sí, pero a *vos* nadie os pega —dijo Jack, que todavía intentaba entender ese extraño mundo donde los hombres adultos estaban en deuda con los niños pequeños y su héroe no era perfecto, después de todo.

—Una vez, el padre de Matthew le pegó con una espada. Yo lo vi. Luego le dio un puñetazo y se puso de pie encima de él.

Las alas del dragón revolotearon suavemente dentro de mi caja torácica, dándome la razón en silencio.

—Debe de ser tan grande como Sixtus, el oso del emperador —dijo Jack, sorprendido por el hecho de que alguien lograra vencer a Matthew.

—Lo es —dijo este, antes de rugir como el oso en cuestión—. Vuelve a la cama ahora mismo.

—Pero soy hábil... y rápido —protestó Jack—. Puedo coger el libro de la señora Roydon sin que nadie me vea.

—Yo también, Jack —prometió Matthew.

Matthew y Gallowglass volvieron del palacio llenos de sangre, de suciedad y de hollín. Y con el Ashmole 782.

—¡Lo tenéis! —grité. Annie y yo estábamos esperando en el primer piso. Teníamos unas pequeñas bolsas llenas con las cosas básicas de viaje.

Matthew abrió la cubierta.

—Las tres primeras páginas han desaparecido.

El libro, que solo unas horas antes se encontraba entero, ahora estaba roto y el texto corría por la página. Había pensado pasar los dedos sobre las letras y los símbolos una vez estuviera en nuestras manos para determinar su significado. Ahora eso era imposible. En cuanto las yemas de mis dedos tocaban el pergamino, las palabras se dispersaban en todas direcciones.

—Encontramos a Kelley con el libro. Estaba inclinado sobre él y canturreaba como un loco —aseguró Matthew, antes de hacer una pausa—. El libro le estaba respondiendo.

—Lo que dice es verdad, tía. Yo mismo oí las palabras, aunque no pude descifrarlas.

—Así que el libro está vivo de verdad —murmuré.

—Y también muerto de verdad —dijo Gallowglass, mientras tocaba la tapa—. Es un objeto diabólico, además de poderoso.

—Cuando Kelley nos vio, gritó con todas sus fuerzas y comenzó a romper páginas del libro. Antes de que pudiera detenerlo, los guardias estaban allí. Tuve que elegir entre el libro y Kelley —dijo Matthew, vacilando—. ¿He hecho lo correcto?

—Eso creo —dije—. Cuando encontré el libro en Inglaterra, estaba roto. Y será más fácil hallar las páginas fugitivas en el futuro que ahora.

Los motores de búsqueda modernos y los catálogos de las bibliotecas serían de enorme ayuda, dado que sabía lo que estaba buscando.

—Eso suponiendo que las páginas no hayan sido destruidas —dijo Matthew—. Si ese es el caso...

—Entonces nunca llegaremos a conocer todos los secretos del libro. Aun así, tu moderno laboratorio podría revelar más cosas sobre lo que queda de lo que imaginábamos cuando iniciamos la búsqueda.

—¿Entonces estás lista para volver? —preguntó Matthew, con una chispa de algo en un ojo que reprimió con rapidez. ¿Era emoción? ¿Terror?

Asentí.

—Ha llegado la hora.

Huimos de Praga bajo el fuego de las hogueras. Las criaturas de nuestra especie permanecían escondidas la noche de Walpurgis, porque no querían que la multitud las viera, no fuera a ser que se encontraran volando hacia la pira.

Hacia poco que las gélidas aguas del mar del Norte habían vuelto a ser navegables y el deshielo primaveral había quebrado el hielo en los muelles. Los barcos salían de los puertos en dirección a Inglaterra y pudimos coger uno sin demora. Aun así, el tiempo era tormentoso cuando zarpamos de la costa europea.

En nuestro camarote bajo cubierta, encontré a Matthew estudiando el libro. Había descubierto que estaba cosido con largos mechones de pelo.

—*Dieu* —murmuró—, ¿cuánta información genética más podrá contener este libro?

Antes de que pudiera impedirselo, se llevó la punta del dedo meñique a la lengua y luego a las gotas de sangre que llovían del pelo del bebé en la primera página existente.

—¡Matthew! —grité, horrorizada.

—Justo lo que pensaba. Las tintas contienen sangre. Y, si ese es el caso, me atrevería a decir que el pan de oro y plata que se encuentra sobre las ilustraciones ha sido aplicado con una base de pegamento hecha de huesos. De huesos de criatura.

El barco se escoró hacia sotavento y mi estómago con él. Cuando empecé a encontrarme mal, Matthew me estrechó entre sus brazos. El libro yacía entre los dos, ligeramente abierto, mientras las líneas de texto trataban de encontrar su lugar en el orden de las cosas.

—¿Qué hemos hecho? —susurré.

—Hemos encontrado el Árbol de la Vida y el Libro de la Vida, todo en uno.

Matthew apoyó la mejilla en mi pelo.

—Cuando Peter Knox me dijo que el libro contenía todos los hechizos originales de los brujos, le dije que estaba loco. No podía imaginarme a nadie tan tonto como para poner tanto conocimiento en un solo lugar —comenté, mientras tocaba el libro—. Pero este libro contiene tantas cosas más... Y eso que todavía no sabemos lo que dicen las palabras. Si

cayera en las manos equivocadas en nuestra época...

—Podrían usarlo para destruirnos a todos —dijo Matthew, completando la frase.

Estiré la cabeza para mirarlo.

—¿Qué vamos a hacer con él, entonces? ¿Llevarlo con nosotros al futuro o dejarlo aquí?

—No lo sé, *mon coeur*.

Matthew me estrechó con más fuerza, ahogando el sonido de la tormenta que arremetía contra el casco.

—Pero este libro bien podría tener la llave de todas tus preguntas.

Me sorprendía que Matthew fuera capaz de separarse de él ahora que sabía lo que contenía.

—No de todas —dijo—. Hay una que solo tú puedes responder.

—¿Cuál es? —pregunté, frunciendo el ceño.

—¿Estás mareada o estás encinta?

Los ojos de Matthew eran tan pesados y tormentosos como el cielo, y en ellos centelleaban brillantes relámpagos.

—Tú deberías saberlo mejor que yo.

Habíamos hecho el amor hacía solo unos cuantos días y justo después me di cuenta de que se me había retrasado el período.

—No he visto al niño en tu sangre ni he oído su corazón, aún no. Lo que he notado es un cambio en tu olor. Me recuerda a la última vez. No puedes estar embarazada de más de unas semanas.

—Creí que el hecho de que estuviera embarazada haría que sintieras más deseos que nunca de no separarte del libro.

—Tal vez mis preguntas no necesitan respuestas con tanta urgencia como creía

—repuso Matthew y, para demostrarlo, dejó el libro en el suelo, fuera de la vista—. Creí que me diría quién soy y por qué estoy aquí. Pero quizá ya lo sepa.

Esperé a que se explicara.

—Después de tanto buscar, he descubierto que soy quien siempre he sido: Matthew de Clermont. Esposo. Padre. Vampiro. Y que estoy aquí por una única razón: para lograr un cambio.

Capítulo 33

PETER Knox esquivó los charcos del patio del monasterio de Strahov de Praga. Estaba realizando su circuito anual de primavera por las bibliotecas de Europa Central y del Este. Cuando los turistas y los eruditos se encontraban en el momento de menor actividad, Knox iba de un antiguo depósito a otro para asegurarse de que no había aparecido nada perjudicial en los últimos doce meses que pudiera causar problemas a la Congregación o a él. En cada biblioteca tenía un informador de confianza, un miembro de la plantilla de nivel suficientemente alto para tener libre acceso a los libros y manuscritos, pero no tanto como para que más tarde le pudieran pedir que tomara una postura de principios en contra de los tesoros de la biblioteca simplemente... desapareciendo.

Knox había estado llevando a cabo visitas regulares como aquella desde que había finalizado el doctorado y se había puesto a trabajar para la Congregación. Muchas eran las cosas que habían cambiado desde la II Guerra Mundial, y la estructura administrativa de la Congregación se había adaptado a los tiempos. Con la revolución del transporte en el siglo XIX, los trenes y las carreteras permitieron un nuevo estilo de gerencia en la que cada especie vigilaba a los suyos en lugar de supervisar un área geográfica. Aquello implicaba muchos viajes y escribir muchas cartas, ambas cosas posibles en la era del vapor. Philippe de Clermont había jugado un papel decisivo a la hora de modernizar las operaciones de la Congregación, aunque Knox hacía tiempo que sospechaba que lo hacía más por proteger los secretos de los vampiros que por fomentar el progreso.

Pero entonces las guerras mundiales desbarataron las comunicaciones y las redes de transporte, y la Congregación volvió a las viejas costumbres. Era más sensato dividir el globo en porciones que cruzarlo para seguir a un individuo en concreto acusado de mal comportamiento. Nadie habría osado sugerir un cambio tan radical cuando Philippe estaba vivo. Por suerte, el antiguo cabecilla de la familia De Clermont ya no se encontraba allí para oponerse. Internet y el correo electrónico amenazaban con hacer que tales viajes se volvieran innecesarios, pero a Knox le gustaba la tradición.

El topo de Knox en la biblioteca de Strahov era un hombre de mediana edad llamado Pavel Skovajsa. Todo en él era marrón, como el papel de estraza, y llevaba unas gafas de la época comunista que se negaba a cambiar, aunque no estaba muy claro si su renuencia se debía a razones históricas o sentimentales. Normalmente, los dos hombres se encontraban en la fábrica de cerveza del monasterio, donde había unos brillantes tanques de cobre y servían una excelente cerveza ambarina bautizada en honor a San Norberto, cuyos restos mortales descansaban en las proximidades.

Pero ese año, Skovajsa sí había encontrado algo.

—Es una carta. En hebreo —le había susurrado Skovajsa a través de la línea telefónica. No se fiaba de las nuevas tecnologías, no tenía teléfono móvil y detestaba los correos electrónicos. Por eso trabajaba en el departamento de conservación, donde su idiosincrásica visión del conocimiento no ralentizaría el firme avance de la biblioteca hacia la modernidad.

—¿Por qué susurras, Pavel? —le había preguntado Knox, irritado. El único problema de Skovajsa era que le gustaba considerarse un espía salido del hielo de la Guerra Fría. Y, por lo tanto, era un poco paranoico.

—Porque he despedazado un libro para conseguirla. Alguien la había escondido

bajo las guardas de un ejemplar de *De arte cabalistica*, de Johannes Reuchlin —explicó Skovajsa, cada vez más emocionado. Knox miró el reloj. Era tan temprano que aún no se había tomado el café—. Tienes que venir de inmediato. Habla de la alquimia y de ese inglés que trabajó para Rodolfo II. Puede que sea importante.

Knox tomó el siguiente vuelo que salía de Berlín. Y ahora Skovajsa lo había secuestrado y se lo había llevado a una lúgubre sala en el sótano de la biblioteca, iluminada por una única bombilla desnuda.

—¿No hay un sitio más cómodo para hacer negocios? —dijo Knox, mirando la mesa de metal (también de la época comunista) con recelo—. ¿Eso es estofado húngaro? —preguntó, señalando una olla pegajosa que había sobre la superficie.

—Las paredes oyen y los suelos ven —dijo Skovajsa, limpiando el sitio con el dobladillo de su jersey marrón—. Aquí estamos más seguros. Siéntate. Deja que te traiga la carta.

—Y el libro —dijo Knox, bruscamente. Skovajsa se volvió, sorprendido por el tono.

—Sí, claro. El libro también.

—Ese no es *Sobre el arte de la cábala* —dijo Knox cuando Skovajsa regresó, irritándose más a cada momento que pasaba. El libro de Johannes Reuchlin era fino y elegante. Aquella monstruosidad debía de tener casi ochocientas páginas. Cuando golpeó la mesa, el impacto hizo temblar la parte de arriba y las patas metálicas de esta.

—No exactamente —dijo Skovajsa, a la defensiva—. Es *De arcanis catholicae veritatis*, de Galatino. Pero el Reuchlin está dentro.

El enfoque arrogante de los detalles bibliográficos precisos era una de las pesadillas de Knox.

—En la primera página hay inscripciones en hebreo, en latín y en francés —dijo Skovajsa mientras levantaba la cubierta. Como no había nada que sujetara el lomo del libro del grueso ejemplar, a Knox no le sorprendió oír un siniestro crujido. Miró a Skovajsa, alarmado—. No te preocupes —lo tranquilizó el conservacionista—, no está catalogado. Lo descubrí simplemente porque se encontraba en una estantería al lado de otra copia que teníamos que sacar para volver a coser. Probablemente llegó aquí por error cuando se volvieron a traer los libros en 1989.

Knox examinó diligentemente la primera página y sus inscripciones.

בְּיָמֵינוּ זָאֵב יִטְרֹף בְּבֹקֶר יֹאכֵל עַד וְלַעֲרֵב יִחְלַק שְׁלָל:

Génesis 49:27

Benjamin lupus rapax mane comedet praedam et vespere dividet spolia. Benjamin est un loup qui déchire; au matin il dévore la proie, et le soir il partage le butin.

—Se trata de un veterano, ¿no es así? Y está claro que el dueño tenía una buena educación —dijo Skovajsa.

—«Benjamin es un lobo rapaz: por la mañana devora la presa y por la noche reparte los despojos» —musitó Knox. No tenía ni idea de dónde estaba la relación entre aquellos

versos con *De Arcanis*. La obra de Galatino contribuyó con un único disparo a la guerra de la Iglesia católica contra el misticismo judío, la misma guerra que había llevado a la quema de libros, a los procesos inquisitoriales y a las cazas de brujas en el siglo XVI. La posición de Galatino sobre dichos asuntos se revelaba a través del título: *Acerca de los secretos de la verdad universal*. En un fugaz instante de acrobacia intelectual, Galatino alegaba que los judíos se habían anticipado a las doctrinas cristianas y que el estudio de la cábala podría ayudar a los católicos a convertir a los judíos a la verdadera fe.

—Puede que el dueño se llamara Benjamin —sugirió Skovajsa, antes de mirar hacia atrás y pasarle un archivo a Knox. Este se alegró al ver que no llevaba impresas las palabras *TOP SECRET* en letras rojas—. Y aquí está la carta. Yo no hablo hebreo, pero el nombre Edwardus Kellaeus y el término «alquimia» (*alchymia*) están en latín.

Knox pasó la página. Estaba soñando. Tenía que estarlo. La carta databa del segundo día de Elul de 5369, el 1 de septiembre de 1609 en el calendario cristiano. Y estaba firmada por Yehuda ben Bezales, un hombre más conocido como el rabino Judah Loew.

—Sabes hebreo, ¿no? —preguntó Skovajsa.

—Sí. —Esa vez fue Knox el que susurró—. Sí —repitió con más fuerza. Luego se quedó mirando la carta.

—¿Y bien? —preguntó Skovajsa cuando hubo transcurrido casi un minuto de silencio—. ¿Qué dice?

—Al parecer, un judío de Praga conoció a Edward Kelley y le estaba escribiendo a un amigo para contárselo —dijo Knox. Aquello era verdad... en cierto modo—. «Te deseo larga vida y paz, Benjamin, hijo de Gabriel, querido amigo», escribió el rabino Loew.

He recibido tu carta procedente de mi ciudad natal con gran alborozo. Poznan es un lugar mejor para ti que Hungría, donde nada te aguarda, salvo miseria. Aunque ya soy un anciano, tu misiva me ha vuelto a traer a la memoria con claridad los extraños sucesos acaecidos en la primavera de 5351, cuando Edwardus Kellaeus, estudiante de alquimia y favorito del emperador, acudió a mí. Despotricaba sobre un hombre al que había matado y sobre que los guardias del emperador pronto lo detendrían por asesinato y traición. Presagió su propia muerte, gritando: «Caeré como los ángeles en el infierno». También habló de ese libro que tú buscas y que le fue sustraído al emperador Rodolfo, como bien sabes. Kellaeus en ocasiones lo llamaba el Libro de la creación y a veces el Libro de la vida. Kellaeus lloraba y decía que el fin del mundo ya estaba aquí. No dejaba de repetir augurios del tipo «Empieza con la ausencia y el deseo», «Empieza con sangre y miedo», «Empieza con el descubrimiento de las brujas», y cosas así. En su locura, Kellaeus había arrancado tres páginas del Libro de la vida, incluso antes de que se lo arrebataran al emperador. Una de las hojas me la entregó a mí. Kellaeus no me dijo a quién había entregado las otras páginas, y no dejaba de hablar en clave sobre el ángel de la muerte y el ángel de la vida. Desgraciadamente, desconozco el paradero actual de dicho libro. Esa hoja ya no obra en mi poder, pues se la entregué a Abraham ben Elijah para que la guardara en un lugar seguro. Este murió a causa de la peste y puede que la página se haya perdido para siempre. El único que podría ser capaz de arrojar luz sobre el misterio es tu hacedor. Que tu interés en curar ese libro roto se haga extensivo a curar tu linaje roto para que puedas encontrar la paz con el padre que te dio la vida y el aliento. El Señor guarde tu espíritu, de tu amigo, que te quiere, Yehuda de la ciudad santa de Praga, hijo de Bezalel, 2 del mes Elul de 5369.

—¿Eso es todo? —dijo Skovajsa tras otra larga pausa—. ¿Solo habla de un encuentro?

—Básicamente, sí —respondió Knox. Luego hizo unos cálculos rápidos en la parte trasera del archivo. Loew había muerto en 1609. Kelley lo había visitado dieciocho años antes. Primavera de 1591. Metió la mano en el bolsillo para coger el teléfono y miró la pantalla, contrariado—. ¿Aquí no hay cobertura?

—Estamos bajo tierra —dijo Skovajsa encogiéndose de hombros mientras señalaba las anchas paredes—. ¿Entonces he hecho bien al informarte de esto? —preguntó y se humedeció los labios, expectante.

—Has hecho bien, Pavel. Me quedaré con la carta. Y con el libro. —Eran los únicos objetos que Knox se había llevado jamás de la biblioteca de Strahov.

—Vale. Creí que merecía la pena, por la mención de la alquimia.

Pavel sonrió.

Lo que sucedió a continuación fue lamentable. Skovajsa tuvo la mala fortuna, tras años de búsqueda infructuosa, de encontrar algo precioso para Knox. Con unas cuantas palabras y un pequeño gesto, Knox se aseguró de que Pavel nunca pudiera compartir lo que había visto con ninguna otra criatura. Por cuestiones sentimentales y éticas, Knox no lo mató. Aquella habría sido la reacción de un vampiro, como bien sabía tras encontrar a Gillian Chamberlain empotrada contra la puerta de su habitación en el hotel Randolph el pasado otoño. Pero, como era un brujo, se había limitado a liberar el coágulo que ya acechaba en el muslo de Skovajsa, para permitir que viajara hasta su cerebro. Una vez allí, ocasionaría un derrame cerebral mortal. Pasarían horas hasta que alguien lo encontrara y sería demasiado tarde para hacer nada.

Knox regresó al coche de alquiler con el libro de proporciones bíblicas y con la carta a buen recaudo, debajo del brazo. Cuando estuvo lo suficientemente lejos del complejo de Strahov, se detuvo a un lado de la carretera y sacó la carta con manos temblorosas.

Todo lo que la Congregación sabía sobre el misterioso libro de los orígenes —el Ashmole 782— se basaba en fragmentos como aquel. Cada nuevo descubrimiento aumentaba considerablemente sus conocimientos. Y aquella carta contenía algo más que una breve descripción del libro y algunas pistas veladas sobre su importancia. Había nombres y fechas, y la asombrosa revelación de que al libro que Diana Bishop había visto en Oxford le faltaban tres páginas.

Knox le echó otro vistazo a la carta. Quería saber más, extraer de ella cualquier rastro potencialmente útil de información. Esa vez destacaron ciertas palabras y frases: «tu linaje roto», «el padre que te dio la vida y el aliento», «tu hacedor». Tras la primera lectura, Knox había dado por hecho que Loew estaba hablando de Dios. Pero, tras la segunda, llegó a una conclusión muy diferente. Knox cogió el teléfono y pulsó un único número.

—*Oui*.

—¿Quién es Benjamin ben Gabriel? —preguntó Knox.

Hubo un momento de completo silencio.

—Hola, Peter —dijo Gerbert de Aurillac. La mano libre de Knox se cerró en un puño al oír la insulsa respuesta. Aquello era muy típico de los vampiros de la Congregación. Hablaban de honestidad y cooperación, pero llevaban vivos un tiempo excesivo y sabían demasiado. Además, como a todos los depredadores, no les entusiasmaba compartir sus botines.

—«Benjamin es un lobo rapaz». Sé que Benjamin ben Gabriel es un vampiro.

¿Quién es?

—Nadie relevante.

—¿Sabes qué pasó en Praga en 1591? —le preguntó Knox con firmeza.

—Gran cantidad de cosas. No esperarás que te enumere todos los acontecimientos, como si fueras un profesor de Historia de instituto.

Knox notó un débil temblor en la voz de Gerbert, algo que solo una persona que conociera a aquel hombre habría percibido. Gerbert, el venerable vampiro que nunca se quedaba sin palabras, estaba nervioso.

—El ayudante del doctor Dee, Edward Kelley, estuvo en la ciudad en 1591.

—Ya hemos hablado de esto antes. Es verdad, la Congregación creyó en su momento que el Ashmole 782 podría haber estado en la biblioteca de Dee. Pero me reuní con Edward Kelley en Praga, cuando esas sospechas empezaban a surgir en la primavera de 1586. El doctor Dee tenía un libro lleno de ilustraciones, pero no era el nuestro. Desde entonces, habíamos seguido el rastro de todos los ejemplares de la biblioteca de Dee, solo para asegurarnos. Elias Ashmole no se hizo con el manuscrito por medio de Dee ni de Kelley.

—Estás equivocado. Kelley tenía el libro en mayo de 1591 —le aseguró Knox, antes de hacer una pausa—. Y se deshizo de él. Al libro que Diana Bishop vio en Oxford le faltaban tres páginas.

—¿Qué es lo que sabes, ¿Peter? —preguntó Gerbert con aspereza.

—¿Qué es lo que sabes tú, Gerbert?

A Knox no le caía bien el vampiro, pero habían sido aliados durante años. Ambos entendían que un cambio cataclísmico se aproximaba a su mundo. Tras este, habría ganadores y perdedores. Ninguno de los dos tenía intención alguna de estar en el lado perdedor.

—Benjamin ben Gabriel es hijo de Matthew de Clairmont —dijo Gerbert a regañadientes.

—¿Su hijo? —repitió Knox, aturdido. Benjamin de Clermont no estaba en ninguna de las elaboradas genealogías vampíricas que guardaba la Congregación.

—Sí. Pero Benjamin renegó de su estirpe. No es algo que un vampiro haga a la ligera, dado que el resto de la familia podría matarlo para proteger sus secretos. Matthew prohibió a los De Clermont que acabaran con la vida de su hijo. Y nadie ha vuelto a ver a Benjamin desde el siglo XIX, cuando desapareció en Jerusalén.

A Knox se le cayó el mundo encima. No podían permitir que Matthew de Clairmont tuviera el Ashmole 782. No si este contenía los conocimientos populares más apreciados de las brujas.

—Bueno, pues vamos a tener que encontrarlo —dijo Knox con seriedad— porque, según esta carta, Edward Kelley dispersó las tres páginas. Una se la entregó al rabino Loew, que se la dio a su vez a alguien llamado Abraham ben Elijah de Chem.

—Abraham ben Elijah fue en su momento un brujo muy poderoso. ¿Vosotras, criaturas, no sabéis nada de vuestra propia historia?

—Sabemos que no debemos confiar en los vampiros. Siempre he rechazado ese prejuicio porque me parecía histrionismo, no historia, pero ahora no estoy tan seguro —dijo Knox, y se quedó callado—. Loew le dijo a Benjamin que le pidiera ayuda a su padre. Sabía que De Clermont ocultaba algo. Tenemos que encontrar a Benjamin de Clermont y hacer que nos diga lo que él y su padre saben sobre el Ashmole 782.

—Benjamin de Clermont es un joven voluble. Estaba aquejado de la misma

enfermedad que afectaba a la hermana de Matthew, Louisa —declaró la criatura. Los vampiros la llamaban rabia de sangre y la Congregación se preguntaba si aquella enfermedad no estaría relacionada de alguna manera con la nueva dolencia que afectaba a los vampiros, la que hacía que murieran tantos seres de sangre caliente tras intentos fallidos de crear vampiros nuevos—. Si de verdad faltan tres hojas del Ashmole 782, las encontraremos sin su ayuda. Será mejor así.

—No. Es hora de que los vampiros revelen sus secretos.

Knox sabía que el éxito o el fracaso de sus planes podría depender perfectamente de aquella inestable rama del árbol genealógico de los De Clermont. Miró la carta una vez más. Loew dejaba claro que quería que Benjamin curase no solo el libro, sino también su relación con su familia. Matthew de Clairmont podría saber más sobre aquel asunto de lo que cualquiera de ellos sospechaba.

—Supongo que ahora querrás hacer un viaje en el tiempo hasta la Praga de la época de Rodolfo para buscar a Edward Kelley —gruñó Gerbert, intentando ahogar un suspiro de impaciencia. Los brujos podían ser muy impulsivos.

—Al contrario. Voy a ir a Sept-Tours.

Gerbert resopló. Asaltar el palacete de la familia De Clermont era una idea todavía más ridícula que la de volver al pasado.

—Por muy tentador que pueda ser, no es prudente. Baldwin hace la vista gorda solo por el distanciamiento que se produjo entre él y Matthew —dijo Gerbert. El único error de estrategia de Philippe, al menos que él recordara, había sido transferir los Caballeros de San Lázaro a Matthew, en lugar de al hijo mayor, que siempre había creído que tenía derecho al puesto—. Además, Benjamin ya no se considera un De Clermont... y los De Clermont ciertamente no creen que sea uno de ellos. El último lugar donde lo encontrarías sería en Sept-Tours.

—Por lo que sabemos, Matthew de Clermont ha estado en posesión de una de las páginas perdidas durante siglos. El libro no nos sirve de nada si está incompleto. Además, es hora de que ese vampiro pague por sus pecados, y también por los de su madre y su padre.

Entre los dos habían sido responsables de la muerte de miles de brujos. Que los vampiros se preocuparan de aplacar a Baldwin. Knox tenía la justicia de su lado.

—No olvides los pecados de su amante —dijo Gerbert, en tono despiadado—. Echo de menos a mi Juliette. Diana Bishop me debe una vida por la que me arrebató.

—¿Cuento con tu apoyo, entonces?

A Knox le daba igual que fuera así o que no lo fuera. Estaría liderando un grupo de asalto de brujos contra la fortaleza de los De Clermont antes de finales de semana, con o sin la ayuda de Gerbert.

—Así es —concordó Gerbert, con reticencia—. Se están reuniendo todos allí. Los brujos. Los vampiros. Incluso hay algún que otro daimón dentro. Se hacen llamar el «Conventículo». Marcus envió un mensaje a los vampiros de la Congregación exigiendo que se rompiera el pacto.

—Pero eso significaría...

—El fin de nuestro mundo —añadió Gerbert.

QUINTA PARTE

Londres: Blackfriars

Capítulo 34

ME habéis fallado!

Un zapato de damasco rojo salió volando por los aires. Matthew inclinó la cabeza justo antes de que lo golpeará. El zapato siguió más allá de su oreja, derribó una enjoyada esfera armilar que había sobre la mesa y acabó cayendo al suelo. Los anillos entrelazados de la esfera giraron en sus órbitas fijas con impotente frustración.

—Quería a Kelley, idiota. Y en lugar de ello tengo al embajador del emperador, que me ha puesto al corriente de vuestras numerosas indiscreciones. Cuando exigió verme, todavía no eran las ocho en punto y el sol apenas había salido —gritó Isabel Tudor. La reina estaba aquejada de dolor de muelas, lo que no mejoraba su mala disposición. Aspiró una mejilla para proteger el molar infectado e hizo una mueca—. ¿Y dónde estabais vos? Arrastrándoos de nuevo a mi presencia, haciendo caso omiso de mi sufrimiento.

Una belleza de ojos azules se adelantó y le tendió a Su Majestad un paño impregnado de aceite de clavo. Con Matthew furioso a mi lado, el olor a especias de la sala era casi abrumador. Isabel puso delicadamente el paño entre la mejilla y las encías, y la mujer se alejó con su vestido verde haciendo frufrú alrededor de sus tobillos. Era un tono optimista para aquel nuboso día de mayo, como si tuviera la esperanza de acelerar la llegada del verano. La habitación del cuarto piso de la torre del palacio de Greenwich ofrecía una amplia vista del río gris, del suelo sucio y de los cielos tormentosos de Inglaterra. A pesar de las numerosas ventanas, la luz plateada de la mañana no hacía mucho para disipar la melancolía de la sala, que era rotundamente masculina y tenía muebles de comienzos de la época de los Tudor. Las iniciales talladas en el techo —una E y una A de Enrique VIII y Ana Bolena— indicaban que aquella habitación había sido decorada más o menos en la época en que Isabel había nacido y que se le había dado poco uso desde entonces.

—Tal vez deberíamos escuchar al señor Roydon antes de que arrojéis el tintero —sugirió William Cecil gentilmente. El brazo de Isabel se detuvo, pero no posó el pesado objeto de metal.

—Sí tenemos noticias de Kelley —afirmé, deseando ayudar.

—No precisamos de vuestra opinión, señora Roydon —dijo la reina de Inglaterra bruscamente—. Como demasiadas de las mujeres de la corte, habéis perdido completamente la gobernanza o el decoro. Si deseáis permanecer en Greenwich con vuestro esposo en lugar de ser enviada a Woodstock, donde deberíais estar, tendréis que ser inteligente y tomar a la señorita Throckmorton como modelo. Nunca habla a menos que se le ordene.

La señorita Throckmorton miró a Walter, que estaba de pie al lado de Matthew. Nos los habíamos encontrado en las escaleras traseras de los aposentos privados de la reina y, aunque Matthew se había negado por considerarlo innecesario, Walter había insistido en acompañarnos a la guarida del león.

Bess apretó los labios para contener su regocijo, pero los ojos le hacían chiribitas. El hecho de que la joven y atractiva pupila de la reina y su gallardo y saturnino pirata tenían relaciones íntimas era obvio para todos, salvo para Isabel. Cupido había logrado atrapar a *sir* Walter Raleigh, como Matthew había prometido. El hombre estaba perdidamente enamorado.

El gesto de la boca de Walter se suavizó al ver la mirada desafiante de su amante. La ostensible ojeada que él le echó a modo de respuesta prometía que ya tratarían el tema de su decoro en un lugar más privado.

—Dado que no requerís la presencia de Diana, tal vez permitáis que mi esposa se vaya a casa y descanse, como os había pedido —dijo Matthew sin alterarse, aunque tenía una mirada tan negra y furibunda como la de la reina—. Lleva varias semanas viajando.

La barcaza real nos había interceptado antes de haber puesto pie en Blackfriars.

—¡Descansar! Yo no he tenido más que noches en vela desde que recibí noticias de vuestras aventuras en Praga. ¡Descansará cuando haya acabado con vos! —gritó Isabel, mientras el tintero seguía el camino del real calzado. Cuando este se dirigió hacia mí con un efecto tardío, Matthew extendió la mano y lo cogió. Sin mediar palabra, se lo pasó a Raleigh, quien se lo lanzó al mozo que ya estaba en posesión del zapato de la reina.

—El señor Roydon sería mucho más difícil de reemplazar que un artillero astronómico, Majestad —dijo Cecil, antes de tenderle un cojín bordado—. Tal vez podríais considerar esto si os encontráis con la necesidad de hacerlos con más munición.

—¡Ni se os ocurra manejarme, lord Burghley! —exclamó la reina, echando chispas. Acto seguido, se volvió con furia hacia Matthew—. Sebastian Saint Clair no trataba así a mi padre. No habría osado provocar al león de los Tudor.

Bess Throckmorton parpadeó al oír aquel nombre que no le resultaba familiar. Su dorada cabeza iba de Walter a la reina como un primaveral narciso buscando el sol. Cecil tosió suavemente al percatarse de la evidente confusión de la joven.

—Permitid que rememoremos a vuestro bendito padre en algún otro momento, cuando podamos prestarle la atención que se merece a su recuerdo. ¿No teníais preguntas que hacerle al señor Roydon?

El secretario de la reina miró a Matthew, excusándose. «¿Qué demonio preferiríais?», parecía decir su expresión.

—Tenéis razón, William. No es propio de los leones perder el tiempo con ratones y otras criaturas insignificantes.

El desdén de la reina logró dejar a Matthew a la altura del betún. Una vez que pareció adecuadamente arrepentido, y aunque el músculo que le temblaba en la barbilla hacía que yo me preguntara hasta qué punto eran sinceros sus remordimientos, la reina se tomó unos instantes para serenarse. De todos modos, seguía aferrada a los brazos de la silla con tal fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Me gustaría saber cómo es que mi Sombra ha podido estropearlo todo hasta tal punto —dijo, con voz súbitamente quejumbrosa—. El emperador tiene alquimistas en abundancia. No necesita a los míos.

Los hombros de Walter descendieron ligeramente y Cecil ahogó un suspiro de alivio. Si la reina estaba llamando a Matthew por su sobrenombre, su temor podía verse aliviado.

—Edward Kelley no puede ser arrancado de la corte del emperador como una mala hierba, sin importar cuántas rosas crezcan allí —dijo Matthew—. Rodolfo lo valora demasiado.

—Así que Kelley por fin ha tenido éxito. La piedra filosofal *está* en su poder —dijo Isabel, antes de tomar aire de forma repentina y presionar un lado de la cara cuando este le golpeó la muela dolorida.

—No, no ha tenido éxito. Y ese es el *quid* de la cuestión. Mientras Kelley siga prometiendo más de lo que es capaz de hacer, Rodolfo nunca se deshará de él. El

emperador se comporta como un joven inexperto, más que como un monarca experimentado, fascinado por lo que no puede tener. Su Majestad adora la caza. Es lo que llena sus días e invade sus sueños —aseguró Matthew, impasible.

Los campos inundados y los ríos crecidos de Europa nos situaban a una distancia considerable de Rodolfo II, pero había momentos en los que todavía podía sentir su desagradable tacto y sus miradas codiciosas. A pesar del calor de mayo y del fuego que ardía en el hogar, me estremecí.

—El nuevo embajador francés me ha escrito para comunicarme que Kelley ha convertido cobre en oro.

—Philippe de Mornay no es más de fiar que vuestro antiguo embajador. Quien, si mal no recuerdo, intentó asesinaros.

El tono de Matthew guardaba un equilibrio perfecto entre la obsequiosidad y la irritación. Isabel volvió a mirar hacia él.

—¿Me estáis lanzando un cebo, señor Roydon?

—Nunca le lanzaría un cebo a un león. Ni siquiera al cachorro de un león —aseguró Matthew, arrastrando las palabras. Walter cerró los ojos como si no soportara ser testigo de la inevitable devastación que causarían las palabras de Matthew—. Salí muy mal parado tras un encontronazo de ese tipo y no albergo deseos de arruinar más mi belleza por miedo a que no soportéis volver a verme.

Se produjo un silencio de desconcierto, roto finalmente por una carcajada en absoluto femenina. Walter abrió los ojos de par en par.

—Recibisteis vuestro merecido por acercaros a hurtadillas a una joven doncella cuando estaba cosiendo —aseguró Isabel, con un tono muy similar al de la indulgencia. Yo sacudí ligeramente la cabeza, segura de que estaba oyendo mal.

—Lo tendré en cuenta, Majestad, en caso de que me tope con otra joven leona con un afilado par de garras.

Walter y yo estábamos ya tan confusos como Bess. Solo Matthew, Isabel y Cecil parecían entender lo que se estaba diciendo... y lo que no.

—Incluso entonces erais mi Sombra —replicó Isabel, mientras miraba a Matthew como si volviera a ser una chiquilla y no una mujer que se acercaba a los sesenta a pasos agigantados. Entonces parpadeé y, cuando volví a mirar, era de nuevo una monarca hastiada y entrada en años—. Dejados.

—¿M... Majestad? —tartamudeó Bess.

—Deseo hablar con el señor Roydon en privado. Supongo que no accederá a perder de vista a su deslenguada esposa, así que ella también puede quedarse. Espérame en mi cámara privada, Walter. Llévate a Bess contigo. Me reuniré con vosotros en breve.

—Pero... —protestó Bess. La muchacha miró a su alrededor, nerviosa. Estar cerca de la reina era su trabajo, y sin un protocolo que la guiase se sentía a la deriva.

—Ahora tendréis que asistirme a mí, señorita Throckmorton —dijo Cecil, mientras se alejaba dolorosamente unos cuantos pasos de la reina ayudado por su pesado bastón. Al pasar por delante de Matthew, le dirigió una dura mirada—. Dejaremos que el señor Roydon vele por el bienestar de Su Majestad.

La reina echó con un gesto de la mano a los sirvientes que había en la sala y nos quedamos los tres solos.

—*Jesu* —dijo Isabel con un gruñido—. Tengo la cabeza como una manzana podrida a punto de partirse. ¿No podríais haber elegido un momento más oportuno para ocasionar un incidente diplomático?

—Permitidme que os examine —le pidió Matthew.

—¿Creéis que podríais proporcionarme cuidados que mi cirujano no puede darme, señor Roydon? —preguntó la reina, con recelo pero esperanzada.

—Creo que puedo ahorraros algún dolor, Dios mediante.

—Hasta el mismo momento de su muerte, mi padre hablaba de vos con nostalgia —aseguró Isabel, retorciendo las manos sobre los pliegues de la falda—. Os comparaba con un tónico cuyos beneficios no había sabido apreciar.

—¿Cómo?

Matthew no hizo ningún esfuerzo para ocultar su curiosidad. Aquella no era una historia que hubiera oído antes.

—Decía que erais capaz de hacer que se le pasara un humor de perros más rápido que cualquier hombre que hubiera conocido jamás. Aunque, como la mayoría de los preparados, podíais ser difícil de digerir —manifestó Isabel. Cuando Matthew soltó una atronadora carcajada, la reina sonrió, pero su sonrisa flaqueó—. Era un hombre maravilloso y terrible..., además de necio.

—Todos los hombres son necios, Majestad —se apresuró a decir Matthew.

—No. Volvamos a hablarnos con claridad de nuevo, como si yo no fuera reina de Inglaterra y vos no fuerais un *wealh*.

—Solo si me permitís echar un vistazo a vuestra muela —dijo Matthew, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Hubo un tiempo en que una invitación para intimar conmigo habría sido suficiente incentivo y no habríais añadido más condiciones a mi propuesta —dijo Isabel con un suspiro—. Estoy perdiendo algo más que los dientes. Muy bien, señor Roydon.

La reina abrió la boca obedientemente. Aunque estaba a varios metros, pude oler la podredumbre. Matthew tomó su cabeza entre las manos para poder ver el problema con más claridad.

—Es un milagro que tengáis algún diente —dijo con severidad. Isabel enrojeció de irritación y forcejeó para responder—. Podéis gritarme cuando haya terminado. Para entonces tendréis una buena razón para hacerlo, ya que os habré confiscado vuestros caramelos de violeta y el vino dulce. Eso hará que lo más peligroso que podáis beber sea agua de menta y lo más nocivo que podáis chupar, linimento de clavo para las encías. Las tenéis gravemente inflamadas.

Matthew le pasó el dedo por los dientes. Varios de ellos se contonearon de forma alarmante y a Isabel se le salieron los ojos de las órbitas. Emitió un sonido de desagrado.

—Puede que seas reina de Inglaterra, Isa, pero eso no hace que sepas de medicina y cirugía. Habría sido más sensato hacer caso al consejo del cirujano. Ahora, estate quieta.

Mientras intentaba recuperar la compostura después de haber oído a mi esposo llamar a la reina de Inglaterra «Isa», Matthew retiró el dedo índice, lo frotó contra su propio y afilado colmillo para que saliera una gota de sangre y volvió a meterlo dentro de la boca de Isabel. Aunque lo hizo con cuidado, la reina dibujó una mueca de dolor. Luego bajó los hombros, aliviada.

—*Asias* —farfulló entre los dedos de Matthew.

—No me lo agradezcáis todavía. No quedará ni un confite ni un dulce en diez kilómetros a la redonda cuando haya acabado. Y el dolor regresará, me temo.

Matthew separó los dedos y la reina se pasó la lengua por la boca.

—Sí, pero por ahora se ha ido —dijo, agradecida. Isabel señaló unas sillas que había cerca—. Desgraciadamente no nos queda más remedio que arreglar cuentas. Siéntate y

háblame de Praga.

Tras haber pasado semanas en la corte del emperador, sabía que era un extraordinario privilegio ser invitado a sentarse en presencia de cualquier gobernante, pero en ese momento me sentí doblemente agradecida por tener la oportunidad de hacerlo. El viaje había exacerbado la fatiga normal de las primeras semanas de embarazo. Matthew sacó una de las sillas para mí y me senté en ella. Presioné la parte baja de la espalda contra la madera tallada, usando sus protuberancias y relieves para masajear las doloridas articulaciones. La mano de Matthew acudió automáticamente a la misma zona, que presionó y masajé para aliviarme el dolor. Una ráfaga de envidia cruzó el rostro de la reina.

—¿Vos también estáis dolorida, señora Roydon? —preguntó esta, solícita. Estaba siendo demasiado amable. Cuando Rodolfo trataba así a un cortesano, solía significar que algo siniestro estaba tramando.

—Sí, Majestad. Por desgracia, no se trata de nada que pueda solucionar el agua de menta —comenté con pesar.

—Tampoco atusará las plumas erizadas del emperador. Su embajador me ha dicho que has robado uno de los libros de Rodolfo.

—¿Qué libro? —preguntó Matthew—. Rodolfo tiene gran cantidad de ellos.

Dado que hacía tiempo que la mayoría de los vampiros no estaban familiarizados con la condición de inocencia, su actuación sonó hueca.

—No estamos jugando, Sebastian —dijo la reina en voz queda, confirmando mi sospecha de que Matthew era conocido como Sebastian Saint Clair en la corte de Enrique.

—Tú siempre estás jugando —le espetó Matthew—. En eso no eres diferente al emperador o a Enrique de Francia.

—La señorita Throckmorton me ha dicho que has estado intercambiando versos con Walter sobre las veleidades del poder. Pero yo no soy una de esas vanas potentadas que no son aptas para nada, salvo para el desdén y el ridículo. Fui criada por gente muy dura —replicó la reina—. Aquellos que me rodeaban (madre, tías, madrastras, tíos y primos) se han ido. Yo he sobrevivido. Así que no pretendas mentirme y salir impune. Te vuelvo a preguntar: ¿qué ha sido del libro?

—Nosotros no lo tenemos —interrumpí.

Matthew me miró, sorprendido.

—El libro no se encuentra en nuestras manos. Actualmente.

Sin duda, ya estaba a salvo en El Venado y la Corona, guardado a buen recaudo en el archivo del ático de Matthew. Yo le había entregado el libro a Gallowglass envuelto para protegerlo en un hule y en cuero, cuando la barcaza real nos había dado alcance Támesis arriba.

—Bien, bien —respondió Isabel, mientras su boca se ensanchaba lentamente y dejaba a la vista sus dientes ennegrecidos—. Me desconcertáis. Y a vuestro esposo también, según parece.

—Soy una caja de sorpresas, Majestad. O eso dicen.

No importaba cuántas veces Matthew la llamara Isa o ella lo llamara Sebastian, yo tuve la prudencia de referirme a ella formalmente.

—Al parecer el emperador es víctima de una ilusión, entonces. ¿Cómo lo explicáis?

—No hay nada de extraordinario en ello —dijo Matthew con un bufido—. Me temo que la locura que ha aquejado a su familia está afectando a Rodolfo. Incluso ahora su hermano Matías conspira para derrocarlo y se posiciona para hacerse con el poder cuando

el emperador ya no pueda seguir reinando.

—No me extraña que el emperador esté tan deseoso de quedarse con Kelley. La piedra filosofal lo curará y hará que el asunto de su sucesión pase a ser irrelevante. —La expresión de la reina se agrió—. Vivirá para siempre, sin temor alguno.

—Venga, Isa. Eres más lista que eso. Kelley no puede hacer la piedra. No puede salvarte ni a ti ni a nadie más. Hasta las reinas y los emperadores tienen que morir algún día.

—Somos amigos, Sebastian, pero no te olvides de ti mismo.

Los ojos de Isabel brillaban.

—Cuando tenías siete años y me preguntaste si tu padre planeaba matar a su nueva esposa, te dije la verdad. Fui honesto contigo entonces y seré honesto contigo ahora, por mucho que te enoje. Nada te devolverá la juventud, Isa, ni resucitará a aquellos que has perdido —dijo Matthew, implacable.

—¿Nada? —Isabel lo observó cuidadosamente—. No veo arrugas ni canas en ti. Estás exactamente como hace cincuenta años en Hampton Court, cuando te di las tijeras.

—Si me estás pidiendo que use mi sangre para convertirte en una *wearh*, Majestad, la respuesta debe ser no. El pacto nos prohíbe inmiscuirnos en cuestiones de política humana... y eso ciertamente incluye alterar la sucesión inglesa poniendo a una criatura en el trono.

La expresión de Matthew era adusta.

—¿Y sería esa tu respuesta si Rodolfo te hiciera esa petición? —preguntó Isabel, con los negros ojos centelleando.

—Sí. Desencadenaría el caos... y cosas peores.

La perspectiva era escalofriante.

—Tu reino está a salvo —le aseguró Matthew—. El emperador se está comportando como un niño malcriado a quien le hubieran negado un regalo. Eso es todo.

—Incluso ahora su tío, Felipe de España, está construyendo barcos. ¡Planea otra invasión!

—Y no tendrá mayores consecuencias —prometió Matthew.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

La leona y el lobo se miraron con la mesa de por medio. Cuando finalmente Isabel se quedó satisfecha, apartó la vista con un suspiro.

—Muy bien. Vosotros no tenéis el libro del emperador y yo no tengo ni a Kelley ni la piedra. Todos tendremos que aprender a convivir con la decepción. Aun así, me gustaría ofrecerle al embajador del emperador algo que endulce su humor.

—¿Qué os parece esto? —pregunté, mientras cogía el bolso de encima de las sayas. Este contenía mis bienes más preciados (aparte del Ashmole 782 y el anillo que llevaba en el dedo): los cordones de seda que Goody Alsop me había regalado para tejer los hechizos, un suave guijarro de vidrio que Jack había encontrado en las arenas del Elba y había tomado por una joya, un fragmento de un preciado bezoar pétreo para que Susana usara en sus medicinas y las salamandras de Matthew. Y un collar espantosamente recargado con un dragón moribundo colgando que me había regalado el sacro emperador romano. Puse lo último sobre la mesa, entre la reina y yo.

—Es un adorno digno de una reina, no de la esposa de un caballero —dijo Isabel, extendiendo la mano para tocar el refulgente dragón—. ¿Qué le disteis a Rodolfo para que os regalara esto?

—Es como Matthew ha dicho, Majestad. El emperador codicia lo que nunca podrá llegar a tener. Creyó que con esto se ganaría mi afecto. Pero no fue así —dije, sacudiendo la cabeza.

—Puede que Rodolfo no pueda soportar que el resto sepa que dejó escapar algo de tanto valor —sugirió Matthew.

—¿Te refieres a tu esposa o a esta joya?

—A mi esposa —respondió Matthew, brevemente.

—La joya resultará útil, de todos modos. Tal vez quería entregarme el collar a mí —musitó Isabel—, pero tú te encargaste personalmente de traerlo aquí para mayor seguridad.

—El alemán de Diana no es muy bueno —concedió Matthew, con una sonrisa irónica—. Cuando Rodolfo se lo puso sobre los hombros, debió de hacerlo simplemente para poder imaginar mejor cómo te quedaría a ti.

—Oh, lo dudo —dijo Isabel, secamente.

—Si el emperador pretendía que este collar fuera para la reina de Inglaterra, habría deseado entregárselo con la ceremonia apropiada. Si le concedemos al embajador el debido crédito... —sugerí.

—Existe una buena solución. No satisfará a nadie, desde luego, pero dará a mis cortesanos algo de qué hablar hasta que surja una nueva intriga —dijo Isabel mientras daba unos golpecitos en la mesa, pensativa—. Pero todavía queda la cuestión del libro.

—¿Me creerías si te dijera que no es importante? —preguntó Matthew.

Isabel negó con la cabeza.

—No.

—Lo suponía. ¿Y si te digo lo contrario, que el futuro puede depender de él? —preguntó Matthew.

—Eso es todavía más inverosímil. Pero dado que no albergo deseo alguno de que Rodolfo ni nadie de su estirpe tenga el futuro en sus manos, dejaré en las vuestras la devolución del manuscrito..., siempre y cuando este vuelva a caer en vuestras manos, por supuesto.

—Gracias, Majestad —dije, aliviada porque el tema hubiera quedado zanjado con relativamente pocas mentiras.

—No lo he hecho por vos —me recordó Isabel, secamente—. Ven, Sebastian. Cuélgame la joya alrededor del cuello. Luego podrás volver a transformarte en el señor Roydon, bajaremos a la sala de audiencias y representaremos una demostración de gratitud para que todos se queden asombrados.

Matthew hizo lo que le ordenaron, y sus dedos se entretuvieron sobre los hombros de la reina más de lo necesario. Ella le dio una palmada en la mano.

—¿Tengo la peluca bien puesta? —me preguntó Isabel, poniéndose en pie.

—Sí, Majestad.

En realidad estaba ligeramente torcida, tras la asistencia de Matthew.

Isabel levantó la mano y le dio un tirón a la peluca.

—Enseñad a vuestra esposa a contar mentiras de forma convincente, señor Roydon. Necesitará ser más avezada en las artes del engaño o no sobrevivirá mucho tiempo en la corte.

—El mundo está más necesitado de honestidad que de una nueva cortesana —comentó Matthew, mientras la agarraba del codo—. Diana seguirá siendo como es.

—Un esposo que valora la honestidad en su propia esposa —dijo Isabel, negando

con la cabeza—. Esa es la mejor prueba que he visto jamás de que el fin del mundo se acerca, como predijo el doctor Dee.

Cuando Matthew y la reina aparecieron en el umbral de la cámara privada, el silencio cayó sobre la multitud. La sala estaba repleta hasta los topes y la multitud miraba con cautela y alternativamente a la reina, a un joven de la edad de un estudiante universitario que supuse que sería el embajador imperial y a Cecil, para volver a empezar de nuevo.

Matthew se desembarazó de la mano de la reina, que estaba posada en el aire sobre su brazo doblado. Mi dragón batió las alas de forma alarmante dentro de las costillas.

Me llevé la mano al diafragma para calmar a la bestia. «Aquí hay dragones de verdad», le advertí en silencio.

—Agradezco al emperador su regalo, excelencia —dijo Isabel, caminando directamente hacia el adolescente con la mano extendida para que se la besara. El joven la miró sin entender nada—. *Gratias tibi ago*.

—Cada vez son más jóvenes —murmuró Matthew mientras me atraía hacia él.

—Eso es lo que yo digo de mis estudiantes —respondí en un susurro—. ¿Quién es?

—Vilém Slavata. Debes de haber visto a su padre en Praga.

Observé al joven Vilém e intenté imaginar qué aspecto tendría dentro de veinte años.

—¿Su padre era el regordete del hoyuelo en la barbilla?

—Uno de ellos. Acabas de describir a la mayoría de los subalternos de Rodolfo —señaló Matthew, cuando le dirigí una mirada de exasperación.

—¡Dejad de cuchichear, señor Roydon! —Isabel le echó una mirada fulminante a mi marido, que hizo una reverencia para disculparse. Su Majestad continuó el parloteo en latín—. *Decet eum qui dat, non meminisse beneficii: eum vero, qui accipit, intueri non tam munus quam dantis animum*.

La reina de Inglaterra le había puesto al embajador un examen de lengua para ver si era digno de ella.

Slavata palideció. El pobre muchacho iba a suspender.

«Le corresponde a él, al que da, no recordar el favor: pero le corresponde a ella, la que recibe, no valorar tanto el regalo sino el alma del dadivoso». Tosí para disimular la risa de satisfacción una vez hube descifrado la traducción.

—¿Majestad? —tartamudeó Vilém en inglés, con un marcado acento.

—Regalo. Del emperador. —Isabel señaló imperiosamente el collar de cruces esmaltadas que llevaba puesto sobre los delgados hombros. El dragón le colgaba más abajo a Su Majestad que a mí. Esta suspiró con exagerada exasperación—. Decidle lo que he dicho en su propio idioma, señor Roydon. No tengo paciencia para dar lecciones de latín. ¿Es que el emperador no educa a sus sirvientes?

—Su excelencia sabe latín, Majestad. El embajador Slavata asistió a la Universidad de Wittenberg y continuó estudiando Derecho en Basilea, si la memoria no me falla. No es el idioma lo que lo confunde, sino vuestro mensaje.

—Entonces vamos a ser meridianamente claros para que tanto él como su señor lo reciban. Y no por mi propio bien—dijo Isabel, misteriosamente—. Proceded.

Encogiéndose de hombros, Matthew repitió el mensaje de Su Majestad en la lengua materna de Slavata.

—He entendido lo que ha dicho —respondió Slavata, aturdido—, pero ¿qué quiere decir?

—Estáis confuso —señaló Matthew comprensivamente en checo—. Es habitual entre los nuevos embajadores. No os preocupéis por eso. Decidle a la reina que es un placer para Rodolfo haberle regalado esa joya. Así podremos cenar.

—¿Podrías decírselo vos por mí? —Slavata parecía totalmente un pez fuera del agua.

—Espero que no hayáis causado otro malentendido entre el emperador Rodolfo y yo, señor Roydon —dijo Isabel, visiblemente irritada porque entre los siete idiomas que dominaba no se encontrara el checo.

—Su excelencia informa de que el emperador le desea a Vuestra Majestad salud y felicidad. Y el embajador Slavata está encantado de que el collar esté donde debe estar y no se haya perdido, como el emperador temía.

Matthew miró a su señora con benevolencia. Ella se dispuso a decir algo, pero cerró la boca de golpe y dirigió la mirada hacia él. Slavata, ansioso por aprender, quería saber cómo se las había arreglado Matthew para hacer callar a la reina de Inglaterra. Cuando el embajador hizo un gesto para animar a Matthew a traducir, Cecil se encargó del muchacho.

—Maravillosas noticias, excelencia. Creo que ya habéis tenido suficientes lecciones por hoy. Vamos, acompáñeme a cenar —dijo Cecil, conduciéndolo a una mesa cercana. La reina, eclipsada tanto por su espía como por su consejero jefe, se aclaró la garganta mientras subía los tres bajos escalones del estrado ayudada por Bess Throckmorton y Raleigh.

—¿Y ahora, qué? —susurré. El espectáculo había finalizado y los ocupantes de la sala mostraban signos de impaciencia.

—Desearía seguir hablando con vos, señor Roydon —gritó Isabel, mientras le colocaban los cojines a su agrado—. No os vayáis muy lejos.

—Pierre estará ahí al lado, en la sala de audiencias. Te conducirá hasta mis aposentos, donde hay una cama y podrás disfrutar de algo de paz y tranquilidad. Allí podrás descansar hasta que Su Majestad me libere. No debería llevar mucho tiempo. Solo quiere un informe completo sobre Kelley.

Matthew se llevó mi mano a los labios y la besó ceremoniosamente.

Conociendo la afición de Isabel por los miembros varones de su séquito, bien podrían ser horas.

Aunque estaba preparada para el griterío de la sala de audiencias, este me golpeó y me hizo dar un paso atrás. Los cortesanos que no eran suficientemente importantes para garantizarse la cena en la cámara privada me empujaban al pasar, deseando llegar hasta su propia cena antes de que se acabara la comida. El estómago me dio un vuelco al oler el venado asado. Nunca me acostumbraría a él, y al bebé tampoco le gustaba.

Pierre y Annie estaban de pie al lado de la pared con el resto de los sirvientes. Ambos parecieron aliviados cuando aparecí.

—¿Dónde está milord? —preguntó Pierre, mientras me sacaba de la aglomeración de cuerpos.

—Esperando a la reina —dije—. Estoy demasiado cansada para permanecer despierta... o para comer. ¿Podrías llevarme al cuarto de Matthew?

Pierre miró preocupado la entrada de la cámara privada.

—Por supuesto.

—Yo conozco el camino, señora Roydon —dijo Annie. Recién llegada de Praga y tras haber hecho bastantes progresos en su segunda visita a la corte de Isabel, Annie estaba adoptando una actitud de estudiada despreocupación.

—Le mostré el cuarto de milord cuando os llevaron a ver a Su Majestad —me aseguró Pierre—. Está bajando las escaleras, bajo los aposentos destinados en su día a la esposa del rey.

—Y ahora utilizados por los favoritos de la reina, supongo —añadí entre dientes. Sin duda allí era donde Walter dormía... o no dormía, según fuera el caso—. Espera aquí a Matthew, Pierre. Annie y yo encontraremos el camino.

—Gracias, *madame* —dijo Pierre, mirándome agradecido—. No me gusta dejarlo demasiado tiempo con la reina.

Los miembros del servicio de la reina estaban concentrados en la cena en los alrededores menos espléndidos de la sala de la guardia. Nos miraron con frívola curiosidad a Annie y a mí cuando pasamos por allí.

—Debe de haber un camino más directo —dije, mientras me mordía el labio y bajaba la vista hacia el largo tramo de escaleras. El salón principal debía de estar aún más lleno.

—Lo siento, señora, pero no lo hay —dijo Annie, disculpándose.

—Enfrentémonos a la multitud, entonces —dije con un suspiro.

El salón principal estaba abarrotado de personas que requerían la atención de la reina. Un susurro de emoción me dio la bienvenida al ver que llegaba de los aposentos reales, pero a este le siguieron murmullos de decepción cuando se demostró que no era nadie trascendente. Después de lo de la corte de Rodolfo estaba más acostumbrada a ser objeto de atención, pero todavía me resultó incómodo sentir los pesados vistazos de los humanos, unos cuantos pellizcos de los daimones y la cosquilleante mirada de una bruja solitaria. Cuando la fría mirada de un vampiro se posó en mi espalda, sin embargo, me volví alarmada.

—¿Señora? —inquirió Annie.

Mis ojos escrutaron a la multitud, pero no fui capaz de localizar la fuente.

—No pasa nada, Annie —murmuré, incómoda—. Solo es la imaginación, que me juega malas pasadas.

—Necesitáis descansar —me amonestó. Me recordó mucho a Susanna.

Pero no me esperaba ningún descanso en los espaciosos aposentos de Matthew situados en la planta baja, que tenían vistas a los jardines privados de la reina. En lugar de ello, me topé con el principal dramaturgo de Inglaterra. Envié a Annie a sacar a Jack de cualquiera que fuera el lío en que se hubiera metido y me armé de valor para enfrentarme a Christopher Marlowe.

—Hola, Kit —dije. El daimón levantó la vista de la mesa de Matthew. Había varias hojas llenas de versos esparcidas a su alrededor—. ¿Te han dejado solo?

—Walter y Henry están cenando con la reina. ¿Por qué no estáis con ellos?

Kit estaba pálido, delgado y abstraído. Se levantó y empezó a reunir los papeles, mientras dirigía ansiosas miradas a la puerta como si esperase que alguien entrara y nos interrumpiera.

—Estoy demasiado cansada —expliqué, antes de bostezar—. Pero no es preciso que te vayas. Quédate a esperar a Matthew. Se alegrará de verte. ¿Qué estás escribiendo?

—Un poema.

Tras aquella brusca respuesta, Kit se sentó. Algo iba mal. El daimón parecía realmente nervioso.

En el tapiz que había en la pared detrás de él se veía una doncella de cabellos dorados en lo alto de una torre que tenía vistas al mar. Sostenía un farol y oteaba el

horizonte. «Eso lo explica todo».

—Estás escribiendo sobre Hero y Leandro.

Aquello no fue una pregunta. Kit probablemente había estado suspirando por Matthew y trabajando en el épico poema de amor desde que habíamos embarcado en Gravesend, en enero. No respondió.

Al cabo de unos instantes, recité los versos de mayor relevancia.

Juraban que era una doncella de varón ataviada, pues poseía lo que un hombre en una mujer deseaba: mejillas alegres y gratas, ojos llenos de viveza, una frente donde el amor alimentaba a la realeza. Y aunque sabido es que sois un hombre, ratifico lo afirmado: que para el juego amoroso, Leandro, vos habéis sido creado. ¿Por qué no osáis amar a nadie, cuando todos os adoran?

Kit estalló desde el asiento donde se encontraba.

—¿Qué treta de bruja es esa? Sabéis lo que estoy haciendo al tiempo que lo hago.

—No es ninguna treta, Kit. ¿Quién iba a entender cómo te sientes mejor que yo? —dije con tacto.

Kit pareció recobrar el control, aunque le temblaban las manos cuando se levantó.

—Debo irme. Tengo una cita en el patio de las justas. Dicen que habrá un festejo especial el mes que viene, antes de que la reina emprenda los viajes veraniegos. Me han pedido que asista.

Cada año, Isabel recorría el país con una caravana de miembros del séquito y cortesanos para vivir a costa de los nobles y dejar a su paso enormes deudas y despensas vacías.

—Me aseguraré de decirle a Matthew que has estado aquí. Sentirá no haberte visto.

Un refulgente brillo hizo acto de presencia en los ojos de Marlowe.

—Tal vez os gustaría acompañarme, señora Roydon. Hace un día agradable y todavía no habéis visto Greenwich.

—Gracias, Kit —repliqué, sorprendida por aquel repentino cambio de humor. Aunque, después de todo, era un daimón. Y fantaseaba con Matthew. Aunque tenía intención de descansar y los acercamientos de Kit resultaban forzados, debía hacer un esfuerzo por el bien de la armonía—. ¿Queda lejos? Estoy un poco cansada después del viaje.

—En absoluto —me aseguró Kit, haciendo una reverencia—. Después de vos.

El patio de justas de Greenwich recordaba a un grandioso estadio de atletismo con sectores acordonados para los atletas, zona para los espectadores y equipamiento esparcido por doquier. Dos juegos de barricadas recorrían el centro de la compacta superficie.

—¿Es ahí donde tienen lugar las justas?

Podía imaginar el sonido de los cascos al chocar contra la tierra, mientras los caballeros se dirigían con premura el uno hacia el otro, con las lanzas en ángulo sobre los cuellos de las monturas para poder golpear el escudo de su oponente y derribarlo.

—Sí. ¿Os gustaría verlo más de cerca? —preguntó Kit.

El lugar estaba desierto. Había lanzas clavadas en el suelo, aquí y allá. Vi algo que se parecía de forma alarmante a un patíbulo, con un poste erguido y un largo brazo. En lugar de un cadáver, sin embargo, era un saco de arena lo que se tambaleaba colgado de él. Había sido atravesado y la arena se escapaba de él en un fino torrente.

—Es una quintana —explicó Marlowe, señalando hacia el artilugio—. Los jinetes apuntan con las lanzas al saco de arena.

Extendió la mano hacia arriba y le dio un empujón al brazo para enseñármelo. Este giró en redondo y proporcionó un objetivo en movimiento para perfeccionar la habilidad de los caballeros. Marlowe escrutó el patio de justas.

—¿Está aquí el hombre con el que te vas a reunir?

Yo también miré en derredor. Pero la única persona que alcancé a ver fue a una mujer alta, de cabello oscuro y con un fastuoso vestido rojo. Se encontraba lejos, en la distancia, sin duda disfrutando de una cita romántica antes de la cena.

—¿Habéis visto la otra quintana?

Kit señaló en dirección opuesta, donde un maniquí hecho de paja y áspera arpillera estaba atado a un poste. Aquello también se asemejaba más a un sistema de ejecución que a maquinaria deportiva.

Noté una mirada fría y firme. Antes de que pudiera darme la vuelta, un vampiro me agarró con unos brazos que poseían aquel familiar tacto que hacía que parecieran más de acero que de carne y hueso. Sin embargo, no eran los brazos de Matthew.

—Vaya, es todavía más deliciosa de lo que esperaba —dijo una mujer, mientras su gélido aliento serpenteaba alrededor de mi cuello.

«Rosas. Angalia». Reconocí los olores y traté de recordar dónde había olido antes aquella combinación.

«En Sept-Tours. En la habitación de Louisa de Clermont».

—Tiene algo en la sangre que resulta irresistible a los *wearhs* —dijo Kit bruscamente—. No entiendo lo que es, pero hasta parece haber subyugado al padre Hubbard.

Unos ásperos dientes me arañaron el cuello, aunque no rompieron la piel.

—Será divertido jugar con ella.

—Nuestro plan era matarla —se quejó Kit. Ahora que Louisa estaba allí, todavía temblaba más y estaba más inquieto. Yo me quedé en silencio, intentando desesperadamente imaginar de qué juego hablaban—. Luego todo volverá a ser como antes.

—Paciencia. —Louisa absorbió mi olor—. ¿Puedes oler su miedo? Siempre me agudiza el apetito.

Kit se acercó unos centímetros, fascinado.

—Pero si estás pálido, Christopher. ¿Necesitas más medicina? —preguntó Louisa, mientras me agarraba de otra forma para poder meter la mano en la faltriquera. Le tendió a Kit una pegajosa píldora marrón. Él la aceptó de buen grado y se metió la bola en la boca—. Son milagrosas, ¿verdad? Los sangre caliente alemanes las llaman «piedras de la inmortalidad», porque los ingredientes logran que incluso los humanos más lastimeros se sientan como dioses. Y te han hecho sentirte fuerte de nuevo.

—Es la bruja quien me debilita, al igual que debilitó a vuestro hermano.

Los ojos de Kit se volvieron vidriosos y su aliento adquirió un nauseabundo olor dulce. «Opiáceos». No me extrañaba que se comportara de una forma tan rara.

—¿Es eso cierto, bruja? Kit dice que habéis amarrado a mi hermano en contra de su voluntad.

Louisa me dio la vuelta. Su hermoso rostro era la personificación de las pesadillas vampíricas de cualquier sangre caliente: piel pálida como la porcelana, cabello moreno y ojos oscuros tan empañados de opio como los de Kit. Exhalaba maldad y sus labios rojos perfectamente dibujados no solo eran sensuales, sino crueles. Era aquella una criatura capaz de dar caza y asesinar sin una pizca de remordimiento.

—Yo no amarré a vuestro hermano. Lo elegí. Y él me eligió a mí, Louisa.

—¿Sabes quién soy?

Louisa alzó sus oscuras cejas.

—Matthew no tiene secretos para mí. Nos hemos apareado. Y también somos marido y mujer. Vuestro padre presidió nuestro matrimonio. —«Gracias, Philippe».

—¡Mentirosa! —exclamó Louisa. Sus pupilas engulleron el iris a medida que perdía el control. No tendría que enfrentarme únicamente a las drogas, sino también a la rabia de sangre.

—No creáis nada de lo que os diga —le advirtió Kit, antes de sacar una daga del jubón y agarrarme del pelo. Grité de dolor mientras me echaba la cabeza hacia atrás. Kit me rodeó el ojo derecho con la daga—. Le voy a arrancar los ojos para que ya no pueda usarlos con el fin de hacer encantamientos o para ver mi destino. Sabe cuándo voy a morir. Estoy seguro. Sin su visión de bruja, no podrá controlarnos. Y tampoco a Matthew.

—La bruja no se merece una muerte tan rápida —dijo Louisa con vehemencia.

Kit presionó el punto de carne que estaba justo bajo el hueso de la frente y una gota de sangre me rodó por la mejilla.

—Eso no fue lo que acordamos, Louisa. Para romper el conjuro, necesito sus ojos. Luego la quiero bien muerta. Mientras la bruja viva, Matthew no la olvidará.

—Shh, Christopher. ¿Acaso no te amo? ¿Acaso no somos aliados?

Louisa agarró a Kit y lo besó intensamente. Luego recorrió su mandíbula con la boca y descendió hacia donde la sangre le latía en las venas. Acarició la piel con los labios y vi la mancha de sangre que acompañó al movimiento. Kit inspiró de forma entrecortada y cerró los ojos.

Louisa bebió con avidez del cuello del daimón. Mientras lo hacía, permanecimos en un apretado nudo, encerrados juntos en los fuertes brazos de la vampira. Intenté liberarme, pero no hizo más que agarrarme con más fuerza mientras proyectaba los dientes y los labios hacia Kit.

—Mi dulce Christopher —murmuró después de beber hasta saciarse, mientras lamía la herida. La marca que Kit presentaba en el cuello era plateada y tersa, como la cicatriz que yo tenía en el pecho. Louisa debía de haberse alimentado de él antes—. Puedo saborear la inmortalidad de tu sangre y ver las hermosas palabras que danzan en tus pensamientos. Matthew es un necio al no querer compartirlas contigo.

—Solo quiere a la bruja —dijo Kit, mientras se tocaba el cuello imaginándose que había sido Matthew, y no su hermana, el que había bebido de sus venas—. La quiero muerta.

—Y yo —le aseguré Louisa, volviendo sus insondables ojos negros hacia mí—. Así que competiremos por ella. El que gane puede hacer lo que desee para obligarla a expiar los males que le ha hecho a mi hermano. ¿Estás de acuerdo, mi querido niño?

Los dos estaban colocadísimos, ahora que Louisa había compartido la sangre cargada de opiáceos de Kit. Empecé a entrar en pánico, hasta que recordé las instrucciones que Philippe me había dado en Sept-Tours.

«Piensa. Sobrevive».

Luego me acordé del bebé y el pánico regresó. No podía poner en peligro a nuestro hijo.

Kit asintió.

—Haré lo que sea para que Matthew vuelva a tenerme en cuenta.

—Lo suponía —replicó Louisa. Luego sonrió y volvió a besarlo intensamente—. ¿Elegimos los colores?

Capítulo 35

ESTÁIS cometiendo un terrible error, Louisa —le advertí, luchando contra mis cadenas. Ella y Kit habían retirado el informe maniquí de paja y arpillera y me habían atado a mí al poste en su lugar. Luego Kit me había vendado los ojos con un jirón de seda azul oscuro sacado de la punta de una de las lanzas que tenía reservadas, para que no pudiera encantarlos con la mirada. Ambos permanecían cerca, discutiendo sobre quién usaría la lanza negra y plateada y quién la verde y dorada.

—Encontraréis a Matthew con la reina. Él os lo explicará todo.

Intenté que mi voz se mantuviera firme, pero me temblaba. Matthew me había hablado de su hermana en el Oxford moderno, mientras bebíamos té al lado de la chimenea del Viejo Pabellón. Era tan despiadada como hermosa.

—¿Todavía osáis pronunciar su nombre?

Kit estaba loco de ira.

—No vuelvas a hablar, bruja, o acabaré permitiendo que Christopher te arranque la lengua.

La voz de Louisa era ponzoñosa y no necesité ver sus ojos para saber que la adormidera y la rabia de sangre no eran una buena mezcla. La punta del diamante de Ysabeau me arañó ligeramente la mejilla y me hizo sangre. Louisa me había roto el dedo para arrancármelo y ahora lo llevaba puesto ella.

—Soy la esposa de Matthew, su pareja. ¿Cuál creéis que será su reacción cuando descubra lo que habéis hecho?

—Eres un monstruo..., una bestia. Si gano el duelo, te despojaré de tu falsa humanidad y dejaré al descubierto lo que hay debajo. —Las palabras de Louisa me gotearon en los oídos como si fueran veneno—. Una vez que lo haya hecho, Matthew verá lo que realmente eres y compartirá nuestro placer por tu muerte.

Cuando la conversación se perdió en la distancia, dejé de tener manera de saber dónde estaban o desde qué dirección podrían volver. Estaba completamente sola.

«Piensa. Sobrevive».

Algo me revoloteó en el pecho. Pero no era pánico. Era mi dragón. No estaba sola. Y era una bruja. No necesitaba los ojos para ver el mundo a mi alrededor.

—¿Qué veis? —les pregunté a la tierra y al aire.

Fue mi dragón quien respondió. Gorjeó y trinó, mientras extendía las alas en el espacio que había entre mi barriga y mis pulmones, y valoraba la situación.

«¿Dónde están?», me pregunté.

Mi tercer ojo se abrió de par en par, revelando los brillantes colores del final de la primavera en todo su esplendor azul y verde. Un hilo verde más oscuro estaba enroscado con uno blanco y enredado con algo negro. Lo seguí hasta Louisa, que intentaba subir a lomos de un exaltado caballo, que se negaba a quedarse quieto para que la vampira montara y se escapaba de ella constantemente. Louisa le mordió el cuello, lo que hizo que el caballo se quedara completamente inmóvil, pero no sirvió de nada para aliviar su terror.

Seguí otro grupo de hilos, esos de color carmesí y blanco, creyendo que podrían llevarme hasta Matthew. Pero, en lugar de ello, vi un apabullante remolino de formas y colores. Me caí lejos, muy lejos, hasta que aterricé sobre una fría almohada. «Nieve». Llené los pulmones de gélido aire invernal. Ya no estaba atada a una estaca en una tarde de

finales de mayo en el palacio de Greenwich. Tenía cuatro o cinco años y me encontraba tumbada de espaldas en el pequeño jardín que había en la parte de atrás de nuestra casa de Cambridge.

Y recordé.

Mi padre y yo habíamos estado jugando tras una gran nevada. Mis manoplas del color carmesí de Harvard contrastaban con la nieve. Estábamos haciendo ángeles y agitábamos los brazos y las piernas arriba y abajo. Me fascinaba ver que si movía los brazos lo suficientemente rápido, las alas blancas parecían adquirir un tono rojizo.

—Es como el dragón de las alas que arden —le susurré a mi padre. Sus brazos se quedaron quietos.

—¿Cuándo has visto tú un dragón, Diana? —preguntó en tono serio. Conocía la diferencia entre aquel tono y el de cuando bromeaba. Significaba que esperaba una respuesta, y sincera.

—Muchas veces. Sobre todo por las noches.

Agité las manos más y más rápido. La nieve estaba cambiando de color de tanto frotarla, centellaba en tonos verdes y dorados, rojos y negros, plateados y azules.

—¿Y dónde estaba? —musitó mi padre, mirando fijamente los copos de nieve. Estos se estaban amontonando a mi alrededor y se levantaban y se arremolinaban como si estuvieran vivos. Uno de ellos se elevó y se estiró hasta formar una delgada cabeza de dragón. La ventisca se desplegó y dio lugar a un par de alas. El dragón se sacudió los copos de nieve de las blancas escamas. Cuando se dio la vuelta y miró a mi padre, este murmuró algo y le dio una palmada en el hocico como si él y el dragón ya se conocieran. El dragón expulsó vapor caliente en el aire gélido.

—La mayoría de las veces está dentro de mí..., aquí. —Me senté para enseñarle a mi padre lo que quería decir. Me llevé las manos enfundadas en las manoplas hasta los huesos curvados de mis costillas. Las notaba calientes a través de la piel, de la chaqueta, del grueso punto de las manoplas—. Pero, cuando necesita volar, tengo que liberarlo. Si no, no tiene espacio suficiente para las alas.

Un par de alas brillantes descansaban sobre la nieve, a mis espaldas.

—Te has dejado las alas atrás —dijo mi padre, muy serio.

El dragón salió reptando del montón de nieve. Sus ojos plateados y negros parpadearon mientras se liberaba, se elevaba en el aire y desaparecía sobre el manzano para hacerse más etéreo cada vez que batía las alas. Las mías ya se estaban aquietando sobre la nieve, a mis espaldas.

—El dragón no me llevará con él. Y nunca se queda mucho tiempo —dije, con un suspiro—. ¿Por qué, papi?

—Puede que tenga que ir a otro sitio.

Consideré aquella posibilidad.

—¿Como cuando tú y mami vais al cole?

Era desconcertante imaginarte a tus padres yendo a clase. Gran parte de los niños del edificio pensaban lo mismo, aunque la mayoría de sus padres también se pasaban el día en el cole.

—Exactamente igual —respondió mi padre, todavía sentado en la nieve con los brazos alrededor de las rodillas. Luego sonrió—. Me encanta la bruja que hay en ti, Diana.

—A mami le asusta.

—Bah. —Mi padre sacudió la cabeza—. A mami solo le da miedo el cambio.
—He intentado guardar el secreto de lo del dragón, pero creo que lo sabe de todas formas —dije con tristeza.
—Las mami s suelen saber esas cosas —dijo mi padre, y bajó la vista hacia la nieve. Mis alas habían desaparecido por completo—. Pero también saben cuándo quieres un chocolate caliente. Si entramos, apuesto a que lo tendrá preparado.
Mi padre se puso de pie y extendió la mano.
Deslicé la mía, todavía con las manoplas carmesí, en su cálida palma.
—¿Estarás siempre aquí para cogerme de la mano cuando oscurezca? —pregunté.
La noche estaba cayendo y de repente me dieron miedo las sombras. Los monstruos acechaban en la penumbra, extrañas criaturas que me observaban mientras jugaba.
—No —dijo mi padre, negando con la cabeza. Me tembló el labio. Aquella no era la respuesta que quería—. Pero no te preocupes —continuó, bajando la voz hasta que se convirtió en un susurro—. Siempre tendrás a tu dragón.

Una gota de sangre cayó al suelo, a mis pies, de la herida del ojo que me habían pinchado. Aunque tenía los ojos vendados, pude ver su movimiento lento y la forma en que aterrizaba con un húmedo plaf. Un brote negro emergió de la mancha.

El estruendo de unos cascos iba hacia mí. Alguien dio un grito fuerte y agudo que me hizo pensar en imágenes de antiguas batallas. Aquel sonido hizo que el dragón se inquietara aún más. Necesitaba liberarme. Rápido.

En lugar de intentar ver los hilos que llegaban a Kit y a Louisa, me centré en los que rodeaban las fibras que me ataban las muñecas y los tobillos. Estaba empezando a hacer progresos para desatarlos cuando algo afilado y pesado chocó contra mis costillas. El impacto me dejó totalmente sin aliento.

—¡Le he dado! —gritó Kit—. ¡La bruja es mía!

—Ha sido de refilón —corrigió Louisa—. Debes clavarle la lanza en el cuerpo para reclamarla como premio.

Por desgracia, yo no conocía las reglas..., ni de las justas ni tampoco de la magia. Goody Alsop me lo había dejado claro antes de irnos a Praga. «Lo único que tienes, por ahora, es un dragón díscolo, un *glaem* casi cegador y una tendencia a hacer preguntas con respuestas pícaras», había dicho. Yo había estado negando mi habilidad para tejer en favor de las intrigas de la corte y había dejado de perseguir mi magia para dar caza al Ashmole 782. Tal vez, si me hubiera quedado en Londres, habría sabido cómo salir de aquel lío. Pero en lugar de ello allí estaba, atada a un grueso tronco como una bruja a punto de ser quemada.

«Piensa. Sobrevive».

—Debemos intentarlo de nuevo —dijo Louisa. Sus palabras se esfumaron mientras hacía que el caballo diera media vuelta y se alejaba, cabalgando.

—No lo hagas, Kit —dije—. Piensa en lo que significará para Matthew. Si quieres que me vaya, me iré. Te lo prometo.

—Vuestras promesas no significan nada, bruja. Cruzaréis los dedos y encontraréis la manera de eludir vuestras palabras. Incluso ahora puedo ver el *glaem* sobre vos, mientras intentáis utilizar vuestra magia en mi contra.

«Un *glaem* casi cegador. Preguntas con respuestas pícaras. Y un dragón díscolo».
Se hizo el silencio.

«¿Qué deberíamos hacer?», le pregunté al dragón.

La bestia abrió las alas a modo de respuesta y las estiró por completo. Estas se deslizaron entre mis costillas, atravesaron la carne y emergieron a cada lado de mi columna vertebral. El dragón se quedó donde estaba, con la cola protectoramente enroscada alrededor de mi útero. Echó un vistazo desde debajo del esternón con los ojos plateados y negros brillando, y volvió a batir las alas.

«Sobrevivir», me respondió en un susurro y sus palabras levantaron una nube de niebla gris en el aire que me rodeaba.

La fuerza de sus alas cayó sobre el grueso poste de madera que tenía a la espalda y las púas de sus extremidades dentadas seccionaron la cuerda que me ataba las muñecas. Algo afilado como una garra cortó también las ataduras que tenía alrededor de los tobillos. Me elevé seis metros en el aire mientras Kit y Louisa se adentraban en la desorientadora nube gris del dragón. Iban demasiado rápido como para detenerse o cambiar de dirección. Sus lanzas se cruzaron, se enredaron y la fuerza del impacto hizo que ambos salieran volando de las sillas y cayeran sobre el duro suelo.

Me arranqué la venda de los ojos con la mano sana, justo cuando Annie aparecía en el extremo del patio de justas.

—¡Señora! —gritó. Pero no quería que se quedara allí, no con Louisa de Clermont cerca.

La sangre me chorreaba por las muñecas y los pies. Allá donde caían las gotas rojas, crecía un brote negro. Pronto una empalizada de delgados troncos negros rodearon al daimón y a la vampira, que estaban aturcidos. Louisa intentó arrancarlos del suelo, pero mi magia resistió.

—¿Os importa que os cuente cuál es vuestro futuro? —pregunté con severidad. Ambos levantaron la vista hacia mí desde el corral con ojos ávidos y temerosos—. Nunca conseguirás lo que tu corazón anhela, Kit, porque a veces no podemos tener lo que más deseamos. Y vos nunca llenareis los vacíos que hay en vuestro interior, Louisa: ni con sangre, ni con ira. Y ambos moriréis, porque la muerte nos llega a todos, antes o después. Pero vuestras muertes no serán dulces. Eso os lo prometo.

Un torbellino se acercó. Luego se detuvo y reconocí en él a Hancock.

—¡Davy! —exclamó Louisa, mientras su dedos perlados se aferraban a las estacas negras que la rodeaban—. Ayúdanos. La bruja ha usado su magia para derribarnos. Quítale los ojos y le quitarás también el poder.

—Matthew ya está en camino, Louisa —respondió Hancock—. Estás más segura en esa empalizada, bajo la protección de Diana, de lo que lo estarías huyendo de su ira.

—Ninguno de nosotros está a salvo. Ella hará que se cumpla la antigua profecía, la que Gerbert compartió con *maman* hace tantos años. ¡Acabará con los De Clermont!

—No hay ninguna verdad en ello —dijo Hancock con tristeza.

—¡Sí la hay! —insistió Louisa—. «Guardaos de la bruja que tiene sangre de león y lobo, pues con ella destruirá a los hijos de la noche». ¡Esta es la bruja de la profecía! ¿No lo ves?

—Lo que veo con claridad meridiana es que no estás bien, Louisa.

Louisa se le aproximó, indignada.

—Soy una *manjasang* perfectamente saludable, Hancock.

Henry y Jack fueron los siguientes en llegar, con el pecho jadeando por el esfuerzo. Henry echó un vistazo al campo de justas.

—¿Dónde está? —le gritó a Hancock, mientras giraba sobre sí mismo.

—Allá arriba —respondió este, apuntando con el pulgar hacia el aire—, justo como dijo Annie.

—Diana.

Henry suspiró, aliviado.

Un oscuro ciclón gris y negro barrió el campo de justas y vino a descansar en una estaca rota que señalaba el punto donde había estado atada. Matthew no necesitó que nadie le dijera dónde me hallaba. Sus ojos me encontraron a la primera.

Walter y Pierre fueron los últimos en llegar. Pierre llevaba a Annie a caballito y la muchacha tenía los brazos fuertemente enroscados alrededor de su cuello. Cuando este se detuvo, se bajó de su espalda.

—¡Walter! —gritó Kit, al tiempo que se reunía con Louisa en la barrera—. Hay que detenerla. Sácanos de aquí. Sé qué hay que hacer ahora. He hablado con una bruja de Newgate y...

Un brazo atravesó de un puñetazo el negro enrejado y unos dedos largos y blancos agarraron a Kit por el cuello. Marlowe gorjeó hasta quedarse en silencio.

—Ni. Una. Palabra.

Los ojos de Matthew se posaron sobre Louisa.

—*Matthieu* —dijo Louisa. La sangre y las drogas hicieron que pronunciara su nombre en francés, arrastrando más las letras—. Gracias a Dios que estás aquí. Me alegro de verte.

—Pues no deberías.

Matthew empujó a Kit.

Aterricé detrás de él y las alas recién salidas se volvieron a replegar en el interior de mis costillas. El dragón permanecía alerta, sin embargo, con la cola fuertemente enroscada. Matthew percibió mi presencia y me rodeó con el brazo, aunque sin quitarle el ojo de encima a los prisioneros. Pasó los dedos sobre el punto donde la lanza había atravesado el corpiño, el corsé y la piel, hasta que mi huesuda caja torácica la detuvo. Estaba húmedo donde la sangre había calado.

Matthew me dio la vuelta y cayó de rodillas, mientras rompía la tela que estaba sobre la herida. Soltó una imprecación. Con una mano sobre mi abdomen, sus ojos buscaron los míos.

—Estoy bien. Estamos bien —le aseguré.

Él se levantó con los ojos negros y la vena de la sien latiendo con fuerza.

—¿Señor Roydon? —Jack se acercó sigilosamente a Matthew. Le temblaba la barbilla. La mano de Matthew salió disparada y lo agarró por el cuello de la camisa, deteniéndolo antes de que pudiera acercarse demasiado a mí. Jack no se acobardó—. ¿Estáis teniendo una pesadilla?

Matthew dejó caer la mano y soltó al niño.

—Sí, Jack. Una terrible pesadilla.

Jack deslizó la mano en la de Matthew.

—Me quedaré a vuestro lado hasta que pase.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Era lo que Matthew le decía a él en plena noche, cuando los miedos de Jack amenazaban con engullirlo.

Matthew apretó con fuerza la mano de Jack en un reconocimiento silencioso. Ambos se quedaron allí de pie: uno alto, fuerte y lleno de salud preternatural y el otro menudo, delicado y con las sombras del abandono recién olvidadas. La rabia de Matthew empezó a menguar.

—Cuando Annie me dijo que una *wearh* hembra te había atrapado, nunca imaginé... Matthew no pudo continuar.

—¡Ha sido Christopher! —gritó Louisa, alejándose del enloquecido daimón que tenía al lado—. Dijo que estabas hechizado. Pero puedo oler su sangre en ti. No estás hechizado, te alimentas de ella.

—Es mi pareja —explicó Matthew, en tono letal—. Y está encinta.

Marlowe exhaló un silbido. Sus ojos me pellizcaron la barriga. Moví la mano que tenía rota para proteger a nuestro bebé de la mirada del daimón.

—Es imposible. Matthew no puede... —La confusión de Kit se transformó en furia—. Incluso en eso te ha hechizado. ¿Cómo has podido traicionarlo de esa forma? ¿Quién es el padre de vuestro hijo, señora Roydon?

Mary Sidney había asumido que me habían violado. Gallowglass había atribuido al principio el bebé a un amante o a un marido fallecido. Cualquiera de las dos cosas habría apelado al instinto protector de Matthew y explicaría nuestro fugaz romance. Para Kit, la única respuesta posible era que le hubiera puesto los cuernos al hombre al que él amaba.

—¡Llévatela, Hancock! —suplicó Louisa—. No podemos permitir que una bruja introduzca a su bastardo en la familia De Clermont.

Hancock sacudió la cabeza mirando a Louisa y se cruzó de brazos.

—Has intentado atropellar a mi pareja. Has derramado su sangre —dijo Matthew—. Y el niño no es ningún bastardo. Es mío.

—Eso no es posible —dijo Louisa, aunque sin demasiada convicción.

—El niño es *mío* —repitió su hermano con ferocidad—. Fruto de mi carne y de mi sangre.

—Ella lleva la sangre del lobo —susurró Louisa—. La bruja es la que auguraba la profecía. ¡Si el bebé sobrevive, nos destruirá a todos!

—Apartadlos de mi vista —exclamó Matthew, con la voz rebosante de rabia—. Antes de que los haga pedazos y se los eche de comer a los perros.

Entonces derribó la empalizada de una patada y agarró a su amigo y a su hermana.

—No pienso ir... —empezó a decir Louisa. Bajó la vista y se encontró con la mano de Hancock rodeándole el brazo.

—Irás a donde yo te lleve —dijo este con suavidad. Hancock le quitó del dedo el anillo de Ysabeau y se lo lanzó a Matthew—. Creo que eso le pertenece a tu esposa.

—¿Y Kit? —preguntó Walter, mientras observaba con cautela a Matthew.

—Ya que se profesan tanto afecto, encerradlo con Louisa —dijo Matthew, antes de lanzar al daimón hacia Raleigh.

—Pero ella se... —empezó a decir Walter.

—¿Se alimentará de él? —Matthew parecía avinagrado—. Ya lo ha hecho. La única manera en que un vampiro siente los efectos del vino o de las drogas es por medio de la vena de un sangre caliente.

Walter evaluó el estado anímico de Matthew y asintió.

—Muy bien, Matthew. Cumpliremos tus deseos. Llévate a Diana y a los niños a Blackfriars. Déjanos el resto a Hancock y a mí.

—Le dije que no había por qué preocuparse. El bebé está bien —aseguré, mientras me bajaba el blusón. Habíamos ido directos a casa, pero Matthew había enviado a Pierre a buscar a Susanna y a Goody Alsop de todas formas. Ahora la casa estaba llena hasta los

topes de vampiros y brujas contrariados—. Puede que tú logres convencerlo de ello.

Susanna se lavó las manos en el cuenco de agua caliente con jabón.

—Si tu marido no confía en sus propios ojos, nada puedo hacer o decir para persuadirlo.

La mujer llamó a Matthew. Gallowglass acudió con él y entre los dos llenaron el umbral de la puerta.

—¿Estás bien, de verdad?

Gallowglass no podía ocultar su rostro ceniciento.

—Tenía un dedo roto y una costilla fracturada. Podía habérmelo hecho en una caída por las escaleras. Gracias a Susanna, tengo el dedo completamente curado.

Estiré la mano. Todavía estaba hinchada y tuve que ponerme el anillo de Ysabeau en la otra, pero podía mover los dedos sin dolor. Al corte del costado le llevaría más tiempo. Matthew se había negado a usar sangre de vampiro para curarlo, así que Susanna había recurrido a unos cuantos puntos mágicos y a una cataplasma.

—Hay muy buenas razones para odiar a Louisa en este momento —dijo Matthew en tono grave—, pero hay algo que debo agradecerle: no deseaba matarte. La puntería de Louisa es impecable. Si hubiera querido atravesarte el corazón con la lanza, estarías muerta.

—Louisa estaba demasiado preocupada por la profecía que Gerbert compartió con Ysabeau.

Gallowglass y Matthew intercambiaron una mirada.

—No es nada —dijo Matthew con displicencia—, solo una idiotez que fabuló para provocar a *maman*.

—Era la profecía de Meridiana, ¿no?

Tenía ese presentimiento desde que Louisa lo había mencionado. Aquellas palabras me habían recordado el tacto de Gerbert en La Pierre. Y habían conseguido que la electricidad hiciera crepitar el aire que envolvía a Louisa, como si esta fuera Pandora y hubiera abierto la tapa de un tesoro hecho de una magia hacía tiempo olvidada.

—Meridiana quería que Gerbert tuviera miedo al futuro. Y lo logró. —Matthew negó con la cabeza—. No tiene nada que ver contigo.

—Tu padre es el león. Y tú el lobo.

El hielo se estancó en el pozo de mi estómago. Me dijo que algo iba mal dentro de mí, en las profundidades, donde la luz no podía siquiera llegar. Miré a mi marido, uno de los hijos de la noche mencionados en la profecía. Nuestro primer hijo ya había muerto. Encerré mis pensamientos, ya que no quería albergarlos en el corazón o en la cabeza el tiempo suficiente como para que hicieran mella en mí. Pero no funcionó. Había demasiada honestidad entre nosotros para ocultárselo a Matthew... o a mí misma.

—No tienes nada que temer —dijo Matthew. Acto seguido, me rozó los labios con los suyos—. Estás demasiado llena de vida para ser un heraldo de la destrucción.

Dejé que me tranquilizara, pero mi sexto sentido lo ignoró. De algún modo, en algún sitio, una peligrosa fuerza mortal había sido desatada. Incluso en ese momento podía sentir cómo se tensaban sus hilos y me llevaban hacia la oscuridad.

Capítulo 36

ESTABA esperando bajo el cartel de El Ansarino Dorado a que Annie eligiera un poco de estofado para la cena de esa noche cuando la persistente mirada de un vampiro eliminó el toque veraniego del aire.

—Padre Hubbard —dije, girándome en dirección al frío.

Los ojos del vampiro parpadearon sobre mi caja torácica.

—Me sorprende que vuestro esposo os permita andar por la ciudad sin compañía, teniendo en cuenta lo que sucedió en Greenwich... y que estáis encinta de su hijo.

Mi dragón, que se había vuelto ferozmente protector desde el incidente en el patio de justas, enroscó la cola alrededor de mis caderas.

—Todo el mundo sabe que los *wearhs* no pueden engendrar hijos con mujeres de sangre caliente —dije con displicencia.

—Al parecer, lo imposible poco importa con una bruja como vos. —El semblante serio de Hubbard se tensó aún más—. La mayoría de las criaturas creen que el desdén de Matthew por las brujas es inmutable, por ejemplo. Pocos considerarían la idea de que fue él quien hizo posible que Barbara Napier se escapara de la pira en Escocia.

Lo sucedido en Berwick seguía copando el tiempo de Matthew, además de los chismorreos de Londres.

—Matthew no estaba en ningún lugar próximo a Escocia en aquel momento.

—No necesitaba estarlo. Hancock se encontraba en Edimburgo, haciéndose pasar por uno de los «amigos» de Napier. Fue él quien llamó la atención de la corte sobre la cuestión de su embarazo.

El aliento de Hubbard era frío y olía a bosque.

—La bruja era inocente de los cargos que se le imputaban —dije bruscamente, mientras me quitaba el chal de los hombros—. El jurado la absolvió.

—De un solo cargo —añadió Hubbard, mientras me sostenía la mirada—. Fue declarada culpable de muchos más. Y, dado vuestro reciente regreso, tal vez no os hayáis enterado: el rey Jacobo ha encontrado la manera de revocar la decisión del jurado en el caso de Napier.

—¿De revocarla? ¿Cómo?

—El rey de los escoceses no es un gran admirador de la Congregación, últimamente, y vuestro esposo tiene algo que ver con ello. El huidizo significado que Matthew le da al pacto y su interferencia en la política de Escocia han inspirado a Su Majestad para buscar sus propias fisuras legales. Jacobo está culpando a los miembros del jurado que absolvieron a la bruja en el juicio. Los acusa de entorpecer la justicia real. Intimidar a los miembros del jurado asegurará mejor el resultado de futuros juicios.

—Ese no era el plan de Matthew —dije, mientras le daba vueltas a la cabeza.

—Suenas lo suficientemente enrevesado como para ser de Matthew de Clermont. Puede que Napier y su bebé sobrevivan, pero decenas de criaturas inocentes morirán por culpa de eso —aseguró Hubbard con expresión implacable—. ¿No es eso lo que quieren los De Clermont?

—¿Cómo os atrevéis?

—Tengo el... —Annie salió a la calle y a punto estuvo de tirar la olla. Extendí la mano y la cogí del mango.

—Gracias, Annie.

—¿Sabéis dónde está vuestro esposo en esta bonita mañana de mayo, señora Roydon?

—Fuera, ocupándose de sus negocios.

Matthew se había asegurado de que desayunara, me había besado y se había ido de casa con Pierre. Jack se había mostrado inconsolable cuando Matthew le había dicho que debía quedarse con Harriot. Yo había sentido una ligera intranquilidad. No era propio de Matthew negarle a Jack un viaje a la ciudad.

—No —repuso Hubbard dulcemente—, está en Bedlam con su hermana y Christopher Marlowe.

Bedlam era una mazmorra a todos los efectos: un lugar para olvidar, donde encerraban a los locos con personas que sus propios familiares soterraban con la excusa de alguna acusación ficticia simplemente para librarse de ellos. Los internos dormían sobre paja, no les proporcionaban comida de forma regular, no disfrutaban de ninguna muestra de amabilidad por parte de sus carceleros y no recibían ningún tipo de tratamiento médico, por lo que la mayoría no lograban escapar nunca de allí. Y, si lo hacían, raras veces se recuperaban de la experiencia.

—No contento con alterar el juicio en Escocia, Matthew ahora pretende imponer su propia justicia aquí en Londres —continuó Hubbard—. Ha ido a interrogarlos esta mañana. Entiendo que seguirá allí. —Ya era más de mediodía—. He visto a Matthew de Clermont matar con rapidez, cuando está encolerizado. Es terrible contemplarlo. Pero ver cómo lo hace lenta y meticulosamente haría que el ateo más convencido creyera en el demonio.

«Kit». Louisa era una vampira y compartía la sangre de Ysabeau. Ella podía valerse por sí misma. Pero un daimón...

—Ve a ver a Goody Alsop, Annie. Dile que he ido a Bedlam a interesarme por el señor Marlowe y por la hermana del señor Roydon.

Hice volverse a la muchacha en la dirección correcta y la solté, mientras ponía mi propio cuerpo de lleno entre ella y el vampiro.

—Debo quedarme con vos —dijo Annie, abriendo los ojos como platos—. ¡El señor Roydon me hizo prometerlo!

—Alguien debe saber adónde he ido, Annie. Cuéntale a Goody Alsop lo que has oído aquí. Puedo encontrar el camino a Bedlam.

En realidad, solo tenía una vaga idea de la ubicación del famoso manicomio, pero contaba con otros medios para descubrir el paradero de Matthew. Envolví con unos dedos imaginarios la cadena que había en mi interior y me dispuse a tirar de ella.

—Esperad. —La mano de Hubbard se cerró alrededor de mi muñeca. Di un salto. Él llamó a alguien que estaba entre las sombras. Se trataba del anguloso joven al que Matthew se había referido llamándolo por el nombre de Amen Corner, que, curiosamente, le iba como un guante—. Mi hijo os llevará.

—Ahora Matthew sabrá que he estado con vos —le advertí, mientras bajaba la vista hacia la mano de Hubbard, que seguía rodeándome la muñeca y transfiriendo su revelador aroma a mi piel caliente—. Las pagará con el muchacho.

Hubbard me agarró con más fuerza y dejé escapar un breve sonido de comprensión.

—Si quería acompañarme también a Bedlam, padre Hubbard, lo único que tenía que hacer era decirlo.

Hubbard conocía cada atajo y cada callejón trasero que había entre San Jacobo de Garlickhythe y Bishopgate. Fuimos más allá de los límites de la ciudad y entramos en uno

de los sórdidos suburbios de Londres. Al igual que Cripplegate, el área que rodeaba Bedlam estaba acosada por la pobreza y gravemente superpoblada. Pero los verdaderos horrores todavía estaban por llegar.

El guarda nos recibió en la puerta y nos condujo al interior de lo que en su día había sido conocido como el hospital de Santa María de Belén. El señor Slefrod conocía bien al padre Hubbard y parecía que no podía inclinarse y rascarse lo suficiente mientras nos llevaba a una de las robustas puertas que había al otro lado del patio lleno de agujeros. Incluso con la gruesa madera y la piedra del antiguo priorato medieval entre nosotros, los gritos de los internos eran ensordecedores. La mayor parte de las ventanas no tenían cristales y estaban abiertas a los elementos. El hedor a podredumbre, mugre y decrepitud era insoportable.

—No —dije, rechazando así la mano protectora de Hubbard mientras entrábamos en las celdas frías, húmedas y estrechas. Había algo obsceno en aceptar su ayuda, teniendo en cuenta que yo era libre y que a los internos no se les proporcionaba ningún tipo de asistencia.

Dentro, sentí que los fantasmas de los internos anteriores me bombardeaban, al igual que las hebras irregulares que giraban alrededor de los actuales habitantes atormentados del hospital. Lidié con el horror enfrascándome en macabros ejercicios matemáticos, dividiendo a los hombres y a las mujeres que veía en pequeños grupos solo para volver a reunirlos de manera diferente.

Conté veinte internos en lo que duró el paseo por el corredor. Catorce de ellos eran daimones. Media docena de los veinte iban completamente desnudos y diez más solo llevaban puestos harapos. Una mujer que vestía un mugriento aunque caro traje de hombre se nos quedó mirando con abierta hostilidad. Era uno de los tres humanos del lugar. También había dos brujas y un vampiro. Quince de los pobres diablos estaban esposados a la pared, encadenados al suelo o ambas cosas. Cuatro de los otros cinco eran incapaces de mantenerse en pie y estaban agachados al lado de las paredes, parloteando y arañando la piedra. Uno de los pacientes estaba libre y bailaba desnudo por el pasillo, delante de nosotros.

Una de las salas tenía puerta. Algo me dijo que Louisa y Kit estaban detrás de ella.

El guarda abrió el cerrojo y dio unos bruscos golpes en la puerta. Al no obtener respuesta inmediata, la aporreó.

—Os he oído la primera vez, señor Slefrod —le aseguró Gallowglass. Este tenía un aspecto horrible, con unos arañazos recién hechos en la mejilla y sangre en el jubón. Cuando me vio detrás de Slefrod, tardó en reaccionar—. Tífta.

—Déjame entrar.

—No es muy buena... —Gallowglass le echó otro vistazo a mi cara y se hizo a un lado—. Louisa ha perdido bastante sangre. Está hambrienta. No te acerques a ella, a menos que quieras que te muerda o te arañe. Le he cortado las uñas, pero lo de los dientes no tiene mucho remedio.

Aunque nada se interponía en mi camino, seguí plantada en el umbral. La bella y cruel Louisa estaba encadenada a una anilla de hierro sujeta al suelo de piedra. Tenía el vestido hecho jirones y estaba cubierta de sangre que brotaba de unos profundos cortes en el cuello. Alguien había estado reafirmando su dominio sobre Louisa: alguien más fuerte y que estaba más irritado que ella.

Escruté las sombras hasta que encontré una oscura silueta agachada sobre un bulto que había en el suelo. Matthew giró la cabeza. Tenía el rostro pálido como el de un

fantasma y los ojos negros como la noche. No había sobre él ni una gota de sangre. Al igual que el ofrecimiento de ayuda por parte de Hubbard, su limpieza resultaba en cierto modo obscena.

—Deberías estar en casa, Diana.

Matthew se levantó.

—Estoy exactamente donde tengo que estar, gracias —repliqué, avanzando hacia mi marido—. La rabia de sangre y la adormidera no son una buena combinación, Matthew. ¿Cuánta sangre les has quitado?

El bulto del suelo se revolvió.

—Estoy aquí, Christopher —gritó Hubbard—. No sufrirás más daño. —Marlowe lloró aliviado y su cuerpo se agitó con los sollozos.

—Bedlam no está en Londres, Hubbard —dijo Matthew con frialdad—. Estáis fuera de vuestra bailía, y Kit se halla fuera de vuestra protección.

—Dios santo, allá vamos otra vez. —Gallowglass le cerró la puerta en las narices al atónito Slefrod—. ¡Echa el cerrojo! —bramó a través de la madera. Luego enfatizó la orden dando un golpe con el puño.

Louisa se puso en pie cuando el mecanismo metálico rechinó al cerrarse y las cadenas repiquetearon alrededor de sus tobillos y muñecas. Una de ellas se partió y di un salto cuando los eslabones rotos cayeron resonando contra el suelo. En el pasillo, se oyó un solidario estrépito de cadenas.

—Misangrenomisangrenomisangreno —canturreó Louisa y se pegó cuanto pudo a la pared del fondo. Cuando la miré a los ojos, gimoteó y apartó la vista—. Fuera, *fantôme*. Ya he muerto una vez y no tengo nada que temer de fantasmas como tú.

—Cállate.

Matthew habló en voz queda, pero sus palabras restallaron en la habitación con tanta fuerza que todos dimos un respingo.

—Sed —graznó Louisa—. Por favor, Matthew.

Se oía un monótono goteo sobre la piedra. Con cada salpicadura, el cuerpo de Louisa se sacudía. Alguien había suspendido la cabeza de un venado por las astas. Tenía los ojos vacíos y fijos. La sangre caía al suelo, gota a gota, de la cabeza amputada, fuera del alcance de las cadenas de Louisa.

—¡Deja de torturarla!

Di un paso adelante, pero Gallowglass me hizo retroceder.

—No puedo permitir que interfieras, títa —dijo este con firmeza—. Matthew tiene razón: no debes entrometerte.

—Gallowglass.

Matthew negó con la cabeza a modo de advertencia. Gallowglass me soltó el brazo y miró a su tío con recelo.

—Muy bien, entonces. Deja que responda a la primera pregunta, títa: Matthew ha tomado la suficiente sangre de Kit como para hacer que su rabia de sangre continúe abrasándolo. Puede que necesites esto si quieres hablar con él.

Gallowglass me lanzó un cuchillo. No hice movimiento alguno para cogerlo y la navaja repiqueteó contra las piedras.

—Puedes más que esa enfermedad, Matthew —le dije a mi esposo. Luego avancé más allá del cuchillo y fui a su lado. Estábamos tan cerca que mi falda le rozaba las botas—. Deja que el padre Hubbard vea a Kit.

—No.

La expresión de Matthew era inflexible.

—¿Qué pensaría Jack si te viera así? —preguntó Diana, dispuesta a usar la culpabilidad en lugar del acero para hacer entrar en razón a Matthew—. Eres su héroe. Los héroes no atormentan a sus amigos ni a su familia.

—¡Intentaron matarte!

El bramido de Matthew reverberó por toda la habitación.

—Estaban fuera de sí por el efecto de los opiáceos y el alcohol. Ninguno de ellos sabía lo que hacía —repliqué—. Y me atrevería a añadir que, en el estado en que te encuentras ahora mismo, tú tampoco.

—No te engañes. Ambos sabían exactamente lo que hacían. Kit quería librarse de un obstáculo que le impedía ser feliz, sin preocuparse por nadie más. Louisa sucumbió a los mismos impulsos crueles que ha satisfecho desde el día en que la crearon —aseguró Matthew, antes de pasarse los dedos por el pelo—. Y yo también sé lo que estoy haciendo.

—Sí: te estás castigando a ti mismo. Estás convencido de que la biología es el destino, al menos en lo que se refiere a la rabia de sangre. Por lo tanto, te consideras igual que Louisa y Kit. Otro loco más. Te pedí que dejaras de negar tus instintos, Matthew, no que te convirtieras en esclavo de ellos.

Esa vez, cuando di un paso hacia la hermana de Matthew, ella se lanzó hacia mí escupiéndome y gruñendo.

—Y ahí está tu mayor temor de cara al futuro: verte reducido a un animal, encadenado y esperando el siguiente castigo, porque eso es lo que te mereces. —Volví a su lado y lo agarré de los hombros—. Tú no eres así, Matthew. Nunca lo has sido.

—Ya te he dicho que no me idealices —se limitó a protestar. Apartó los ojos de mí, pero no antes de que pudiera ver la desesperación en ellos.

—¿Entonces, esto es también en mi beneficio? ¿Todavía estás intentando demostrar que no mereces ser amado? —Tenía las manos apretadas, caídas a los lados del cuerpo. Extendí los brazos para cogérselas y le obligué a abrirlas para colocarlas planas sobre mi barriga—. Sostén a nuestro hijo, mírame a los ojos y dínos que no podemos esperar un final diferente para esta historia.

Como la noche en que había esperado a que tomara mi vena, el tiempo se alargó hasta el infinito mientras Matthew luchaba consigo mismo. Ahora, al igual que entonces, yo no podía hacer nada para acelerar el proceso o para ayudarlo a elegir entre la vida y la muerte. Tenía que aferrarse a la frágil hebra de la esperanza sin que yo lo ayudara.

—No lo sé —admitió, finalmente—. Hubo un tiempo en que era consciente de que el amor entre un vampiro y una bruja era algo errado. Estaba seguro de que las cuatro especies eran diferentes. Aceptaba la muerte de las brujas si ello implicaba que los vampiros y los daimones sobrevivieran —aseguró. Aunque sus pupilas seguían eclipsando sus ojos, una brillante aureola verde hizo acto de presencia—. Me decía a mí mismo que la locura de los daimones y la debilidad de los vampiros era algo que se había desarrollado recientemente, pero ahora que veo a Louisa y a Kit...

—No lo sabes —dije, bajando la voz—. Ninguno de nosotros lo sabemos. Es una perspectiva aterradora. Pero tenemos que creer en el futuro, Matthew. No quiero que nuestros hijos nazcan bajo esta misma sombra, odiando y temiendo lo que son.

Esperaba que continuara peleándose conmigo, pero se quedó callado.

—Deja que Gallowglass se haga responsable de tu hermana. Permite que Hubbard atienda a Kit. E intenta olvidarlos.

—Los *wearhs* no olvidamos tan fácilmente como los sangre caliente —dijo

Gallowglass con aspereza—. No puedes pedirle eso.

—Matthew te lo pidió a ti —señalé.

—Sí, y le dije que lo máximo que podía esperar era que pudiera llegar a olvidar con el tiempo. No le exijas más a Matthew de lo que puede dar, títa. Él es su peor tormento, no necesita que tú lo ayudes —dijo Gallowglass en tono de advertencia.

—A mí me gustaría olvidar, bruja —interrumpió Louisa remilgadamente, como si simplemente estuviera eligiendo una tela para un nuevo vestido. Acto seguido, agitó una mano en el aire—. Todo esto. Usa tu magia y haz que desaparezcan estos horribles sueños.

Estaba en mi mano hacerlo. Podía ver los hilos que la ataban a Bedlam, a Matthew y a mí. Pero, aunque no quería torturar a Louisa, no era tan indulgente como para otorgarle la paz.

—No, Louisa —dije—. Te acordarás de Greenwich por el resto de tus días, y también de mí, e incluso del daño que le hiciste a Matthew. Que esa sea tu prisión, y no este lugar. —Luego me volví hacia Gallowglass—. Asegúrate de que no supone un peligro para sí misma ni para nadie más antes de liberarla.

—Oh, no disfrutará de libertad alguna —prometió Gallowglass—. Irá de aquí a donde Philippe la envíe. Después de lo que ha hecho, mi abuelo nunca volverá a permitir que deambule por ahí.

—¡Díselo, Matthew! —suplicó Louisa—. Tú entiendes lo que es tener estas... cosas arrastrándose por el cráneo. ¡No las soporto! —Dicho lo cual, empezó a tirarse del pelo con una mano esposada.

—¿Y Kit? —preguntó Gallowglass—. ¿Estás seguro de que quieres que se quede bajo la custodia de Hubbard, Matthew? Sé que Hancock estaría encantado de despacharlo.

—Es la criatura de Hubbard, no la mía. Me resulta indiferente lo que le pase —aseguró Matthew, en un tono incuestionable.

—Lo hice por amor... —empezó a decir Kit.

—Lo hiciste por maldad —le espetó Matthew, dándole la espalda a su mejor amigo.

—Padre Hubbard —dije, mientras este se apresuraba a recoger su carga—. Las acciones de Kit en Greenwich serán olvidadas, siempre y cuando lo que ha sucedido aquí se quede entre estas paredes.

—¿Lo prometéis en nombre de todos los De Clermont? —preguntó Hubbard, levantando las pálidas cejas—. Es vuestro esposo quien me lo tiene que asegurar, no vos.

—Mi palabra va a tener que bastaros —dije, manteniéndome firme.

—Muy bien, *madame* De Clermont —respondió Hubbard. Era la primera vez que este usaba aquel título—. Sois digna hija de Philippe. Acepto vuestras condiciones familiares.

Incluso después de abandonar Bedlam, continué sintiendo su oscuridad adherida a nosotros. Y Matthew también. Nos seguía allá adonde fuéramos en Londres, nos acompañaba a cenar, a visitar a nuestros amigos. Solo había una manera de librarnos de ella.

Teníamos que regresar al presente.

Sin discusión y sin ningún plan deliberado, ambos empezamos a poner nuestros asuntos en orden, cortando los lazos que nos unían a un pasado que ahora compartíamos. Françoise pensaba reunirse con nosotros en Londres, pero le enviamos un mensaje para que se quedara en el Viejo Pabellón. Matthew sostenía largas y complicadas conversaciones

con Gallowglass sobre las mentiras que su sobrino tendría que contar para no revelarle al Matthew del siglo XVI que había sido reemplazado temporalmente por su yo futuro. Al Matthew del siglo XVI no podían permitirle ver a Kit ni a Louisa, porque no se podía confiar en ninguno de ellos. Walter y Henry se inventarían alguna historia para explicar cualquier tipo de discontinuidad en el comportamiento. Matthew envió a Hancock a Escocia para prepararse para una nueva vida allí. Yo trabajaba con Goody Alsop perfeccionando los nudos que usaría para tejer el conjuro que nos llevaría al futuro.

Matthew se reunió conmigo en San Jacobo de Garlickhythe después de una de mis lecciones y me sugirió que diéramos un paseo por el atrio de San Pablo de camino a casa. Faltaban dos semanas para llegar a la mitad del verano y los días eran soleados y luminosos a pesar de la persistente nube de Bedlam.

Aunque Matthew todavía estaba demacrado debido a su experiencia con Louisa y Kit, me sentí casi como en los viejos tiempos cuando paramos en los puestos de libros para ver los últimos títulos y novedades. Estaba leyendo una nueva entrega de la batalla dialéctica que mantenían dos graduados de Cambridge que tenían rencillas entre ellos cuando Matthew se puso tenso.

—Manzanilla. Hojas de roble. Y café.

Mi marido giró la cabeza al percibir aquel olor desconocido.

—¿Café? —dije, mientras me preguntaba cómo era posible que algo que todavía no había llegado a Inglaterra pudiera perfumar el aire que rodeaba San Pablo. Pero Matthew ya no estaba a mi lado para poder preguntarle. En lugar de ello, se estaba abriendo paso a marchas forzadas entre la multitud, espada en mano.

Suspiré. Matthew no podía evitar perseguir a cada ladrón con que se topaba en el mercado. A veces desearía que no tuviera una vista tan aguda y que poseyera una brújula moral menos exigente.

Esa vez perseguía a un hombre unos doce centímetros más bajo que él, con densos rizos castaños salpicados de gris. El hombre era esbelto y tenía los hombros ligeramente encorvados, como si pasara demasiado tiempo inclinado sobre los libros. Había algo en aquella combinación que me trajo ciertos recuerdos.

El hombre sintió que el peligro se aproximaba y se volvió. Por desgracia, llevaba una daga lastimeramente pequeña, no mayor que un cortaplumas. Aquello no le iba a servir de mucho contra Matthew. Con la esperanza de evitar un baño de sangre, corrí hacia mi marido.

Matthew agarró la mano del pobre hombre con tanta fuerza que su inadecuada arma cayó al suelo. Con una rodilla, el vampiro presionaba a su presa contra el puesto de libros, mientras apretaba la parte plana de la espada contra el cuello del hombre. Tuve que mirar dos veces.

—¿Papá? —susurré. No podía ser. Lo observé incrédula, con el corazón martilleando de emoción y de sorpresa.

—Hola, señorita Bishop —replicó mi padre, levantando la vista de la afilada espada de Matthew—. Me alegro de encontrarte aquí.

Capítulo 37

MI padre parecía estar tranquilo mientras se enfrentaba a un vampiro desconocido y armado y a su propia hija, ya crecida. Solo un ligero temblor en la voz y los nudillos blancos por la fuerza con que se aferraba al tenderete lo delataban.

—El doctor Proctor, supongo —dijo Matthew dando un paso atrás, antes de enfundar el arma.

Mi padre se alisó la práctica chaqueta marrón. Estaba hecha un desastre. Alguien —probablemente mi madre— había intentado convertir una chaqueta con el cuello mao en algo que recordaba a una casulla clerical. Y los bombachos eran demasiado largos, más parecidos a los que usaría Ben Franklin que a los de Walter Raleigh. Pero aquella voz familiar, que no oía hacía veintiséis años, era absolutamente perfecta.

—Has crecido en los últimos tres días —dijo, temblando.

—Pues tú estás como te recordaba —dije aturdida, todavía asombrada por el hecho de tenerlo delante de mí. Preocupada porque dos brujos y un *wearh* pudieran ser demasiado para la multitud del atrio de San Pablo, y sin tener muy claro qué hacer en esa situación nueva para mí, caí en las convenciones sociales—. ¿Quieres venir a casa a tomar algo? —sugerí con torpeza.

—Claro, cielo. Eso sería genial —dijo, asintiendo con indecisión.

Mi padre y yo no podíamos parar de mirarnos, ni de camino a casa ni cuando estuvimos a salvo en El Venado y la Corona, donde, milagrosamente, no había nadie. Una vez allí, me dio un fuerte abrazo.

—De verdad eres tú. Hablas como tu madre —dijo, mientras me agarraba con los brazos estirados para analizar mis rasgos—. Y también te pareces a ella.

—La gente me dice que tengo tus ojos —dije, analizándolo yo a él. Cuando tienes siete años, no te fijas en esas cosas. Solo piensas en buscarlas después, cuando es demasiado tarde.

—Así es —rio Stephen.

—Diana también tiene vuestras orejas. Y vuestros olores son, en cierto modo, similares. Así fue como os reconocí en San Pablo. —Matthew se pasó la mano nervioso por el pelo rapado y luego se la tendió a mi padre—. Soy Matthew.

Mi padre se quedó mirando la mano que le tendía.

—¿Sin apellido? ¿Eres una especie de famoso, como Halston o Cher?

De pronto, se me vino a la cabeza la clara imagen de lo que me había perdido por no tener a mi padre cerca en la adolescencia, haciendo el tonto al conocer a los chicos con los que salía. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Matthew tiene muchos apellidos. Es... complicado —dije, sorbiéndome las lágrimas. Mi padre pareció alarmarse por el repentino brote de emoción.

—Matthew Roydon valdrá por el momento —dijo Matthew, captando la atención de mi padre. Acto seguido, se estrecharon la mano.

—Así que tú eres el vampiro —dijo mi padre—. Rebecca está preocupadísima por las cuestiones prácticas de tu relación con mi hija, y eso que Diana todavía no sabe ni montar en bici.

—Por favor, papá.

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca, me ruboricé. Sonó como si tuviera

doce años. Matthew sonrió mientras iba hacia la mesa.

—¿No quieres sentarte y tomar un poco de vino, Stephen? —preguntó Matthew, tendiéndole una copa antes de separar una silla para mí—. Diana debe de estar en una especie de estado de *shock*.

—Eso parece. Me encantaría tomar un poco —reconoció. Mi padre se sentó, bebió un sorbo de vino y asintió en señal de aprobación antes de hacer un visible esfuerzo para tomar las riendas—. Bien —dijo de repente—, nos hemos saludado, me has invitado a tu casa y hemos bebido algo. Esas son las bases de los rituales de bienvenida occidentales. Ahora ya podemos ir al grano. ¿Qué estás haciendo aquí, Diana?

—¿Yo? ¿Qué estás haciendo *tú* aquí? ¿Y dónde está mamá? —pregunté, mientras apartaba el vino que Matthew me había servido.

—Tu madre está en casa, cuidándote. —Mi padre sacudió la cabeza, impresionado—. No me lo puedo creer. No puedes tener más de diez años menos que yo.

—Siempre olvido que eres mucho mayor que mamá.

—¿Estás con un vampiro y todavía tienes algo que decir porque tenga una relación con una mujer joven?

La expresión juguetona de mi padre me invitaba a reírme.

Lo hice, mientras hacía las cuentas rápidamente.

—¿Entonces vienes de los años ochenta, más o menos?

—Sí. Por fin he entregado las notas y he salido a explorar un poco —dijo Stephen, observándonos—. ¿Os habéis conocido en este lugar y en esta época?

—No. Nos conocimos en septiembre de 2009 en Oxford. En la biblioteca Bodleiana —respondí. Luego miré a Matthew, que me dedicó una sonrisa alentadora. Me volví hacia mi padre y respiré hondo—. Puedo viajar en el tiempo, como tú. Me he traído a Matthew conmigo.

—Ya sé que puedes viajar en el tiempo, cielito. Le diste un susto de muerte a tu madre en agosto, cuando desapareciste el día que cumplías tres años. Un niño pequeño que viaja en el tiempo es la peor pesadilla de una madre —me aseguró, mirándome con perspicacia—. Así que tienes mis ojos, mis orejas, mi olor y mi capacidad de viajar en el tiempo. ¿Algo más?

Asentí.

—Sé tejer hechizos.

—Ah. Esperábamos que te inclinaras hacia el fuego, como tu madre, pero no ha habido suerte —dijo mi padre incómodo, bajando la voz—. Probablemente no deberías mencionar tu talento en compañía de otros brujos. Y, cuando intenten enseñarte sus conjuros, que te entren por un oído y te salgan por el otro. Ni siquiera intentes aprenderlos.

—Ojalá me hubieras dicho eso antes. Me habría ayudado con Sarah —dije.

—La buena de Sarah.

La risa de mi padre era cálida y pegadiza.

Se oyó un ruido atronador de pies en las escaleras y unas greñas con cuatro patas y un niño cruzaron a toda velocidad el umbral y golpearon la puerta contra la pared con la fuerza del entusiasmo de la entrada.

—El señor Harriot dice que puedo salir otra vez con él a ver las estrellas y promete no olvidarse de mí esta vez. El señor Shakespeare me ha dado esto —exclamó Jack, agitando un pedazo de papel en el aire—. Dice que es una carta de crédito. Y Annie se quedó mirando a un niño en El Sombrero del Cardenal mientras se comía el pastel. ¿Quién es este?

Aquella última frase fue pronunciada mientras un mugriento dedo apuntaba en dirección a mi padre.

—Es el señor Proctor —dijo Matthew, agarrando a Jack por la cintura—. ¿Le has dado de comer a Greñas al entrar? —No había habido manera de separar al niño y al perro en Praga, así que Greñas se había venido a Londres, donde su extraño aspecto lo había convertido en una especie de atracción local.

—Claro que le he dado de comer a Greñas. Si me olvido, me come los zapatos y Pierre dijo que estaba dispuesto a pagarme un par nuevo sin que vos lo supieras, pero no dos.

Jack se llevó la mano a la boca con una palmada.

—Lo siento, señora Roydon. —Salió corriendo calle abajo y no pude cogerlo.

Annie entró apresuradamente en la sala con el ceño fruncido. Luego se quedó de piedra y el color abandonó su rostro mientras miraba a mi padre.

—No pasa nada, Annie —dije con dulzura. Tenía miedo a las criaturas desconocidas desde lo de Greenwich—. Este es el señor Proctor. Es un amigo.

—Tengo canicas. ¿Sabéis jugar al gua?

Jack observaba a mi padre especulando abiertamente, mientras intentaba determinar si el recién llegado sería una persona a la que resultaría útil tener cerca.

—El señor Proctor ha venido a hablar con la señora Roydon, Jack —dijo Matthew, mientras lo hacía girar en redondo—. Necesitamos agua, vino y pan. Annie y tú repartíos las tareas y, cuando Pierre vuelva, os llevará a Moorfields.

Refunfuñando un poco, Jack acompañó a Annie otra vez a la calle. Finalmente, miré a mi padre a los ojos. Había estado observándonos a Matthew y a mí sin mediar palabra y el aire estaba lleno de preguntas.

—¿Por qué estás aquí, cielo? —repitió en voz queda mi padre cuando los niños se retiraron.

—Pensamos que podríamos encontrar a alguien que me ayudara con algunas cuestiones relacionadas con la magia y la alquimia. —Por alguna razón, no quería que mi padre conociera los detalles—. Mi profesora se llama Goody Alsop. Ella y su aquelarre me han acogido.

—Buen intento, Diana. Yo también soy brujo, así que sé cuándo estás eludiendo la verdad —dijo mi padre, recostándose en la silla—. Tendrás que acabar contándomelo. Creía que esto nos ahorraría algo de tiempo.

—¿Y qué haces *tú* aquí, Stephen? —preguntó Matthew.

—Pasar el rato. Soy antropólogo. A eso me dedico. ¿Y tú?

—Soy científico, bioquímico, trabajo en Oxford.

—Tú no has venido al Londres isabelino a «pasar el rato», papá. Ya tienes la página del Ashmole 782 —repliqué, entendiendo de pronto por qué estaba allí—. Estás buscando el resto del manuscrito.

Bajé la llama del candelabro de madera. El compendio astronómico del señor Habermel estaba agazapado entre dos velas. Teníamos que cambiarlo de sitio a diario, porque Jack lo encontraba todos los días.

—¿Qué página? —preguntó mi padre con aire sospechosamente inocente.

—La página con la imagen del enlace alquímico. Era de un manuscrito de la biblioteca Bodleiana. Mira, Matthew.

Abrí el compendio. Estaba completamente inmóvil, como esperaba.

—Qué guay —dijo mi padre, con un silbido.

—Deberías ver su trampa para ratones —dijo Matthew entre dientes.

—¿Para qué sirve eso?

Mi padre extendió la mano hacia el compendio, para verlo más de cerca.

—Es un instrumento matemático que calcula el tiempo y marca acontecimientos astronómicos como las fases de la luna. Empezó a moverse solo cuando estábamos en Praga. Creí que significaba que alguien nos estaba buscando a Matthew y a mí, pero ahora me pregunto si no te estaba buscando a ti y al manuscrito.

Todavía se activaba de tarde en tarde y las ruedas empezaban a girar sin previo aviso. En casa todos lo llamaban «el reloj embrujado».

—Tal vez debería ir a coger el libro —dijo Matthew, levantándose.

—No te preocupes —respondió mi padre, haciendo que se volviera a sentar—. No hay prisa. Rebecca no me espera hasta dentro de unos días.

—¿Así que te quedarás aquí, en Londres?

La cara de mi padre se suavizó. Asintió.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Matthew.

—¡Aquí! —dije, indignada—. Se aloja aquí.

Después de tantos años sin él, perderlo de vista me resultaba impensable.

—Tu hija tiene una opinión muy clara sobre el hecho de que su familia se aloje en hoteles —le dijo Matthew a mi padre con una sonrisa irónica, mientras recordaba cómo había reaccionado cuando él había intentado hacer que Marcus y Miriam se quedaran en un motel en Cazenovia—. Eres bien recibido para quedarte con nosotros, por supuesto.

—Tengo una habitación en el otro extremo de la ciudad —dijo mi padre, vacilante.

—Quédate —le pedí. Acto seguido, apreté los labios y parpadeé para reprimir las lágrimas—. Por favor. —Había tantas cosas que quería preguntarle, tantas preguntas que solo él podía responder... Mi padre y mi marido intercambiaron una larga mirada.

—Está bien —dijo mi padre, finalmente—. Será genial pasar con vosotros unos días.

Intenté cederle nuestro cuarto, ya que Matthew no iba a ser capaz de dormir con un extraño en casa y yo cabía sin problemas en el banco de la ventana, pero mi padre se negó. En lugar de ello, Pierre le cedió el suyo. Me quedé en el rellano y escuché con envidia mientras Jack y mi padre hablaban como viejos amigos.

—Creo que Stephen tiene todo lo que necesita —dijo Matthew, deslizando los brazos a mi alrededor.

—¿Está decepcionado conmigo? —me pregunté, en voz alta.

—¿Tu padre? —Matthew parecía incrédulo—. ¡Por supuesto que no!

—Parece un poco incómodo.

—Cuando Stephen se despidió de ti con un beso hace unos días, eras una niña pequeña. Se siente abrumado, eso es todo.

—¿Sabe lo que les va a pasar a él y a mamá? —susurré.

—No lo sé, *mon coeur*, pero eso creo —respondió Matthew, arrastrándome hacia el dormitorio—. Ven a la cama. Todo parecerá diferente por la mañana.

Matthew tenía razón: mi padre estaba un poco más relajado al día siguiente, aunque no parecía que hubiera dormido mucho. Y Jack tampoco.

—¿El niño siempre tiene pesadillas tan terribles? —preguntó mi padre.

—Siento que no te haya dejado dormir —me excusé—. Los cambios lo ponen nervioso. Matthew suele ocuparse de él.

—Lo sé. Lo vi —dijo mi padre, antes de beber un sorbo de la tisana de hierbas que

Annie había preparado.

Ese era el problema de mi padre: lo veía todo. Su capacidad de observación avergonzaba a los vampiros. Aunque tenía cientos de preguntas —sobre mi madre y su magia, sobre la página del Ashmole 782...—, todas parecieron esfumarse bajo su silenciosa mirada. De vez en cuando me preguntaba algo trivial. ¿Sabía lanzar una bola de béisbol? ¿Creía que Bob Dylan era un genio? ¿Me habían enseñado a montar una tienda de campaña? No me preguntó nada sobre mi relación con Matthew, ni a qué universidad había ido, ni siquiera a qué me dedicaba. Al no percibir ningún signo de interés por su parte, me sentía extraña proporcionando la información voluntariamente. Al final de nuestro primer día juntos, estaba prácticamente llorando.

—¿Por qué no habla conmigo? —pregunté mientras Matthew me desataba el corsé.

—Porque está demasiado ocupado escuchando. Es antropólogo: un observador profesional. Tú eres la historiadora de la familia. Las preguntas son tu fuerte, no el suyo.

—Cuando estoy a su lado, me quedo muda y no sé por dónde empezar. Y, cuando habla conmigo, siempre lo hace sobre temas extraños, como el de si el hecho de permitir que haya bateadores designados ha arruinado el béisbol.

—Eso es de lo que hablaría un padre con su hija cuando empezara a llevarla a los partidos de béisbol. Así que Stephen sabe que no te va a ver crecer. Lo que no sabe es cuánto tiempo le queda contigo.

Me senté en el borde de la cama.

—Era un gran fan de los Red Sox. Recuerdo que mamá solía decir que entre que se había quedado embarazada y que Carlton Fist había hecho una carrera en el sexto partido de la Serie Mundial, el de 1975 había sido el mejor semestre de otoño de su vida, aunque Cincinnati acabara ganándole a Boston al final.

Matthew esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que el semestre de otoño de 1976 lo superó.

—¿Los Sox ganaron ese año?

—No. Pero tu padre sí.

Matthew me besó y sopló la vela.

Cuando volví a casa al día siguiente, después de hacer los recados a todo correr, me encontré a mi padre sentado en la sala del apartamento vacío con el Ashmole 782 abierto delante de él.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunté, mientras ponía los paquetes sobre la mesa—. Se suponía que Matthew lo había escondido.

Ya tenía suficiente con mantener a los niños alejados del maldito compendio.

—Jack me lo ha dado. Lo llama «el libro de los monstruos de la señora Roydon». Como comprenderás, estaba deseando verlo después de oír eso —respondió mi padre, mientras pasaba la página. Tenía los dedos más cortos que los de Matthew, y eran más romos y fuertes que afilados y diestros—. ¿Es este el libro del que salió la ilustración del enlace?

—Sí. En él había dos imágenes más: una de un árbol y otra de dos dragones desangrándose —añadí, antes de quedarme callada—. No estoy segura de cuánto más debería contarte, papá. Sé cosas acerca de tu relación con este libro que tú no sabes. Cosas que ni siquiera han sucedido todavía.

—Entonces cuéntame qué te pasó después de descubrirlo en Oxford. Y quiero la

verdad, Diana. Puedo ver los hilos deteriorados que hay entre el libro y tú, todos retorcidos y enredados. También veo que alguien te ha hecho daño físicamente.

Se hizo un pesado silencio en la habitación y no había ningún sitio donde pudiera esconderme de la atenta mirada de mi padre. Cuando no lo pude soportar más, lo miré a los ojos.

—Fueron unas brujas. Matthew se quedó dormido y yo salí a tomar el aire. Se suponía que estaba a salvo. Una bruja me capturó —dije, revolviéndome en la silla—. Fin de la historia. Hablemos de otras cosas. ¿No quieres saber a qué universidad he ido? Soy historiadora. Y tengo una plaza fija. En Yale.

Hablaría de cualquier cosa con mi padre, salvo de la sarta de acontecimientos que empezaron con la entrega de una vieja foto en mi alojamiento del New College y finalizaron con la muerte de Juliette.

—Más tarde. Ahora necesito saber por qué otra bruja deseaba tanto ese libro que estaba dispuesta a matarte por ello. Ah, sí —dijo al ver mi mirada incrédula—, eso me lo he imaginado yo solo. Una bruja te hizo un hechizo de apertura en la espalda y te dejó una terrible cicatriz. Puedo sentir la herida. A Matthew se le van los ojos hacia ella constantemente y tu dragón (también sé de su existencia) la protege con las alas.

—Satu, la bruja que me capturó, no es la única criatura que quiere el libro. Peter Knox también. Es miembro de la Congregación.

—Peter Knox —dijo mi padre en voz queda—. Vaya, vaya, vaya.

—¿Os conocéis?

—Por desgracia, sí. Siempre le ha atraído tu madre. Afortunadamente, ella lo detesta. —Mi padre se puso serio y pasó otra página—. De verdad espero que Peter no sepa nada de las brujas que murieron en esto. El libro está rodeado de cierta magia oscura y a Peter siempre le ha interesado ese aspecto de la brujería. Sé por qué él podría quererlo, pero ¿por qué Matthew y tú lo necesitáis con tanta urgencia?

—Las criaturas están desapareciendo, papá. Los daimones se están volviendo más salvajes. La sangre de los vampiros a veces es incapaz de transformar a los humanos. Y las brujas no tienen tanta descendencia. Nos estamos extinguiendo. Matthew cree que este libro podría ayudarnos a entender por qué —le expliqué—. Hay mucha información genética en el libro: piel, pelo, hasta sangre y huesos.

—Te has casado con la criatura equivalente a Charles Darwin. ¿Y le interesan también los orígenes además de la extinción?

—Sí. Lleva mucho tiempo investigando cómo los daimones, las brujas y los vampiros están relacionados entre sí y con los humanos. Este manuscrito (si logramos volver a reunirlos y entender el contenido) podría aportar pistas importantes.

Los ojos color avellana de mi padre se encontraron con los míos.

—¿Y para tu vampiro son solo preocupaciones teóricas?

—Ya no. Estoy embarazada, papá —revelé, mientras posaba con suavidad la mano sobre el abdomen. Últimamente lo hacía mucho sin darme cuenta.

—Lo sé —dijo, sonriendo—. También me lo imaginaba, pero me complace haberlo oído de tu boca.

—Solo llevas aquí cuarenta y ocho horas. No me gusta acelerar las cosas más de lo que tú lo haces —dije, avergonzada. Mi padre se levantó y me estrechó entre sus brazos. Me apretó con fuerza—. Además, deberías estar sorprendido. Se supone que las brujas y los vampiros no deben enamorarse. Y mucho menos tener hijos juntos.

—Tu madre me lo advirtió: lo ha visto todo con esa extraña visión suya —confesó,

y se echó a reír—. Menudo problemón. Si no está preocupada por ti, es por el vampiro. Enhorabuena, cielo. Un hijo es un regalo maravilloso.

—Solo espero que podamos con él. Quién sabe cómo podrá ser un hijo nuestro.

—Puedes con más cosas de las que crees —me aseguró mi padre, antes de darme un beso en la mejilla—. Venga, vamos a dar un paseo. Podrías enseñarme tus lugares favoritos de la ciudad. Me encantaría conocer a Shakespeare. Uno de los idiotas de mis compañeros está convencido de que fue la reina Isabel quien escribió *Hamlet*. Y hablando de compañeros: ¿cómo es posible que, después de años comprándote biberones y manoplas, mi hija acabe dando clases en Yale?

—Tengo curiosidad por algo —dijo mi padre, mirando fijamente el vino.

Ambos habíamos disfrutado de un paseo maravilloso, acabábamos de deleitarnos con una cena distendida, habíamos mandado a los niños a la cama y Greñas roncaba al lado de la chimenea. Hasta entonces, había sido un día perfecto.

—¿De qué se trata, Stephen? —preguntó Matthew, levantando la vista de su propia copa con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo creéis que podéis mantener bajo control esta locura de vida que lleváis?

La sonrisa de Matthew se desvaneció.

—No estoy seguro de que haya entendido la pregunta —dijo, fríamente.

—Ambos os aferráis a todo con demasiada fuerza. —Mi padre bebió un trago de vino y observó deliberadamente el puño cerrado de Matthew sobre el borde de la copa—. Sin darte cuenta, podrías destruir con ese puño lo que más quieres, Matthew.

—Lo tendré en cuenta.

Matthew estaba controlando su carácter... a duras penas. Abrí la boca con el fin de suavizar las cosas.

—Deja de intentar arreglar las cosas, cielo —me dijo mi padre antes de que pudiera pronunciar una palabra.

—No lo hago —protesté.

—Sí lo haces —dijo Stephen—. Tu madre lo hace constantemente y reconozco las señales. Esta es la única oportunidad que tendré de hablar contigo de adulta, Diana, y no pienso andarme con rodeos porque tú o él os sintáis incómodos.

Mi padre metió una mano en la chaqueta y sacó un panfleto.

—Tú también has estado intentando arreglar las cosas, Matthew.

En él se leía en letra pequeña: «Noticias de Escocia», sobre la tipografía mayor del titular: «DECLARAN QUE LA EXECRABLE VIDA DEL DOCTOR FIAN, QUE FUE QUEMADO EN EDIMBURGO EL PASADO ENERO, FUE LA DE UN INSIGNE HECHICERO».

—Toda la ciudad habla de los brujos de Escocia —dijo mi padre, pasándole las hojas a Matthew—. Pero las criaturas cuentan una historia diferente que los sangre caliente. Dicen que el grandioso y terrible Matthew Roydon, enemigo de los brujos, ha desoído los deseos de la Congregación y ha salvado al acusado.

Los dedos de Matthew frenaron el avance de las hojas.

—No deberías creer todo lo que oyes, Stephen. Los londinenses son aficionados a las habladurías frívolas.

—Para ser dos fanáticos del control, desde luego estáis ocasionando una barbaridad

de problemas. Y los problemas no acaban aquí. También os seguirán hasta casa.

—Lo único que va a seguirnos a casa desde 1591 es el Ashmole 782 —dije.

—No podéis llevaros el libro —dijo categóricamente mi padre—. Su sitio es este. Ya habéis enrevesado el tiempo lo suficiente al quedaros tanto tiempo.

—Hemos tenido mucho cuidado, papá.

Estaba perpleja por sus críticas.

—¿Cuidado? Lleváis aquí siete meses. Habéis concebido un hijo. La vez que más tiempo he estado en el pasado fueron dos semanas. Ya no sois viajeros del tiempo. Habéis sucumbido a una de las transgresiones más básicas del trabajo de campo antropológico: os habéis vuelto nativos.

—Yo ya había estado aquí, Stephen —dijo Matthew con tranquilidad, aunque tamborileaba con los dedos sobre el muslo, algo que nunca había sido buena señal.

—Eso ya lo sé, Matthew —le espetó mi padre—. Pero has introducido demasiadas variables como para que el pasado permanezca como estaba.

—El pasado nos ha cambiado —dije, enfrentándome a la irritada mirada de mi padre—. Parece lógico que *nosotros* también lo hayamos cambiado a *él*.

—¿Y eso está bien? Viajar en el tiempo es algo serio, Diana. Incluso para una breve visita es necesario un plan en el que se incluya dejar todo como estaba.

Me revolví en el asiento.

—Se suponía que no nos íbamos a quedar tanto tiempo. Una cosa llevó a la otra y ahora...

—Ahora vais a dejar todo hecho un desastre. Y probablemente os encontraréis con otro cuando volváis a casa.

Mi padre nos miró con aire sombrío.

—Ya lo pillo, papá. La hemos cagado.

—Pues sí —dijo con cariño—. Puede que queráis pensar en ello mientras voy a El Sombrero del Cardenal. Alguien llamado Gallowglass se me ha presentado en el patio. Dice que es pariente de Matthew y ha prometido ayudarme a conocer a Shakespeare, ya que mi propia hija se ha negado a ello —añadió mi padre, antes de darme un fugaz beso en la mejilla. En él había decepción, además de perdón—. No me esperéis despiertos.

Matthew y yo nos sentamos en silencio, mientras el sonido de los pasos de mi padre se apagaban. Inspiré entrecortadamente.

—¿La hemos cagado, Matthew? —pregunté, mientras revisaba los meses pasados: estar con Philippe, derrumbar las defensas de Matthew, conocer a Goody Alsop y a las otras brujas, descubrir que era una tejedora, ser amiga de Mary y de las damas de Malá Strana, acoger a Jack y a Annie en nuestro hogar y en nuestros corazones, recuperar el Ashmole 782 y, sí, concebir un hijo. Dejé caer la mano sobre la barriga, en un gesto protector. No había ni una sola cosa que hubiera cambiado, si me hubieran dado la oportunidad.

—Es difícil saberlo, *mon coeur* —dijo Matthew con aire sombrío—. El tiempo lo dirá.

—He pensado que podríamos ir a ver a Goody Alsop. Me está ayudando con el hechizo para regresar al futuro.

Estaba de pie ante mi padre, con la caja de hechizos bien sujeta entre las manos. Todavía me sentía incómoda con él, después de la charla que nos había dado a Matthew y a

mí la noche pasada.

—Ya era hora —dijo mi padre, mientras cogía la chaqueta. Todavía la llevaba como un hombre moderno: se la quitaba en cuanto entraba en algún sitio y se remangaba las mangas de la camisa—. No me parecía que hubieras pillado ninguna de mis indirectas. Estoy impaciente por conocer a una tejedora experimentada. ¿Y vas a enseñarme por fin lo que hay en esa caja?

—Si sentías curiosidad, ¿por qué no me lo preguntaste?

—Estaba recubierto tan cuidadosamente con esa especie de halo tenue que creas que me imaginé que no querías que nadie hablara de ello —dijo, mientras bajábamos las escaleras.

Cuando llegamos a la parroquia de San Jacobo de Garlickhythe, el espectro de Goody Alsop abrió la puerta.

—Pasad, pasad —dijo la bruja, señalándonos su asiento al lado del fuego. Tenía los ojos brillantes y chispeantes de la emoción—. Os hemos estado esperando.

Todos los miembros del aquelarre estaban allí, sentados en el borde de las sillas.

—Goody Alsop, este es mi padre, Stephen Proctor.

—El tejedor —dijo Goody Alsop, sonriendo satisfecha—. Sois de agua, como vuestra hija.

Mi padre se quedó atrás como siempre, observando a todo el mundo y hablando lo menos posible, mientras yo hacía las presentaciones. Todas las mujeres sonrieron y asintieron, aunque Catherine tuvo que repetirle todo a Elizabeth Jackson porque el acento de mi padre era demasiado raro.

—Pero estamos siendo unas groseras. ¿Os importaría compartir el nombre de vuestra criatura?

Goody Alsop observó los hombros de mi padre, donde se apreciaba el tenue perfil de una garza. Nunca la había visto antes.

—¿Podéis ver a Bennu? —dijo mi padre, sorprendido.

—Desde luego. Está posada con las alas abiertas sobre vuestros hombros. Mi espíritu familiar no tiene alas, aunque yo estoy fuertemente unida al aire. Sospecho que me resultó más fácil domesticarlo por esa razón. Cuando era niña, vino a Londres un tejedor cuyo espíritu familiar era una arpía. Se llamaba Ella y era muy difícil de instruir.

El espectro de Goody Alsop flotaba alrededor de mi padre, canturreándole suavemente al pájaro mientras este se hacía más visible.

—Tal vez vuestro Bennu sea capaz de convencer al dragón de Diana para que revele su nombre. Eso haría que le resultara mucho más fácil a vuestra hija regresar a su propia época, creo yo. No queremos que quede aquí ningún rastro de su espíritu familiar que arrastre a Diana de vuelta a Londres.

—Guau.

Mi padre estaba intentando asimilarlo todo: la reunión de brujas, el espectro de Goody Alsop, el hecho de que revelaran sus secretos...

—¿Qué? —preguntó Elizabeth Jackson educadamente, dando por hecho que había entendido mal.

Mi padre retrocedió y observó detenidamente a Elizabeth.

—¿Nos conocemos?

—No. Lo que reconocéis es el agua que corre por mis venas. Nos alegramos de teneros entre nosotras, señor Proctor. Hace tiempo que Londres no alberga a tres tejedores entre sus muros. La ciudad es un hervidero.

Goody Alsop avanzó hacia la silla que tenía al lado.

—Sentaos.

Mi padre ocupó el lugar de honor.

—En casa nadie sabe nada del tema este de tejer.

—¿Ni mamá? —pregunté, espantada—. Papá, tienes que contárselo.

—Oh, ya lo sabe. Pero no tuve que contárselo. Se lo enseñé. —Los dedos de mi padre se curvaron y salieron disparados en un instintivo gesto de mando.

El mundo se iluminó en tonos de azul, gris, lavanda y verde mientras él cogía todas las hebras acuosas ocultas en la sala: en las ramas de sauce que había en un jarrón, al lado de la ventana, en el candelabro de plata que Goody Alsop usaba para los hechizos, en el pescado que estaba esperando a ser asado para la cena... Todas las personas y todas las cosas que se encontraban en la habitación estaban bañadas en esos mismos tonos acuosos. Bennu levantó el vuelo y sus alas de puntas plateadas agitaron el aire en oleadas. El espectro de Goody Alsop era arrastrado aquí y allá por las corrientes. Su silueta se convirtió en un lirio de largo tallo, luego volvió a adquirir forma humana y le brotaron unas alas. Era como si los dos espíritus familiares estuvieran jugando. Ante la perspectiva de pasárselo bien, mi dragón dio un coletazo y batió las alas contra mis costillas.

—Ahora no —le dije severamente, mientras me agarraba el corpiño. Lo último que necesitábamos era un dragón haciendo cabriolas. Puede que hubiera perdido el control sobre el pasado, pero no era tan tonta como para liberar a un dragón en el Londres isabelino.

—Déjalo salir, Diana —me animó mi padre—. Ben lo cuidará.

Pero no me sentía capaz de hacerlo. Mi padre llamó a Bennu, que se desvaneció en sus hombros. La magia de agua que me rodeaba también se esfumó.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —me preguntó mi padre en voz baja.

—¡Tengo miedo por esto! —exclamé, agitando los cordones en el aire—. ¡Y por esto! —añadí, mientras me golpeaba las costillas y empujaba al dragón, que eructó a modo de respuesta. A continuación, bajé la mano hacia donde nuestro hijo se estaba gestando—. Y por esto. Es demasiado. No necesito usar la magia elemental de forma llamativa como tú acabas de hacer. Soy feliz así.

—Puedes tejer hechizos, dominar a un dragón y cambiar las reglas que rigen la vida y la muerte. Eres tan volátil como la propia creación, Diana. Esos son poderes por los que mataría cualquier bruja que se precie.

Lo miré, horrorizada. Había sacado a colación lo único que había en aquella sala a lo que no podía enfrentarme: el hecho de que los brujos ya habían matado por esos poderes. Habían matado a mi padre y también a mi madre.

—Guardar la brujería en cajitas ordenadas y mantenerlas separadas de tu magia no nos va a alejar a mamá y a mí de nuestros destinos —añadió mi padre, con tristeza.

—No intento hacer eso.

—¿De verdad? —preguntó, alzando las cejas—. ¿Quieres volver a intentarlo, Diana?

—Sarah dice que la magia elemental y la brujería son cosas distintas. Dice que...

—¡Olvida lo que dice Sarah! —exclamó mi padre, agarrándome por los hombros—. Tú no eres Sarah. No eres como ninguna otra bruja que haya existido jamás. Y no tienes por qué elegir entre los hechizos y el poder que tienes a tu alcance. Somos tejedores, ¿no? —preguntó. Yo asentí—. Pues considera la magia elemental como el ovillo, como las resistentes fibras que forman el mundo, y los hechizos, como la trama. Ambos son parte de

un único tapiz. Es todo un gran sistema, cielo. Y tú puedes llegar a dominarlo, si dejas a un lado el miedo.

Podía ver las posibilidades brillando a mi alrededor en forma de redes y sombras de colores, aunque el miedo seguía ahí.

—Un momento. También tengo una conexión con el fuego, como mamá. No sabemos cómo reaccionarán el agua y el fuego. Todavía no he llegado a esas lecciones.

—«Por culpa de lo de Praga», pensé. «Porque nos hemos distraído persiguiendo el Ashmole 782 y nos hemos olvidado de centrarnos en el futuro y en volver a él».

—Así que juegas a dos bandas: eres un arma secreta brujeril —dijo, y se echó a reír. *Se echó a reír.*

—Esto es muy serio, papá.

—No tiene por qué serlo.

Mi padre dejó que lo asimilara y luego curvó el dedo para coger por la punta una única hebra de color verde grisáceo que estaba sujeta a ella.

—¿Qué haces? —pregunté, recelosa.

—Mira —dijo en un susurro similar al sonido de las olas chocando contra la costa. Se llevó el dedo hacia él y frunció los labios como si estuviera sujetando una varita invisible para hacer pompas de jabón. Cuando sopló, se formó una bola de agua. Moviéndose rápidamente los dedos hacia el balde de agua que había al lado del hogar y la bola se convirtió en hielo, salió flotando y cayó dentro de él con un chapoteo—. Bingo.

Elizabeth soltó una risilla y liberó un torrente de burbujas de agua que estallaron en el aire, dejando escapar cada una de ellas un diminuto aguacero.

—A ti no te gusta lo desconocido, Diana, pero a veces tienes que enfrentarte a él. La primera vez que te subí a un triciclo, estabas muerta de miedo. Y lanzabas las piezas de construcción contra la pared cuando no lograbas que volvieran a caber todas en la caja. Pero superamos esas crisis. Y estoy seguro de que podemos con esta —afirmó mi padre, tendiéndome la mano.

—Pero es tan...

—¿Caótico? Como la vida misma. Deja de intentar ser perfecta. Intenta ser realista para que se produzca un cambio. —Mi padre barrió el aire con el brazo y dejó a la vista todos los hilos que normalmente no se veían—. El mundo entero está en esta sala. Tómate tu tiempo y descúbrelo.

Estudí los patrones, observé las manchas de color que rodeaban a las brujas y que indicaban sus fortalezas particulares. Hebras de fuego y agua me envolvían en un caos de sombras encontradas. El pánico regresó.

—Invoca al fuego —dijo mi padre, como si fuera tan sencillo como pedir *pizza*.

Tras un instante de duda, curvé el dedo y deseé que el fuego viniera a mí. Un hilo de color rojo anaranjado cogió la punta y, cuando soplé a través de los labios fruncidos, decenas de diminutas burbujas de luz y calor salieron volando por el aire como luciérnagas.

—¡Maravilloso, Diana! —gritó Catherine, aplaudiendo.

Entre los aplausos y el fuego, mi dragón estaba deseando salir. Bennu gritó desde los hombros de mi padre y el dragón respondió.

—No —dije, apretando los dientes.

—No seas aguafiestas. Es un dragón, no una carpa dorada. ¿Por qué siempre tratas de fingir que la magia es ordinaria? ¡Déjalo volar!

Me relajé durante una fracción de segundo, las costillas se me aflojaron y se abrieron separándose de la columna como las hojas de un libro. Mi dragón abandonó el

confinamiento óseo a la primera de cambio, batiendo las alas mientras se metamorfoseaba y pasaba de ser gris e insustancial a iridiscente y brillante. Su cola se curvó en un nudo flojo y planeó por la habitación. El dragón atrapó las diminutas bolas de luz entre los dientes y se las tragó como si fueran caramelos. Luego se centró en las burbujas de agua de mi padre, como si fueran del mejor champán. Cuando acabó de darse caprichos, el dragón se sostuvo en el aire ante mí, mientras daba coletazos en el suelo. Ladeó la cabeza y esperó.

—¿Qué eres? —le pregunté. Sentía curiosidad por saber cómo lograba absorber todos los poderes contradictorios del agua y el fuego.

—Soy tú y no lo soy.

El dragón parpadeó, mientras sus ojos vidriosos me analizaban. Una bola giratoria de energía se mantenía en equilibrio al final de su rabo en forma de pica. Le echó un vistazo a la cola y dejó la bola en mis manos ahuecadas. Era exactamente igual a la que le había dado a Matthew allá en Madison.

—¿Cómo te llamas? —susurré.

—Me puedes llamar Corra —dijo en un idioma de humo y niebla. Corra inclinó la cabeza a modo de despedida, se disolvió en una sombra gris y desapareció.

Sentí el golpe de su peso en el centro de mi cuerpo, noté que curvaba las alas alrededor de mi espalda y luego llegó la calma. Respiré hondo.

—Eso ha sido genial, cielo —aseguró mi padre, y me abrazó con fuerza—. Estabas pensando como el fuego. La empatía es el secreto de la mayoría de las cosas de la vida, incluida la magia. ¡Mira cómo brillan ahora los hilos!

A nuestro alrededor, el mundo refulgía de posibilidades. Y, en las esquinas, el tejido de color añil y ámbar que no dejaba de urdirse y que cada vez brillaba más nos advertía de que el tiempo se estaba impacientando.

Capítulo 38

LAS dos semanas han llegado a su fin. Es hora de que me vaya.

—Aunque las palabras de mi padre no eran inesperadas, me sentaron igualmente como una patada. Bajé los párpados para disimular mi reacción—. Como no aparezca pronto, tu madre creerá que me he liado con una vendedora de naranjas.

—Las vendedoras de naranjas son más del siglo XVII —dije con aire ausente, mientras cogía los cordones que tenía en el regazo. Ahora progresaba constantemente en todo, desde los simples encantamientos contra el dolor de cabeza hasta los tejidos más complicados que podían hacer que se levantaran olas en el Támesis. Enrosqué las hebras dorada y azul alrededor de los dedos. «Fuerza y comprensión».

—Guau. A eso lo llamo yo recuperarse, Diana. —Mi padre se volvió hacia Matthew—. Sí que se recobra pronto.

—Dímelo a mí —repuso mi marido con la misma sequedad. Ambos dependían del humor para limar las asperezas de sus interacciones, lo que en ocasiones los hacía insoportables.

—Me alegro de haber podido conocerte, Matthew..., a pesar de esa mirada aterradora que pones cuando crees que estoy dando órdenes a Diana —dijo mi padre, riéndose.

Ignoré las bromas y enrosqué el cordón amarillo con el dorado y el azul. «Persuasión».

—¿No puedes quedarte hasta mañana? Sería una pena que te perdieras las celebraciones —dije. Era el solsticio de verano y en la ciudad había un ambiente festivo. Preocupada por si la posibilidad de pasar una última noche con su hija no era lo suficientemente tentadora, apelé descaradamente a los intereses académicos de mi padre—. Habrá muchísimas costumbres folclóricas que podrás observar.

—¿Costumbres folclóricas? —dijo mi padre, riendo—. Muy hábil. Claro que me quedaré hasta mañana. Annie me ha hecho una corona de flores para el pelo y Will y yo vamos a compartir un poco de tabaco con Walter. Luego iré a visitar al padre Hubbard.

Matthew frunció el ceño.

—¿Conoces a Hubbard?

—Claro. Me presenté al llegar. No me quedaba más remedio, dado que era el hombre que estaba a cargo. El padre Hubbard se imaginó con bastante rapidez que era el padre de Diana. Tenéis un olfato increíble —dijo mi padre, mientras miraba a Matthew con benevolencia—. Un hombre interesante, con esa idea de que todas las criaturas vivan como si pertenecieran a una gran familia feliz.

—Acabaría siendo un caos —repliqué.

—Pues nos las apañamos muy bien anoche con tres vampiros, dos brujos, un daimón, dos humanos y un perro bajo el mismo techo. No rechaces las nuevas ideas tan rápidamente, Diana —terció mi padre, dirigiéndome una mirada reprobatoria—. Luego supongo que pasaré a ver a Catherine y Marjorie. Esta noche habrá un montón de brujas rondando por ahí. Y esas dos seguro que sabrán cómo encontrar el lugar más divertido.

Al parecer ya trataba por el nombre de pila a media ciudad.

—Pues ten cuidado. Sobre todo con Will, papá. Nada de «gtaus» ni de «Bien jugado, Shakespeare».

A mi padre le encantaba el argot. Decía que era el distintivo del antropólogo.

—Si me pudiera llevar a Will a casa... Sería guay, perdona, cielo, tenerlo de compañero. Tiene sentido del humor. A nuestro departamento le vendría bien alguien como él. Que animara un poco el cotarro, ya me entiendes —dijo mi padre, frotándose las manos—. ¿Qué planes tenéis vosotros?

—Ninguno.

Miré a Matthew de forma inexpresiva y él se encogió de hombros.

—Yo pensaba responder a algunas cartas —dijo él, vacilante. El correo se le había amontonado, llegando a niveles alarmantes.

—Oh, no.

Mi padre se recostó en la silla, con expresión horrorizada.

—¿Qué?

Volví la cabeza para ver quién o qué había entrado en la habitación.

—No me digas que eres de ese tipo de intelectuales que no diferencian la vida personal del trabajo —exclamó levantando los brazos como para protegerse de la peste—. Me niego a creer que mi hija pueda ser uno de ellos.

—Eso es un poco melodramático, papá —dije con frialdad—. Podríamos pasar la noche contigo. Yo nunca he fumado. Será algo histórico hacerlo con Walter por primera vez, dado que fue él quien introdujo el tabaco en Inglaterra.

Mi padre pareció aún más horrorizado.

—De eso nada. Estaremos relacionándonos como viejos amigos. Lionel Tiger dice...

—No soy muy partidario de Tiger —terció Matthew—. El carnívoro social nunca ha tenido sentido para mí.

—¿Podemos dejar a un lado el tema de comer gente un momento y hablar de por qué no quieres pasar la última noche con Matthew y conmigo? —pregunté, dolida.

—No es eso, cielo. Échame una mano, Matthew. Proponle una cita a Diana. Seguro que se te ocurre algo que hacer.

—¿Como ir a patinar? —preguntó Matthew, alzando las cejas—. No hay pistas de patinaje en el Londres del siglo XVI. Y he de añadir que las pocas que quedan en el siglo XXI son muy preciadas.

—Mierda —replicó mi padre. Él y Matthew llevaban días jugando a «moda pasajera *versus* tendencia» y, aunque mi padre se alegró muchísimo al enterarse de que la popularidad de la música disco y de Pet Rock acabaría decayendo, le sorprendió saber que otras cosas, como el traje informal, eran ahora el blanco de las bromas—. Me encanta ir a patinar. Rebecca y yo vamos a un sitio en Dorchester cuando queremos descansar de Diana unas horas y...

—Iremos a dar un paseo —dije apresuradamente. Mi padre podía ser innecesariamente franco al hablar de en qué invertían él y mi madre su tiempo libre. Al parecer, pensaba que podía hacer tambalearse el sentido de la propiedad de Matthew. Cuando aquello fallaba, le daba por llamar a Matthew «*sir* Lancelot», para molestarlo aún más.

—Un paseo. Iréis a dar un paseo —dijo mi padre, antes de enmudecer—. Literalmente hablando, ¿no?... —Se alejó de la mesa—. No me extraña que las criaturas lleven el mismo camino que el dodo. Fuera. Los dos. Ahora mismo. Y os ordeno que os lo paséis bien —dijo, mientras nos acompañaba a la puerta.

—¿Cómo? —pregunté, desconcertada.

—Ese no es el tipo de pregunta que una hija deba hacer a su padre. Es el solsticio de

verano. Salid y preguntadle a la primera persona que veáis qué deberíais hacer. O, mejor aún, seguid el ejemplo de alguien. Aullad a la luna. Haced magia. Meteos mano, al menos. Seguro que hasta *sir* Lancelot sabe hacerlo —aseguró, moviendo las cejas—. ¿Lo pillas, señorita Bishop?

—Eso creo.

Mi tono de voz reflejó las dudas que tenía sobre la idea de diversión de mi padre.

—Bien. No volveré hasta el amanecer, así que no me esperéis despiertos. Mejor aún, pasad vosotros también toda la noche fuera. Jack está con Tommy Harriot. Annie, con su tía. Pierre está... Bueno, no sé dónde está Pierre, pero no necesita ninguna niñera. Os veré en el desayuno.

—¿Desde cuándo llamas «Tommy» a Thomas Harriot? —pregunté. Mi padre fingió no oírme.

—Dame un abrazo antes de irte. Y no olvides pasártelo bien, ¿vale? —me recordó, envolviéndome en sus brazos—. Nos vemos a la vuelta, nena.

Stephen nos sacó a empujones por la puerta y nos la cerró en las narices. Extendí la mano hacia el pestillo y de pronto me la encontré en el frío puño de un vampiro.

—Se irá en unas horas, Matthew.

Quise alcanzar la puerta con la otra mano, pero él me la agarró también.

—Lo sé. Y él también —me explicó Matthew.

—Entonces debería entender que quiera pasar más tiempo con él. —Me quedé mirando la puerta, deseando que mi padre la abriera. Pude ver los hilos que salían de mí, atravesaban las vetas de la madera e iban hasta el brujo que estaba al otro lado. Una de las hebras se rompió y me golpeó en el dorso de la mano como si fuera una goma elástica. Di un respingo—. ¡Papá!

—¡Andando, Diana! —gritó.

Matthew y yo vagamos por la ciudad. Nos dimos cuenta de que las tiendas cerraban temprano y advertimos que los juerguistas empezaban a llenar los bares. Vimos a varios carniceros amontonando desordenadamente huesos al lado de las puertas de sus negocios. Estaban blancos y limpios, como si los hubieran hervido.

—¿Qué pasa con los huesos? —le pregunté a Matthew cuando vimos la tercera exposición de aquel tipo.

—Son para las hogueras de huesos.

—¿Para las hogueras?

—No —dijo Matthew—, para las hogueras de huesos. Tradicionalmente, la gente celebra el solsticio de verano encendiendo hogueras: hogueras de huesos, hogueras de madera y hogueras mixtas. El alcalde amenaza cada año con suspender y dejar de hacer ese tipo de celebraciones supersticiosas, pero la gente las enciende de todas maneras.

Matthew me invitó a cenar en el famoso Belle Savage Inn, que estaba justo a la salida de Blackfriars, en Ludgate Hill. Más que una simple fonda, el Belle Savage era un complejo de entretenimiento donde los clientes podían ver obras y duelos de esgrima; eso por no hablar de Marocco, el famoso caballo que era capaz de identificar a las vírgenes que había en la audiencia. No era como patinar sobre ruedas en Dorchester, pero se le acercaba.

Los adolescentes de la ciudad se agolpaban fuera, gritándose insultos e insinuaciones los unos a los otros, mientras iban de abrevadero en abrevadero. Durante el día, la mayoría trabajaban duro como sirvientes o aprendices. Ni siquiera por las noches el tiempo les pertenecía, ya que los señores esperaban que vigilaran sus tiendas y sus casas, atendieran a sus hijos, fueran a buscar comida y agua e hicieran otra infinidad de pequeñas

tareas necesarias para mantener en funcionamiento un hogar de principios de la era moderna. Esa noche, Londres les pertenecía y estaban aprovechándolo al máximo.

Volvimos a atravesar Ludgate y nos estábamos acercando a la entrada de Blackfriars cuando las campanas dieron las nueve en punto. Era la hora a la que los miembros de la Vigilancia empezaban a hacer la ronda y a la que se suponía que la gente debería encaminarse hacia sus casas, pero esa noche parecía que nadie hacía cumplir las normas. Aunque el sol se había puesto una hora antes, a la luna solo le faltaba un día para estar llena y las calles de la ciudad seguían brillando bajo su luz.

—¿Podemos seguir caminando? —pregunté. Siempre íbamos a algún sitio en concreto: al castillo de Baynard a ver a Mary, a San Jacobo de Garlickhythe a charlar con la concurrencia, al atrio de San Pablo a comprar libros... Matthew y yo nunca habíamos dado un paseo por la ciudad sin un destino en mente.

—No veo por qué no, ya que nos han ordenado que salgamos y nos lo pasemos bien —dijo Matthew. Luego agachó la cabeza y me robó un beso.

Rodeamos la puerta occidental de San Pablo, que bullía a pesar de la hora, y salimos del atrio hacia el norte. Eso nos llevó a Cheapside, la calle más amplia y próspera de Londres, donde los orfebres ejercían su oficio. Rodeamos la fuente de Cheapside Cross, que estaba siendo utilizada como piscina infantil por un grupo de estruendosos niños, y fuimos hacia el este. Matthew me mostró la ruta de la procesión de coronación de Ana Bolena y me señaló la casa donde Geoffrey Chaucer había vivido de niño. Algunos mercaderes invitaron a Matthew a unirse a una partida de bolos. Sin embargo, fue abucheado y tuvo que abandonar el juego tras hacer tres plenos seguidos.

—¿Feliz, ahora que has demostrado que eres un capo? —bromeé, mientras Matthew me rodeaba con el brazo y me acercaba a él.

—Mucho —dijo, y señaló una bifurcación de la calle—. Mira.

—La Bolsa de Valores —dije, girándome hacia él emocionada—. ¡Por la noche! ¿Te acuerdas?

—Un caballero nunca olvida —murmuró con una reverencia—. No estoy seguro de que esté abierta todavía alguna de las tiendas, pero las lámparas estarán encendidas.

¿Quieres unirme a mí en un paseo por el patio?

Entramos a través de los anchos arcos que había al lado del campanario coronado por un saltamontes de oro. Una vez dentro, me giré lentamente para exprimir al máximo la vista del edificio de cuatro pisos con sus cuatrocientas tiendas en las que se vendía de todo: desde armaduras hasta calzadores. Estatuas de monarcas ingleses miraban hacia abajo a los clientes y los comerciantes, y una plaga más de saltamontes adornaba el pico de cada ventana abuhardillada.

—El saltamontes era el emblema de Gresham, quien no era muy discreto con la autopromoción —dijo Matthew con una sonrisa, siguiendo mi mirada.

Algunas tiendas sí se hallaban abiertas, las lámparas de los soportales que rodeaban el patio central seguían encendidas y no éramos los únicos que estábamos disfrutando de la noche.

—¿De dónde viene esa música? —pregunté, mientras miraba en derredor buscando a los juglares.

—De la torre —dijo Matthew, señalando hacia donde habíamos entrado—. Los comerciantes ponen dinero y patrocinan conciertos cuando llega el buen tiempo. Es bueno para los negocios.

Matthew también era bueno para los negocios, a juzgar por el número de tenderos

que lo saludaban llamándolo por su nombre. Él bromeaba con ellos y les preguntaba por sus esposas e hijos.

—Ahora vuelvo —dijo, y entró a toda velocidad en una tienda cercana.

Desconcertada, me quedé escuchando la música mientras observaba a un autoritario joven que estaba organizando un baile improvisado. La gente formaba círculos, se agarraba de la mano y saltaba arriba y abajo como palomitas en una sartén caliente.

Cuando regresó, Matthew me entregó un regalo con la debida ceremonia.

—Una ratonera —dije, riéndome al ver la pequeña caja de madera con la puerta deslizante.

—Eso es una verdadera ratonera —dijo, tomándome de la mano. Entonces empezó a retroceder para meterme en medio de la algarabía—. Baila conmigo.

—Si no tengo ni idea de cómo se baila eso.

Aquello no se parecía en nada a los soporíferos bailes de Sept-Tours o de la corte de Rodolfo.

—Bueno, yo sí —dijo Matthew, sin molestarse en mirar a las parejas que giraban detrás de él—. Es una antigua danza, el Jamelgo Negro, y los pasos son fáciles.

Me situó en posición al final de la fila, me quitó la ratonera de la mano y se la dio a un pilluelo para que me la cuidara. Le prometió al muchacho un penique si nos la devolvía al final de la canción.

Matthew me cogió de la mano, entró en la fila de bailarines y, cuando el resto empezó a moverse, los seguimos. Tres pasos y una patadita hacia delante, tres pasos y una bajadita hacia atrás. Tras unas cuantas repeticiones, continuamos con los pasos más complicados: la fila de doce bailarines se dividió en dos hileras de seis y estos empezaron a cambiar de lugar, cruzándose en diagonal de una hilera a la otra, mientras movían las manos adelante y atrás.

Cuando el baile terminó, hubo gritos que pedían más música y solicitudes de canciones específicas, pero nos fuimos de la Bolsa de Valores de Londres antes de que los bailes se volvieran más frenéticos. Matthew recuperó mi ratonera y, en lugar de llevarme directamente a casa, se dirigió hacia el sur, hacia el río. Giramos en tantos callejones y atajamos por tantos atrios que yo estaba perdidamente desorientada cuando llegamos a All Hallows the Great, con su elevada torre cuadrada y su claustro abandonado, por el que los monjes habían caminado en vida. Como la mayoría de las iglesias de Londres, All Hallows estaba a punto de convertirse en una ruina, con su mampostería medieval desmoronándose.

—¿Te apetece subir? —preguntó Matthew, mientras se agachaba para entrar en el claustro por una pequeña puerta de madera.

Asentí y comenzamos nuestro ascenso. Pasamos al lado de las campanas, que, por suerte, no estaban tañendo en ese momento, y Matthew abrió una trampilla que había en el techo. Se coló por el agujero y luego extendió el brazo para levantarme y hacer que me reuniera con él. De pronto nos encontramos detrás de las almenas de la torre y todo Londres se extendía a nuestros pies.

Las hogueras que había en las colinas de las afueras de la ciudad ya ardían relucientes y los faroles se mecían arriba y abajo en las proas de los botes y las barcasas que cruzaban el Támesis. A aquella distancia, con la oscuridad del río como telón de fondo, parecían luciérnagas. Oí risas, música y todos los sonidos ordinarios de la vida a la que tanto me había acostumbrado en los meses que había estado allí.

—Bueno, pues has conocido a la reina, has visto la Bolsa de Valores de Londres por la noche y has *estado* de verdad en una obra en lugar de limitarte a presenciar una —dijo

Matthew, enumerando las acciones con los dedos.

—Además, hemos encontrado el Ashmole 782. Y he descubierto que soy una tejedora y que la magia no es tan disciplinada como creía. —Observé la ciudad mientras recordaba la primera vez que habíamos llegado y Matthew había tenido que indicarme los puntos de referencia por temor a que me perdiera. Ahora podía nombrarlos por mí misma—. Allí está Bridewell —señalé—. Y San Pablo. Y los campos de peleas de osos con perros. —Me volví hacia el silencioso vampiro que estaba a mi lado—. Gracias por esta noche, Matthew. Nunca habíamos tenido una cita de verdad en público, como esta. Ha sido mágica.

—No he hecho muy buen trabajo cortejándote, ¿no? Deberíamos haber pasado más noches como esta, bailando y mirando las estrellas.

Matthew inclinó la cabeza hacia arriba y la luna iluminó su pálida piel.

—Prácticamente estás brillando —dije en voz baja, al tiempo que estiraba la mano para tocarle la barbilla.

—Y tú también. —Matthew deslizó las manos por mi cintura y su gesto hizo que nuestro hijo participara en nuestro abrazo—. Eso me recuerda que tu padre nos ha dado una lista.

—Nos lo hemos pasado bien. Has hecho que fuera mágico al llevarme a la Bolsa y al sorprenderme después con esta vista.

—Así que solo nos restan dos cosas que hacer. La señora puede elegir entre que me ponga a aullar a la luna o enrollarnos.

Sonreí y aparté la vista, con una extraña timidez. Matthew volvió a levantar la cabeza hacia la luna y se preparó.

—Nada de aullidos. Atraerás a la guardia —protesté, riendo.

—Entonces pasamos a los besos —dijo con dulzura, y acopló su boca a la mía.

A la mañana siguiente, toda la casa acudió a desayunar entre bostezos, después de haber salido hasta altas horas de la madrugada. Tom y Jack se acababan de levantar y estaban engullendo sendos cuencos de gachas cuando Gallowglass entró y le susurró algo a Matthew. Se me secó la boca al ver que Matthew se entristecía.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté, poniéndome en pie de un salto.

—Se ha ido a casa —dijo Gallowglass, ásperamente.

—¿Por qué no se lo impediste? —le dije a Gallowglass, a punto de echarme a llorar—. No puede haberse ido. Necesitaba unas horas más con él.

—Ni todo el tiempo del mundo hubiera bastado, tiíta —dijo Gallowglass con expresión triste.

—Pero no se despidió —susurré, aturdida.

—Un padre nunca debería despedirse para siempre de su hijo —dijo Matthew.

—Stephen me pidió que te diera esto —dijo Gallowglass. Era un trozo de papel doblado en forma de barco de origami.

—A papá le salían fatal los cisnes —dije, enjugándome las lágrimas—, pero era realmente bueno haciendo barcos. —Con cuidado, desdoblé la nota.

Diana: Eres todo lo que soñamos que un día serías. La vida es la sólida urdimbre del tiempo. La muerte no es más que la trama. Gracias a tus hijos, y a los hijos de tus hijos, yo viviré para siempre. Papá

P. D. Cada vez que lees en Hamlet «Algo huele a podrido en el Estado de Dinamarca», piensa en mí.

—Tú siempre dices que la magia no es más que un deseo hecho realidad. Tal vez los hechizos no sean más que palabras que crees con todo tu corazón —dijo Matthew, posando las manos sobre mis hombros—. Él te quiere y te querrá siempre. Como yo.

Aquellas palabras se entretejieron con los hilos que nos conectaban a la bruja y al vampiro. Llevaban la convicción de sus sentimientos con ellas: ternura, veneración, constancia, esperanza.

—Yo también te quiero —susurré, reforzando su hechizo con el mío.

Capítulo 39

MI padre se había ido de Londres sin despedirse como era debido y yo decidí tomarme la vida de otra manera. Como resultado, los últimos días que pasé en la ciudad se convirtieron en un complejo entramado de palabras y deseos, hechizos y magia.

El espectro de Goody Alsop me esperaba triste al final de la calle la última vez que visité a mi profesora. Me siguió lánguidamente mientras subía las escaleras hacia los aposentos de la bruja.

—Así que nos dejáis —dijo Goody Alsop, desde la silla en la que estaba sentada, al lado del fuego. Llevaba ropa de lana y un chal, y el fuego era intenso.

—Debemos hacerlo. —Me agaché y le di un beso en la mejilla, fina como el papel—. ¿Cómo os encontráis hoy?

—Algo mejor, gracias a las curas de Susanna —aseguró Goody Alsop, pero tosió con fuerza y su frágil esqueleto se dobló en dos. Cuando se hubo recuperado, me observó con los ojos brillantes y asintió—. Esta vez el bebé ha echado raíces.

—Así es —respondí con una sonrisa—. Las náuseas lo demuestran. ¿Preferís que se lo comunique yo a las demás?

No quería que Goody Alsop soportara ninguna carga extra, ya fuera emocional o física. A Susanna le preocupaba su fragilidad y Elizabeth Jackson ya estaba asumiendo parte de las tareas que solía desempeñar la anciana del grupo.

—No es necesario. Catherine fue la que me lo dijo. Me explicó que Corra apareció volando por aquí hace unos días, riéndose y cotorreando como suele hacer cuando tiene un secreto.

Mi dragón y yo habíamos llegado a un acuerdo: que limitaría los vuelos al aire libre a una vez a la semana y que solo volaría por la noche. Yo había aceptado a regañadientes una segunda noche fuera cuando no hubiera luna y el riesgo de que alguien lo viera y lo confundiera con un fiero presagio de fatalidades fuera reducido.

—Así que era allí adonde había ido —dije, riéndome. Corra encontraba la compañía de la bruja tranquilizadora y a Catherine le gustaba retarla en concursos de escupir fuego.

—Todas nos alegramos de que Corra haya encontrado algo que hacer consigo misma, aparte de encaramarse a las chimeneas y chillar a los fantasmas —dijo Goody Alsop, señalando la silla que tenía enfrente—. ¿No te vas a sentar conmigo? Puede que la diosa no nos proporcione otra oportunidad.

—¿Habéis oído las noticias que llegan de Escocia? —le pregunté mientras me sentaba.

—No he oído nada desde que me contaste que el hecho de que hubiera suplicado el perdón por su barriga no salvaría a Euphemia MacLean de la pira.

El declive de Goody Alsop había comenzado la noche que le había dicho que una joven bruja de Berwick había sido quemada, a pesar de los esfuerzos de Matthew.

—Matthew finalmente convenció al resto de la Congregación de que la espiral de acusaciones y ejecuciones tenía que parar. Dos de los brujos acusados han cambiado su testimonio y han dicho que habían confesado bajo tortura.

—La Congregación se habrá quedado de piedra al ver a un *wearh* hablando en favor de una bruja —comentó Goody Alsop, mirándome de repente—. Se delataría si te quedaras. Matthew Roydon vive en un mundo de verdades a medias, pero nadie puede evitar

eternamente ser descubierto. A causa del bebé, debéis tener mucho más cuidado.

—Lo haremos —le aseguré—. Entre tanto, todavía no estoy completamente segura de que mi octavo nudo sea lo suficientemente fuerte para el viaje en el tiempo. No con Matthew y el bebé.

—Déjame verlo —dijo Goody Alsop, extendiendo la mano. Me incliné hacia delante y le puse los cordones en la palma. Usaría los nueve cordones cuando viajáramos en el tiempo y haría un total de nueve nudos diferentes. Para ningún hechizo se usaban más.

Con manos expertas, Goody Alsop hizo ocho cruces en el cordón rojo y luego ató los extremos para que el nudo fuera irrompible.

—Así es como yo lo hago.

Era hermoso y sencillo, con giros abiertos y vueltas semejantes a las tracerías de piedra de las ventanas de las catedrales.

—El mío no se parecía a ese —dije, con una risa triste—. Serpentea y culebrea.

—Cada entramado es tan único como el tejedor que lo hace. La diosa no pretende que imitemos ningún ideal de perfección, sino que seamos nosotros mismos.

—Bueno, pues yo debo de ser todo curvas, entonces.

Cogí los cordones para analizar el diseño.

—Hay otro nudo que quisiera enseñarte —dijo Goody Alsop.

—¿Otro? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Un décimo nudo. A mí me resulta imposible hacerlo, aunque debería ser el más sencillo. —Goody Alsop sonrió, pero le tembló la barbilla—. Mi propia profesora tampoco podía hacer el nudo, pero, aun así, me lo transmitió con la esperanza de que se presentara una tejedora como tú.

Goody Alsop deshizo el nudo que acababa de hacer con un giro del nudoso dedo índice. Le volví a tender la tela roja de seda e hizo un simple bucle. Por un momento, la cuerda se fundió en un anillo irrompible. En cuanto separó los dedos de ella, sin embargo, el bucle se soltó.

—Pero acabáis de unir los extremos hace solo un minuto, y con un entramado más complicado —dije, confusa.

—Siempre y cuando haya un cruce en el cordón, puedo atar los extremos y completar el hechizo. Pero solo un tejedor que se encuentra entre los dos mundos puede hacer el décimo nudo —replicó Goody Alsop—. Inténtalo. Usa el de seda plateada.

Intrigada, uní los dos extremos del cordón para dibujar un círculo. Las fibras se unieron para formar un círculo sin principio ni fin. Levanté los dedos de la seda, pero el círculo no se deshizo.

—Un buen tejido —dijo Goody Alsop con satisfacción—. El décimo nudo captura el poder de la eternidad, se trata de un entramado de vida y muerte. Es similar a la serpiente de tu esposo o a la forma en que Corra se mete la cola en la boca a veces, cuando se interpone en su camino. —Dicho aquello, levantó el décimo nudo. Era otro uróboros. Una sensación extraña invadió la sala y me puso el vello de los brazos de punta—. La creación y la destrucción son las magias más simples y las más poderosas, al igual que los nudos más simples son los más difíciles de hacer.

—No quiero usar la magia para destruir nada —dije. Las Bishop tenían una larga tradición de no hacer daño a nadie. Mi tía Sarah creía que cualquier bruja que se alejara de sus principios originales acabaría haciendo que el demonio se volviera contra ella.

—Nadie quiere usar los dones de la diosa como arma, pero en ocasiones es necesario. Tu *wearh* lo sabe. Y, después de lo que ha pasado aquí y en Escocia, tú también.

—Tal vez. Pero mi mundo es diferente —dije—. Hay menos demanda de armas mágicas.

—Los mundos cambian, Diana. —Goody Alsop centró su atención en algún recuerdo distante—. Mi profesora, la madre Úrsula, era una gran tejedora. Estaba recordando una de sus profecías sobre la Víspera de los Santos Inocentes, cuando comenzaron los terribles sucesos en Escocia... y cuando viniste a cambiar nuestro mundo. Su voz adquirió el tono cantarín de un encantamiento.

Las tormentas rugirán y los océanos bramarán cuando Gabriel se encuentre en el mar y el litoral. Y cuando su maravilloso cuerno haga sonar, veremos los viejos mundos expirar y otros nuevos aflorar.

Ni una brisa ni el crepitar de una llama perturbó la habitación cuando Goody Alsop finalizó. La mujer respiró hondo.

—Es todo uno, ¿sabes? La vida y la muerte. El décimo nudo sin principio ni fin y la serpiente del *wearh*. La luna llena que brillaba a principios de semana y la sombra que Corra proyectó sobre el Támesis como presagio de tu partida. El viejo mundo y el nuevo —dijo Goody Alsop, y su sonrisa flaqueó—. Me regocijé cuando viniste a mí, Diana Roydon. Y cuando te vayas, como es tu deber, mi corazón se sentirá pesaroso.

—Normalmente es Matthew quien me avisa cuando abandona mi ciudad —comentó Andrew Hubbard, con las blancas manos sobre los brazos tallados de la silla, en la cripta de la iglesia. Muy por encima de nosotros, alguien se preparaba para un inminente servicio religioso—. ¿Qué os trae por aquí, señora Roydon?

—He venido a hablaros de Annie y Jack.

Los extraños ojos de Hubbard me analizaron mientras sacaba un pequeño talego de piel del bolsillo. Contenía cinco años de sueldos para cada uno de ellos.

—Abandono Londres. Me gustaría que aceptarais esto, por sus cuidados.

Le tendí el dinero a Hubbard. Él no hizo ademán alguno de cogerlo.

—Eso no es necesario, señora.

—Por favor. Me los llevaría conmigo, si pudiera. Dado que no pueden venir, necesito saber que alguien velará por ellos.

—¿Y qué me daréis a cambio?

—¿Cómo? El dinero, por supuesto.

Volví a tenderle el monedero una vez más.

—Ni quiero ni necesito el dinero, señora Roydon.

Hubbard se recostó en la silla y entrecerró los ojos.

—¿Qué...? —me dispuse a preguntar, pero me interrumpí—. No.

—Dios no hace nada en vano. No hay accidentes en Sus planes. Él quería que vinierais hoy aquí porque quiere asegurarse de que nadie de vuestra sangre tenga nada que temer por mi parte.

—Ya tengo suficientes protectores —protesté.

—¿Y se puede decir lo mismo de vuestro esposo? —preguntó Hubbard, mirándome el pecho—. Vuestra sangre es más fuerte en sus venas ahora que cuando llegasteis. Y hay que tener en cuenta al bebé.

El corazón me dio un vuelco. Cuando me llevara de vuelta a mi Matthew al presente, Andrew Hubbard sería una de las pocas personas que conocerían su futuro... y que

sabrían que había una bruja en él.

—Vos no usaríais el hecho de haberme conocido contra Matthew. No después de lo que ha hecho, de cómo ha cambiado.

—¿Ah, no? —La tensa sonrisa de Hubbard me dijo que haría lo que fuera para proteger a su rebaño—. Existe un importante resentimiento entre nosotros.

—Encontraré otra forma de dejarlos a salvo —dije, mientras decidía irme.

—Annie ya es una de mis hijas. Es bruja y forma parte de mi familia. Velaré por su bienestar. Jack Blackfriars es otro asunto. No es una criatura y tendrá que valerse por sí mismo.

—¡Es un niño, un chiquillo!

—Pero no es uno de mis hijos. Y vos tampoco. No os debo nada a ninguno de los dos. Que tengáis un buen día, señora Roydon —dijo Hubbard, antes de dar media vuelta.

—Y si yo formara parte de vuestra familia, ¿qué? ¿Haríais honor a mi petición sobre Jack? ¿Reconoceríais a Matthew como alguien de mi propia sangre y, por lo tanto, lo protegeríais?

Era en el Matthew del siglo XVI en el que estaba pensando en aquel momento. Cuando regresáramos al presente, ese otro Matthew seguiría estando allí, en el pasado.

—Si me ofrecéis vuestra sangre, ni Matthew ni Jack ni vuestro hijo no nato tendrán nada que temer por mi parte —me informó Hubbard desapasionadamente, pero su mirada tenía el toque de avaricia que había visto en los ojos de Rodolfo.

—¿Y de cuánta sangre precisaríais? —«Piensa. Sobrevive».

—Muy poca. No más de una gota.

La atención de Hubbard era inquebrantable.

—No podría dejar que la tomarais directamente de mi cuerpo. Matthew se daría cuenta, al fin y al cabo somos pareja —dije. Los ojos de Hubbard me miraron el pecho de refilón.

—Siempre tomo mi tributo directamente del cuello de mis hijos.

—Estoy segura de que así es, padre Hubbard. Pero podéis entender por qué eso no es posible, ni siquiera deseable, en este caso —insistí antes de quedarme en silencio, con la esperanza de que el hambre de Hubbard (de poder, de conocernos a Matthew y a mí, de tener algo que esgrimir sobre los De Clermont si alguna vez lo necesitaba) venciera—. Podría usar una copa.

—No —dijo Hubbard, negando con la cabeza—. Vuestra sangre se contaminaría. Debe ser pura.

—Pues un cáliz de plata, entonces —dije, pensando en las charlas de Chef en Sept-Tours.

—Abriréis la vena de la muñeca sobre mi boca y dejaréis que la sangre caiga en ella. No nos tocaremos. —Hubbard me miró con el ceño fruncido—. De no ser así, dudaré de la sinceridad de vuestra oferta.

—Muy bien, padre Hubbard. Acepto vuestros términos. —Me aflojé el cordón del puño derecho y levanté la manga. Mientras lo hacía, le susurré a Corra una petición silenciosa—. ¿Dónde deseáis hacerlo? Por lo que he visto, vuestros hijos se arrodillan ante vos, pero eso no funcionará si tengo que verter la sangre en vuestra boca.

—Se trata de un sacramento. A Dios no le importa quién se arrodille.

Para mi sorpresa, Hubbard cayó de rodillas al suelo delante de mí. Me tendió un cuchillo.

—No lo necesito.

Moví rápidamente el dedo sobre las tracerías azules de la muñeca y murmuré un simple encantamiento de desatado. Un hilo carmesí hizo acto de presencia. La sangre brotó.

Hubbard abrió la boca, mientras me miraba a la cara. Esperaba que incumpliera mi promesa o que lo engañara de alguna forma. Pero yo estaba dispuesta a acatar la forma de ese acuerdo, aunque no el espíritu. «Gracias, Goody Alsop», dije enviándole una bendición silenciosa por haberme enseñado a manejar al hombre.

Sujeté la muñeca sobre su boca y apreté el puño. Una gota de sangre rodó sobre el canto de mi brazo y comenzó a caer. Los ojos de Hubbard parpadearon para cerrarse, como si quisiera concentrarse en lo que mi sangre le diría.

—¿Qué es la sangre, sino fuego y agua? —murmuré. Invoqué al viento para que ralentizara la caída de la sangre. La fuerza del aire aumentó e hizo que la gota de sangre que caía se congelara de modo que, al aterrizar sobre la boca de Hubbard, lo hizo en forma de algo cristalino y afilado. El vampiro abrió los ojos de par en par, confuso.

—No más de una gota. —El viento había secado la sangre que me quedaba sobre la piel formando un laberinto de rayas rojas sobre las venas azules—. Sois un hombre de Dios, un hombre de palabra, ¿no es así, padre Hubbard?

La cola de Corra se desenroscó de alrededor de mi cintura. La había usado para impedir que nuestro bebé tuviera constancia alguna de aquella sórdida transacción, pero ahora parecía que quería utilizarla para enfrentarse al sinsentido de Hubbard.

Lentamente, retiré el brazo. Hubbard pensó en agarrarlo y llevárselo a la boca de nuevo. Vi que aquella idea se le pasaba por la cabeza con tanta claridad como había visto a Edward Kelley plantearse aporrearme con el bastón. Murmuré otro sencillo hechizo para cerrar la herida y, sin mediar palabra, di media vuelta para irme.

—La próxima vez que estéis en Londres —dijo Hubbard en voz queda—, Dios me lo susurrará. Y, si Él lo desea, volveremos a encontrarnos. Pero recordad una cosa: da igual adónde vayáis a partir de ahora, incluso hasta la muerte, una pequeña parte de vos vivirá dentro de mí.

Me detuve y bajé la vista hacia él. Las palabras sonaban amenazadoras, pero la expresión de su rostro era amable, incluso triste. Aceleré el paso mientras abandonaba la cripta de la iglesia, con la intención de poner la mayor cantidad posible de tierra de por medio entre Andrew Hubbard y yo.

—Me despido de vos, Diana Bishop —gritó a mis espaldas.

Estaba ya a mitad de camino, en medio de la ciudad, cuando me di cuenta de que daba igual lo poco que aquella única gota de sangre pudiera haber revelado: el padre Hubbard ahora sabía mi verdadero nombre.

Walter y Matthew se estaban gritando el uno al otro cuando regresé a El Venado y la Corona. El mozo de cuadra de Raleigh también podía oírlos. Estaba en el patio, sujetando las riendas de la monstruosidad de caballo negro de Walter y escuchando la discusión a través de las ventanas abiertas.

—¡Eso implicará mi muerte, y también la de ella! ¡Nadie debe saber que está encinta!

Curiosamente, era Walter el que hablaba.

—No puedes abandonar a la mujer que amas y a tu propio hijo para tratar de ser fiel a la reina, Walter. Isabel descubrirá que la has traicionado y Bess caerá en desgracia para siempre.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que me case con ella? Si lo hago sin el permiso de la reina, me detendrán.

—Tú sobrevivirás, pase lo que pase —dijo Matthew rotundamente—. Si le niegas a Bess tu protección, ella no lo hará.

—¿Cómo puedes fingir que te preocupa la honestidad marital después de todas las mentiras que has contado sobre Diana? Había días en los que insistías en que estabais casados, pero nos hacíais jurar que lo negaríamos ante cualquier brujo o *weardh* extraño que viniera a husmear o a hacer preguntas. —Walter bajó la voz, pero la furia persistió—. ¿Esperas que me crea que vais a regresar al lugar del que vinisteis y que vas a reconocerla como tu esposa?

Me colé en la habitación sin que se dieran cuenta.

Matthew vaciló.

—Ya me parecía que no —dijo Walter, mientras se ponía los guantes.

—¿Es así como queréis despediros? —pregunté.

—Diana —dijo Walter, con recelo.

—Hola, Walter. Tu mozo de cuadra está abajo, con el caballo.

El hombre fue hacia la puerta, pero se detuvo.

—Sé sensato, Matthew. No puedo perder el crédito que tengo en la corte. Bess es más consciente de los peligros que entraña la ira de la reina que nadie. En la corte de Isabel la fortuna es fugaz, pero la desgracia perdura para siempre.

Matthew se quedó mirando cómo su amigo bajaba con ruido sordo las escaleras.

—Que Dios me perdone. La primera vez que oí ese plan, le dije que era lo más inteligente. Pobre Bess.

—¿Qué le sucederá cuando nos hayamos ido? —pregunté.

—Cuando llegue el otoño, el embarazo de Bess empezará a notarse. Se casarán en secreto. Cuando la reina cuestione su relación, Walter la negará una y otra vez. La reputación de Bess quedará arruinada, se descubrirá que su marido es un mentiroso y ambos serán arrestados.

—¿Y el niño? —susurré.

—Nacerá en marzo y no sobrevivirá al otoño —respondió Matthew mientras se sentaba a la mesa y ponía la cabeza entre las manos—. Le escribiré a mi padre y me aseguraré de que Bess obtenga su protección. Tal vez Susanna Norman pueda verla durante el embarazo.

—Ni tu padre ni Susanna pueden protegerla del golpe de los desmentidos de Raleigh —dije, posando las manos sobre su manga—. ¿Y negarás que estamos casados cuando regresemos?

—No es tan fácil —dijo Matthew, mirándome con angustia.

—Eso es lo que ha dicho Walter. Y le has dicho que estaba equivocado. —Recordé la profecía de Goody Alsop: «Los viejos mundos mueren y los nuevos nacen»—. Se acerca el momento en que tendrás que elegir entre la seguridad del pasado y la promesa del futuro, Matthew.

—Y el pasado no tiene cura, por mucho que me empeñe. Es lo que siempre le digo a la reina cuando le da vueltas a una mala decisión que ha tomado. De nuevo me han dado de mi propia medicina, como Gallowglass se apresuraría a señalar.

—Me has ganado, tío —replicó Gallowglass, que había entrado a hurtadillas en la sala y estaba descargando unos paquetes—. Tengo tu papel. Y tus plumas. Y un tónico para la garganta de Jack.

—Se lo tiene merecido por pasar todo el rato en lo alto de las torres con Tom, hablando de las estrellas —dijo Matthew, frotándose la cara—. Tendremos que asegurarnos de que alguien mantenga a Tom, Gallowglass. Walter no será capaz de conservarlo en el servicio mucho más tiempo. Henry Percy tendrá que dar la cara (una vez más), pero yo también debería contribuir a su manutención.

—Hablando de Tom, ¿has visto los planes que tienen de comprar una lente de un solo ojo para observar los cielos? Él y Jack lo llaman «cristal de las estrellas».

Noté un hormigueo en el cuero cabelludo mientras los hilos de la sala crepitaban de energía. El tiempo protestó con un ruido grave en las esquinas.

—¿Cristal de las estrellas? —dije, con voz plana—. ¿Cómo es?

—Pregúntaselo tú misma —dijo Gallowglass, volviendo la cabeza hacia las escaleras. Jack y Greñas entraron a todo correr en la habitación. Tom los seguía, distraído, con un par de lentes rotas en la mano.

—Definitivamente, dejarás una huella en el futuro si interfieres en esto, Diana —le advirtió Matthew.

—Mirad, mirad, mirad —exclamó Jack, blandiendo un grueso pedazo de madera. Greñas seguía sus movimientos y chascaba la mandíbula mirando el palo cuando lo pasaba por delante—. El señor Harriot dice que, si vaciamos esto y ponemos la lente de unos anteojos al final, hará que las cosas que están lejos parezcan que están cerca. ¿Sabéis tallar, señor Roydon? Si no, ¿creéis que el carpintero de San Dunstan podría enseñarme? ¿Quedan bollos? El estómago del señor Harriot lleva rugiendo toda la tarde.

—Déjame ver eso —dije, extendiendo la mano para que me diera el tubo de madera—. Los bollos están en el armario del rellano, Jack, donde siempre. Dale uno al señor Harriot y coge otro para ti. Y no —dije, interrumpiendo al niño cuando este abrió la boca—, Greñas no va a compartir el tubo.

—Buen día, señora Roydon —dijo Tom, con aire soñador—. Si un simple par de anteojos como estos pueden hacer que un hombre vea la palabra de Dios en la Biblia, seguro que podrían hacerse unos más complejos para ayudarle a ver la obra de Dios en el *Libro de la naturaleza*. Gracias, Jack.

Tom mordió el bollo con aire ausente.

—¿Y cómo las haríais más complejas? —pregunté en voz alta, sin atreverme apenas a respirar.

—Combinaría lentes cóncavas y convexas, como el caballero napolitano, el *signor Della Porta*, sugería en un libro que leí el año pasado. Mi brazo no me permite alejarlo a la distancia apropiada. Así que estamos intentando extender el alcance del brazo con ese trozo de madera.

Con aquellas palabras, Thomas Harriot cambió la historia de la ciencia. Y no tuve que interferir en el pasado, solo tuve que ocuparme de que el pasado no se olvidara.

—Pero esto no son más que vanas ensoñaciones. Pondré estas ideas sobre papel y pensaré en ellas más tarde —dijo Tom, con un suspiro.

Aquel era el problema de los científicos de principios de la era moderna: no entendían la necesidad de publicar. En el caso de Thomas Harriot, sus ideas habían acabado pereciendo por falta de editor.

—Creo que tenéis razón, Tom. Pero este tubo de madera no es lo suficientemente largo —le aseguré, con una radiante sonrisa—. En cuanto al carpintero de San Dunstan, *monsieur Vallin* podría ser de mayor ayuda si lo que necesitáis es un tubo largo y hueco. ¿Vamos a verlo?

—¡Sí! —gritó Jack, dando un salto en el aire—. *Monsieur* Vallin tiene todo tipo de herramientas y resortes, señor Harriot. Una vez me dio uno y lo tengo en la caja de los tesoros. El mío no es tan grande como el de la señora Roydon, pero sujeta lo suficiente. ¿Podemos irnos ya?

—¿Qué está tramando la tía? —le preguntó Gallowglass a Matthew, a la vez intrigado y receloso.

—Creo que va a vengarse de Walter por no prestar suficiente atención al futuro —dijo Matthew suavemente.

—Ah. Todo bien, entonces. Y yo que creía que olía a problemas.

—Siempre hay problemas —aseguró Matthew—. ¿Estás segura de que sabes lo que haces, *ma lionne*?

Habían sucedido tantas cosas que no había podido arreglar... No podía hacer que regresara mi primer hijo ni salvar a las brujas de Escocia. Habíamos traído el Ashmole 782 desde Praga, solo para descubrir que no podríamos llevarlo sin problemas al futuro. Habíamos dicho adiós a nuestros padres y estábamos a punto de dejar a nuestros amigos. La mayoría de aquellas experiencias se desvanecerían sin dejar rastro. Pero sabía exactamente cómo asegurarme de que el telescopio de Tom sobreviviera.

Asentí.

—El pasado nos ha cambiado, Matthew. ¿Por qué no podríamos cambiarlo nosotros también a él?

Matthew me cogió la mano con la suya y la besó.

—Ve con *monsieur* Vallin, pues. Y haz que me envíe la factura.

—Gracias. —Entonces me incliné y le susurré algo al oído—. No te preocupes. Me llevaré a Annie conmigo. Le hará bajar el precio por puro aburrimiento. Además, ¿quién sabe cuánto cobrar por un telescopio en 1591?

Así fue como una bruja, un daimón, dos niños y un perro hicieron una breve visita a *monsieur* Vallin esa tarde. Al final del día envié invitaciones a nuestros amigos para que se unieran a nosotros la noche siguiente. Sería la última vez que los veríamos. Mientras yo me ocupaba de los telescopios y la planificación de la cena, Matthew le dio el *Verum Secretum Secretorum* de Roger Bacon a Mortlake. Yo no quería que se le entregara el Ashmole 782 al doctor Dee. Sabía que el libro tenía que regresar a la enorme biblioteca del alquimista para que Elias Ashmole pudiera hacerse con él en el siglo XVII. Pero no era fácil dejar el libro a cargo de una tercera persona, no más de lo que había sido ceder la pequeña figura de la diosa Diana a Kit cuando llegamos. Los detalles prácticos relacionados con la partida se los dejamos a Gallowglass y a Pierre. Ellos empaquetaron baúles, vaciaron cofres, redistribuyeron fondos y enviaron los enseres personales al Viejo Pabellón con experta eficiencia, lo que revelaba cuántas veces habían hecho aquello antes.

Partiríamos en unas cuantas horas. Volvía de visitar a *monsieur* Vallin con un curioso paquete envuelto en suave piel cuando me extrañó ver a una niña de diez años en la calle, delante de la tienda de pasteles, observando con fascinación los utensilios que había en el escaparate. Me recordó a mí misma a esa edad, por la indómita cabellera de color rubio pajizo que le llegaba más abajo de los hombros y que era demasiado larga para el resto de su constitución. La niña se puso tensa, como si supiera que la estaban observando. Cuando nuestras miradas se encontraron, supe por qué: era una bruja.

—¡Rebecca! —gritó una mujer que salía de la tienda. El corazón me dio un vuelco al verla, porque era como una combinación de mi madre y Sarah.

Rebecca no dijo nada, pero siguió observándome como si hubiera visto un fantasma.

Su madre miró también para ver lo que había captado la atención de la niña, y ahogó un grito. Su mirada me hizo cosquillas en la piel, mientras observaba mi rostro y mi constitución. Ella también era una bruja.

Obligué a mis pies a dirigirse hacia la tienda de pasteles. Cada paso me acercaba más a las dos brujas. La madre arrimó a la niña a sus faldas, y Rebecca se retorció a modo de protesta.

—Se parece a la *grand-dame* —susurró Rebecca, intentando verme más de cerca.

—¡Shhh! —le espetó la madre, antes de dirigirme una mirada de disculpa—. Sabes que tu *grand-dame* está muerta, Rebecca.

—Soy Diana Roydon —dije, mientras señalaba el cartel que tenían por encima de los hombros—. Vivo aquí, en El Venado y la Corona.

—Pero entonces sois...

La mujer abrió los ojos de par en par y arrimó más a Rebecca hacia ella.

—Me llamo Rebecca White —dijo la niña, ajena a la reacción de su madre. Acto seguido, se inclinó en una somera y vacilante reverencia. Aquello también me sonaba.

—Es un placer conocerte. ¿Eres nueva en Blackfriars?

Tenía intención de mantener una conversación trivial durante el máximo tiempo posible, aunque solo fuera para mirar sus caras, familiares pero extrañas.

—No. Vivimos al lado del hospital, cerca del mercado de Smithfield —explicó Rebecca.

—Acojo pacientes cuando las salas están llenas. Soy Bridget White, y Rebecca es mi hija —dijo la mujer, vacilante.

Aun sin saber el apellido de Rebecca y Bridget, reconocí a aquellas dos criaturas en el fondo del alma. Bridget Bishop había nacido alrededor de 1632 y el primer nombre del grimorio Bishop era el de la abuela de Bridget, Rebecca Davies. ¿Aquella niña de diez años se casaría algún día y llevaría aquel apellido?

Algo que tenía cerca del cuello captó la atención de Rebecca. Levanté la mano. «Los pendientes de Ysabeau».

Había usado tres objetos para llevarnos a Matthew y a mí al pasado: una copia manuscrita de *Doctor Fausto*, una pieza de ajedrez de plata y un pendiente oculto en el pelele de Bridget Bishop. El pendiente. Alcé la mano y me quité el fino alambre de oro de la oreja. Consciente por mi experiencia con Jack de que era sensato establecer contacto visual directo con los niños si querías dejarles una impresión duradera, me agaché hasta que estuvimos al mismo nivel.

—Necesito que alguien me guarde esto —le dije, tendiéndole el pendiente—. Llegará un día en que lo necesitaré. ¿Lo guardarás bien?

Rebecca me miró con solemnidad y asintió. La cogí de la mano, sentí que una corriente de percepción pasaba entre nosotras y le puse los alambres adornados con joyas en la palma de la mano. La niña apretó con fuerza los dedos alrededor de ellos.

—¿Puedo, mamá? —le susurró finalmente a Bridget.

—Supongo que sí —respondió la madre, con recelo—. Vamos, Rebecca. Debemos irnos.

—Gracias —dije, mientras me levantaba y le daba unas palmaditas a Rebecca en el hombro, al tiempo que miraba a Bridget a los ojos—. Gracias.

Sentí una mirada que me pellizcaba. Esperé a que Rebecca y Bridget se perdieran de vista antes de dar media vuelta y enfrentarme a Christopher Marlowe.

—Señora Roydon. —Kit tenía la voz ronca y cara de muerto—. Walter me ha dicho

que os vais esta noche.

—Le pedí que te lo dijera. —Obligué a Kit a mirarme a los ojos por medio de un acto de voluntad pura y dura. Aquella era otra de las cosas que podía solucionar: podría asegurarme de que Matthew se despidiera como era debido del hombre que un día había sido su mejor amigo.

Kit bajó la vista hacia los pies, ocultando el rostro.

—Nunca debería haber venido.

—Te perdono, Kit.

Marlowe levantó la cabeza, sorprendido por mis palabras.

—¿Por qué? —preguntó, estupefacto.

—Porque lo amas. Y porque mientras Matthew te culpe de lo que me ha sucedido, una parte de él permanecerá contigo. Para siempre —dije, sencillamente—. Ven arriba y dile adiós.

Matthew nos estaba esperando en el rellano, pues había adivinado que llevaba a alguien a casa. Lo besé suavemente en la boca mientras pasaba de camino a nuestra alcoba.

—Tu padre te perdonó —murmuré—. Ofrecele a Kit el mismo regalo a cambio.

Y, dicho aquello, los dejé para que arreglaran lo que pudieran en el poco tiempo que quedaba.

Unas horas después, le tendí a Thomas Harriot un tubo de acero.

—Aquí tienes el cristal de las estrellas, Tom.

—Lo he hecho del cañón de un fusil, con ciertos ajustes, desde luego —explicó *monsieur* Vallin, famoso hacedor de ratoneras y relojes—. Y tiene una inscripción, como la señora Roydon solicitó.

En uno de los lados, en una preciosa y pequeña chapita de plata, ponía: «N. VALLIN ME FECIT, T. HARRIOT ME INVENTIT, 1591».

—«N. Vallin me ha hecho, T. Harriot me ha inventado, 1591». —Sonreí cálidamente a *monsieur* Vallin—. Es perfecto.

—¿Ahora podemos ver la luna? —gritó Jack, corriendo hacia la puerta—. ¡Ya parece más grande que el reloj de Santa Mildred!

Y así fue como Thomas Harriot, matemático y lingüista, hizo historia en el mundo de la ciencia en el patio de El Venado y la Corona mientras estaba sentado en una maltrecha silla de jardín de mimbre que había bajado del ático. Dirigió el largo tubo de metal con dos lentes de anteojos encajadas hacia la luna llena y suspiró complacido.

—Mira, Jack. Es exactamente como dijo el *signor* Della Porta. —Tom invitó al niño a sentarse en su regazo y situó un extremo del tubo sobre el ojo de su entusiasmado ayudante—. Dos lentes, una convexa y una cóncava, son de hecho la solución si se sitúan a la distancia correcta.

Después de Jack, todos miramos por turnos.

—Bueno, no es en absoluto lo que esperaba —dijo George Chapman, decepcionado—. ¿No creíais que la luna sería más grandiosa? Creo que prefiero la misteriosa luna del poeta que esta, Tom.

—¿Por qué no es perfecta? —se quejó Henry Percy, frotándose los ojos para volver a echar un vistazo a través del tubo.

—Por supuesto que no es perfecta. Nada lo es —dijo Kit—. No puedes creer todo lo que te dicen los filósofos, Hal. Es el camino seguro para la ruina. Mira lo poco que ha

hecho la filosofía por Tom.

Miré a Matthew y sonreí. Hacía tiempo que no disfrutábamos de las réplicas verbales de la Escuela de la Noche.

—Al menos Tom puede alimentarse a sí mismo, que es más de lo que puedo decir de cualquiera de los dramaturgos que conozco. —Walter miró por el tubo y silbó—. Ojalá hubieras inventado esta idea antes de irnos a Virginia, Tom. Habría resultado de utilidad para observar la costa mientras estábamos a salvo a bordo del barco. Mira a través de esto, Gallowglass, y dime que estoy equivocado.

—Tú nunca estás equivocado, Walter —dijo Gallowglass, guiñándole el ojo a Jack—. Escucha bien lo que te digo, joven Jack: el que te paga el salario siempre tiene la razón en todo.

También había invitado a Goody Alsop y Susanna a unirse a nosotros, e incluso ellas echaron un vistazo a través del cristal de las estrellas de Tom. A ninguna de las mujeres pareció impresionarle demasiado el invento, aunque ambas emitieron sonidos de entusiasmo cuando les tocó.

—¿Por qué los hombres se entretienen con esas nimiedades? —me susurró Susanna—. Yo podría haberles dicho que la luna no es perfectamente lisa, hasta sin ese nuevo instrumento. ¿Es que no tienen ojos?

Tras el placer de ver los cielos, solo quedaban las dolorosas despedidas. Enviamos a Annie con Goody Alsop, con la excusa de que Susanna necesitaba otro par de manos para ayudar a la anciana a atravesar la ciudad. La despedida fue rápida y Annie me miró con incertidumbre.

—¿Os encontráis bien, señora? ¿Preferís que me quede aquí?

—No, Annie. Ve con tu tía y con Goody Alsop —dije, parpadeando para reprimir las lágrimas. ¿Cómo soportaba Matthew aquellas despedidas constantes?

Kit, George y Walter fueron los siguientes en despedirse con bruscos adioses, mientras agarraban el brazo de Matthew para desearle lo mejor.

—Vamos, Jack. Tú y Tom os vendréis a casa conmigo —dijo Henry Percy—. La noche todavía es joven.

—No quiero ir —dijo Jack. Dio media vuelta hacia Matthew, con los ojos como platos. El niño presentía el inminente cambio.

Matthew se arrodilló ante él.

—No tienes nada que temer, Jack. Conoces al señor Harriot y a lord Northumberland. No permitirán que te suceda nada malo.

—¿Y si tengo una pesadilla? —susurró Jack.

—Las pesadillas son como el cristal de las estrellas del señor Harriot. Son un truco de la luz que hace que algo distante parezca más cercano y mayor de lo que en realidad es.

—Ah. —Jack consideró la respuesta de Matthew—. Así que, aunque vea un monstruo en mis sueños, ¿no podrá alcanzarme?

Matthew asintió.

—Pero te contaré un secreto. Un sueño es una pesadilla, pero al contrario. Si sueñas con alguien a quien quieres, esa persona parecerá estar más cerca, aunque esté lejos.

Mi esposo se puso en pie y posó la mano sobre la frente de Jack unos instantes, bendiciéndolo en silencio.

Una vez que Jack y sus guardianes hubieron partido, solo quedaba Gallowglass. Saqué los cordones de la caja de hechizos y dejé algunas cosas dentro: un guijarro, una pluma blanca, un trozo del serbal, mis joyas y la nota que mi padre había dejado.

—Lo cuidaré —me prometió este, mientras me cogía la caja. Parecía extrañamente pequeña en aquella inmensa mano. Luego me estrechó con brío entre sus brazos.

—Cuida del otro Matthew, para que pueda encontrarme algún día —le susurré al oído, mientras apretaba con fuerza los ojos.

Lo solté y me hice a un lado. Los dos De Clermont se despidieron al estilo De Clermont: con brevedad pero con sentimiento.

Pierre estaba esperando con los caballos delante de El Sombrero del Cardenal. Matthew me ayudó a subir a la silla y trepó a la suya propia.

—Adiós, *madame* —dijo Pierre, soltando las riendas.

—Gracias, amigo —dije, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas una vez más. Pierre le dio a Matthew una carta. Reconocí el sello de Philippe.

—Las instrucciones de vuestro padre, milord.

—Si no aparezco en Edimburgo en dos días, ven a buscarme.

—Lo haré —prometió Pierre, mientras Matthew le chascaba la lengua al caballo y girábamos hacia Oxford.

Cambiamos de caballo tres veces y llegamos al Viejo Pabellón antes del amanecer. Matthew les había pedido a Françoise y a Charles que se fueran, así que estábamos solos.

Mi esposo dejó la carta de Philippe sobre la mesa de su despacho, donde el Matthew del siglo XVI no podría pasarla por alto. La misiva lo enviaría a Escocia por un asunto urgente. Una vez allí, Matthew Roydon permanecería en la corte del rey Jacobo un tiempo, antes de desaparecer para empezar una nueva vida en Ámsterdam.

—Al rey de los escoceses le complacerá que regrese a mi antiguo ser —comentó Matthew, tocando la carta con la yema del dedo—. No volveré a intentar salvar a ninguna bruja, con certeza.

—Has cambiado las cosas aquí, Matthew —dije, deslizando el brazo alrededor de su cintura—. Ahora tenemos que solucionar las cosas en el presente.

Entramos en la habitación a la que habíamos llegado hacía tantos meses.

—Sabes que no puedo asegurar que nos desplazemos a través de los siglos y que aterricemos exactamente en el momento y el lugar correctos —le advertí.

—Ya me lo has explicado, *mon coeur*. Tengo fe en ti —aseguró Matthew, e introdujo el brazo en el ángulo del mío para sujetarme—. Vayamos a encontrarnos con el futuro. De nuevo.

—Adiós, casa.

Eché un vistazo a nuestro primer hogar una última vez. Aunque volviera a verlo, ya no sería el mismo que era esa mañana de junio.

Los hilos azules y ambarinos de las esquinas crepitaban y gemían impacientes, llenando la habitación de luz y sonido. Respiré hondo, anudé el primer cordón, el marrón, y dejé el extremo colgando. Aparte de Matthew y la ropa que llevábamos puesta, los cordones de tejedora eran los únicos objetos que nos llevábamos con nosotros.

—Con el nudo de uno, empieza el conjuro —susurré. El volumen del tiempo aumentaba con cada nudo que hacía, hasta que los chillidos y los gemidos se hicieron casi ensordecedores.

Cuando los extremos del noveno cordón se fusionaron, levantamos los pies del suelo y lo que había a nuestro alrededor se fue disolviendo lentamente.

Capítulo 40

EN todos los periódicos ingleses aparecía alguna variante del mismo titular, pero a Ysabeau el del *Times* le pareció el más acertado.

Un inglés gana la carrera de la exploración del espacio 30 de junio de 2010 El mayor experto del mundo en proyectos de instrumentos científicos del museo de Historia de la Ciencia de la universidad de Oxford, Anthony Carter, ha confirmado hoy que un telescopio refractario con los nombres del matemático y astrónomo de la época isabelina Thomas Harriot y del relojero hugonote Nicholas Vallin, que abandonó Francia por razones religiosas, es, efectivamente, auténtico. Además de los nombres, el telescopio tiene grabada la fecha de 1591. El descubrimiento ha enfervorizado a las comunidades científica e histórica. Durante siglos, se creía que Galileo Galilei había tomado la rudimentaria tecnología del telescopio de los holandeses, para ver la Luna en 1609. «Habrá que volver a escribir los libros de historia», dijo Carter. «Thomas Harriot había leído la obra *Magia natural*, de Giambattista della Porta, y le había intrigado cómo podían usarse lentes convexas y cóncavas “para ver tanto las cosas remotas como las que están al alcance de la mano más grandes y con mayor claridad”». Las contribuciones de Thomas Harriot al campo de la astronomía fueron pasadas por alto en parte porque no las había publicado, dado que prefería compartir sus descubrimientos con un cercano grupo de amigos a los que algunos denominan la «Escuela de la Noche». Bajo el auspicio de Walter Raleigh y Henry Percy, *el conde brujo* de Northumberland, Harriot dispuso de fondos para explorar sus intereses. El señor I. P. Riddell descubrió el telescopio junto con una caja llena de diversos papeles de carácter matemático, escritos por el propio Thomas Harriot, y una elaborada ratonera también firmada por Vallin. Aquel estaba reparando las campanas de la iglesia de San Miguel, cerca de la residencia familiar de Alnwick, cuando una ráfaga de viento particularmente fuerte hizo caer un descolorido tapiz de santa Margarita dando muerte al dragón y dejó al descubierto la caja que habían escondido allí. «Es raro que los instrumentos de ese período tengan tantas marcas identificativas», explicó el doctor Carter a los periodistas cuando reveló la fecha grabada en el telescopio, que confirma que el objeto fue fabricado entre 1591 y 1592. «Estamos en gran deuda con Nicholas Vallin, que sabía que aquel era un importante avance en la historia de los instrumentos científicos y tomó medidas inusitadas para guardar su genealogía y procedencia».

—Se niegan a venderlo —dijo Marcus, recostándose contra el marco de la puerta. Con aquellos brazos y las piernas cruzadas, se parecía mucho a Matthew—. He hablado con todo el mundo, desde los prelados de la iglesia de Alnwick hasta el duque de Northumberland, pasando por el obispo de Newcastle. No piensan desprenderse del telescopio, ni siquiera por la pequeña fortuna que has ofrecido. Sin embargo, creo que los he convencido para que me vendan la ratonera.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Ysabeau—. Hasta *Le Monde* se ha hecho eco del suceso.

—Deberíamos haber intentado acallar la historia con más ahínco. Esto podría proporcionar a las brujas y a sus aliados información vital —dijo Marcus. El creciente número de gente que vivía dentro de los muros de Sept-Tours llevaba semanas preocupado por lo que podría hacer exactamente la Congregación si se descubría el paradero exacto de

Diana y Matthew.

—¿Qué opina Phoebe? —preguntó Ysabeau. La perspicaz y joven humana de firme barbilla y amables maneras le había caído en gracia al instante.

El rostro de Marcus se relajó, lo que le hizo recuperar el aspecto que tenía antes de que Matthew se marchara, cuando actuaba con despreocupación y alegría.

—Cree que es demasiado pronto para decir qué daños ha ocasionado el descubrimiento del telescopio.

—Chica lista —dijo Ysabeau, sonriendo.

—No sé qué hacer... —empezó a decir Marcus. Su expresión se volvió feroz—. La amo, *grand-mère*.

—Pues claro que sí. Y ella también te ama a ti.

Tras lo sucedido en mayo, Marcus había querido que se reuniera con el resto de la familia y se la había llevado a vivir a Sept-Tours. Ambos eran inseparables. Y Phoebe había demostrado una excepcional desenvoltura al conocer al batiburrillo de daimones, brujas y vampiros que vivían allí en la actualidad. Si le había sorprendido saber que había otras criaturas compartiendo el mundo con los humanos, no lo había demostrado.

El número de socios del Conventículo de Marcus había aumentado considerablemente en los últimos meses. La asistente de Matthew, Miriam, residía ahora permanentemente en el palacete, al igual que Verin, la hija de Philippe, y su marido, Ernst. Gallowglass, el inquieto nieto de Ysabeau, había dejado a todos estupefactos al no moverse de allí durante seis semanas enteras. Incluso entonces no daba señal alguna de querer partir. Sophie Norman y Nathaniel Wilson habían dado la bienvenida al mundo a su nuevo bebé, Margaret, bajo el techo de Ysabeau y ahora la niña ocupaba el segundo puesto en la lista de autoridades del palacete, solo superada por la matriarca de los De Clermont. Como su nieta vivía en Sept-Tours, Agatha, la madre de Nathaniel, aparecía y desaparecía sin previo aviso, al igual que el mejor amigo de Matthew, Hamish. Incluso Baldwin iba y venía de vez en cuando.

Nunca en su larga vida había esperado Ysabeau ser la matriarca de un hogar así.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó Marcus, mientras ponía el oído en el murmullo de actividad que había por todas partes—. No la oigo.

—En la Torre Redonda. —Ysabeau pasó la afilada uña por el borde del artículo del periódico y extrajo limpiamente las columnas recortadas del resto de reseñas—. Sophie y Margaret han estado sentadas con ella un rato. Sophie dice que Sarah está vigilando.

—¿El qué? ¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Marcus, arrebatándole el periódico. Se había pasado toda la mañana leyéndolos en busca de los sutiles cambios en el dinero y la influencia, que Nathaniel había encontrado la manera de analizar y aislar para poder estar mejor preparados ante el siguiente movimiento de la Congregación. El mundo sin Phoebe era inconcebible, pero Nathaniel se había vuelto casi igual de indispensable—. Ese maldito telescopio va a ser un problema. Lo sé. Lo único que la Congregación necesita es una bruja que viaja en el tiempo y esta historia, y tendrá todo lo necesario para regresar al pasado y encontrar a mi padre.

—Tu padre no se quedará mucho más, si es que sigue allí.

—En serio, *grand-mère* —dijo Marcus en tono ligeramente exasperado, mientras continuaba con la atención pegada al texto que rodeaba el agujero que Ysabeau había dejado en el *Times*—. ¿Cómo es posible que puedas saberlo?

—Primero fueron las miniaturas, luego los archivos de laboratorio y ahora este telescopio. Conozco a mi nuera. Este telescopio es justamente el tipo de gesto que Diana

haría si no le quedara nada que perder —aseguró Ysabeau, mientras rozaba a su nieto al pasar por delante de él—. Diana y Matthew están volviendo a casa.

La expresión de Marcus era inescrutable.

—Esperaba que te alegraras más del regreso de tu padre —dijo Ysabeau en voz queda, deteniéndose al lado de la puerta.

—Han sido unos meses difíciles —dijo Marcus, sombríamente—. La Congregación ha dejado claro que quiere el libro y a la hija de Nathaniel. Una vez que Diana esté aquí...

—Nada los detendrá —dijo Ysabeau completando la frase, antes de respirar hondo lentamente—. Al menos no tendremos que seguir preocupándonos por que les pueda pasar algo a Diana y a Matthew en el pasado. Estaremos juntos, en Sept-Tours, luchando codo con codo. —«Muriendo codo con codo».

—Han cambiado muchas cosas desde el pasado noviembre.

Marcus se quedó mirando la brillante superficie de la mesa como si fuera un brujo y esta pudiera revelar el futuro.

—También en sus vidas, sospecho. Pero el amor de tu padre por ti es una constante. Sarah necesita a Diana ya. Y tú también necesitas a Matthew.

Ysabeau cogió el recorte y fue hacia la Torre Redonda, dejando a Marcus absorto en sus pensamientos. En su momento, había sido la prisión favorita de Philippe. Ahora se usaba para almacenar los viejos papeles de la familia. Aunque la puerta de la habitación del tercer piso estaba entreabierta, Ysabeau la golpeó con fuerza.

—No hace falta que llames. Esta es tu casa. —El tono áspero de la voz de Sarah revelaba la cantidad de cigarros que había estado fumando y cuánto *whisky* había bebido.

—Si así es como los tratas, me alegro de no ser tu invitada —dijo Ysabeau con severidad.

—¿Mi invitada? —Sarah se rio en voz baja—. Nunca te habría dejado entrar en mi casa.

—Los vampiros no suelen necesitar invitación. —Ysabeau y Sarah habían elevado a la categoría de arte las burlas mordaces. Marcus y Em había intentado sin éxito persuadirlas para que siguieran las normas de la comunicación cordial, pero ambas matriarcas de sendos clanes sabían que sus agudos intercambios ayudaban a mantener su frágil equilibrio de poder—. No deberías estar aquí arriba, Sarah.

—¿Por qué no? ¿Temes que me muera de frío? —preguntó Sarah, y su voz se hizo presa de un súbito dolor que le hizo doblarse como si la hubieran golpeado—. Diosa, ayúdame, la echo de menos. Dime que esto es un sueño, Ysabeau. Dime que Emily sigue viva.

—No es ningún sueño —dijo Ysabeau lo más dulcemente que pudo—. Todos la extrañamos. Sé que te sientes vacía y que llevas por dentro el dolor, Sarah.

—Y que se me pasará —dijo Sarah, sombríamente.

—No. No lo hará.

Sarah levantó la vista, sorprendida por la vehemencia de Ysabeau.

—Cada día de mi vida añoro a Philippe. El sol sale y mi corazón llora por él. Escucho a ver si oigo su voz, pero solo hay silencio. Ansío su tacto. Cuando el sol se pone, me retiro consciente de que mi pareja se ha ido de este mundo y de que nunca volveré a ver su rostro.

—Si estás intentando hacerme sentir mejor, no está funcionando —dijo Sarah, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Emily murió para que Sophie y la hija de Nathaniel pudieran vivir. Aquellos que

tomaron parte en su muerte lo pagarán, te lo prometo. Los De Clermont somos muy buenos vengadores, Sarah.

—¿Y la venganza me hará sentir mejor? —preguntó Sarah, mientras levantaba la vista entre lágrimas.

—No. Pero ver crecer a Margaret hasta hacerse una mujer ayudará. Y esto también —añadió Ysabeau, dejando caer el recorte en el regazo de la bruja—. Diana y Matthew están de camino a casa.

SEXTA PARTE

Nuevo Mundo, Viejo Mundo

Capítulo 41

MI tentativa de llegar al Viejo Pabellón del futuro desde el pasado fue infructuosa. Me centré en el aspecto y el olor del lugar y vi los hilos que nos vinculaban a Matthew y a mí a la casa, que eran marrones, verdes y dorados. Pero estos se me escurrían entre los dedos una y otra vez.

Entonces lo intenté con Sept-Tours. Las hebras que nos unían al sitio estaban teñidas de la idiosincrásica combinación roja y negra salpicada de plata propia de Matthew. Me imaginé la casa llena de rostros familiares: Sarah y Em, Ysabeau y Marthe, Marcus y Miriam, Sophie y Nathaniel. Pero tampoco esa vez logré llegar a buen puerto.

Ignorando resueltamente el pánico que empezaba a emerger, valoré cientos de opciones en busca de un destino alternativo. ¿Oxford? ¿La estación de metro de Blackfriars del Londres moderno? ¿La catedral de San Pablo?

Mis dedos seguían volviendo a la misma hebra de la urdimbre y la trama del tiempo, que no era sedosa y suave, sino dura y áspera. Recorrí centímetro a centímetro la zigzagueante hebra y descubrí que no era un hilo, sino una raíz conectada a algún árbol invisible. Al darme cuenta de ello, tropecé como si hubiera un umbral invisible y caí en la sala de estar de la casa de los Bishop.

«Mi hogar». Aterricé sobre las manos y las rodillas, con los cordones anudados aplastados entre las palmas y el suelo. Siglos de encerado y el paso de cientos de ancestrales pies habían alisado hacía tiempo los anchos tablones de pino. Noté el tacto familiar bajo las manos, un símbolo de permanencia en un mundo cambiante. Levanté la vista, casi esperando ver a mis tías aguardando en el vestíbulo de la entrada. Había sido tan sencillo encontrar el camino de regreso a Madison que había dado por hecho que ellas nos estaban guiando. Pero el aire en la casa de los Bishop era silencioso y sin vida, como si ni un alma lo hubiera perturbado desde Halloween. Ni los fantasmas parecían estar en la residencia.

Matthew estaba arrodillado a mi lado, con el brazo todavía enganchado al mío y los músculos temblando por el esfuerzo de desplazarse por el tiempo.

—¿Estamos solos? —pregunté.

Él inhaló los aromas de la casa.

—Sí.

Con su silenciosa respuesta, la casa se despertó y la atmósfera pasó de ser plana y sin vida a densa e inquietante en un abrir y cerrar de ojos. Matthew me miró y sonrió.

—Tu pelo. Ha vuelto a cambiar.

Bajé la vista y, en lugar de encontrarme los rizos de color rubio fresa a los que ya me había acostumbrado, lo que vi fue unos mechones sedosos de un dorado rojizo más brillante, como el pelo de mi madre.

—Debe de ser por el viaje en el tiempo.

La casa crujía y gemía. Me di cuenta de que estaba reuniendo energías para una explosión.

—Solo somos Matthew y yo.

Aunque mis palabras eran tranquilizadoras, mi voz tenía un acento extraño y un tono chillón. La casa lo reconoció de todos modos y un suspiro de alivio llenó la sala. Una brisa bajó por la chimenea y trajo un aroma desconocido a manzanilla mezclada con canela. Miré por encima del hombro hacia el hogar y hacia los paneles de madera agrietados que lo rodeaban y me puse en pie de un salto.

—¿Qué demonios es eso?

Un árbol había surgido bajo la rejilla. Su tronco negro llenaba la chimenea y sus ramas se habían abierto paso a través de la piedra y de los paneles de madera que la rodeaban.

—Es como el árbol del alambique de Mary.

Matthew se agachó al lado del hogar con sus bombachos de terciopelo negro y su camisa de lino bordada. Tocó con el dedo un bultito de plata incrustado en la corteza. Al igual que la mía, su voz sonaba fuera de tiempo y de lugar.

—Parece tu emblema de peregrino.

El perfil del ataúd de Lázaro apenas era reconocible. Me reuní con él y mis abultadas sayas negras se extendieron en forma de campana sobre el suelo.

—Creo que lo es. La ampolla estaba expuesta al calor y parcialmente fundida. Si el interior de la ampolla estuviera recubierta de oro, habrían brotado restos de mercurio junto con la sangre.

—Así que este árbol está hecho con algunos de los ingredientes que usó Mary para el *arbor Dianae*.

Matthew alzó la vista hacia las ramas desnudas.

El olor a manzanilla y canela se hizo más intenso. El árbol empezó a florecer, pero de él no brotaron los habituales frutos y flores. En lugar de ello, una llave y una única hoja de pergamino emergieron de las ramas.

—Es la página del manuscrito —dijo Matthew, liberándola.

—Eso significa que el libro todavía está roto e incompleto en el siglo XXI. Nada de lo que hicimos en el pasado alteró ese hecho.

Respiré hondo para serenarme.

—Entonces lo más probable es que el Ashmole 782 esté oculto y a salvo en la biblioteca Bodleiana —dijo Matthew en voz baja—. Esto es la llave de un coche —dijo, arrancándola de las ramas. Durante meses no había pensado en otro medio de transporte que no fuera un caballo o un barco. Miré por la ventana que daba a la parte delantera, pero allí no nos esperaba ningún vehículo. Los ojos de Matthew siguieron a los míos.

—Seguro que Marcus y Hamish se han asegurado de que tengamos una manera de llegar a Sept-Tours, como habíamos planeado, sin tener que llamarlos para pedir ayuda. Probablemente tengan coches esperando por toda Europa y América por si acaso. Pero no han dejado ninguno a la vista —continuó Matthew.

—No hay garaje.

—El almacén de lúpulo.

Matthew movió la mano automáticamente para deslizar la llave dentro del bolsillo de la cadera, pero su vestimenta no disponía de tan modernas comodidades.

—¿Se les habrá ocurrido dejarnos ropa, también? —pregunté, mientras bajaba la mano hacia mi chaqueta bordada y mis abultadas faldas, que todavía estaban polvorientas

de la carretera sin pavimentar del Oxford del siglo XVI.

—Vamos a averiguarlo.

Matthew llevó la llave y la página del 782 a la salita de estar y a la cocina.

—Siguen siendo marrones —comenté, mirando el papel de pared de cuadros y la antigua nevera.

—Sigue siendo tu hogar —dijo Matthew, mientras me atraía hacia el hueco de su brazo.

—No sin Em y Sarah.

En comparación con el hogar sobresaturado en el que habíamos vivido durante tantos meses, nuestra familia moderna parecía frágil y el número de miembros, reducido. Allí no estaba Mary Sidney para hablar con ella de mis problemas durante el transcurso de una noche de tormenta. Ni Susanna ni Goody Alsop pasarían por casa por la tarde para tomar una copa de vino y ayudarme a perfeccionar mi último hechizo. No tendría la jubilosa ayuda de Annie para salir del corsé y la falda. Greñas no estaba en el piso de abajo, ni Jack. Y si necesitábamos ayuda, no había ningún Henry Percy que acudiera presuroso al rescate sin preguntar ni vacilar. Deslicé la mano alrededor de la cintura de Matthew, deseosa de recordar su sólida indestructibilidad.

—Siempre los echarás de menos —dijo con suavidad, al darse cuenta de mi estado de ánimo—. Pero el dolor se desvanecerá con el tiempo.

—Empiezo a sentirme más como un vampiro que como una bruja —dije con pesar—. Demasiadas despedidas, demasiadas pérdidas de seres queridos.

Entonces vi el calendario de la pared. Estaba en el mes de noviembre. Se lo mostré a Matthew.

—¿Es posible que nadie haya estado aquí desde el año pasado? —se preguntó, preocupado.

—Algo debe de ir mal —dije, y me dispuse a levantar el teléfono.

—No —dijo Matthew—. La Congregación podría estar escuchando las llamadas o vigilando la casa. Nos esperan en Sept-Tours. Da igual que el tiempo que hayamos estado fuera se pueda medir en una hora o en un año, allí es adonde tenemos que ir.

Encontramos nuestra ropa moderna sobre la secadora, metida dentro de una funda de almohada para que no se llenara de polvo. El maletín de Matthew estaba cuidadosamente colocado al lado. Al menos Em había estado allí desde que nos habíamos marchado. Nadie más podía haber pensado en aquellas cuestiones prácticas. Envolví la ropa de la época isabelina en las sábanas, reacia a deshacerme de aquellos vestigios tangibles de nuestra antigua vida, y me las metí bajo los brazos como si fueran dos abultados balones. Matthew guardó la página del Ashmole 782 en el maletín de cuero y lo cerró con firmeza.

Antes de salir de casa, escudriñó el huerto y los campos con sus agudos ojos, en alerta para captar cualquier posible peligro. Yo barrí el lugar con mi tercer ojo de bruja, pero no parecía que hubiera nadie allá fuera. Pude ver el agua bajo el huerto, oír los búhos en los árboles, saborear la dulzura del verano en el aire del atardecer, pero eso fue todo.

—Vamos —dijo Matthew, mientras me cogía uno de los fardos y me agarraba la mano. Cruzamos corriendo el espacio abierto hasta el almacén de lúpulo. Matthew descargó todo su peso contra la puerta corrediza y empujó, pero esta no se movió.

—Sarah le ha puesto un hechizo —afirmé. Podía verlo enredado en la manilla y atravesando las vetas de la madera—. Y de los buenos.

—¿Demasiado bueno como para romperlo? —preguntó Matthew, con la boca apretada de preocupación. No me sorprendía que estuviera preocupado. La última vez que

habíamos estado allí, no había conseguido encender las calabazas de Halloween. Localicé los extremos sueltos de las ataduras y sonreí.

—No hay nudos. Sarah es buena, pero no es una tejedora.

Había metido las sedas isabelinas en la cintura de las mallas. Cuando las saqué, los cordones verde y marrón que tenía en la mano se estiraron y se pegaron al hechizo de Sarah, quitando las restricciones que mi tía había puesto en la puerta más rápido de lo que lo habría hecho Jack, nuestro experto ladrón.

El Honda de Sarah estaba aparcado dentro del granero.

—¿Cómo demonios vamos a meterte ahí? —me pregunté.

—Me las arreglaré —dijo Matthew, mientras lanzaba la ropa al asiento de atrás.

Me tendió el maletín, se embutió en el asiento delantero y, tras unos cuantos intentos fallidos, el coche cobró vida con un petardeo.

—Y ahora, ¿adónde? —pregunté, poniéndome el cinturón de seguridad.

—A Siracusa. Luego a Montreal. Y luego a Ámsterdam, donde tengo una casa —respondió Matthew, mientras metía la primera. El coche empezó a rodar silenciosamente sobre la hierba—. Si alguien nos está buscando, lo hará en Nueva York, Londres o París.

—No tenemos pasaporte —señalé.

—Mira debajo de la alfombrilla. Marcus le habrá dicho a Sarah que los deje ahí —supuso mi marido. Levanté las mugrientas alfombrillas y encontré el pasaporte francés de Matthew y el mío estadounidense.

—¿Por qué tu pasaporte no es bermellón? —pregunté, mientras lo sacaba de la bolsa estanca de plástico (otro toque de Emma, pensé).

—Porque es un pasaporte diplomático. —Matthew salió a la carretera y encendió los faros—. Debería haber otro para ti.

Mi pasaporte diplomático francés, expedido con el nombre de Diana de Clermont y en el que se reflejaba mi relación marital con Matthew, estaba metido dentro de mi pasaporte ordinario estadounidense. Cómo había logrado Marcus duplicar la foto sin estropear el original era un misterio.

—¿Sigues siendo espía? —pregunté en voz queda.

—No. Es como los helicópteros —replicó con una sonrisa—. Se trata solo de otro beneficio asociado a ser un De Clermont.

Dejé Siracusa como Diana Bishop y entré en Europa al día siguiente como Diana de Clermont. La casa de Matthew de Ámsterdam resultó ser una mansión del siglo XVII situada en la zona más hermosa del Herengracht. Matthew me explicó que la había comprado justo después de irse de Escocia en 1605.

Solo nos quedamos el tiempo justo para darnos una ducha y cambiarnos de ropa. Yo seguí con las mismas mallas que llevaba desde Madison y me cambié la camisa por una de Matthew. Él se puso el habitual jersey gris y negro de cachemira y lana aunque, según los periódicos, estábamos a mediados de junio. Se me hacía raro no verle las piernas. Ya me había acostumbrado a que estuvieran a la vista.

—Es un trato justo —comentó Matthew—. Hace meses que no te las veo yo a ti, salvo en la intimidad de nuestra alcoba.

A Matthew casi le da un ataque al corazón al descubrir que su adorado Range Rover no le estaba esperando en el garaje subterráneo. En su lugar encontramos un coche deportivo azul marino con el techo blando.

—Lo voy a matar —dijo Matthew cuando vio aquel vehículo tan bajo.

Usó la llave de la casa para abrir una caja de metal atornillada a la pared. Dentro había otra llave y una nota: «Bienvenido a casa. Nadie esperará que conduzcas algo así. Es seguro. Y rápido. Hola, Diana. M».

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras observaba unos marcadores similares a los de los aviones encajados en un reluciente salpicadero cromado.

—Un Spyker Spyder. Marcus colecciona coches con nombre de araña. —Matthew activó las puertas del coche y estas se levantaron en forma de tijera, como las alas de un caza, lo que le hizo soltar un improperio—. Es el coche más llamativo que te puedes echar a la cara.

Solo habíamos llegado hasta Bélgica cuando Matthew entró en un concesionario, entregó las llaves del coche de Marcus y salió del aparcamiento en un vehículo mayor y muchísimo menos divertido de conducir. A salvo en aquel espacio robusto y cuadrado, entramos en Francia y unas horas después comenzamos el lento ascenso de las montañas de Auvernia de camino a Sept-Tours.

Entre los árboles se filtraban imágenes de la fortaleza: la piedra de color gris rosado, la oscura ventana de una torre... No pude evitar comparar el castillo y el pueblo colindante con el aspecto que tenía la última vez que lo había visto en 1590. En esa ocasión no había ninguna nube gris de humo sobre Saint-Lucien. El sonido distante de unas campanas me hizo volver la cabeza, con la esperanza de encontrarme a las descendientes de las cabras que había conocido, volviendo a casa para cenar. Pero Pierre no saldría apresuradamente a recibirnos con antorchas. Chef no estaría en la cocina decapitando faisanes con un cuchillo de carnicero mientras la pieza recién cazada era preparada con eficiencia para alimentar tanto a los sangre caliente como a los vampiros.

Tampoco estaría Philippe y, por lo tanto, no habría carcajadas, comentarios audaces sobre la fragilidad humana sacados de Eurípides ni agudas opiniones sobre los problemas que tendríamos que afrontar ahora que habíamos regresado al presente. ¿Cuánto tiempo me llevaría dejar de prepararme para la ráfaga de movimiento y el bramido sonoro que anunciaba la llegada de Philippe a una habitación? Me dolió el corazón al pensar en mi suegro. En ese mundo moderno crudamente iluminado y acelerado no había sitio para héroes como él.

—Estás pensando en mi padre —murmuró Matthew. Los silenciosos rituales de ingesta de sangre del vampiro y del beso de la bruja habían fortalecido nuestra capacidad de adivinar los pensamientos del otro.

—Y tú —señalé yo. No había pensado en otra cosa desde que habíamos cruzado la frontera y entrado en Francia.

—Siempre me ha parecido que el castillo estaba vacío desde el día en que murió. Me ha proporcionado cobijo, pero poca comodidad.

Matthew levantó la vista hacia el palacete antes de volver a concentrarse en la carretera que teníamos delante. El aire se había vuelto denso por la responsabilidad y la necesidad de estar el hijo a la altura del legado de su padre.

—Puede que esta vez sea diferente. Sarah y Em están allí. Y también Marcus. Por no hablar de Sophie y Nathaniel. Y Philippe sigue aquí, solo tenemos que aprender a centrarnos en su presencia en lugar de en su ausencia.

Estaría en las sombras de todas las habitaciones, en cada una de las piedras de los muros. Escruté el rostro hermosamente austero de mi marido, entendiendo mejor cómo la experiencia y el dolor le habían dado forma. Una mano se curvó sobre mi vientre, mientras

la otra lo buscaba para ofrecerle el consuelo que necesitaba tan desesperadamente.

Sus dedos se aferraron a los míos y los apretaron. Luego Matthew me soltó y permanecimos un rato en silencio. Sin embargo, pronto empecé a tamborilear impacientemente con los dedos en el muslo y en varias ocasiones me sentí tentada de abrir el techo solar del coche y salir volando hasta la puerta principal del castillo.

—Ni se te ocurra.

La amplia sonrisa de Matthew suavizó el tono de advertencia de su voz. Le devolví la sonrisa mientras reducía la marcha en una curva cerrada.

—Pues date prisa —dije, apenas capaz de controlarme. A pesar de mis súplicas, el indicador de velocidad siguió exactamente donde estaba. Gruñí con impaciencia—. Teníamos que habernos quedado con el coche de Marcus.

—Paciencia. Ya casi hemos llegado.

«Y no hay posibilidad alguna de que pueda ir más rápido», pensó Matthew, mientras reducía de nuevo.

—¿Qué decía Sophie de la forma de conducir de Nathaniel cuando estaba embarazada? «Conduce como una anciana».

—Imagínate cómo conduciría Nathaniel si de verdad fuera una anciana, una anciana que tuviera cientos de años, como yo. Así es como conduciré el resto de mis días, siempre que tú estés en el coche.

Me cogió la mano de nuevo y se la llevó a los labios.

—Las dos manos en el volante, anciana —bromeé, mientras trazábamos la última curva y entre nosotros y el jardín del castillo solo quedaba un tramo de carretera recta y unos cuantos nogales.

«Date prisa», le rogué en silencio. Me quedé mirando el tejado de la torre de Matthew en cuanto esta apareció. Cuando el coche empezó a ir más despacio, miré a mi marido, confusa.

—Nos están esperando —dijo, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia el parabrisas. Sophie, Ysabeau y Sarah nos aguardaban, inmóviles, en medio de la carretera.

«La daimón, la vampira, la bruja...» y una persona más. Ysabeau tenía un bebé en brazos. Pude ver su abundante mata de pelo castaño y sus piernas regordetas y largas. Con una de las manos, el bebé agarraba con firmeza uno de los melifluos mechones de la vampira mientras que, con la otra, señalaba imperiosamente en nuestra dirección. Sentí un leve e innegable cosquilleo cuando los ojos del bebé se fijaron en mí. La hija de Sophie y Nathaniel era una bruja, como ella había augurado.

Me desabroché el cinturón de seguridad, abrí la puerta de golpe y salí corriendo por la carretera antes de que Matthew pudiera detener por completo el coche. Las lágrimas me rodaban por la cara y Sarah se apresuró a envolverme en familiares texturas de lana y franela, rodeándome con su olor a beleño negro y vainilla.

«Estoy en casa», pensé.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto sana y salva —dijo con vehemencia.

Vi por encima del hombro de Sarah cómo Sophie cogía con cuidado al bebé de los brazos de Ysabeau. El rostro de la madre de Matthew era tan inescrutable y bello como siempre, pero la tensión alrededor de la boca mientras dejaba al bebé sugería que había vivido intensas emociones. Aquella tensión también era una de las características de Matthew. Eran mucho más parecidos físicamente de lo que el método por el que Matthew había sido creado podría hacer suponer que fuera posible.

Me desembaracé del abrazo y de Sarah, y me volví hacia Ysabeau.

—No estaba segura de que volvierais. Habéis estado fuera mucho tiempo. Pero Margaret nos pidió que la lleváramos a la carretera y entonces empecé a creer que podríais regresar a nosotros sanos y salvos, después de todo.

Ysabeau observó mi rostro en busca de algún tipo de información que todavía no le había dado.

—Pues hemos vuelto. Para quedarnos.

Ya había sufrido demasiadas pérdidas en su larga vida. La besé con suavidad en una mejilla y luego en la otra.

—*Bien* —murmuró, aliviada—. Será un placer para todos teneros aquí..., no solo para Margaret. —El bebé oyó su nombre y empezó a entonar un «ta, ta, ta» mientras movía los brazos y las piernas como batidores de huevos para intentar llegar a mí—. Chica lista —dijo Ysabeau con aprobación, antes de darles a Margaret y luego a Sophie sendas palmaditas en la cabeza.

—¿Quieres coger a tu ahijada? —preguntó Sophie. Sonreía de par en par, aunque tenía lágrimas en los ojos. Se parecía mucho a Susanna.

—Sí, por favor —dije, y cogí el bebé en mis brazos a cambio de un beso en la mejilla de Sophie.

—Hola, Margaret —susurré, inhalando el aroma del bebé.

—Ta, ta, ta.

Margaret me cogió un mechón de pelo y empezó a enredarlo alrededor del puño.

—Eres una gamberra —dije, riéndome. Ella me hundió los pies en las costillas y soltó un gruñido de protesta.

—Es igual de cabezota que su padre, aunque ella es Piscis —dijo Sophie con serenidad—. Sarah te representó en la ceremonia. Vino Agatha. Ahora no está, pero sospecho que regresará pronto. Ella y Marthe hicieron un pastel especial envuelto en hilos de azúcar. Fue increíble. Y el vestido de Margaret era precioso. Tienes una voz diferente, como si hubieras pasado mucho tiempo en un país extranjero. Y me gusta tu pelo. También está distinto. ¿Tienes hambre?

Las palabras de Sophie salían rodando de su boca sin orden ni concierto, como las de Tom o Jack. Sentía la pérdida de nuestros amigos, incluso allí, en medio de nuestra familia.

Después de darle un beso a Margaret en la frente, se la devolví a su madre. Matthew seguía detrás de la puerta abierta del Range Rover, con un pie en el coche y el otro sobre el suelo de Auvernia, como si no estuviera seguro de que debiera estar allí.

—¿Dónde está Em? —pregunté. Sarah e Ysabeau intercambiaron sendas miradas.

—Todo el mundo te está esperando en el palacete. ¿Por qué no volvemos andando? —sugirió Ysabeau—. Dejad ahí el coche. Ya vendrán a buscarlo. Seguro que os apetece estirar las piernas.

Rodeé a Sarah con el brazo y di unos cuantos pasos. ¿Dónde estaba Matthew? Di media vuelta y levanté la mano que tenía libre. «Ven con tu familia», le dije en silencio cuando nuestros ojos entraron en contacto. «Ven con la gente que te quiere».

Él sonrió y mi corazón le respondió con un brinco.

Ysabeau siseó sorprendida, era un ruido sibilante que el aire de verano transportó con más certeza que un silbido.

—Latidos. Los tuyos. Y... ¿dos más?

Sus hermosos ojos verdes bajaron hacia mi abdomen y una diminuta gota roja brotó de ellos y amenazó con caer. Ysabeau miró a Matthew, maravillada. Él asintió y la lágrima

de sangre de su madre acabó de formarse y rodó por su mejilla.

—En mi familia hay varios gemelos —dije, a modo de explicación. Matthew había detectado los latidos del segundo corazón en Ámsterdam, justo antes de subir al Spyder de Marcus.

—En la mía también —susurró Ysabeau—. Entonces, ¿es cierto lo que Sophie ha visto en sus sueños? ¿Vas a tener un hijo... de Matthew?

—Dos —dije, mientras observaba el lento progreso de las lágrimas de sangre.

—Es un nuevo comienzo, entonces —dijo Sarah, enjugándose también una lágrima. Ysabeau le dedicó a mi tía una sonrisa agrisulce.

—A Philippe le encantaba una frase que hablaba de comienzos. Era un dicho antiguo. ¿Cómo era, Matthew? —le preguntó Ysabeau a su hijo.

Matthew salió finalmente del coche, como si algún hechizo lo hubiera estado reteniendo y se hubieran dado por fin las condiciones apropiadas. Recorrió los pasos que lo separaban de mí y besó dulcemente a su madre en la mejilla, antes de extender el brazo y cogerme de la mano.

—*Omni fine initium novum* —dijo Matthew, mirando la tierra de su padre como si por fin hubiera llegado a casa.

—«En todo final hay un nuevo comienzo».

Capítulo 42

30 de mayo de 1593

Annie le llevó la pequeña estatua de Diana al padre Hubbard, como el señor Marlowe le había hecho prometer que haría. Se le encogió el corazón al verla en la mano del *wealh*. Aquella figurilla siempre le recordaba a Diana Roydon. Incluso entonces, casi dos años después de la súbita partida de su señora, Annie la echaba de menos.

—¿Y no dijo nada más? —preguntó Hubbard, mientras le daba mil vueltas a la figura. La flecha de la cazadora reflejaba la luz y brillaba como si estuviera a punto de echarse a volar.

—Nada, padre. Antes de partir hacia Deptford esta mañana, me pidió que os trajera esto. El señor Marlowe dijo que vos sabríais qué hacer con ello.

Hubbard encontró un pedazo de papel insertado en el estrecho carcaj, enrollado y metido en el mismo sentido que las flechas de la diosa que esperaban para ser lanzadas.

—Déjame uno de tus alfileres, Annie.

Annie se quitó un alfiler del corpiño y se lo tendió con una mirada curiosa. Hubbard pinchó con el extremo afilado el papel y lo cogió con la punta. Con cuidado, lo sacó de allí.

Hubbard leyó las líneas, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Pobre Christopher. Siempre ha sido uno de los hijos perdidos de Dios.

—¿El señor Marlowe no va a regresar?

Annie ahogó un pequeño suspiro de alivio. Nunca le había gustado el dramaturgo y la opinión que tenía de él no había vuelto a ser la misma tras los terribles sucesos acaecidos en el campo de justas del palacio de Greenwich. Desde que su señora y su señor se habían ido sin dejar rastro de su paradero, Marlowe había transitado entre la melancolía y la desesperación, para llegar a algo aún más oscuro. Había días en que Annie estaba segura de que la negrura lo engulliría por completo. Quería asegurarse de que no la atrapara a ella también.

—No, Annie. Dios me dice que el señor Marlowe se ha ido de este mundo al siguiente. Rezo para que allí encuentre la paz que se le negó en esta vida. —Hubbard se quedó mirando a la niña un instante. Había crecido y se había convertido en una atractiva joven. Tal vez curase a Will Shakespeare de su amor por la esposa de otro hombre—. Pero no te preocupes. La señora Roydon me pidió que te tratara como a uno de los míos. Yo cuido a mis hijos y tú tendrás un nuevo amo.

—¿Quién, padre?

Tendría que aceptar cualquier puesto que Hubbard le ofreciera. La señora Roydon había sido clara en cuanto al dinero que necesitaría para asentarse como costurera independiente en Islington. Le iba a llevar tiempo y un ahorro considerable reunir dicha suma.

—El señor Shakespeare. Ahora que sabes leer y escribir, eres una mujer valiosa, Annie. Le puedes ser de ayuda en el trabajo.

Hubbard se quedó mirando el pedazo de papel que tenía en la mano. Se sintió tentado de guardarlo con el paquete que había llegado de Praga y que le había sido enviado

a través de la formidable red de carteros y comerciantes creada por los vampiros holandeses.

Hubbard todavía no tenía claro por qué Edward Kelley le había mandado aquel extraño dibujo de los dragones. Edward era una criatura oscura y escurridiza y Hubbard no aprobaba su código moral, que no veía nada malo en el adulterio o el robo. Tomar su sangre en el ritual de familia y sacrificio había sido una faena, no el placer que solía ser. En el intercambio, Hubbard había visto lo suficiente del alma de Kelley como para saber que no lo quería en Londres. Así que lo había enviado a Mortlake. Aquello había hecho que cesara el acoso constante por parte de Dee para recibir lecciones de magia.

Pero Marlowe había querido que esa estatua fuera para Annie y Hubbard no incumpliría el deseo de un hombre moribundo. Le tendió la figurita y el pedazo de papel a Annie.

—Debes darle esto a tu tía, la señora Norman. Ella te lo guardará en un lugar seguro. El papel puede ser otra remembranza del señor Marlowe.

—Sí, padre Hubbard —dijo Annie, aunque le hubiera gustado vender el objeto de plata y guardar lo recaudado en el calcetín.

Annie salió de la iglesia donde Andrew Hubbard tenía su corte y recorrió penosamente las calles hacia la casa de Will Shakespeare. Era menos voluble que Marlowe y la señora Roydon siempre hablaba de él con respeto, aunque los amigos del señor no hacían más que burlarse de él.

Se adaptó con rapidez al hogar del dramaturgo y su ánimo se elevaba cada día que pasaba. Cuando le llegaron noticias de la truculenta muerte de Marlowe, aquello no hizo más que confirmar lo afortunada que había sido al librarse de él. El señor Shakespeare también se quedó conmocionado y bebió demasiado una noche, lo que hizo que el maestro de ceremonias le llamara la atención. Shakespeare se había explicado satisfactoriamente, sin embargo, y ahora todo había vuelto a la normalidad.

Annie estaba limpiando la mugre del cristal de la ventana para que su patrón tuviera más luz para leer. Mojó el paño en agua limpia y un pequeño rulo de papel se le cayó del bolsillo y fue empujado por la brisa que entraba por la ventana de bisagras abierta.

—¿Qué es eso, Annie? —preguntó Shakespeare con recelo, señalando con el extremo emplumado de su cálamo. Aquella muchacha había trabajado para Kit Marlowe. Podía estar pasando información a sus rivales. No se podía permitir tener a nadie que conociera sus últimas ofertas de patrocinio. Con todos los teatros cerrados a causa de la peste, era todo un desafío ganar lo justo para sobrevivir. Con *Venus* y *Adonis* podría lograrlo, siempre y cuando nadie le robara la idea delante de sus narices.

—Nada, se... se... señor Shakespeare —tartamudeó Annie, mientras se agachaba para recoger el papel.

—Tráemelo, ya que no es nada —le ordenó.

En cuanto lo tuvo en su poder, Shakespeare reconoció la inconfundible caligrafía. El vello de la nuca se le erizó. Era un mensaje de un hombre muerto.

—¿Cuándo te dio esto Marlowe? —preguntó Shakespeare, con sequedad.

—No lo hizo, señor Shakespeare. —Como siempre, Annie era incapaz de mentir. Tenía algunas otras características propias de las brujas, pero Annie poseía honestidad en abundancia—. Estaba escondido. El padre Hubbard lo halló y me lo dio. Como remembranza, dijo.

—¿Lo encontrasteis tras la muerte de Marlowe?

La punzante sensación que había notado Shakespeare en la nuca fue silenciada por

una ráfaga de interés.

—Sí —susurró Annie.

—Entonces yo te lo guardaré. Para que esté a buen recaudo.

—Desde luego.

Los ojos de Annie brillaron preocupados mientras veía cómo las últimas palabras de Christopher Marlowe desaparecían en el puño de su nuevo amo.

—Sigue con lo tuyo, Annie. —Shakespeare esperó a que su doncella fuera a buscar más trapos y agua. Luego echó un rápido vistazo a aquellas líneas.

Lo negro es atributo del verdadero amor perdido. El color de los daimones y la Sombra de la Noche.

Shakespeare suspiró. La elección de la métrica de Kit nunca había tenido ningún sentido para él. Y su humor melancólico, así como sus mórbidas alucinaciones, eran demasiado oscuras para aquellos tristes tiempos. Hacía que el público se sintiera incómodo y ya había demasiada muerte en Londres. Hizo girar la pluma.

«El verdadero amor perdido». Efectivamente. Shakespeare resopló. Había tenido amor verdadero más que suficiente, aunque parecía que los clientes, que eran los que pagaban, nunca se cansaban de él. Tachó aquellas palabras y las sustituyó por una única sílaba, una que captaba con más exactitud lo que sentía.

«Daimones». El éxito del *Doctor Fausto* escrito por Kit todavía lo irritaba. Shakespeare no tenía talento para escribir sobre criaturas que superaban los límites de la naturaleza. Le iba mucho mejor con los mortales ordinarios e imperfectos atrapados en los cepos del destino. A veces creía que debía de guardar una buena historia de fantasmas en su interior. Tal vez sobre un padre trastornado que perseguía a su hijo. Shakespeare se estremeció. Su propio padre sería un espectro aterrador, si el Señor se cansaba de su compañía cuando las postreras cuentas de John Shakespeare fueran por fin saldadas. Tachó esa palabra ofensiva y eligió una distinta.

«Sombra de la noche». Aquel era un final flojo y predecible para los versos, del tipo de los que George Chapman elegiría a falta de algo más original. Pero ¿qué podría ser más apropiado? Descartó otra palabra y escribió «ceño» sobre ella. «El ceño de la noche». Aquello tampoco quedaba demasiado bien. Lo tachó y escribió «abrigo». Igual de mal.

Shakespeare reflexionó con indolencia sobre el destino de Marlowe y sus amigos, todos ellos ya tan insustanciales como sombras. Henry Percy estaba disfrutando de un extraño período de benevolencia real y se hallaba a todas horas en la corte. Raleigh se había casado en secreto y había dejado de gozar del favor de la reina. Había sido desterrado al campo, concretamente a Dorset, donde la reina esperaba que fuera olvidado. Harriot estaba retirado en algún lugar, sin duda inclinado sobre algún rompecabezas matemático u observando los cielos como un Robin Goodfellow chiflado. Se decía que Chapman se encontraba en alguna misión para Cecil en los Países Bajos mientras caligrafiaba largos poemas sobre brujas. Y Marlowe había sido recientemente víctima de un homicidio en Deptford, aunque se rumoreaba que había sido un asesinato. Tal vez ese extraño galés supiera más sobre ello, dado que había estado en la taberna con Marlowe. Roydon —que era el único hombre verdaderamente poderoso que Shakespeare había conocido jamás— y su misteriosa esposa habían acabado esfumándose en el verano de 1591 y no habían sido vistos desde entonces.

El único del círculo de Marlowe del que Shakespeare todavía oía hablar con regularidad era de aquel gran escocés llamado Gallowglass, que era más principesco de lo

que debería ser un sirviente y contaba maravillosas historias de hadas y duendes. Gracias a los constantes ofrecimientos de trabajo por parte de Gallowglass, Shakespeare tenía un techo sobre la cabeza. Gallowglass siempre parecía tener un trabajo que requería del talento de Shakespeare como falsificador. Además, le pagaba bien, sobre todo cuando quería que Shakespeare imitara la letra de Roydon en los márgenes de algún libro o caligrafiara su firma en una carta.

«Valiente camarilla», pensó Shakespeare. «Traidores, ateos y criminales, todos ellos». Su pluma vaciló sobre el papel. Después de escribir otra palabra, esa en una letra decididamente gruesa y negra, Shakespeare se recostó en la silla y estudió sus nuevos versos.

Lo negro es atributo del infierno, el color de las mazmorras y la escuela de la noche.

Ya no parecía obra de Marlowe. A través de la alquimia de su talento, Shakespeare había transformado las ideas de un hombre muerto en algo más apropiado para los londinenses de a pie que para los hombres peligrosos como Roydon. Y solo le había llevado unos instantes.

El escritor no sintió ni un ápice de remordimiento por haber alterado el pasado, cambiando así el futuro. La vuelta de Marlowe por el escenario del mundo había finalizado, pero la de Shakespeare no hacía más que comenzar. Los recuerdos eran escasos y la historia cruel. Así era el mundo.

Complacido, Shakespeare puso el pedazo de papel en un montón formado por trocitos similares que estaba sujeto con la calavera de un perro, en la esquina del escritorio. Algún día encontraría un uso para aquel fragmento de verso. Luego lo pensó mejor.

Puede que hubiera descartado demasiado rápido la parte del «verdadero amor perdido». Aquello tenía un potencial sin explotar, esperando a que alguien lo descubriera. Shakespeare cogió un trozo de papel que había cortado de una hoja parcialmente escrita, en un intento poco entusiasta de economizar después de que Annie le hubiera enseñado la última factura del carnicero.

«Trabajos de amor perdidos», escribió en grandes letras.

Sí, pensó Shakespeare, sin duda algún día lo usaría.

Libri personae: los personajes del libro

AQUELLOS marcados con un asterisco son reconocidos por los historiadores.

Primera parte

Woodstock: el Viejo Pabellón

Diana Bishop, bruja Matthew de Clermont, conocido como *Roydon*, vampiro Christopher Marlowe, daimón y dramaturgo Françoise y Pierre, ambos vampiros y sirvientes *George Chapman, escritor de cierta reputación y escaso mecenas *Thomas Harriot, daimón y astrónomo *Henry Percy, conde de Northumberland *Sir Walter Raleigh, aventurero Joseph Bidwell, padre e hijo, zapateros Señor Somers, guantero Viuda Beaton, mujer artera Señor Danforth, clérigo Señor Iffley, otro guantero Gallowglass, vampiro y soldado de fortuna *Davy Gam, conocido como Hancock, vampiro, su compañero galés

Segunda parte

Sept-Tours y el pueblo de Saint-Lucien

*Cardenal Joyeuse, visitante de Mont Saint-Michel Alain, vampiro y sirviente de *monsieur* De Clermont Philippe de Clermont, vampiro y señor de Sept-Tours Chef, cocinero Catrine, Jehanne, Thomas y Étienne, sirvientes Marie, costurera André Champier, brujo de Lyon

Tercera parte

Londres: Blackfriars

*Robert Hawley, zapatero *Margaret Hawley, su esposa *Mary Sidney, condesa de Pembroke Joan, su doncella *Nicholas Hilliard, retratista Señor Prior, pastelero *Richard Field, impresor *Jacqueline Vautrollier Field, su esposa *John Chandler, farmacéutico de cerca de Barbican Cross Amen Corner y Leonard Shoreditch, vampiros Padre Hubbard, rey de los vampiros de Londres Annie Undercroft, joven bruja con ciertas habilidades y pocos poderes *Susanna Norman, partera y bruja *John y Jeffrey Norman, sus hijos Goody Alsop, bruja de los vientos de San Jacobo de Garlickhythe Catherine Streeter, bruja de fuego Elizabeth Jackson, bruja de las aguas Jack Blackfriars, huérfano sagaz *Doctor John Dee, hombre docto dueño de una biblioteca *Jane Dee, su contrariada esposa *William Cecil, lord Burghley, primer lord del Tesoro de Inglaterra *Robert Devereux, conde de Essex *Isabel I, reina de Inglaterra *Elizabeth (Bess) Throckmorton, dama de honor de la reina

Cuarta parte

El imperio: Praga

Karolina y Tereza, vampiras y sirvientas *Tadeáš Hájek, médico de Su Majestad *Ottavio Strada, librero imperial e historiador *Rodolfo II, sacro emperador romano y rey de *Bohemia* Frau Huber, austríaca, y *signorina* Rossi, italiana, mujeres de

Malá Strana*Joris Hoefnagel, el artista*Erasmus Habermel, fabricante de instrumentos matemáticos*Signor Miseroni, tallista de piedras preciosas*Signor Passetti, profesor de baile de Su Majestad*Joanna Kelley, mujer lejos de su hogar*Edward Kelley, daimón y alquimista*Rabino Judah Loew, hombre sabioAbraham ben Elijah de Chelm, brujo con un problema*David Gans, *astrónomo*Herr Fuchs, vampiro*Melchior Maisel, próspero comerciante del Barrio JudíoLobero, perro húngaro al que en ocasiones confunden con una fregona por sus greñas y que probablemente no sea más que un perro de raza komondor*Johannes Pistorius, brujo y teólogo

Quinta parte

Londres: Blackfriars

*Vilém Slavata, joven embajadorLouisa de Clermont, vampira y hermana de Matthew de Clermont*Maestro Sleaford, vela por los pobres diablos de BedlamStephen Proctor, brujoRebecca White, brujaBridget White, su hija

Sexta parte

Nuevo Mundo, Viejo Mundo

Sarah Bishop, bruja y tía de Diana BishopYsabeau de Clermont, vampira y madre de Matthew de ClermontSophie Norman, daimónMargaret Wilson, su hija, bruja

Otros personajes de otros tiempos

Rima Jaén, librera de SevillaEmily Mather, bruja y pareja de Sarah BishopMarthe, ama de llaves de Ysabeau de ClermontPhoebe Taylor, muy correcta, sabe algo de arteMarcus Whitmore, hijo de Matthew de Clermont, vampiroVerin de Clermont, vampiraErnst Neumann, su maridoPeter Knox, brujo y miembro de la CongregaciónPavel Skovajsa, empleado de una biblioteca*Gerbert de Aurillac en el Cantal, vampiro y aliado de Peter Knox*William Shakespeare, escribano y falsificador que también escribe obras de teatro

Agradecimientos

HA sido mucha la gente que me ha ayudado a traer este libro al mundo.

En primer lugar, gracias a mis siempre amables y sinceros primeros lectores: Cara, Fran, Jill, Karen, Lisa y Olive. Y mi agradecimiento especial a Margie, por alegrar que estaba aburrída mientras yo me peleaba con la última edición y ofrecerse a leer el manuscrito con sus perspicaces ojos de escritora.

A Carole DeSanti, mi editora, que hizo de partera durante el proceso de escritura y sabe (literalmente) dónde están enterrados todos los cadáveres. Gracias, Carole, por estar siempre dispuesta a echarme una mano con un lápiz afilado y un oído comprensivo.

Al extraordinario equipo de Viking, que transforman por medio de la alquimia montones de texto escrito a máquina en hermosos libros; continúan asombrándome su entusiasmo y profesionalidad. Gracias especialmente a mi correctora de estilo, Maureen Sugden, cuyos ojos de águila rivalizan con los de Augusta. Y a mis editores de todo el mundo, gracias por lo que habéis hecho (y continuáis haciendo) para presentar a Diana y a Matthew a nuevos lectores.

A mi agente literario, Sam Stoloff, de Frances Goldin Agency, que continúa siendo mi seguidor más incondicional. Gracias, Sam, por darme perspectiva y hacer el trabajo entre bastidores que hace posible que escriba. Quiero también expresar mi agradecimiento a mi agente cinematográfico, Rich Green, de Creative Artists Agency, que se ha convertido en una fuente indispensable de consejos y buen humor incluso en las situaciones más difíciles.

A mi asistente, Jill Hough, por defender mi tiempo y mi salud durante el pasado año con la fiereza de un dragón. Literalmente, no podría haber acabado este libro sin ella.

A Lisa Halttunen, que leyó una y otra vez el manuscrito antes de entregarlo. Aunque me temo que nunca dominaré más de unas cuantas de las reglas gramaticales que están a su alcance, le estoy eternamente agradecida porque continúe estando dispuesta a enderezar mi prosa y mi puntuación.

A Patrick Wyman, por aportar sus conocimientos de los entresijos de la historia medieval y militar que han hecho que los personajes —y la trama— tomen caminos sorprendentes. Carole sabe dónde están enterrados los cadáveres, pero Patrick entiende cómo llegaron allí. Gracias, Patrick por ayudarme a ver a Gallowglass, Matthew y, sobre todo, a Philippe bajo una nueva perspectiva. Asimismo, le agradezco a Cleopatra Comnenos que haya respondido a mis preguntas sobre la lengua griega.

También me gustaría expresar mi reconocimiento a los miembros de Pasadena Roving Archers, que me ayudaron a entender lo difícil que es dar con una flecha en el blanco. A Scott Timmons, de Aerial Solutions, que me presentó a Fokker y al resto de sus preciosas aves rapaces en Terranea Resort, California. Y a Andrew, de la Apple Store de Thousand Oaks, que salvó a la autora, a su ordenador y al libro propiamente dicho de un colapso potencialmente terminal en un punto crucial del proceso de escritura.

Este libro está dedicado al historiador Lacey Baldwin Smith, profesor de mi curso de posgrado e inspirador de miles de estudiantes gracias a su pasión por la Inglaterra de los Tudor. Cada vez que hablaba de Enrique VIII o de su hija, Isabel I, siempre parecía que acababan de estar comiendo juntos. Una vez me dio un breve listado de hechos históricos y me pidió que me imaginara cómo los usaría si estuviera escribiendo una crónica, la vida de un santo o una novela medieval. Al final de una de mis excesivamente cortas historias,

escribió: «¿Qué sucede a continuación? Deberías plantearte escribir una novela». Puede que fuera entonces cuando se plantaron por primera vez las semillas de la trilogía *Todas las almas*.

Y por último, aunque no menos importante, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi sufridora familia y a mis amigos (¡ya sabéis quiénes sois!), que apenas me vieron el pelo durante mi estancia en 1590 y que me recibieron con los brazos abiertos cuando volví al presente.

Sobre la autora

DEBORAH Harkness es profesora de Historia en la University of Southern California, EE UU. Ha recibido las becas Fulbright, Guggenheim y National Humanities Center, y su publicación académica más reciente es *The Jewel House: Elizabethan London and the Scientific Revolution*. También es autora de un galardonado blog de vino.

El descubrimiento de las brujas (Suma, 2011) fue todo un éxito y llegó a ser *best seller* de *The New York Times* y señalado como un Harry Potter para adultos. Ahora vuelve con la segunda parte, *La sombra de la noche*.

www.deborahharkness.com

Notas de la conversión

POR imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

[I]

Hradčany

[II]

Tÿn

[III]

Šárka

[IV]

Drăculești

notes

Notas a pie de página

¹ En español en el original. (N. de la T.).

² En español en el original. (N. de la T.).

³ En inglés, «cripta». (N. de la T.).

⁴ «Obispo» en inglés. (N. de la T.).

⁵ En español en el original. (N. de la T.).

⁶ En español en el original. (N. de la T.).

⁷ En español en el original. (N. de la T.).

⁸ En español en el original. (N. de la T.).

⁹ En español en el original. (N. de la T.).

¹⁰ En español en el original. (N. de la T.).

¹¹ En español en el original. (N. de la T.).

[I]

Hradčany

[II]

Týn

[III]

Šárka

[IV]

Drăculești